SHOUT
SHARE
IT

LOS CABALLEROS DE LA BANDA

ó

LAS REVUELTAS DE CASTILLA.

L5
A577c

LOS

CABALLEROS DE LA BANDA

Ó LAS

REVUELTAS DE CASTILLA.

Novela histórica, caballeresca del siglo XIV.

ORIGINAL DE

D. JOSÉ M.ª DE ANDUEZA.

309978
35
1.
25

MADRID.

Librerías de Leon Pablo Villaverde, calle de Carretas: José Cuesta calle Mayor y José Simon, Olmo, núm. 12, principal.

BARCELONA.

Librerías de los hermanos Sala: Viuda Mayol: Jaime Subirana: Isidro Cerdá: Imp. Hispana de Vicente Castaños, Asalto, 20.

Propiedad de V. Castaños y compañía.

BARCELONA:
Imprenta Hispana de Vicente Castaños, calle del conde del Asalto, núm. 20.
1856.

INTRODUCCION.

El autor se prepara á entrar en materia.

ARA que nuestros lectores puedan comprender fácilmente los sucesos que vamos á relatar, es necesario que no se nieguen á acompañarnos un brevísimo instante por el laberinto de discordias, que hacen notoriamente interesantes, en la historia de nuestra nacion, los primeros años del reinado de D. Alfonso *el Justiciero*.

Pasarémos en silencio el grande acrecentamiento y señaladas victorias de los moros, debidas al desórden y turbulencias de aquellos años, en que, dividido el gobierno del reino á merced de tres poderosos magnates, corria á su total ruina, impelido por los mismos que debieran salvarlo. La libertad que

todos tenian de obrar á su antojo, el escarnio con que eran mofadas las leyes, los robos, los incendios, los asesinatos de semejante época, ocuparian una voluminosa historia, agena al carácter, que al escribir estas páginas hemos adoptado como mas humilde. Y supuesto desde ahora que nos proponemos desenterrar de entre el polvo de antiguos cronicones unos sucesos, parte verdaderos, parte falsos, pero unos y otros verosímiles, suplicamos á los aficionados á aquella clase de cuentos, introducidos en nuestro suelo por algunos imitadores del tétrico Ernesto Hofman, que cierren este libro, seguros de no encontrar lo que mas mueve sus deseos. Por lo mismo, nada de castillos encantados, nada de subterráneos, nada de estraordinarios y nunca vistos fantasmas, ni un espectro siquiera para adorno de algun frio capítulo.... Confesamos nuestra incapacidad para semejantes composiciones y nos es mas gustoso, sino tan fácil, escribir cosas que han sucedido, ó podido suceder.

Las revueltas de los nobles impedian llevar á cabo en Castilla la reunion de fuerzas disciplinadas; y efectivamente, segun andaban los hombres y las cosas, no solo en los ejércitos, sino en todo el régimen del gobierno, habia grande necesidad de reformas, cuando subió al trono el hijo de D. Fernando *el Emplazado*.

Procedia el descontento de muchas causas, hijas de los desórdenes y maldades de los años anteriores, y se esplicaba con mas ó menos violencia, segun eran de mayor ó menor peso las quejas, en que cada noble, ó cada vasallo se apoyaba. Muchos habia, que al mas frívolo pretesto, se lanzaban á la palestra de la rebelion, á fin de contentar las inclinaciones de su espíritu turbulento, animados por la esperanza de derribar á sus rivales, y encumbrarse con sus despojos; otros, para quienes la afrenta inferida á un pariente ó amigo, era señal segura de combate, embrazaban al punto la rodela, reunian sus vasallos, talaban y robaban las tierras; hasta que, acosados en sus propias villas por otros vecinos enemigos, se retiraban á defenderlas ó á prepararse para nuevas correrías, que terminaban del mismo modo; sin que esta guerra desoladora produgese mas resultado, que efusion de sangre y aniquilamiento de sus propias fuerzas, las cuales, si hubieran permanecido unidas y coopera-

do la voluntad general á los vivísimos deseos, que los buenos tenian de continuar la guerra contra los moros de Granada, ganáran para la posteridad eterno renombre, dando lágrimas amargas que verter á los infieles, y al castellano Monarca muchos siglos de gloria.

Tales eran los heróicos intentos de Alfonso *undécimo* de Castilla: púsolos por obra repetidas veces, mas siempre tuvo que abandonar sus nobles proyectos, por atender á la pacificacion del reino, cada dia mas trastornado Érale fácil apaciguar los alborotos, castigar á los culpados, si se apoderaba de ellos; reprimir á los malcontentos, y hacerse respetar ó temer de todos; pero la desmesurada ambicion de los grandes, que nunca pudo satisfacer, le suscitaba asechanzas, armaba contra él al rey de Aragon, amotinaba á sus tributarios, y era el dique que se oponia á sus mas bien combinados planes. Acostumbrados á deberlo todo á la punta de su espada, los *Ricos-homes* no doblaban la cerviz, ni aun ante los mismos reyes, porque sus inmensas riquezas y la posesion de muchos castillos y villas, los constituian en otros tantos soberanos, que podian hacerse independientes, cuando la soberbia de sus privilegios se veia atacada, ó ajado el lustre de su alcurnia. De aquí los contínuos desastres que afligieron á España en los siglos del feudalismo. Todos pretendian para sí ó para sus allegados los primeros empleos y gobiernos; para conseguirlos, se entregaban sin rubor á las traiciones mas vergonzosas, á luchas crueles y á venganzas sangrientas. El dolo, la adulacion, y la perfidia, no tenian necesidad de ocultarse bajo una máscara artificiosa, sino el tiempo preciso para ponerse á salvo del enojo del indignado Alfonso, que hoy tenia por fieles defensores, á los que mañana le era preciso perseguir como enemigos, ó contentar en bien de la pública tranquilidad.

Era el rey jóven y valiente, de corazon piadoso y de aventajada prudencia en el gobierno. Jamás destruian sus esperanzas los reveses, antes le alentaban, teniendo en mas vencer los mayores obstáculos, en pró de sus pueblos, que solazarse en zambras y festines. No por esto era menos aficionado á la diversion y al lujo, antes bien participaba de los regocijos públicos, ataviándose con ricos vestidos cuajados de perlas y oro, que realzaban mucho mas su noble porte

y graciosas maneras. Cuando la guerra no le aquejaba, sentíase inflamado de ardiente deseo de manifestar la fuerza de su brazo, volaba á los torneos cubierto de lucidas armas, y mas de una vez hizo besar la arena á esforzados paladines, sin que los cariñosos alhagos de la reina doña Constanza bastasen á llenar un corazon, formado para mas fuertes sensaciones. Lamentábase esta jóven y desgraciada esposa de la indiferencia del Rey, á quien amaba con indecible ternura, no obstante los consejos del señor de Villena, cuyas secretas intrigas tenian por objeto malquistar á Alfonso con el pueblo, para reinar en su nombre, y miraba en su propia hija el mas adecuado instrumento de que tenia necesidad, para sus atrevidos cuanto pérfidos planes. Pero la tierna Constanza desechó por entónces con indignacion unas proposiciones tan agenas de su lealtad, protestando que no daria un paso, en menoscabo de la gloria de su Rey y señor, aunque de él dependiese toda la felicidad de su propio padre. Léjos de renunciar éste, por aquella negativa, á las altas miras que largo tiempo habia avasallaban su pensamiento, solo trataba de realizarlas, pues confiaba en que el mismo carácter benéfico de Alfonso le presentaria favorable coyuntura, sin preveer las funestas consecuencias, en que sus tramas podian envolver al reino, y á pesar de la positiva declaracion que habia escuchado de doña Constanza.

Grande amigo de este magnate era el infante D. Juan, cuyo padre murió sofocado en frente de los muros de Granada. Como deudo de Alfonso, obtenia mucha parte de su privanza, y la Vizcaya le reconocia por señor. La arrogancia y menosprecio, con que trataba aun á los nobles de mas alta gerarquía, le habian constituido en una especie de tirano aborrecible á todos, pero á quien todos temian por su desmesurado poder. Tiempo hacía que su corazon abrigaba ódio mortal contra el Rey, á quien nunca perdonó la preferencia que habia merecido en el amor de la Reina, y su altivo y turbulento carácter solo esperaba ocasion propicia para descubrir toda la ponzoña de su pecho. Permanecia entre tanto pacífico espectador de los acontecimientos, é introducíase insensiblemente en la confianza de D. Juan Manuel; quien veia, y no sin razon, en la amistad del

infante, un recurso poderoso para llegar esclusivamente á mandar sin límites. Buscábanse por consiguiente estos dos hombres, instigados por la necesidad de ayudarse mútuamente; pero resuelto cada cual á sacrificar á su amigo, cuando su propia utilidad lo aconsejase, andaban ambos recelosos, y no se descuidaban en reforzar sus respectivos bandos con los nobles que por interés les eran adictos.

La inconstancia de estos grandes no se ocultaba á las penetrantes miradas del Rey, quien justamente habia desconfiado del señor de Villena y empezaba á negarle su confianza, poniéndola toda entera en el conde Alvar Nuñez Osorio, caballero de grande ingénio y valentía, que á pesar de haber contribuido como los demas nobles á devastar el reino, durante la menor edad de Alfonso, se habia mostrado siempre muy adicto á su causa y á la de su tio el infante don Felipe. No despidió enteramente sin embargo á D. Juan Manuel, porque le eran de suma importancia sus ausilios y tranquilidad, mayormente cuando todo presagiaba nuevo rompimiento con los moros.

Acababan de dar éstos en Granada una prueba lastimosa de la instabilidad de los imperios, cuando no son regidos por prudentes y justas leyes, lo que no podia suceder en unos tiempos semi-bárbaros y entre guerreros acostumbrados á no obedecer otra autoridad que la del mas fuerte. Su rey Ismael fué asesinado alevosamente en el palacio de la Alhambra, en los brazos de la Sultana favorita, por el rebelde Ozmin y sus partidarios: todavia se holgaban sus verdugos con indecente algazara en arrastrar el mutilado cadáver por el famoso patio, que algun tiempo despues se llamó *de los Leones,* cuando el intrépido Abdallá penetró en él, al frente de las guardias, degolló á cuantos cayeron en sus manos, y ayudado del gobernador de Granada, proclamó por nuevo rey al jóven Mahomad, hijo del desgraciado Ismael.

Temia Alfonso de Castilla y deseaba al mismo tiempo que aquellos inquietos vecinos le diesen ocasion de renovar las hostilidades; congetura que hacía muy probable el carácter del príncipe que empezaba á mandarlos. Habia heredado éste de su padre aquel inven-

cible ánimo y cortesanía, con que al paso que robaba los corazones, se hacía respetar de sus enemigos. Su gusto mayor era escuchar los romances de las sangrientas batallas del *Guadalete* y *las Navas de Tolosa*, que le cantaba el anciano Alí: á la voz del bardo enardecíasele el pecho, empuñaba el alfange, y apellidaba á Morayma, dama de singular belleza, cual si se encontrase luchando en medio de apiñados escuadrones de cristianos. Pasados los instantes de belicoso entusiasmo, sabia admirar la bravura de los guerreros castellanos, que á pesar de las funestas discordias que los trabajaban, revolvian sus armas contra los estados granadinos, cuando mas descuidados estaban éstos de temerles, y complacíase especialmente en encomiar las prendas del rey D. Alfonso, primer caudillo de esclarecidos aventureros, á quien llamaba su hermano y deseaba vencer en campo abierto.

Hé aquí un débil bosquejo del estado de los negocios públicos en Castilla, poco tiempo antes del principio de esta historia.

LOS
CABALLEROS DE LA BANDA,
Ó
LAS REVUELTAS DE CASTILLA.

LIBRO PRIMERO.

—

CAPITULO PRIMERO.

Muévese la corte.

Se hallaba el Rey en Valladolid, y figuraban á su lado, no solo los tres personages de quienes particularmente hemos hablado, sino tambien otros muchos señores y prelados, que ansiaban granjearse por medio de servil adulacion, nuevos cargos y dignidades. Distinguíanse entre ellos, el arzobispo de Toledo, grande enemigo de don Juan Manuel y Canciller Mayor, empleo que contaba muchos envidiosos, y Garci-Laso de la Vega, á quien el Rey honraba con estremado afecto. Estos dos señores eran dos sombras de mucho estorbo para el de Villena, y mientras Alfonso

recibia en el régio salon de su palacio los homenages y las protestas de vasallage, que le prodigaba la nobleza, paseábase él con ceñudo rostro por la espaciosa galería inmediata, en cuyo centro se veia una ancha escalera de piedra, que conducia á las habitaciones inferiores.

Inmediatos á su persona pasaban los palaciegos con riquísimos y variados trages, para dirigirse á la real estancia, haciendo singular contraste su estremado lujo con el sencillo porte, que ostentaba la estudiada modestia del favorito. Irritábase éste, no obstante, cuando alguno de aquellos señores, ya por inadvertencia, ya por no conocerle bajo un traje desusado en tales dias, ó por ajar un tanto su vanidad, atravesaba la galería sin cumplimentarle con los saludos que por su elevada clase le eran debidos; pero reprimia su despecho, contentándose con morderse los lábios y dirigirles siniestras miradas de cólera, que pronosticaban cruel venganza. No fué, sin embargo dueño de contenerse, cuando vió que Garci-Laso entraba en las habitaciones, despues de haberle concedido, al pasar, una leve sonrisa.

—Por los estados que poseo, gritó el señor de Villena, juro que no se ha de alabar el muy judío de tamaña afrenta. No: yo arrancaré de su galan sombrerillo, una por una, las plumas que tan alto lo levantan, y he de empapar el blanquísimo color de tan recamada capilla en la negra sangre de cien heridas, que han de abrir en su robusto cuerpo cien dagadas mias.

—Feo desaguisado os hicieron, D. Juan, que tan colérico os pone, le respondió el señor de Vizcaya, que á la sazon subia, y acababa de oir las amenazas, con que se desahogaba el furor de su amigo.

—Feo en demasía, replicó éste; mas pésia á mi alma, sino siente antes de mucho tiempo no haber muerto al filo de morisca cimitarra, allá en la jornada de Martos.

—Yo os daré la ayuda de mi brazo, si me nombrais al que hizo Armas contra vos.

—¡Armas! ¿Y me viérais, D. Juan, tan reposado, teniendo enemigos que combatir?

—O al que incendió vuestros castillos.....

—Ya veo que no acertareis en el blanco de mis quejas. No es ya furioso contrario, que tala mis ricas tierras de Villena, ni esforzado campeon, que en campo me reta á duro combate, el que hoy provoca mi justa indignacion. Mayor y mas profundo es el ultraje, si no tan manifiesto.

—Ahora digo, que alguno de esos hinchados hidalgos os ha insultado, con despreciativos ademanes y descorteses razones.

—El mas presumido de todos; D. Juan; el que con astutas mañas procura adelantarme siempre en el ánimo del Rey; el que, sin respeto ni miramiento á mi grandeza, desaprueba los consejos que doy y las disposiciones que tomo, en pró de la tranquilidad de Castilla; el mismo que no há dos años se arrimó al partido de D. Felipe, por darme enojos, cuando aquello de los alborotos de Toledo...

—No digais mas.... vive Dios, que es Garci-Laso, le interrumpió el Infante, añadiendo luego con traidora intencion: bien conocí al principio que era el buen Garci-Laso, porque no há mucho le ví pasar por medio de los alabarderos, haciendo gentil alarde de su inmenso poder; y os aseguro que si no le cortamos los vuelos, se ha de encumbrar tan alto, que no le alcancen todas las flechas que se fabrican en Vizcaya. Buena caza es Garci-Laso, y no le vá en zaga el infante D. Felipe.

Soltó al concluir la frase ruidosa carcajada, que repitieron los ecos del largo corredor; pero serenándose al punto su siniestro semblante, prosiguió diciendo:

—¿No os parece difícil embotar el olfato de ese sabueso, que huele el fin de estas revueltas? O para que mejor me comprendais, ¿conoceis acaso alguna traza, que de una vez para siempre nos libre de ese aborrecido espantajo?

—¿Pues á vos en qué os ofendió? le preguntó el privado con bastante inquietud, temiendo descubrir otro rival en el señor de Vizcaya.

—¡En qué! voto á San Millan! ¿No fué el que aconsejó á Alfonso, que se encargase del gobierno de sus estados? ¿No me privó, por esta maldita ocurrencia, del influjo y poder, que mi bando tenia en

casi todas las villas de Castilla? ¿No pretende ahora apartar de mi proteccion á ese esqueleto de Jucef, tan solo porque, con su buen manejo, veo mis arcas abastecidas de sonantes doblas? Y lo que es mas, ya que me obligais á decirlo, ¿no hizo alarde de su pujanza sobre la mia, en presencia vuestra?

—Verdad es, y á los dos nos importa atajar tan récios desafueros. Hoy hablaré al Rey, y si esto no bastase, castillos tengo y vasallos, que sostendrán mi demanda.

—No hagais tal, sino quereis que Castilla murmure de que á vuestro antojo armais nueva guerra. Otros medios hay seguros, para salir de la apretura en que nos pone ese soberbio enemigo.

—Decid mas bien que solo á mí me estorba, porque mientras permanezca al lado del Rey, no podré alcanzar mis pretensiones: pero vos.... nada pedís.... ¿No es cierto?

—Ciertísimo, contestó el infante, con mal disimulada turbacion, que no se ocultó al sagacísimo señor de Villena. Nada mas quiero, que serviros contra todos y cualesquiera rivales que tengais, ayudándome vos, empero, á conseguir la mano de la bellísima heredera de Almazan, segun hemos concertado.

—Hagamos al tanto solemne juramento de reunir nuestras fuerzas, cuando fuere menester, con esas condiciones, dijo D. Juan Manuel con algun recelo.

—Por el ojo que me falta, respondió el otro enfurecido, que no me fiaré mas de semejantes alianzas ni promesas. Acordaos sino de la que no ha mucho hicimos en Cigales, con grande ostentacion y aparato: pues ahora decidme ¿me libró aquel concierto, que el diablo confunda, de pasar por la afrenta de ver á vuestra hija doña Constanza entre los brazos de Alfonso? Bien echo de ver que os hicieron fuerza, prosiguió mas sosegado, observando que en el rostro del magnate se pintaban la confusion y el despecho de que estaba poseido; en esa razon, no me he separado de vuestro partido, y lo seguiré, á pesar de Garci-Laso, de Alvar Nuñez y de cuantos nobles empuñan lanza en las dos Castillas.

—¿Y qué hemos de hacer ahora? preguntó el de Villena. ¿Permanecerémos ociosos, cuando todo parece convidarnos á un levanta-

miento? Las pocas tropas están en Andalucía, ocupadas en defenderse contra la morisma: el reino dividido en bandos y parcialidades; los ánimos inquietos; las villas de todo punto disgustadas por la privanza del de Osorio.....

—Todo lo sé, D. Juan, pero no basta. Hemos menester un punto de reunion, donde, sin ser molestados, concertemos el plan y tomemos nuestras medidas para llevarle á cabo: porque si ahora os levantáseis y corriéseis la tierra con vuestra mesnada, y el Rey os prendiese dentro de Villena, y os mandase degollar como vasallo rebelde, ¿qué me diríais cuando os llevasen por las calles de Valladolid, maniatado entre lucida comparsa de guardias, y escuchando las santas amonestaciones de compasivo agonizante? ¿Y qué luego, al divisar un encumbrado patíbulo, y en lo alto descamisado jayan, preparando el mohoso filo del hacha para cortar.....

—Alto ahí, señor infante, que aun no he llegado tan arriba, para que pueda sufrir esos desatinados pronósticos, le interrumpió don Juan Manuel. Cuenta no os alcance á vos mismo el desastrado término, que os complaceis en anunciarme; porque, voto á mis espuelas, D. Juan, que gastais unas burlas, que no parece sino que vuestra alma se divierte con las zozobras de vuestros mejores amigos.

—Sea así; pero al fin son cosas que tarde ó temprano, debe esperar todo aquel que, como nosotros, anda alborotando los pueblos en su pró. ¿Y qué os asusta? Hallais por ventura diferencia, entre acabar la vida junto á los muros de Granada, lo que no dejará de aconteceros en algun encuentro con esos perros infieles, ó despedir el aliento, á fuerza de repentino golpe, sin sentir dolorosas agonías y saludado por las imprecaciones de vocinglera canalla?

—Dejemos para tiempo mas sosegado esta plática, dijo D. Juan Manuel, lleno de congoja por los desagradables anuncios, con que fatigaba su imaginacion el satírico génio del infante.

—Dejémosla, repitió éste, si os place; aunque poco me costaria convenceros de que hace al caso mas reposado valor, para perecer de ignominiosa muerte.....

—Estoy de todo punto convencido, le interrumpió el privado con

aspereza. Trátase ahora de acordar, como antes digisteis, un sitio á propósito, donde se reunan nuestros caballeros y hombres de armas. Yo propongo á Toledo.

—Y yo os digo, replicó el maligno infante, que en Toledo os alcanzará el mismo aciago fin, que os he pronsticado para Valladolid, si os prendiesen en Villena.

—Al diablo con tus vaticinios, murmuró el primero. Esa ciudad obedece mis órdenes, desde que D. Felipe, vos y yo nos repartimos el gobierno de los estados. ¿Creeis acaso que no me guarda fidelidad?

—¿Y pensais vos que la guarde, cuando Alfonso ponga en órden su gente de guerra y la tome por asalto? No hay remedio; es menester retirarnos á Aragon.

—Entiendo, entiendo, dijo el palaciego; Almazan cae en la raya de ese reino.

—Y es parage seguro para urdir atrevidas empresas, contestó sin inmutarse el señor de Vizcaya.

—Y mientras el guerrero afila la punta de la lanza, que ha de derribar cincuenta enemigos, tal vez alguna celestial doncella.....

—Rica sobre todo, señor de Villena.

—Consolará con deliciosos alhagos la fastidiosa soledad de aquellos bosques.....

—Encantadores, D. Juan, si á las posesiones de Almazan, se añaden las de Alcocér.

—Mala sierpe te envenene el corazon, esclamó el favorito, despues de despedirse de su falso amigo. Pensaba vengarme de sus crueles sarcasmos, y nada he logrado sino conocer á punto fijo, que tiene su corazon una armadura impenetrable.

Quedóse el Infante en lo alto de la escalera, orgulloso como si acabase de conseguir señalada victoria, y desde allí observó los turbados pasos de D. Juan Manuel, con aquella infernal sonrisa, que hacía mas horrible su ojo único, brillante y traidor, que sin cesar giraba hácia todas partes, y era el fanal que alumbraba sus lívidas y desencajadas facciones. Horrible era en efecto la catadura de don Juan *el Tuerto*, y á las muchas desventajas, que á primera

vista ofrecia su estatura colosal, juntábanse en el orgulloso *rico-home* un corazon perverso, deseos siempre renacientes de ódio y de venganza, en los cuales incluia á sus propios amigos y defensores, y sed brutal de sangre y de riquezas; pero lo que mas á las claras demostraba sin el menor respeto ni miramiento, era una insufrible propension á la sátira amarga, con la cual adornaba sus mas pequeños discursos.

Largo rato habia que, sin separarse del sitio en que acababa de dejarle el señor de Villena, se divertia en recordar á su sabor la difícil situacion de este presuntuoso cortesano. Resuelto á empeorarla, por cuantos medios pudiese, y á fingir al mismo tiempo constante adhesion á todos sus intereses, maquinaba felicísimos enredos, á fin de perderle, no solo en el ánimo del Rey, sino en la estimacion de todos los nobles que le eran allegados: aplazaba no obstante la ejecucion completa de sus designios, hasta que el mismo favorito le ayudase á conseguir los estados de Almazan y Alcocér, que la tierna doña Blanca habia heredado de su padre el infante D. Pedro.

Acostumbrado á todo género de intrigas, costábale muy poco el disimulo, y frecuentemente se le veia adular y guardar el lado de los mismos personages, á quienes se proponia sacrificar. Para que ningun borron faltase á tan odiosa pintura, las inmoderadas pasiones habian corrompido su alma hasta tal punto, que no vivia con sosiego, si no las satisfacia á todo trance. Muchas fueron las trovas, que en aquel tiempo se cantaron, sobre las desgracias de algunas doncellas, robadas por los satélites de D. Juan *el Tuerto*, y aun existen no lejos de Betoño (1) restos de ruinas que, si se ha de dar crédito á un antiguo romance, fueron de una fortaleza, donde aquel bárbaro señor de vidas y haciendas tuvo encerrada á la infeliz Inés, hija de Ruy-Perez, aunque una de las coplas, que narra su prematuro fin, cuando fué arrojada á los fosos desde lo alto de la torre, no concuerda con las demás, pues asegura que el castillo, en que Inés estuvo, existia en las inmediaciones de Guetaria. Sea

(1) Pueblecillo de la provincia de Alava, inmediato á Vitoria. En el catálogo que se formó de los de dicha provincia, corriendo el siglo XI, se le dió el nombre de *Betonia*, y obtuvo tambien el de *Aldea Vieja*, por ser una de las primeras que adquirió Vitoria.

de esto lo que fuere, tanto la tradicion, como nuestros historiadores, convienen en pintar con los mas feos colores las acciones de aquel mal caballero, que por tanto tiempo abusó de la confianza del monarca de Castilla.

Un confuso ruido, que procedia de los aposentos interiores, le sacó de la especie de meditacion á que se habia entregado, interrumpiendo uno de los infinitos planes, que su incansable imaginacion fraguaba á cada paso. A pocos momentos se presentó el Rey, cercado de brillante comitiva de grandes, con el rostro encendido, y hablando en tono de incomodidad al arzobispo de Toledo. Llegado que hubo á corta distancia del Infante, se adelantó éste y le pidió la mano para besarla: mas el Rey le preguntó, sin dársela:

—Don Juan, ¿me seguireis á Vitoria?

—A Vitoria y á todas partes, señor, contestó *el Tuerto* con desembarazo, y sin dar muestras de estrañar que la corte se moviese tan repentinamente de Valladolid.

—Basta, añadió Alfonso; alzad del suelo y cabalgad; porque sereis mi amigo, cuando me probeis el deudo que conmigo teneis.

Dicho esto, bajaron todos de palacio, y pocos instantes despues salieron de la ciudad.

Grande admiracion causaron á D. Juan *el Tuerto* las palabras del Rey, y no sabia como interpretarlas. Unas veces le parecia que, sabedor Alfonso de los malos conciertos en que andaba, habia querido reconvenirle de un modo indirecto, para traerle á partido; considerábase otras alejado para siempre de la confianza, que hasta entonces le fuera concedida, y las mas concluia pensando, que encerraban sus frases algun misterio, que únicamente el tiempo podria descubrir; por lo tanto debia estar prevenido para cualquier acontecimiento. Meditaba además en aquel viage del Rey tan inesperado; pues si bien era propio de su carácter caballeresco, no dejaba de aparecer como intempestivo, cuando la atencion general se hallaba en espectiva de los primeros encuentros, que sin duda se preparaban entre los guerreros del nuevo monarca granadino y el ejército castellano. Por otra parte, las últimas razones, *sereis mi amigo*, pronunciadas en presencia de todos los nobles, ajaban su vanidad,

no dejando de dar pábulo á la rencorosa enemiga y contento de sus contrarios, que viendo al Rey mal enojado contra él, aprovecharian tan favorable coyuntura para perjudicarle. Pero lejos de manifestar abatimiento, ni hacer ver los recelosos pensamientos que le ocupaban, erguía mucho mas la altiva frente, y parecia desafiarlos con la calma de su imperturbable serenidad. De vez en cuando, sin embargo, murmuraba entre dientes terribles amenazas contra los caballeros *de la Banda,* á quienes suponia autores de todas las asechanzas, que le armaba la mala voluntad de Garci-Laso; y era fácil notar que no se entregaba, como de ordinario, al diabólico prurito de las invectivas, que tan familiar le era.

La posicion de este personage, á quien mas adelante conocerá mejor el lector, se iba haciendo demasiado penosa durante la primera jornada, y no sabemos como hubiera concluido esta, si Alfonso, ya mas comunicativo, no le llamára á su lado para preguntarle, quien era entre los caballeros alaveses el mas valiente y esforzado.

—Difícil será decirlo, señor, le respondió el Infante, guiando su corcel hácia la izquierda del Rey. Muchos de ellos dieron pruebas de indomable ánimo, el dia que vinieron á las manos con los moros, junto al rio Guadalorza. Hable por mí D. Juan Manuel, que los condujo al enemigo; pero, segun lo que por ahí se cuenta, el señor de Vendaña es la mejor lanza de esa gente.

Pareció bien al monarca la contestacion, y siguió conversando familiarmente con el de Vizcaya todo el resto del dia. Dióle parte de sus proyectos y de cuanto le habia ocultado hasta entónces, por recelarse de él, con lo cual quedó D. Juan *el Tuerto* tranquilo, y libre del cuidado en que le habia puesto la primera entrevista con el Rey en la galería, creyéndose en salvo para proseguir tramando desleales empresas, y resolviendo en su ánimo no desperdiciar el mas frívolo pretesto ni coyuntura, para fomentarlas.

Supo entonces que Alfonso, justamente alarmado por los traidores manejos de los grandes, emprendia aquella caminata, con el objeto de reunir en la parte de Alava suficiente número de gente de guerra, á fin de sujetarlos, habiendo antes de partir dejado sus ór-

denes, para que D. Juan Manuel, señor de Villena, partiese á la frontera de Andalucía, so color de contener al moro, si alguna entrada hiciese; pero en realidad por apartar de Castilla á aquel soberbio magnate, y acabar despues con el numeroso bando que le seguia.

La rebelion de los grandes tomaba verdaderamente tan rápido incremento, que era necesaria una resolucion mas que heróica para contenerla. Todos los malcontentos de los desgraciados años anteriores volvieron á encerrarse en sus villas, indignados de que el Rey se dejase gobernar por los antojos del de Osorio; decian que el nuevo privado y el Merino de Castilla solo pensaban en acrecentar sus haciendas, á espensas de los tesoros reales, y que ayudados del almojarife Jucef, habian dado hechizos al Rey, para que no pudiese apartarse de su alianza; añadiendo que no depondrian las armas, mientras el judío no fuese públicamente quemado, y los otros castigados con las penas que hubiesen merecido.

Tambien se decia que el primogénito de D. Alonso de la Cerda, á quien daban el nombre de *el Desheredado,* habia llegado de Francia, con crecido escuadron de buenas lanzas, á disputar los derechos de su familia. Gozaba aquel jóven guerrero merecida reputacion de valiente, y los trovadores cantaban con entusiasmo los laureles que habia conquistado, peleando como aventurero, en la guerra de Flandes, bajo diferentes nombres. Mas estos rumores, esparcidos probablemente por los enemigos de la pública tranquilidad, solo encontraban acogida en la necia credulidad del vulgo, ó en las cabezas de aquellos que, no teniendo nada que perder, ansiaban ver trastornado el país, con la esperanza de medrar á rio revuelto.

Acrecentáronse los temores con un escrito, que recibió el Rey dos dias antes de su salida de Valladolid, en que le avisaban no se fiase de los magnates que componian su corte, cuya mayor parte estaban conjurados contra él, especialmente el señor de Villena, quien pretendia para sí el cargo de Canciller mayor, dignidad y honra que desde tiempo antiguo disfrutaban los arzobispos de Toledo. Añadíase tambien que D. Juan de Haro, señor de los Cameros, se habia confederado con Alburquerque, quien desde su retiro

de Portugal atizaba la discordia entre el Rey y los grandes, juntándose á todo esto la desobediencia del alcaide del castillo de Iscar. Habíale ordenado Alfonso que entregase la fortaleza á sus tropas; pero no solo se negó á ello, sino que le desafió á él y á toda Castilla, por medio de un mensage atrevido é insultante, pues confiaba en las fuertes murallas que le defendian, y en la ventaja de tener la plaza bien abastecida de provisiones y de hombres interesados en conservarla á toda costa. ¿Y qué mucho, si era la madriguera de donde salian á correr y talar los campos? Indignado el Rey, determinó apresurar su partida por consejo de Álvar Nuñez, y reunir, tanto sobre la marcha como en los estados de Treviño y Vitoria, fuerzas que oponer á aquellos intentos, y que hiciesen respetar la magestad de la corona.

Á este fin, despachó repetidas cartas á los caballeros de la órden de *la Banda,* que él mismo habia instituido hacia pocos meses, mandándoles le saliesen al encuentro, como así lo verificaron aquellos ilustres campeones, acompañándole en seguida hasta Vitoria, donde le festejaron á la usanza de sus mayores, con brillantes torneos, ingeniosas danzas y lidias de salamanquinos toros.

CAPITULO II.

El brío del rey D. Alfonso, la manopla del enlutado y los apuros del infante D. Juan.

o léjos del camino real de Arriaga, y en el sitio en que una doble hilera de encinas disputaba al sol el paso entre sus ramas, se apeaba un guerrero y entregaba las riendas del fogoso corcel á su criado. Tenia echada la visera de un casco de acero empavonado de negro, y eran del mismo color todas sus armas: un enlutado crespon cubria el mote del triangular escudo, y ondeaban sobre la cimera de su yelmo plumas largas y negras.

El talante de este campeon revelaba intrepidéz y osadía, así como las inquietas miradas que lanzaba, al través de las barras de su visera, hácia el inmediato y prolongado puente de piedra del Zadorra, indicaban su deseo de acometer arriesgadas proezas ó de llevar á cabo comenzadas aventuras.

Bien podia su pujante brazo escoger digno enemigo, con quien probar la suerte de un encuentro; porque ¿quién hubiera sido capaz de enumerar los timbres de tantos y tan nobles caballeros, como ostentaba orgullosa aquella dilatada campiña? ¿Ni quién, á los belicosos ecos de cien clarines, al ronco estruendo de pesados atambores, no hubiera sentido palpitar su corazon con el heróico entusiasmo de la gloria?

Un gallardo guerrero, cubierto con rica armadura de escamas, y reluciente yelmo sembrado de flores de oro, que brillaban mas sobre su erguida frente que la estrellada bóveda del cielo en una apacible noche de primavera, era el primero que atravesaba la hermosísima vega; muchos caballeros le seguian, pero á todos eclipsaba con su majestad, semejante á la orgullosa palma del desierto, que se alza altiva y humilla la soberbia de las que pretenden igualarla en lozanía.

A su lado fatigaba los hijares de brioso alazan, cubierto de jaspeada piel de leopardo, el invencible Vendaña; su brillante coraza de bruñidísimo acero, las plumas blancas y rojas que adornaban su casco y la doble rodela pendiente de su nervudo brazo, ostentando dos espadas cruzadas con este mote, *Siempre reto al mas fuerte*, daban á entender que aquel guerrero era el primer campeon, entre los mas bizarros de las llanuras alavesas, y que ningun obstáculo contenia la fiera espresion de su denuedo.

Mas atrás ostentaba el claro lustre de esclarecida alcurnia el animoso Gonzalo de Mendoza, terror de los hijos del Imao: vestia una cota milanesa ribeteada con perfiles de oro; su blanco y adamado cútis no espresaba la probada bravura de su pecho, y la rubia cabellera, que le caia en desiguales rizos realzaba su noble continente y las formas graciosas de su contorneado cuerpo. Al otro lado, y sobre el mismo corcel que en las orillas del Guadalorza oprimia la pujanza del terrible Ozmin, se sonreia el animoso Mendibil, siempre el primero para romper una lanza con adversarios dignos de su valor. No muy lejos de éste... pero ¿cómo presentar por órden los nombres y altos hechos de mil aventureros, que ocultaba á lo largo de la calzada una polvorosa nube?

Arrimado al tronco de corpulenta encina, apoyada la lanza en el derecho brazo y colgado su escudo de pelada rama, contemplaba el caballero negro con ojos de placer la brillante escena de tan imponente alarde; pero ninguna señal de impaciencia, ningun deseo de alcanzar merecidos lauros dejaba traslucir su hidalgo pecho. Contento espectador del magnífico espectáculo que tenia á la vista, diríase, á juzgar por su inmovilidad, que no circulaba por sus venas imperceptible gota de pundonorosa sangre, ó que grandes desgracias habian enervado la fuerza de su espíritu, sino centellearan sus ojos con todo el ardor de la juventud y del valor, cada vez que se fijaban en el cristalino Zadorra, que sosegadamente murmurando, á merced de mansa brisa, parecia calmar con el susurro de sus leves ondas los belicosos ímpetus del desconocido.

Tres personas separadas de la comitiva de Alfonso XI se entretenian entre tanto, sentadas á orillas del rio y á dos tiros de ballesta de la arboleda, que el caballero de las armas negras habia elegido para su descanso. Segun lo que éste podia traslucir, por sus trages y espresivos gestos, desde la distancia que de él los separaba, comprendió que debia ser gente, si bien principal, mal intencionada y dispuesta acaso á armarle alguna celada.

Engañáronle por esta vez sus congeturas, porque dos de ellos pertenecian á la perseguida tribu de Israel, segun demostraban sus riquísimas túnicas de seda bordadas de oro y plata, y los puntiagudos casquetes que ostentaban pendientes borlas, cuyo amarillo color convenia perfectamente al de sus rostros, aunque de cuando en cuando se dibujaban sobre las megillas del mas jóven algunos tintes de encarnado, por efecto de la vehemencia con que se entregaba á la discusion, que les ocupaba entónces. En cuanto al otro personage, se divisaba al primer golpe, que era un guerrero armado de punta en blanco. Hablaban con interés acerca de los públicos trastornos, y lamentábanse del estado de sus propios negocios, como hombres que estaban al corriente de todas las novedades; y con efecto, pocos habia en aquella coyuntura, dentro del reino, mas instruidos de ellas, si se atiende á que hacian un papel importante, por los altos empleos que egercian en la casa real.

—Sí, decia uno de ellos apretando los puños; de nada sirve á nuestra proscripta raza la proteccion del Rey, mientras el mas vil de los vasallos nos escupe á la cara impunemente. Maldicion á Hernan Rodriguez y sus secuaces. ¡Oh! fuera yo Alfonso de Castilla y vieras, hermano Jucef, á la mitad de los nobles colgados de las puertas de sus castillos.

—No dices mal, Samuel, respondió Jucef, no dices mal. Las tribulaciones de nuestros padres nos persiguen. Sí: los hijos de Abraham, errantes y odiosos á moros y á cristianos, pueden contar bien poco con las promesas de los príncipes; porque hé aquí que la buena maña de nuestros favorecedores.... Dios los premie, añadió acatando con despreciable reverencia al tercer interlocutor.

—Déjate ahora de esas humildes ceremonias, solo permitidas en los régios alcázares, le interrumpió Samuel, y acaba por Isaac lo que tenias comenzado, porque en verdad te digo que me cuesta sumo trabajo haber de sufrir tanta flema.

—Digo que á pesar de mi cargo de tesorero general, y el tuyo de primer médico del Rey, es de poco valimiento nuestra privanza, gracias al descontento de los pueblos.

—Y añade que ella no nos librará de alguna mala ventura, si se les antoja á esos pícaros amotinados de Zamora.

—¿En tan poco teneis el esfuerzo de los buenos? dijo el guerrero.

—No, ilustre D. Lope: bien sabemos mi hermano Samuel y yo que un encuentro de los caballeros de la Banda pondria órden en todo; pero estos campeones pierden un precioso tiempo en divertir á su Maestre con magníficas fiestas, al paso que los impíos amalecitas trastornan el imperio.

—¿Sabeis, noble Vendaña, que el de Haro y D. Juan de Lara son poderosas lanzas? añadió el discípulo de Esculapio.

—Por mis espuelas, le contestó el caballero, espadas hay en Arriaga de mejor temple, y si no, dadme acá esos señores uno á uno ó cuatro á cuatro, que ya os dirán despues de qué lado sopla el viento.

—¿Y qué me direis del poderoso señor de Alburquerque?

—Ese es un pérfido, tan astuto para urdir enredos como inútil en el campo de batalla.

—No, pues fiaos de él.... ¡Mala víbora! Apuesto cincuenta doblas á que no desprecian tanto los señores alaveses á D. Juan *el Tuerto*.

—¿Al de Vizcaya? replicó enojado D. Lope. Vive Dios que si pudiera, le atravesára el pecho de tres lanzadas; pero vino con el Rey, y esto solo detiene mi cólera, cada y cuando se me pone delante.

—Dicen que se entiende con el de Lara, y sino mienten lenguas, le ha enviado buena provision de dinero. Tú sabrás alguna cosa de tal negocio, hermano Jucef.

—Hé aquí, como nosotros mismos nos llagamos el corazon, y destruimos la obra mas perfecta del Templo, exclamó el almojarife con visibles muestras de alteracion. ¿Qué harán los enemigos de Israel, cuando sus hijos se destrozan?

—Por el dios de las doce tribus, no te entiendo, dijo el médico.

—¡Ah Samuel, hijo de Abenuez! Qué herida tan dolorosa has abierto en mi alma! Sabed pues, intrépido D. Lope, que si yo he prestado pequeñas cantidades á ese mal infante, que cual otro Holofernes, se complace en las angustias de Bétulia, solo ha sido para sus propios apuros, y no de modo alguno instigado á tomar parte en los ruines manejos, que hacen llorar á mis ojos lágrimas de sangre y de....

—Pero aquí..... nadie te acusa, le interrumpió el de Vendaña.

—Tal vez su conciencia, murmuró Samuel.

—¿Qué dices de mi conciencia, hermano? cada uno tiene la suya, y lo que á mí me parece justo y conveniente podrá desagradar á los demás. Y sino, decidme, valiente señor ¿cómo podria yo dejar de socorrer á un caballero de ilustre sangre, con las doblas que me pidiese, para mantener su hidalguía? bien entendido bajo un interés razonable y arreglado.... eh! por supuesto; y luego añadió acercándose mas á D. Lope: os asegnro que el interés es grandísimo, una verdadera usura, que me propongo dejar con el capital á beneficio de las arcas reales.

—Raro ejemplo de generosidad, respondió aquel. Ahora digo que mienten los que se hacen lenguas de la avaricia de los señores judíos. Pero yo supongo que ese aumento al tesoro del Rey será hecho, cuando el Tuerto te entregue las mil doblas; no dijiste que son mil doblas las que te debé?

—No dije tal, caballero, no dije tal, por todos los patriarcas de Israel. Mas ya que así sea, pasaré por ello, y las pondré fielmente en las arcas, donde antes tenia guardadas las alhajas de la corona.

—¿Dónde tenias.... señor Almojárife? pues qué ¿han desaparecido acaso entre los descarnados dedos de algun usurero de tu maldita raza?

—No todas, buen señor, pero sí el rico cóllar del difunto rey D. Fernando y algunas otras....

—Por qué no dices que todas, hermano Jucef? replicó Samuel. Bien sabe D. Lope que si el Príncipe lo ha mandado, no debes témer ningun cargo, aunque por otra parte, no sé cómo ha podido suceder que ese collar precioso que dijiste, se halle ahora mismo en poder del conde Osorio.

—¡En poder de Alvar Nuñez la mejor alhaja del reino!! repitió admirado el señor de Vendaña.

La confusion ocupó el lugar de la calma en el semblante del judío, pero duró un breve instante. Acostumbrado á verse en situaciones mas apuradas, cuando Alfonso en persona le pedia cuentas del real Tesoro, y á quedar triunfante de los cargos que contínuamente le hacían sus enemigos, no tardó en responder con aquella serenidad, que habia turbado un momento la indiscreta declaracion del médico.

—¿De qué os admirais, D. Lope? yo empeñé la cadena al Conde por la suma que el Rey habia menester.

—¿Sábelo el Rey? insistió el caballero.

—A buena cuenta venís con eso. ¿Tan menguado me haceis que enagenára esa lucida prenda sin su noticia? Nó: no es tan bobo Jucef.... Pero me diréis si el enlutado campeon que nos observa pertenece al séquito de D. Alfonso....

Don Lope y Samuel se pusieron á mirar en la direccion que se-

ñalaba el dedo índice del Tesorero, y vieron con efecto al guerrero de la negra armadura, arrimado al tronco de un árbol.

—No lo conzco, dijo el primèro.

—Ni yo....

—Ni yo, repitieron consecutivamente los dos judíos.

El sol cubierto de una nube parda habia rato que empezára á declinar, y el vientecillo imperceptible hasta entónces tomaba nueva fuerza, á medida que disminuia la influencia de sus rayos, que todavía coloreaban las cimas de los lejanos montes. Aunque varias tintas de rojo y púrpura hacían brillar todavía la escarpada cresta de Arlaban, era fácil distinguir que una capa de vapores mas espesos iba ocupando poco á poco los espacios, que algunas horas antes llenaba la diáfana claridad del dia, anunciando la hora en que la terrible lechuza de las bóvedas de Santa María sale á inquietar el reposo de los antiguos protectores de Vizcaya, sepultados bajo los arcos de góticos panteones.

Levantóse D. Lope y seguido de los dos judíos en breve se reunió á la comitiva del Rey, que fatigado de correr por la dilatada vega se disponia á entrar en la ciudad.

La cortesana amabilidad de este Príncipe tenia entusiasmados á aquellos animosos aventureros, y mucho mas aun la generosa prueba de confianza que les daba, poniéndose en sus manos en circunstancias tan críticas. Pero Alfonso conocia cuanto era amado de los nobles, cuyos servicios y adhesion premiára con la *banda carmesí*, y sabia que fieles en las borrascas que le suscitára su esforzado competidor el rey de Aragon, siempre se opusieron á las entradas de sus tropas en el territorio de las Castillas. ¿Ni como el hidalgo pecho del que mas adelante eternizó su memoria en las riberas del Salado, pudiera temer traicion de los mismos que acababan de elegirle por Señor?

Resuelto á abatir el orgullo de los grandes, sin mas auxilio que su propio valor y el amor de los héroes que le acompañaban, se dirigia hácia el puente del Zadorra, lleno de las agradables esperanzas que presagiaba para su reinado. Llamábale el deseo de acudir á la guerra de Granada, donde el infante D. Felipe se defendia

con trabajo, y brillaban sus ojos con todo el prestigio de la gloria, cuando imaginaba ver á su terrible rival, al valiente Mahomad vencido y despues ayudado por su mismo brazo, porque nunca le permitieron sus pundonorosos sentimientos recrearse en el espectáculo de humillar para siempre á los enemigos, que la política ó diferencia de religion armaban contra él. Holgábase tambien en pensar cuál resonaria su nombre en las edades venideras, si los trovadores, pulsando sonorosos laudes, celebraban las famosas conquistas, que se proponia ejecutar, y el susto del de Aragon al oir que Gibraltar y Algeciras, plazas que le robaban el alma, habian caido bajo las armas de Castilla, ya sosegada de todo punto.

Enagenado con tan gloriosos como difíciles proyectos, no observó que varios caballeros, que iban como á la descubierta, habian detenido sus corceles á la entrada del puente; y hubiera tardado mucho tiempo en notarlo, segun caminaba á paso corto, si D. Lope de Vendaña no le dijera:

—Mirad, señor y mi Rey, que no há mucho me hallaba enfrente de aquella fila de encinas, con el Almojarife y el sábio Samuel, y hemos visto entre la espesura un caballero negro, armado de todas armas, que nos acechaba; cosa que debe dar cuidado, porque védle allí ahora, á la salida del puente, cabalgando en arrogante caballo de batalla, y á guisa de desafiar á los nuestros.

—No os inquieteis, respondió Alfonso; será tal vez algun mensagero que me envia la Reina.

—Siguiera entonces su camino, sin entremeterse á testigo del desagradable embarazo del buen Jucef, replicó el malicioso hijo de Abenez.

—¿Qué embarazo?

—Nada, Señor, dijo D. Lope, que juzgó inoportuna la ocasion de descubrir sus recelos; ciertos cargos de poca monta, que Samuel ha hecho al Almojarife en mi presencia.

—Jucef es un leal vasallo, y retaré en campo abierto al que sostuviére lo contrario, esclamó Alvar Nuñez.

—Lo creo, lo creo, señor caballero, repuso Samuel; como que el premio del torneo ha de ser una preciosísima cadena....

—Dá un nudo á esa lengua, perro judío emponzoñador, le gritó el de Osorio, ó vive Dios, que te la arranque, para mezclarla en menudos trozos con los malditos brevages que compones.

—Y á cuya virtud he debido mi salud mas de una vez, le interrumpió el Rey. Vamos, Conde, deponed la ira, y no os enojeis mas por una chanza de mi doctor.

No, respondió el Conde; pero lanzó al atrevido judío una mirada tan terrible y amenazadora, que á no hallarse inmediato al Rey, no se tuviéra por seguro.

En esto el agudo sonido de una trompeta guerrera hirió los oidos de los caballeros, que inmediatamente picaron los fogosos corceles, llevando á su cabeza al Rey. Cuando llegaron á la inmediacion del puente, dijéronle los descubridores:

—Señor ¿pasarémos?

—¿Quién lo estorba? respondió Alfonso impaciente.

—Mi lanza, gritó el caballero negro.

—¿Tu lanza?.... débil esfuerzo contra pechos hidalgos, señor bravo, replicó el Monarca, que queria dar tiempo para recobrarse de la carrera. ¿Cuántos moriscos ha derribado tu lanza?

—La empuña un noble, y Dios y mi dama la protegen, esclamó el desconocido, sin responder directamente á la pregunta.

—El sol te es contrario, repuso Alfonso. Si realmente eres caballero, llégate á mi campo, y dos reyes de armas nos partirán el terreno.

—Despues de vencerte, dijo el Negro: entre tanto conserva esa ventaja.

—¿Qué harás de mí si me venciéres, arrogante campeon?

—Si solo te hiriere, siendo tú quien yo me figuro, te daré el golpe de gracia, introduciéndote *la misericordia* hasta el corazon; mas si al primer encuentro te matáre, arrojaré tus despojos al Zadorra.

Todos los guerreros rodearon á Alfonso, cuyos ojos brillaron repentinamente de placer, al oir las resueltas razones del valiente enlutado; pero notando que el heredero de Urbina y el maestre de Santiago se preparaban á castigar aquellos arrogantes propósitos

contra su Rey y señor, mandóles éste imperiosamente que se mantuviesen quedos, y haciendo sentir espuelas al espumoso bridon, enfiló el ancho puente, calóse la visera del reluciente yelmo, embrazó la rodela, y apellidando en alta voz, *honor y amor por los Caballeros de la Banda*, esperó á su contrario.

Avanzó tambien éste hasta razonable distancia, y observábanle los impacientes servidores del héroe castellano, á quienes costaba penoso trabajo volver del asombro, en que les hábia puesto su osadía. Parecíales esta un imperdonable desacato hecho á la majestad, juzgándolo por lo mismo digno de mortal castigo, al paso que admiraban el reposado continente y marcial denuedo del provocativo adalid; ni es de estrañar que unos guerreros, acostumbrados á los mas difíciles encuentros, sintiesen á la vez estos dos opuestos sentimientos, si se atiende á qué, desafiar un solo aventurero, sin mas ayuda que su brazo, á todo un rey de Castilla, seguido de tan lucido acompañamiento, era para ellos proeza de mas alto y famoso nombre, que todas las que á buen término llevaron los ilustres paladinos de la *Tabla redonda;* esto no obstante, el invariable juramento que sus labios habian pronunciado, de fidelidad á Alfonso XI, les hacía mirar con aborrecimiento al mismo, por quien sentian desconocido interés.

Fábula absurda pareceria á nuestros ojos el suceso que vamos refiriendo, sino leyésemos en las crónicas de aquellos tiempos heróicos repetidas hazañas de la misma naturaleza, en que los caballeros aventuraban todo, menos la gloria, y sacrificaban sus vidas, por un inútil y mal entendido pundonor, ó hacian alarde de acometer los mas arriesgados lances, á trueque de obtener una amorosa mirada de la dama de sus pensamientos.

Parten al galope los dos bizarros combatientes á una señal dada por D. Lope de Vendaña, que con los demás nobles se habia colocado en la entrada del puente. Provócanse ya desde léjos con los movimientos de las lanzas puestas en ristre; relinchan de corage los corceles; llegan al fin con furioso ímpetu, y van sin duda á deshacerse en tan terrible choque.... De repente se desvía de la recta direccion el caballo del desconocido, hácese á un lado, se para y esclama su dueño afianzado sobre los estribos:

—¡Cómo, Señor! Sois realmente el maestro de *la Banda!* Sí.... no hay duda.... Caballeros, es una equivocacion; yo me confieso vencido.

Pero Alfonso no le ha oido; la violencia de la carrera le lleva hasta el estremo opuesto del puente; corre todavía á rienda suelta, hasta que un árbol corpulento, que se halla precisamente á la salida de la calzada, recibe en su tronco el acertado bote del desesperado monarca. No bien lo hubo descargado, calmóse el corage de su pecho, y solo pensó en retroceder, no ya para volver á la pelea, como caballero, sino como Rey insultado, á castigar los desmanes de un cobarde, que tan seguro encuentro habia evitado con mañosa destreza.

En esto observó que hácia él se dirigia sosegadamente y desmontado el mismo Negro campeon, sujetando el caballo por la brida; y queriendo ahorrarle mas de la mitad del camino, fuese para él y le gritó con voz de trueno:

—Abajo la lanza, infame; quien no sabe sostenerla, no es ni puede ser caballero.

—Mi Rey y señor, respondió el desconocido hincando la rodilla en tierra; soy noble, mas que todos vuestros nobles, y tanto como vos. Infame.... voto á Santiago, que si tú no fueras Alfonso de Castilla y yo tu mas fiel servidor, me darias aquí mismo satisfaccion de tamaña injuria.

—Aquí, D. Juan, aquí, señor de Vizcaya, gritó mas alto el irritado Alfonso; y luego que aquel se hubo acercado, continuó: ¿Qué castigo merece el vil pechero, que injuria al Rey y le desafía?

—¡Yo pechero!..., vive Dios, rey de Castilla, que hombres de mi pró no sufren tales demasías.

—¿Qué castigo merece, señor Infante? volvió á preguntar el Rey.

—Un misionero y el verdugo, contestó D. Juan.

—Y dígote yo, D. Tuerto, D. Villano y D. Traidor, que tú eres el verdugo, y el tígre y el vil, que yo andaba buscando. Rey de Castilla, mira una prueba de mi nobleza.

Quitóse, dicho esto, la manopla, y mostró á Alfonso un brillante anillo, que en el primer dedo de su blanquísima y robusta mano

D. Juan, alzad mi manopla.

traia, y en el cual estaban grabadas las armas y flores de lis de Cárlos *el Hermoso*. Arrojó en seguida su forrado guante al medio del puente, por donde ya llegaban los guerreros y dijo:

—Sed testigo, poderoso príncipe de Castilla, y vosotros valientes campeones, hidalgos, y todos los aquí reunidos, como yo, conocido con el nombre de caballero Negro, acuso al infante D. Juan, señor de Vizcaya y nunca de Almazan, de traidor é instigador de maldades en contra del Estado y del público reposo; y en prueba de lo dicho, y de que lo sostengo, le desafío á lanza y espada, á pié ó á caballo y á todo trance. Don Juan, alzad mi manopla.

—¡Perro, tú á mí!.... respondió el Infante rechinando los dientes. Pero llamando inmediatamente en su ausilio su natural serenidad, de la que hemos presentado una débil muestra en el precedente capítulo, añadió: mal hago en irritarme, porque un villano mal nacido nunca puede empañar el lustre de mis acciones. Como antes dije, el hacha del verdugo.....

—Tenéos, D. Juan, le interrumpió el Rey; juro por mis espuelas que el que acaba de desafiarte, aunque vencido por mí, es caballero principal.

—No lo hemos visto todavía, replicó el de Vizcaya; que se descubra el rostro; que nombre los timbres de su familia. Sin eso, no levantaré la manopla.

—Es un guerrero de la corte de nuestro hermano el rey de Francia, contestó Su Alteza con algun descontento. Acaso su doncel.. .

—No lo creo; y en todo caso, tócame averiguarlo de cierto.

—¿Soy yo caballero, D. Juan? volvió á replicar Alfonso, echando fuego por los ojos.

—Señor, sí, el primero de los caballeros de las dos Castillas.

—Pues entonces, dígolo yo, y basta.

—Y basta, repitieron á una voz todos los guerreros.

El Infante, sin embargo, no se movia, lo que empezó á escitar sospechas en los ánimos de todos los que presenciaban tan singular escena. Murmuraban unos, golpeaban otros la tierra con los cuentos de las lanzas, y no faltó quien echase su puntada sobre la pu-

silanimidad de D. Juan, con razones bastante claras para que pudiesen llegar hasta sus mismos oidos.

El maestre de Calatrava, cansado de aquella tardanza, dijo resueltamente, que si aquel desconocido no era caballero, era muy digno de serlo por su valor y habilidad, de que acababa de dar relevante prueba, hurtando el cuerpo al inevitable encuentro del Rey, por medio de una evolucion difícil y poco sabida en el arte de justar; que el Rey podia armarle cuando quisiese, y aun encumbrarle tan alto, como el que mas allí presente; y finalmente, supuesto que el Rey habia jurado por sus espuelas que le reconocia como tal caballero y principal, declaraba él y todos los de su órden, guerra abierta al que tal negase. Otros repitieron lo mismo, pudiéndose afirmar que todos los que callaron, consintieron en ver cumplidas estas amenazas, pues deseaban ver humillado el arrogante desprecio y altivez, con que aquel Infante aborrecido de los pueblos trataba aun á sus mas adictos partidarios; concluyendo de aquí, que si no aceptaba el combate presentado por el caballero Negro, debia despojársele de los honores y prerogativas, que á su elevada clase correspondian, y publicarse su deshonra en todas las cortes de Europa.

Permanecia no obstante el de Vizcaya en su obstinado propósito de no trabar pelea, si primero no publicaba el desconocido aventurero su verdadero nombre; y pasáralo mal su terquedad, segun eran de fieras y amenazadoras las miradas que le dirigian el de Mendoza, D. Lope de Vendaña y el primogénito de Urbina, si el Rey, conociendo aquellos síntomas alarmantes, no hubiera acudido al remedio, proponiéndose al mismo tiempo atraer enteramente á su partido, por medio de blandas razones, á un hombre tan turbulento y temible, de cuyas tramas hacía tiempo que habia concebido vehementes sospechas.

—Don Juan, le dijo: en vano te acusan cuando yo te defiendo. Tu negativa es noble; pero si algo debes á la gloria de tu Rey, si probarme deseas el deudo que conmigo tienes, hé aquí la ocasion de merecer mi amistad.... Alza ese guante, y rechaza con la punta de la lanza las increibles acusaciones de ese atrevido contrario.

—Obedezco, Señor, respondió con mal reprimida cólera el Infante, cogiendo del suelo la manopla, mas no de temor; sí por probarte que soy tu fiel vasallo. ¿Qué dia elige tu Alteza para el combate?

—Pensaré en ello, dijo Alfonso, y el desafío se publicará por reyes de armas en las tierras de mis dominios. Mas primero es preciso igualar á los combatientes. Señor caballero Negro, no puedo dar crédito á las razones, con que tu lengua ha ultrajado al Infante en mi presencia; sin embargo, suspenderé mi juicio, hasta que el de Dios se manifieste, pues es inevitable que la muerte de uno de vosotros asegure la justicia ó falsedad de tan fuertes acusaciones. Entre tanto ¿qué merced pides al rey de Castilla? Debo primero advertir que no siempre te será fácil evitar el trance de una carrera.

—Siempre, Señor, siempre que mi mala estrella me guie á levantar mi brazo contra mi Príncipe, le contestó el desconocido. Dad con todo las gracias á esa magnífica banda, que os rodea el pecho.....

—¡Cómo! ¿Negarás tambien que te he vencido?

—No: antes bien lo he confesado, sin esperar el choque.

—¿Temblaste de mi afilada lanza?....

—Jamás. ¡Temblar yo de lanza alguna!..... Apartéme al conocer al gefe de los caballeros de *la Banda*, á mi Rey, que yo defiendo contra todos y cualesquiera enemigos.

—¿Tu me defiendes?.... ¡Tú!.... Así pues, lo que yo llamo torpe miedo, no ha sido sino la mas bizarra manifestacion de habilidad y respeto.... Mas ¿por qué me nombras tu Rey? Un valiente guerrero francés tiene en su patria sobradas ocasiones de desenvainar el acero.

—Admiro la pujanza de los héroes que siguen al magnífico Cárlos, mas no he olvidado que Gil Oñiz y los vizcainos los desbarataron en el asalto del castillo de Gorricia. ¿A qué, pues, buscar en ageno país modelos de indomable brío, cuando tantos abundan en el propio?

—Serias castellano....

—Mi patria es Treviño; no léjos de aquí se divisa. Mi nombre

ilustre, mis títulos bien conocidos en Castilla, y el objeto de mis deseos la defensa de mi dama y el esterminio de los enemigos de Alfonso XI. Un voto secreto me impide levantar la visera y vestir otro color, hasta dar fin á desconocida aventura... Tal vez se acerca el momento...: la del puente del Zadorra. Cuando venza al Infante, sabreis quien soy.

Dijo, montó el ligero corcel, y saludando al Rey, partió á toda brida por el camino de Vitoria.

—Síguele, Vendaña, gritó Alfonso y díle de mi parte que esta rica banda, que él ha sabido respetar, ceñirá sus hombros, dentro de tres dias, en el convento de los dominicos.

No habia concluido aun, y D. Lope voló como un relámpago tras del incógnito, que galopaba envuelto en una nube de polvo, imperceptible apenas á los ojos del Rey y de sus caballeros. Siguiéronle estos con lentitud, y cuando llegaron al palacio, la noche cubria con su misterioso manto las silenciosas encrucijadas de la ciudad.

CAPITULO III.

En el cual no hacen mas que presentarse en escena tres nuevos personages.

Reclinado al dia siguiente Alfonso XI en uno de los asiáticos almohadones, que adornaban la magnífica habitacion que ocupaba en el palacio del *Campillo*, revolvia en su imaginacion quién podia ser el desconocido aventurero de las armas negras, perdiéndose en un laberinto de conjeturas sobre su aparicion, bizarría y denuedo, sin que de tantas reflexiones sacase otro fruto, que desear con impaciencia la llegada de algunos nobles, á quienes habia encargado que rastreasen el paradero de tan animoso incógnito. Deshacíase sobre todo por ver al de Vendaña, pues opinaba que habiéndole alcanzado éste en su precipitada partida del puente, tal vez habria descubierto alguna cosa de su misteriosa conducta.

Dejémosle unos instantes entregado á estos pensamientos, á fin de dar á conocer al lector nuevos personages, que empiezan á reclamar distinguido puesto en los acontecimientos de esta fidedigna relacion.

Al efecto, nos introduciremos, sin mas ceremonia, en el átrio de la parroquia de *Santa María*. Formábalo una nave elevadísima, sostenida por seis gruesos pilares, que al mismo tiempo servian de pedestales y nichos á igual número de imágenes, que representaban la mitad del apostolado. Sobresalía en la fachada un magnífico sepulcro de mármol de Calatras, sobre el cual se veian trabajadas de la propia piedra las armas y blasones de la casa de los señores de Haro, y en lo alto de la bóveda habia modelado diestro artífice graciosas formas de serafines, amontonados sin órden entre multitud de palmas, coronas, mitras y otros trofeos sagrados.

Los mas costosos é inútiles trabajos llenan todavia con profusion las columnas de aquel pequeño templo, digno recuerdo de los tiempos antiguos, aunque ya no sea fácil conocerlo por esta descripcion. Por ejemplo, la grande puerta de encina, pintada de verde, que ahora le sirve de punto de comunicacion con la iglesia, no existia entónces, ni tampoco los groseros bancos de piedra colocados al pié de los pilares, para que los muchachos se diviertan al juego de las bochas, cuando van y vuelven de la escuela. En recompensa, el piso era mas alto y no habia necesidad de bajar al recinto, por las escaleras que en el dia son indispensables, pues el terreno estaba al nivel con la parte de la plazuela ó escampado que mira al Norte, lo que impedia que se estancasen en el átrio las aguas, impelidas generalmente por el viento hácia sus respetables ruinas.

Paseábase entre ellas con agitado semblante un hombrecillo de corta estatura y delgadísimas piernas, dando de cuando en cuando récias patadas, que repetian los ecos de la sagrada bóveda. El aire de incomodidad pintado en su encendido y flaco rostro, al cual daban particular espresion unos retorcidos bigotes, y el casquete de durísima suela que cubria su cabeza, le hubieran podido hacer pasar por el génio de aquella soledad, si algunos juramentos escapados de su boca, y agenos, á nuestro entender, de la cortesanía de los

habitantes aéreos, no mostrasen claramente que era un sér mortal. Por lo demás, su trage correspondia convenientemente al sugeto: era el que usaban los escuderos hidalgos, á escepcion de la espada que no llevaba, y sí en su lugar un puñal corto, escondido entre los pliegues de la ropilla.

Nueve veces habia dado la vuelta alrededor del pórtico, y otras tantas parádose al llegar á la entrada, creyendo distinguir algun rumor, que le asegurase la proximidad de las personas que, al parecer, esperaba; mas saliéndole siempre vana su diligencia, maldecia tan intempestiva tardanza, aunque con un sonido de voz calculado, para que nadie pudiese oirle de la parte de afuera.

—Válgame, por Judas, decia; no parece sino que todo el mundo se ha empeñado en desesperarme. Sobre que estoy tentado de volverme á Aragon, y dejar ignorar á estos descuidados las buenas nuevas, que sin duda encierran mis pergaminos: además que, bien mirado todo, no puede durar mucho esta comedia, porque, voto á tal, los alabarderos de Castilla, me andan á los alcances, y mas quisiera dar de hocicos en el barranco de las Calaveras, que caer en sus manos.... No; no me engañarás mas, maldito Infante; así cumpliré yo tús mensages como llueven torreznos.... y á propósito de viandas, no me vendría mal ahora un razonable trozo de puerco, despues de tan largo camino.

La llegada de otro personage interrumpió su soliloquio. Representaba ser como de cuarenta años, y vestia trage guerrero con espuela de oro, señal de caballero: su porte era noble, y todo el aire de su rostro revelaba una especie de magestad, que un fisonomista hubiera calificado de soberbia, si atendia á que su lábio inferior, tal vez á fuerza de mandar, habia contraido la costumbre de sobresalir algunas líneas mas que el otro, cuya falta era compensada, con notables ventajas, por la fiereza é ingénua espresion de unos ojos negros y brillantes.

—Mala cita has escogido, Pero Calvillo, dijo al encararse con el descontento paseante. Todas las brujas de la ciudad van á llegar dentro de poco á la misa del arzobispo.

—Malo, malísimo, contestó aquel. Vámonos de aquí, no sea

que, por desgracia, venga el Rey con los hombres de armas.....

—Ahora acabo de dejarle en esa intencion, despues de haber andado de su órden toda la noche, como un perro sabueso, olfateando la madriguera del caballero Negro.

—¡Qué caballero Negro, ni qué demonio! Vámonos de aquí, repito, antes que me vea Cañete.

—Mucho temes al gefe de los Maceros; no es empero tan diablo como parece.

—Oh! no lo digo por tanto, sino que hay ciertos puntos, acerca de los cuales ese señor gefe y mi persona no están muy de acuerdo. Yo ignoro su pensamiento; pero el mio es hallarme, en cuanto me deis vuestra licencia, dos mil leguas de esta maldita villa, tan solo por no tropezar con él. Por otro lado, si supiérais las noticias....

—De Aragon siempre son interesantes, mas no les irán en zaga las que has de llevar á D. Juan Manuel. ¡Ah! dime, Calvillo ¿dónde está ahora este señor de Villena?

—En Santolalla, haciendo leva de gente.

—Segun eso, ¿se ha revelado ya?

—El se dará traza para hacer ver lo contrario, si le conviene.

—Es que el Rey le ordenó antes de salir de Valladolid....

—El Rey le ordenará siempre cuanto quiera, sin que el de Villena deje de hacer por eso cuanto se le antoje; pero por el alma de Cain, huyamos de este sitio. ¿Quereis verme degollado?

—Tenemos en nuestro favor una buena media hora, para platicar.

—Afuera, señor.... ¿media hora? ni cinco minutos me detengo. Vosotros los grandes podeis comer con el Rey, y maquinar contra el Estado: mas los que servimos de bajo instrumento á vuestras maldades, hemos menester buenas piernas y largo olfato.

—Siempre te tuve por menguado, desde que las amenazas de ese perro Abenuez te arrancaron el secreto de la cadena del Rey, que á estas horas estará á buen recaudo, y ahora veo bien que, á mas á mas, te precias de nécio malicioso.

—Y ¿qué quisiérais de mí en aquel estrecho? ¿Fué mi culpa que sus ojos de gato montés conociesen aquella brillantísima prenda?

Albricias debiérais darme por haber callado la parte principal del mensage. ¿Supo, por ventura, que tan lucida alhaja la destinábais á don Juan Manuel?

—Preciso es confesar que en eso anduviste cuerdo. Cuéntame ahora las buenas nuevas.

—No aquí, Conde; no aquí, por todos los demonios del infierno. ¿No reparais que cuanto mas permanezco en este bendito átrio, mas me voy acercando á la horca? Y ¿qué será de vuestro bando, muerto Pero Calvillo?

—De importancia te crees, segun eso. Pero sea lo que quieres, puesto que á vosotros es preciso contentaros como á niños mimados, para que no deis al traste con las mejores obras. Subamos á la torre, que allí no te alcanzarán las garras de Cañete.

—Que me place, dijo Pero Calvillo con muestras de muchísimo contento; y sin mas razones se dirigió hácia la puerta interior de la capilla seguido de su compañero.

La escalera de caracol, que conducia á la torre, era estrecha, y tan oscura en muchos parages, que se necesitaba el mayor tiento para no romperse la cabeza contra la muralla circular que la rodeaba, recibiendo la escasa luz, que con trabajo se percibia, por unas angostísimas aspilleras, de trecho en trecho practicadas en la pared. La falta de muchos escalones hacía mas difícil la subida, estando á cada momento espuestos los atrevidos que se arriesgaban á tal empresa, á ser precipitados desde lo alto por las enormes piedras y escombros, que se desprendian al menor esfuerzo. El aire caliente que en aquella bóveda se respiraba, sofocaba al caballero, al paso que el miedo á los alabarderos de Castilla inspiraba bastante valor al estenuado Calvillo, para despreciar los obstáculos, que á cada paso tenia que vencer.

La mitad del peligro habia pasado, poco mas ó menos, cuando deteniéndose de pronto, exclamó:

—Por mi alma, señor Conde, que no estamos solos en este tristísimo lugar. Y oyendo que el Conde, sin responderle, seguia subiendo, le tocó en la espalda y dijo:

—¿No veis aquel bulto que parece cerrarnos el paso? Mejor sería volvernos atrás.

—¿Y Cañete? respondió el caballero. ¿Tan presto olvidaste al capitan de los Maceros?

—No, por mi abuela; y voto á mis pecados, que estoy metido en una ratonera. Abajo los alabarderos que no tardarán en llegar, y arriba ese esforzado enemigo. ¿Quereis descargarle furibundo mandoble sobre la armadura? Tal vez dareis con él en tierra.

—¡Quién vá allá! gritó una voz áspera de lo alto.

—Hombres de armas, caballeros, respondió el Conde, que desean solazarse un rato por esas elevadas bóvedas.

—¡Maldito capricho! murmuró la misma voz. ¿Os faltan por ventura en Vitoria hermosísimos prados, frondosas arboledas y magníficos paseos, salpicados por las limpias aguas del Avendaño? Pero diz que los castellanos son amigos de acometer difíciles aventuras y penetrar en encantados castillos. Mala pascua para mí, sino pudiera yo haceros rodar hasta la iglesia, mas aprisa que corre la presa del Zadorra; y no faltan aquí arriba armas mas fuertes que las armaduras que os cubren, capaces al menor empuje de moleros todos los huesos, ni mas ni menos que las ruedas del molino de Betoño muelen el trigo.

—Y tú ¿quién eres, que tan valientemente desafías? replicó el Conde. ¿Sabes que somos de la comitiva del rey D. Alfonso de Castilla?

—¿Y que podemos cortarte la cabeza sin el menor cumplimiento por tus fanfarronadas, añadió Pero Calvillo, á menos que seas algun fantasma ó alma en pena, que hayas abandonado tu guarida, por tomar un aire mas fresco sobre la torre?

—Yo no soy nada de lo que dices, ni fantasma ni alma en pena. Con solo el trabajo de menear esta piedra que estoy tocando, es mas fácil que tú quedes convertido en uno de esos nombres, con que á tu placer me bautizas; y realmente lo hiciera para enseñarte á tratar de otro modo á un hombre honrado, que nada tiene de moro ni de judío, á no mirar que contigo vienen gentes que valen mas que tú. Suban pues vuesas mercedes, señores castellanos, y sepan

que puedo mandar en este parage como el rey en sus dominios, porque soy campanero de *Santa María* y sepulturero del inmediato cementerio.

—Bien imaginé yo que nada teníamos que temer; dijo Calvillo. Adelante, señor Conde, supuesto que no es mas que un miserable sepulturero.

Avanzaron dicho esto con alguna mayor seguridad, porque á medida que se acercaba el término de la escalera, era esta mas igual, y la luz de la torre empezaba á penetrar por ella, pudiéndose divisar con bastante claridad todos los objetos que les cercaban. Era, sin embargo, peligroso detenerse á contemplar la profundidad de que acababan de salir, pues los fétidos vapores, producidos por el aire condensado en aquel encajonado y estrechísimo caracol, que solo daba cabida á una persona, trastornaban la cabeza, en términos de ocasionar fuertes desvanecimientos, que acababan por precipitar en el abismo al curioso, que se esponia á semejante prueba, arrastrando consigo á cuantos encontraba al paso.

No sin grandes dificultades llegaron nuestros aventureros á una especie de sala en forma cuadrada, aunque irregular, á causa del ángulo saliente que formaba el costado del lado del Norte, por donde no penetraba la claridad del dia. Los otros tres lienzos de muralla eran muy elevados, y construidos, segun su solidéz, con el objeto de que resistiesen á los estragos del tiempo y de las tempestades. Dividian á cada uno en partes iguales dos anchas aberturas, en que se veian colocadas igual número de campanas, á cuyos enormes badajos acababa de amarrar el campanero varias cuerdas que, cruzándose en todas direcciones, iban á unirse con otra mas gruesa en un agujero proporcionado á sus dimensiones y practicado en el piso; conducia esta cuerda hasta la iglesia, evitando este sencillo mecanismo, que aun se usa en la mayor parte de nuestros templos, muchas molestias al campanero, quien no tenia necesidad de subir á la torre, cada y cuando le acomodaba regalar á la ciudad con el desagradable y destemplado sonido de su media docena de inarmónicos instrumentos. Una escalera de madera, que toda se bamboleaba, era la única por donde se subia al piso segundo de la torre, semejante al primero en todas sus partes; mas no se lograba llegar

á el, sin agarrarse firmemente á un tosco y grueso madero, que hacía el oficio de pasamano: finalmente, un callejon estrecho y oscuro, cuyo término, al parecer, nadie habia osado medir hasta entónces, comunicaba con las infinitas bóvedas, sepulcros, cuevas, pórticos y ruinas, de que aun se vé lleno el interior de tan antiquísima torre, y por los cuales era fama se paseaban de noche, al pálido reflejo de la luna, espíritus aéreos, blancos fantasmas, y toda la turba de duendes, aparecidos y encantadores, que tanto ruido meten en las antiguas leyendas.

Hízose á un lado el sepulturero, cuando el Conde y Pero Calvillo llegaron á lo alto: y entrando en el piso, que hemos apenas bosquejado, contemplaron por un momento las pronunciadas facciones y grosero ademan del que con tanta bravura les habia amenazado. Éste los miró á su turno con cierto aire de sorpresa maliciosa, y bajando en seguida algunos escalones, con mas presteza de la que al parecer prometia el mal estado de los mismos, observó hácia abajo con cuidado, como queriendo saber si no subia mas gente, sosteniendo el peso de su cuerpo con una mano apoyada sobre el caracol, y agarrando con la otra una súcia montera de pieles, que adornaba su cabeza.

—Me he engañado, dijo volviendo á subir, y acaso por la primera vez de mi vida; el ruido de sus pasos ha llegado á mis orejas muy abultado. Está visto que no son mas que dos.

—¿Esperabas á alguno, buen hombre? le preguntó Calvillo.

—Buen hombre.... ¡hum...! ¡bah! respondió el campanero, recargando los dos últimos monosílabos con tal desenfado, que el preguntador hubo de hacerse algunos pasos atrás. ¿Piensas acaso que estoy obligado á satisfacer tus impertinencias? Ya os he dejado subir.... ¿qué mas quereis?

—No hay que amostazarse, amigo, dijo el primero. O somos, ó no somos; vamos claros. Aquí tienes, delante de tus barbas, al muy famoso señor D. Alvar Nuñez Osorio, conde de Trastamara, de Lemus y de Sarriá, que no cede en poder y nobleza al mas alto magnate de estos reinos, y gran privado del muy poderoso rey de Castilla D. Alfonso XI, y á tu aficionadísimo servidor y compañero, cuyo nombre no me tiene cuenta declarar, hasta saber á qué partido

perteneces. Con que así, sus.... pelillos á un lado por lo de la escalera y vengan esos cinco.

—Quita allá, repuso el hombre de la torre. ¿Cuándo has visto juntarse al leon con el gato montés? pues tal me parece tu estrujado cuerpo, con esos ojos verdes y traidores, que te sirven de linternas.

—Demonio.... no dijera mas Cañete, si me cogiera entre sus uñas; con todo, menester es que seamos amigos. Y no está bien que desprecies á un aliado y protejido de este caballero, del primer conde creado en Castilla.

—Bien puede ser criado en Castilla ó en Flandes; nada me importa. Por lo demás, yo á nadie desprecio, y solo quiero que me dejes en paz, y no me canses con tu maldita jerigonza. Que por Dios vivo, se me vá subiendo el tufo á las narices.... y al decir esto se adelantó un paso.

—Paz, paz, señor entierra-muertos, gritó Calvillo refugiándose detrás del Conde.

—Eso te valga, malhechor, canalla, dijo deteniéndose el campanero; bueno es tener á mano un sagrado á que acojerse; mas júrote por todos los esqueletos del Campo-Santo, que no te valga ese sagrado, y que te desuelle vivo, y haga de tu pellejo tamboriles para vender á los muchachos en la féria, si.....

—Habladle alguna cosa, señor Conde, dijo á éste Pero, en voz muy baja; no veis como me mira.... nada.... pareceis de mármol:... si digo que es cosa de hacer perder los estribos al mas pintado.

—¿Todavia murmuras, ladron descomulgado ...? le interrumpió el de la torre. Cesa de una vez, sino quieres que con una de estas sogas te saque á tomar el aire por esa ventana de la campana mayor, y te deje jugando al columpio entre el cielo y la tierra, hasta que te coman los grajos.

Dicho esto, sentóse tranquilamente sobre una descomunal piedra, que generalmente servia para este uso; sacó de los bolsillos de su raida y parda zamarra varios mendrugos de pan de centeno, y un regular trozo de carne de puerco, estiró las piernas, y puesto el codo en el suelo, empezó á mascar con tanta ligereza y apetito, como si en toda su vida hubiera hecho otra cosa.

CAPITULO IV.

En el cual se vé que D. Lope de Vendaña era hombre de malísimas pulgas.

EJEMOS por un instante á Pero Calvillo habérselas con el hombre de la torre, porque otros acontecimientos mas importantes están reclamando nuestra atencion.

El tiempo no habia permanecido ocioso, desde que Alvar Nuñez recibió aviso de la llegada de su espía, y mientras se preparaba para saber las noticias que éste debia comunicarle, ocurrian en el palacio del *Campillo* sucesos de distinta naturaleza.

El Arzobispo habia dicho ya su misa en *Santa María*, en menos tiempo que el que tardaron los aventúreros de la torre en reponerse del susto, que les infundió al principio el sepulturero; y aunque el Rey no habia asistido á ella, no por eso estuvo sosegado cinco mi-

nutos. Aquejábale el cuidado de los pueblos revueltos con los contínuos alborotos y desmanes, en que los traian empeñados los mismos que rodeaban su persona, recibiendo de su largueza distinguidas honras y cargos principales, y meditaba interiormente un medio de poner fin á tantas y tan repetidas rebeliones, aunque fuese esponiendo una corona que sobremanera le pesaba, mientras no podia revolver las fuerzas contra los moros de Andalucía, único blanco de sus deseos, despues del reposo y paz que habian menester los pueblos. Conoció que jamás sosegarian los grandes, sino se armaba contra ellos de toda la justicia que le asistia para castigarlos, descubriendo sus maquinaciones y haciendo rodar las cabezas de los mas culpables. No siendo capaz de temer á ninguno y acosado de todos, determinó saltar la valla y hacerse respetar, humillando á los malcontentos con un golpe bien dirigido.

Esta necesidad en que le pusieron las intrigas de los nobles fué la que le valió para la posteridad el dictado de *Vengador y Justiciero*, debiendo á su firmeza, y tal vez al escesivo rigor de algunos castigos la tranquilidad del reino y las victorias, que mas adelante le inmortalizaron.

Entusiasta al mismo tiempo hasta heroicidad, sabía premiar el valor dó quiera lo encontrase, no habiendo, en su concepto, mayor gloria, que vencer en campo abierto á formidable contrario, y arrostrar con sereno corazon los mas arriesgados lances. No podia desechar de la memoria la imágen del desconocido del Zadorra, y pesábale amargamente haberle dejado partir, sin obligarle á pelear y rendirle á lanza ó espada como caballero, y no á fuer de Rey, tranquilizándole algun tanto la seguridad que tenia, de volverle á ver, cuando se verificase su singular combate con el infante don Juan, cuyo dia habia prometido disponer y juraba no retardar sino el tiempo preciso que permaneciese en Vitoria, pues queria se efectuase en Valladolid.

Teníale tambien inquieto el empeño de la Reina, que cediendo en fin á las sugestiones de su padre, empezaba á mezclarse en los asuntos del gobierno, y se habia declarado enemiga irreconciliable de Garci-Laso, Merino mayor de Castilla, á quien Alfonso distin-

guia con su favor, al mismo tiempo que D. Lope de Vendaña, Gonzalo de Mendoza, y el lucido escuadron de caballeros de *la Banda* animaban á Alfonso en la venganza, que pensaba tomar de sus contrarios.

Esta órden de caballería que el mismo Alfonso habia formado, segun hemos dicho, y de la cual era Gran Maestre, contaba pocos pero escogidos guerreros, fieles á su gefe y enemigos de las intrigas cortesanas. La nobleza de Vitoria y Treviño siempre fiera, pero honrada, leal, valiente y pundonorosa, se habia apresurado al llamamiento del héroe, que tantas veces la guió al combate, y al paso que aborrecia los vicios y disturbios de los señores castellanos, peleaba con ardor contra sus traiciones, brazo á brazo y en el campo, no á la sombra de ruines manejos.

Una rica banda ancha de cuatro dedos, de color rojo ó carmesí, que como dice cierto escritor demasiado conciso en muchas partes oscuras de la historia, *por encima del hombro derecho, y debajo el brazo izquierdo les rodeaba todo el cuerpo y era el blason de aquella caballería y señal de honra*, distinguia á primer golpe los mas intrépidos campeones, las mejores lanzas de Alfonso XI en los primeros encuentros, en las mas peligrosas escaramuzas, ilustrando con increibles hazañas la esclarecida órden, que muchos y muy distinguidos caballeros de Castilla y Aragon anhelaban merecer.

No á todos era concedida, y ni bastaba para obtenerla descender de noble alcurnia, ni alegar importantes servicios de enterrados deudos, sino que real y positivamente la habian de alcanzar con su lanza y fidelidad los que á ella aspirasen, antes de entrar al goce de los privilegios y justas mercedes, que la hicieron tan célebre en el corto periodo de su duracion. Consistian estas en poder levantar gente sin mandato del Rey, para su propia defensa; en sentarse con él á la mesa; en cubrirse con el casco y mantener calada la visera delante de los mas poderosos señores y del Rey mismo; en alzar pendon propio, y hacerse abrir un solo caballero las puertas del mas murado castillo; ausentarse de la corte; volver á ella cuando quisiese y llevar el lado del Rey en todas las correrías á que asistian, con otras muchas prerogativas desconocidas en nuestros dias,

y de las cuales, aunque hablan empolvadas crónicas, ignoramos el objeto y hasta la significacion de los nombres que las distinguen, á despecho de consumados anticuarios y comentadores, que piensan convencer al público, engañándose á sí mismos con voluminosos *in folio*, llenos de inútiles memorias, olvidadas antigüedades y ridículas versiones.

Volviendo á nuestro cuento, permaneció D. Alfonso largo rato, sumido en encontrados pensamientos, sobre el modo de reprimir la insolencia de los grandes, y no saliéra tan presto de su cavilacion, á no entrar en el régio aposento un caballero de alta talla, cubierto de luciente armadura de acero, y el yelmo del mismo metal, adornado de plumas rojas y blancas. La banda carmesí cruzaba su pecho, y por su marcial continente, cierto poeta, á quien mas adelante conocerá el lector, no titubeára en compararle al imponente Dios de la guerra.

Hecha reverencia al Rey, se adelantó con paso firme, y llevando la mano al pecho, esclamó:

—Por la órden que profesé el dia en que Vuestra Alteza me honró armándome caballero en Compostela, juro que ha llegado el momento de ajustar cuentas á los alborotadores, y luego que sepa Vuestra Alteza.....

—Todo lo sé, D. Lope, todo, respondió el Rey, haciendo señas al guerrero para que se sentára á su lado.

—¿Y tambien las intrigas del de Villena? dijo Vendaña despues de haberle obedecido.

—Sí, y las de otros muchos.....

—¿Y que en Santolalla reune tropas?..., repuso D. Lope.

—Eso no, gritó el Rey: vive Dios que le dí órden de marchar á Andalucía, para que ayudase al infante D. Felipe.

—Y se ha burlado de ella, y á la hora de esta, sus partidarios todo lo llevan á fuego y sangre en los alrededores de Toledo, añadió el caballero.

—No hay remedio, es preciso hacer un escarmiento, aunque sea mi suegro, dijo Alfonso á media voz.

—Y acabar de un solo golpe con esa caterva de reyes tiranos

que devastan las Castillas. Envíeme Vuestra Alteza con una docena de caballeros á su encuentro, y le prometo que haga tal destrozo en ellos, que se arrepientan muy de veras de haber abandonado la madriguera, que los ocultaba.

—Sea como has propuesto, noble Vendaña, dijo el Rey despues de corta pausa; mas quiero que sean veinte los guerreros que te acompañen, y no doce.

—Voy á avisarles, esclamó Vendaña, levantándose con el rostro encendido de placer y de entusiasmo. Desgraciado el rebelde que nos espere.

—No; aguarda, repuso el Rey, deteniéndole por el brazo: conviene que salgais de noche y con cautela, no sea que los amotinados reciban aviso de vuestra marcha.....

—¿Y cómo? respondió D. Lope: yo encontraré al espía que tal recaudo lleve en el camino, y he de ahorcarle de un árbol, aunque sea mas alto que el pico de Arlaban.

—En la corte hay malcontentos, replicó Alfonso, y desde que huelan preparativos de partida, destacarán á toda brida algun ginete. Déjalo hasta la noche, y entonces será mas seguro el secreto.

Volvióse á sentar el caballero, y el Rey prosiguió diciendo:—Estas desavenencias de los grandes me traen harto desazonado, y no dejan de inquietar mi ánimo algunas pesadumbres domésticas. Por ejemplo, la Reina apoya á D. Juan Manuel... al fin es su padre....

—Sí, mas primero es Vuestra Alteza.

—Hablemos de otra cosa, D. Lope, que bastante tiempo nos queda para lo demás. ¿Descubriste algo del caballero de la negra armadura?

—Mala ventura le dé Dios por la carrera que hizo pegar á mi fiel *Salta-peñascos*: creo que á no internarse entre las encrucijadas de la ciudad, hubiéramos seguido los dos galopando, hasta el fin del mundo, él huyendo, y el diablo sabe por qué, y yo dándole alcance, sin conseguirlo nunca.

—Lástima me dá no poder hacerle merced. Es valiente y desinteresado.... Tambien, segun sus palabras, ha hecho algun voto secreto. ¿Qué dicen los caballeros de *la Banda*?

—Si su parecer se cumpliese, ya no levantaria el chillido ninguno de esos ambiciosos aduladores, que rodean el trono de Vuestra Alteza.

—No digo eso:... te pregunto ¿qué piensan del desconocido?

—Admiran su bizarría, y repútanlo por intrépido caballero y principal. Digno es por cierto de colgar á su cuello la *banda-roja* quien se atreve á desafiar á Vuestra Alteza, delante de los demás nobles aventureros de esa órden.

—Ahora me acuerdo de su arrogancia, cuando dijo que era tan noble como yo, y mas que todos los allí presentes.

—Juro por el timbre de mi familia, que si alguna vez lo encuentro cara á cara, he de obligarle á desdecirse de tan ridícula fanfarronada. Por lo demás, de buena gana le jurára amistad, como hermano de armas. Justa cual pocos campeones, y no deben de ser pocos los encuentros que habrá sostenido.

—Mal lo pasára con mi lanza á no desviar el golpe con destreza. ¿No te parece, D. Lope, que le hiciera perder los estribos en el choque?

—Antes creo que Vuestra Alteza hubiera sufrido la mala suerte.....

—No dijo eso Garci-Laso, y es hombre entendido en esto de acometidas.

—Garci-Laso es un adulador, dijo D. Lope apretando los puños con ira, solo su nombre hace hervir mi sangre, mas un caballero ha de decir verdad, aunque le cueste la vida, y mis antepasados siempre hablaron este lenguaje á los reyes de Castilla. Vuestra Alteza tiene sobrado brío al acometer, pero lleva muy levantada la lanza, y á poco que el contrario sea diestro, le desarmará. Es menester por tanto ser muy cortesano, para afirmar que Vuestra Alteza pudiese derribar al desconocido del puente. Si tal oyese yo á Garci-Laso, juro por mis espuelas que le arrancára la lengua.

—Hé aquí toda mi gloria por tierra, exclamó el Rey con ojos encendidos, cuando yo me contaba por uno de los mejores campeones de Castilla. No me lo dirás, D. Lope, á caballo y en el palenque, cuando se presente ocasion.

—Sí diré, respondió el de Vendaña con respeto, aunque en ello disguste á Vuestra Alteza; que mas quiero perder su amistad, que empañar mi nobleza con una mentira.

Sintieron ruido en la antesala, y el caballero se puso en pié, pues no deseaba hacer testigo á nadie de la familiaridad con que el Rey le trataba, raro ejemplo de moderacion que entónces y despues tuvo tan pocos imitadores.

Una voz delgada, y dulce como el primer beso de amor, les anunció la llegada de la Reina, cuya circunstancia recordó á Alfonso el firme propósito hecho en su interior, de reprimir el orgullo de los revoltosos, y á D. Lope la nueva obligacion que con él acababa de contraer, de salir á castigar las insolencias cometidas en Santolalla. Dirigiéronse ambos hácia la puerta con estos pensamientos; mas advirtiendo que la Reina no venia sola, antes al parecer hablaba amigablemente con la persona ó personas que la acompañaban, puesto que desde el aposento no se podia conocer todavía si era una ó eran muchas, Vendaña se caló el yelmo, y bajó la visera, para no ser conocido, temiendo comprometer, si le veian, su importante comision, echando primero una mirada al Rey, que aprobó con una señal afirmativa aquella prudente precaucion.

—Ahora podrás salir sin que te vean, le dijo en voz baja.

—A lo menos, sin que me conozcan, respondió el guerrero en el mismo tono.

—No te escaparás á los ojos de la Reina, repuso el primero, pero poco me importa. Lo principal es evitar hasta la noche, las asechanzas de los traidores que me venden; despues.... hagan lo que quieran; no me cogerán desapercibido.... Ya llegan; puedes partir, y.... y silencio sobre todo...! Ah! te prevengo que en caso de coger vivo á D. Juan Manuel....

No prosiguió porque D. Juan Manuel y la Reina se presentaron delante de sus ojos. Habiendo llegado á sus oidos las últimas palabras de Alfonso, se detuvieron asombrados á la entrada de su habitacion. Hízose atrás D. Lope y llevó la mano al puño de la espada, y el Rey, pesaroso de su indiscrecion, pero resuelto á aprovecharla, en desagravio de sus ofensas, desenvainó la daga,

presentando estas cuatro personas un cuadro digno del pincel de consumado artista, y resaltando en sus semblantes el sobresalto, la sorpresa, el desprecio y la indignacion, de que respectivamente estaban poseidas sus almas.

El señor de Villena conoció la nube que iba á descargar sobre su cabeza y trató de conjurarla en daño ageno, por lo que diestro en el disimulo, y sin darse por entendido del estraño recibimiento que se le hacía, adelantóse con desembarazo hasta el Rey, y besándole la mano con respetuoso cariño.

—Vengo, le dijo, á poner en conocimiento de Vuestra Alteza, que los malcontentos de Valladolid intentan negarle la entrada, cuando dé la vuelta la corte: mas cara les ha de costar la osadía, porque en Santolalla tengo prevenido buen golpe de gente de á pié y de á caballo, para burlar sus intentos. La Reina sabe mis intenciones, y solo aguardo órdenes de Vuestra Alteza, para hacer venir mis tropas á esta ciudad.

Miróle el Rey cara á cara mientras hablaba, pero era sobrado artificioso el magnate, para que su rostro dejase traslucir sus designios, y ya iba Alfonso, nuevamente engañado, á recibirle en su gracia, cuando un gesto del caballero de Vendaña, mudando su resolucion, le hizo responder:

—Ya es tiempo de que yo solo reine en Castilla, y vive Dios que he de reinar, ó he de morir á lanzadas. Señor de Villena, yo os dejé órden, cuando me ausenté de Valladolid, de que tomáseis la vuelta de Andalucía, á proteger á nuestro tio el infante D. Felipe.

—¿Y cuál es antes, replicó D. Juan Manuel, seguro del triunfo por la salida del Rey, el infante D. Felipe ó la vida de Alfonso XI?

—¿Mi vida....?

—Sí, vuestra vida que he venido á proteger con riesgo de disgustaros. Yo supe en Santolalla los intentos de los sediciosos de Valladolid, que se han unido estrechamente con los de Zamora, y sin cuidarme de otra cosa, hice leva de gente en mi villa, para pelear en pró de Vuestra Alteza.

—¡Y qué! exclamó la Reina entrando en el salon, ¿no debia atender mi padre mas bien á nuestra seguridad, que á todo lo demás?

pero....: ¡qué veo! añadió reparando en D. Lope. ¡Un caballero encubierto en el cuarto del Rey....!

—Nuestra seguridad nunca es tan completa, como cuando nos hallamos rodeados de aventureros, como ese que estais viendo, respondió Alfonso, señalando hácia el guerrero.

—Tambien hay traidores en Vitoria, dijo el de Villena, pero valientes son los caballeros de *la Banda*; yo los tengo en alta estima.

—Y ellos os desprecian como mereceis, gritó D. Lope alzándose la visera. Don Juan Manuel, juro á Dios que aquí mismo os matára porque vos sois el traidor y el fementido que hay en Vitoria, si el Rey no me atára las manos. Mas ya nos veremos en Santolalla: tú á la cabeza de un ejército de salteadores, y yo con mis amigos los de *la Banda*.... Adios.... engaña si puedes al Rey con el favor de tu hija, tan villana como tú....

—Detente, D. Lope, exclamó Alfonso, que insultas á la Reina.

—Muera el infame embustero, dijo furiosamente D. Juan Manuel.

—¡Guardias! gritó la Reina, respirando venganza.

—Vengan, vengan, replicó con orgullo el de Vendaña; así purgaré la tierra de mas traidores: todos lo sois; todos los que rodeais el trono de Castilla, menoscabais el reino, y solo fundais vuestra gloria en la rapiña y los trastornos. Yo os desafío á que probeis lo contrario; aquí me teneis; pero cuenta, que es mi pecho el que habeis de traspasar, no el del Rey... Y vos, señora, añadió con desprecio, retiraos de una lucha, que en parte habeis provocado, sin miramiento á la honra de vuestro esposo y Rey, porque si una vez se enciende mi sangre, acaso no repare en que sois Reina, sino hija de ese vil adulador.

Y diciendo y haciendo, desenvainó la espada y se preparó al combate. No esperaba Alfonso tan estraño desenlace, y no pudo menos de afear en aquel momento los arrebatos del colérico don Lope, por mas que conociese que se dirigian á su defensa. Hallaba empero tan verosímiles las escusas del señor de Villena, que le parecia, no solo no tener nada que perdonarle, sino mucho que agradecerle. Supo aprovechar el magnate tan favorables disposi-

ciones con tal arte, que antes de acabarse el dia, habia logrado que le volviese á admitir el Rey en su gracia, y que le colmase de nuevas mercedes.

Centelleaban no obstante los ojos de la Reina de indignacion y rábia; mordíase los lábios; maltratábase el bellísimo semblante con los puños, y acabára rindiéndose á mortal desmayo, si sus damas no acudiéran á los gritos, llevándosela á una señal de D. Alfonso, que aturdido, sin saber como remediar la imprudencia de Vendaña, y deseando libertarle del mal paso en que se habia metido, permanecia inmóvil, mirando á todas partes, como quien buscaba alguna salida en aquel laberinto.

Pero antes de pasar adelante, nos vemos en la precision de recordar á los que esta verídica historia lean, que en el campanario de la iglesia de *Santa María* hemos dejado á tres personages, como abandonados á su propia suerte. Uno de ellos sin embargo tuvo demasiada intervencion en la comprometida escena que nos ocupa, y nos es imposible, por esta poderosa razon, llegar al término que tuvo, sin volver la vista hácia el sepulturero de la torre y sus dos nuevos huéspedes.

CAPITULO V.

El Caballero y el Espía.

IRABA Alvar Nuñez de hito en hito al campanero, sin acertar á creer que aquel rústico gañan manifestase tan poco comedimiento, que amenazase á Calvillo en su presencia, y mucho mas le pasmaba que, al escuchar de boca del mismo sus títulos y grandeza, no le acatase y pidiese humildemente perdon de sus arebatos, antes bien se arrellanase sobre el duro sillon que le sostenia, poniéndose á engullir con descortés y nunca visto desenfado sendos bocados de grasiento tocino. Esta indiferencia de parte de un villano tan poco comunicativo ajaba sobremanera el desmedido orgullo de un magnate, acostumbrado á ver obedecidos sus menores caprichos por una turba de criados y aduladores, sobre quienes ejercía despótico dominio, y mas de una vez estuvo

á punto de desenvainar la daga y clavarla en el corazon del que así se atrevia á faltarle al respeto, si no aplacára su furia el envilecimiento y borron de que en su concepto cubriria el lustre de su nobleza, poniendo las manos en hombre de baja ralea y mal nacido. Por otro lado, no estaba exento de preocupaciones el poderoso conde de Trastamara, quien como la mayor parte de los nobles y plebeyos del siglo XIV, pagaba su contingente de supersticiosa credulidad á la ignorancia, dando completo asenso á las ridículas historias de aparecidos espectros y mágicos embustes, que entónces corrian en voga, y entretenian las veladas del invierno alrededor del fuego de las cocinas.

El hombre de la torre, reuniendo al oficio de campanero el sagrado cargo de dar sepultura á los cadáveres hacinados en el cementerio que desde allí se divisaba, como él mismo lo habia anunciado, debia inspirar necesariamente algun recelo á hombres, que no habiendo aun roto las cadenas del fanatismo, ni gustado siquiera el esquisito dulzor de la ilustracion, que hoy marca la cultura de la adelantada nacion española, acogian con ardor aquellas absurdas relaciones, para trasmitirlas en herencia á sus hijos, tan poco civilizados como ellos, entre los roidos pergaminos de su nunca olvidada gerarquía; y siendo Alvar Nuñez uno de tantos, nada estraño parecerá si afirmamos, que entre los encontrados pensamientos que agitaban su fantasía en aquel momento, de castigar por su propia mano, á falta de otra, al que sin embargo temia, á causa de su rozamiento con los cuerpos de los habitantes del otro mundo, ó sacar de tan dudosa posicion el mejor partido, dejando á un ladó, por entonces, la soberbia arrogancia de sus timbres, abrazó este último como mas acomodado á las circunstancias, para él estraordinarias, en que se encontraba respecto al ser temible, quien sin imaginar de cien leguas la clase de pavor que infundia, seguia inalterable satisfaciendo la necesidad de su estómago.

Tomada esta prudente determinacion, volvióse hácia Pero Calvillo que, oculto detrás de él, acechaba con traidores miradas todos los movimientos del sepulturero, que le causaban hambrienta envidia; pues recobrado del susto que primeramente le infundiéra,

y viendo que nada tenia que temer, empezó á reflexionar con bastante sangre fria las ventajas que resultarian á su desfallecido estómago, si la suerte le deparase alguna vianda con que repararlo de las fatigas de su largo viaje y abstinencia. Complacíale interiormente el ruido de las quijadas de aquel rústico y poco obsequioso huésped, resonando en su corazon, cual si fuesen dulces palabras de enamorada doncella; y aunque acostumbrado á saborear mas ricos manjares en las cocinas y antesalas de suntuosos palacios, y á remojarlos con el pintado jugo de la uva, hubiera dado entonces á buena cuenta parte de los regalos que esperaba de la liberalidad de los Grandes, por los manejos en que intervenia, á trueque de poder hincar un solo diente en los mugrientos trozos de puerco que tenia á la vista.

Mas de una vez esperó, y esperó en vano, que el sepulturero, olvidando su resentimiento y mudando de humor, á medida que disminuian sus dentelladas, le convidase á tomar parte en la refaccion, y acordándose del bien sabido estribillo, *de la panza sale la danza*, no dudó que, á lo menos, una buena armonía, ya que no amistad completa, restableceria la paz entre ellos, paz que por entonces le era tan necesaria, atendido el poco caso que el Conde ponia en favorecerle, como acallar la voraz hambre, que le roia las tripas. Mas hallóse burlado en sus esperanzas, porque el incansable campanero devoró hasta el mas pequeño mendrugo, sin acordarse de él ni de las ansias de su estómago, y cuando se levantó del poco mullido asiento, despues de haberse limpiado la grasa, esparcida en sus lábios y barba, con el revés de la mano, fué para trastornar de nuevo con amenazas el poquísimo valor de nuestro flaco mensagero. No dejó éste sin embargo de notar que, de cuando en cuando, las miradas de su adversario se dirigian á la ancha daga, que el Conde llevaba pendiente; y por un esceso de vanidad, mas bien que por el deseo de atemorizarle, sacó de entre los pliegues de la ropilla el puñal hasta entonces oculto, y pasándolo de una mano á otra con estudiada negligencia, hizo de modo que lo notase; pero estaba decidido, que tan despreciado habia de ser el puñal como sus palabras.

¡Hola! dijo al ver relucir la hoja, no viene desprevenido el hombrecillo.

—¡Ola! dijo al ver relucir la hoja. No viene desprevenido el hombrecillo. Algunas cosas de esas he visto yo por allá abajo, y señaló hácia el Campillo, por el hueco de una campana. Pero desde que habito en el aire acompañado de la lechuza, no me han pasado por los ojos semejantes juguetes, á no ser los que he encontrado tal cual vez en los bolsillos de algunos hombres de armas, cuando los llevaba á la huesa. Dame acá, prosiguió alargando el brazo; veamos esa maravilla.

Calvillo no supo que decir, ni se decidió á entregar su arma con tanta facilidad. Era tan particular la espresion del semblante del de la torre, al pronunciar las últimas palabras, que no pudo darse razon de si las habia producido la sencillez, ó eran dictadas por la mas amarga ironía; pero un gesto del mismo individuo, que demostraba curiosa impaciencia y deseo de ser obedecido, puso fin á su incertidumbre; y ya iba á contentar su sombrío genio, ó como decia despues de esta aventura, á rendir la inespugnable plaza al sitiador, cuando Alvar Nuñez se interpuso entre los dos, y deteniendo la accion de Calvillo, miró al sepulturero con inflamados ojos, que á lo menos esteriormente demostraban no temerle, y le dijo:

—Basta ya de burla: cualquiera que seas, sepulturero ó sacristan, capaz de armas llevar, ó de huir á la vista del enemigo, ora esté á tu cuidado avisar á los devotos habitantes de esta ciudad la ora de misa y oraciones, ora te deleites maligno en cubrir sus huesos de tierra y cascajo, cuando ha llegado su última hora; basta ya te digo.

—¡Y qué! respondió el sepulturero. Yo nada tengo que hacer con vos ni con vuestra grandeza, sino con este espantajo de horca, semejante á un hijo de Lucifer.

—*Ave María Pmrísima:* esclamó Calvillo retrocediendo: Dios me libre de tal cosa. Y empezó á santiguarse.

Alvar Nuñez hizo tambien la señal de la cruz, dirigió sus miradas á un lado y otro, pasóse la mano por la frente y se puso á escuchar con atencion.

—Nunca se debe mentar al enemigo malo, dijo despues de larga pausa: demasiado se acuerda de nosotros, sin que le llamemos....

paréceme oir un ruido asi como de cadenas.... Díme sepulturero ¿á dónde conduce ese pasadizo?

—Al infierno, respondió éste con ira, y al volver la espalda repentinamente, para dar mas fuerza á la espresion, tropezó en el brazo, que el Conde tenia estendido, señalando la entrada del estrecho callejon, de que antes hemos hablado. Hízose atrás el último, sobrecogido como si le hubiera tocado un espectro, erizósele el cabello, y algunas gotas de sudor frio asomaron á su frente.

—Huyamos, gritó despavorido: realmente es el infierno.... Sí, el infierno.... Jesus, Jesus, y este hombre.....

—El diablo sin duda, tartamudeó Pero Calvillo, asiéndose al vestido del Conde. Huyamos, señor, huyamos.... pero ¿por dónde?

—Por donde habeis subido, dijo friamente el campanero, que tenia sus motivos para desear que abrazasen aquella idea.

—¡Quién! ¡Yo! ¡Por esa maldita escalera que me ha molido todos los huesos del cuerpo! Ni lo creas.... *Abrenuncio:* y si verdaderamente eres el príncipe de las tinieblas, lo cual es muy posible, sin que el decírtelo te sirva de afrenta, ¿quién sabe si te vendrá en humos cumplir la amenaza que nos echaste, cuando subíamos, de hacernos rodar hasta la iglesia? y luego.... válgame Dios.... Cañete abajo, y los alabarderos.....

—No le hables Pero, dijo Alvar Nuñez, desasiéndose de éste y acogiéndose al rincon mas apartado. Déjale que dé á entender sus intenciones.

—Mis intenciones.... ¡por vida de mi abuela! las vuestras son las que yo quiero saber. ¿Quién os ha dicho que estoy obligado á responder á todas las preguntas, de cuantos tengan el diabólico entretenimiento de venir á impacientarme en mi nido? Pero á fé que no me mamo el dedo. Algun oculto proyecto os ha traido por acá arriba.... acaso pensareis que hay tesoros en ese oscuro pasadizo que Dios confunda, y quereis apropiarlos en vuestro provecho.... Paréceme, con todo, que son harto menguados para arriesgarse en las bóvedas, murmuró entre dientes y nunca serán capaces de penetrar hasta el ignorado retiro de.... Vamos, añadió dirigiéndose á Calvillo ¿qué haces ahí mirándome con esos ojos tan chillones y es-

pantados? ¿Soy acaso algun lobo de tan poco instinto, que me contente con la chupada armazon de tu esqueleto?

—No, no; no eres nada de eso: pero mira, hombre, si es que lo eres, respondió aquel con temblor convulsivo; pones á veces una cara que.... no quisiera ofenderte.... mas.... no lo puedo remediar.... se me figura que vas á despedazarme y.... ten compasion de nosotros, por el alma de tu padre, que supongo habrá muerto ya, en particular de ese acongojado señor, pronto á rendirse á mortal desmayo.

Volvió los ojos el sepulturero dulcificándolos lo posible, y al reparar en el trastorno de Alvar Nuñez, que en efecto manifestaba visiblemente lo mucho que padecia su espíritu, hizo cierto movimiento con la boca, significativo y repugnante, que pudiera muy bien compararse á una sonrisa irónica de Satanás. Meneó en seguida con fuerza, como para cerciorarse de su estado corriente, la gruesa cuerda, que como se ha dicho, al describir el sitio de esta escena, llegaba hasta la iglesia y reunia todas las demás del campanario, y despues de repetir varias veces;-ellos bajarán: si; no hay cuidado; ellos bajarán,-se metió por la peligrosa escalera, y desapareció entre las revueltas del caracol. Sus pasos resonaron al principio con mucha claridad; dejáronse de oir en breve, sucediéndoles un eco, que gradualmente se fué alejando: á poco rato nada se percibia.

—Mientes bellaco, gritó Alvar Nuñez, enderezando su larga talla, luego que conoció que no podia ser oido desde la escalera; mientes, te digo, tú, y cuantos tal dijéren.... ¡Yo rendirme á mortal desmayo! ¡Yo hallarme acongojado!.... ¡Vive Dios! ¿Y por quién? Por un salvage, que á no mirar por mi honra, estaria á estas horas haciendo compañia á los que duermen en ese campo. ¿Tal era el miedo que te sobrecogió, hablador deslenguado, que no hallaste otro camino para disimularlo sin deprimir la buena fama de quien te sostiene? Ah! señor Calvillo, no es esto lo prometido.

—¿Qué habia de hallar en lance tan apurado? respondió éste; fuera de que yo creia haceros señalado servicio, rogando por vos á ese condenado en carne humana; y luego, como os ví tan agaza-

pado allí.... ah! creedme, teníais el mismo color que la luz de una lámpara medio consumida, y temblábais.....

—Temblaba de corage, nécio embustero, le interrumpió el Conde. Sí; de corage, porque no podia castigarle.

—Con efecto, vuestros golpes hubieran herido en el aire, porque los espíritus.... ved ahí; por lo mismo no quise acometerle con el puñal, cuando aquello de *venga ese juguete*.

—No es eso, villano, no es eso; sino que mi nobleza....

—¿Le habeis visto bajar la escalera? preguntó Calvillo, con intencion de mortificar al Conde, aunque él mismo no estaba libre de supersticiosa aprension.

—Tal al menos me pareció, dijo el Conde.

—Pues yo jurára que ha bajado por el aire, á guisa de caballero, montado sobre el badajo de una campana. Ya me figuré yo que el tal campanero era una alimaña del otro mundo, y á fé que á saberse esta aventura.....

—A saberse esta aventura, replicó el de Osorio, te haria yo ahorcar del nogal mas corpulento entre los muchos que hacen sombra á los aposentos del Rey. ¿Has olvidado que, apenas se susurre en la ciudad tu llegada, olfatearán el rastro los maceros, y.....

—No digais mas por vuestra vida, que yo callaré como un muerto por vos y por mí; ni me place tener que ajustar cuentas con Cañete. Pensaremos ahora lo mejor. ¿No os parece que hallaré enemigos, si salgo de la ciudad antes de la noche?

—Cierto que sí, dijo el Conde, y para tí sería mejor quedarte en la torre hasta que oscureciese, aunque á decir verdad mucho contento me darias en bajar conmigo esas malditas escaleras, que así parecen de oscuras, como rincones del Purgatorio.

—Ya: será que solo no os atreveis.....

—¿Qué hablas de atreverme impertinente? todavia no estás libre de que te arroje de una bofetada hasta el *Campillo*.

—Oh! no lo hareis.... no lo hareis, dijo Calvillo entre satírico y humilde; entonces quedaríais solo, sin mas compañía que esos sucios cuervos, que revolotean alrededor de las cuerdas.

—¿Y á mí qué me importa quedar solo? Mi espada es de buen

temple, para sosegarme en la soledad lo mismo que entre el bullicio de la corte.

—Ah! no lo digo por tanto, sino que.... muchas veces.... el valor, y en semejantes parages.... Mas si os tentase el diablo para enviarme volando hasta allá, lo que, á caer en blando y mullido, sería hacerme merced de los trabajos, que aun me quedan por pasar bajando con ayuda de mis piernas, ¿quién os contaria las buenas nuevas de Aragon, y de vuestros amigos?

Esta inesperada salida, recordando á Alvar Nuñez el objeto de su subida á la torre, dió á sus ideas el impulso natural, que siempre habian seguido, de acrecentar su poder, y hacerse superior en fuerzas á todos los bandos de Castilla, desde que su íntima privanza con el Rey le habia puesto en camino de conspirar á man salva en perjuicio de los intereses del Reino. Despertóse pues, con la indicacion del mensagero de sus parciales, la ambicion desmesurada que formaba la base de su carácter, y venciendo la repugnancia que sentia, de permanecer mas tiempo en aquella torre, donde acaso por la primera vez de su vida acababa de ser accesible al miedo, acercóse mas al malicioso Calvillo, y con voz lisongera, peculiar solo á los cortesanos, cuando interesa al logro de sus intrigas.

—Bien esperaba yo, dijo, del digno enviado de nuestro poderoso aliado el de Aragon algun contento en este dia; y no sin poderoso motivo te recomendó á nuestro favor el señor de Villena. Deja que las cosas de Castilla se asienten, que yo te juro, á fé de caballero principal, colmarte de mercedes y favores por tus buenos servicios; entre tanto no dejará de presentarse ocasion de que, al través de las discordias y aborrecimientos que dividen los ánimos de los grandes, puedas enriquecerte y medrar.

Hubiera podido añadir *á rio revuelto*, frase conocida en todas las épocas y que aun no se ha desterrado del Diccionario de nuestra lengua; pero se esplicó lo suficiente para que Pero Calvillo creciese una cuarta de contento.

—¡Ah! señor D. Alvar, no merezco tan claras muestras de proteccion, respondió con hipócrita ademan; solo os pido en nombre

de esa sagrada órden de caballería que profesais que me saqueis de entre las largas uñas de Cañete, si alguna vez.... Por lo demás, os protesto que á verme libre de este descomulgado herege, yo me daria maña de vivir holgadamente en estos benditos tiempos; bien entendido, Conde, á la sombra de vuestro amparo y salvaguardia.

Este que, en nuestro pais, sería insulto al parecer de algunos mandatarios, sirvió de mas satisfaccion á Alvar Nuñez, quien solo recataba sus intentos lo puramente necesario á su seguridad, que la mas baja adulacion.

—Todo se hará como pides, replicó, y dentro de dos horas nada tendrás que temer del Capitan de los maceros. Una órden le hará salir de la ciudad á desempeñar reservada comision, y encontrarás el camino de Aragon mas liso que la palma de la mano. Dí ahora el mensage que para mí te ha dado el Rey de esa tierra.

—Ved en ese escrito, respondió Calvillo, sacando un enrollado pergamino del casquete de cuero, y presentándolo al Conde, las condiciones con que D. Jaime de Aragon se compromete á ayudar, con todas sus fuerzas, vuestras pretensiones. En cuanto al estado de los negocios, os lo haré conocer de palabra, segun se me ha encargado.

—Habla pues y sé breve, dijo Alvar Nuñez, abriendo el pergamino con trabajo, como hombre no acostumbrado á tales cosas, pues juro por la mejor lanzada recibida en el encuentro de las Navas de Tolosa, que estas letras deben estar escritas en latin, y mal haya amen si las comprendo: cuéntame á buen recaudo lo que los malcontentos te hayan dicho; yo haré mas tarde que el infante don Juan me ponga en lenguaje corriente esta misiva.

—A mala aldaba os agarrais: creo que el Infante tampoco entiende esos garabatos.

—Si entenderá, que en su mocedad aprendió á formar lo que se llaman letras, y me acuerdo del tiempo en que regalaba los oidos de las damas con ingeniosos romances. Pero esto nada hace al cuento; algun caballero habrá en la corte, á quien sean familiares semejantes ocupaciones, agenas de nobles pechos, y así no tardes en referirme lo que ha poco digiste.

—Cierto, señor Conde. Habeis de saber pues, que D. Juan Manuel, á quien el Rey dejára órden en Valladolid para marchar contra los moros de Andalucía, se halla á estas horas en Santolalla, reclutando gentes; y diz que tiene crecido número de partidarios, por ser villa que le pertenece, y además con los socorros que le enviásteis, inclusa la cadena del Rey; podrá formar en breve un ejército respetable. Ya han empezado á moverse sus hombres de armas, talando los campos á bandadas, y asaltando los caminos de Talavera y Toledo, sin dejar hombre á vida de los del partido de Castilla. Ese señor de Villena tiene sobrado arrojo y trata de malquistarse con el Rey de todo punto, y ¿por qué pensais? porque le pican en lo mas débil de la armadura. El de Aragon anda en tratos, para que la reina Constanza vaya á un claustro, á llorar gustos pasados, y quiere dar por muger al Rey á doña María, hija del de Portugal. ¿Nada habeis oido de este concierto?

Un tinte de encarnado, que coloreó en aquel momento las mejillas del Conde, probaba no le era desconocido este golpe de política contra un rival temible.

—Hé aquí la causa, prosiguió Calvillo, del enojo de D. Juan Manuel, que está pronto á sostener las pretensiones de los grandes, por vengarse de tamaña afrenta; y no para en esto, sino que ha prometido al Infante hacer de modo que se case con su prima.

—¿Con quién? ¿qué infante? esclamó bruscamente el Conde.

—¡Qué! ¿no sabeis esa bella historia? El infante D. Juan á pesar de no tener mas que un ojo, ha mirado muy despacio á la hermosa heredera de Almazan y Alcocer, y pretende su mano. Sin embargo, hay quien asegure que solo desea casarse, por hacerse dueño de los estados de esta señora, y añaden que ella le aborrece de muerte, por su fea catadura. Susúrranse además ciertos amores de la tal dama.....

—No basta, dijo el magnate, como respondiendo á sus ideas: desde allí podria inquietarme mucho.... es preciso á toda costa hacerle renunciar á doña Blanca. El proyecto que propuse al Rey allana todas las dificultades.

—Mirad que el de Vizcaya es terco en demasía.

—Es el único medio de que ceda, sin desnudar la espada, continuó el de Osorio, como si hablase solo. Sí.... al paso que de este modo me hago dueño del cariño de Alfonso *el onceno*, quito al otro sus mayores recursos. Ella clamará contra tal injusticia, mas no será la primera vez, y al fin tendrá que resignarse á su suerte, como muger desvalida y sin amparo.... ¿qué se ha de hacer? No muriéran su padre ni su tio bajo las murallas de Granada. Ya pensaremos lo que mejor convenga, despues de dado el golpe, y á mal andar, la resarciremos de otro modo, segun permitan las circunstancias. ¿Nada mas hay de nuevo por allá? añadió, dirigiéndose al enviado.

—Todavía queda lo mejor del cuento, dijo éste. El señor de los Cameros se ha ligado con D. Pedro de Castro y el de Alburquerque, para apoyar el casamiento de D. Alfonso con la Infanta de Portugal, todo encaminado á abatir el orgullo del de Villena. A estos se opone D. Juan de Lara que, como sabeis, es grande amigo del favorito, y hay quien añade que el primogénito de La-Cerda ha entrado en España, y anda en confederacion con los nobles de Aragon, para disputar la corona de Castilla, que el diablo sabe si le pertenece ó no. El único que camina derecho en esto de revueltas es D. Juan Ponce, que ha jurado conservar la fortaleza de Cabra, á despecho del Rey y de los caballeros de Calatrava.

—Preciso es adelantarme á todos, para que todos me acaten, pensó Alvar Nuñez; y poniendo á Pero Calvillo una mano sobre el hombro, en señal de proteccion, le dijo: volverás á Aragon, despues que tengamos otra corta plática en mi gabinete, donde quiero probarte que agradezco los servicios que se me hacen. Yo soy el eje de esa máquina que trastorna el reino. Deja que obren á sus anchuras los malcontentos, en tanto que yo con menos trabajo y mas diligencia, manejo las cosas de modo, que unos queden burlados y otros felices, pero todos debiéndome su desgracia ó su fortuna.

Diciendo así este orgulloso cortesano, digno de ocupar en nuestros tiempos una silla ministerial, se dispuso á bajar de la torre, haciendo seña al espía, si tal nombre puede aplicarse al mensa-

gero de un Rey, para que le precediese. Obedeció con peligro de quebrarse una pierna en aquellos lóbregos escalones, y seguido de su protector, se hundieron ambos en el caracol, no sin encomendarse primero á todos los santos de su memoria, á fin de que los amparasen en semejante peligro y mala-andanza contra el enemigo de su salvacion, y al cabo de largo espacio, con mas fortuna de la que se habian prometido, se hallaron otra vez en el átrio de *Santa María*.

—No veo á Cañete, exclamó Calvillo alegremente.

—Por ahí puedes ocultarte; yo en tanto le alejaré de la corte, dijo el Conde, señalando una salida estrecha entónces, que al presente forma un arco espacioso, hácia la pequeña cuesta contigua, llamada *Campo de Lorza*.

—Dios os guarde, Conde, respondió el primero. Si de esta escapo, yo me meteré en buena madriguera. Agazapándose entónces cuanto pudo, para no ser visto, escurrióse como una lagartija por la cuesta, con ánimo al parecer de ganar el campo, ó esconderse hasta la noche en las cercanías de la ciudad. El Conde miró á todas partes, y seguro de que nadie le observaba, salió del pórtico y se dirigió al *Campillo*.

CAPITULO VI.

De cómo el caballero Negro sabia presentarse cuando hacia falta, para repartir tajos y reveses.

RECIA entre tanto la confusion en los aposentos y galerías de palacio. La voz *han querido asesinar al Rey* corrió de boca en boca como el relámpago, y todo fué movimiento y alboroto. Subieron los maceros, que guardaban la puerta del *Campillo*, atropellando á cuantos encontraban en las escaleras, dejándose oir á cada instante la áspera voz del gefe, que les intimaba no dejasen salir á nadie: corrian desalentados los caballeros por los interminables corredores, huyendo unos de los que tenian por enemigos del Rey, ufanos estos con la esperanza del triunfo, y atónitos los mas, no sabiendo á qué partido atenerse. Algunos nombraban al señor de Villena; otros con mas descaro clamaban que se llamase al infante D. Juan; los nombres de don

Juan de Haro y D. Alfonso de Alburquerque volaban de boca en boca, y no faltaba quien asegurase que el ejército de Aragon entraba por tierras de Castilla, llevando todo á sangre y fuego.

El ruido, los gritos y alboroto que reinaba en los corredores sacaron á Alfonso de su letargo: desnudó la daga, empujó con ira la puerta medio cerrada del aposento, y precipitándose en la galería principal, hubiera tal vez perecido á manos de los revoltosos, que hormigueaban en ella atizando la discordia, si D. Lope no le siguiera, repartiendo tajos y reveses sobre los que mas se acercaban.

—Que cierren todas las puertas, que prendan al Infante, gritaba el Rey desatinado; pero una nube de espadas impedia el paso á Garci-Laso, que en vano pugnaba por llevar á efecto aquellas órdenes.

—Llamad al Arzobispo, decia D. Juan Manuel. ¿En dónde estará ahora ese señor Canciller?

—A mí los de *la Banda,* clamaba Vendaña, peleando sin cesar al lado de Alfonso, que cubierto de sudor inmolaba á cuantos se le ponian por delante.

Aumentábase el estruendo, el motin cobraba fuerza, por la llegada de nuevos enemigos, pero ningun guerrero conocido los acaudillaba. Diríase que todos combatian por vicio y sin saber por qué, si de cuando en cuando las voces de *muera Alfonso el onceno* y otros gritos sediciosos no resonáran por los corredores, animando á los cobardes que, al oirlas, volvian á la carga con nuevo encarnizamiento. Solo D. Lope y el de Villena acompañaban al Rey, que llevaba la peor ventaja por aquella parte, aunque Cañete con los maceros defendia valientemente el otro estremo de la galería, que comunicaba con las habitaciones de la Reina, en las cuales mas de una vez intentaron penetrar los amotinados.

Muchos de estos habian dejado ya de existir, traspasados por las afiladas picas ó aplastados con las enormes mazas; mas el Rey habia recibido una herida, que aunque leve, escitaba el furor de la muchedumbre, y Vendaña cubierto de sangre, oponia solo una débil resistencia, cuando el intrépido Capitan de los maceros inter-

poniéndose entre ellos y los contrarios, empujó á Alfonso con fuerza hasta el aposento, y arrastrando del brazo al caballero, le arrojó sobre el Rey, y cerró la puerta con no vista prontitud, y á pesar de los esfuerzos de la muchedumbre, que intentaba penetrar para apoderarse de tan nobles víctimas.

Bramaron de corage, al ver que por entónces se habian librado de su furor, pero redoblaqan en actividad, seguros de que el triunfo era completo, y que á lo mas se habia retardado cinco minutos. Garci-Laso habia logrado salir hasta el *Campillo*, ocultándose en seguida, como hombre prudente, hasta ver en qué paraba la refriega; cuyo ejemplo imitaron no pocos cortesanos, de aquellos que prefiriendo su seguridad al bien comun, desaparecen repentinamente en las grandes crísis de las conmociones populares, asomando poco á poco la cabeza, desde su escondite, á medida que aquellas van pasando.

Alvar Nuñez que, como sabemos, estaba ocupado, no muy agradablemente, en la torre de *Santa María*, ignoraba completamente las desagradables ocurrencias de palacio, y por lo mismo no podia darse prisa á tomar parte en ellas, siendo por entónces el único magnate, que no estuviese comprometido mas ó menos directamente en tan impensados sucesos.

No sucedia lo mismo al sepulturero, que con tan poca ceremonia habia tratado á Pero Calvillo; pues á pesar de su baja gerarquía, pudiera reclamar con fundamento el honor de haber conservado, en tan arriesgada empresa, los dias de Alfonso XI, para que mas adelante adquiriese muchos siglos de gloria; jamás este Monarca hubiera imaginado, que semejante personage pudiera atajar los males que amenazaban á su persona y á sus pueblos de Castilla.

Pero como el cielo se complace en humillar la soberbia de los grandes, y no repara en títulos, cuando escoge los instrumentos de sus inmutables decretos, dice un antiguo pergamino, del cual hemos copiado el desenlace de este acaecimiento, poco conocido en la historia del décimo cuarto siglo, y sin por eso salir garantes de su verdad, que así como el hombre de la torre se halló en el átrio de *Santa María*, despues de haber dejado arriba llenos de espanto

al primer Conde que hubo en Castilla y al enviado de Aragon, oyó gritos tumultuosos, y vió muchas gentes, que corrian por la estrecha calle, que directamente conduce desde el campo, en que está edificada la iglesia, hasta el real palacio. Dióle mala espina esta novedad, y mucho mas que, atendiendo con cuidado, el viento llevó hasta sus oidos el choque de las armas; y estrépito de puertas que se abrian y cerraban, semejante al que produce, allá á lo léjos, horrorosa tormenta en medio de los bosques.

No hubo menester mas, para cerciorarse de que acababa de estallar alguna conjuracion contra el Rey, en cuya suerte se interesaba mas de lo que pensará el lector; por lo que tomando su partido, abrió con mucho tiento una pequeña puerta, practicada por la parte del *Campillo* en el muro principal, desapareció por ella y á corto trecho se halló en el cementerio de la iglesia.

Una multitud de crucés é inscripciones, que la piedad habia colocado sobre las tumbas de los que allí yacían, montones de huesos humanos esparcidos en desórden sobre una tierra estéril, salpicada, cuando mas, de escasa porcion de menuda y amarillenta yerba, que moria antes de crecer, multitud de lechuzas que infestaban el ambiente con su álito asqueroso, y un religioso pavor, que inspira siempre la morada de los muertos, aun en las conciencias mas puras, eran las primeras impresiones, que herian los ojos y el corazon, al penetrar en tan tétrico recinto: mas nuestro sepulturero se hallaba demasiado familiarizado con aquellos objetos, para que le ocasionasen la menor sensacion, y así pasó sin detenerse ni vacilar por enmedio de los destrozos de las *Parcas*, dirigiéndose á la reja de hierro de la capilla, en la que sacudió tres golpes con una calavera. No tardó en presentarse un caballero, que abriéndola de par en par, se precipitó fuera de la capilla.

—Ha llegado el momento de que abandones estos sitios, tan poco convenientes á tu clase, dijo el estraño campanero.

—¿Qué ha sucedido? ¿Hemos sido descubiertos? preguntó con viveza el guerrero.

—Peor, mil veces peor, respondió el primero. La vida del Rey está en peligro: arde el palacio del *Campillo* á gritos y á estocadas.

Date prisa, y vean sus amigos y enemigos que la sangre de.....

—Basta, basta; no digais mas, señor. *Relámpago,* gritó el caballero:... ¡ah *Relámpago!* volvió á gritar con voz mas fuerte.

A la derecha de la capilla habia una pequeña cerca, que ocultaba un montecillo, coronado de césped, único sitio de aquel melancólico asilo, destinado á la vegetacion. El relincho y la presencia de un hermoso caballo de batalla fué la respuesta que recibió el campeon. Sacólo por la brida el sepulturero hasta el *Campillo*, sin que el bruto opusiese la menor resistencia, y cabalgando gentil y resueltamente su dueño, calóse la visera, empuñó la espada y partió al galope. A pocos momentos oyó el sepulturero los ecos bien conocidos de una corneta guerrera, y un instante despues divisó á muchos caballeros, que á escape se dirigian al sitio de la pelea.

—El Rey nada tiene que temer con semejante refuerzo, murmuró entre dientes. Y tranquilo en medio de tanta agitacion, volvió á internarse paso á paso en la morada lúgubre de los muertos, cerrando antes la puerta por dentro.

Cuando el conde Osorio y Pero Calvillo bajaron de la torre, ya estaba de todo punto concluida la refriega del real palacio.

El caballero Negro del Zadorra la terminó gloriosamente. Apurado se hallaba Alfonso dentro del régio aposento á donde le empujára el Capitan de los alabarderos, pero en mas tenia la crítica situacion del caballero de Vendaña, que su propia vida. Yacía el intrépido D. Lope sobre los ricos almohadones, que decoraban el salon, cubierto de heridas, sin conocimiento; y el Rey sin moverse un punto de su lado, restañaba la sangre que por ellas derramaba, á pesar de los innumerables porrazos, que los amotinados descargaban sobre la puerta.

—Os doy de término, el tiempo que tarde este fiel guerrero en reconocerme, villanos, gritaba con todas sus fuerzas: luego sabreis lo que vale el brazo del Rey de Castilla. Y tornaba solícito á prodigar sus cuidados al mal parado Vendaña.

Entre tanto no se descuidaban los del corredor. Los golpes de hacha se sucedian unos á otros, y el pesado descargar de las mazas presagiaba la poca duracion de la débil barrera que los separaba

de sus víctimas; mas en mala hora imaginaron acometer tal empresa. Descuidados se entregaban á todo el furor, que sabian inspirarles los traidores caudillos de la rebelion, y ya se saboreaban algunos magnates con la dulce idea de ensangrentar la innoble espada en el pecho de su Monarca, cuando las pisadas de un tércio de caballería y las voces de *viva el Rey*, resonaron como por encanto hasta el último rincon del palacio.

Terrible fué la consternacion de los sublevados; poseidos de terror empezaron á huir despavoridos en todas direcciones: precipitábanse unos á los patios, rodaban otros las escaleras, empujados por sus mismos compañeros; quien pateaba el suelo con furor, y revolvia toda su rábia contra los que le pusiéran en tan duro aprieto; quien imploraba con humildes alharidos la clemencia del Rey. Algunos nobles de poca fortuna, únicos cabecillas que figuraban en tan tumultuosa escena, aunque fuera preparada por los mismos que rodeaban á D. Alfonso, luchaban en vano por restablecer algun órden entre aquella turba amedrentada, con el único fin de abrirse una salida. Por último, la llegada de sus contrarios, que abandonando los caballos subian la escalera principal espada en mano, les obligó á defenderse, y mientras algunos pusilánimes procuraban esconderse en las habitaciones mas distantes, otros juraron vender caras sus vidas. Inútiles empero fueron sus esfuerzos; lanzóse sobre ellos el caballero Negro, seguido de media docena de los de *la Banda*, y su espada inmoló cuanto se le presentó delante. Cayeron á sus piés los mas fieros que le disputaron el paso del primer corredor, mientras sus compañeros perseguian sin descanso á los desbandados, que no hallaban donde guarecerse de los furibundos tajos que llovian sobre sus cabezas. Huian todos hácia la escalera interior, esperanzados de poder alcanzar á tiempo la puerta trasera del palacio, pero Cañete á la cabeza de los alabarderos defendia aquel punto é hizo en los fugitivos horrorosa mortandad.

Pocos escaparon con vida en tan corta, pero terrible batalla y pocos instantes bastaron para el completo triunfo del caballero Negro. Corria éste furioso en busca del Rey, y reprendíase con ira su quizá culpable tardanza. Daba rabiosas voces, y desahogaba la

angustia de su corazon con amenazas de guerra y esterminio contra los nobles de Castilla, al punto en que, penetrando por el corredor principal, ofrecióse á sus ojos uno de los rebeldes, que arrojándose á sus piés, le pidió misericordia.

—¡Qué habeis hecho del Rey, infames! le gritó el Negro, cogiéndole con estraordinaria fuerza por el pescuezo.

Aquel miserable le señaló la puerta casi destrozada de la estancia, pues los dedos del caballero le impedian articular una palabra.

—¿Vive? ¿Está fuera de peligro? volvió á preguntar éste levantando la espada en alto y soltando la presa.

—Sí, poderoso caballero, vive, por la gracia de Dios, y la de vuestro brazo.

El desconocido no se detuvo. Dirigióse á la puerta del real aposento, donde acababan de llegar sus compañeros cansados de matar. Hízolos apartar un trecho, y descargando una récia patada, derribó la puerta vacilante y dijo:

—Adios, esforzados guerreros: tranquilizad á D. Alfonso de Castilla; en cuanto á mí.... no hago falta en la corte. Si vive, me verá en mejor ocasion; si ha muerto.... no necesito contemplar su cadáver para saber vengarle.

Dijo y salió del Palacio. Media hora despues se hallaba tranquilo en el cementerio de *Santa María* acompañado del imperturbable sepulturero.

CAPITULO VII.

De cómo el almojarife Jucef contaminó á un religioso, sin pensar en ello.

Ardia secreta conjuracion en Vitoria, instigada por el vengativo génio del infante D. Juan. La repentina llegada del señor de Villena hizo creer á muchos que era llegado el momento de obrar, y el hallarse solo el Rey en su aposento, la mejor coyuntura de darle muerte. Acaso con menos precipitacion lo hubieran conseguido, pero el golpe se habia desgraciado de una manera, que hacía presentir grandes peligros para aquellos que lo habian intentado.

Si D. Juan Manuel no estorbó de todo punto el rompimiento, á lo menos hizo cuanto entonces pudo para evitarlo, y aun le pesó sobremanera, pues no dudó, al ver el empeño de los amotinados, que su fin era asesinar al Rey, cosa en que jamás le ocurrió pen-

sar y aun menos habia imaginado estarle reservada la misma suerte. Queria sí amedrentarle á fuerza de conspiraciones y de peligros; trataba de descontentar al reino, para que recayese la culpa sobre Garci-Laso, Merino mayor de Castilla, gran privado de Alfonso, y sobre el arzobispo de Toledo, cuyo empleo de Canciller mayor anhelaba, y era el alma de todos los bandos y partidos, que tenian por objeto debilitar la autoridad real, pensando ver próximo el momento, en que dividida la nacion en civiles revueltas, exhautos los pueblos á fuerza de contribuciones, acosado por los moros y destituido de recursos el Monarca, se echaría en sus brazos, cediéndole las riendas del gobierno, como á único hombre capaz de remediar tantos males, plan que en esta misma desgraciada España se ha repetido, no ha mucho tiempo, con la misma obstinacion y con un fin tan secreto, tan diabólico, y mucho menos asequible que el de aquel ambicioso magnate.

Las heridas del caballero de Vendaña no eran peligrosas. La mucha sangre que habia derramado causára su desvanecimiento; mas confiado á los cuidados del primer médico de Alfonso, esperaba éste verle pronto en disposicion de manejar la lanza. Habia aprendido Samuel del sábio Abenuez, su padre, secretos raros en el arte de curar; poseía la ciencia oculta conocida con el nombre de mágia, y era buscado y consultado con ánsia en la corte, por los corifeos de los opuestos bandos, que en ella hormigueaban. De allí provino la estrecha amistad que alcanzó con los principales señores, amistad que le valió, algun tiempo despues, una muerte cruel y poco merecida.

Entre las ricas alhajas de la corona de Castilla, que estaban al cargo del almojarife Jucef, habia una riquísima cadena cubierta de diamantes, que escedia en hermosura y valor á todas las demás. Raras veces se viéra en aquellos tiempos joya tan preciosa, cuya adquisicion costó á los antecesores de Alfonso XI el valor de una ciudad, con que se hizo rico y noble el diestro artífice sevillano, que la trabajára: por eso era tenida en grande estima, y habia la costumbre de conservarla, guardada cuidadosamente en una caja de ébano, primorosamente dispuesta, en el mismo dormitorio del

Rey, quien llevaba siempre pendiente del cuello una de las llaves, y la otra estaba en poder del judío tesorero.

Ya hemos visto en el segundo capítulo de esta historia que Samuel echó en cara á éste, haber entregado el collar al conde Osorio, impidiendo al caballero de Vendaña la inesperada vista del de las armas negras, una averiguacion que ardientemente deseaba: mas si el noble aventurero hubiera sabido, como nosotros, que aquella joya se hallaba á la sazon en poder del señor de Villena, no necesitára mas, para sacar en limpio que esta era una nueva perfidia del astuto magnate, para acrecer los apuros del Rey.

Era, pues, muy cierto que Jucef habia robado la prenda mas custodiada y querida del reino: mas cómo se habia gobernado para sustraerla, sin conocimiento del Rey, era un misterio que solo el tiempo podia descubrir. Así, la disculpa que dió á D. Lope, de que la habia empeñado, fué producida por el temor que le inspiró la declaracion de su poco caritativo compañero. Ni le parecia menos sorprendente que Samuel se hallase enterado de un asunto, en que le iba nada menos que la vida, lo cual bastó para dar al traste con toda su firmeza, imaginando con fundamento, que tan importante secreto, conocido ya de cuatro personas, y sobre todo del señor de Vendaña, á quien temia mas que á ningun otro, no tardaria en publicarse y llegar á oidos de D. Alfonso. Creyó desde luego que la fuga era el mejor partido en tan apurado trance; mas no tardó en preveer que de ello se valdria el Conde para achacarle toda la culpa á mansalva, sin que pudiese justificarse ó arrastrarlo en su ruina, acabando de afirmarle en este pensamiento el miedo de verse cogido por las partidas de alaveses, que al servicio del Rey recorrian las campiñas.

No sabiendo como ponerse en salvo, discurria lleno de sobresalto por el patio principal del palacio, creyendo á cada instante oir los pasos de los que iban á prenderle; y era tal la angustia de su corazon, que á pesar de su insaciable codicia, hubiera voluntariamente renunciado los importantes cargos de su destino, y las riquezas que por ellos gozaba, á trueque de verse libre de la ira del Monarca. Divisábase sobre las arrugas de su estenuado y cetrino ros-

tro un temblor convulsivo, que crecia á medida de las tristes reflexiones que hacía, sobre el funesto fin que iba á tener su grandeza. Colmado de distinciones, favorito del Rey de Castilla ¿quién diria que Jucef solo esperaba un suplicio horroroso, por término de los honores, á que le eleváran sus manejos y la fortuna?

Tales eran sus melancólicos sentimientos el dia mismo, en que Alfonso hubiera perecido á manos de una turba sediciosa, sin el brazo del intrépido D. Lope y la llegada del caballero desconocido. Mas nada de esto habia sucedido todavía. El primero acababa de subir al aposento del Rey, los alabarderos platicaban descuidados á la sombra de los árboles del *Campillo*, y nada presagiaba el tumultuoso desórden, que pocos instantes despues llenó los corredores y cuadras del palacio.

De repente se presenta á los ojos espantados de Jucef el infante D. Juan. Cual, si tropezasen sus pies sobre dormida sierpe, quedó clavado el judío con tan impensada vista, sin atreverse á retirarse, ni á proseguir la centésima vuelta alrededor de los arcos del patio. Don Juan, al contrario, pareció alegrarse á tal encuentro, y en la especie de gesto ó risa, que animó por un momento todas sus facciones, adivinó el almojarife, que se le preparaba otra nueva desgracia.

—¡Hola, buen Jucef! Rato hace que te ando á los alcances para un asunto de la mas alta importancia, fueron las primeras palabras del señor de Vizcaya.

Jucef por única respuesta se inclinó profundamente.

—Vamos, despacha.... manos á la obra, prosiguió aquel y déjate ahora de reverencias. El tiempo urge, se prepara un gran golpe.... dentro de una hora.... antes.... pocos instantes mas, y el Rey de Castilla habrá ido á unirse con sus abuelos.

—¡Cómo! ¡Qué oigo!... ¡Será posible! exclamó Jucef, al escuchar tan terrible novedad.

—Sus: calla, y sal conmigo; mas procura serenar tu semblante, no sea que las guardias entren en sospecha. Te digo que dentro de breve rato, este palacio ahora tan tranquilo, se convertirá en un infierno.

—Huyamos, huyamos, por el Dios de mis padres de esta tierra maldecida, gritó de nuevo el tesorero, poseido de espanto: yo haré lo posible por salir de aquí tan tranquilo, como se hallaba el rey David en medio de los leones, y os seguiré al fin del mundo.

—¡Miserable! murmuró D. Juan, no irás muy léjos.

Hizo una señal al judío, que le siguió inmediatamente, y pasando la puerta principal, doblaron el paso, y se dirigieron, por largos rodeos, hácia el convento de los Dominicos. Antes de llegar á él, encontraron á muchos hombres de armas, y á algunos nobles, que se acercaron al Infante y le hablaron al oido, prosiguiendo despues su camino, lo que acrecentó mas y mas el terror pánico de Jucef, que no sabía á donde irian á parar aquellos misterios. Por lo pronto se juzgaba seguro, ó á lo menos á cubierto del castigo que tenia merecido, no tan solo por el hurto de la famosa cadena, mas tambien por los lucrativos manejos que estaba acostumbrado á dirigir, en provecho suyo, con menoscabo de las rentas reales: pero no era su confianza tan ciega, ni tan limitado su entendimiento, que dejase de preveer las consecuencias del paso que acababa de dar, saliendo del palacio con el Infante, en el momento que peligraba la vida del confiado Alfonso.

—Si yo me hubiera escapado de este enemigo de Dios, pensaba sin dejar de acelerar el paso, y contára al Rey punto por punto lo que de su boca he oido, tal vez pudiera conseguir mi perdon, salvándole con mis avisos de la muerte que le amenaza. Pero ¿cómo huir de las garras de tan terrible filisteo? Semejante á Holofernes, solo cuida de satisfacer sus antojos, y luego tiene un gesto.... y me causa tal miedo con su penetrante mirada... hé ahí que se vuelve á observar si le sigo. Por la casta Susana, que semblante mas horrible no lo tuvo el mismo Cain.

Interrumpió sus reflexiones la vista de un vasto edificio. El lúgubre sonido de una campana anunció su llegada: no habia cesado aun, cuando los dos fugitivos ya se hallaban dentro del convento de Santo Domingo.

Al estremo de una larguísima sala, en la que fueron introducidos, estaba colocado un disforme sillon, cuyo respaldo ostentaba

esculpidas de colores las armas del santo fundador de la órden. En él tomó asiento D. Juan *el Tuerto*, pasando por en medio de multitud de frailes y caballeros, que á su entrada le saludaron con regocijo. A una palabra cesaron los cuchicheos particulares, que por largo espacio sirviéran de entretenimiento á aquellos nobles, reunidos por un acontecimiento, en que no habian de tener parte personalmente, y á quienes importaba muy poco que España se redujese á pavesas, con tal, empero, que fuera en su provecho. Todos callaron, despues de haberse colocado en dos filas á lo largo del salon, y esperaron que hablase el Infante.

La elocuencia parlamentaria de aquella edad no consistia en estudiar frases, desenvolver ideas, ni rebatir argumentos especiosos. Lisa y llanamente esponia el orador los hechos, mandaba lo que se habia de ejecutar, y hé aquí una ley del siglo XIV. El que queria la observaba, el que no, era tenido por enemigo y perseguido de muerte. En esta ocasion, el señor de Vizcaya usó de un laconismo espartano, lo que nos hace creer caminaba sobre seguro. Púsose en pié; echó mano al puño de la espada, y dijo en alta voz:

—Caballeros, esta nos ha de librar de ser esclavos: un tirano hay en Castilla; venga abajo.

—Abajo, abajo el Rey de Castilla, exclamaron á un tiempo todos los nobles.

Y los frailes decian:

—Nosotros bendecimos tan santa causa.

No se sabe si los buenos religiosos aludian á la del Rey, ó á la de los grandes.

—Esta es la ocasion, gritó de nuevo D. Juan. Vayan los hombres de armas á palacio y acaben con él.

—Los de *la Banda* tendrán tomadas las salidas, observó un representante.

—Caigan con él, replicó el Infante.

—Está solo, dijo una voz chillona desde el último rincon de la sala.

—Está solo, está solo, repitieron en coro otras veinte: acabémosle nosotros.

—¡Ah! Sí, buen Jucef; ya te hemos visto y nos acordarémos luego de tí, dijo el gefe de la reunion.

En esto entró precipitadamente un caballero en la sala.

—¿Qué hay de nuevo? le preguntaron.

—Don Juan Manuel acaba de llegar á Vitoria, respondió, y ahora mismo queda en el aposento de la Reina. Ea, tened cuenta con lo que haceis, porque me ha encargado os advierta que no precipiteis los sucesos, hasta que él disponga lo conveniente.

—¡Otro tirano mas! exclamó *el Tuerto* enfurecido, sin pensar en su propio despotismo. Ya nos quiere imponer leyes. ¿Lo sufriréis castellanos?

—No, por mis espuelas, respondió cierto señor, que continuamente hacía degollar los prisioneros en el patio de su castillo.

—Pues bien, repuso el primero; que perezca el de Villena. Y viendo que aun dudaban muchos, continuó: ese soberbio magnate quiere gobernar el reino á su antojo, acumula tesoros para unirse á Mahomad, y ha hecho alianza con los caballeros de *la Banda*.

—Y tambien contigo, para invadir los estados de Almazan, dijo Jucef entre dientes. Dios me libre de tus uñas.

Las últimas palabras del Infante causaron todo el efecto que deseaba. Varios nobles salieron del aposento para dar sus órdenes á un grupo de aventureros asalariados, reunidos no léjos del convento, los cuales partieron al punto á atacar al Rey, ansiosos de repartirse sus ricos despojos: tentativa que produjo para algunos funestos resultados.

Mientras tanto no permanecieron ociosos D. Juan y sus satélites, y al paso que en el palacio real se sucedian los golpes á los gritos, los juramentos á las estocadas, mezclándose en la refriega las maldiciones del Rey, los insultos de los amotinados y los furibundos tajos de D. Lope, los del convento se entregaban con menos riesgo de sus vidas á mas segura especulacion.

Despues de la salida de los pocos que iban á pelear, ó mejor dicho, á cometer un regicidio, se restableció el silencio en el salon de Santo Domingo, sin que señal alguna lo ordenase. Cual mejor,

cual peor, todos los nobles calcularon de un golpe el mal paso en que se habian metido, si por desgracia salia frustrado el proyecto, y no hubo entre ellos uno á quien antes de empezar el combate, no pesase en el alma haber contribuido á acelerarlo. Yacían pensativos, con los ojos fijos en tierra semejantes á inmóvil grupo de estátuas, ó con mas propiedad, parecian reos que esperaban la sentencia de muerte. El remordimiento, primer castigo que el cielo fulmina contra los criminales, espantaba sus almas; y sus antes indómitos corazones latian apenas de temor, de susto y de ansiedad.

El señor de Vizcaya, desde su sillon, conoció aquellos principios de arrepentimiento, y se propuso ahogarlos, antes que acabasen de desenvolverse. A ninguno estimaba de cuantos tenia delante, y no hubiera titubeado un segundo de tiempo en deshacerse de ellos á cualquier precio, en otra ocasion; mas éranle entónces necesarios para el logro de sus designios, contando poco con el celo de don Juan Manuel, á quien odiaba, á pesar de sus protestas de alianza. Imaginó pues divertirse un rato y disipar los tétricos pensamientos de aquellos medrosos caballeros á costa del pobre Jucef, cuyos cequíes anhelaba, no siendo la codicia el último de los vicios de tan famoso señor.

—Ven acá, judío, le dijo con voz entre grave y risueña. Nada temas; aqui nadie te quiere mal; antes bien debes agradecerme el servicio, que poco há te hice en sacarte de palacio. No habrá mala danza allí á estas horas.

—Y yo aseguro á vuestra merced, que el reconocimiento mas profundo ha entrado en mi alma al recibir tan grande beneficio. No; jamás se ha dicho de mí que soy ingrato....

—Perfectamente, así me gusta: haces de tripas corazon, pero no importa: ya sabes que te conozco y es preciso que nos compongamos bien. Aquí teneis, continuó, dirigiéndose á los caballeros, nobles señores, al señor Jucef Ben-Alí, almojarife de Castilla, gran privado del Rey y su mayor amigo.

—¡Qué horror! esclamó un fraile, dejando caer la capucha. ¡Un rey cristiano tener alianzas con los israelitas! Ha merecido el anatema. *Anatema sit.*

—¿Es de nuestro partido? preguntó un noble.

—Espiren en las llamas los enemigos de Dios, dijo el religioso con santo fervor.

—Pronto lo sabrémos, contestó pausadamente el Infante.

Hízole adelantar en seguida hasta el centro de la sala, y dió órden á dos flecheros apostados en la puerta, para que se colocasen á su lado. La sangre se heló en las venas del judío, aun antes de adivinar el objeto de estas demostraciones; mas no duró mucho su incertidumbre, porque abriendo D. Juan una arca de regular tamaño, colocada no léjos de su asiento, le tomó por la mano y con mucha bondad le preguntó:

—¿Cuántas doblas te parece, hermano Jucef, que se necesitarán para llenar el hueco de esta caja? Responde con claridad, porque tu opinion es para nosotros de mucho peso, en este punto, como hombre acostumbrado á manejar tesoros.

El corazon del tesorero se oprimió con fuerza, y no pudiendo resistir mas, dejó escapar un profundísimo suspiro. En la pregunta que se le acababa de hacer veia escrita su sentencia irrevocable. Tratábase de robarle una parte de lo que él habia robado á los pueblos, y este infortunio, el mayor de todos cuantos pudieran sobrevenirle, anonadaba enteramente su espíritu. Pedia en su interior al Todo-poderoso bastante resignacion, para sobrellevar tan cruel calamidad, y en vano llamaba en su socorro alguna de las muchas trazas, con que otras veces se habia libertado de apuros semejantes, aunque no tan apretados, si se atiende á la clase de gente con que se hallaba.

—Vamos, señor almojarife, le dijo uno de aquellos señores, mirándole con ojos de tígre, echad vuestras cuentas y decidnos despues lo que hayais pensado. El Infante os deja un breve espacio para vuestros cálculos.....

—Un breve espacio..... no por mis estados de Vizcaya, interrumpió el Infante, sino que ahora mismo ha de responder á mi pregunta, y eso sin rodeos ni disculpas. ¿No veis que los del Campillo están ahora acuchillándose sin compasion, y que á la primera señal de triunfo hemos de ir todos á tomar parte en el destrozo?

¡Ah santo padre! añadió dirigiéndose á un religioso, que rezaba sus oraciones en un enorme *in folio* forrado de pergamino. ¿Se ha colocado un centinela en la torre, para que nos avise el momento en que las llamas salgan por encima del palacio?

—Todo está dispuesto como habeis prevenido, contestó el fraile,

—¿Y no valdria mas, observó un noble, adelantarnos ahora, y salvar en provecho nuestro las muchas riquezas, que dentro de pocos minutos ha de consumir el fuego?

Bien se conoce que este caballero contaba, como suele decirse, sin la huéspeda, mas no así el Infante, que caminaba sobre seguro. Notando, sin embargo, que algunos opinaban por la ida al *Campillo*, y que una parte de su plan iba á dar al traste, los contuvo diciendo:

—¿Quién de vosotros asegura que el Rey haya perecido á manos de los nuestros? ¿Aventurarémos, tal vez, nuestras vidas por apropiarnos los dorados y las pinturas del aposento de Alfonso? ¿Ó envidiarán sus recamados almohadones guerreros acostumbrados á dormir en el campo, á velar al pié de enemigo castillo y á tenderse sobre la yerba?

Los pocos que apoyaban el proyecto de robar el palacio quedaron estáticos, y por todos se difundió tal espanto al oir las razones de D. Juan *el Tuerto*, que hubieran desaparecido del convento y de Vitoria, si este intrigante caudillo no ofreciera de nuevo, sin riesgo á su ambicion, nuevo estímulo en la persona del judío.

—Aquí teneis, dijo señalando hácia él, el que nos ha de vengar del Rey, si se libra de los aceros que le acometen. Arranquémosle los tesoros que tiene acumulados, en daño y menoscabo del Monarca y de los pueblos. Ya lo oyes Jucef; ó entregas las riquezas, ó te arrancamos el pellejo.

—Poderoso Dios de Abraham! ¿Qué me pedís? exclamó el judío con amargura. La maldicion del Eterno ha fulminado sobre mi cabeza.... ¡Yo tesoros....! ¡Yo riquezas....! ¿Por quién me teneis, hidalgos de Castilla? Ved que estais engañado, señor Infante; que no hay mas oro ni plata que la que se llevaron el Arzobispo y el de Villena, para atender á la guerra del infante D. Felipe.

Ya lo oyes Jucef: ó entregas las riquezas ó te arrancamos el pellejo.

—Reniego de tí, del Arzobispo, de D. Juan Manuel y de don Felipe, gritó el *Tuerto* airadamente. He dicho que no quiero disculpas, sino buena moneda. Mira si nos despachas pronto, porque se me vá la paciencia. Haya paz y buena compostura; no me suba tanto el enojo, que haga contigo terrible y saludable escarmiento, si tan osado eres, tú, vil gusano del muladar mas asqueroso, al provocar mi cólera.

—Pero mi buen señor, mi protector, clamaba Jucef con las manos en actitud suplicante, si yo os hago ver por vos mismo, que absolutamente hay en mi poder un triste *alfonsí*, que pertenezca al tesoro....

—Silencio, lengua de Satanás, dijo el religioso rezador. ¿No has oido que el señor Infante no quiere disculpas? Si no hay plata acuñada, habrá buenas prendas: alhajas tiene la corona de Castilla.

—¡Alhajas! ¡Dios de mis padres! ¿Ignora acaso el señor D. Juan, que todas se custodian con cuidado....? ¿Quién ha de poder sacarlas?

—Calle, infame embustero, volvió á repetir el fraile: eres como todos los de tu raza proscripta. ¿Cómo no tiemblas, al hallarte en este santo lugar? ¿Sabes que podemos, sin escrúpulo alguno, arrojarte por una ventana? ¿Sabes, continuó poseido de santo furor, que infestas con tu hedionda presencia estos claustros privilegiados?

—Ya lo sé, ya lo sé, pecador de mí, que no soy digno de besar el polvo de vuestros piés; mas confío, sin embargo, que un santo hombre, como vuestra paternidad, intercederá por mí.

—*Vade retro: exi foras*, gritaba el fraile, á cuya ropa talar se agarraba Jucef con ansia, sin que bastasen á hacérsela soltar todos los esfuerzos del reverendo.

—Quitadme de aquí este compañero de Lucifer, clamaba con todas sus fuerzas: su ceguedad merece la muerte. ¿Qué tardais pues, amigos mios? Acabemos con todos los de esta tribu maldecida de Dios. Y al mismo tiempo forcejeaba por desasir su ropa de entre las manos del angustiado hebreo.

—Que calienten las barras, y sentémosle desnudo encima, decia

un desalmado y si aun así no deja la presa, sentarémos con él al Reverendo, y se asarán ambos, en honra y gloria de Dios. ¿No será esta una diversion diabólica, valientes caballeros, digna verdaderamente de ser esculpida en nuestros escudos de armas?

Estrepitosas carcajadas resonaron por el salon, respondiendo á tan profana como infernal proposicion, oyéndose entre ellas muchas voces de *las barras*, *las barras*; *quememos al fraile y al judío*. En un momento presentó aquella reunion la horrenda imágen del cáos. Unos se apoderaron del infeliz almojarife, quien mas muerto que vivo habia por fin soltado el hábito del dominico y ni aun aliento tenia para defenderse. Otros corrian dando voces y órdenes de preparar el fuego, para calentar aquellos instrumentos de hierro, que abrasaban los pies de los infelices destinados á pasearse sobre ellos: suplicio atroz desconocido en nuestros dias, pero reemplazado por otros no menos bárbaros, de que há muchos años nos vemos libres, y que constituían el mayor mérito y edificacion de los hombres de paz y caridad evangélica, de los que por medio de tormentos, cuya idea sola hace estremecer, enviaban al cielo, á centenares, las almas de los pecadores, cuidándose poco de su conversion, con tal de procurarles el martirio.

El dominico se defendia á puñadas de los atrevidos, que pugnaban por sujetarle, y sus mismos compañeros imitaban á los nobles en la lucha, protestando á gritos, que á ellos les inducia el celo de la religion, profanada en su hermano, por las sacrílegas manos de un enemigo de Dios. El Infante habia bajado de su poltrona, y repartia sendos manoplazos indistintamente sobre yelmos y capuchas, arrojando espuma de corage y jurando acabar con todos, sino atendian á sus razones, Pero léjos de oirle, aumentábase el desórden y algazara, sucediéndose sin interrupcion los lamentos del acometido religioso, las sacrílegas maldiciones de sus contrarios, los exorcismos de los frailes y los ahullidos del aporreado Jucef; quien por último, molído y medio descoyuntado, dió consigo en tierra, arrastrando en su caida un largo tapiz de damasco, mal seguro, que cubria de alto á bajo una de las paredes de la habitacion. Ni por eso cesó el tumulto: arrojáronse todos sobre el pobre dominico, que

viendo sobre sí el nuevo refuerzo pensó evitar el nublado, acogiéndose detrás de la poltrona, que antes ocupaba el Infante. Tentativa inútil. La poltrona fué hecha pedazos, sin respeto á las armas del santo fundador, y el fugitivo agarrado y arrojado sobre el pavimento, cubierto de sangre y contusiones.

Era de esperar, que tendidos ya é imposibilitados los dos únicos contrarios de aquellos revoltosos castellanos, se restableciese la calma; mas no fué así, porque habian saltado la valla, y dado el primer paso hácia el desórden, no era empresa fácil tenerlos á raya. No sabemos á qué estremo los hubiera conducido su espíritu turbulento y desorganizador, si cuando mas enjaezados se hallaban, celebrando la cobarde victoria que acababan de conseguir, y formando proyectos de nuevos alborotos, no se viéran repentinamente precisados á pensar en su propia seguridad. La noticia de la derrota que habian sufrido en el palacio del *Campillo*, corrió de boca en boca como una exhalacion y llegó hasta el convento. Sosegáronse al punto las pasiones de los que dentro de él estaban, convirtiéndose en pusilánime temor toda su rábia, y trataron de adormecer el susto, imaginando los medios de conjurar la tempestad, pronta á descargar sobre sus cabezas: mas ni aun para esto tuvieron lugar, porque la llegada de algunos fugitivos heridos, que confirmaron la terrible verdad, y los gritos de *viva Alfonso el onceno*, resonando por calles y plazas, acabaron de trastornar la poca serenidad que les quedaba, dándose á la fuga unos, escondiéndose otros en las laberínticas revueltas del convento, é implorando los mas su perdon cuando se vieron rodeados de una pequeña tropa de arcabuceros, que el Rey envió para prenderlos.

CAPITULO VIII.

Don Juan *el Tuerto* vé visiones y los religiosos de Santo Domingo meditan despues de haber conspirado.

Algunos dias despues de los sucesos que dejamos referidos en los capítulos anteriores, un caballero completamente armado se dirigia solitario hácia las fronteras de Aragon, al parecer no muy satisfecho de sí mismo, si se ha de juzgar por el abandono con que cabalgaba. El sol habia llegado á la mitad de su carrera, y reflejaban sus rayos perpendicularmente sobre el acerado yelmo del campeon, que aparecia á lo léjos como un globo de fuego, no contribuyendo poco al cansancio que á su dueño fatigaba, porque de cuando en cuando se apretaba las sienes con ambas manos, dando muestras de padecer agudos dolores. La coraza que le ceñia el cuerpo, trabajada con esquisito primor, deslumbraba la vista, si bien desde luego se echaba de ver que era

mas á propósito para lucirse en un estrado, que para aguantar en desesperada refriega acertados botes. Descansaba la lanza en la cuja y se habia desnudado las manoplas; en una palabra, era un guerrero, pero estaba á la sazon poco apercibido para pelear contra repentino enemigo. La talla del caballero era desmesurada; mas acosado de las dolencias que le aquejaban, llevaba la cabeza inclinada hácia el pecho, y el cuerpo encorvado, de modo que aparentaba ser mas pequeño y de mas edad que la que tenia, á lo cual contribuia tambien el macilento color y las arrugas, que pasiones violentas imprimiéran en su áspero semblante. Caminaba al paso, con las riendas flojas sobre el cuello del corcel, lo que daba á entender no hallarse muy distante del sitio á que se dirigia, ó que sus males no le permitian movimientos mas acelerados, si de cuando en cuando no se volviese á mirar hácia atras con cuidado, como esperando la llegada de alguna persona.

Poco trecho anduvo desde el momento en que nuestros lectores lo han encontrado, pues al revolver un recodo del camino, hizo alto, tornó á mirar en la direccion opuesta y lanzando del hondo de su corazon un juramento, revolvióse con impaciencia sobre la silla y clavó en tierra el regaton de la lanza; un momento despues sacó los pies de los estribos, se apeó haciendo fuerza sobre el asta, y dejando el caballo pacer á su sabor, la menuda yerba, fué á sentarse con ademan tranquilo y desembarazado paso, en una enorme peña, colocada á corta distancia. Desde allí observó de nuevo el camino, y no viendo sin duda lo que deseaba, aflojó las correas del casco, dejando flotar al viento una hermosa madeja de pelo negro como el ébano, que en rizadas hebras le cayó por los hombros, haciendo notable contraste con la fealdad de su rostro, que era aun mas horroroso, faltándole una de las principales prendas que lo hermosean.

No sabemos si en este mal formado retrato habrá reconocido nuestro complaciente lector á D Juan *el Tuerto;* mas en obsequio de la verdad, debemos confesar que no era otro el caballero, que hemos querido presentar á su vista.

Cuando los sublevados del convento de Santo Domingo tuvieron que abandonarlo, con la precipitacion y susto que les infundió el mal

éxito de su conjuracion y la repentina aparicion de los arcabuceros del Rey, se puede creer muy bien que no fué de los últimos el Infante en hurtar el cuerpo á la borrasca. Por lo pronto tuvo que ocultarse, como mejor pudo, en una bóveda á donde le condujo la caridad de varios religiosos, compadecidos de los peligros que le rodeaban, y á esto se debe el que por entonces no cayéra en manos del irritado D. Alfonso, quien habia jurado castigar con la muerte á cuantos cayesen en sus manos, lo que no dejó de suceder á todos los que, creyendo posible la fuga, huyeron por las puertas y ventanas del edificio.

Ignoraba el Rey que el señor de Vizcaya, olvidado de sus promesas y sin respeto á sus obligaciones, habia sido el principal móvil del terrible desacato, que acababa de sufrir su autoridad, aunque bien sabía que dentro de los muros de un asilo consagrado á la religion, se fraguaban por los nobles algunas maquinaciones contra el Estado. La certeza de que la última conjuracion era hija de una reunion tenida en aquel sitio, pocos momentos antes de estallar, aunque urdida de antemano, le incomodó en tanto grado, que mandó degollar sin distincion á todos los que pudo coger, comprometidos en aquel complot. Las memorias que hemos consultado sobre este suceso no esplican el medio de que se valieron los religiosos de Santo Domingo para que no recayese en ellos la misma pena; solo sí tenemos averiguado que no solo no pereció ninguno de ellos, pero ni aun perseguido fué ni molestado en manera alguna.

La indignacion, que en los ánimos de los habitantes habia causado la noticia de los recientes sucesos, se habia ido debilitando poco á poco, como acontece siempre despues de pasados los momentos de crísis en los grandes acaecimientos políticos, y algunas horas despues presentaba Vitoria la misma tranquilidad y sosiego, que si este no hubiese sido alterado. La plaza del mercado estaba llena de gente, ocupada en sus propios negocios, y casi no atendia á las exageradas fábulas, que algunos charlatanes se complacian en ir publicando sobre el levantamiento, pues como todos lo sabian y acababa de suceder á su vista, nadie lo estrañaba ya.

—¿Sabes que han querido matar al Rey? decia uno al oido de su amigo.

—¡Bravo discurso! respondia éste. ¿En cuánto estimas la noticia? y volvia á sus quehaceres.

El caballero Negro esquivando la presencia del Monarca, que solícito preguntaba por él á cuantos le hablaban, habia vuelto á guarecerse en el ignorado asilo del osario de Santa *María*. *Relámpago* rumiaba tranquilo la escasa yerba de aquel triste hospedage, y el hombre de la torre ejercia otra vez el oficio, en que le encontró Alvar Nuñez. Todo habia vúelto al estado de inaccion y quietud primeras, y solo D. Lope de Vendaña se quejaba amargamente de los dolores de sus heridas, que le privaban guardar al Rey, y enristrar la lanza, por mas que el estudioso hijo de Abenuez se mortificaba en sosegar su espíritu, representándole cuan necesario le era el repóso, para lograr un perfecto restablecimiento. La guardia del palacio se habia reforzado, olvidando sin duda el Capitan de los maceros, que no hay camino mas seguro que aquel en donde se acaba de cometer un crímen, y desconociendo el dicho inventado siglos despues de *á burro muerto, cebada al rabo*. Don Juan Manuel como si nada hubiera sucedido, aseguraba á la Reina su hija, que no tardaria mucho en vengarse de D. Lope y de todos los caballeros de *la Banda*, y el merino de Castilla, el buen Garci-Laso, apareciendo sobre la escena, felicitaba á Alfonso, por haber escapado de la muerte.

Veinte y cuatro horas habian transcurrido, sin que el señor de Vizcaya probase alimento de ninguna especie. Agazapado en la oscura bóveda que le servia de asilo, daba á todos los diablos la necesidad que le obligaba á ocultarse de aquella manera, tan indigna de quien, como él, se decia caballero; y mas de una vez hubiera probado fortuna, saliendo del escondite, á no temer la mala andanza, en que se vería, si caia en poder del Rey. Maldecia unas veces de su suerte, que tan mal le habia servido en aquela ocasion, y juraba vengarse, si escapaba con bien, de los traidores que con tan poco seso y discernimiento habian ejecutado sus órdenes: mordia otras desesperado el puño de la espada, y descargaba récios porrazos en las paredes de la bóveda, acusándose á sí mismo de poco precavido y animoso, en dejarse arrinconar por miserable turba de arca-

buceros, y pedia frenético á gritos, que le quitasen la vida, sin tener el esfuerzo necesario para arrostrar los peligros, que una vez vencidos, debian conservársela.

Acercábase la noche, y con ella se dobló la angustia de don Juan, representándole su débil cerebro escenas de sangre y desolacion. Supersticioso y malvado, temblaba de una sombra, cuando la soledad y su propia cavilacion, mas bien que el arrepentimiento, le hacian entrar en sí mismo y reconocerse. Las inocentes víctimas sacrificadas á su brutal lubricidad, los asesinatos cometidos en sus castillos, tantos planes de venganza formados, sus intrigas y perseverancia en revolver el reino, todo se presentaba de tropel para atormentarle y aumentar las ansias que le oprimian. Hasta el recuerdo de la hermosísima Blanca de Almazan, que mil veces dulcificára sus tétricos pensamientos, solo servia entónces para su nuevo matirio, por la imposibilidad en que se hallaba, de apoderarse de las ricas haciendas, en cuya posesion cifraba las mayores esperanzas, y la lúgubre estancia, en que se encontraba, infundia en su imaginacion el mas espantoso desórden.

No siéndole posible permanecer en una situacion tan intolerable, y molestado del hambre que le aquejaba, resolvió abandonar su retiro y registrar el convento, por si lograba encontrar una salida, calculando en medio del desarreglo de sus ideas, ser mas llevadero y propio de su persona, acabar degollado en pública plaza, si era cogido, que perecer ignorado y hambriento en tan hedionda cueva. Mas no bien se hubo movido, para poner en práctica esta determinacion, cuando unos quejidos lastimeros, que oyó distintamente, helaron toda su sangre. Permaneció inmóvil, erizados los cabellos, sin atreverse á respirar y cubierta la frente de frio sudor, esperando que alguna vision horrorosa se le presentase delante.

—Son los demonios que vienen á buscarme; dijo entre dientes. Y despues de corto espacio, añadió con risa convulsiva; no saben que aun es temprano....

Nuevos lamentos fueron la respuesta que recibió. Parecian salir de alguna habitacion inmediata, y ser de persona que se hallaba en grave riesgo de la vida, porque algunas palabras que el grueso

Os traigo algun alimento, señor Infante.

del muro impedia oir con claridad lo daban á entender así; pero el Infante no estaba en disposicion de hacer estas reflexiones. Firmemente persuadido de una aparicion sobrenatural, esperaba con el oido atento, pero en el mayor trastorno, nuevas luces sobre aquel suceso.

—¡Misericordia! ¡Piedad! decia repitiendo las palabras, que llegaban hasta él. No es.... no... no es Alfonso: aquellos cobardes han huido delante de su espada, y me han dejado solo. El diablo cargue con ellos. ¿Qué oigo? prosiguió, despues de haber escuchado de nuevo: es Inés. ¡Oh! La bella Inés, hija de Ruí Perez, á quien saqué los ojos por su indiscreta curiosidad.... bien hecho.... pero ella.... ella era inocente y me amaba... mentira, mentira, gritó furioso. ¿Quién me ha dicho que me amaba? No puede ser: nadie me ama; por eso la he arrojado á los fosos del castillo....

Detúvose aquí y volvió la cabeza, porque creyó haber sentido un pequeño ruido: puso mas atencion... eran pisadas de una persona, que se acercaba á la bóveda pausadamente: por último una luz alumbró los arcos góticos de aquel sepulcro, y un religioso dominico con la capucha sobre la cara, se presentó en la sombra.

—¿Vienen á buscarme ya? esclamó D. Juan. ¿No dije que era temprano?

—Os traigo algun alimento, señor Infante, dijo el fraile, poniendo en el suelo una cesta con provisiones; pero asombrado del gesto amenazador del guerrero, echó pié atrás y le preguntó:

—¿Qué os altera el ánimo, D. Juan? ¿Por ventura, tan fria acogida merece el amigo, que os ha librado de la muerte?

—Muerte.... replicó el de Vizcaya; siempre hablándome de muertes y de cadalsos.... Vete en paz y déjame; no ha llegado tu hora. ¡Ah! puedes decir al paso á tus compañeros, que no he de ir solo. Todos me han de acompañar; todos. ¿Lo has oido?

—Sosegaos, señor Infante, por todos los santos del cielo, que no soy lo que pensais, dijo el dominico temblando y santiguándose. ¿No conoceis ya á vuestro amigo D. Fray .... Pero comed alguna cosa, que con eso cobraréis fuerzas, para resistir esas malignas tentaciones; y yo os llevaré despues á donde podais descansar á vuestro sabor.

—¡Sí! esclamó *el Tuerto* con voz lánguida: sacadme de aquí, libradme de estos malditos espíritus, si por ventura no sois uno de ellos.... oigo voces, gemidos, ruidos de cadenas.... escuchad... no.... son espadas, que me amenazan.... es Alfonso, que viene á pedirme la vida.... yo no le he matado, no.... es una impostura...

—Válgame Dios, dijo el religioso. ¡A qué situacion se vé reducido el mejor caballero de Castilla! Mirad, D. Juan, que el Rey no ha muerto, y así, vivid sin cuidado en cuanto á eso; aquí no hay cosa alguna, que pueda daros miedo, sino las ideas mal compuestas de vuestra imaginacion. Venid conmigo y.....

—¡Ola! ¿Qué dices? ¿Con que no ha muerto el Rey? le interrumpió el Infante, pasando repentinamente de aquel estado de terror al de la mas loca alegría.... Ahora puedo comer sin recelo.... Inés no se acuerda ya de mí.... hace mucho tiempo.... y sin aguardar otra cosa, se arrojó con ansia sobre las provisiones y las devoró en breves momentos.

Esto último, que tal vez en otra ocasion hubiera ocasionado su muerte, produciéndole alguna peligrosa enfermedad, contribuyó poderosamente á sacarle del penoso letargo mental que padecia, restaurando sus debilitadas fuerzas y tornándole al recuerdo de los objetos, en los cuales por su posicion tenia que pensar sériamente. Vuelto en sí, aunque fatigado por el violento trastorno, que sus ideas acababan de sufrir, abrazó á su caritativo compañero, rogándole en seguida que lo condujese á donde, con mas comodidad, pudiese entregarse al reposo, de que tanto habia menester.

Aprobó su deseo el dominico con mucha complacencia, tomóle por la mano, y llevando en la otra la bujía que les alumbraba, empezó á caminar por una dilatada caverna sostenida por multitud de arcos de piedra, en cuyas revueltas se hubiera perdido el mas diestro conocedor de laberintos. Pasaron una reja de hierro que hallaron abierta de par en par, despues otra, á cuyo frente vieron una especie de altar, compuesto de una mesa y un crucifijo de madera toscamente labrado, á cuyos piés se postró el religioso, doblaron luego á la derecha, subieron un tramo de escaleras, y al cabo de nuevos rodeos y nuevas puertas, se encontraron en una habitacion

lujosamente distribuida, en la cual nada se habia olvidado de cuanto la comodidad exige para los gustos del hombre.

Ricas alfombras cubrian el pavimento y damasquinos tapices las paredes. Enormes sillones, semejantes al que sirvió de presidencia á D. Juan y de mal refugio á un dominico, el dia antes, adornaban los dos lados del aposento, á cuyo estremo se descubria un mullido lecho, que probaba el principio de la relajacion monástica de aquella órden mendicante, á pesar de no contar mas que un siglo, desde su fundacion en España. Hasta una docena de religiosos de varias fisonomías, que no manifestaban muchas señales de abstinencia, cubiertos de alto á bajo con sus ropas talares blancas y negras, y con los ojos fijos en un objeto inanimado al parecer, formaban silencioso círculo, sin que bastase á distraerles de su meditacion la llegada del Infante. Pero lo que á éste sorprendió sobremanera fué, que dirigiendo una mirada sobre aquel objeto, colocado en medio de la habitacion, vió un cuerpo humano sin movimiento ni señal de vida. Creyó, pues, comprender desde luego el motivo de la indiferencia con que se le recibia, por lo que acercándose al coro, púsose á orar devotamente por el alma de aquel hermano.

Era en efecto un fraile, ó al menos estaba vestido de tal, aunque se hacía imposible conocerle á causa de tener el rostro contra el suelo. Notábanse en su cabeza largas trenzas de pelo rubio, mezclado con mayor cantidad de color ceniciento, que el desórden de sus últimos momentos habia tal vez esparcido sobre la ancha capucha, por cuya señal se venia en conjetura, de que no pertenecia á la clase de profesos de primer órden, y sí solo á la de los hermanos aspirantes, que despues se llamaron donados.

—¿Cuánto há que este individuo ha dejado de padecer? preguntó D. Juan, con acento compungido, por acomodarse al estilo de aquellos varones.

Ninguna respuesta le fué dirigida: todos permanecieron en la misma postura, sin dar la menor señal de haberle oido, lo cual produjo un movimiento de impaciencia por parte del magnate.

—¡Es cosa bien estraordinaria! volvió á decir. Despues de tenerme un dia entero encerrado sin comer en una maldita cueva,

privado de comunicacion, llego aquí por milagro, y las primeras criaturas vivientes que encuentro, ni aun se dignan mirarme. ¿Con que no podré saber quién sea ese religioso, ni cuando ha muerto?

El mismo silencio fué la única contestacion. Mordióse los lábios el preguntador y exclamó, no pudiéndose contener mas tiempo:

—Juro á Dios, que esto pasa de mofa, señores mios: ¿Pensais acaso que he venido á esta sala, para serviros de entretenimiento? ¿Estais por ventura embrujados? Pues á fé que algo se me alcanza en esto de deshacer encantos. Y sin mas razones, asiendo con fuerza por el brazo al dominico mas inmediato, le dijo: veamos ahora, si me oye vuestra paternidad. ¿Cómo se llama ese hombre que se halla ahí tendido?

El fraile arqueó las cejas sin responderle. En esto llegóse á él por detrás su conductor, y le dijo al oido con voz apenas perceptible:

—Señor Infante, no interrumpais á los santos padres..... están en *meditacion*.

—Al diablo con su meditacion, respondió el primero. Bien pudieran hablarme, y meditar despues hasta la hora del juicio final....

—Advertid, señor D. Juan, que alejados del mundo en esta hora, solo tienen su pensamiento en Dios.

Nada replicó á esto el Infante, sino que conformándose, pues no tenia otro remedio, á menos de ocasionar un escándalo; se apartó de allí y fué á tenderse cuan largo era sobre el lecho, de que poco há hicimos mencion.

Lo que no pudo lograr con su impaciencia, se consiguió por un movimiento que hizo el cuerpo, por cuya alma oraban los padres con tanto fervor: mas al notar que se meneaba, no fueron dueños de sostener mas tiempo su gravedad. Llenáronse de espanto, y no hubo santo en el Paraiso celestial á quien no se encomendasen: sin embargo, nadie interrumpió el silencio, hasta que un ¡ay! profundísimo acabó de trastornarlos.

—Ha resucitado, ha resucitado, decíanse unos á otros, acogiéndose á los rincones de la habitacion.

Apretábanse en ellos, santiguábanse y cubrian sus rostros con

los hábitos como si realmente tuviesen delante alguna espantosa vision, en tanto que el cuerpo de aquel infeliz tendido comenzó á sacudir el mortal letargo, sentándose primero, y poniéndose despues en pié, cuidándose muy poco del sobresalto de los religiosos que le observaban, sin atreverse á huir ni á respirar. Separó con mucha calma las trenzas de pelo, que casi le ocultaban la cara, y con ojos de gato montés registró todo el aposento. Detúvose un momento á considerar aquel monton de frailes silenciosos y turbados, y llevando una mano á la frente, se puso al parecer á recoger sus ideas, despues de haber contemplado con atencion el vestido que lo cubria.

CAPITULO IX.

En que se manifiesta la desinteresada proteccion que el infante D. Juan dispensaba á los desvalidos.

ORMIA en tanto D. Juan á pierna suelta, bien ageno de que el muerto habia resucitado, hasta que al contacto de una mano fria, como el hielo de las tumbas, despertó despavorido y lo vió junto á la cama. Creyó ser ilusion de su fantasía, que volvia á aterrarle con las visiones que tanto le habian asustado en las bóvedas, hasta que abriendo enteramente el único ojo, de que podia disponer, no le quedó la menor duda de que efectivamente tenia delante el mismo objeto, que poco antes habia visto boca abajo en medio de la sala. Un agudo grito fué todo lo que pudo articular su garganta, anudada por el pavoroso miedo, que le inspiró tan impensada aparicion, pero tan lastimero, que el mismo resucitado dió dos pasos atrás, imaginando si el Infante se habia

vuelto loco. No tardó, empero, en desengañarse, notando que á toda prisa se santiguaba, al paso que los frailes decian:

—No hay duda, eran amigos y Dios castiga al caballero, por haberse asociado con los réprobos. Pronto lo verémos volar por el aire, seguido de esa alma en pena, si antes no se hunde el piso y desaparece con ellos en el abismo.

—Nada creais, señor Infante, dijo el espectro con melosa y dolorida voz: vivo estoy todavia, aunque bien molido de los golpes, que he recibido en todo mi cuerpo. Vos lo sabeis bien.... pero así consigais reposar un dia en el seno de Abraham, dejaos de santiguar, si es que lo haceis por mí, y ayudadme á salir de este convento, donde nunca debí haber entrado, aunque diez veces me ahorcase el Rey de Castilla.

Maravillado quedó D. Juan, de oir al muerto tan concertadas razones y mucho mas le chocaron las últimas palabras, por lo que se detuvo á mirarle con mas atencion. Incorporóse en el lecho, clavó en él la vista y exclamó:

—¡Pecador de mí! ¡Vírgen Santísima! ¡Misericordia....! Es el dominico, que he visto yo mismo morir en la sala larga á mano de los nobles, y que ha tomado la figura de Jucef, para espantarme.

—Es el alma del mismo judío, que viene á llevaros, señor, y quien sabe si á nosotros tambien, dijo un fraile temblando.

—Eso no puede ser, gritaba el Infante, cubierto de frio sudor: que me traigan agua bendita.... yo no quiero un muerto por guia... yo iré, cuando Dios me mande comparecer á sus juicios.... pero ahora.... ahora.... es imposible: vete en paz.... yo te conjuro: vete en paz ó dí pronto á qué vienes; y si deseas alguna misa, esos padres te dirán mas de las que creas necesitar. Yo no puedo hacer mas, sino rogar por tí.

—No lo necesita, ni misas tampoco, contestó el mismo fraile, porque está ardiendo en los infiernos.

No pudo menos que sonreirse burlonamente el que por muerto tenian, al ver tanta ignorancia, y á todos pareció aquella sonrisa la de Satanás. Sin embargo se dirigió al de Vizcaya, diciendo:

—Ved, Infante, y tocadme, para convenceros de que soy de

carne y huesos, á pesar de tenerlos bastante maltratados; tales porrazos han llovido sobre mí, no sé en donde, puesto que no era en esta habitacion, en la cual sin duda me dejaron olvidado ó creyéndome muerto. No soy, pues, el dominico, que tanta parte tuvo en mi desgracia, ni el alma de Jucef. Soy el mismo Jucef, servidor fiel de Vuestra Alteza, á quien sacásteis de palacio y obligásteis á venir á estos sitios, para ser estropeado, magullado y asesinado por vuestros nobles; no lo digo porque os ofendais de nuevo contra mí, sino para sacaros del error en que estais, así como esos santos padres que me contemplan con esos ojazos tan abiertos.

—Precisamente hay en esto alguna equivocacion, dijo el Infante: mas dime ahora, si realmente estás vivo, lo cual empiezo á creer en vista de tus razones, ¿cómo saliste de la sala, en que yo mismo te ví caer de hocicos tan mal parado, que ni movimiento hacias?

—Eso es lo que yo no podré esplicar, mi respetable protector, respondió el judío frotándose la frente: por mas que quiero traer á la memoria lo pasado, solo puedo acordarme de que allá caí, ó con mas verdad, me tendieron sin sentido aquellos furiosos caballeros y que al salir de mi letargo, me levanté y hallé encerrado en este hermoso aposento, donde viéndome sin amparo, comencé á sollozar y á quejarme amargamente de mi suerte.

—Ahora ya no me queda la menor duda, dijo saliendo de su rincon el religioso que sirvió de guia á D. Juan en la bóveda; mis hermanos trajeron aquí á ese hebreo, como á sitio retirado, donde no fuese visto por las tropas del Rey.

—Así será, añadió Jucef, y yo al sentir las pisadas de estos reverendos padres, juzgando que los enemigos asaltaban el convento, quise hacerles creer que estaba realmente muerto, y volvíme á echar por tierra.

—Y nosotros, repuso el mas grave de los padres, para hacer ver que uno de nuestros hermanos habia fallecido de muerte natural, le pusimos ese santo hábito, que ya otras veces ha servido de mortaja.

—Isaac me ampare, gritó asustado á su vez el judío. ¡Yo amortajado....! Y empezó á desnudarse á toda prisa de la ropa fatal.

—Dichoso tú, sacrílego infiel, si ahora mismo fueses enterrado con ese bendito escapulario, replicó el fraile, quien seguido de todos los demás se fué acercando á la cama de D. Juan, luego que estuvieron bien seguros de que Jucef no era un aparecido. ¿Crees, por ventura, que tus hediondas carnes hubieran manchado la ropa nupcial de los escogidos, si el temor de la persecucion no nos hubiera obligado á hacerte pasar por uno de nuestros hermanos en Dios?

—Es decir, contestó el Infante con diabólica sonrisa, que pretendíais cubrir un asesinato con el hábito de la órden. La invencion es hija del mismo diablo. ¡Ah! y el dominico que tambien sucumbió á los golpes, allá junto á la poltrona.... ¿ha resucitado tambien?

—*Requiescat in pace*, respondió el mismo padre: ha espirado, sin proferir un solo quejido.

—¡Lástima! dijo D. Juan poniéndose en pié; era digno de mejor suerte. ¡Con cuánta valentía se defendió de sus contrarios! Buenos puños!.... sí.... y buenos hígados! Descuidados anduvísteis en no darle socorro, y.....

—No teneis razon, Infante: le hemos ayudado fraternalmente en todas sus necesidades, le interrumpió el religioso, bajando la cabeza; por mas valiente que tuviese el corazon, no hubiera podido sostenerse solo en la hoguera, sin nuestro auxilio.

—¡Qué oigo! gritó Jucef horrorizado.....

—¡Cómo! ¿Será cierto que habeis quemado vivo á vuestro hermano? preguntó el Infante con sobresalto.

—Nosotros no, ni tenemos esas facultades. El tribunal lo ha declarado *contaminado*. Hijos mios, *requiescat in pace*.

—*Amen*, dijeron todos: judío, prepárate á presentarte al Santo tribunal.

—No, no, exclamó Jucef fuera de sí..... no seréis tan bárbaros.... señor Infante, socorredme, salvadme de estos tígres sedientos de sangre.....

—Nuestro hermano, le replicaron, un siervo de Dios á quien tus pecados habian ensuciado, ha comparecido delante del tribunal. ¿Crees, israelita, que contigo tengamos menos caridad? No; la ne-

cesitas mas, y la emplearémos, para que tu alma no se pierda en este mundo y en el otro. Mucho sufrirás aquí.... mas en el Paraiso serás afortunado.

—Señor; en vos confío, decia el perseguido hebreo al Infante, desecho en lágrimas. ¿No veis la horrorosa suerte que me espera? Compadeceos de mí.... estos no son hombres.... no tienen entrañas.... ¡Ah! ¡Desgraciado Jucef! Todas las calamidades de Israel se han acumulado sobre mí....: Don Juan.... Don Juan....: nada: tan insensible como ellos.... ¿No me oís señor Infante....? ¡ah! vedme arrojado á vuestros piés.

—Muerde, muerde la tierra, judío: en valde quieres huir del justo castigo de tus crímenes, dijo un dominico; voy á avisar al tribunal: en breve volveré. Y salió del aposento.

Don Juan parecia indiferente á las amenazas de los frailes y á los ruegos del judío; mas no lo era por su propio interés, y no tardó en calcular el buen partido que podia sacar, librando al último de aquel nuevo peligro, partido infinitamente mas provechoso, que el que le resultaria de su muerte. Dispuesto así á favorecerle, ya que no por piedad por avaricia, pues jamás se paraba á examinar sus acciones, sino el producto de ellas, ó la satisfaccion de sus inmoderadas pasiones, alzó del suelo á Jucef, y tomándole la mano le intimó al oido esta sentencia:

—Nada temas si me abres tus tesoros, pero te abandono á la primera negativa. Echa tus cuentas: ó ser generoso, ó morir tostado por estos demonios vestidos de dominicos.

Sintió el judío desgarrarse sus entrañas al escuchar esta proposicion; mas no tenia remedio: el peligro era inminente, y no habia alternativa entre espirar en las llamas, para satisfacer el celo religioso de sus perseguidores, ó ganar á fuerza de oro la proteccion del mismo, que le habia metido en aquel laberinto, por lo que se decidió, no sin mortales angustias, en favor del último partido, como el mas prudente en tan desesperado aprieto.

—Disponed de mí, D. Juan, prorumpió entre sollozos que ahogaban sus palabras. Sí... podeis estar seguro de mi agradecimiento, mientras viva.... contad desde luego con.... y aquí se detuvo.

—Vamos, despacha pronto, dijo el magnate suavizando la voz y abriendo ambas manos, cual si fuese á apoderarse de los tesoros de todo el universo. ¿Cuánto pones á mi disposicion?

—Decid mas bien á qué precio os compro mi miserable existencia. ¡Bienaventurado Abraham! esto es un verdadero robo.... pero ¿qué he de hacer? no veo otro camino.... bien.... sí.... yo... os daré todas las alhajas del tesoro del Rey.

Brilló de alegría el ojo único del señor de Vizcaya al oir las últimas razones, y deteniendo á dos religiosos, que ya se adelantaban á apoderarse del judío, para conducirle al tribunal, desnudó el acero, é impuso á los demás exclamando:

—Ténganse todos, y nadie sea osado á tocar á este hombre, que tomo bajo el amparo de mi espada, si ántes no quereis ver vuestras cabezas en dos partes divididas: A cuya amenaza, temerosos los dominicos, hiciéronse á ambos lados, abriendo paso al caballero.

—Sígueme, dijo éste á Jucef, tomándole de la mano, á tiempo que separándose de sus compañeros el mismo religioso, que le sacó de las bóvedas, se obligó á conducirlos de nuevo, por las revueltas del convento, hasta la primera salida: cuyo ofrecimiento admitido, atravesaron la habitacion, bajaron á los claústros, y entraron en la sacristía. Empujaron allí una puerta y se encontraron en la iglesia.

—¿Cae muy cerca de la cueva, en que me escondísteis, el aposento que hemos dejado? preguntó D. Juan al fraile, mientras atravesaban la nave del templo.

—Encima justamente, contestó éste, haciendo la señal de la cruz.

—¡Ah! ahora caigo, volvió á decir el primero, mirando atentamente al judío. Tuyos eran los lamentos, que tanto me atemorizaron, cuando este santo padre llegó á sacarme del escondrijo.

—Así habrá sido, Infante, respondió el judío, pesaroso del enorme precio de su libertad.

Llegaron á la puerta principal del edificio. Jucef salió á la calle el primero, detúvose un instante D. Juan y le siguió: en este momento sonó la campana, que llamaba á los religiosos al rosario y esclamó el dominico:

—Van á bajar; esto es hecho.

Y poniéndose en la calle, cerró tras sí la puerta con estrépito.

La conducta de este fraile llamó entonces la atencion de ambos fugitivos. Parecia natural que desde la iglesia se hubiese vuelto á reunir con sus compañeros, en lugar de asociarse al destino de dos hombres, que por su arriesgada posicion se veian en la necesidad de ocultarse; para salvar sus vidas; lo que dió motivo á don Juan de sospechar, si seria algun espía del Rey. Destruia no obstante este mal pensamiento el servicio que del mismo habia recibido en las bóvedas, no siendo probable que allí le hubiese alimentado y favorecido, pudiéndolo apresar impunemente, para despues entregarlo con perfidia á sus enemigos.

Pero no tardó el fraile en desvanecer todos sus escrúpulos, pues viendo que tomaba una direccion, que conducia al interior de la ciudad, colocóse al lado del Infante y á media voz le dijo:

—¿Os empeñais, pues, en correr á vuestra perdicion? ¿Quién os impide, cuerpo de mí, el salir fuera de la ciudad, y tomar despues atravesando los prados, el camino de Aragon? ¿No pensais ya en doña Blanca de Almazan?

Esta indicacion escitó toda la curiosidad del magnate, al paso que el consejo, á que iba unida, le hizo conocer que tenia un amigo en aquel disfrazado, pues ya no dudaba que el hábito, con que se cubria, nada tenia que ver con su profesion, y así deteniéndose delante de él, le preguntó con ahinco.

—¿Quién eres, que tan señalados favores me has hecho, en tan corto espacio? ¿Has llegado acaso de la frontera de Aragon?

—No há muchos dias que salí de ese reino, le contestó el desconocido: pero, sus... silencio, que me importa no ser conocido, tanto como al que mas; porque, gracias á Dios, tambien tengo pescuezo. Seguid mi aviso y no os descuideis, pues solo en Almazan puede haber hoy seguridad para vos. En cuanto á mi nombre, para nada lo necesitais, despues de lo que ha pasado. Basteos saber que soy dueño de muchos secretos y os soy adicto. Adios Infante.... no os fieis de ese maldito judío, que os venderá á la primera ocasion. Adios, ¡Ah! Se me olvidaba deciros, que en el pri-

mer bosque de la derecha, antes de llegar al Zadorra, encontraréis un caballo, que os tiene uno de vuestros escuderos.

Dicho esto, y sin esperar respuesta, separóse el fraile de ellos, dejándolos llenos de admiracion, que se aumentó de todo punto, cuando haciendo puntualmente cuanto les habia prevenido, hallaron en el sitio designado uno de los propios caballos de D. Juan, amarrado á un árbol y no léjos de allí al criado que lo guardaba.

Montó el Infante, despues de haber sabido por este escudero, que un hombre de mala traza le habia asegurado hallarse su señor encerrado en el convento de Santo Domingo, previniéndole le tuviese el caballo pronto en aquellas inmediaciones, donde no tardaria en presentarse. Esto fué todo lo que D. Juan pudo descubrir, acerca del fraile misterioso, pues por mas preguntas que hizo al criado, nada averiguó de sus relaciones con la bella dama de Almazan, ni de los negocios que le hicieron salir de Aragon, segun él mismo habia dado á entender.

Llegados los tres á Valladolid, dejó don Juan en esta ciudad al escudero con el judío, para que éste le entregase las joyas que habia prometido, tomando él la ruta de Almazan, con la resolucion de solicitar la mano de la heredera de aquellos estados, ó penetrar en Aragon y tomarlos á viva fuerza, ayudado del señor de Villena, si sus propios negocios le permitian acudir al socorro de su amigo. El judío que no tenia suerte mejor á la mano, prometió unírsele en el camino, llevando todas las alhajas y pedrería, que el Rey habia puesto á su cuidado, esperando en su interior que se le presentaria en lo sucesivo favorable coyuntura de salvarlas de las garras del Infante, y le pidió algunas horas de detencion. Dióselas D. Juan, haciendo que su escudero, hombre forzudo y brutal le acompañase, pues el aviso del fraile desconocido encerraba la advertencia de que no confiase mucho en las promesas de Jucef.

Estos fueron los motivos de hallarse solo nuestro *Tuerto* campeon cerca de la raya del vecino reino, algunos dias despues de haber salido del convento de los dominicos de Vitoria. Los sustos pasados, las privaciones sufridas, su orgullo contrariado por el mal éxito que hasta entónces habian tenido sus planes, y los ardores de

un sol abrasador, habian casi agotado sus fuerzas físicas. Atormentábale además la idea de su propio peligro, del que no se creia exento, mientras no penetrase en Aragon, y aun allí temia no ser bastante poderosos los lazos que le unian al rey D. Jaime *segundo*, para impedirle de cometer una traicion, si convenia á su política entregarlo al de Castilla.

Acosado de tristes presentimientos, y empeñado por otra parte en luchar contra el torrente de su destino; arrastrado por una ambicion que no conocia límites, desconfiando de todos sus parciales y hasta de sí mismo, acrecia el magnate sus sufrimientos con su misma impaciencia y le era insoportable la soledad. Muchas veces se habia detenido á esperar la llegada del judío y su criado, acusando con juramentos una tardanza que le desesperaba, hasta que fijándose en su imaginacion el pensamiento de que Jucef podia muy bien burlar su confianza faltando á lo prometido, resolvió detenerse, sentándose al efecto á un lado del camino, para pensar sériamente el modo de castigar un delito, que le iba á sumir en los mayores apuros, faltándole las preciosas alhajas, con cuya adquisicion no dudaba vencer la repugnancia, que Blanca opondria para rendirse á sus deseos.

La llegada de los que esperaba no tardó en sacarle de tan cruel embarazo, llenándole de contento, así como la noticia que le dieron de que todas las joyas se habian vendido, produciendo una considerable suma de oro, que Jucef llevaba en una rolliza mula, le hizo olvidar todos los reveses de su vida, presentándole la fantasía cuanto de risueño y agradable puede idear un hombre dispuesto siempre á satisfacer sus pasiones, y á crearlas nuevas, si era preciso, una vez apuradas todas.

Ya nada le pareció dudoso: con tantas riquezas era imposible que la heredera de Almazan, desamparada en aquel desierto de Aragon, privada de la proteccion de D. Alfonso, y obediente solo á las órdenes de una madre bondadosa, que no costaria deslumbrar, se resistiese á darle su mano y á hacerle dueño de los ricos estados que codiciaba. ¡Qué fortuna si al título de señor de Vizcaya añadía los de Alcocér y Almazan! Este último castillo, sobre todo,

le pondria en el caso de no temer ningun contratiempo. Desde él desafiaria al Rey, entraria por tierras de Castilla y atizaria la rebelion con mas empeño que nunca lo habia hecho, consiguiendo á fuerza de armas, nuevas honras y sangrientas venganzas de sus contrarios. El cariño de la desgraciada Blanca entraba por nada en estos cálculos, considerándola bastante pagada con la parte que debia corresponderle en el goce de las grandezas que él alcanzase con su lanza. Poseido de placer con la perspectiva de tan halagüeño porvenir, no quiso dilatar mas tiempo la llegada al teatro de sus futuras glorias; por lo que ayudado de Jucef, y del escudero, subió sobre el corcel y continuó el viage formando mil agradables castillos en el aire, al paso que el judío suspiraba tristemente, cada vez que sus ojos se encontraban con los repletos talegos, prendas queridas de su amor, cuya separacion debia serle mas dolorosa que la muerte.

CAPITULO XX.

Interrumpe nuestra historia nuevamente la aparicion de otros personages.

LÉVANSE hácia las montañas de Aragon, no léjos de la famosa sierra de Albarracin, las arruinadas torres de un antiguo castillo, cuyas respetables ruinas sirven de guarida á los innumerables lobos y á algunos osos y ciervos, que buscan en ellas un asilo, cuando el nebuloso Moncayo arroja sobre el enmarañado bosque sus horrorosas tempestades. Magníficos arcos esparcidos sin órden en un espacio de cerca de media legua, rotas columnas, almenas desmoronadas, lienzos enteros de murallas derribadas, donde aun se notan, casi destruidas por el tiempo, considerable número de aspilleras ennegrecidas, largos corredores descubiertos y sin techumbre, pero que manifiestan la grandeza y objetos á que fueron destinados en los pasados siglos, todo presenta

á la imaginacion del curioso viagero asunto digno de profunda meditacion, recuerda el orgullo del feudalismo y conduce el pensamiento hácia aquellos tiempos de barbárie, de cortesanía, de supesticion y de heroísmo.

No siempre estuvieron condenados al silencio los anchos patios y cuadras de tan solitario castillo, y en la época de los sucesos que vamos refiriendo, ostentaba tal magnificencia y solidéz, que con razon tenia derecho á esperar mas larga duracion. Un ancho foso, defendido por enormes puertas de hierro, altas almenas que levantaban con áltivéz sus gigantescos picos, á despecho de los árboles de la vecina selva, rodeaban la fortaleza y dominaban una estension de llanura considerable; defendidas murallas, pozos subterráneos y un puente levadizo del mismo metal que las puertas, sostenido desde dos torres triangulares por gruesas cadenas, daban á entender, por la parte esterior, la importancia de su fortificacion, completando lo que entónces se llamaba un castillo inexpugnable. Era con todo difícil, sin ser práctico en el país, acertar el parage que ocupaba, estando como queda dicho, circundado de espesos bosques, y oculto en cierto modo, bajo la sombra de la dilatada cordillera de montes, que se pierde en los confines de Navarra y las dos Castillas.

Lo interior del castillo hacía singular contraste con las belicosas obras, que desde afuera lo hacian tan temible, y se conocia desde luego el lujo y delicado esmero, con que sus dueños habian atendido á la comodidad y al regalo. Atravesando el patio principal ó plaza de armas, habia á la estremidad una espaciosa escalera, que conducia á las primeras habitaciones. Ocupaban estas el remate de una galería larga y no muy clara, á causa de la corta luz que penetraba en ella, por la elevacion desproporcionada de las ventanas y sus vidrios de colores, y en la cual se paseaban algunos criados de mayor confianza, esperando tal vez algunas órdenes de sus señores. Una puerta de dos hojas, que en esto se distinguia de las muchas practicadas á lo largo del corredor, daba á conocer que el aposento á que correspondia estaba destinado para las personas de mas consideracion; pero jamás se hubiera uno imaginado que tan

formidable castillo, tantos hombres de armas como recorrian las cuadras y atronaban con su algazára los oidos menos delicados, el vigilante cuidado, con que los faccionarios guardaban sus puestos, y la rigurosa disciplina observada escrupulosamente en todo lo que olia al servicio militar, tuviesen por único objeto proteger la seguridad de dos damas.

Las bellas que esto lean, podrán si gustan llenarse de vanidad y exclamar entusiasmadas: *hé aquí nuestro imperio*. Mas si condescendiendo un momento su reflexion á considerar, que este imperio se ha debilitado mucho, que los hombres creciendo en ambicion, en ódio, en adulacion, en descortesía, si se quiere, y en otros vicios no menos detestables, derraman con mas placer su sangre por un empleo, por hacerse un amigo poderoso y aun por otras causas menos nobles, conocerán que lo que han adelantado en siglos, lo han perdido en influencia, asegurando ésta asercion los pocos ejemplos, que la civilizacion moderna presenta de desafíos, guerras y trastornos, debidos á la posesion de una hermosura; á lo que tambien ha podido contribuir la diferencia de temple entre las damas de ahora y las antiguas, anhelando éstas ser conquistadas á punta de lanza en desesperados encuentros, al paso que las primeras solo ceden al altivo desden á almivaradas palabras y constantes suspiros.

Sea de esto lo que quiera, el aposento mencionado era magnífico y probaba el esquisito gusto del arquitecto empleado en su construccion. Adornaban las paredes floreados tapices de damasco, entre los cuales pendian á trechos de dorados clavos algunos mal acabados cuadros de los antiguos reyes de Aragon, que indicaban hallarse todavia en la infancia el arte de la pintura. Sobre un entarimado incrustado de piedras blancas y azules, adornaban los costados de la habitacion ricas alfombras, que representaban bordados en sedas y con bastante propiedad todos los azares de una cacería, formando gracioso juego con los toscos sillones de madera de encina, sobrecargados de adornos y cubiertos de tela carmesí: una disforme semejanza de araña de plata maciza, en la que ardían á su tiempo siete bujías, despidiendo azulada luz y deliciosa fragancia, colgaba

del techo, matizado de guirnaldas sobre un fondo claro, y una mesa de mármol de Calatrao, de color negro con venas rojas, ocupaba la testera de la sala.

Tal era el aposento mas agradable del castillo de Almazan, donde la bellísima Blanca, víctima de una turbacion deliciosa, pasaba largos dias y tristes noches, al lado de su cariñosa madre. En vano esta señora, respetable por sus virtudes, empleaba el mayor esmero en disipar las sombrías nubes, que oscurecian el corazon de la doncella: inútilmente se habian llamado los mas afamados trobadores, que recorrian el país, para que con alegres baladas ahuyentasen sus melancólicos pensamientos. Complacíase Blanca en recorrer los mas solitarios sitios de la fortaleza, dando pábulo al interior desasosiego que la consumia, ó bien desde la torre mas alta fijaba sus hermosos ojos, preñados de lágrimas, en el camino de Castilla, por el cual habia desaparecido, pocos dias antes, enlutado aventurero llevándose la paz y el cariño de la enamorada heredera de Almazan: y suspiraba entónces tiernamente; y pesábale haberle dejado partir, ó arriesgarse contra los enemigos de su bando, luchando consigo misma entre el deber, la esperanza y el agradecimiento, no sin sobresaltarse horrorizada, al imaginar que quizá, á aquella misma hora, su intrépido campeon habria encontrado la muerte, en premio de los importantes servicios, que eran el blanco y motivo de su partida del castillo.

Gustábale otras veces perderse en las enredadas vueltas del bosque cercano, seguida del fiel mastin que el caballero Negro la habia dejado en prenda de su constancia; y mientras *Bravo* perseguia sin descanso al hambriento lobo, que osaba disputarle el paso, Blanca sentada sobre la verde alfombra, alimentaba la peligrosa llama de su pecho con amorosas cavilaciones. Pensaba en aquel jóven guerrero, como en una encantadora vision, creada por ardiente fantasía, y cuya halagüeña imágen colma de dulzura los floridos años de la vida, ó cual se representa, á merced de blando sueño, animada idea llena de amor, de ternura y de belleza, dejando al despertar agradable ilusion, que permanece en el pensamiento y la memoria. ¡Cuántas veces anhelaba volver á contemplar

aquel objeto, que ella se complacia en adornar con los mas seductores atractivos! ¡Cuántas suspiraba por verle aparecer de nuevo á sus ojos, como la vez primera, rodeado de todo el prestigio del valor y de la gloria! Y cuando la severa realidad se abria paso por el tumulto de deseos y esperanzas, que sin cesar le combatian, cubria de mil dudas é imposibles el lisonjero porvenir, sin borrar, empero, la profunda impresion, que aquel aventurero hiciera en un corazon tan sensible, tan tierno y tan enamorado.

—Acaso no le veré mas, esclamaba en la soledad; prendado de mas brillante hermosura, y olvidado de sus promesas, recibe tal vez en este instante los cariñosos halagos de una rival, dejando á la pobre Blanca recuerdos demasiado gratos.... mas ¿qué digo? ¡Insensata! ¿Tan pronto he olvidado su rendimiento, su hidalguía, su amor? No; no es posible que el caballero mas animoso de las dos Castillas abandone con tan fea traicion la causa de una dama, que á su brazo ha confiado su destino, que le adora con indecible ternura....

Seguia á Blanca como su sombra el viejo Rodrigo, antiguo escudero, que acompañó á su padre, el infante D. Pedro, á la guerra de Granada; y vió despues de la batalla el sofocado cuerpo de este caudillo, tendido sobre la arena: á pesar de un génio bastante propenso á impacientarse, profesaba el mayor afecto á la esposa é hija de su esclarecido amo, y era asimismo el criado de mas suposicion en el castillo. Entre varias manías que le eran peculiares, tenia este escudero la original de no poder sufrir que otro alguno conviniese con sus propias ideas, ni se diese por satisfecho de sus discursos, antes al contrario, contaba por mayores amigos á aquellos que, conociendo su flaco, contradecian á diestro y siniestro la menor proposicion que soltaba; siendo de notar que ni doña Blanca, ni su madre estaban exentas de esta especie de guerra contínua, que era preciso sostener contra el buen Rodrigo, para tenerle propicio. Por esta causa, Artal, otro criado de la fortaleza, no de tantos años, y gran fabricante de romances y baladas, poseia en alto grado su amistad y consideracion, sin que ninguna novedad ocurriese dentro ó fuera de casa, al alcance del viejo escudero, que no la comu-

nicase inmediatamente á este favorito, siempre opuesto á sus planes, al paso que mantenia implacables hostilidades contra el capellan, hombre adulador y pacífico, que no podia concebir las causas de una contradiccion tan sorprendente, entre la vanidad humana y la indescifrable modestia de aquel hombre.

Cerrada se veia la puerta de la habitacion de las castellanas de Almazan, y el sol brillante de un dia de primavera empezaba á disipar las tinieblas del corredor inmediato, donde largo rato hacía conversaban amigablemente Rodrigo y Artal, asomados á una de las ventanas abierta de par en par. Sus palabras pronunciadas con fuerza y espresion, segun el grado de calor que les animaba en la discusion, perdíanse con un sordo susurro entre el ramaje de la selva, y manifestaban que el asunto de su plática era de poca importancia.

—Hermosa mañana, señor Rodrigo, decia el poeta, contemplando las nubes: los céfiros embalsaman el aire.

—No estamos en ocasion de gastar el tiempo inútilmente en esas vaciedades, replicó Rodrigo. Por otro lado, la noticia me parece imposible. Sí: imposible. ¿Pues no ha de ser....? ¡Pobre amo mio! Si vivieras no sucederia nada de esto.

—Hasta ahora nada ha sucedido, murmuró el primero.

—Pero sucederá, Artal, sucederá á menos que Dios haga un milagro. Bien se ve que no conoces los enredos de la corte de Castilla.

—Los conozco mejor que vos y toda vuestra casta, respondió Artal.

—Puede ser, hombre, puede ser, y no lo decia yo por tanto. Noble hay allí, que piensa él solo reunir para sí todos los estados de sus amigos. Eso sí... devastar el reino, cuanto se quiera: pero arremeter á la morisma, con mas tiento. No era como ellos el infante D. Pedro. Me acuerdo de aquel dia horroroso... era la víspera del bienaventurado San Juan Bautista, cuando los moros capitaneados por Ozmin acometieron nuestra retaguardia.... Antes que se me olvide ¿has compuesto la cancion, que habla de esta batalla sangrienta?

—Acabada la tengo, para regalar con ella al señor Rodrigo, cuando sea menester y lo pida.

—Pues mal hecho, y peor pensado.

—Puede ser....

—No hay mas puede ser que lo dicho, gritó Rodrigo, á quien el poeta no contradecia quizá por la primera vez en su vida.

—Pues ya se ve, dijo este último distraido. ¿Quién niega que tengais razon?

—¡Demonio! ¿A mí con esas....? volvió á gritar el escudero con mas fuerza. No señor; no se ha de componer el romance mal que les pese á todos los menestreles nacidos y por nacer.

—Yo digo que sí, repuso con fingida ira Artal, y que no tiene pizca de entendimiento el señor Rodrigo. La cancion ya está escrita de mano del capellan, y la cantará el que yo quisiere, con tal que no sea mudo.

—Hombre, de todo puede haber, dijo el viejo sosegado con la respuesta de su amigo. Has hecho bien en darle la última mano, pero eso de escribirla debo decirte que es ocupacion de gente villana, y tampoco me gusta que en este negocio haya metido su guante el padre capellan.

—¡Oh! Es hombre para el caso, indicó el poeta, y agradó mucho á su reverencia.

—A su reverencia agrada cuanto ve y oye: así te digo, que no anduviste cuerdo en fiársela..... seguro estoy, que habrá trocado algunas voces; porque estos hombres de Iglesia todo lo revuelven patas arriba.

—¿Cuántas veces he de decir, seor escudero, que me dió la gana de hacerlo así, y que el capellan no es hombre que se muerda el dedo en esto de la gaya ciencia?

—Habláras claro de una vez, por San Judas: ahora digo que estoy conforme con ello, en todo y por todo, y no hay que mentar mas el asunto. Tratemos del rey D. Alfonso y su cuadrilla. ¿No te parece infamia esa de querer despojar á doña Blanca de estos estados que le dejó su padre? Voto á Barrabás, que si él viviera, se las habian de pagar tan infames caballeros.

—Esta nueva es por sí sola capaz de quitar el sueño á doña Blanca, á quien yo llamo en mis trovas *la Diana de esta encantada floresta*, sino fuera porque ya anda sobrado desvelada con tiernas memorias.

—¡Diablo! ¿Tenemos mas, sino ir y avisar al caballero de las armas negras, para que vaya matando uno á uno á esos malsines de Castilla? Yo te aseguro que despues que su brazo arranque de la silla una media docena de ellos, incluso el rey Alfonso, se avengan los demás á partido.

—Cierto, exclamó el poeta; y es preciso alentar en esta idea á la *vírgen de Almazan*, como la nombré en aquella cancion, que compuse espresamente para ella.

—Y que no vale un cornado, gritó Rodrigo, incomodado al oir que Artal apoyaba su pensamiento: ya estoy cansado y fastidiado de tus malditas coplas, que las brujas maldigan.

—Y á mi me tiene vuesa merced hecho una criba con esa detestable prosa, semejante á una nube de flechas, replicó Artal. Digo y repito que solo el caballero oscuro ó *Negro*, ó del color que se llame, es quien puede hacer que doña Blanca resista las pretensiones del Rey de Castilla; y se me antoja decirlo así, y se lo diré á ella misma, cuando venga á pleito.

—Eso es hablar, como pudiera el mismo arzobispo de Toledo. Vamos; no hay mas, sino tomar la vénia de doña Blanca y despachar un mensagero á....

—¿A dónde? señor Rodrigo ¿á dónde? ¿Os dejó dicho por ventura el de las armas negras el parage á que iba, cuando salió de este castillo? ¿O pensais encontrarle acosando las fieras del *bosque umbroso*, mientras impaciente espera ver aparecer entre el espeso follage á la *Diosa* que lo guarda?

—Siempre he dicho, Artal, que tu estraña cabeza solo servia para urdir cuatro coplas mal enhiladas y peor dichas; pero no te tuve por menguado, de todo punto, hasta ahora, que me haces tal pregunta, que no la pensára el mas novicio doncel de estos tiempos. ¿Imaginas acaso que doña Blanca ignora dónde pelea su caballero? Y yo supongo que pelea, porque debe hacerlo siempre un guerrero

al parecer tan animoso. Acuérdome ahora de mi querido amo el Infante, que muchos dias antes del de su muerte, sostenia que todo buen caballero ha de morirse, primero que confesar hallarse fatigado de mortal combate. Dígote, pues, que nuestra jóven señora ha de saber por precision el sitio, en que podemos encontrar al valiente aventurero.

—No hay mas que decir, maestro Rodrigo, y este es asunto terminado. Yo la propondré buscar al campeon, que tanto se agradaba de mis trovas, por lo que siempre le tuve por hombre entendido, y no dejaré sin registrar camino ni vereda en Aragon y Castilla.

—¡Oh! él vendrá con la lanza en ristre, apenas sepa los apuros de mi señora.... ¡Qué gusto entónces! Mira, Artal; esta fortaleza se convertirá en una plaza de armas, abastecida de todo lo necesario á la defensa; quiero decir, se alzará el puente levadizo, y por una medida prudente pegarémos fuego al *bosque umbroso*, y desaparecerá, por mas que tus rimas lo hayan inmortalizado...

—Eso será lo que yo no consienta, interrumpió furioso el poeta, y juro por las barbas de mi padre, que el *sagrado recinto* ha de permanecer intacto, como la madre que me parió.

—Bueno, bueno, respondió el escudero; así será como tú dices, aunque nos espongamos á una emboscada, lo cual no dejará de suceder en el largo cerco que nos pondrá el Castellano. Tambien teníamos circumbalada á Granada, ó poco menos, la víspera de San Juan Bautista, y no dejó por eso de ser un dia fatal para los cristianos. Éramos nosótros seis mil infantes, y nueve mil ginetes; pero el calor insufrible, la pelea.... aquello era repartir tajos y reveses.... parecíase el infante D. Pedro al Ángel esterminador....

—Alto ahí, señor Rodrigo, que segun veo, vais á repetirme por centésima vez la relacion de tan famosa jornada.

—Pero hombre, si fué un encuentro y una destruccion....

—Aunque fuese la destruccion del mundo entero, no quiero oirla mentar otra vez. No señor, no quiero. ¿Hay tal manía?

—Callaré como un difunto, sin que por eso deje de estrañar el poco interés, que te llevan los sucesos de aquella guerra. Como

antes te decia, será menester que registremos con detenimiento las obras esteriores del fuerte, antes que el rey D. Alfonso y sus bandoleros, que así llamo yo á los caballeros de *la Banda*, vengan á embestirnos. ¡Ah! Verás, verás que diferencia entónces. Cada torre tendrá su centinela, y el servicio se llenará debidamente. Yo apuesto á que el capitan Fortuna piensa, cuando llegue ese dia, hacer afilar las picas de sus soldados y no emborracharse con ellos, como ahora; y eso que siempre le estoy instruyendo acerca de sus obligaciones... pero sí... pedir corderos al lobo: habladle del jarro y de las viñas, y saltarán sus ojos de puro contento. Es un cuero sin principio ni fin, como dice el padre capellan, y es lo único bueno que he oido de su boca.

En esto estaban de su conversacion, cuando repentinamente fué interrumpida por el agudo sonido de la corneta, que se dejó oir desde la torre mas alta del castillo: el eco se repitió tres veces, pero ningun movimiento interior, ni en los patios, correspondió á la señal.

—¿Habrá cosa semejante? esclamó Rodrigo con impaciencia: no parece sino que tienen los oidos tapados con cera esos malditos arcabuceros. Tal vez la borrachera de esta otra noche los habrá puesto sordos: sobre que nada se puede alcanzar del Capitan, para que destierre ese vicio de entre su gente. No há muchos dias se le antojó acercarse á doña Blanca en la plataforma grande para hablarla de sus buenos servicios, con lo cual tiene apestadas las almas de todos los habitantes del castillo: yo iba con ella, como tengo costumbre, siempre que sale de su cuarto; y á propósito, esta costumbre la contraje, desde que su buen padre y amo mio, que espiró en lo mas récio de la pelea de la víspera de San Juan Bautista, á las seis en punto de la tarde, si no mienten cálculos, me pidió y me ordenó que, á fuer de buen escudero, mirase por ella y no la abandonase nunca: ya ves que yo cumplo fielmente sus órdenes, como si él mismo estuviese aquí presente y me las repitiese todos los dias. Calla.... otra vez la corneta..... sí.... pero ya puede el de la atalaya hacerla cantar hasta el dia del juicio, que yo le aseguro no se muevan los soldados; y dígote que, ó están todos muer-

tos, lo que no dejaria de ser un grande favor para nosotros, ó el sueño del vino que, dicen, es azas pesado, los tiene sepultados.

—Decid mas bien, replicó el poeta, que el dios de las uvas ha sacudido los ojos del Capitan y de su cuadrilla con hojas de parra empapadas en mosto, como antiguamente aseguran los trovadores que habia un rio en el infierno, donde el sueño mojaba su baston, para hacer olvidar las penas de los condenados.

—Sea eso, dijo el escudero; pero vamos á la caserna, y yo haré que sacudan la pereza y el vino y el sueño, para que sepamos la novedad que el atalayero nos anuncia; que vive Dios, déjalos roncar, y te prometo que los enemigos embestirán el castillo y lo tomarán por asalto, primero que Fortuna abra los ojos y haga formar su tropa.

—Vamos, respondió Artal, y sin hablar mas palabra, bajaron al patio grande y se encaminaron á la caserna ó cuartel, que ocupaba una compañía de aventureros, de aquellos que, en las guerras intestinas, que por tantos años asolaron la España, inundaban las fortalezas feudales, vendiendo sus servicios, por tiempo determinado, al que mas daba, y ejercian mil atrocidades y violencias en los caminos públicos, so pretesto de las luchas en que estaban frecuentemente empeñados los grandes de Castilla.

CAPITULO XI.

Pruébase de una manera irrecusable que D. Juan *el Tuerto* habia nacido para asustar á todo el mundo.

La gente soez y acostumbrada al pillage, que tenia su madriguera á la otra parte del patio principal, era mirada con desprecio y aversion por los pacíficos habitantes, y aun por los mismos señores que la pagaban; mas éstos últimos, poco escrupulosos en los medios, con tal de conseguir ventajas sobre los demás, se veian en la necesidad de valerse de aquella plaga de la sociedad, en la que por otra parte el valor y temeridad sobrepujaba muchas veces, y hacía olvidar sus escesos y tropelías. Llamábanse sus reuniones *cuerpos francos*, y estos se componian generalmente de pequeñas partidas ó grupos, al mando del capitan que los alistaba, recibia ó desechaba á su libre antojo, y cuya mayor parte eran estrangeros, que las revueltas de los castellanos

atraian, para impunemente entregarse al oficio de la guerra, que en ellos era ocupacion indispensable. No tenian disciplina ni subordinacion, y si seguian á sus gefes en los mas arriesgados lances, era por temor á éstos unas veces, y otras por su propio provecho, pues era refran entre ellos, que *donde habia peligro habia botin* Para no fastidiar al lector con la descripcion de estos aventureros, que semejantes á la langosta, destruian nuestros campos, y robaban cuanto á mano les venia, diremos que en ellos eran hasta cierto punto disculpables los delitos, pues que su institucion estaba, en algun modo, dentro de las leyes, como lo atestigua la certeza de que los mismos soberanos tenian á sueldo *compañías francas*, para servirse de ellas, cuando las habian menester.

Al acercarse á la cuadra de la compañía Artal y Rodrigo, estrañaron no sentir el menor ruido, y examinándola con cuidado, la hallaron desierta. Miráronse uno á otro con sorpresa; pero ambos guardaron silencio un buen espacio hásta que el poeta esclamó trágicamente:

—Aquí fué Troya! todos han perecido.....

—Sí, dijo el escudero, y el demonio de los borrachos ha cargado con sus cuerpos por el aire. No.... pues voto á Santiago, hételos allí sobre la muralla formados, y hé aquí que cuanto he hablado acerca de su descuido y pereza me ha salido á la cara por esta vez. Preciso es que haya sucedido algo estraordinario, para que el capitan Fortuna se haya calzado las botas tan temprano.

La llegada del mismo Capitan interrumpió su discurso. Era un hombre alto y flaco, de mirar vizco y retorcidos vigotes. Brusco en sus maneras, solo sabía cumplir su oficio y esto á la perfeccion: robar haciendas, quitar vidas y reclutar gente para su compañía. Por lo demás buen camarada, si se trataba de desocupar razonable zaque de vino, ó de seducir alguna incauta doncella, dándosele lo mismo asistir al asalto de murado castillo, que entonar báquicos himnos, en medio de la mas libre francachela. Su trage consistia en una mezcla de modas de varios tiempos y naciones, y sus armas en una lanza formidable y el hacha, que siempre llevaba colgada á la cintura.

—Buenos dias, señor Rodrigo, dijo encarándose con el escudero, aunque uno de sus ojos se dirigia al poeta. La corneta nos ha hecho abandonar el nido, y mucho temo que el de la atalaya haya querido divertirse en espantar los grajos de la torre: mas yo le juro que como así sea, ha de probar el agua diez veces al dia. Sobre que ya tengo ganas de que se presente un lance así.... un encuentro á lo scita, ó como decia *Mediacara*, un par de horas de refriega; y esa maldita corneta me ha causado el primer gusto que he tenido hace dos meses, pensando que nos atacaba el enemigo.

—Dios nos libre de semejante calamidad, respondió el poeta. ¡Cuánto mas vale roncar á pierna suelta, bien repleto el estómago de sazonado trozo de puerco, remojado con un par de tragos del jugo de la uva!

—¡Hola! ¿Con que el coplista tiene miedo? replicó el Capitan con buen humor; peor para él: siempre cantará romances propios para entretenimiento de niños y abuelas. Has de saber que la vida que ponderas nadie la goza con mas descanso que el soldado aventurero. Libre en todas partes, come y roba, bebe y mata, pega fuego á un castillo, se apodera de una dama, enciérrala en otro, lo sitian, se defiende y hace el amor al mismo tiempo; y cuando se cansa de un reino, se vá á otro, y despues á otro y en todos repite ó aumenta sus proezas. Si esta no es vida de santo, no sé quien la tenga en el mundo.

—Eso de robar damas, y matar á troche y moche no entra en mis libros, Capitan, dijo Rodrigo: y no lo digo porque tenga miedo.... Yo he llevado las armas en mas de un encuentro, y puedo hablar del asunto. Dígalo sino la víspera de San Juan Bautista del año de mil trescientos diez y.... yo quisiera, capitan Fortuna, que hubiéseis visto con vuestros mismos ojos á mi desgraciado amo el infante D. Pedro, en aquel lance. Así repartia estocadas y mandobles sobre los moriscos, como gotas caen de las nubes, cuando el Moncayo se deshace en lluvia.

—Téngase quedo, señor Rodrigo, esclamó el Capitan, y dígame si le place ¿cuántos moros acometieron á los cristianos ese dia?

—Cinco mil ginetes y pocos menos peones, contestó sencillamente el escudero.

—¿Y cuántos instantes tardásteis en hacerlos pedazos? volvió á preguntar el primero con calma.

—Ellos á nosotros, respondió el poeta en tono lamentable.

—Burlaos cuanto querais, D. Fortuna ó D. Demonio, gritó Rodrigo enfurecido, tan luego como conoció la pulla, pero sabed que aquello fué lo que se llama una batalla, de campo á campo, y de lanza á lanza. Nadie pensó en robar un cequí en tan sangriento dia, sino en pelear á fuer de castellanos, ni tampoco en probar una sola gota de agua, porque no la habia, ni tiempo para ello; y si los dos infantes no hubieran muerto allí cubiertos de heridas y sofocados, como yo mismo los ví y palpé, hubiéramos entrado en Granada, segun debia suceder, y esa compañía de diablos en carne humana y vuestra larga persona estarian ahora en Flandes ó en los infiernos, y no comerian el pan de la hija de mi amo.

Dicho esto le volvió la espalda, mientras Fortuna y el poeta celebraban con estrepitosas carcajadas el chasco que acababa de sufrir por su sencilléz.

Estaba no obstante decretado que no se separarian tan pronto. La corneta sonó por tercera vez: un movimiento estraordinario sucedió entonces en toda la fortaleza á la calma de la mañana; cruzaron muchos hombres de armas el patio en distintas direcciones: abrióse una ventana de la habitacion de doña Blanca, y una voz dulce como el primer pensamiento de amor, suave como el lloro de la Aurora, profirió las siguientes palabras:

—Rodrigo, Artal, leales vasallos, veamos que nuevo insulto tenemos que sufrir del Rey de Castilla.

—Valientes, á la muralla, gritó el escudero, apenas hubo oido pronunciar su nombre por la dama. Ocupad todas las troneras, para hacer cara á esos bandoleros que nos vienen á robar, y no olvidarse de apuntar bien. Bueno, bueno, añadió, al ver que sus órdenes se cumplian: vayan otros á la parte de atrás, por si el enemigo aprieta el cerco, que yo le aseguro ha de sudar sangre antes

de entrarnos. Oid todos: al primero que asome por el bosque.... trás.... un flechazo, y que vaya á contárselo á sus antepasados. Los demás pueden bajar al patio, para formar lo que se llamaba, no sé por quien, una falange sagrada en caso de apuro. ¿Dónde estais vosotros, canalla...? ¿No habeis despertado todavía....? ¡Eh! aguardaos un poco, y ya os dirán los castellanos si se puede dormir á pierna suelta en un asalto. Quedaos, os digo, al lado del puente, y al que toque las cadenas, aunque sea el mismo hijo de mi padre, cortadle las manos con vuestras hachas. Silencio y ojo al enemigo. ¿Qué tal, Capitan? dijo volviendo hácia éste y frotándose las manos. ¿Diréis luego que no entiendo en ésto de ordenar una defensa?

—Dios me libre de tal cosa, buen Rodrigo, contestó Fortuna, y para uno que huyó delante de los moros cuando aquello de Granada, no es de mal principio este aparato. Solo siento que los preparativos sean en pura pérdida.

—Mentís como un bellaco, Capitan, replicó airado Rodrigo; yo no huí de la batalla, sino que en ella me mantuve peleando leal y bizarramente, y ayudé despues á llevar el cuerpo frio de mi señor el infante D. Pedro á Toledo. Pero veamos por qué razon no sirven de nada mis preparativos, y sepamos tambien por qué no disponeis otros mejores de allá.... de vuestra invencion.

—Porque acaba de enviarme el de la atalaya recado, de que la gente que se descubre es de paz, y de ningun modo á propósito para poner sitio á un castillo. Solo ha podido distinguir á un guerrero de aventajada talla seguido de algunos criados.

—¿Qué decís, Capitan? esa noticia me causa mas placer que pensais.....¡Vive Dios! Es él.... y no lo digo, porque no desee medir mis fuerzas con las de esos hambrientos perros de *la Banda*, sino que mi jóven ama.... presentar una mortandad horrorosa delante de sus ojos.... y así, tan de repente; si á lo menos estuviese preparada.... ¡Ah! ¡Qué gusto! ¿Cuántos escuderos decís que trae ese buen caballero?

—Yo no sé si es bueno ó malo, respondió el Capitan, ni he dicho que sean cinco ni siete los criados que le acompañan.

—¡Oh! Cuántos mas mejor, esclamó el viejo: gracias á Dios no tendremos que estrecharnos mucho para hospedarlos, porque el castillo es bien grande. No se me oculta á mí quien es ese campeon, señor capitan Fortuna, y apuesto un par de alfonsis á que no lo habeis imaginado siquiera. Dijo esto último en tono, como de quien está al corriente de los mas oscuros secretos, y comenzó á pasearse por el patio con mucha flema.

Encogióse de hombros el Capitan haciendo un gesto de desprecio, y se retiró á la caserna, dando primero órden á su compañía de despejar la muralla.

—Firmes ahí vosotros, gritó Rodrigo á sus hombres de armas, que se disponian á seguir el ejemplo de los otros. El Capitan puede recoger su gente, si tiene miedo de que se le constipe: en cuanto á mí, no se dirá que el viejo Rodrigo se olvida de recibir á tan valiente guerrero como corresponde.

Acercóse entónces á Artal, y le encargó subiese al aposento de doña Blanca para comunicarle la alegre nueva.

—Dile que el caballero Negro, con un lucido y numeroso acompañamiento, se acerca al castillo y aguardo sus órdenes.

Sin detenerse un punto mandó echar el puente, y salió de la fortaleza con el gozo pintado en su semblante, mirando á todas partes, y queriendo dar á entender á todos la perspicacia, con que habia adivinado tan importante acaecimiento.

En esto apareció á la salida del bosque, ó como lo llamaba Artal, *del sagrado recinto*, un caballero armado de todas armas, sobre aderezado corcel y seguido de tres únicas personas, con grande asombro de Rodrigo, cuya imaginacion se habia prometido mas numeroso séquito. No le pesó, empero, mucho haberse equivocado en este cálculo, á trueque de no verse precisado á consumir tantas provisiones de boca, como serian necesarias á los nuevos huéspedes que fraguára su idea. Lo que desde luego le dejó parado causándole una sorpresa difícil de pintar, fué que le pareció divisar, á pesar de la distancia, notable diferencia entre el personage que se dirigia al castillo, y el aventurero de las armas negras, á quien esperaba reconocer. No solo dejó de suceder así, sino que la desi-

gualdad saltaba á tiro de ballesta. Era el caballero Negro de gallarda apostura y marcial continente, ágil, desembarazado y diestro en la carrera; en lugar de que el nuevo advenedizo, enjuto de carnes, un tanto encorvado hácia adelante, y llevando las armas como á su pesar, cabalgaba pesadamente, lo que daba á entender que tenia mas años, ó era poco diestro en aquel ejercicio, tan útil y necesario al que se preciaba de caballero, que podia llamarse con razon en aquella época el *sine qua non* de todas las condiciones.

Cuando llegó muy cerca del foso, uno de los que le acompañaban sonó tres veces una corneta, á cuya señal contestó el soldado de la atalaya, y adelantándose el viejo escudero, le señaló la entrada hasta el patio. Ayudáronle á desmontar en él sus criados, mientras el poeta, que habia vuelto de su comision, decia á Rodrigo:

—El jóven Marte no hubiera consentido que otro tocase la corneta, estando él á la vista de una fortaleza, ni menos tardaria tanto en desembarazarse de su caballo. No es malo el chasco que nos ha dado este mal encarado y peor servido señor.

—Eso es lo que ni tú ni yo podemos decir todavía, respondió el viejo, puesto que su reverencia, porque mas parece obispo que caballero, no ha levantado la visera. Acaso no nos crea dignos de tanta honra.

—Hace bien, replicó Artal: en cuanto á mí, ningun deseo tengo de examinar su cara, y creo os suceda lo mismo.

—Pues no me sucede, voto á tal, gritó enfadado el escudero, tal vez porque el otro no le contradecia; y juro y rejuro que me la ha de mostrar, tal como la tiene, ántes que se separe de aquí. No sé quien te mete, en eso de aconsejarme siempre lo que he de decir ó hacer. Cada uno tiene bastante con su pellejo, seor coplero, sin enredarse en dibujos agenos, y así dejémonos de historias y á otra cosa. Lo que importa es advertir á doña Blanca de nuestro yerro, no sea que.... Dios sabe cuanto me pesa haberla engañado... y luego anduviste tan ligero.... sobre que á todos nos ha tocado el diablo para equivocarnos.... hasta el Capitan, que parece un lince...

—No hilemos tan delgado, maese Rodrigo, dijo con calma el

poeta. Aquí no ha habido mas que uno, que ha interpretado las cosas á su talante, y ese uno es vuesa merced. Así, no hay que mentar al diablo, ni al coplero, ni al Capitan. El primero tiene bastante ocupacion con esperar el hermoso dia, en que cargará con el alma de algun habitante del castillo, que no quiero nombrar: el segundo, y ese soy yo mismo, no ha hecho sino cumplir un mandato vuestro, contando á *la vírgen de Almazan* las vejeces, que teníais atestadas en la mollera; y en cuanto al Capitan, que es el tercero, andad con tiento, que no es hombre de aguantar pulgas, y nada he urdido en semejante tela.

—No es cosa para irritarse tanto, dijo Rodrigo, alargando la mano al poeta: confieso que anduve poco cuerdo en eso de adivinar quien era el forastero, y que yo soy el nécio y el asno y el equivocado. Pero hombre, de nada te compadeces; ves el terrible aprieto en que estoy metido de cabeza, y no sufres que me desahogue siquiera.

—Aquí no hay aprieto que valga, replicó el otro, sino confesar á doña Blanca eso mismo que vuesa merced acaba de decir.

—¿Y yo mismo he de apellidarme loco, y borracho, y poco mirado? ¡Y eso en presencia de mi querida ama!

—No veo otro remedio, amigo mio, porque pensar que yo he de ir ahora á desdecirme en sus barbas, y á jurar que el caballero Negro no ha puesto los piés en el castillo, es creer que me comen moros y me asaetan endríagos.

—Sea lo quieras, Artal; pero por el alma del infante D. Pedro, sacrificado delante de Granada la víspera del Santo Precursor, te afirmo y juro, que primero me harán pedazos, que presentarme á doña Blanca con semejantes necedades.

—Y yo repito y sostengo, por las súcias aguas que diz se encuentran á la bajada del infierno, y por mis insignias de poeta, que mas quiero verme acosado de foragida cuadrilla, ó en poder de bullicioso escuadron de brujas en la mas fria y transparente noche de enero, que subir al aposento, á echar por tierra la alegria de esa hermosísima doncella, y todo por daros gusto y por.....

No sabemos en que paró esta porfía, á lo menos entónces, á

causa de haberse separado los dos tercos interlocutores. Uno de los forasteros se acercó á donde hablaban, y dió á entender á Rodrigo, que su señor estaba impaciente por rendir su homenage á la bella castellana.

—No lo digais de burla, respondió el escudero, mientras su amigo se dirigia á la caserna de la *compañía franca*. Es doña Blanca la mas linda y discreta dama de las dos Castillas, y quien lo dudáre las habrá conmigo.

Examinóle de alto á bajo el recienvenido con aire de maton y le respondió:

—Mi amo es noble y caballero principal, y por tanto no acostumbrado á hacer mofa de la hermosura, cuando se encuentra en doncellas de alto linaje. Pasad recado á doña Blanca, buen escudero, que albricias tendreis por ende.

—¿Cuál es el nombre de ese guerrero, preguntó éste, ó que título lleva en los combates?

—El nombre nada hace al caso, y un voto secreto no le permite descubrirlo. Sus enemigos le conocen por el caballero *de la Torre*, y la heredera de Almazan bendecirá la hora de su llegada al castillo.

—Si eso es verdad, no se le retardará el gusto mucho tiempo, dijo el escudero, y sin añadir mas, atravesó el patio con ligereza, y llamando á un criado desde la escalera, le mandó que anunciase á las damas el arribo del caballero *de la Torre*. Volvió inmediatamente á donde éste acababa de apearse y haciéndole una profunda reverencia, le condujo á las habitaciones.

Hallábase la tierna heredera ocupada en amistosa plática con su cariñosa madre doña María, y tal vez era objeto de ella el enlutado campeon, cuya ausencia dejára en su corazon un vacío imposible de llenar, cuando se abrió la puerta y entró en el aposento un lindo paje, que siempre hacía compañía á doña Blanca. Su cabello rubio, que cayendo por la espalda en desiguales rizos, servia de juguete á la brisa de la mañana, cuando por divertir á su señora, corria desalentado por el bosque, sus ojos saltones y placenteros, y una sonrisa inocente y encantadora, que siempre erraba sobre sus lábios

pudieran haberle hecho pasar por el Adónis de aquella comarca, si en aquella comarca hubiera existido entónces algun mortal bastante sábio, que tuviese algunos principios de Mitología.

—¿Con que me han engañado, Julio? dijo Blanca con tristeza. ¿No es, pues, tu caballero Negro el que ha entrado en Almazan...?

El bullicioso jóven se detuvo en medio de la habitacion: sus alegres miradas se dirigieron hácia el suelo, y cruzando los brazos sobre el pecho dió á entender haber pasado á su corazon toda la melancolía del corazon de su señora.

—¡Siempre pensando en el hermoso caballero! exclamó al fin con dulce acento. ¡Siempre triste y llorosa mi bella amiga!

—Y tú no piensas ya en él, dijo Blanca, en tono de reconvencion: presto has olvidado el cariño que te tenia.

—No, no, amiguita mia: no le he olvidado, te lo juro. Dios sabe cuanto deseo volverle á ver, para volar á la *encantada floresta*, como dice Artal, y perseguir el ciervo, y sobre todo por verte alegre. Mira; desde el dia de su partida, no te has reido para mí y esto me desespera. Vamos; es cosa de rabiar, y luego todos me abruman con preguntas, como si el caballero Negro me hubiese dicho cuando habia de volver. Hasta *Bravo* me pide á su amo en medio de sus caricias, y yo que deseo su vuelta tanto como todos, no se lo pregunto á nadie.

—Porque no le amas.... dijo Blanca y se ruborizó.

—Esa es la cancion de siempre.... que no le amo.... que no le quiero. A fé que buenas lágrimas me costó su marcha, y sino hubiera tenido que dejar á mi buena amiga, y á mi querida protectora, de buena gana me fuera con él por ese camino de Castilla.... Pero no; por mucho que yo quiera á un caballero negro ó azul, no abandonaré por él el castillo de mi madre y de mi querida.

Doña María no pudo contener su sensibilidad; abrió los brazos al jóven pajo, que se precipitó en ellos, y la noble matrona cubrió de besos aquella boca, que acababa de espresar unos sentimientos tan puros de adhesion hácia ella. Aun le apretaba contra su corazon, cuando presentándose un criado, les anunció la llegada del caballero *de la Torre*.

Doña María dió un grito, el page huyó despavorido y doña Blanca pensó morir de espanto al reconocer á D. Juan

—No tengo noticia de que ningun guerrero aragonés lleve ese mote, dijo doña María separando al paje, que corrió al lado de la heredera.

—Será tal vez castellano, dijo ésta ó alguno de los caballeros de *la Banda*.

—Y esos señores caballeros, segun tengo oido, son muy esforzados, añadió Julio.

—Sea quien fuere, pensó doña María, no podemos rehusar hospitalidad á ningun forastero. Que entre el caballero *de la Torre*, dijo al criado, y sea bien llegado á los estados de Almazan.

Salió el criado, y pocos instantes despues se presentó el guerrero. Su gigantesca talla y la arrogancia de sus maneras sobrecogieron á las damas. Adelantóse hácia ellas levantó la visera.... ¡qué horror! doña María dió un grito, el paje huyó despavorido, y Blanca pensó morir de espanto al reconocer á D. Juan *el Tuerto*.

CAPITULO XII.

De cómo el conde Alvar Nuñez llegó á saber muchas cosas que le interesaban y llegaron á escocerle.

Las antiguas leyendas, de las cuales estractamos los sucesos que vamos refiriendo, padecen aquí el grave yerro de anudar el hilo de la historia, desde el momento en que D. Alvar Nuñez Osorio se separó del mensagero del rey de Aragon en el átrio de Santa María de Vitoria, dejando para despues el coloquio de don Juan el Tuerto con las castellanas de Almazan; y por mas repugnante que nos parezca volver á tratar de las mismas personas conocidas ya del lector, como no hacemos otra cosa que referir y no inventar, le suplicamos tenga á bien trasladarse con nosotros al escampado, donde dejamos al Conde, en el instante de separarse de él Pero Calvillo.

Cuentan pues las citadas crónicas que dirigiéndose Alvar Nuñez

por la estrecha calle de Palacio, ignorante de cuanto en él acababa de suceder, vió llegar hácia sí un caballero galopando en brioso corcel, calada la visera, y en guisa de pelear: aunque fuese muy comun en aquel tiempo ocultar su rostro los campeones, llamó la atencion del Conde el gentil talante, y color de las armas de aquel, en quien no tardó en conocer, cuando estuvo mas cerca, al desconocido Negro del Zadorra. Alegróse en el alma por el feliz encuentro, y resolvió no desperdiciar la ocasion de saber los secretos de tan valiente aventurero. A este fin detúvose en medio de la carrera que este traia, no dudando que la cortesanía, de que habia dado pruebas cuando la acometida del puente con el Rey, le obligaría tambien á detenerse. Sucedió como lo habia previsto: llegó el guerrero á toda brida; mas viendo el paso ocupado, tiró de las riendas con fuerza y el caballo quedó inmóvil.

—En grande estima debeis tener un animal, que tan diestramente ejecuta los movimientos de vuestra voluntad, fueron las primeras razones que profirió el de Osorio.

—¿Y vos quién sois para oponeros á mi carrera tan temerariamente? le preguntó el caballero Negro.

—Soy caballero y principal, contestó el primero. He admirado vuestro valor en el encuentro, que no ha mucho tiempo tuvísteis contra Alfonso XI en el camino de Arriaga, no menos que la firmeza, con que habeis acusado al infante D. Juan de traidor y embustero, y quiero proponeros el auxilio de mi brazo, para sostener á todo trance que dijísteis verdad, contra cualesquiera enemigos que se presenten del bando contrario.

—Yo agradezco como debo, oh! noble caballero, el ofrecimiento de vuestras armas en mi favor, dijo el incógnito, así como estoy pronto á emplear las mias, poco ejercitadas, en vuestro servicio: y en prueba de lo dicho por ambas partes, exijo de vos que sin perder instante junteis los nobles adictos al Rey.... bien sé que hablo con un conde de Castilla, y hagais con ellos la guardia de palacio. Por lo demás, id sin zozobra. Alfonso está en salvo, y solo me pesan las heridas de D. Lope de Vendaña.

—¿Qué es lo que decís....? ¿El Rey salvo....? ¿Herido D. Lope?

esclamó asombrado Alvar Nuñez, quien acaso era de los pocos en la ciudad que ignoraban los últimos sucesos. ¿Ha ocurrido algun trastorno? Os ruego que no tardeis en satisfacer mi impaciencia.

—Si no creyera vuestra lealtad, Conde, dijo el Negro, os acusára de haber armado á los cobardes, que han querido asesinar al Rey: pero no se me oculta de donde vino el golpe, se ha frustrado, empero, por esta vez con oprobio eterno de los que han concebido tan vil alevosía, y se frustrará otras ciento, si rodean á Alfonso caballeros de honra y pró, en vez de esa nécia turba de aduladores. Lo que ahora importa es guardar su vida de toda asechanza, y prepararnos á contrarestar las maquinaciones de los grandes. Id pues á palacio y haced.....

—Y vos, interrumpió Alvar Nuñez, ¿á dónde os dirigís? ¿Ignorais por ventura que el Rey desea manteneros á su lado? ¿Le habeis hablado?

—No era tiempo, contestó el desconocido; nada he hecho en su servicio, ni impedido el mucho mal que piensa hacer por un infame consejero.

—Nombradle.....

—Garci-Laso. No temo publicar su nombre, como el del mas pérfido caballero despues del infante D. Juan y aun mas que él.

—Ya me lo sospeché, exclamó el Conde alegremente, al saber el terrible enemigo que se habia grangeado su rival en privanza. Es el Merino hombre de mala intencion, y diestro en esto de urdir una trama.

—Pues yo le juro desbaratar sus obras, así como castigar sus palabras, si tiene la audacia de proferir algunas contra mí ó las personas que defiendo, replicó el campeon.

—Ved que son muchas sus fuerzas. Tiene con Alfonso casi tanto ascendiente como yo, y le están allegadas buenas lanzas. Además teneis un desafío pendiente.

—Sí, ya me acuerdo, con el Infante. Si veis al Rey, decidle que el caballero del puente no le pide otra gracia por lo pasado, sino que apresure el dia, en que pueda medir sus armas con ese orgulloso magnate. Ya le hubiera yo encontrado, á no mediar el Rey en este negocio.

—¿Quién sois, pues, esforzado aventurero? le preguntó el de Osorio, vivamente alarmado por sí mismo. ¿Cuáles son los designios que á la corte os traen? Os he dicho que soy de los vuestros, y juro por las espuelas de caballero, que podeis contar conmigo en vida y muerte.

—Soy... un desconocido: mis empeños son vengar agravios agenos..... Mal puedo llamarlos agenos, continuó con visibles muestras de ternura, cuando tan dulcemente interesan á mi corazon.

—Permitidme al menos ver ese semblante.

—Muy curioso sois, conde Osorio, respondió el incógnito en tono chancero; mas no tengo reparo en complacer vuestro deseo.

Y diciendo y haciendo alzó la visera. Alvar Nuñez retrocedió sorprendido, no tanto de la hermosura del guerrero y del fuego que despedian sus miradas, como de ver burlada su impaciencia. El caballero Negro habia dicho la verdad: era efectivamente para el Conde..... un desconocido.

Diestro no obstante en disimular, tardó poco en reponerse de la mortificacion que acababa de sufrir su vanidad, proponiéndose rastrear á fuerza de preguntas lo que se habia negado á sus ojos; mas no le dió tiempo el Negro, sino que bajando la visera, despues de haber mirado á derecha é izquierda, le dijo:

—He cometido una imprudencia en descubrirme por ser cortés, sin reparar si alguno me observaba, porque no para todos debo ser estraño en esta tierra. Adios pues, conde Osorio.

—No, no marcharéis, sin venir primero á donde, como mereceis, pueda regalaros. Seguidme y os probaré....

—Tengo hecho juramento de no comer pan á manteles, ni en lecho reposar, hasta dar fin á mis empeños: mas no sintais mi ausencia..... será corta.... nos volveremos á encontrar en breve.

Dicho esto, espoleó al corcel, pasó junto al privado, y doblando la calle, para que éste no conociese su direccion, fué á encerrarse de nuevo en la solitaria mansion de los sepulcros, donde el sepulturero, que podia agregar á este título el de fiel escudero, le esperaba impaciente.

—¡Insensato doncel! esclamó Alvar Nuñez cuando le vió partir.

No seré yo quien siga tus huellas por contentar el capricho del Rey: presumes mucho de tí, si piensas triunfár de todos tus enemigos.... Ya te he estudiado; aparentas huir de la corte, para afirmar con mas seguridad tu grandeza. En hora buena venzas al Infante y destruyas á Garci-Laso: todavia no habrás adelantado mucho. Te falta el mas fuerte estorbo....

Y despues de corta pausa añadió:

—Me ha hablado de la seguridad de Alfonso y de estar herido D. Lope de Vendaña: esto último no me importa, mas lo primero me conviene por ahora. Si el *Tuerto* anda en la danza habrá habido muertes, porque donde pone la mano, sopla su virtud el diablo. Vamos pues y suceda lo que quiera.

Dicho esto hechó á andar en la direccion del palacio.

En esto oyó gran gritería resonar por las calles, y hasta en las inmediaciones del Campillo: apresuró el paso, temeroso de alguna nueva conmocion, cuando al llegar al escampado, se vió detenido por innumerable turba de gentes de todas clases, que al paso que victoreabana al Rey, dirigian á gritos las mas terribles imprecaciones contra los magnates de Castilla, y armaban una barahunda verdaderamente infernal. Pero no eran solamente los gritadores los únicos temibles en aquella peligrosa reunion. Veíanse de trecho en trecho varios grupos, donde se discutian con calor cuestiones, al parecer interesantes, y de los cuales salian de cuando en cuando algunos emisarios, que sin duda trasmitian órdenes á la multitud, pues la recorrian y eran los primeros á gritar. Las voces eran unánimes: *viva Alfonso el onceno, mueran los grandes de Castilla;* lo que daba á entender habia union, conformidad de opiniones, y un plan combinado, tal vez para atemorizar á los enemigos del Rey, ó para no dejar impunes sus anteriores traiciones.

Receloso caminaba el conde Osorio, ocultando parte de sus facciones con el revés de la bordada capilla, y no sin trabajo consiguia irse abriendo paso entre el gentío inmenso que ocupaba el Campillo. Observaban su porte, sus vestidos, su modo de andar, y no faltó curioso, que separándose repentinamente de un corrillo, donde la echaba de orador, se fué hácia el y examinó su rostro tan

de cerca, que en otra ocasion no perdonára Alvar Nuñez tal desacato.

—Vive Dios, compañeros, exclamó sin detenerse, que aquí tenemos al conde de Osorio. Es de los nuestros. Acérquese todo el mundo. El será nuestro gefe. Viva D. Alvar Nuñez Osorio.

—Todos son unos, maese Diego, respondió uno de los del grupo, y así los vea yo colgados como badajos de campana.

—Calla tú, cuba sin fondo, dijo otro tercero pegando empujones á derecha é izquierda. ¿No ves, animal de siete patas, que el Conde es enemigo de D. Juan Manuel y de la Reina? Por fuerza ha de ser de los nuestros.

—¿Y sabes tú, chupa-lámparas, sacristancillo de mala muerte, que el diablo mismo no conoce cuando son amigos unos de otros estos encopetados nobles? Ahorquémoslos á todos.

—No, sino á tí, repuso el sacristan, sin dejar de sacudir con los codos á los que tenia al lado. ¿De qué sirves en el mundo? No sé como hay quien te admite en esta asamblea.... ¿Pues no aseguraba poco ha este enemigo del agua bendita, que él se pondria á nuestra cabeza, para pedir al Rey las de los nobles?

—Mientes bellaco, ladron de vinageras: lo que yo dije fué que convenia....

—Silencio, silencio, nada de disputas, le interrumpió el que primero habia aclamado al Conde, porque malgastamos un tiempo precioso. Viva el valiente D. Alvar Nuñez repito, y juro por mi bacía, que él ha de ser nuestro cabeza de motin.

—Calle el rapista, si en algo estima la vida, dijo á esta sazon un encapotado acercándose al corro: huyamos todos, y será buena cuenta. ¿A dónde os parece que se dirigen esos arcabuceros, que salen de palacio? No, sino estaos quietos y pronto os veréis presos por las tropas del Rey, que no os perdonará el haber chillado en su favor.

—Ese seria un borron en la historia de Alfonso replicó Alvar Nuñez, que conoció debia inspirar confianza á aquella gente si queria ponerse á cubierto de peligro, y no le creo capaz de semejante perfidia. Conozco bien al Rey, ama á su pueblo, y cuando éste le aplaude ¿lo mandará prender?

—No, no puede ser, es una calumnia atroz, gritó el barbero. Las tropas irán á alguna comision.... ¡ah! ya te conozco, continuó echando mano al embozado: eres un espía del rey de Aragon.... Compañeros, asegurémosle: es un espía; yo os lo juro.

—Un espía, un espía, repetian unos.

Y otros clamaban:

—Al calabozo, al calabozo; entregarlo á Cañete.

Y todos le acometieron con rabia, como si las hubiesen contra un gigante. Era, empero, si bien pequeño de cuerpo, de corazon arrojado, y desplegó tal destreza en su defensa, que hubiera ahuyentado á todos sus adversarios, si la llegada de un refuerzo demasiado conocido no le obligase primero á ponerse en salvo, desalojando el campo.

—Cañete, Cañete, gritaron á su alrededor.

A estas voces volvió la cabeza, como si un poder sobrenatural le llamase, y no dudando de la seguridad de su muerte, si llegaban los maceros, hízose atrás un trecho, bajóse con prontitud, y cogiendo del suelo cuanta tierra pudieron abarcar sus puños, la arrojó á los ojos de los que mas le acosaban, y emprendió la fuga hácia donde mas hormigueaba la multitud, entre la cual no tardó en desaparecer.

—Donde está ese perro, llegó diciendo pocos instantes despues el Capitan de los maceros.

—Léjos de aquí á estas horas, le respondió el Conde, separándose de sus nuevos conocidos. Mejor harias en abrirme paso hasta el palacio: tengo precision de hablar al Rey.

—Yo acompañaré á vuesa merced, respondió Cañete, haciendo una cortesía del siglo xii, pero sea luego, porque no quiero privarme del gusto de ver como acaban la vida esos que van á degollar.

—¡Cómo! ¡Empieza Alfonso á ensangrentar el cetro! dijo el magnate.

—Empieza á ser justiciero, D. Alvar, observó Cañete, y echaron á andar, el primero pensativo, y el otro como hombre acostumbrado á las vicisitudes de la suerte. Al separarse á la entrada del edificio, preguntó el favorito á su acompañante.

—¿Quiénes son los desgraciados, que van á perecer en un patíbulo?

—Dos conocidos vuestros, Conde, respondió aquel sin dar muestras de haber notado la turbacion de D. Alvar. Pocos dias há llegaron á la ciudad escoltados, y el Rey quiere hacer ver á sus nobles la senda que han de seguir todos, si no se avienen á partido. Pero voyme, no sea que llegue demasiado tarde á la fiesta; y repitiendo otra reverencia igual á la que hizo al principio, se fué, seguido de sus temibles maceros. Alvar Nuñez subió melancólico á las galerías, y media hora despues estaba asomado á una ventana, con los ojos fijos en el cielo, apoyada la barba en una de sus manos y cubierto el rostro de mortal palidéz.

CAPITULO XIII.

En el que se trata de la justicia que sabía hacer don Alfonso el onceno de Castilla.

Habia desaparecido ya la multitud agrupada en el Campillo, noticiosa y espantada á un tiempo con la idea del terrible espectáculo porque tanto tiempo habia vociferado; y puede asegurarse, sin temor de equivocarse mucho en la cuenta, que todos se habian trasladado apresuradamente á la gran plaza, para presenciar la justicia de dos hombres, cual si corriesen á un torneo; tan cierto es que las mayores impresiones, causadas por agenos males, llegan muy poco al corazon del que no los padece semejantes.

Es verdad tambien que ya nadie gritaba *mueran los grandes*, acaso porque los mas iban á ver satisfechos sus deseos, ni disputaban unos con otros los que tanto alborotáran pocos minutos antes:

pero notábase generalmente mas alegría en los rostros, mas atrevimiento en las miradas, que lo que el caso requeria, y no es dudoso que muchos se hubieran retirado de mal humor, si la diversion que aguardaban no se hubiese consumado.

Levantábase en el centro de la ancha plaza del mercado frente por frente de la que hoy es parroquia de San Miguel, y entónces era pequeña capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores, un espacioso tablado cuadrilongo, al que daban subida dos escaleras, una para el reo y la otra para el sacerdote agonizante y demás personas del acompañamiento. En medio del tablado se veía colocado el fatal banquillo, donde el delincuente esperaba el golpe que terminaba sus ansias, aunque esta vez era mas prolongado que lo que en tales aparatos se acostumbraba, en razon á ser dos las víctimas que la ley iba á ofrecer á la vindicta pública, y algo mas apartados se alzaban fijos dos palos de la altura de diez piés cada uno, y á sus estremos clavados unos gárfios, que á su tiempo debian servir para colgar en ellos las cabezas de los ajusticiados. La formidable hacha del verdugo afilada con esmero brillaba á lo último del pasamano herida por los débiles rayos del sol, que marchaba con lentitud á esconderse detrás de los bosques de Alí..... finalmente, cubria todo el piso del cadalso gran porcion de tierra y cal, con el objeto de estancar la sangre, que iba á derramarse.

Una lúgubre campana anunció á los sentenciados sus últimos instantes. Hallábanse encerrados en el mas oscuro calabozo de la cárcel real, rodeados de numerosa guardia y maniatados con esposas. Ambos habian pasado de la edad, en que las pasiones violentas causan la desgracia del hombre, y sin haber perdido todo el ardor de la juventud, tenian madurada la razon por la esperiencia y los reveses. Una hora antes de su muerte, no la creian tan próxima, pues confiaban en la natural bondad del Rey, de que tantas veces habian abusado, é ignorando por otra parte los recientes sucesos, cuya relacion no penetrára la doble puerta de su encierro, saboreábanse con la esperanza de algun trastorno, de alguna maquinacion de los nobles, que no dejaria de facilitarles la deseada libertad.

Es, empero, indispensable, para la buena inteligencia de este

capítulo, informar al lector de los crímenes de estos reos, á despecho de las crónicas, que no los esplican, hasta despues de hacernos ver su castigo.

Don Juan Ponce, caudillo revoltoso del partido de D. Juan, habia tomado por asalto el castillo de Cabra, en ocasion que los caballeros de Calatrava, sus legítimos dueños, se hallaban empeñados contra los moros de Granada y no lo podian defender. Su intencion era dar mayor pábulo al desórden, en que estaba el reino envuelto por las orgullosas pretensiones de los grandes, y asegurarse una posesion rica é independiente de los gobernadores de Alfonso, entónces niño, y de todos los bandos opuestos. Salió con su intento, pues no solamente nadie se atrevió á inquietarle, sino que acrecentó su poder entrando en tierras de los nobles, talando los campos y haciendo tributarios suyos á muchos pueblos de la corona de Castilla.

La fortuna pareció favorecer todas las empresas del usurpador, mientras vivió la reina doña María; pero proclamado Alfonso rey, le hizo intimar que entregase á la órden de Calatrava la fortaleza, y eximió á los pueblos conquistados del juramento de vasallage que habian prestado á tan desleal caballero. Éste por única respuesta, hizo colgar de una almena por los piés al enviado del Rey, quien se irritó tanto con tamaña afrenta y barbárie, que juró no perdonar medio ni descanso hasta castigarlas como merecian; y así le envió recado con uno de sus mismos parciales intimándole que si en el término de tres dias no cumplia su primer mandato, lo haria degollar en pública plaza, y entregaria á las llamas el castillo de Cabra y cuantos lo defendiesen. Atemorizóse algun tanto Ponce con estas amenazas, sabiendo bien que si irritaba de nuevo al Rey, era su perdicion segura; por lo cual trató de ganar tiempo y le envió á decir que á los tres dias haria su voluntad, y satisfaria completamente á todos los cargos que se le hiciesen. Pero en lugar de pensar en cumplir como caballero lo que acababa de ofrecer, trató de prepararse á la defensa, introduciendo en Cabra, ayudado secretamente de D. Juan *el Tuerto*, refuerzo de víveres y gente.

De poco le hubiera valido su obstinacion, si el Rey acosado por

todas partes con los disturbios y revueltas de los inquietos nobles, no se hubiese visto precisado á luchar con una guerra civil, que una vez apagada, renacia con mas fuerza, sin dejarle reposar un instante. Fió pues al tiempo el cuidado de reducir á la obediencia aquel rebelde vasallo, y convirtió toda su atencion al manejo del gobierno, poniendo en manos de señores adictos á su persona, ó que por tales tenia, los cargos principales y empleos de la casa real.

Por este tiempo recibió en Valladolid el aviso de que D. Juan de Haro, señor de los Cameros, andaba en tratos con el de Alburquerque y el infante D. Juan, lo que hizo apresurar su marcha á Vitoria, hablando al salir al señor de Vizcaya en términos algo fuertes, si bien disimulados, por no disgustar á tan poderoso caballero, que si hubiera seguido el bando del Rey, no tuvieran mucha vida las disensiones intestinas, que por mucho tiempo agitaron á España. Supo tambien entónces que el alcaide del castillo de Iscar habia despreciado sus órdenes, reducidas á que entregase el fuerte y se sometiese á partido, respondiendo con altivéz que *si el Rey queria vencerle, se llegase con su gente á ponerle cerco.* Despreció esta baladronada, y dió sus disposiciones de tal manera, que bastaron cuarenta flecheros para apoderarse del castillo, habiendo ganado de antemano las guardias, é introduciéndose con el mayor secreto en los patios principales, al abrigo de la noche. Metieron al alcaide en una torre de la misma fortaleza, juzgando que la sumision ocuparia en su ánimo el lugar de la jactancia, de que habia hecho alarde; mas no pudiendo conseguir de su entereza que implorase un perdon, que no se pensaba rehusarle, fué conducido á Vitoria, como sitio mas seguro, á donde no tardó en seguirle tambien preso el usurpador del castillo de Cabra.

Es de creer que el Monarca se hubiera contentado con esto, pues habia conseguido interesar en su favor á los caballeros de Calatrava, devolviéndoles una fortaleza, que mas adelante debia ser arruinada para siempre por los moros, merced á la traicion de su gobernador, al paso que para los descontentos de Castila era un golpe mortal haberse apoderado de Iscar, que por hallarse situado

no léjos de Cuéllar, cuyo señor feudal seguia el partido del Rey de Aragon, servia de refugio y depósito de los contínuos robos que ejercian en aquellos contornos: pero la última tentativa de los rebeldes, en la cual puede decirse que no pereció D. Alfonso por milagro, enfureció á éste de tal modo, que juró no perdonar á ninguno de los que pudiese haber á las manos, y ordenó que D. Juan Ponce y el alcaide fuesen inmediatamente degollados.

Descuidados ambos caballeros, y bien agenos de pensar el funesto fin que les aguardaba, platicaban amistosamente sobre sus pasadas proezas, comunicándose, como sucede siempre entre séres unidos por una misma desgracia; los mas secretos pensamientos, y alentándose mútuamente con la esperanza de ver terminar en breve su triste cautiverio. Volviéronse de pronto sus miradas á la puerta, al sentir que se abria, y se estremecieron al ver entrar á D. Lope de Urnizar, que hacía entónces veces de Justicia mayor, seguido de dos sacerdotes y de un hombre, cuya larga barba y corto sayo, no menos que las toscas maneras y nervudos brazos, que ostentaba con vanidad, revelaban su atroz ministerio.

Levantáronse para recibirlos, pero el corazon del alcaide de Iscar no pudo soportar la dolorosa impresion que sintió con tan inesperada visita: adivinó de un golpe el fatal misterio, y sobrecogido de terror, lanzó un gemido lastimoso y cayó accidentado en los brazos de su amigo. Éste, mas esforzado, olvidó por un momento su deplorable suerte, para solo pensar en la situacion del desventurado alcaide, á quien colocó sobre la hedionda paja, que hasta allí sirviera á los dos de lecho, ayudado de D. Lope, que enjugó una lágrima de compasion desprendida de sus ojos, y de los dos misioneros, que rogaban á Dios no llamase á sí el alma de aquel pecador, sin darle tiempo para arrepentirse de sus culpas. Corto espacio permaneció sin conocimiento, pues los socorros que le prodigaron, le volvieron á la vida, para que sintiese de nuevo todo el horror de su situacion. Abrió los ojos y los volvió á cerrar con un movimiento convulsivo, deseando engañarse á sí mismo, y no creer la realidad espantosa del destino, á que su mala ventura le impelia, hasta que la voz de Ponce llamándole tiernamente, le hizo ver que no era él solo el único digno de lástima.

—Probemos, dijo en voz baja: un esfuerzo mas... y será el último.... Soy bien débil, nobles señores, continuó dirigiéndose á los que tenia delante. Perdonadme, si la sorpresa, mas que el temor, me ha sobrecogido. Podeis empezar á ejercer vuestras funciones, y vereis que sé morir como he vivido.

—Sí.... estamos resignados.... cuando antes sea.... añadió su compañero.

—Compadezco vuestro mal término, valientes hidalgos, dijo conmovido el Justicia mayor: érais dignos de mejor fortuna y..... pero yo me olvido de los deberes, que como magistrado vengo á cumplir. Oid pues la sentencia que contra vuestros desafueros ha pronunciado la justicia del muy ofendido Rey de Castilla.

Y desarrollando un pergamino acercóse cuanto pudo á la rejilla del encierro, y despues de descubrirse leyó lo que sigue:

«Y por cuanto D. Juan Ponce de Leon y D. Diego de Linares han «resistido y despreciado las órdenes de Su Alteza, el señor don «Alfonso XI, rey de las Castillas, haciéndose rebeldes en sus cas«tillos, que hubieron contra fuero y derecho en tiempos de re«vueltas, faltando á toda razon y justicia, cometiendo robos, ta«lando campos y haciendo guerra abierta á su Rey jurado en Cor«tes, sin haber renunciado antes el pleito homenage, segun en ta«les casos se requiere, manda el Rey que estos dos traidores sean «llevados á la plaza mas pública, y en ella degollados por mano «de verdugo, y puestas sus cabezas en alto, para escarmiento de «los demás rebeldes.»

Acabada la lectura, que oyeron los reos con tranquilidad, se adelantó el sayon y les sujetó las manos con pesadas esposas, despues de lo cual se salieron todos menos los sacerdotes, que comenzaron á exhortarles cristianamente. Su firmeza no se desmintió en esta nueva y quizá la mas cruel prueba de cuantas el delincuente tiene que pasar, antes de espiar sus crímenes, y los agonizantes quedaron admirados de la resignacion y paciencia de los dos hidalgos, que á porfía se esmeraban en mostrar á cual mas valor y recogimiento. Un solo suspiro escapó del pecho del castellano de Cabra, cuando el sonido cercano de los clarines les anunció que era llegado el momento de su suplicio.

—Nada temais, hijo mio, le dijo el misionero, antes bien alegraos de dejar este suelo de crímenes y de perversidad. Dentro de pocos instantes sereis la mas feliz de las criaturas. Pedid pues al Todopoderoso que ilumine vuestra alma con su santísima gracia, y os dé fortaleza para sobrellevar tan amargo trance.

—Yo se lo pido con todo mi corazon, padre mio, respondió el reo, pero siento en mí una fuerza, que sin ser poderoso á resistirla, me arrastra á mi pesar hácia las cosas de la tierra.

—Es natural, es natural, replicó el sacerdote: nuestra carne es flaca, y el enemigo de nuestra salud eterna nos seduce, presentando á los sentidos las vanidades del mundo.

—No siento perderlas, exclamó dolorosamente D. Juan; no: al mismo Dios que pronto me vá á juzgar pongo por testigo de que ni las riquezas, ni la gloria, ni los honores despedazan mi corazon en mi última hora. Pero ¡ah, padre mio....! las amadas prendas de mi ternura.

—¡Desdichado! dijo el auxiliante.

—Sí: el mas desdichado de los mortales.... ¡ay de mí! mi esposa.... mis hijos...

—Vamos, vamos; firmeza y confianza en la voluntad de Dios. Pensad que cuanto mas costoso sea el sacrificio, mas agradable es á sus ojos. No deis vuestra atencion á otros cuidados, sino al principal de vuestra salvacion. Mas hizo por nosotros Jesucristo, cuando murió inocente, clavado en la cruz.

—Teneis razon, padre, teneis razon. Debo desechar de mí esas ideas, por mas que su recuerdo sea mi mayor suplicio....

No pudo proseguir. La puerta se abrió de nuevo y entraron en el calabozo el Justicia mayor y Cañete, con su acompañamiento de esbirros, quedando á la parte de afuera los maceros. La campana de *San Vicente* repitió sus melancólicos y pausados ecos, y los clarines que estaban apostados á la cabeza de la tropa, en la cuesta de la *Cuchillería* dieron la última señal. Salieron entónces los reos en medio de los sacerdotes con paso firme y despejado rostro, sin dar señal alguna de abatimiento, precedidos del verdugo, que de trecho en trecho gritaba:

«Esta es la justicia que ha dispuesto hacer el señor D. Alfonso, «rey de Castilla, en estos dos caballeros, por traidores y hombres «peligrosos para la república: el cual manda que sean dego- «llados.»

A cuyas voces prorumpia el populacho con las de «viva Alfonso, viva el Rey de Castilla.»

Desde la bajada de la cárcel, hasta el lugar del suplicio, obstruia el paso la muchedumbre de curiosos, que en tales casos acude de todas partes: así no solo se habian amontonado en la carrera y plaza del Mercado cuantos hacian parte poco antes de los corrillos del Campillo sino que de los barrios más apartados de Vitoria corrian las gentes á porfía, á gozarse en el envidiable espectáculo de ver perecer á dos de sus semejantes. Los balcones del tránsito estaban atestados de impacientes espectadores, entre los cuales se dejaban ver apuestas damas y venerables dueñas, éstas en mayor número, lo que no debe causar estrañeza, si se considera que, por sus años y marchitos atractivos, son menos susceptibles de sensibilidad y poseen un temple de alma particular, para presenciar escenas, que requieren sangre fria, por no llamarla crueldad. Pero en donde con mayor serenidad se esperaba el fin del sangriento drama, era la plaza del Mercado, lugar destinado á la ejecucion, y donde aun hoy es costumbre ajusticiar los criminales, á pesar de la civilizacion del siglo, y de la repugnante idea que presenta la vista de uno ó muchos cadáveres, colgados por espacio de algunas horas en el sitio mas concurrido y ameno de la poblacion. Esperando que el decoro debido á la parroquia de *San Miguel* y la conveniencia pública alejen de aquella plaza espectáculos de esta naturaleza, no debe causar admiracion que en un tiempo, calificado por muchos de bárbaro, mostrasen los naturales de Vitoria tanto anhelo, tanta impaciencia de ver correr la sangre en un cadalso, cuando los que vivimos en el ilustrado siglo XIX notamos á cada paso repetirse por contemporáneos este barbarismo, esta inhumana curiosidad, que tanto nos alarma en nuestros antepasados.

—¿Qué te parece de esos dos pobres diablos que van á subir

ahí arriba? decia Diego el barbero á uno de sus amigos, enseñándole el patíbulo.

—No me parece nada, voto á san Judas, respondió aquel, sino que ya deberian haber pagado su merecido sin tantas morisquetas. A lo último nos vendrán diciendo que el Rey, usando de clemencia, los ha perdonado, y habrémos corrido en valde desde el Campillo á tomar puesto.

—Pelado me vea yo, Pascual, sino hablas como un Papa, observó el primero. Sobre que no acaba de creerlo el Rey. Estos nobles todo lo revuelven.... nada.... pescuezo abajo y venga lo que Dios quisiere. ¡Ah! ¿Y no sabes á quién debió D. Alfonso su vida en el último alboroto?

—Sí, sí, á mi con esas, replicó Pascual con tono de importancia; estoy mas instruido de lo que piensas, y no se me ha ocultado que un guerrero de armas negras degolló la mitad de aquellos mentecatos, que no pudieron echar una puerta abajo, aunque eran muchos.

—Sí: pero ¿quién era el caballero....?

—¡El caballero! ¿y de dónde sabes tú que lo sea?

—¿De dónde? buena pregunta: ¿pues no iba á la cabeza de los de *la Banda?* vaya; está visto que nada sabes; apuesto que ni lo del convento.... eres un pobre hombre, Pascual, un pobre hombre. Ya te lo decía yo, cuando aquello de.... Bien venido padre, bien venido. ¿Habeis salido á ver la fiesta, eh? Aquí hablaba yo con este compañero, por engañar el tiempo.

—*Pax domini sit semper vobiscum: vivid siempre en paz, hijos mios,* respondió un religioso acercándose á ellos. Vengo de ejercer mi santo ministerio con un moribuudo, y viendo tanta gente reunida, trataba de informarme de la novedad que ocurre. Pero ya veo allá á lo que se reduce, prosiguió echando una triste mirada al cadalso, y tapándose el rostro con la capucha. Sin duda van á degollar á algunos de los que pretendian asesinar al Rey....

—Nada de eso, padre, estais tan en ayunas como mi amigo Pascual, dijo Diego. Son dos nobles que se hicieron señores, tomando lo ageno contra la voluntad de su dueño.

—*Ave María gratia plœna*, murmuró el fraile. *La Vírgen María les conceda su gracia.*

—*Amen*, contestaron los dos amigos.

Terminó por entónces la conversacion un ruido sordo, que insensiblemente iba aumentándose, semejante al que produce el embate de las olas contra desierta playa, anuncio precursor de la proximidad de los reos á la plaza. Creció el murmullo de la gente al divisar el fúnebre acompañamiento, y toda se agolpó lo mas cerca posible del sitio, por donde debia pasar. A duras penas pudieron los guardias abrirse paso: los de atrás empujaban á los mas adelantados; éstos resistian algun tiempo los empellones, dicterios y puñetazos, pero forzados por el mayor número, traspasaban los límites impidiendo la carrera, de la que de nuevo eran lanzados con grosería por los maceros. En fin, los sentenciados atravesaron aquel mar de espectadores, y llegaron á la escalera del patíbulo que les estaba destinado. El alcaide de Iscar subió primero como menos culpable; mas antes de sentarse en el fatal banquillo, paseó sus miradas sobre la plaza, arrojó un profundísimo suspiro, y elevándolas despues al cielo, dijo al sayon:

—Hiere.

Una línea blanca, resplandeciente, se vió entónces elevarse con rapidéz por encima de la cabeza del desventurado alcaide; casi al mismo instante se distinguió apenas bajar con igual presteza un brazo y una hacha... arrojó un grito la multitud... la cabeza cayó dando saltos por el tablado.

—¿Qué teneis, padre? preguntó Diego al fraile, que temblaba como un azogado, mientras el de Ponce contemplaba con horror el mutilado tronco de su compañero. Mejor es que os vayais de aquí, Esto no es para todos.... ¡Ah! ya está allí el otro; veamos..... ¡Qué diantres! Por un poco mas, es mejor que aguardeis.... mas no me apreteis tanto, que me ahogo.

—Ten caridad, hijo, le dijo el religioso: mi corazon se estremece..... no puedo mas..... quién sabe si algun dia.... pero dices bien, es preciso que yo salga de aquí á toda costa.....

Un segundo grito repetido por los cuatro ángulos de la plaza, anunció que el usurpador del castillo de Cabra habia dejado de existir.

El fraile se separó del barbero, abriéndose paso á favor del santo hábito: un mudo silencio reemplazó por algunos instantes el anterior murmullo. Recogió el verdugo las dos cabezas y las colgó, con imperturbable serenidad, de los gárfios destinados al efecto; limpió, acabada esta operacion, su hacha y se retiró con todo el acompañamiento. Media hora despues solo se veía en la plaza el cadalso ostentando sus sangrientos trofeos, habiéndose dispersado la gente con la misma facilidad que se habia reunido.

CAPITULO XIV.

De la feliz inspiracion que tuvo Pero Calvillo, para sacar de apuros á D. Juan *el Tuerto*

EMOS dejado á la viuda del infante D. Pedro y á su preciosa hija en una situacion nada agradable, por la inesperada aparicion en su castillo del magnate mas repugnante y revoltoso de las dos Castillos. La fama habia llevado hasta Almazan una fiel relacion de las indignas proezas y delitos, con que ilustrára su nombre, y los menestreles no aguardaron á que el sepulcro encerrase sus cenizas, para hacer resonar en los patios de las fortalezas las trobas, que pintaban al vivo sus pasiones inmoderadas.

Los últimos acaecimientos del convento de Santo Domingo de Vitoria, en los que le faltó poco para ser víctima de sus maquinaciones, su fuga de aquella ciudad, y las angustias de un viage, cuyos resultados le eran todavía dudosos, por mas que se engañase

á sí mismo con dulces quimeras, le habian reducido á un estado de estenuacion, que hacía resaltar mas y mas la deformidad de sus facciones, cuando se presentó á las señoras de Almazan. La sorpresa con que fué recibido le demostró desde luego, que su empresa no empezaba bajo auspicios muy favorables; pero incapaz de retroceder, resolvió aprovechar el tiempo, y conseguir á la fuerza sus pretensiones, si su poca fortuna era tal, que le cerrase otro camino. Doña María, conociendo que cortésmente no podia rehusar hospitalidad á un caballero, que si bien le inspiraba declarada aversion, ignoraba las intenciones con que llegaba, procuró hacerle olvidar el primer movimiento de asombro, que no habia sido dueña de reprimir á su vista, á cuyo efecto llamó á Rodrigo y le previno que preparase refrescos al nuevo huésped y le condujese á un aposento, donde pudiese descansar y desembarazarse de sus armas.

—No las dejaré, respetable señora, respondió el Infante, ni entregaré mis miembros al descanso, del que confieso tienen bastante necesidad, hasta que tengais á bien oirme sobre un asunto que á ámbos nos interesa de todo punto, que es ocasion del incómodo viage, que me trae á vuestros estados,..... y en el cual debe decidir la bellísima Blanca, añadió al observar que la doncella, ya en pié, se disponia á salir de la habitacion.

—Decid, D. Juan, lo que os plazca, si es cosa que puedan oir sin rubor personas de nuestro sexo y dignidad, contestó doña María, mirando á Blanca, que volvió á ocupar su sitial.

Permaneció el Infante algunos segundos cabizbajo, pasó la mano por sus vigotes, y dirigiendo á la heredera una mirada de tigre, se espresó así:

—En medio de las contínuas revueltas, que desgraciadamente agitan á Castilla, he conocido muchos paladines, que se han hospedado en este castillo, y todos se hacian lenguas de la sin par doncella de Almazan. Imagino ahora que anduvieron escasos en demasía, al ponderar la hermosura de Blanca, y yo declaro, y sabré sostener contra cualquiera, que la naturaleza no ha producido obra mas perfecta.

—Digísteis poco há, le interrumpió doña María, que los asuntos

que veníais á tratarme interesaban sobremanera, y por mucho que yo ame á la hija de mi malogrado esposo y tio vuestro, no es su belleza la prenda que mas le afianza mi cariño.

—Perdonad, si antes de entrar en lo principal, no he podido menos de pagar un tributo de adoracion á tantas gracias reunidas. Os hago pues saber, y á vos particularmente, mi amada prima, que el pérfido Alfonso de Castilla, cediendo á los consejos de Garci-Laso, ha mandado despojaros de todos vuestros estados de Alcocér y Almazan, y que en breve recibireis órden de entregarlos á sus caballeros.

—Si el Rey de Castilla, repuso con altivéz la matrona, engañado por falsas sugestiones de villanos favoritos, y contra la hidalguía de su pecho, ha podido dar semejante órden, á la cual estamos prevenidas desde antes de vuestra llegada, dos débiles mujeres le probarán desde estos torreones, que no son indignas de poseer los dominios que su padre y esposo supo defender á despecho de las mejores lanzas.

Sonrióse D. Juan del entusiasmo de doña María y dijo:

—No os alucineis, señora; un corazon valiente y esforzado puede á lo mas dilatar una derrota, si pelea contra fuerzas superiores; pero al fin caerá, no lo dudeis. ¿Qué será pues de esta fortaleza, terrible en verdad, pero defendida por dos damas y algunos escuderos, si se vé atacada por las fuerzas reunidas de las dos Castillas? Sabed que Alfonso, por mas que yo le aborrezca, es valiente y el envilecido escuadron de los caballeros de *la Banda*.....

—Si yo creyese un momento, señor Infante, contestó Blanca haciendo un esfuerzo sobre sí misma, que esos guerreros que acabais de infamar viniesen á atacar el castillo de la hija de D. Pedro, de su hermano de armas en la guerra, dejaria de creer en el pundonor, en la hidalguía, en la nobleza que siempre ha de distinguir al que verdaderamente se llame caballero.

—¿Creeis pues, incauta jóven, que os defiendan contra un Rey, que los colma de mercedes, al paso que por engrandecerlos mira con desden á toda la principal nobleza de Castilla?

—Creo, señor Infante, que los caballeros de *la Banda* darán fin

á las turbulencias del reino, é impedirán que Alfonso manche con una mala accion su glorioso reinado. Paladin hay entre ellos, continuó cubierto el rostro del mas vivo encarnado, que sin haber ceñido la banda roja, romperá la mejor lanza en defensa de Alfonso y de las moradoras de este castillo.

—¿Será tal vez D. Lope de Vendaña? gritó el Infante levantándose con ira. ¿Le habeis visto alguna vez? Pero no: pertenece ya á la órden detestable.... Tal vez el hijo del presuntuoso señor de Salinas.... ¡oh...! ¡no se atreveria...! yo te conjuro, ó Blanca, por las espuelas de caballero, que me digas el nombre de ese afortunado campeon capaz de arrostrar por tí los peligros de.....

—Don Juan, moderaos, le atajó doña María, y no olvideis que estais en presencia de las castellanas de Almazan.

—Es pues preciso que yo salte la valla, dijo para sí el *Tuerto*, mientras recorria el salon á grandes pasos. Sabré á lo menos á qué atenerme, y la ventura dispondrá el resto. ¡Oidme pues, señora, prosiguió parándose de repente; y vos prima, escuchad mis proposiciones. Los castellanos no pueden tardar en llegar á estas murallas, para arrojaros de ellas y conduciros á Francia ó á un convento: es por tanto urgente mi determinacion; así, respondedme con claridad. Tengo en mi poder, no importa saber cómo, todo el tesoro de la corona de Castilla: con él levantaré en breve un ejército y defenderé estos muros contra Alfonso y todo el poder del infierno; mas exijo que Blanca, mi hermosa prima, se despose conmigo. Este será un golpe mortal para el Rey, asegurará vuestra tranquilidad á la sombra de mi espada, y Castilla temblará con el acrecentamiento de nuestro poder. El señorío de Vizcaya, unido á vuestros estados, aumentará nuestras riquezas, y á fuerza de grandezas y conquistas pondré tan encumbrada á mi bella prima, que el mismo Alfonso y el Rey de Aragon la mirarán con asombro. Dichosos ellos, sino los arrastro al carro de mis triunfos.

—Nunca tan atrevido os creyera, D. Juan, esclamó altivamente doña María. Pedís la mano de Blanca, como pudiérais la de una esclava vuestra, y olvidais que el libre albedrío de una noble dama es bastante poderoso para despreciar descorteses ofertas, y desiguales alianzas

—¡Desiguales! ¡Doña María! gritó el Infante, dando una descomunal patada: vive Dios que mi sangre es tan ilustre, como la que circula por vuestras venas.

—No lo dudo, caballero; pero no es menos cierto que la nobleza mas esclarecida desaparece, si el honor y la virtud no la acompañan.

—Esto es ya demasiado, señora, y mi orgullo no se baja á suplicar, cuando puede mandar. Una palabra sola, doña Blanca, y vuestra suerte quedará decidida. ¿Aceptais mi mano? ¿Me haceis señor de Almazan?

—Don Juan, no, pronunció la doncella con entereza: mi corazon está de acuerdo con los hidalgos pensamientos de mi cariñosa madre, y se niega á una alianza, que serviria de justísimo pretesto al rey D. Alfonso, para declararnos la guerra.

Mordió el Infante con desesperacion la aceradà manopla, al escuchar tan terminantes razones, revolvió el horrible ojo á todas partes, pateó, juró y sin miramiento á la elevada clase de aquellas damas exhaló su rábia, cual si se viese en medio de los satélites de sus soeces placeres. Nada contestó empero al corto razonamiento de la heredera: contentóse con dirigirla una terrible mirada, presagio de oculta maldad, y salióse aceleradamente del aposento.

—Poco tiempo nos molestará con su presencia en el castillo, dijo en voz baja doña María. Ven, hija mia, veñ á los brazos de tu amantísima madre; mi ternura te resarcirá del disgusto, que ese mal caballero nos ha dado.

Arrojóse en ellos Blanca.... y ¿qué recompensa mas grata pudiera desear su sensible pecho? Mezcló sus lágrimas con las que se desprendian de los ojos de la respetable matrona, y las mas tiernas caricias, haciéndolas olvidar en breve las arrogantes maneras del Infante, restablecieron la calma, interrumpida por su intempestiva llegada.

El sol habia andado ya mas de la mitad de su carrera, y *el Tuerto* recostado en el mullido lecho, que Rodrigo le habia preparado, se entregaba, no al descanso que tanto requeria su situacion, sino á todo el furor que la repulsa de Blanca y el desprecio de doña

María encendian en su ánimo. Mil planes habia formado, sin fijarse en ninguno, para apoderarse á la fuerza de lo que de grado se le habia negado; pero resuelto á no dejar el castillo, sucediese lo que quisiese, hasta emprender alguna aventura que colmase sus intenciones, se habia despojado de sus armas, que yacian esparcidas sin órden por el suelo.

Abrióse la puerta del aposento, y se presentó á sus ojos Pero Calvillo. Este personage no ha vuelto á aparecer en nuestra relacion, á lo menos bajo su verdadero nombre, desde que se separó del conde Alvar Nuñez Osorio en los átrios de *Santa María* de Vitoria; pero si el lector se ha echado á adivinar ciertas particularidades de poca monta en los sucesos referidos, no le habrá costado mucho trabajo conocer á nuestro hombrecillo en el *Campillo grande* de palacio, perseguido como espía por un grupo de los muchos que voceaban *viva el Rey y mueran los nobles;* de cuyo sitio y de Cañete se libró por astucia, merced á dos montones de tierra, con que oscureció los ojos de sus contrarios; le habrá visto, pocos momentos despues, asistir disfrazado de religioso al suplicio de don Juan Ponce y D. Diego de Linares en la plazuela de *San Miguel*, donde hubo de rendirse á mortal desmayo, presagiando tal vez el triste fin que algun dia habia de tener, á semejanza de aquellos desdichados caballeros. Lo que no podemos creer es, que la voz chillona, que en el convento de Santo Domingo se hizo oir, en un estremo de la sala de los amotinados, advirtiendo á éstos que Alfonso estaba solo en su palacio, para animarlos á cometer un regicidio, hubiera salido de los inmundos lábios de este espía vendido á todos los partidos, y que no fuese otro tampoco el dominico, que sacára al infante D. Juan del mal paso de las bóvedas del mismo convento, y lo condujera despues en compañía del asustado Jucef hasta la calle. No podemos en efecto comprender como pudo representar á un mismo tiempo tan diversos papeles; mas como no hay duda en que él fué quien puso *al Tuerto* y al judío en disposicion de evitar la saña del Rey, debemos inferir que el tumulto de palacio no estaba concluido, cuando bajó de la torre de *Santa María*, á pesar de lo que antes digimos ateniéndonos á los antiguos perga-

minos que tenemos á la vista, los cuales tambien aseguran que el mencionado y astuto espía se reunió al Infante, un dia antes de su llegada á Almazan. No nos parece pues cosa estraña verle aparecer otra vez de sopeton en la escena.

Nos ha parecido conveniente hacer esta solvedad, para que el lector no nos critique de que nos contradecimos á sabiendas.

—Mal humorado os encuentro, D. Juan, fueron las primeras palabras de Pero Calvillo, despues de haberse quitado con respeto el sucio casquete de cuero. No os trata bien doña Blanca, á juzgar por vuestro semblante, y no me admiraria mucho de veros montar á caballo y enderezar vuestro paso hácia la corte del Monarca aragonés.

—Antes que tal veas, Pero, replicó incorporándose el Infante, te has de calentar las manos al resplandor de las llamas de estas habitaciones, porque te juro que estoy resuelto á vengarme del desaire de estas damas y á incendiar sus haciendas.

—¿Es decir que doña Blanca no quiere ser señora de Vizcaya? ¿Y que vos tampoco lo sereis de Almazan y demás tierras de estas dependencias?

—Por Satanás, que así habrá de suceder, á menos que el diablo lo disponga de otro modo.

—Pues yo os afirmo que si seguís mi parecer, no el diablo sino vuestro ángel bueno os hará lograr, dentro de poco, lo que juzgais imposible ahora.

—Veamos, señor espía, aunque tengo para mí que de poco fruto me han de ser tus consejos en este paso.

—Mas de lo que pensais; y sino decidme, ¿quién os impide arrebatar en el silencio de la noche á esa terca belleza, conducirla á pesar de sus gritos á un castillo de los muchos que teneis en Vizcaya? Bien sé que la empresa es algo arriesgada, estando el fuerte bien guarnecido, pero nada hay imposible á un valiente y galan caballero.

—¿Y es ese todo tu plan de ataque? replicó D. Juan, levantándose de todo punto y agarrando con fuerza el brazo de Calvillo.

—Es el mas acertado, repuso éste; pero soltad, señor Infante,

soltad por los huesos de San Millan, que me lastimais el brazo con vuestros dedos, como si fuesen colmillos de javalí.

—¿Has visto alguna vez á Blanca, miserable? volvió á preguntarle D. Juan soltando el brazo.

—Nunca, aunque he oido ponderar muchas veces su celestial gentileza y apostura.

—Pues aprovéchate del aviso que acabas de darme, si tal es tu deseo; tienes mi beneplácito para ello, y no te impediré en manera alguna. Apenas sientas la campana del castillo anunciar la media noche, vuela al aposento de esa orgullosa doncella, róbala y tambien á su vieja madre, si una te parece poco, y corre apresurado á encontrar una salida fuera de estos muros, llévala á donde mejor te plazca, y deja á mi cuidado lo demás. Aconséjote sin embargo que te des prisa, no sea que las llamas te priven el paso, pues como antes dije, juro por la órden de caballería, que el dia de mañana aparecerá sin que el castillo de Almazan ostente reunidos dos lienzos de pared.

—Y el esclarecido infante D. Juan, respondió Calvillo resueltamente, tendrá que huir espantado á buscar un asilo, que seguramente no encontrará en la corte de D. Alfonso XI, si ya no espira abrasado y sin gloria entre las ruinas, que su intempestivo furor habrá ocasionado. Sosegaos, D. Juan, sosegaos y convenid conmigo en que el rapto de doña Blanca es el único medio de allanar todas las dificultades.

—¡Otra vez, Calvillo! gritó airado el Infante: he dicho que no quiero pasatiempos de esa especie, y que los goces en tu provecho. Piensas menguado, que yo amo á doña Blanca?

—No: Dios me libre de haceros tal agravio: lo que si creo firmemente es que vuestro pecho se abrasa por la heredera de estos estados..... ¿qué tal? ¿Me habeis comprendido ahora? Robadla pues, sea como quiera, y una vez en vuestro poder ¿quién será capaz de oponerse aquí á vuestra voluntad? ¿No sereis entónces el verdadero señor de Almazan? ¿No se verá forzada la misma doña Blanca, por conservar ilesa su reputacion, á daros la mano y poneros en posesion de sus castillos?

Parado quedó D. Juan al oir el término que la sutileza del espía habia sabido dar á un paso, que le desagradaba en estremo. No era ciertamente la virtud ni el honor de su nobleza quienes le impedian cometer tan villana accion, sino que no habiendo jamás sentido hácia la hermosa heredera ningun afecto amoroso, solo se dirigian sus miras á lograr su mano, porque esta le aseguraba la posesion de los vastísimos estados y riquezas, que heredára de su intrépido padre. Contento en estremo, cuando conoció que las reflexiones del espía convenian con sus propios pensamientos, se abandonó á la alegría, dando por seguro que al dia siguiente le reconocerian por dueño todas las almenas y torres, que desde la habitacion se divisaban. Abrazó luego el plan que Pero habia propuesto, y ambos acordaron la hora en que D. Juan, espada en mano, si era preciso, se presentaria á turbar el sueño de las señoras de Almazan, que tranquilas no dudaban verle partir al dia siguiente.

CAPITULO XV.

De como el sábio Samuel practicaba el arte cabalístico y se hacia con bolsillos repletos de oro.

El dia mismo que pasaban los acontecimientos referidos en los capítulos anteriores de este verdadero relato, sucedieron otros no menos importantes en Vitoria. El castigo del de Ponce y del alcaide de Iscar, si bien no contuvo á los sediciosos, les hizo al menos caminar con mas cautela, dándoles á entender que el Rey, cansado de tantas maquinaciones, se preparaba á destruirlas con inflexible rigor. Nada era mas cierto. Todos cuantos nobles cayeron en poder del ofendido D. Alfonso, cuando aquello del convento de los dominicos, pagaron con la cabeza su delito. Don Juan Manuel, cuyos manejos en Santolalla fueron descubiertos, no se atrevía á aparecer en la corte ni en público, temeroso de algun fracaso; la reina doña Constanza recibió órden de no salir de

sus aposentos y D. Lope de Vendaña, restablecido de sus heridas, se preparaba á recorrer la tierra de Toledo á la cabeza de una veintena de caballeros de *la Banda*.

Llamóle el Rey cuando ya tenia puesto el pié en el estribo.

—Suspende ese viage, noble amigo, le dijo, pues he pensado otra cosa. Partirémos juntos á apaciguar esa canalla, y solo quiero detenerme aquí lo preciso para buscar al caballero Negro. Me has repetido muchas veces que, á no ser por su bravura, los malvados hubieran conseguido sus diabólicos fines.

—Así me lo aseguraron Mendoza y el de Salinas, que pelearon á su lado: mi mayor desconsuelo hubiera sido morir de mis heridas, sin abrazar á tan leal aventurero.

—He imaginado descubrir su retiro, por mas que lo oculten las entrañas de la tierra, prosiguió el Rey; no es razon que cuando él se arriesga á salvarme de mis enemigos arrostrando todo peligro, permanezca yo espectador ocioso de sus hazañas, sin probarle mi amistad. Vive Dios que esto es villanía, y no aguardaré mas. Venid, D. Lope, y vereis maravillas.

Salieron juntos de los patios del palacio en donde á la sazon se hallaban, y doblando un callejon, que á la izquierda del mismo habia, pasaron el portal de la *Soledad*, despues de hacer oracion á la imágen de nuestra Señora, que allí se venera todavía, y llegados á la mitad del súcio, pendiente y desempedrado canton, se detuvieron delante de una puerta de humilde apariencia. Llamaron con tres golpes y al momento se abrió.

—Sean servidos vuesas mercedes de entrar con cuidado, no sea que tropiezen y caigan, les dijo una linda mozuela. ¡Hola! Son, á fé mia, gentiles caballeros, á lo que se trasluce por los bordados que les adornan.

—Apresúrate á poner en noticia de Abenuez que dos de sus amigos vienen á visitarle, la dijo el de Vendaña, despues que hubo hablado con el Rey al oido.

—Vuesas mercedes serán servidos, contestó la jóven.

Dicho esto desapareció en las tinieblas de un estrecho pasadizo, que comunicaba al interior.

—No sabe proveerse mal mi famoso médico, dijo D. Lope. Hé aquí una de las mas agraciadas criaturas que he visto en mi vida, sirviendo sin duda á los placeres del judío, al paso que muchos esforzados paladines se deshacen á lanzadas, por conseguir una sola mirada de altiva belleza.

—Es ciertamente hermosa, repuso D. Alfonso, y caballero hay en mi corte, que sostuviera un encuentro en honor de Zoraida.

—¿Con que segun eso es la misma que tanto he oido encomiar al conde Osorio....? lástima me dá que tan singular perfeccion pertenezca á esa detestable raza de nuestros enemigos.

—No es tan escrupuloso como tú Alvar Nuñez, y harto será que no nos dé algun disgusto con sus desatinados amoríos.

—Vive Dios, Señor, que si este fuera sitio á propósito, os probaría que el Conde, D. Juan Manuel, Garci-Laso y el infante don Juan son unos declarados traidores.

—Compadéceles, Vendaña; su suerte está decretada por el cielo.

Hé aquí compendiado en las últimas palabras del Rey el secreto de lo que poco tiempo despues sucedió á aquellos revoltosos caballeros.

Interrumpió la conversacion de D. Alfonso y su acompañante una repentina claridad, que provenia de algun aposento interior y se dilataba por el pasadizo de que hemos hablado. Al mismo tiempo se presentó el sábio Samuel vestido de ceremonia, y acercándose á los caballeros, les invitó á seguirle con las mayores muestras de respeto. Sirvióles el mismo de guia, y á poco trecho abrió una puerta y los introdujo en su laboratorio particular.

Estaba éste alumbrado débilmente por una lámpara pendiente del techo y servíale de adorno un rico sofá cubierto de damasco azul: algunos retratos pendientes de gruesos clavos de cobre y cuyos estravagantes trages alcanzaban la mas remota antigüedad, inspiraban cierta sorpresa á primera vista, que despues se cambiaba en burlona sonrisa. Pero lo que particularmente llamaba la atencion era el órden, simetría y pulidéz, con que el sábio doctor conservaba los instrumentos de su profesion. Todo el mundo sabe que la astrología tuvo en el siglo XIV y en los inmediatos muchísimos partidarios.

Los mas poderosos señores, los príncipes, los reyes mismos pagaban tributo á la nécia charlatanería de algunos estrangeros advenedizos, que sábios ciertamente en conocer el flaco de la nobleza castellana, vendian sus recetas y mentidos pronósticos á peso de oro. Samuel gozaba en la corte la reputacion de adivino, sin la cual de poco le sirviéra en aquel tiempo toda la ciencia de Esculapio, y su habitacion era frecuentada por los principales magnates, particularmente desde que los asuntos del reino andaban revueltos, pues todos ansiaban conocer su horóscopo en unos tiempos, en que las cabezas no se tenian muy seguras sobre los hombros.

Veíanse sobre una mesa de lustroso ébano varias hileras de libros y dorados pergaminos, colocados con prolijo esmero; una trasparente gasa los cubria, al paso que indicaba al profano ignorante, que antes de adquirir los conocimientos del profundo estudio que encerraban, era preciso trabajar largos años, pasar pruebas inauditas y consumir la vida en penosas lucubraciones. Dos primorosos estantes de marfil ostentaban los no menos costosos instrumentos astrológicos. Notábanse entre ellos dos esferas de mas que regular tamaño, cuyos polos y fajas de plata maciza cautivaban la vista, y á su inmediacion multitud de compases del mismo metal, aunque de diversos tamaños. Una armadura completa de pulidísimo acero y una larga y cortante espada probaban no ser agenos de Samuel los conocimientos del arte de la guerra, aunque tal vez le sirviesen igualmente para las operaciones de las ciencias ocultas, á que incansable se entregaba. Mas lo que en aquel siglo podia llamarse un prodigio y escitaba la admiracion de cuantos le consultaban, era un semicírculo graduado de oro puro, en el cual estaban representados los doce signos del Zodíaco, por otras tántas piedras brillantes.

—¿Cómo encontrais vuestras fuerzas, señor de Vendaña? dijo el sábio despues de haber ofrecido al Rey el mejor asiento. ¿Os sentís con ánimo de empuñar la lanza?

—No te hacia yo tan rico, contestó el caballero, admirado de lo que veia y sin haber entendido la pregunta.

Meneó Samuel la cabeza y prosiguió:

—Paréceme que la mucha sangre derramada de vuestras últimas heridas os tiene harto débil todavía; ya os previne anoche que hoy no saliéseis.

—Pues dá gracias á S. A., respondió Vendaña vuelto en sí, que á estas horas no me hallo galopando sobre *Salta-peñascos* camino de Toledo.

—Es una verdadera locura, hijo mio: es preciso economizar nuestros recursos, si queremos ganar una larga edad. Las locuras de la juventud solo sirven para conducirla por grados al sepulcro. Mientras gozais de robustéz, os creeis superiores á la naturaleza, á los peligros y á la muerte: todo se arrostra entónces, todo se emprende, nada hay difícil... Alháganse las pasiones brutales, satisfácense los deseos inmoderados.... y despues! ¡Triste cuadro! llega la enfermedad, el cuerpo se debilita, el alma decae de su noble ser, el que no há dos dias ostentaba con orgullo la altiva frente y desafiaba á un castillo, yace hoy consumido en asqueroso lecho, aguardando un fin doloroso y anticipado.

—Harto desesperada es esa pintura, sábio Samuel, dijo D. Lope: empero, si entre las mayores angustias, que mi cuerpo sufriéra, me dijesen que en tal ó cual parte maquinaban contra la seguridad del estado, vive Dios que me arrojára del lecho, con tal que fuerzas tuviese para hacerlo, y volára como un rayo á mi puesto de honor.

—En ese caso, replicó el médico....

—En ese caso, le atajó el Rey, no nos hallamos ahora. Dejad para otro dia esas lecciones y apresurémonos á poner por obra las intenciones que aquí me traen. Has de saber, Samuel, que la persona á quien confío un secreto y me vende, es mi mayor enemigo, y nunca vuelve á mi gracia: ahora bien, nuestra venida es un secreto.....

—¿Quién mas honrado que yo? esclamó el judío echándose á los piés de Alfonso ¿Hay por ventura cosa que mi humildad no esté dispuesta á hacer, en obsequio de tan alto y poderoso Príncipe? Hablad pues, señor y Rey mio, hablad y si mi ciencia, si los vastos conocimientos que poseo y raros secretos, que he sabido ad-

quirir á despecho de la naturaleza y de los mismos astros, pueden ser útiles de alguna manera á mis bienhechores, una palabra sola y vuestros deseos quedarán satisfechos.

—Levanta, sábio amigo, levanta, dijo el Rey, y óyeme con atencion supuesto que podemos contar contigo. Hay en Vitoria un caballero, que viste armas negras, por quien todo lo sacrificaria y cuyo paradero ignoro. Es el mismo, que quiso impedirme el paso del puente del Zadorra, el que en mi presencia arrojó el guante al infante D. Juan, y el que acuchilló en mi propio palacio á los traidores que querian asesinarme. Deseo por tanto, si á tanto alcanza tu arte, que me digas donde le hallaré, ó si él mismo se me presentará algun dia, segun ha prometido.

Nada respondió el hijo de Abenuez, pero adelantándose hácia la mesa, tomó un manuscrito, levantando con cuidado la finísima gasa, y acercándose á la lámpara, abriólo y leyó varias páginas con estudiosa meditacion. Su alta estatura, á la que daba mayor magestad la preciosa túnica de seda que la cubria, sus facciones apenas iluminadas por el débil refulgor de la luz, sus pobladas cejas, y largas pestañas le hacian asemejarse á los antiguos Aruspices de la Grecia, cuando en medio de los templos predecian á los engañados pueblos los acaecimientos futuros, inspirados por la deidad que agitaba sus almas con imaginarias visiones.

—Espinosa es, oh Príncipe, dijo al fin de su lectura, la prueba á que hoy poneis mis humildes conocimientos; mas por grandes que sean las dificultades, que me ofrece el cumplimiento de vuestro deseo, mayor es aun el que me anima á no perdonar medio ni fatiga para conseguirle. Perdonadme, pues, si entretengo á Vuestra Alteza mas tiempo del que quisiera, esperando la preparacion de los instrumentos que he menester al intento.

Y sin aguardar respuesta, empezó á reunir en un lado de la espaciosa mesa cuanto le era necesario, para la revolucion planetaria que se proponia ejecutar. Examinó segunda vez el manuscrito misterioso, tomó diversas veces el compás que le pareció á propósito, describió figuras, midió círculos, trazó líneas paralelas, y satisfecho al fin de estos rasguños que denominaba *secreto máximo de*

los signos cabalísticos, enjugó la sudosa frente con un finísimo lienzo, y recostándose en el cómodo sofá, soltó las siguientes razones, como hablando consigo mismo.

—Con efecto; esta conjuncion no puede faltar. Con todo; mas segura sería, si yo pudiese aguardar á la hora fija de media noche. Pero, veamos. El sol aquí oculto, bajo la sombra de esta figura emblemática.... por otra parte, brillando con esplendor llegado á su mayor altura, como lo demuestra esta línea.... sí; no puede estar mas claro. Sin embargo, probemos que la operacion es exacta.

Cogió entónces con la mayor delicadeza el semicírculo graduado, alhaja verdaderamente admirable, con que pagára los servicios de Abenuez poderoso príncipe morisco, y lo colocó sobre las figuras, que primero habia trazado: tornó á cavilar, repasó las líneas, emborronó otras nuevas, leyó varias páginas del anterior cuaderno, y levantándose por último con aire de triunfo, esclamó dirigiéndose al Rey:

—Jamás, intrépido D. Alfonso de Castilla, jamás llegará el estudioso mortal á escudriñar los mas recónditos arcanos del destino, sin poseer las inestimables, las nunca bien ensalzadas tablas de Hérmes. Todo lo mas precioso que la naturaleza puede producir se halla encerrado en ellas, y no hay misterio sepultado en las famosas pirámides del alto Egipto, que no esté contenido en sus doradas páginas. La historia entera de la desventurada Palmira, sus calamidades, sus guerras, su ruina, las artes y maravillas que la inmortalizaron.... hasta el fatal y envidiado secreto de fabricar ese metal funesto, orígen de todos los males que afligen á la especie humana; los geroglíficos mas complicados, las figuras simbólicas de mas dudosa interpretacion, la incesante revolucion de las constelaciones y su directa armonía con la fortuna ó desgracia de los séres creados, todo se esplica allí con sublime profundidad, con matemática certeza. Sin ese libro, oh mi Rey, en vano se afanára vuestro muy humilde servidor, D. Samuel Hull-Ackin, hijo de Abenuez *el estudioso*, por complacer vuestros deseos: pero, ¿qué cosa habrá en el orbe, que se resista á la portentosa influencia de tan preciosos cálculos?

—De ese modo ¿vas á decirme y eso sin rodeos, replicó el Rey, donde encontraré al guerrero de las armas negras? porque te aseguro, sabio Samuel; que ni una sola jota entiendo de las tablas de Hérmes, ni de Hérmes mismo; de modo que ignoro si fué hombre de carne y hueso como nosotros, ó alguna mómia resucitada por medio de esa difícil ciencia.

—Díficil....! bien puede asegurarlo Vuestra Alteza. La vida del hombre es corta para llegar á ser un humilde discípulo.... un aprendiz. Mas en cuanto á Hérmes, perdono, oh Príncipe, la ignorancia con que habeis hablado, en atencion.....

—En atencion á que no queremos oir hablar mas de él, ni de sus tablas, sino del caballero Negro, le atajó Vendaña con viveza.

—Así son todos; contestó sin inmutarse el astrólogo. La ingratitud es su primera pasion. ¿A quién pues deberéis la satisfaccion de vuestros anhelos, sino es á ese mismo maestro de los sábios, cuya memoria ultrajais? Bien es que, si mi humilde saber no trazára con escrupuloso estudio la conjuncion, de poco serviria la aplicacion de las misteriosas tablas.

—Aunque sea Salomon, ó el Rey que rabió, el inventor de esos secretos y de esas tablas, repuso D. Alfonso, lo que yo quiero es saber del guerrero, por quien he venido á consultarte. Déjate pues de historias viejas, que solo á tí son interesantes, y vamos al asunto.

—El caballero de armadura negra, que ha salvado los dias de Vuestra Alteza en el último alboroto, con gran contento de los pueblos de Castilla, no está ya en la ciudad, ó mejor dicho va á dejarla en este mismo instante.

—¿Y tardabas tanto en declararlo? exclamó el Rey con ira. Maldito sea Hérmes y sus tablas y Palmira y el Egipto y todos los nombres bárbaros que pronunciaste, y los mamarrachos que has pintado en ese súcio pergamino. Corramos, D. Lope, quizá le alcancemos todavía. ¿Qué camino lleva? ¡ah! dilo pronto, sino quieres que me vuelva loco.

—Es tarde ya, dijo Samuel con calma.

—¿Qué camino lleva? Dilo, dilo...., replicó D. Alfonso furioso.

—No he consultado la conjuncion.

—¿No te dije ya que no quiero conjunciones ni fantasmas?

—Pero, Señor.....

—No hay señor, ni pero que valga; infame, embustero; yo te haré arrepentir presto de tus diabólicas mentiras y embelecos.

—¿Y si os presento yo mismo al caballero Negro, en la situacion que á esta misma hora le ocupa? ¿Que os pareceré entonces?

—¡Cómo! ¿Qué has dicho?

—Que mi ciencia alcanza á poner delante de vuestros ojos la figura verdadera de aquel aventurero, en la misma accion y postura que actualmente tiene, bien sea cabalgando sobre indómito corcel por esas ásperas veredas, ó requebrando de amores lindas hermosuras, en decorados sillones de magnífico castillo.

—¿Qué te parece de esto, D. Lope? dijo el Rey entre confuso y sorprendido.

—Digo que semejante operacion huele de cien leguas á mágia, contestó éste, y á otra cosa peor, que no quiero nombrar.

—No hay duda, no hay duda; eso mismo pienso yo. Hablemos claros, amigo Samuel; yo tengo acá mis escrúpulos, y me precio, como el que mas, de ser temeroso de Dios. Buen ejemplo de su justicia fué mi padre, como ya debes saberlo, y á eso debió tambien que ahora se le conozca con el nombre de D. Fernando el *Emplazado*. Quiérote decir que, si en esa aparicion del caballero del puente ha de mezclarse de alguna manera el enemigo malo, desde luego renuncio al placer que me prometes con la presencia de mi defensor. Así pues, desengáñame de una vez.

—De suerte es, respondió el médico, que aunque directamente nada tiene que temer Vuestra Alteza de la cooperacion de ningun espíritu infernal, no negaré que la reunion de todas las partes indispensables, para que los efectos correspondan al espinoso trabajo que se requiere, pueda ser indirectamente presidida por un génio maléfico.....

—Basta, basta, dijo el Rey levantándose, y lo mismo hizo don Lope. Nada quiero con semejante especie, aunque me valiera la tranquilidad de Castilla.

—Me persuado no obstante de que no dudareis de mi verdad, cuando os he dicho que el aventurero Negro no está ya en Vitoria, le observó Samuel.

—Preciso será que lo crea, mi sábio amigo, le contestó Alfonso depuesto enteramente el enojo, que la misma noticia le causára un momento antes. Siempre me has anticipado los importantes acaecimientos, que despues me han sucedido. ¡Ah! dime ¿cómo es que tus planetas nada te descubrieron, en cuanto á la pasada sublevacion?

—¿Lo creeis así? respondió con fingida modestia el astrólogo.... mas vale. Sin embargo, si las conjunciones planetarias, hablando en lenguaje científico, no me descubrieron la conjuracion, me inspiraron al menos el remedio. En prueba, os haré dos preguntas, á las que suplico á Vuestra Alteza que me responda como caballero.

—Empieza; yo te lo prometo por quien soy.

—¿Quién os salvó de los amotinados?

—El caballero Negro.

—¿Por quién supo el caballero Negro vuestro peligro?

—No lo sé.

Una sonrisa de triunfo asomó á los lábios del hijo de Abenuez, y parecia decir al Rey: yo soy, á quien debe la vida Vuestra Alteza. Alfonso así lo creyó, aunque el lector sabe muy bien lo contrario; por lo que tomándole la mano y apretándosela con afecto, despues de haber echado sobre la mesa un bolson bien repleto de oro, le dijo:

—No será esta la última prueba que recibas de mi largueza. Prosigue en esos nobles sentimientos de fidelidad, y yo te prometo que sobrepujarás en poderío á muchos, que hoy se ven encumbrados y mañana servirán de entretenimiento al verdugo.

Dicho esto, salió del aposento seguido del señor de Vendaña.

—Anda, anda, poderoso Príncipe de Castilla, dijo Samuel, luego que hubieron partido; poco importa que blasones de ánimo esforzado, y audaz carácter contra tus enemigos interiores, si tiemblas como un niño de pecho delante de lo que te parece un prodigio,

porque tu limitado talento es incapaz de comprenderlo. No hay duda; maneja bien la lanza; acomete las mayores empresas; trabaja y se afana sin descanso en ganar batallas y honra... .. pero tiembla delante de mí cuando quiero, y lo mismo todos los caballeros de su corte. Veamos el bolsillo, que ha dejado aquí encima.... No pesa mal, y puedo asegurar que, si la paga corresponde á los regalos que de su mano he recibido, es el príncipe mas liberal de la tierra.

CAPITULO XVI.

La Reina se desmaya, el hijo de Abenuez lleva su merecido y el señor de Villena dá el salto mortal.

Samuel, despues de este soliloquio, vació la bolsa sobre la mesa y con ojos de avaricia calculó de un golpe lo que podia contener. Un tinte de alegria se esparció por su rostro, y recogiendo otra vez las piezas de oro, que contemplaba con afan, antes de encerrarlas quizá para siempre, pues nada gastaba aquel miserable impostor, teniendo cotidianamente á su voluntad la mesa de los mas encumbrados señores y la del mismo Rey, llamó á Zoraida; la hermosa mora que Alfonso y D. Lope habian visto al entrar, y la preguntó:

—¿A qué hora ha salido de la ciudad el caballero Negro?

—Todavía es temprano, mi protector, contestó la jóven. Os he dicho que el Conde me ha asegurado haberle visto y hablado, y que

á fuerza de querer darme gusto, para ganar mis buenas gracias, ha rastreado el paradero del criado que debe acompañarle, el cual ha prometido traer á mi presencia. De todos modos, puedo afirmar que saldrán esta noche de Vitoria, pero como antes os dije, ignoro el punto de su destino.

—Nécio de mí, que aseguré al Rey no hallarse ya en la ciudad el negro campeon, y puede descubrir la impostura. Con todo, me parece que he acertado. ¿No me pediste que de ningun modo supiese D. Alfonso el paradero del que busca, aunque yo lo averiguase?

—Si, mi protector; he deseado en esto complacer al Conde, que tanto se desvela por mí.

—Y te regala tambien con prodigalidad. Esto va bien y Álvar Nuñez quedará satisfecho.

—¡Cómo! sabeis ya.....

—Nada, hija mia, nada; pero he anticipado al crédulo Monarca el solemne vaticinio de que el aventurero del Zadorra ha partido, y de este modo no puede pensar en buscarle aquí. En cuanto á la entrevista del escudero, que aguardas, no me agrada mucho, Zoraida, porque puede saberse.... y luego, adios reputacion mia de sábio, adquirida con tantos desvelos y fatigas.

—No es seguro que yo le vea. El Conde dijo que, si podia reducirle, vendria con el, y así... pero... han llamado: ¿habeis oido?

—Vete á averiguarlo.

Salió Zoraida, y á poco rato volvió y dijo:

—La Reina....

—Estraña visita por cierto, murmuró el filósofo. ¡Cuándo depondrá para mí su cruel rigor! yo hago por aprovechar los momentos, pero ella..... siempre sorda á mis amorosas palabras, siempre fiel á un esposo que ni se digna mirarla. Veremos esta vez..... Preciso es que haya alguna novedad, para venir así, sin avisarme.... ¡oh! descúidate un momento, hermosa Princesa, que yo te prometo asir la ocasion.....

Diciendo así, salió á esperarla hasta el corredor.

Era doña Constanza uno de aquellos séres que llevan sobre su

frente marcado el sello de la desgracia. Altiva por herencia, risueña por naturaleza é intrigante, como su padre, por costumbre. No era la belleza que los poetas comparan á la hechicera amante de Endimion, ni sus lábios tenian el suave colorido de la rosa: sus formas estaban léjos de ostentar la delicada finura de una deidad destinada al amor; solo sus ojos grandes y negros espresaban con miradas de fuego esta temible pasion. Por lo demás, era una estátua griega, una verdadera amazona. Alta, bien formada, podia gloriarse de reunir en sí sola el cuerpo de Minerva, el orgullo de Diana, y el corazon de Vénus.

Entró con desembarazado paso en la estancia del astrólogo, y dejándose caer lánguidamente sobre el sofá, permaneció silenciosa.

Adelantóse Samuel, y con el mayor cariño, la dijo:

—¿A qué nueva desgracia debo, Señora, la inestimable honra de recibir á Vuestra Alteza bajo mi humilde techo?

La Reina suspiró, miró al médico enternecida, y enjugando varias lágrimas con afectado desden, le respondió:

—Nada ha sucedido de nuevo, pero ¡oh padre mio! ¡cuán desdichada soy.....! sí..... bien sabes mis pesares..... ¿Hay acaso secreto en mi corazon que no te haya confiado?

—Verdad es, Señora, que puedo tener esa vanidad, contestó el sábio. Hablad sin temor, ni recelo, que ya teneis sobradas pruebas de mi adhesion y constante anhelo en serviros. Indicadme solamente el punto sobre que deseais consultarme, y yo pondré de manifiesto ante esos hermosísimos ojos todos los arcanos de mi ciencia

—¡Cómo, Samuel! esclamó la esposa de Alfonso. ¿Olvidas que todavía soy la Reina de Castilla? Si mis ojos tienen algun mérito, no es ciertamente un miserable judío quien debe ensalzarlo y.....

—Perdonad, si os interrumpo, Señora, replicó el médico con respeto. Muchas veces me habeis honrado con el dulce dictado de padre vuestro, tan grato á mi corazon. Os he dirigido con mis cortos conocimientos en todos los lances espinosos de la vida, desde vuestro feliz enlace.....

—¡Feliz enlace! maldito querrás decir, gritó la Reina.

—Así es como Vuestra Alteza dice, continuó Samuel con serenidad. Tampoco ignorais, si es que os dignais conocer un poco mi lealtad y afecto sin límites, que estoy pronto á hacer, por obligaros, todo cuanto mi ciencia alcance..... todo, hasta lo imposible. ¿A qué pues ese rigor intempestivo contra un padre que os ama, contra un maestro capaz de guiaros con acierto en los mayores apuros, y que es al mismo tiempo el mas sincero admirador de vuestras gracias y escondidos talentos?

—Dejemos eso á un lado, repuso doña Constanza, y hablemos de lo que mas me interesa.

—Mia serás, desdeñosa belleza, pensó interiormente Samuel.

—Ya estás bien informado por mí, prosiguió la Reina, de la indiferencia y desprecio con que Alfonso me trata. Conocidas te son tambien las razones de política que le hacen obrar así; mas ha llegado el momento de decidirme y tomar una resolucion. Yo he podido tolerar con paciencia el desamor del Rey, sus desvíos, sus inconsecuencias, sus desaires.... pero la trama del de Osorio y de ese pérfido Garci-Laso, no; es imposible. ¡Desecharme del lecho; arrojarme del trono, para colocar en él á la aborrecida infanta doña María de Portugal.....! verdaderamente es un refinamiento de maldad, digna solo de los mónstruos que la han concebido. No deseo volver á la gracia de mi esposo, no.... le detesto tanto como le amé en otro tiempo, no sé si mas feliz ó funesto para mí. Abomino la grandeza, el fausto, el sólio mismo, y únicamente quiero.... no sé ni aun lo que quiero, Samuel, y vengo llena de ira, de furor, de desesperacion, de rábia, á consultar tu profunda esperiencia.....

—No será burlada vuestra confianza, querida hija mia, dijo el médico tomando el tono de un preceptor condescendiente con una discípula mimada. Yo leo en vuestro corazon despedazado, y os presentaré un remedio único, dulce para esa desesperada situacion del ánimo. Todos los mortales padecen; á todos condenó el destino á sufrir amargos sinsabores, crueles heridas..... á todos concedió igualmente un consuelo, un don celeste, con el cual se hacen llevaderas nuestras penalidades y miserias.... la venganza...

—La venganza.... sí, esclamó doña Constanza. ¡Oh amado pa-

dre! ¡cuán sábio sois...! me abandono ciegamente á vuestra direccion.... Sí: yo quiero, yo deseo vengarme.

—Tú te vengarás, hija mia, y triunfarás de tus enemigos, si sigues mis consejos. Pero.... ¡Dios de Israel! ¡Cuán agitada! ¡Cálmate; serena por unos instantes esa inquietud que destroza tu alma.....!

—Ah! véngueme yo, y seré feliz, decia la Reina sin fuerzas para sostenerse, pues el furor que la dominaba y su desesperacion se las habian agotado. Discurre Samuel, discurre algun medio... ¡ah! no puedo mas.... por piedad, dame alguna medicina que me vuelva el sosiego, ó me mate de una vez.

El judío sacó inmediatamente de un escondido armario una curiosa botellita de cristal y llenando del licor que contenia cincelada copa de plata, se la presentó á la Reina.

—Apurad ese balsámico néctar, la dijo, y tornará la calma á vuestro corazon. Fué compuesto por el sábio Abenuez mi padre, y tiene virtudes maravillosas.

—Sí; es sabroso, respondió doña Constanza despues de haberlo bebido. Tratemos ahora.... mas... ¡Dios mio! ¿qué me has dado Samuel? Yo me abraso..... un fuego devorador me consume..... ¡ah! yo me siento morir..... yo fallezco..... ¿dónde estoy.....?

—En mis brazos, Reina hechicera, contestó Samuel, acariciándola con ardor. Sí, en mis brazos; un amante tierno, apasionado, cuya firmeza y cariñosos alhagos sepan apreciar en toda su estension el valor de tus seductores atractivos, es el único que remediará todos tus males..... Reina de Castilla, orgullosa, y deseada muger, ya eres mia.

Dijo, y con los ojos encendidos, imprimió sus súcios lábios en los de aquella lánguida beldad, que por un raro efecto del licor que habia gustado, se entregaba, sin ser dueña de sí misma, á la lubricidad de su perverso director. La postura en que habia quedado era la mas propia para escitar los deseos de un amante. Reclinada sobre los almohadones del sofá, uno solo de sus piés tocaba el suelo, y la entreabierta boca despedia con trabajo su abrasada respiracion.....

Ébrio de placer contempló el astrólogo aquella obra perfecta del amor, y ansioso de apurar la felicidad que tantas veces habia deseado en vano, y entónces se le ofrecia con facilidad, iba yá á profanar torpemente el recato de la Reina, abusando de la peligrosa posicion en que él mismo la colocára; tocaba ya al término de su dicha.... nada le faltaba, sino aprovechar los instantes para consumar la iniquidad..... Abrióse la puerta del laboratorio, rindióse doña Constanza á un mortal desmayo, y el señor de Villena se presentó de repente en medio del aposento.

La congoja de la Reina, su desaliñada postura, la confusion, el terror, y desórden del judío, la lámpara apagada, las ventanas entreabiertas, que comunicaban al aposento débil y misteriosa claridad..... todo instruyó á D. Juan Manuel, á la primera ojeada, del peligro que corria el honor de su hija, si su hija no era criminal, y si llegaba á tiempo de impedirlo.

Quiso acercarse Samuel á la puerta en ánimo de huir, sabiendo bien la mala andanza que le esperaba, pero en vano, porque el ofendido magnate apenas conoció su intencion, le asió con fuerza por la garganta y desnudando la daga,

—¿Pensabas escapar de mi cólera? le gritó: infame seductor: ¿ignoras que el que una vez tiene la desgracia de ofenderme, no lo vuelve á contar? Ahora pagarás todas tus maldades.. Ven acá.... y lo arrastró con fuerza hasta la mesa. Una sola palabra..... responde con verdad, y será la última que pronuncies, le dijo con reconcentrada furia..... habla.... ¿La Reina ha sido cómplice de tu crímen....? ¿es verdadero ese letargo, en que la miro sepultada...? ó acaso el susto de mi venida.....

—¡Ah! noble señor, piedad para ella y para mí, clamó el judío, que creyó escapar mejor del peligro, echando un borron sobre la conducta de doña Constanza. La casualidad nos ha reunido.... vino á consultarme.... ¿Os parece D. Juan, que yo tuviera suficiente audacia para aspirar.... ¡misericordia! por Dios no me mireis así.... yo soy un pobre judío.... un esclavo vuestro.... ella..... puesto que deseais la verdad, os la diré.... Sentóse la Reina en el sofá, y yo le manifesté mi agradecimiento por la honra....

Le introdujo tres veces la daga en el corazon,
y desapareció.

—¿Y luego....? esclamó el de Villena.

—Me hizo sentar á su lado: mirad, valiente D. Juan, la infeliz se lamentaba de.....

—¿Y despues....?

—Despues, yo la consolaba con mis consejos y.....

—Vamos; despacha.....

—Pero si no me dejais.....

—Despacha, digo, ó te mato.

—No; no, tened compasion.....

—¿Acabas?

—Ah! sí, sí; ella me dijo con ternura: ven á mis brazos, Samuel; hace tiempo que te amo; véngame del ingrato Alfonso.....

—Maldicion eterna sobre tí, gritó D. Juan Manuel, sin darle tiempo á seguir, y al mismo tiempo le introdujo tres veces la daga en el corazon.

Cayó el hijo de Abenuez en tierra con estrépito, revolcado en negra sangre y salpicando con ella los vestidos de su matador, que espantado de lo que acababa de hacer, se dirigió maquinalmente á una de las ventanas del laboratorio. Abrióla de par en par, y arrojándose por ella, desapareció de la corte para siempre.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Diálogo al aire libre y supersticiones del siglo XIV.

EDIA noche poco mas ó menos sería, cuando el escudero del caballero Negro llegaba á una de las calles de encinas que cubrian todo el terreno, desde el contorno de la ciudad hasta las faldas del Arlaban. Arrimado á uno de estos árboles, á cuyo tronco acababa de amarrar el freno de arrogante corcel, mientras sujetaba al brazo izquierdo las riendas de otro no tan rollizo, aunque asimismo de color oscuro, parecia entregado á desosegados pensamientos, al paso que procuraba guarecer su cuerpo de la menuda lluvia que caia, con las peladas ramas, único abrigo de aquella soledad.

En aquel instante era tambien Jaime el solo ser racional, que honraba con su presencia unas llanuras, que si bien por lo pintorescas y caprichosas cautivaban la vista, no gozaban de la mejor reputacion en el pais. Los habitantes del campo estaban muy distantes de atreverse á cruzar, despues del toque de oraciones, por las inmediaciones de la arboleda, y una antigua tradicion señalaba este sitio como teatro de una mortandad horrorosa, sucedida en reñidísima batalla de romanos y numantinos. La supersticion de los naturales habia añadido á tan vieja historia el correspondiente adorno de apariciones, inherente á todas las que en tales tiempos andaban en boca del vulgo, y aseguraban que todas las noches, cuando la luna reflejaba su pálido brillo sobre las aguas del Avendaño, se levantaban los guerreros sepultados en aquel terreno, habia mas de mil y cuatrocientos años, armando todos juntos horroroso estrépito de armas y gemidos, cual si de nuevo pugnasen por sostener los derechos de las dos naciones, á que pertenecieran. Otros eran de opinion que el desaforado gigante, á cuyo disforme brazo estaba encargada la guarda del Zadorra, que riega cubierto de espadañas y sauces esta parte de la ciudad, reposaba y secaba sus miembros por la noche entre las encinas, siendo pocos entónces los que se hubieran aventurado á perturbar su sueño, frecuentando unos sitios, que daban pábulo á tan absurdas como creidas relaciones.

De estos pocos era Jaime, quien haciendo de la necesidad virtud, no las tenia todas consigo, ni se hallaba muy tranquilo en semejante soledad; y mas de una vez hubiera dado al traste con su poca paciencia, prorumpiendo en quejas y amenazas, costumbre adquirida en la vida errante, á no temer la lanzada de esforzado héroe, si se le antojaba sacudir, para espantarle, el letargo de algunos siglos. Mas como no es dado al hombre callar eternamente, y no tenia á mano viviente con quien departir, si se esceptuan los caballos, á estos se dirigió su mal humor.

—No estarás quieto, por San Millan, maldito *Relámpago*, sin tanto batir la tierra con piés y manos.... nada; es hablar á sordos. Con todo, no ha llegado el tiempo de hacer alarde, *Moro* mio, y pluguiese á Dios, que todos fueran desafíos y batallas entre hom-

bres de carne y hueso, como nosotros: poco me importaria entónces el riesgo de mi vida, amparado por la espada de mi señor; pero ahora... despacio, despacio, *Moro*.... estarse uno con los brazos cruzados en esta hechizada arboleda, esperando á que las brujas tengan la humorada de llevárselo por esos aires caballero en un mango de escoba.... Calle.... ¿de dónde será aquella luz....? ¡Otra vez, *Relámpago!* ¡Gé....! quieto digo.... Apuesto á que las tales endemoniadas se preparan á la sagrada ceremonia.... No, pues no le arriendo la ganancia al diablo, si esta noche ha de tener tanta paciencia como necesita, y luego cata ahí que arman una zambra de los demonios, y rechinan los dientes, y se sacuden sendos golpes con huesos de calaveras desenterradas.... está visto; no cesaréis de golpear la yerba, como si en ella hubiese algun tesoro.... Mas hé aquí otras pisadas diferentes de las vuestras, continuó despues de una corta pausa; el cielo quiera que sea el caballero. Sí.... no.... pues camina con calma, por los cuernos de Satanás, y si es él no debe tener tanta prisa como enantes dijo.

En esto oyó un silvido que le era bien conocido, y alegre sobremanera respondió con otro. Relinchó tambien *Relámpago* el reconocer á su dueño, y el caballero Negro, seguido del misterioso sepulturero de Santa María, se presentó poco despues delante de él.

—Démonos prisa, esclamó el primero; quizá lleguemos demasiado tarde y entonces.... Detúvose aquí, pero los últimos rayos del astro de la noche alumbraron una mirada de furor, que dirigió hácia el pomo de la espada.

—Sí; corre, vuela, y venga de una vez tantas injurias, dijo su compañero. Yo entre tanto rogaré al Omnipotente te dé su ayuda, para purgar la tierra de semejante mónstruo.

—¿Y estais cierto de que haya ido á Almazan con ese intento?

—Tan cierto como de la sangre que corre por tus venas. Ya te dije que temiendo la curiosidad del conde Osorio y del infame espía, cuando impensadamente subieron á la torre, procuré inspirarles miedo, no dejando de tenerlo yo muy grande, por haber querido saber el favorito á donde conducia el lóbrego corredor, que comunica con la escalera secreta, por la cual se baja á la parte del

cementerio destinada á nuestro albergue. No sé lo que respondí, mas eché de ver que la supersticiosa credulidad de Álvar Nuñez me habia tomado, sino por un ser estraordinario, á lo menos bastante poderoso en aquella torre, para hacerle temblar; y seguro de que no se aventuraria en las revueltas del callejon estrecho, me separé de ellos quedándome empero en uno de los primeros caracoles de la escalera, con ánimo de escuchar lo que hablaban.

—¡Oh rabia! gritó el campeon: á ejercer tan infame papel os obliga la injusta sentencia de dos reyes, indignos de sus coronas.

—Desde allí oí al enviado de D. Jaime *el segundo*, prosiguió el campanero, asegurar que el señor de Villena proteje al Infante y le ayuda á hacerse dueño de la mano de su prima, Bien sabes que D. Juan, despues de haber dirigido el infernal complot contra la vida del Rey, huyó de la ciudad, y el de Osorio teme su retirada á Almazan. ¿Qué mas pruebas necesitas? ¿Crees por ventura que haya volado á guarecerse en sus viejas ratoneras de Vizcaya, teniendo á Alfonso tan inmediato?

—Maldicion sobre él, volvió á gritar el Negro, hiriendo el suelo bruscamente con el cuento de la lanza. Jaime, los caballos.... partamos.... ¡A qué detenerme mas....!

—Aun falta. No es D. Juan el mas perverso, aunque si el mas temible ahora. No obstante, fácil victoria se consigue de un rival declarado, pero ¡quién á sondear aprende el corazon de un intrigante cortesano!

—Esas palabras, señor.....

—Solo te dicen la verdad. ¡Pudieras dudar de mí!

—¿De vos? ¡Ah! Perezca yo primero. ¿Soy acaso dueño de hacerlo?

—Pues bien; la tempestad, harto tiempo anunciada, va á descargar al fin, sino conjuramos la nube. ¿No me entiendes? Digo que los temores de la infanta doña María de Almazan están á punto de realizarse, y la inocente Blanca será pronto despojada de la herencia de su padre. Álvar Nuñez dirige el golpe con mas acierto que Garci-Laso.

—¡El Conde! ¡Qué oigo! ¡A un traidor pues, á un fementido con-

sejero encargué yo la guarda del Rey! Tal vez cuando me detuvo en la calle, despues de apaciguado el alboroto, venia de poner el sello á la mas negra perfidia.... de conferenciar con un enviado de los enemigos de Alfonso, en vez de defenderle.... y tambien contra Blanca..... ¿Dónde está, señor, la hidalguía de los caballeros de Castilla?

—Jóven eres y no acostumbrado á tan viles manejos...: pero ¿á qué buscar en otra parte pruebas de maldad, que tienes á la mano? ¿No fuí despojado de todo....? yo...: nacido para empuñar el cetro?

Un récio suspiro dejó escapar á este amargo recuerdo el pecho del hombre de la torre; permaneció pensativo algunos minutos, y luego añadió:

—De nada sirve ahora entretenerse con dolorosas memorias; aquello pasó y no volverá; cada dia me felicito mas de mi irrevocable resolucion, y bendigo la sentencia inícua de mis enemigos. Probemos sin embargo que éramos dignos del brillante puesto á que el cielo nos destinára, impidiendo las maniobras que despedazan nuestra desventurada patria. Ya no te detengo; parte, y si es preciso, muere en defensa de tu dama y de tu Rey.

—Dadme vuestra bendicion, dijo el enlutado guerrero arrodillándose; con ella y el recuerdo de Blanca no temo los peligros; triunfaré del Infante, no lo dudeis, y mi brazo le arrancará la presa de las manos, si á tanto fuere osado.... pero vos...: ¿no temeis que los emisarios del Rey descubran el melancólico asilo....?

—No pienso permanecer en él...: en Valladolid me encontrarás, si antes no nos hallamos, esperando el momento deseado de darme á conocer. Al presente sería una locura arriesgar.... pero estoy abusando de tu cariño. Vete, pues, y el cielo oiga los votos de un...

No pudo proseguir, porque el llanto ahogó su voz; estrechó al jóven entre sus brazos y éste, pronunciando un nombre demasiado grato para ambos, montó de un salto sobre *Relámpago* y seguido del escudero desapareció entre los árboles. El sepulturero volvió taciturno á encerrarse en el campo-santo de Santa María.

La luna empezaba entónces á ocultarse bajo un manto de negras

nubes, que poco á poco fueron estendiéndose por el horizonte y gruesas gotas de agua, precursoras de una tempestad, reemplazaron á la escasa lluvia, que primeramente habia caido. Dejáronse oir los récios embates del viento abrasador de mediodía, y sus silvidos, al abrirse paso por el enmarañado bosque de encinas, que á una imaginacion poética sirvieran para describir los gemidos de las almas condenadas al Tártaro, hicieron mas imponente la oscuridad. Solo una trémula luz, la misma que habia visto Jaime, á larga distancia, erraba semejante á la mas alta de las estrellas, que en las claras noches de enero suele aparecer de cuando en cuando en el firmamento, como señal de funesto augurio, y el silencio mas profundo, interrumpido á veces por los ahullidos del estraviado lobo, reinaba en la dilatada llanura, completando la escena los desiguales ecos de la campana de los dominicos, que el viento hacía voltear, llevándolos hasta los mas apartados barrios de Vitoria. La lechuza de Santa María huia espantada á refugiarse bajo las sagradas bóvedas y el Zadorra dejaba oir un ruido sordo, que por grados se fué aumentando, hasta que el huracan redobló de golpe sus bramidos. Este fué el principio de la tempestad. Cruzáronse los relámpagos en todas direcciones, sirviendo su pasagero resplandor para hacer más horrorosas las tinieblas que le sucedian: torrentes de agua caian de las preñadas nubes, y no tardó en retumbar el trueno, produciendo otro ménos fuerte, que fué seguido de un tercero, hasta que nuevos reflejos del relámpago volvian á deslumbrar los ojos del caballero Negro y de su escudero, aterrado con tan magestuoso ó incómodo cuadro.

—Buena la hemos hecho, señor caballero, dijo el último: la noche es á propósito para pasarla al raso.

—Algo mala está, pero no es esto lo que me acongoja, sino que con esta agua no pueden caminar los caballos, respondió el Negro.

—Mirad como sacude el *Moro* las orejas, señor, no, pues no digo nada del lodo que se ha formado ya. Mala tierra: mas valdria trotar por un precipicio. Si digo, que es imposible salir, en lo que resta de la noche, de semejante fangal.... ¡No me ois, eh...! Cómo ha de ser.... ni hablar se puede con este viento, que Dios confunda.

—Habla, habla, esplaya tu mal humor á tus anchuras, que eso me distraerá algun tanto de la incomodidad de la noche.

—¡Oh! si por eso es, yo tengo en mi mollera bastante caudal de bellas historias, que disiparán vuestra melancolía. ¿Quereis que os cuente la famosa batalla de Roncesvalles? ¿O aquella otra no menos reñida, cuando solo el bendito apóstol Santiago mató cien mil moros? Una hermosa historia, os lo juro, y se la he oido contar muchas veces al santo Abad del monasterio donde me criaron. O si preferís que cante el romance de D. Gayferos, que diz que jugaba á las tablas, olvidado de la sin par Melisendra, aunque hablando verdad, tengo recelo de mezclar mi tono con el del huracan, pues oido hé que acaecen desgracias.

—Esos son cuentos de viejas, Jaime. ¡Cuántas veces te tengo advertido que no des crédito á semejantes visiones! Pero tú siempre en tus trece.

—Lo de resucitar un muerto, bien lo veo, señor caballero: harto me digísteis acerca de este asunto, la última vez cuando de Francia veníamos; pero á lo menos no me negaréis que los diablos pueden andar sueltos y volar por encima de los árboles, en una noche como esta.

—Hombre ven acá. De qué materia te parecen formados esos que nombraste?

—Esa si que es pregunta. El buen Abad del monasterio, que era un bendito, decia que muchos emperadores y reyes y caballeros y escuderos, iban despues de muertos á arder en el infierno; y que los mas valientes gobernaban á los demás y se volvian diablos. Por lo que columbro, que vuesa merced, y no lo digo por ofenderlo, sino por manera de entretenimiento, puede ser diablo, despues que deje de vivir.

—Ahora bien: suponiendo que tengas razon, dijo soltando la carcajada el caballero Negro ¿puedo yo volar por el aire?

—Alto ahí y no reirse tan récio ¿quién sabe qué oidos pueden estar abiertos en ese bosque? Por lo demás, bien veo que vuesa merced no puede volar, ni sostenerse dos cuartas mas arriba de *Relámpago*, pero es que en siendo diablo, hay mucha diferencia. Tie-

nen ellos sus ciertas mañas allá, y luego como Dios lo dispone, segun decia el Abad....

—Dios no dispone nada de eso y el Abad mentia como un judío, buen Jaime; yo apuesto á que jamás ha visto un diablo, como no fuese soñando.

—No digo lo contrario, y en cuanto á este punto hagamos treguas. Mas confesar habeis, que las hechiceras se pasean en sitios solitarios á la claridad de la luna. Hoy por lo menos estamos libres de ellas, si ya no damos de hocicos en su madriguera, y á mi juicio es lo que debemos esperar.

—Preciso es, Jaime, que el monasterio donde te criaste sea una almoneda de necedades, ¿De dónde te avino imaginar tantas baratijas? Yo creia que el largo tiempo, que has pasado en compañía de tantos guerreros, te habia curado bastante de esas manías; mas ya veo que nada hemos adelantado....

—¿Con que tambien despreciais las brujas, eh? ¡Cuerpo de mí! Está visto que nada os hace fuerza. Sois como la armadura que llevais puesta. Yo quisiera solamente me dijérais lo que haríais, si repentinamente se os pusiese delante formidable endríago, ó chillador ejército de magas con sus melenas destrenzadas.....

—Como no creo tus pronósticos, tampoco puedo asegurar el partido que tomaria. Únicamente afirmo que todos los duendes, trasgos, enanos y encantadores, que tienes metidos en esa vacía cholla, nunca me harán volver pié atras.

—Bueno, bueno; ya sé que á nadie cedeis en esto de manejar espada y lanza. Dios os preserve de ellos.... ¡Ah! ¿Sabeis lo que voy pensando? que sería mejor guarecernos, hasta la mañana en alguna parte; no lo digo por mí, y ya sabeis que á vuestro lado se me hacen ligeros los mayores trabajos; pero los pobres caballos.... vamos, esto no se puede sufrir. Adelante, *Moro*, adelante; no falta mas sino que ahora des en encabritarte.

—Si por mi descuido he de ser tan desgraciado, que mi enemigo tenga anchura para egecutar su empresa, primero ver quisiera uno de esos rayos caer sobre mi cabeza, que guarecerme de la tempestad.

—No hagais tan poco favor al viejo Rodrigo.... porque yo me figuro que vamos á Almazan, al castillo de doña Blanca, y esto lo he sacado de lo poco que os oí hablar con el buen Guzman....

—¿Quién es Guzman?

—Ese que tiene á su cargo enterrar los muertos en Santa María.

—¡Ah! es verdad.... habia olvidado su nombre. Con efecto, bien entendiste, pues nos dirigimos á Almazan.

—Decia pues, señor, que el escudero Rodrigo no es tan menguado, que entregue la fortaleza sin defenderla: Ya sabeis que ha manejado la espada en mas de una ocasion, y luego pocos le igualan en eso de tener apego á sus amos.

—No temo que asalten el castillo, Jaime; pero el infante D. Juan no debe andar léjos, y es mi contrario.

—¿Pues hay mas que atravesarle de una lanzada? ¿No lo desafiásteis junto al Zadorra?

—Sí: el deseo de hacerme notar del Rey, antes de descubrirme, me obligó á impedir el paso del puente á uno que creia de su comitiva; era el mismo Alfonso en persona; pero con él venia D. Juan. ¡Infame! A duras penas recogió el guante que le tiré.

—Bueno; mas al fin lo alzó del suelo, y tiene que responder al reto.

—¡Oh! Yo te aseguro que responderá. Tiene fama de valiente.

—Y apuesto á que solo por encontrarle, nos hemos arriesgado á quedar sepultados en estos lodazales.

—Dices bien; urge el peligro de mi adorada Blanca, murmuró el caballero, como respondiendo á sus propias ideas.

Aquí dió fin la conversacion. Atravesaban entónces un profundo barranco, situado á la estremidad de la arboleda, y el agua azotada por el huracan les daba de cara. Los caballos empezaban á impacientarse pues sus fuerzas se estrellaban contra la tempestad, y por mas que Jaime miraba hácia al oriente, cada vez que la ventisca se lo permitia, no veía mas que tinieblas. Salieron con mucho trabajo al escampado, pero creyeron ser arrebatados por el huracan, no teniendo éste el estorbo de los árboles, que antes contenian la mitad de su violencia, y conoció entónces el caballero que, si habia

de caminar al dia siguiente y hallarse en Almazan, á tiempo de estorbar los designios del Infante, á cuyo solo recuerdo sentia hervir la sangre en todo su cuerpo, era necesario guarecerse y descansar, cuando menos hasta que amaneciese, como el escudero habia propuesto.

—¿Pero á dónde dirigirme en esta interminable llanura? esclamó inmediatamente que aquella idea se presentó á su pensamiento. Si á lo menos esa luz fuese de algun castillo.... pero no; no hay en estas soledades mas fortaleza, que ese desamparado alcázar de Betoño.

—Dios nos libre de caer en él, dijo Jaime, si son ciertas las cosas que se cuentan. Mas ya que hablásteis de esa luz, que estamos viendo toda la noche, bueno me parece acercarnos y ecsaminar de donde sale, aunque tengo para mí, que han de andar brujas en la danza.

—Mejor creo yo tropezar con alguna caverna de bandidos. Pero sea lo que quiera, puesto que no hay mas remedio, dirijámonos á la luz. Todo será una aventura mas, y aunque no deseo encontrarla, antes de estar en Aragon, no puede en conciencia el que se diga buen caballero dejar de acometer los peligros que se le presentan. Vamos pues, y suceda lo que suceda, mejor valdrá repartir media docena de tajos y otras tantas lanzadas, que no estarse uno remojando al raso, sin adelantar camino.

—Reparad, señor y amo mio, que si son brujas, descargaréis vuestra espada en el aire, porque yo me sé que esas señoras tienen un cuerpo muy delgado y sutil.... ¡qué! Si digo; es peor, mil veces peor que el castillo de Betoño. ¿Habeis estado en él alguna vez?

—No: jamás.

—Ni yo tampoco; pero el Abad del monasterio me contó, no há mucho tiempo, tales cosazas del castillo, que hacen erizar los cabellos. Sobre que el mismo Abad, que es un santo hombre, temblaba al referirlas.

—¿Otra vez el Abad y los cuentos de duendes?

—Si, señor; el Abad. Yo quisiera que le conociéseis, porque, mirad; sabe leer en esos que los judíos llaman libros, y no solo

habla como nosotros, sino que á ratos se le escapan conversaciones enteras de latin, que debe ser lo mas malo de aprender en este mundo, porque nunca me puedo hacer entender una palabra. ¡Ah! ¿Y los duendes, decís? Pues, señor, habeis de saber.... ¿Supongo que deseais os diga la historia del castillo de Betoño?

—Ya que no podemos hacer otra cosa mejor, mientras llegamos á la estrella que seguimos, puedes contar esos absurdos de tu amigo el Abad.

CAPITULO II.

Del plan que habia formado D. Juan *el Tuerto* para conquistar la mano de doña Blanca.

Cuando el capitan Fortuna entró en la caserna, despues de la llegada del infante D. Juan á Almazan, encontró á sus soldados alegremente entretenidos alrededor de sendas mesas, cubiertas de sabrosos tasajos de puerco.

—¡Hola, perillanes! ¿Tenemos francachela? esclamó despues de saludar á una enorme bota que uno de ellos le presentó. Me alegro, me alegro por los cuernos de Lucifer, con eso espantaréis mas pronto las mozas que topeis por el monte, porque como decíamos en Italia, *col Bacco e*...: ya no me acuerdo.

Todo el mundo se puso en pié por respeto al Capitan; mas haciendo éste una señal con la mano, á manera de Rey, volvieron á sus puestos convidándole primero á tomar parte en la refaccion.

—Con mucho gusto, camaradas, les dijo tomando asiento en medio de ellos; y no direis de mí que soy un mal amo. Anda, *Tígre*, á mi bodega particular y trae una docena de frascos de aquel licor, que pasó á nuestras manos desde las ancas de la cabalgadura del rico mercader de Valladolid.

Salió de un brinco el que llevaba el nombre de la fiera, y no tardó en volver con un canasto lleno de vasijas de cristal, á cuya vista regocijados todos, empezaron á gritar: Viva nuestro Capitan; vivan el vino y los asaltos.

—¿Qué es eso? nada de bulla, mientras no se desocupen estas redomas, dijo Fortuna: despues podeis gritar hasta despertar al diablo: ya sabeis mis órdenes; habiendo enemigos que combatir chito la lengua; á lo que estamos y buen provecho.

No era gente aquella para hacerse repetir dos veces lo que tan de acuerdo estaba con sus inclinaciones naturales. Embistieron de nuevo á las tajadas, remojándolas con abundantes libaciones, hasta que apurados los frascos, mas bien que satisfecho el paladar de los incansables bebedores, acudieron otra vez á la bota, que pasando de mano en mano, hubo menester henchirla de nuevo, cuya operacion volvió á repetirse, cual si nuestros valientes estuviesen condenados al suplicio de las hijas de Danas. Antes de concluirse la comida, si comida puede llamarse un beber tan infinito, las cabezas de algunos soldados habian dado la vuelta al mundo, y cuando les fué permitido hablar, lo cual, en el diccionario del Capitan, equivalia á decir cuando no hubo ya que beber, un curioso que se hubiera acercado, atraido por el estrépito que se armó en la caserna, diria que todos los trabajadores de la Torre de Babel se habian reunido en aquel punto. Cada cual estropeaba un idioma diferente: unos cantaban himnos á Baco y al amor; otros hacian el acompañamiento con los vasos; éste juraba que sobre las almenas veia un disforme dragon, cuyos ojos y boca vomitaban vino; aquel sostenia que habia temblor de tierra, y que todos sus compañeros, con las mesas y cuanto en ellas habia, daban vueltas en torno suyo jugando á la gallina ciega; mientras Fortuna, cuyas ideas no estaban mucho mas claras que las de sus soldados, se desgañitaba por

restablecer el órden, al paso que se entretenia en alargar sus descomunales piernas, cuando alguno pasaba inmediato á él, enredándolas con las de éste alguno, y haciéndole caer de hocicos.

Probablemente hubiera concluido aquella diversion con algunas cuchilladas, cosa harto comun entre aquella gente, si tres récios golpes, aplicados á la puerta por la parte de afuera, no hicieran á todos guardar silencio.

—Apuesto dos francos del grande, dijo Fortuna, á que el seor Rodrigo nos viene á predicar un sermon sobre la disciplina militar, si ya no nos encaja la relacion entera de la maldecida batalla del dia de San Juan del año de qué sé yo cuantos. Veamos. Y diciendo y haciendo, se levantó agarrado á la mesa; conoció que las piernas rebeldes le temblaban, y no queriendo de modo alguno dar á entender á sus súbditos que habia sido tan hombre como ellos, enderezó la talla, limpióse los vigotes y apoyado en la lanza, que rara vez soltaba y que entónces le era indispensable para sostenerse, se encaminó magestuosamente hácia la puerta, á la cual no llegó sin pararse tres veces, en medio de las curvas, que iban describiendo sus pasos.

—¿Quién llama? preguntó con voz entre áspera y burlona. ¿Quién se atreve á interrumpir con tales porrazos el consejo secreto que estoy presidiendo?

—Un amigo, le fué respondido; un desconocido, que pide tener la honra de comunicarse á solas con el Capitan de esa valiente compañía; un cualquiera, si quereis, pero que os trae gloria que ganar y buenas doblas que adquirir.

—¿Ois, muchachos? esclamó el Capitan descorriendo los cerrojos; tiempo es ya de que esa que Artal llama diosa, y cuyo nombre me pusieron, se acuerde de mí. Esto está claro y no puede haber emboscada; embolsar doblas es lo mas bello que en conciencia se puede ofrecer en este mundo á unos pobres diablos como vosotros. Y sin mas preámbulo, abrió la puerta de par en par.

Pero Calvillo, pues no era otro el que habia llamado, entró con desembarazo en la caserna, saludó militarmente al Capitan, paseó sus miradas por todos lados, tosió, escupió, limpióse los lábios

como un predicador de nuestros tiempos, que por centésima vez sube al púlpito para repetir á un pueblo entero, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

—Paréceme, dijo á Fortuna, que sois el mortal mas envidiable de la tierra, y es insufrible que un esforzado aventurero, que tiene á sus órdenes tan arrestada cuadrilla, permanezca encerrado en este nido, entregado al ócio y dejando que el orin inutilice sus invencibles lanzas.

El Capitan creció una cuarta al escuchar tan lisongera introduccion; todos los soldados se pusieron en pié, queriendo dar una prueba de cortesía á quien sabía apreciar con tanta justicia su valor: el espía prosiguió diciendo:

—Soy enviado por el muy poderoso infante D. Juan, llamado vulgarmente *el Tuerto*, porque malas lenguas suponen que solo tiene un ojo, y que á la hora de esta está solazándose á sus anchuras con vuestra amable señora doña Blanca, para comunicaros de su parte, que esta noche, despues de las doce, os halleis reunidos en el patio grande: porque habeis de saber que los castellanos, con su Rey á la cabeza, han jurado tomar este castillo por asalto, y degollar á cuantos en él se encuentren, para lo cual viene hácia aquí apresuradamente un poderoso ejército.

—¡Demonio! exclamó el Capitan en tono balbuciente. ¡Pues hay mas que ganarles por la mano! A las armas, mis leones; vayan afuera esos frascos, que de nada nos sirven ahora; ármese todo el mundo, repito, y yo os conduciré al bosque, por donde tiene que pasar el enemigo, antes de llegar aquí: nos ocultaremos, y si es preciso, subiremos á los árboles. ¡Oh! yo os prometo que haremos buena caza.

—Alto ahí, Capitan, le atajó Calvillo, si no quieres dar al traste con el plan mas bien concertado del mundo. Habeis de saber.... pero esto no se puede decir á gritos, añadió en voz baja, ó hizo una mueca al gefe, que le comprendió perfectamente.

—Camaradas, dijo el último á los suyos, ya sabeis que cuando se prepara una batalla, solo el general debe conocer el plan de ataque. Por lo mismo, podeis en todo caso limpiar vuestras armas y

pascaros por la muralla, hasta recibir órdenes. Todos obedecieron inclinándose con respeto antes de desocupar la caserna.

—Son unos corderos á mi voz, prosiguió el Capitan frotándose las manos con orgullo; comen, beben, rien, duermen y pelean, y todo á mi voluntad. Soy un verdadero Rey, y no tiene D. Alfonso *el onceno* tan fieles servidores. ¿Qué te parece de esto, amigo?

—Cierto, respondió el espía; con una veintena de esos tunantes se pueden hacer prodigios, mas tratemos ahora de lo que principalmente interesa. Doña Blanca quiere entregar el castillo al Rey, para aplacar su enojo, porque D. Alfonso achaca á la heredera de Almazan haber protegido la fuga á Aragon de algunos nobles, que le eran contrarios. Así pues, si esperamos en esta jaula dos dias, vienen los castellanos, doña Blanca nos abandona, se pasa al Rey mientras nos defendemos, y se acabará la fiesta colgando de las almenas, como es costumbre, á todos los que hagan resistencia.

—Mala pintura, malísima por cierto, dijo Fortuna, pasándose la mano por la garganta.

—Óyeme ahora lo que hay dispuesto, continuó Pero. Don Juan penetrará esta noche á deshora en el aposento de las damas y robará á doña Blanca para impedirla que haga traicion á sus fieles vasallos.

—Bien hecho, por San Judas.

—Tú con la compañía espantarás á los hombres de armas y escuderos, que nos estorben el paso.

—Que me place.

—Pediremos á Rodrigo las llaves de la puerta principal.

—Se las arrancaré con el pellejo, si se resiste.

—Y saldremos en buena armonía del castillo, dejando á la vieja doña María y á sus criados el cuidado de entregarlo al Rey.

—No se untará los lábios el de Castilla con tan lindo bocado. Yo sabré destacar media docena de tunos de los de mi gente, para que, mientras desalojamos nosotros, peguen fuego á las torres y todo se lo lleve la trampa.

—Ya dispondremos eso cuando llegue la hora, dijo el espía, no queriendo disuadir de aquel intento al Capitan por entónces, aunque

fuese contrario á las miras que él y D. Juan se proponian. Ahora conviene, añadió tomando la mano del aventurero y metiéndole en ella una sortija de muchísimo precio, que vuestra gente se recoja y descanse, hasta la hora aplazada. La señal será una luz en la tercera ventana de la pared del norte, que mira á la selva, y tres palmadas.

—Entiendo, entiendo, respondió el Capitan, examinando la sortija con avaricioso afan. Es joya rica y regalo propio de un príncipe, que puede contar conmigo hasta el último punto: y cuando digo conmigo, se entiende tambien con esos perillanes, que solo están pendientes de mis lábios, para hacer y deshacer cuanto se me antoje.

—Adios pues, Capitan; hasta media noche.

—No haré falta; *bonne soir*, como dicen los franceses. ¡Ah, camarada! Un punto esencial. ¿Qué será de mí y de mis guapos, despues que acompañemos al Infante á salir del castillo con su robada doncella?

—Sereis libres de vuestros empeños con ella, si ya no preferís seguir á D. Juan á uno de sus castillos de Vizcaya. Para todo caso imprevisto, se os contarán mil doblas apenas dejemos á nuestra espalda el vecino bosque; esa prenda que has recibido es una muestra de nuestro pacto y como por via de regalo.

Apretóle la mano el Capitan lleno de contento y se separaron. Un momento despues llamó á su gente y la encerró en el cuartel, previniéndoles estuviesen prontos para aquella noche, en la cual habria indudablemente qué hacer en su oficio. Dejó escapar como por casualidad algunas palabras acerca de unas mil doblas, como fruto de su trabajo y deseándoles un buen sueño, fué á tenderse él mismo en un enorme sillon, que solia recibir el peso de su cuerpo, cuando éste no se hallaba en disposicion de ser colocado cómodamente sobre la cama de la habitacion, que le estaba destinada al otro lado del castillo.

Ninguna señal hacía presentir á la bellísima heredera la desgracia que aquella noche la amenazaba. El cielo se manifestaba puro; la naturaleza en calma. Largo rato acompañó á su madre, despues

que el Infante las dejára solas, y ambas procuraron desterrar del pensamiento la poco agradable plática que habian tenido con aquel orgulloso pariente, hasta que siendo bastante entrada la noche se despidió cariñosamente de doña María y seguida del gracioso pagecillo, que siempre la acompañaba y de la anciana Matilde, cuya fiel asistencia pagaba con la mayor ternura, entró en su dormitorio.

Matilde habia visto nacer á Blanca; sus brazos la sostuvieron en la infancia y mas bien que sirvienta era la compañera de su madre. Juntas lloraron la ausencia del señor de Almazan, cuando impelido de fogoso ardor, voló á tomar parte en la guerra contra Granada, de donde no debia volver; juntas estaban, cuando el buen Rodrigo, volviendo de aquella desastrosa espedicion, llenó de luto el castillo, con las primeras noticias del trájico fin de su querido amo y doña María debió entónces la ecsistencia á los cuidados de la solícita Matilde. La estimacion con que por esta causa la miraba Blanca no tenia límites; era depositaria la anciana de sus mas secretos pensamientos, y si bien de dia sacrificaba el placer de participarle el constante amor que abrigaba hácia el enlutado aventurero, por permitirla que acompañase á doña María, desquitábase por la noche á sus anchuras de tan justa, pero dolorosa privacion. Dormia Matilde en el mismo aposento de la heredera y ¡cuántas veces las encontró el primer reflejo de la aurora, haciéndose lenguas del noble talante y gallardía del arrojado paladin de las armas negras! ¡cuántas suspiraba Blanca, al acordarse de su rendimiento y de las últimas palabras que le dirigió al partir! Aquella misma noche, que tan funesta habia de ser á su reposo ¡con qué dulce emocion enumeraba á Matilde las brillantes prendas de su campeon!

—¿Habrá cumplido ya su juramento? decia embelesada. ¿Habrá desengañado al rey de Castilla? O bien, víctima de su esforzado ánimo, habrá perecido en desigual pelea...? Y una ardiente lágrima se desprendió de aquellos ojos celestiales.

Abrazóla Matilde tiernamente y la respondió:

—Por el conocimiento que mis antiguas desgracias me han dado acerca de los hombres, te afirmo, querida y jóven amiga, que el caballero negro no tardará en presentarse en Almazan, si es real y

verdadero el amor que te ha jurado. Dícelo la presencia en el castillo de ese mal Infante, á quien estás muy léjos de conocer á fondo, y cuyas intenciones, segun me tienes dicho, ha mucho tiempo que no se ocultan á la vigilancia de tu amante. Él sabe, á no dudarlo, que el Infante quiere ser señor de tus estados, para desde ellos maquinar contra el Rey.

—Y á estas nuevas, publicadas en la corte, debo tal vez que D. Alfonso haya formado el designio de arrojarme de la herencia de mi padre.

—Esta es una asechanza de los muchos enemigos, que *el Tuerto* tiene en Castilla: por lo demás nada temas; puesto que el de las armas negras no te ha enviado mensage alguno, el peligro está lejano.

—Sí: quiero creerte, amada Matilde. A pesar de los tristes presentimientos, que algunas veces me asaltan, el corazon me dice que veré presentarse á mi campeon, siempre que algun peligro me amenace. Así me lo prometió al partir.

—Y añade que, si ha sabido la venida á estas tierras de su despreciable rival, habrá volado ya en su seguimiento.

—Si vuelve otra vez mi amigo, dijo Julio, que habia escuchado el coloquio, yo le pediré, por la órden de caballería, que no nos abandone mas, para que mi hermosa Blanca no se vea espuesta á las visitas de ese guerrero tan feo y tan descomunal. ¡Si vieras que mirada tan horrorosa me ha dirigido al atravesar la galería....! No pude gritar de susto, porque has de saber que me quedé escondido detrás de la puerta y oí todo.... todo ¿entiendes? ¿Con que queria casarse contigo eh? Pues buena la hubieras hecho. ¿En cuanto á mí, ya tenia tomado mi partido. Si mi querida amiga se casa con ese brutal paladin, dije para mis dientes, buen provecho; me escapo del castillo y me voy á encontrar al caballero Negro.

—Calla habladorcillo. ¿Sabes que no me agrada tanta curiosidad?

—¡Oh! Esa no es mucha, repuso el page. Tambien he visto á un criado, que ha traido el feo, atravesar mucho despues el corredor grande, bajar muy despacio las escaleras, pasar el patio y me-

terse despues.... ¿dónde direis? En la caserna, donde los de la compañía franca, con su capitan á la cabeza, se han estado emborrachando todo el dia. Yo lo observé bien, y ví salir de allí al criado muy alegre.... no, espera; primero salieron los soldados, pero él tambien salió luego, mirando á todas partes, y yo me puse á jugar á los caballeros con un palo entre las piernas, pero aquel tunante me detuvo y me dijo: Mira, bribonzuelo; como cuentes á alguno que me has visto aquí, te he de cortar las orejas.—Yo callé como un difunto y ¡qué! ni podia hablar tampoco, porque se me puso un nudo aquí en el pescuezo.... pero despues seguí al criado poquito á poco y ví que se metia en el cuarto, donde está el caballero.

Antes que Julio acabase de hablar, las miradas de Blanca y su amiga se habian encontrado muchas veces.

—¿Tendrémos algo que temer de tan vil huésped? preguntó la primera con inquietud.

—No sería cosa imposible, atendido el carácter de D. Juan, respondió Matilde. No hay sin embargo motivo alguno para asustarnos, porque ¿qué puede emprender él solo entre tantos hombres de armas?

—¡Ay amiga mia! todo lo debo temer, ausente de mi defensor. Esa visita á la caserna.... las amenazas á Julio....

No prosiguió. Tres palmadas, que las dos amigas y el page oyeron distintamente, detuvieron entre los lábios la frase que Blanca iba á pronunciar. La campana del castillo acababa de anunciar la media noche.

Abrió Matilde la ventana con resolucion, mas ¡cuál fué su asombro, al notar que los soldados abandonaban la caserna, y se reunian en el patio con el mayor silencio!

—¡Somos perdidas! esclamó la doncella al divisar al capitan Fortuna, en medio de ellos; pero impelida al mismo tiempo por una fortaleza de espíritu, que la hacía asemejarse á su desgraciado padre, corrió á la puerta de la habitacion, para asegurarla..... ¡Nuevo sobresalto! Acababa de abrirse de par en par y por ella entraba.... D. Juan *el Tuerto* seguido de Jucef y de Pero Calvillo.

CAPITULO III.

El castillo de Betoño.

Ahora nos vemos en la precision de anudar el hilo de nuestro relato, volviendo al punto en que dejamos al caballero de las armas negras, departiendo mano á mano con su escudero, cuando ambos se dirigian al castillo de Betoño.

—¡Absurdos! esclamó el segundo, contestando á las últimas razones de su señor. Pues como iba diciendo, el castillo, de que hablamos, era del infante D. Juan, padre de ese D. Juan, que ora trae tan incomodado á vuestra merced. Dicen que aquel D. Juan se apoderó de él á viva fuerza, pero el sábio Abad creia que lo heredára de un antiguo caballero de la casa de los señores de Lara, con quienes tenia parentesco algo remoto. Mas esto nada hace al caso, como decia el Abad, que está muy al corriente en esto de desatar dificultades y otras cosas. El asunto es, que antes de

partirse el Infante para la guerra de Andalucía, dejó á un viejo escudero en Betoño, con el cargo de cuidar la fortaleza y tenerla por él contra cualquiera enemigo; cosa muy acertada y propia de la prudencia de aquel príncipe, que murió atravesado, ó sofocado, pues en esto no andaba muy seguro el Abad.....

—El hecho es que murió y poco importa el cómo, dijo el caballero Negro y si me apuras, ni aun falta hace saber si murió, ó no murió, para tu historia. Al grano y piense el Abad lo que se le antoje.

—Voy allá, voy allá.... ¡Qué génio! respondió el escudero. Pues como digo, el viejo conserge se llamaba.... se llamaba.... Rodri.... no; no era ese ... Enrique.... menos. ¡Voto á mi poca memoria! ¿Cómo diablos se llamaba el escudero....?

—Tampoco interesa su nombre para el caso. Sigue adelante, y llámese Ruy-Pero.

—¡Ruy-Pero! justamente.... ese era el nombre. Se lo oí al Abad muchas veces, pero ¿cómo sabíais que el criado se llamaba Ruy-Pero? Sin duda debeis estar enterado de la historia y si es así, adios el gusto que tendreis en oirla de mi boca.

—Ya te he dicho que prosigas tu relacion. Aunque la escuché hace tiempo, apenas conservo de ella un débil recuerdo y la volveré á oir como nueva.

—Siendo así, voy á anudar el hilo. Sucedió entónces.... mas ¿dónde estaba....? ¡Ah! ya me acuerdo; en el criado: pues bien; el criado se llamaba Ruy-Pero, y Ruy-Pero tenia una hija, que asimismo se llamaba Inés, y Inés era muy hermosa, y por esto y por otras causas, era tenida en grande estima por todos estos contornos. Se me olvidaba decir, que la madrastra de Inés, porque Ruy-Pero se casó dos veces, con harto disgusto de su señor, el Infante, que le aconsejaba cuidase de la muchacha, y la estableciese, dejando para despues el pensar en nuevas bodas; pero de nada servian los consejos, con un hombre mas testarudo y terco que este huracan.

—Bien; se casó ¿y luego?

—¡Oh! luego sucedió toda la historia, señor; tened una poca de

paciencia. Como digo, era el mismo diablo la tal madrastra; no que en sí fuese fea, ni jorobada: nada de eso, sino que era una cara de páscua, tenia el alma mas negra que un condenado. Añadíase que ya no era jóven, por mucho que se ataviase para parecerlo, y hé aquí todo el motivo de aborrecer á Inés y de causar todas sus desgracias. Yo os aseguro, que desde que el buen Abad me contó este suceso, no puedo ver á una vieja, ó que ha dejado de ser jóven, sin horrorizarme.

—¿Otra vez sentencias? Jaime ¿no puedes contar tu cuento sin rodeos? Poco distamos ya de la luz, y aun se me figura descubrir una casa.

—¡Casa! Dios la dé, respondió el escudero deteniendo su caballo. Mirad bien lo que haceis, señor, porque os protesto que en estos andurriales no he visto en mi vida casa ninguna, y mucho temo sea alguna congregacion de esas endiabladas brujas, porque solo ellas ó nosotros somos capaces de arrostrar una tormenta como esta. No me llame yo Jaime, sino son ellas, que se entretienen en alguna diabólica operacion.

—Eso nos toca averiguar, dijo el caballero, y te creeré de todo punto cuando las vea. Decias que era perversa la segunda muger del alcaide de Betoño.....

—¿Perversa? y mucho mas tambien. Era Lucifer en persona quien dirigia todas sus acciones, segun contaba mi Abad. Oiréis cosas que os dejarán tieso, si ya no lo estais de frio, como yo, con el baño que vamos recibiendo. Es el caso pues que, envidiosa aquella mala hembra de la belleza de Inés, que traia vueltos los cascos de muchos nobles de por aquí, la cobró tal ódio y ojeriza secreta, que determinó perderla y deshacerse de ella á toda costa; y el diablo, que nunca duerme, tardó poco en presentarle favorable coyuntura, para ejecutar su plan, como vais á ver. Una tarde estaba Inés en uno de los torreones mas altos del castillo, á tiempo que el infante Don Juan, no el Señor de Betoño, ocupado entonces en Andalucía, sino su hijo, el mas brutal y descomedido caballero de las dos Castillas, el mismo que desafiásteis en el puente de Arriaga.....

—Y por quién ahora pasamos tan mala noche, que habrá de pagar con costas, murmuró el enlutado.

—Sea en buen hora, prosiguió el criado: pues ese mismo, como iba diciendo, hacía muchos dias que endemoniadamente enamorado de la hija de Ruy-Pero, la perseguia ofreciéndole montes de perlas, para que se rindiese á sus torpes deseos. Pero Inés era muy mirada en esto de guardar honestidad, y siempre respondia al Infante con desprecios y mofas, hasta que la dicha tarde, última de alegría para los habitantes de Betoño, vió Inés á su eterno enemigo entrar en la fortaleza seguido de hasta media docena de escuderos.

—¿Y robó á la desamparada doncella?

—Peor; mil veces peor: esperaos un poco, y os diré todo lo acaecido; segun me lo refirió el Abad de.....

—Maldito sea el Abad y la hora en que habló contigo. O cuenta la historia derechamente, ó déjame en paz con esos cuentos.

—Voy á obedeceros, mi noble señor; por otra parte, si mis ojos son real y verdaderamente los de un hombre de carne y hueso, apostaria á que la luz que nos sirve de direccion sale de algun aposento; pues yo la vislumbro mas alta que nuestras cabezas. A la verdad, no sé qué pensar, porque fuera del arruinado alcázar, no conozco en estos contornos el menor edificio.

—¿Y murió al cabo la hija del conserje? preguntó el caballero, á quien el nombre de su contrario, mezclado en la relacion del escudero habia inspirado curiosidad.

—Desde entonces no se sabe de ella, aunque la venganza que tomó el cielo de su desastre fué bien terrible. Como os decia, el Infante D. Juan, que á pesar de tener solo un ojo, vé á sus anchuras cuanto se le antoja, reparó al instante que Inés se paseaba por el torreon, y sin mas ceremonias, se dirigió hácia aquella parte. Ella, temiendo lo que despues sucedió bajó apresurada á su habitacion, mas no pudo cerrarla por dentro, á causa de que los cerrojos habian sido quitados, la noche antes, por la maldita madrastra. A todo esto Ruy-Pero estaba en Vitoria, despachando ciertos asuntos, y no podia valer á la pobre Inés. ¡Oh! Si se hallára entonces en Betoño, no sucedieran tantas cosas. Hé aquí pues á su hermosa hija, sola y entregada á dos demonios, capaces de revolver el infierno. La primera que entró en el cuarto fué la madrastra, y con

toda la rábia de una bruja, la anunció que era preciso se sometiese al Infante de grado ó por fuerza: y á gran merced puede tener la villana, la dijo echando espuma por la boca, yacer con tan principal caballero. Asustada Inés con tan feas palabras, se acogió detrás de su lecho, y empezó á llorar amargamente, y á invocar á S. Miguel, de quien era muy devota y á llamar á su padre; pero todos estaban sordos, como sino fueran poderosos á impedir sus lágrimas. En esto entró *el Tuerto* en el cuarto, y con aquella risa infernal, que dicen es igual á la del diablo, cuando atormenta á los réprobos, corrió á la cuitada Inés, y ayudado de la vengativa madrastra, la hizo servir á sus asquerosos pasatiempos.

—Cesa ya, Jaime, cesa, dijo indignado el caballero del puente, al escuchar tan negra maldad. Si esa historia es cierta, bien merece D. Juan la reputacion de vil y mal caballero que le acompaña.

—Yo os juro que el santo Abad del monasterio me la contó punto por punto, segun os la he referido, y era hombre que no diria una mentira por cuanto el sol alumbra. Pero la desgracia de Inés no es lo mas terrible del cuento, si quereis oirme.

—¿Hay mas aun? preguntó el guerrero. ¿No le bastó á ese bárbaro el deshonor de su víctima?

—¡Oh! Si por cierto; le bastó y aun sobró; pero la cólera del cielo es mas temible que la de los hombres, como lo esperimentaron aquellos malvados. Porque hé aquí que, cuando mas distraido gozaba el malvado D. Juan de su diabólico triunfo, y que la desventurada doncella gritaba y rogaba á todos los santos la amparasen en aquella terrible amargura; mientras su pícara madrastra saltaba de contento animando con impuras palabras aquel cuadro de condenacion, se oyó un fuerte trueno, que dejó sordos á muchos de los del castillo, y detrás de él cayó un rayo en medio de la sala grande, que habitaba Ruy-Pero desde la ausencia de su señor. Un olor de azufre, que apestaba, se esparció por todo el castillo, y el Abad me juró, que el mismo Lucifer, seguido de una tropa de sus familiares condenados, habia tomado posesion de los subterráneos y avenidas interiores. Sea de esto lo que fuére, no habia tiempo que perder, porque las llamas consumian ya una buena parte de la

Espantado con aquel castigo de Dios, cogió á Inés desmayada en sus brazos.

fortaleza, despues de haber devorado las ricas galas y aderezos de boda de la muger del conserge, que harto lo tenia merecido. Todos huyeron, cada uno por donde pudo, y el Infante no fué de los últimos: espantado con aquel castigo de Dios, cogió á Inés desmayada entre sus brazos, y saltando con ella todo el tramo de la escalera grande, que estaba ardiendo, y que por esta causa se llama desde entonces *la escalera del Tuerto*, montó á caballo con su carga y desapareció, sin cuidarse de la maldita bruja, que le habia metido en aquel infierno. De Inés no se volvió á saber mas, y Ruy-Pero murió á poco tiempo de sentimiento de todas estas cosas. Falta añadir que, en lo mas récio del fuego, se oian en los pasadizos estrechos unos gritos lastimosos, que despedazaban las entrañas; y no se sabe á punto fijo, si la madrastra de Inés se abrasaba en medio de las llamas, ó si los diablos la atormentaban por sus bellaquerías, que es lo mas seguro. Lo cierto es, que ya muy entrada la noche, se vió una muger con vestido blanco en la punta de una almena, forcejando con un hombre mas alto que un gigante, de grandes garras y desmesurada cola, y que á mas á mas arrojaba por la boca un rio de fuego; y todos decian que aquel era el príncipe de las tinieblas, el cual abrazándose por último con la madrastra, la precipitó á los fosos, haciéndose primero su cuerpo mil pedazos contra los torreones. Desde entónces no hay alma viviente que se acerque al castillo, como no sean las cuadrillas de foragidos y bergantes, gentes que ni temen á Dios ni al diablo.

Si Jaime hubiera tenido que añadir algunas palabras mas á su pesado cuento, no fuera dueño de pronunciarlas, porque atravesando entonces una cerca, formada por dos hileras de tapias arruinadas, á la estremidad del escampado, se hallaron nuestros viageros delante de la fachada principal del mismo castillo de Betoño.

—¡Somos perdidos! fué lo único que pudo articular, al reconocer el sitio, en tanto que el caballero Negro se adelantaba sin temor hácia la puerta.

Mucho tiempo habia que esta fortaleza solo servia de hospedage á las aves nocturnas, si se ha de creer, no solo á las tradiciones populares, sino al estado ruinoso en que la encontraron nuestros

aventureros; estado que los años han ido agravando, como sucede á todas las producciones humanas, hasta el estremo de no hallarse al presente en aquella comarca seis personas que, sin equivocarse, puedan designar el parage donde estuvo edificada; ni las oscuras crónicas del siglo XIV lo marcan tampoco, aunque refiere alguna de ellas los hechos de armas gloriosos de sus primeros dueños: y considerando por otra parte que maldito si hace al caso conocer fijamente el sitio, en que se elevaba el castillo, para la inteligencia de esta narracion, no nos hemos devanado los sesos, á fin de averiguarlo, bastándonos saber que aun existia en la época á que nos referimos.

Las dos torres principales que, á lo que se cree, dominaban al que hoy es camino de Vitoria, estaban enteramente destruidas, y lo mismo todo el lienzo de muralla, conservándose únicamente de esta una pequeña parte, que remataba precisamente donde antes tenian su colocacion las primeras troneras. Crecia la yerba abundantemente sobre las tapias que rodeaban el cuerpo esterior del fuerte, y llenaba todas las aspilleras y quebradas, obstruyendo el paso de las puertas, lo que hacía pareciese el castillo un abandonado templo de Druidas. Vista no menos grotesca presentaban las desmoronadas almenas, las pocas ventanas ennegrecidas, y las enormes grietas abiertas por el tiempo y la destruccion en toda la estension de la muralla. Solo la gran puerta habia resistido en intacta á las revoluciones, que transformaron aquel baluarte del feudalismo en imponente morada de salteadores ó de hambrientos lobos. Forrábanla gruesas planchas de hierro con disformes clavos del propio metal, y estaba sujeta á la muralla por medio de largas cadenas, cuyos eslabones, chocando con violencia contra ella sacudidos del viento, producian un ruido casi contínuo, que la supersticion, ansiosa de lo maravilloso, atribuia á las almas en pena, que tenian el divertido antojo de solazarse por el castillo, en lo mas crudo de una tempestad. Ocupaban el sitio del puente levadizo anchos tablones de roble, que servian de único punto de comunicacion entre la orilla opuesta del fóso y la puerta de que acabamos de hablar, aunque parecia poco probable, que hubiese quien se aventurase á poner los

piés en un edificio, que por su aspecto salvage y manifiestas señales de ruina, ofrecia tan poco seguro y cómodo hospedage.

No pudo observar el caballero del Zadorra el mal estado de la fortaleza, en tan corto espacio como el que hemos tardado en participarle á nuestros lectores, dirigiéndose toda su atencion á encontrar la puerta, que juzgaba cerrada, é impidiendo su investigacion las espesas tinieblas que le rodeaban. Jaime, que sobrecogido de miedo desde el momento de su llegada al alcázar, seguia al caballero, cual si fuese su sombra, conjurábale por todos los bienaventurados del paraiso, que se alejasen de tan funesta morada. Pero no era hombre el desconocido de volver pié atras en una aventura nocturna, aunque otras consideraciones añadian mayor peso á la resolucion, que le animaba, de arrostrar cualquier peligro. La escesiva lluvia y fatiga de los caballos hacíale temer que su marcha del dia siguiente se retrasase mucho, si no les daba algun descanso del cual tenia él mismo no poca necesidad. La soledad de aquellos campos no le proporcionaba el menor abrigo, si se esceptua la pequeña villa de Betoño, algo apartada del castillo; mas érales preciso ántes de llegar á ella, atravesar un profundo barranco intransitable entónces y peligroso, por el crecimiento de las aguas en él estancadas, causado por el temporal. A esto se añadia, que la luz que al principio de este capítulo habia alarmado á Jaime, sirviéndoles despues de punto de direccion, permanecia en el mismo sitio, que no era otro sino una de las mas altas ventanas de la fortaleza, la única tal vez que se veía adornada con multitud de vidrios pintados de diversos colores, esparciéndose, por esta causa, la claridad, que despedia la bugía, hasta larga distancia. Semejante circunstancia hacía creer al paladin, que el castillo era habitado, y no dudaba obtener en él hospitalidad, hallándose por otra parte tan dispuesto á solicitarla, á fuer de cortés caballero, como á ecsigirla con la punta de la espada, si le era negada.

Cansado de dar vueltas al castillo, y viendo que sus pesquisas infructuosas le hacian perder demasiado tiempo, sonó la corneta, cuyos ecos resonando por el desierto, fueron á perderse entre la tempestad. En vano aguardó contestacion de las almenas, y en vano

probó dos veces mas llamar la atencion de sus moradores, con sonidos mas agudos: estaba decretado que aquella noche daria al traste con la paciencia de nuestro animoso aventurero.

—Es por demás que os empeñeis en que nos abran la puerta, dijo Jaime, tiritando de frio y de miedo; no hay criatura viviente en este embrujado castillo. No, sino esperad, y nos cogerá el alba en este fangal.

—Si es como dices, respondió el Negro ¿quién ha puesto allá arriba aquella linterna, para engañar á los que andan por estos andurriales?

—El diablo mismo, ó alguna alma en pena. ¿Quién sabe si el espíritu de la muger de Ruy-Pero nos prepara una celada....? Andad con tiento, amo mio; que esto de cerrarse á cuchilladas con duendes, cosa es harto arriesgada y asustadiza.

—Para menguados como tú y tu villana ralea, replicó amostazado el caballero. Yo te juro por mis espuelas que, ó nos han de responder, ó he de atravesar de parte á parte á los infames que ahí habitan, aunque sea todo el infierno junto. Y diciendo y haciendo, echó pié á tierra, y cogiendo á tientas de entre el lodo una piedra de regular tamaño, la despidió contra la ventana de colores, con tan acertado tino, que hizo pedazos todos los vidrios, arrojando la bugía del sitio que ocupaba: la luz se apagó y la piedra, rodando por el interior del edificio, dejó percibir prolongado ruido, semejante al que produce un trueno lejano.

—Verémos si ahora responden, dijo el aventurero limpiándose las manoplas en las ancas de *Relámpago;* mas antes que acabase esta operacion, se oyó una voz que, saliendo del hueco de alguna de las aspilleras bajas, pareció á Jaime la de la trompeta del juicio final.

—Ya te conozco maldito guarda-bosques, gritó con fuerza el que hablaba; mas no presumas haber adelantado un paso con dejarme á oscuras. Pasadizos hay estrechos y desconocidos, que me ocultarán de tus garras. Así pues, vete en paz; no sea que me den tentaciones de arrojarte un par de flechas, para que vayas á contar á tus compañeros, tan pícaros como tú, la aventura de esta noche.

—¿No lo dije yo? esclamó Jaime; es el diablo, que engañado con la oscuridad, nos toma por guarda-bosques, con quienes siempre está en guerra. Mirad sino, como habla de garras y de tentaciones.

—El miedo te hace ver fantasmas, pobre Jaime, dijo el caballero, mientras yo columbro que nuestro negocio no es tan desesperado; aquí hay equivocacion. Y dirigiendo la palabra á la forteleza prosiguió:

—Atended, caballero ó escudero, quien quiera que seais, que nosotros no somos, como habeis imaginado, guarda-bosques, ni desalmada cuadrilla de soeces perseguidores. Un caballero noble y principal, fatigado de la tempestad, y sin mas comitiva que la de un escudero, os pide hospitalidad por esta noche. Si os preciais de hidalgo y bien nacido, no sois dueño de negar en justicia esta merced, que se os requiere con toda cortesanía; donde no, mi lanza sabrá castigaros y mi lengua publicará por toda España, que sois el mas descomedido y vil castellano del reino.

—Poca mella hacen á mi armadura semejantes brabatas, señor caballero noble y principal, le fué contestado por la misma voz; pero se conoce á tiro de ballesta que sois valiente, y por todos los gamos de la comarca os juro, que me agrada la gente brava: conteneos con todo un corto espacio, mientras hago saber á Raquel vuestra llegada, que no me costará poco, porque hoy, con este condenado huracan, anda desatada: todo esto en atencion á que sois caballero. Dirigid entre tanto vuestros pasos á la izquierda, y no tardaréis en verme hácia la entrada para serviros de guia.

Hiciéronlo así los viajeros, y aguardaron largo rato el cumplimiento de esta promesa, no sin impacientarse el campeon repetidas veces, hasta que el ruido de unos pasos le serenó algun tanto. No tardaron en ver iluminado el foso y parte de la fachada principal; un hombre de mediana estatura se presentó al mismo tiempo en el lado opuesto, con una raja de pino encendida; indicóles la entrada, y aun se adelantó á recibirles. Atravesando entónces amo y escudero los tablones, que hacian oficios de puente, siguieron á aquel guia nocturno, que los condujo por un monton de escombros hasta el primer patio de la fortaleza.

CAPITULO IV.

En el que se patentiza como se conjuraba á los espíritus en el siglo XIV.

Quién habita ahora este solitario alcázar? Preguntó á su guia el caballero Negro, mientras subian con trabajo la arruinada escalera del *Tuerto*.

—Pregunta es esa, á la que no es tan fácil responder como parece, contestó aquel. Aquí hay mas gente de la necesaria, para guardar estas viejas murallas, y dias hay que fuera mejor ahorcarse que vivir así. No digo esto por mis compañeros. Dios sabe y san Casiano, nuestro patron, que todos nos llevamos como hermanos, y tenemos vida de ángeles, á no ser por algunas pequeñas disputas que se arman, acerca de la propiedad de ciertos gamos y otras baratijas de esa especie, porque habeis de saber, que nosotros somos cazadores, contra la voluntad de los guarda-bosques del contorno. Verdad es que de las disputas, que os dije, suelen originarse á ve-

ces cuchilladas de poca monta y aun ha habido varias muertes, lo cual ha hecho disminuir la compañía en poco tiempo; pero estas son cosas sin remedio entre gentes de honra.

—¿Y cómo, estando tan habitada la fortaleza, os hicísteis sordos al sonido de mi corneta?

—¡Oh! Eso nada tiene de estraño. Las fatigas de la caza, á que sin descanso nos entregamos, hacen que la chusma llegue siempre al castillo muerta de cansancio, y este es el momento, en que todos duermen tan á pierna suelta, como sino supieran hacer otra cosa. Yo maldigo de todo corazon la casualidad que me priva de entregarme al sueño esta noche; pero la maldita bruja me hace velar contra mi gusto, pues habiendo tempestad, se arma en su cabeza tal batahola, que Jesucristo nos ampare. Hace mas de tres horas que está gritando como una endemoniada, allá en su pocilga, y sino la amarro, no habrá hoy sosiego en esta casa.

—Será alguna pobre enferma.....

—Enferma ¡eh! no es mala enfermedad. Sabe mas que todos nosotros, y es nuestra capitana, aunque nunca sale de aquí, sino cuando se escapa, y entónces tenemos muchísimo cuidado de recojerla, para que no vaya contando á Vitoria mil locuras, que de ningun modo deben escucharse. A mas á mas, tiene sus puntas de hechicera, y lo que sobre todo nos hace respetarla es, que el castillo era suyo y nos acogió en él para librarnos de las tropas y de los guarda-bosques.

—Ya os dije que tendríamos brujas, dijo á esta sazon Jaime, temblando de miedo.

—Poco á poco, señor escudero, replicó el cazador: aquí no hay mas que una, y todos los demás son hombres de bien é industriosos, por mas que se le antoje lo contrario al señor de Urbina, y á los demás perseguidores nuestros.

—Quisiera ver á esa desgraciada, añadió el guerrero; aunque mas necesito ahora un buen fuego para calentarme, porque la noche es cruelísima.

—En la cocina no falta lumbre, respondió el del castillo, y en cuanto á Raquel, no se hará desear mucho tiempo. Todavía no ha

recorrido las almenas, como tiene de costumbre todas las noches, y preciso será que la encontremos ahullando, como una loba sarnósa. Mas ya llegamos al dormitorio de mis camaradas, por donde necesariamente hemos de pasar. Entrad sin hacer ruido, para que no se aperciban, pues es gente de mal humor.

Abrió entónces una pequeña puerta practicada al remate de la escalera, y entraron en la habitacion. Una docena de hombres, tendidos sobre paja y profundamente dormidos, fué lo primero que vieron; mas nada hacía conocer que su ejercicio fuese el de la caza, como habia asegurado el guia. Sendos puñales, colocados en forrados cintos de baqueta, y esparcidos en desórden sobre unos cuantos destrozados taburetes; mugrientas lanzas, algunas de ellas salpicadas de sangre, amontonadas en un rincon; pesados cascos de hierro, y diferentes bolsillos, atestados de oro, que relucian sobre angosta y endeble mesa, manchada con los restos de copiosa cena, indicaban con evidencia la profesion de aquella familia soez y de mala catadura. Ecsaminó el caballero de una ojeada el aposento y cuanto en él habia, volvióse hácia el guia, y notando en su rostro una espresion de maliciosa tranquilidad, le dijo:

—Me has engañado. Estos no son cazadores....

—Suponiendo que tengais razon, le fué respondido, no hay el menor mal en ello. ¿Qué ganaréis en ese caso?

—Yo no sufro que nadie me pregunte, cuando puedo hacerlo, replicó el enlutado, y mi seguridad y la de mi escudero ecsigen que se me conteste la verdad. ¿Qué gente es esa?

—¿Y en efecto solo deseais saberlo por vuestra seguridad?

—Ya he dicho que no me dejo preguntar de nadie; condesciendo empero por esta vez, y repito que únicamente mi seguridad me hace curioso; por lo demás nunca me meto en agenos negocios.

—Seguid pues sin recelo, y os calentaréis en el fuego de la cocina. Nosotros no atacamos á los valientes caballeros, que corren aventuras. Ya sabemos lo que vale una lanza en buenas manos. Por lo demás, os juro á fé de cazador....

—De bandido, querrás decir.

—De modo que.... bien; si.... de bandido, ya que os empeñais.

tanto monta jurar de un modo como de otro, y por no esponerme á engañaros otra vez, no juraré por la fé de mi oficio; pero si la palabra de un hombre, que jamás ha matado á otro, sino en casos de pura necesidad, sirve de alguna cosa, os la doy de que nada tendréis que temer aquí; antes bien quiero regalaros, y os llevaré despues á donde podáis descansar.

—Todo eso es muy bueno en cuanto á tí; mas yo, como caballero, tengo otros deberes muy distintos que cumplir, y así harémos un pacto. Por ejemplo, tú me conduces á la cocina....

—Eso mas parece una capitulacion honrosa. Muchos capitanes se valen de ese medio, para encubrir lo que llaman cobardía.

—Despues que oigas mis proposiciones, juzgarás.

—Veamos pues.

—Tú me conduces á la cocina....

—Concedido. Estamos á dos pasos de ella.

—Allí habrá un buen fuego.....

—Concedido. Vamos acordes en los primeros puntos.

—Tú nos harás compañía todo el tiempo que yo quiera....

—¡Rehenes eh! Ya lo dije yo... en fin, concedido.

—Harás venir á la vieja que antes digiste, porque tengo humor de preguntarle algunas cosas....

—Negado. Raquel es antojadiza, y no está en mi poder hacerla dar un paso, si ella no quiere.

—Irás á Vitoria dentro de una hora; buscarás al sepulturero de Santa María y le dirás que me has dado acogida en tu castillo. Él te premiará; alcanzará perdon para tus crímenes y enviará un destacamento, con órden de prender á tus malvados camaradas....

—Negado. Si entro en la ciudad, antes que llegue á Santa María me verán los espías del de Urbina, caerá sobre mí alguno de esos señores de la *Banda*, que no nos dejan reposar, y aprenderé á danzar colgado de un árbol.

—Harás puntualmente cuanto en las anteriores demandas mias se contiene, y juraráslo ahora mismo, so pena de que tu cabeza sea partida en dos por mi espada, y tus amigos cosidos á lanzadas. ¿Qué tal? ¿Es honrosa capitulacion?

Al mismo tiempo asió el caballero la garganta del guia y desnudando el acero:

—Jura, le dijo, jura, que irás á Vitoria, á pedir gente para conducir esos infames. En cuanto á tí, llámate feliz, pues serás perdonado, por haberme dado hospitalidad.

No esperaba el bandido tan estraordinario desenlace. La sangre toda se le cuajó en las venas, apoderóse de él un temblor convulsivo, y obligado mas bien por las terribles miradas del campeon, que por arrepentimiento, se arrodilló ante él diciendo:

—Perdon, perdon, noble caballero, yo haré cuanto me habeis prevenido, en desagravio de los delitos, que he podido cometer en esta mala vida. Yo os lo prometo; yo os lo juro.

—Levántate, dijo el Negro, y ten presente que las entrañas de la tierra no te librarán de mis iras, si piensas burlarme. Salgamos de aquí.... No; espera.

Acercóse con tiento á la puerta por donde habian entrado, y cerrándola con dos llaves que tenía, recogió estas y las entregó á Jaime, espectador mudo de la escena, y á quien el susto habia puesto en un estado de anonadamiento maquinal. Salieron despues por otra puerta, que conducia á las demás habitaciones, y corriendo sus pesados cerrojos con bastante trabajo, por no haberse usado en mucho tiempo, quedó la dormida cuadrilla de ladrones presa, y como suele decirse, metida en una ratonera.

Al entrar en la cocina, sorprendió á nuestros aventureros un espectáculo nuevo. En frente de una gran fogata, cuyas llamas la iluminaban de lleno, estaba sentada una muger, vivo retrato de la inmovilidad. Hablaba sola, gritando unas veces, otras entre dientes, y de cuando en cuando reía descompasadamente. Al parecer no advirtió la llegada del bandido y de sus huéspedes, pues no hizo el menor movimiento, hasta que el primero la dijo, dándole una palmada sobre el hombro:

—Madre Raquel, aquí hay un caballero, que desea hablarte.

—¿A mí? respondió azorada ¿Con qué tendré yo ahora que recoger mis viejos pingajos, y marcharme á buscar otra madriguera? ¿Y quién te ha dicho á tí, raposo traidor, que los caballeros han de

acertar con mi casa? Yo no quiero mas caballero: no, no quiero; uno me engañó.... Como te holgarás, villano animal, que un rayo te aniquile, cómo te holgarás, cuando saquen á la madre Raquel por las calles de Vitoria gritando: «Esta mala muger vá á ser quemada por hechicera y por.... ¿Quién grita aquí?

—¿A qué no tenemos la fiesta en paz y te cuelgo de la chimenea con la cadena de hierro, maldita perra bruja? la respondió el ladron. ¿No ves, ahulladora de Satanás, que este caballero acaba de llegar al castillo, para pasar la noche?

—Tus narices son como las del perdiguero, que huele de léjos, continuó la vieja; pero eso no impedirá que yo vea correr la sangre de tu inmundo esqueleto, antes que el sueño cierre mis párpados. Acércate, acércate, hijo de Lucifer, miserable tizon del infierno, y verás si tengo maña para introducirte hasta las entrañas la punta de mi cuchillo.

—Es bien desgraciada, dijo el caballero Negro, y acaso tus compañeros no han cometido crímen mas grande, que el de abusar de su estado, para venir á establecer en la fortaleza su detestable conciliábulo.

—¿Un crímen? contestó ella: Librar al mundo de un diablo, peor que todos los lobos que infestan los montes.... crímen.... vaya... ¿Y qué importa? He cometido ya tantos...! ¿pero de cuando acá se mete nadie á darme consejos? Veremos quien me sujeta, cuando yo abra por cinco partes el cuerpo de ese tunante, para contentar al espíritu que tengo encerrado en el pozo. ¿Sabeis que luego vá á salir de allí? Pero, silencio.... Él habla.... ¿No le oís....? Bueno; sino es ahora, será otro dia. Y se puso á cantar con descompasados gritos una cancion antigua.

Juzgando el caballero que las ideas de esta loca, á la que miraba con indecible compasion, se dirigian hácia el recuerdo de pasadas desgracias, segun daban á entender las últimas palabras que habia pronunciado, acercóse al guia, para preguntarle alguna cosa relativa á su historia, mas no tuvo lugar.

Acababa entónces la cancion, y toda su fisonomía espresaba el mas completo delirio: parecia en efecto que grandes desgracias im-

primiéran en ella las marcas de su terrible paso, segun eran de lívidas y descarnadas sus mejillas. Subia formando arco su puntaguda barba, hasta casi besar la nariz, que describia otro en sentido opuesto, quedando, por la posicion de este doble puente, sumida la boca en el interior, engalanada solamente de tres dientes, uno de los cuales asomaba su afilada punta, siempre que aquella se mantenia cerrada. Cubria sus pocos cabellos cenicientos estrafalaria toca, haciendo sombra á una frente, en que se veian señaladas todas las venas, de color entre azul y negro; sus desencajados ojos parecian aun mas salvages, por faltarles las cejas, y su pescuezo, largo y tieso, á pesar de la edad, en contraposicion de la poca elevada estatura, la hacía tan ridícula, que no se borraba fácilmente la impresion producida por su primer aspecto. El traje era proporcionado á tan bella descripcion, echándose de ver desde luego, que la locura presidia siempre el tocador de la vieja, por la estravagante mezcla de colores y variedad de modas, de que hacía ostentacion en un mismo vestido, componiéndose parte de éste al gusto de siglos anteriores, y el resto al de un tiempo no muy moderno, mas tampoco tan antiguo, que dejasen de existir bastantes originales que lo usasen.

En el momento de que hablamos, estaba fuera de sí, llena al parecer del espíritu á quien invocaba, con un dedo apoyado en la frente y el brazo estendido en toda su longitud. Meditaba profundamente; mas no pudiendo permanecer mucho tiempo en una misma situacion, á causa de la volubilidad de las ideas, que en su mente se sucedian sin interrupcion, se levantó, sacudió la cabeza con rábia, y dirigiéndose á las personas que tenia delante,

—¿Quién es, esclamó, moviendo con estraordinaria rapidéz los ojos, que parecian querer saltar de sus órbitas, quién es el que ha detenido mi brazo, levantado contra Inés...? ¿Has sido tú, maldito espíritu? Para eso te escapaste del pozo? ¡Oh....! yo te aseguro que he de sujetarte bien en el fondo y.... pero no la mataré, porque me hace falta.... sí; me hace falta para entregársela. ¿Y qué mas quiere ella? Calló un momento y luego prosiguió:—Quisiera acordarme de la cancion que cantaba la loca Inés. ¡Ay! entónces

era yo mas jóven, y ella.... ¿Quién le dijo que era mas hermosa que yo? Pero que se alabe ahora, desde el precipicio donde la he arrojado. Él estaba ciego.... y yo tambien, yo tambien enloquecí, cuando la puse en sus brazos. ¿Y qué? despues me he vengado.... No faltaba otra cosa.... ¡Ella mas bella que yo...! pero no; no era yo hermosa, cuando me dejó aquel ingrato.... Y empezó á llorar.

Enternecido el caballero Negro, miraba sin chistar á la demente, en tanto que Jaime, con la boca abierta y haciendo la señal de la cruz con ambas manos, encomendaba su alma á todos los moradores de la córte celestial. Iba ya el primero á dirigir la palabra á la vieja, cuando el bandido le dijo:

—No os dé cuidado oirla relatar de esa manera; está en uno de sus accesos, y ahora no vé ni siente mas que la conversacion de los espíritus. Vamos, Raquel, continuó, cogiéndola por el brazo; el demonio anda suelto y es preciso preparar el conjuro, para cogerlo.

—Sí; vamos, respondió ella apretando con fuerza convulsiva la mano del ladron.... pero ¿qué mas demonio que tú? No te me irás, no; yo te amarraré una gran piedra al pescuezo, y despues te echaré en el pozo.

El bandido, que conocia el peligro, y sabía la estraordinaria fuerza de Raquel, siempre que era atacada del arrebato, desasió suavemente su mano de la descarnada que le asia, antes que ella se apercibiese, y dando un salto hácia atrás, se colocó á razonable distancia. Jaime creyó por el pronto que la bruja iba á coger al primero que encontrase, y de otro salto subió encima de una mesa, donde aun no se tuvo por muy seguro, y empezó á maldecir la flema de su señor, que no se habia movido un paso. Pero Raquel no pensaba en seguirle; sus pensamientos habian variado, ó por mejor decir, habian vuelto hácia la causa que mas afectaba su desarreglada imaginacion.

—Mi hijo.... gritó; sí.... yo tenia un hijo.... ¡Hijo de maldicion! Yo se lo arrancaré de las manos al Infante.... ¡Sus...! ¿Quién ha hablado del Infante? Tambien queria llevarse á Inés.... sí.... y me dejaron los ingratos.... sola.... abandonada. Gruesas lágrimas

se desprendieron entónces de aquellos ojos, que cualquiera creyéra agotados para la sensibilidad.—Yo lo he perdido.... lo he perdido sin remedio.... pero ¿por qué me aflijo? Inés tiene la culpa... ¡Pobre Inés! Ya lo ha pagado bien. ¿No es su voz la que se oye....? No; es un cántico de difuntos. Vamos á orar por mi hijo, y luego encenderé lumbre, para conjurar el espíritu, que se ha escapado.

Dicho esto, y sin la menor ceremonia, se apoyó familiarmente en el brazo del guerrero, y seguidos de Jaime y el bandido se encaminaron á un pasadizo, que al fin de la cocina se veia: abrió Raquel una puerta, practicada á su estremo con mucho disimulo, entraron por ella y se encontraron en una reducida habitacion, cuyos adornos se componian únicamente de un mal gergon tendido en el suelo y de una carcomida mesa, sobre la cual estaban amontonados varios objetos, de nombre tan desconocido para nuestro caballero, como el uso á que estaban destinados.

Desde el momento que pusieron el pié en el cuarto de la vieja, pues en él vivia, se puso ésta á mirar con atencion á todas partes, como para asegurarse de que estaban solos; acercóse despues pausadamente, y evitando se sintiesen sus pasos hácia la cama, si tal nombre merece dársele, sacó de dentro del jergon una vasija, que sin duda contenia los ingredientes necesarios para sus operaciones, y examinándola con sorpresa, dijo lastimosamente:

—Se ha escapado.

—¿Quién? gritó el campeon, pensando en el infante D. Juan.

—El espíritu, respondió Raquel.

—Al diablo con el espíritu siempre, murmuró el guerrero, mientras ella, despues de haber ocultado la vasija, y hecho diversas señas de inteligencia, se dirigió á la mesa. Tomó de ella diferentes objetos, que primero indicaba con la direccion del dedo índice, volviendo unas veces la cabeza, como si oyese ruido, y moviéndola otras afirmativa ó negativamente, segun eran de su aprobacion ó desagrado las palabras que creia oir, y despues de haber echado en una calderilla de cobre pedazos de hevillas viejas, botones de metal y otras baratijas de esta especie, sopló tres veces sobre ella, la colocó en el suelo, y cruzando los brazos sobre el pecho, contem-

pló largo tiempo el efecto de tan singular maleficio. Sin duda no fué muy satisfactorio para ella, porque alzando con fiereza la calderilla, sus facciones esperimentaron una contraccion horrorosa y repugnante; blanquecina espuma cubrió la lividéz de sus lábios y todos sus nérvios se entalaron espantosamente; pero este estado cruel fué de corta duracion, hasta que calmándose gradualmente tan repentina fiebre volvió á proseguir sus operaciones. Esta vez lo hizo con mas detencion, volviendo á llenar la calderilla de nuevos ingredientes, arrojando los que primero habia usado, y á cuya virtud se manifestaba rebelde el espíritu conjurado. Sacó de los pliegues de su túnica de raso floreado una arma cortante, con la cual se hirió en un dedo, destilando la sangre sobre los objetos últimamente elegidos para la operacion, y volvió á contemplar con tranquilidad la influencia de esta, contra el maligno fugitivo. Manifestóse satisfecha del écsito, miró á todas partes con una sonrisa, que aumentaba muchos grados de fealdad á su figura, y volvió á examinar la vasija con escrupulosa exactitud. Entónces se puso á cantar unos versos, que de generacion en generacion han llegado hasta nosotros, y hemos coordinado así:

Espíritu escondido
¿por qué de mí te ausentas?
vuelve vuelve á la amiga,
tú puedes solo mitigar sus penas.

¿De una madre querida
no sientes la terneza,
ni las ánsias y lloros,
con que fatiga al cielo y á la tierra?

Mira al lobo rabioso
y á la feroz pantera,
holgar con sus hijuelos
y la muerte sufrir en su defensa.

¿Quién conoce una madre?
¿ni quién la triste guerra,

que sufre el alma mia,
en llanto, luto y soledad envuelta?

Espíritu escondido
¿por qué de mí te ausentas?
vuelve vuelve á la amiga,
tú puedes solo mitigar sus penas.

—Ya vuelve, dijo alegremente, despues de concluida la cancion: ahora lo encerrarémos en el pozo. Acercóse al caballero Negro y prosiguió:—¿Sabes que he traido al espíritu de mi hijo, que andaba corriendo por los bosques....? Ya lo verás otro dia, porque ahora vá á dormir. ¡Hace tanto tiempo que no duerme en mi regazo! Pero no tengais miedo; no os hará mal y nos dirá qué se ha hecho de vuestra amante.... ¿Teneis alguna amante? Yo juraria que Inés me lo habia dicho.... sí.... tú la persigues y yo sé que la quieres matar. ¿Es cierto....? pues bien, yo te ayudaré.... Estoy celosa ¿lo entiendes....? celosa y te la entrego.... la pongo en tus brazos.... ¿dónde la echarémos despues?

Estas fueron sus últimas palabras. Sacó de debajo del súcio jergon una lamparilla de hierro, la encendió en la tea de pino que el bandido tenia todavia, y haciendo seña al caballero para que la esperase, desapareció. No tardaron mucho en oir sus gritos y el ladron dijo:

—Ahora recorre las almenas, y no cesará de alborotar hasta que salga el sol.

—¿Sabes alguna cosa de la historia de esa muger? preguntó el Negro.

—Nada absolutamente. Nosotros la encontramos aquí, cuando quisimos establecernos, y si algo se puede sacar en limpio es lo que ella misma declara, cuando está en sosiego. Habla mucho del infante D. Juan, y de Inés, y de pozos, y cadenas, y de otras mil baratijas, que ahora no me acuerdo. Pero volvamos á la cocina, donde estaréis con mas comodidad.

Hiciéronlo así. Jaime habia depuesto algo de su temor, desde la ausencia de Raquel, aunque no dejaba de asustarse, cada vez que

oia sus desatinados gritos; pero queriendo hablar, para mejor disimular el miedo, dijo á su amo:

—Esta Raquel ha de ser precisamente alguna de las criadas de este castillo, cuando sucedieron en él las cosas que me refirió el Abad del monasterio, donde fuí criado, y las cuales os he referido esta noche, mientras atravesábamos el escampado.

—Es probable, respondió el caballero y algo voy creyendo de aquel cuento.

Al entrar en la cocina, reiteró al bandido la órden de partir á Vitoria sin dilacion, y éste le pidió que, pues el sol no podia tardar en salir, y los bandoleros nunca madrugaban, le permitiese aguardar á que fuese dia, para ponerse en camino.

—En ese caso marcharémos á un mismo tiempo; tú á Vitoria, yo á Aragon. Acuérdate empero de lo que has jurado; si lo cumples, alcanzarás la recompensa merecida; sino, huye de que yo te encuentre, y no dudes de que te encontraré, aunque sepa recorrer el mundo entero.

Pronunciadas estas palabras, recostóse junto á la fogata, y lo mismo hizo el escudero, participando antes de una decente refaccion, que les sirvió el bandolero. Tardó poco en dormirse Jaime; mas el guerrero veló, contentándose con calentarse por espacio de una hora. Pasada ésta el del castillo abrió las ventanas, y reparando el Negro que empezaba á amanecer, despertó al criado, y por una escalera secreta bajaron los tres al patio, sin verse precisados á atravesar el dormitorio de los bandidos, que bien agenos de todo, roncaban á pierna suelta.

La tempestad habia cesado enteramente, y la calma mas profunda reemplazaba sus furores. Azotaba suavemente el penacho del campeon la fresca brisa de la mañana, y el melodioso trinar del pardillo interrumpia de cuando en cuando el silencio de los cercanos bosques. Sacó Jaime los caballos del sitio en que habian quedado abrigados y sin hablar palabra salieron del castillo. Un momento se detuvo el Negro á contemplar la parte esterior de la fortaleza, favorecido por la claridad del dia; oyó nuevos gritos, probablemente de Raquel, que en aquel instante se retiraba de los torreones,

é indicando á su hospitalario guia la ruta de Vitoria, espoleó al corcél; siguió su ejemplo el escudero, y ambos se perdieron en breve á la vista del bandido. Éste tomó desde luego el camino de la ciudad; mas al ver que no era observado, cambió de direccion, y echando pestes y juramentos contra los caballeros andantes, tornó á meterse en el castillo, faltando así á la capitulacion, que habia estipulado con el enlutado del Zadorra.

CAPITULO V.

El combate y el incendio.

El terror, la indignacion, el susto y las peligrosas consecuencias, que debian seguirse al desacato de D. Juan *el Tuerto*, cuando este atrevido magnate se presentó en la habitacion de Blanca, asaltaron de golpe la imaginacion de la desconsolada heredera; dejándola como petrificada de espanto, mientras el señor de Vizcaya, contenido por un resto de vergüenza, que hablaba á su interior, devoraba con la vista aquella nueva víctima que destinaba á su barbárie. Atemorizada la pobre Matilde, ni aun fuerzas hallaba para tenerse en pié; temblábanle las rodillas, y tenia el rostro vuelto hácia el suelo. Julio corrió desde el primer instante á agazaparse detrás de Blanca, la cual miró al Infante con altivéz, desvanecida ya la momentánea impresion, que su aborrecible presencia le infundiéra.

—Es llegado el momento de obrar, fué lo primero que éste dijo, despues de largo espacio. No os molestaré mucho con mis discursos, bella prima. Acordaos únicamente de que hoy habeis despreciado mi mano, y de que no soy hombre, que cede en arrogancia á la mas encopetada hermosura de estos reinos. Preparaos pues á seguirme, y os juro que no sentireis dejar la solitaria morada de Almazan, á trueque de vivir conmigo en el mas fuerte de mis castillos.

—Acordaos tambien D. Juan, de que primero me brindásteis con todas las riquezas de la corona de Castilla, le contestó Blanca, recobrada su nativa entereza, y de que me prometísteis defender este castillo contra todas las fuerzas del Rey, sin que vuestras magníficas ofertas hayan logrado seducirme. Pensad ahora, si ese insultante y despótico tono será poderoso á arrancarme un consentimiento que me haria infeliz.

—Grandemente, bella princesa. Mas esa repugnancia á concederme tu preciosa mano no estorbará que ahora mismo sigas mis pasos, á donde mi poder tenga á bien conducirte. Ea; basta de chanza, añadió mudando de voz; es preciso que al instante abandones estos sitios en mi compañía, orgullosa Blanca, y esto de grado, sino quieres que tu inútil resistencia me obligue á usar otros medios.

—Julio, esclamó la heredera; corre, vuela y refiere á doña María la violencia que se me hace.

—Quieto ahí, hijo mio, dijo D. Juan deteniendo al page, que iba á salir á desempeñar aquella comision. Si te mueves de ese sitio, te arrójo por la ventana. Y apoderándose de la mano de Blanca prosiguió:

—Vámonos antes que la luz del dia haga patente esta aventura. Tú, Calvillo, ten cuidado de encerrar bien á esa vieja dueña, para que no salga á despertar la gente pacífica de la fortaleza con sus bachillerías; y en cuanto al lindo pajecillo, pónle, si es preciso, una mordaza. Uniendo entónces la accion á las palabras, arrastró, mas bien que condujo á Blanca fuera de la habitacion, á pesar de su resistencia y de los gritos de Julio y de la desconsolada Matilde.

—¡Infame! ¡Mal caballero! esclamaba la heredera, procurando desasirse de sus raptores. ¿Así se trata á una doncella de mi clase? Matadme primero; clavad en mi corazon vuestras viles espadas. ¡Madre mia! ¡adorada madre! ¡Cuál penarás angustiada, al saber el triste trance de tu robada hija! ¿No habrá quien ampare á una doncella desvalida...? ¡Oh! noble y amado campeon mio ¿dónde estás, que no socorres á tu dama?

—En vano llamarás en tu ayuda á todos los paladines nacidos y por nacer, dijo el Infante con infernal sonrisa: mis medidas están bien tomadas. Y cogiéndola en sus brazos, no obstante la desesperada defensa que ella hacía, atravesó rápidamente el corredor, y empezó á bajar la escalera grande, sin que la preciosa carga retardase un punto sus pasos.

—Cobardes, villanos, escuderos traidores, soldados de Almazan ¿cómo no venís al socorro de vuestra señora? decia Blanca; pero sus voces se perdian en el espacio, ó tal vez el eco las llevaba á los rincones mas apartados de la fortaleza, sin traer una respuesta, un consuelo para la triste heredera. Rendida al peso de sus angustias, no pudo soportar mas tiempo la cruel idea de tener que separarse del castillo de sus padres, de una manera que la hacía presentir mayores desgracias. Un rayo de esperanza la habia animado, mientras D. Juan y sus satélites permanecieron en el recinto de las habitaciones; mas al poner el pié en el patio, al ver en medio de el á Rodrigo, Artal y otros fieles criados, presos y guardados con la mayor vigilancia por los vendidos criados de la compañía franca, al reparar que el capitan Fortuna se adelantaba á recibir órdenes del Infante, oprimiósele el corazon, un frio sudor se apoderó de todos sus miembros, y lanzando un ay lastimero, quedó sobrecojida de mortal desmayo.

El sonido de una corneta de guerra, resonando á lo léjos, la volvió á la vida y detuvo los pasos de Pero Calvillo, quien despues de haber encerrado en el aposento de Blanca á Julio y á Matilde, se habia reunido al Infante, é iba en aquel momento á abrir la puerta de la fortaleza.

—¿Habeis oido, Señor? dijo á D. Juan.

—Sí, replicó éste; y aun juraria que no me son desconocidos esos toques. Pero apresúrate con mil diablos á abrir la puerta, no sea que nos coja el dia en estas inmediaciones.

—¿No sería mas prudente, observó el espía, permanecer en el patio, hasta saber á punto fijo lo que debemos temer de la parte de afuera?

—No es por cierto hora de pararnos á reflexionar lo que debe hacerse. ¿Temes acaso el encuentro de algun aventurero, que pide hospitalidad? Despues que partamos, se compondrá con él doña María, y el caballero nos agradecerá haberle dejado caido el puente para no hacerle esperar.

Adelantóse Calvillo y abrió. El puente levadizo cayó con rapidéz, y al mismo tiempo se oyó el cercano galope de un corcel, que se dirigia al castillo. Sonó la corneta segunda vez.... no habia tiempo que perder. Montó D. Juan á caballo y lo propio hicieron Jucef y el espía: éste último se encargó de Blanca, la cual, mas muerta que viva, suspiraba con dolorosa ansiedad. Fortuna y sus satélites cerraban la marcha, y ya el Infante tocaba con las cadenas del muro, cuando pasando á escape y tan inmediato á él que hubo de derribarle, se presentó en el patio de Almazan el caballero de las armas negras.

—Que traigan hachas, gritó D. Juan ardiendo en ira, y enseñaré á ese malandrin el respeto con que debe entrarse en el castillo, que ya me pertenece.

—Aquí te tengo pues, miserable enemigo, respondió el recien llegado. Doy gracias al cielo por no haber acudido tarde; no me engañaron las noticias. Despues de haber armado contra la vida del Rey á todos los descontentos, creiste que en la raya de Aragon podias ilustrar tu nombre con mas fáciles hazañas. Ven; aquí me tienes, foragido Infante; sigue el eco de mi voz, y háblame para que yo oiga la tuya; porque juro á mis espuelas, no te ha de valer para huir la oscuridad que nos rodea.

—¡Hachas! ¡hachas! clamaba el Infante, en tanto que Pero Calvillo, escurriéndose con su caballo poco á poco, procuraba arrimarse al puente, para pasarlo y desaparecer con Blanca; mas la

llegada de otro personage estorbó su proyecto. No era otro que Jaime el escudero, que tanto miedo tenia á los aparecidos, y que habia seguido la carrera de su amo hasta la fortaleza, sin ser empero tan osado como él á atravesar el puente al galope, é introducirse en medio de sus enemigos. Parecia, no obstante, un centinela apostado á la entrada de la puerta principal, y las armas de que estaba cubierto hacíanle pasar por un valiente guerrero á los ojos de Calvillo y sus compañeros.

Varios soldados habian encendido teas en el farol de la caserna, á las voces del Infante, y el patio aparecia iluminado. La escena que se ofreció entónces al caballero Negro le hizo salir de juicio. Blanca tendiendo los torneados brazos hácia su defensor y en el mayor desórden, queria y no podia esplicarle cuánto estaba sufriendo. Ya no se hallaba en poder de Calvillo; pero el duro suelo sostenia una de sus rodillas, mientras aquel vil instrumento de la maldad de D. Juan procuraba ocultarse cuidadosamente á las terribles miradas del desconocido. Asustado Jucef con un desenlace, para el cual no estaba prevenido, se habia armado y permanecia detrás de la heredera, en pié con la boca abierta y los puños cerrados. El capitan Fortuna habia ordenado su tropa, y el Infante armado de lanza y rodela esperaba á su contrario.....

No esperó mucho tiempo.

—Villanos, mal nacidos, gritó el campeon Negro á los de la compañía franca: tenecos quedos, ó yo sabré hacer en el que el pié mueva tal escarmiento, que sirva de ejemplo á los demás. Y embrazando el escudo, puso la lanza en ristre y se precipitó sobre D. Juan. Recibió éste con ánimo sereno el choque de su adversario, y le asestó la lanza al pecho. Quebróse esta en dos trozos contra la empavonada cota, al paso que el Negro, mas feliz, destrozó del primer bote el yelmo del Infante, dejando sin defensa su cabeza. Mas era demasiado generoso para prevalerse de tal ventaja, contra un adversario ya medio aturdido.

Echaron ambos pié á tierra y empezaron el mas encarnizado combate. Cruzáronse sus espadas, saltaron chispas al encontrarse, y se descargaron desapiadados tajos y reveses. La armadura del *Tuerto*

se tiñó en breve de sangre por muchas partes, y rodaron con estrépito por el suelo pedazos de los cascos y escarcelas. Impacientábanse los dos sañudos rivales de su respectiva resistencia, y cada cual anhelaba poner fin al combate con la destruccion de su enemigo; pero era evidente que el Infante llevaba la peor ventaja. Derramaba sangre en abundancia de diferentes heridas que habia recibido, se hallaba desarmado en muchas partes del cuerpo y peleaba contra un guerrero, que sabia aprovecharse de sus menores faltas en el acometer, y cuya agilidad jamás presentaba un flanco á la contraria espada. Desesperado D. Juan de tan desigual lucha, previó la mala suerte que le aguardaba, si la seguia adelante y resolvió terminarla de un golpe, ó morir. Cojió la espada con ambas manos, levantóla en alto con furia, y hubiera tal vez abierto en dos la cabeza del Negro aventurero, si su escudo, amparándola, no recibiéra el furibundo mandoble. Mas el Infante perdió. Partiósele el acero y él fué á medir la tierra, casi á los piés de su enemigo, arrojado por la violencia del rechazo.

—Ríndete y confiésate vencido, le dijo el Negro, poniéndole un pié sobre el pecho y la punta de la daga en la boca.

—Jamás, jamás; mátame primero, respondió el malparado señor de Vizcaya.

Hubiéralo ejecutado sin duda el caballero, concediendo á su caido rival el golpe llamado de *merced* ó *misericordia*, á no llamar su atencion repentinamente unos agudos gritos, que salian de las habitaciones. Acordóse del peligro de Blanca, figurándose verla arrebatar en el momento mismo en que él triunfaba de su perseguidor, ó que víctima acaso de alguna nueva traicion, no llegaria á tiempo de salvarla.....

—Escuderos, gritó con voz de trueno, seguidme todos; y tú, añadió encarándose con el Capitan de los francos, no te separes de mí un instante, si quieres que perdone tu pasada traicion. Tu cabeza me responde de la fidelidad de esa gente.

—Demonio, dijo á su vez el Capitan; yo no tendré la culpa, si ellos.... y por otro lado, es capaz de hacerlo como lo dice.... Ya veis, camaradas, el aprieto en que estoy metido; así pues, quieto

Ríndete y confiésate vencido.

todo el mundo, si en algo estimais la cabeza de vuestro Capitan.... No hay que pensar ya en las mil doblas.... el diablo se las ha llevado, y voto á todos los santos del paraiso, que solteis á ese buen Rodrigo, y á los demás compañeros, para que cumplan las órdenes de nuestro intrépido y nuevo Señor, pues no dudo que pronto lo sea.

Un gesto del incógnito impuso silencio al Capitan, que así mudaba de partido como de camisa, y sabía hacer lo que muchos políticos, obligándole á subir con él á los aposentos.

El calor de la pelea impidió notar al caballero Negro, que doña María, atraida por los gritos de su hija y el confuso ruido, que desde su aposento se escuchaba, habia bajado al patio. Allí encontór á Blanca en la misma postura que la dejamos al empezar el combate, y la sorpresa de que se halló poseida con la inesperada escena que sus ojos presenciaban, no fué bastante á arredrarla. Arrancó á la desconsolada Blanca de aquel sitio, estrechóla contra su pecho, la cubrió de besos y reparando que los dos caballeros peleaban con encarnizada fúria,

—Vamos, dijo; el cielo hará triunfar la justicia de nuestra causa.

Dirigiéronse hácia aquella parte del edificio que ocupaba la heredera; mas no bien hubieron llegado al aposento, en que Matilde y el amable paje lloraban encerrados la desgracia de su jóven amiga, cuando un vivo resplandor, que salia de la parte mas alta del castillo, iluminó como por encanto la galería. Miráronse sorprendidas no sabiendo á qué atribuir aquella estraña novedad, hasta que reparando la doncella con atencion, vió elevarse las llamas, envueltas entre nubes de humo, por la elevada torre, que miraba al camino de Castilla. Comunicó á doña María y á la anciana aya que la fortaleza ardía, y aterradas todas con tan infausta nueva, dieron agudos gritos, que resonando en los oidos del de las armas negras, acudió presuroso al sitio de donde partian, debiendo el infante don Juan á esta casualidad el no haber perecido á manos de su rival.

El fuego no era de consideracion, porque acudieron á atajarlo antes que tomase incremento. El conocimiento ecsacto que Rodrigo

tenia de los pasadizos del castillo sirvió de la mayor utilidad, para la comunicacion de las diferentes habitaciones. Artal, que ya habia comenzado á componer unas endechas á la cautividad de la *Vírgen de Almazan*, no bien oyó las voces de *fuego, fuego á la torre,* trepó las escaleras y trabajó sin descanso. Sacaron agua de los pozos, cortaron vigas, derribaron algunos lienzos de pared, y escitados con la presencia y el ejemplo del Negro guerrero, que daba las órdenes convenientes y obraba al mismo tiempo, consiguieron ver en breve apagado el incendio. Lo mas estraño fué que el capitan Fortuna, por cuyo mandato habian ocasionado aquel estrago unos cuantos de los que él llamaba sus perillanes, segun habia jurado hacerlo, en la conversacion que tuvo con Calvillo, se manifestase tan solícito en destruir su propia obra. Armado de una formidable palanca, recorrió los sitios mas peligrosos, arrojó cuerdas mojadas á los maderos ardiendo, arrancándolos á viva fuerza de su lugar, inundó la torre con un diluvio de agua, que le llevaban en grandes tinas, y fué el último que se retiró á descansar, despues de haberse asegurado de que nada habia qué temer por parte del abrasador elemento.

Durante este tiempo no se descuidó D. Juan *el Tuerto*. Ayudado de Pero Calvillo, volvió á ponerse á caballo, y sabiendo cuánto le importaba alejarse de allí pues su debilidad era demasiada, para esponerse á un segundo trance, atravesaron el puente, por el cual habia escapado ya Jucef, no estando guardado por Jaime, que habia corrido á ayudar á su señor en el incendio de la torre.

—Ya volveré, esclamó D. Juan rechinando los dientes, al internarse en la selva.... Los pasos de los caballeros dejaron de oirse; volvieron á su caserna los soldados, los escuderos á sus funciones, y el castillo de Almazan quedó tan tranquilo, como si nada hubiera sucedido en él.

CAPITULO VI.

La llegada de un importuno interrumpe el coloquio de dos enamorados.

Es necesario no haber ecsistido, para desconocer el dulcísimo embeleso de dos seres, unidos por simpático amor, que tornan á encontrarse, despues de forzosa separacion. Todo es nuevo para ellos; una cinta, una flor, que jamás escitára la atencion del amante, en el tiempo feliz de la posesion, cautiva ahora su alma, porque contribuye á realzar las gracias del objeto adorado: hasta el aire que respiran está, dicen, lleno de deleite, sin preveer que sus corazones arrobados de amor, reciben las impresiones y las endulzan con sus deliciosos pensamientos. Míranse entónces y no se ven, porque la venda engañosa que los cubre tiene el arte mágico de presentar á sus ojos mentidas ilusiones; se hablan en silencio, y su lenguaje mudo ¡cuántos misterios encierra! ¡con qué elocuencia se hace escuchar! ¡qué convin-

centes son sus razones! No es estudiado este arte, ni es preciso consumir años enteros, para ponerse al corriente de su retórica.... Una maestra suple por todo.... la naturaleza.... nosotros solo ponemos el principio.... el amor.

Recostada la heredera de Almazan sobre un banco de césped, á la entrada del *bosque umbroso*, la tarde siguiente á la noche, en que ocurrieron los sucesos anteriores, se entregaba deliciosamente al peligroso sentimiento, que en compendio acabamos de bosquejar. Contemplábala en pié su amante, sin pestañear, el corazon latiente, cubierto el rostro de vivo encarnado, y los brazos cruzados sobre el pecho. Enumeraba la doncella el gallardo porte y las prendas de su enlutado campeon, mientras éste bebia en sus ojos seductor veneno, que le abrasaba el corazon y constituia su dicha. El último servicio que el caballero hiciera á doña Blanca, estorbando los infames designios del Infante, haciendo á éste morder la tierra y no descansando hasta ver apagado el fuego, con que los soldados de Fortuna habian intentado arruinar el castillo, aumentaba el vivo interés que sentia hácia su generoso libertador, y el sitio y la hora parecian convidar al amoroso abandono en que yacia.

Largo rato permanecieron silenciosos, diciéndose con los ojos todas las ternezas de su corazon; mas el sol, ocultándose detrás de la cordillera de Albarracin y los ladridos del leal *Bravo*, que los llamaba, suspendieron tan interesante escena, haciéndoles conocer era llegada la hora de retirarse á la fortaleza.

Levantóse doña Blanca y ¡Oh Dios mio! esclamó. ¿En qué pensaba yo para detenerme tanto tiempo en esta soledad?

—Si yo fuera nigromante, oh! amada de mi corazon, te diria cuales han sido tus pensamientos, la respondió el guerrero tomándole la mano. Pero no quiera Dios que yo me envanezca con quimeras que sin embargo tú me has hecho creer son realidades.

Miróle tiernamente la doncella. ¿Qué mas pudiera decirle?

Salieron del bosque y tomaron el camino del castillo.

La vista del célebre Moncayo, que desde allí se descubria, escondiendo hácia el oeste uno de sus gigantescos picos entre una capa de gruesas y pardas nubes, detuvo sus pasos. El trueno pa-

recia pronto á rebentar de su seno y de cuando en cuando un relámpago cruzaba parte de su contorno iluminándolo breves instantes, como celoso de que el ojo del observador intentase profundizar sus maravillas. Rico en producciones, se creeria que la naturaleza lo habia destinado á prodigar con abundancia sus tesoros, y á amedrentar con frecuentes tormentos y huracanes á los mas apartados pueblos, pues hacía sentir sus bramidos á la distancia de sesenta millas. Ostentábase magestuoso en el desierto, uniendo con su inmensa mole los tres estados de Castilla, Navarra y Aragon, y su prodigiosa altura le hacía ser considerado como un monumento antiguo de las pasadas glorias de los Césares, como un testigo irrecusable de las revoluciones de los imperios mas modernos.

—¡Qué hermosa vista! dijo Blanca, que no sabía como hacer cesar un silencio, que al fin la era penoso. ¿No os parece, señor caballero, que esa montaña, cuya cumbre no alcanzan mis ojos, debe presentar objetos dignos de la curiosidad y del valor de los caballeros de la *Tabla redonda?*

—A lo menos, contestó el enlutado, si sus proezas fueron tales como se leen en las historias, no habria uno solo entre ellos, que vacilase en arrostrar los peligros de esa escondida cima.

—No dudo que entre los caballeros de estos tiempos se hallen algunos, que lleven ventaja á los de la antigua corte del rey Artur, repuso la heredera.

—Valientes hasta la heroicidad y pundonorosos en demasía fueron aquellos ilustres campeones. Los vicios han oscurecido las proezas de los que les sucedieron, y hoy raya en imposible el imitarlos.

—Siempre modesto, como Lancelote del Lago, pensó la doncella.

—Los castellanos y aragoneses, continuó el paladin, rivalizaron en gloria con aquellos dechados de la caballería andante, pero el fuego del entusiasmo, que enardeciéra á Rodrigo de Víbar, yace estinguido y las hazañas de los esclarecidos Sandovales y Mendozas sepultadas en eterno olvido.

—La noche se aprocsima, observó Blanca, y no quisiera que me alcanzase en esta soledad. Sigamos hácia el castillo.

—¿A mi lado puedes temer, adorada mia? Eso es hacerme un agravio, que ciertamente no merece mi lealtad.

—Yo temer.... no; jamás: me creo muy segura. ¿Soy acaso dueña de recelar traicion del que tan generosamente espone su vida por mí? ¿Del mas esforzado caballero de estos reinos?

—Siempre reconocida á mi brazo y sorda á las angustias que padezco, dijo con vehemencia el enlutado. ¿Ni una palabra de amor, bellísima Blanca?

—¿Qué mas quereis? respondió ella. ¡Ingrato! Deseas llenarme de confusion, confesándote lo que no puedo ocultar y esto por la centésima vez. Yo creia que la palabra de una dama era sagrada....

—Sí; la tuya lo es para mi corazon, esclamó el Negro con transporte; ven, mira cual palpita de placer.... ¡Oh! ¡que no me sea dado morir por tí....!

—Vive; vive para mi amor; para hacerme la mas dichosa de las de mi secso, decia la heredera, estendiendo involuntariamente sus brazos.

En ellos encontró el caballero del puente el mas dulce premio de sus gloriosos hechos. Los alientos de los dos afortunados amantes se mezclaron por un instante.... sus corazones se acercaron.... sus almas se confundieron.... La presencia de un importuno los sacó de su enagenamiento.

Era Jaime que se dirigia al bosque á grandes pasos.

—¿A quién buscas? le gritó el Negro, separándose de los brazos de su amante.

—Apresuraos á volver al castillo, señor. Acaba de llegar Guzman, y se empeña en hablar ahora mismo con vuesa merced. Por cierto que nos ha hecho recorrer todas las murallas, creyendo que en ellas.....

—¡Guzman! Repitió con estrañeza el guerrero.

—Si señor; Guzman, el sepulturero de Santa María de Vitoria, respondió Jaime; nunca os acordais de su nombre.

—Corramos, apresurémonos, dijo volviendo en sí el primero. Blanca, mi padre.....

Y sin pronunciar otra palabra, aceleraron el paso, llegando en breve al patio del alcázar.

Sus corazones se acercaron, sus almas se confundieron.

Acababa de apearse en él el misterioso personage, que ya no lo es para nosotros, desde que el amante de la doncella de Almazan hubo pronunciado la indiscreta palabra, *mi padre*, quitándonos desde aquel momento la facultad de seguir amontonando incidentes, y apurando la paciencia de los que este cuento lean, acerca del susodicho personaje. Habia llegado solo y en el mismo trage que tenia, cuando D. Alvar Nuñez Osorio subió á la torre, en que ejercia las funciones de campanero.

—Grandes noticias, dijo al guerrero despues de abrazarle. Perdonad, amable doña Blanca; mis primeros homenages debieran ser para vos.... preciso es sinembargo que hayais estado sorda, y os aconsejo no deis muchos paseos hácia ese cercano bosque.... debe estar encantado, pues á no ser así, hubiérais sentido los pasos de mi corcel, que ha pasado trotando cerca de un asiento de césped, en el cual adormecida descansabais, mientras un caballero no muy bien armado, os guardaba.

Bajó los ojos hasta el suelo la doncella ruborizada, y nada contestó al anciano. Conducidme, si á bien lo teneis, prosiguió éste, á la presencia de doña María, y allí os enteraré de las mudanzas, que han ocurrido en la corte.

Subieron los tres á la sala, precedidos del pajecillo que habia salido á su encuentro, y hacía mil caricias á *Bravo*, quien por su parte saltaba de contento, y encontraron á la ilustre viuda, acompañada de Matilde, la cual recibió al padre del defensor de Blanca con particular agrado y cortesanía.

—No esperabais verme tan pronto en estas tierras, nobles señoras, dijo el último, despues que tomaron asiento; y bien léjos estaba yo de eso mismo. Preciso ha sido lo que acaba de suceder, para que yo tomase esta determinacion. Antes de todo, añadió mirando á su hijo con alguna severidad, es preciso partir mañana apenas alumbre la luz del dia.

—¡Mañana! repitió Blanca tristemente, sin poderse contener.

—Sí, mañana; su honor lo ecsije y tambien vuestro interés, dijo Guzman, á quien continuarémos dando este nombre, á falta de otro mejor.

—Partiré ahora mismo, si es necesario, padre mio, y os probaré así que el honor es para mí antes que la vida y los placeres, respondió su hijo con viveza.

—Creia que la seduccion del amor habia enervado la fuerza de tu brazo.....

—¡Ah! No: él me dá alientos para acometer todo género de peligros y de privaciones; la ausencia, la muerte.....

Sus centellantes ojos se encontraron con los de su amada en tan crítico momento, y lleno de entusiasmo púsose en pié y esclamó:

—Sí; yo te juro, por la sagrada órden de caballería que profeso, sacrificarme por mi honor y por tu amor. Si faltáre á este juramento, que hago delante de las respetables personas que me oyen, sea mi nombre cubierto de oprobio, mi cuerpo privado de sepultura, y mis miembros esparcidos en los caminos públicos para pasto de voraces grajos.

—Nadie puede haceros aquí la injusticia de negar vuestro invencible valor, le dijo doña María. Testigos de él hemos sido, no ha mucho, dentro de estos mismos muros, y si el agradecimiento de una madre.....

—Cesad, señora, cesad de prodigarme unos elogios, que no puedo soportar, la interrumpió el Negro. Si mi lanza ha podido ser de alguna utilidad á la preciosísima Blanca, bien pagado estoy, pues he cumplido con el deber de todo caballero. Oigamos ahora las novedades que de la corte desea referir mi padre, y que al parecer motivaron mi ausencia de estos sitios.

—El dia mismo de tu salida de Vitoria, dijo Guzman, se descubrió otra conspiracion contra la vida del Rey de Castilla. Dirigíala D. Juan de Haro, señor de los Cameros, pero fué descubierta por el intrépido D. Lope de Vendaña, que ya no se separa de Alfonso. Partieron contra los rebeldes los caballeros de la *Banda* y no dejaron piedra sobre piedra en el castillo de Arlaban. Treinta y siete nobles pagaron con sus cabezas la deslealtad, y en el camino he sabido que el de Haro ha sido degollado en su villa de Agoncillo.

—Término funesto para tan orgulloso magnate, dijo entre dientes el enlutado.

—Sí, pero bien merecido, replicó su padre. Aun hay mas. Don Juan Manuel ha huido á Portugal, despues de haber atravesado á puñaladas al médico de Alfonso, por causa de la Reina.

—¡Cómo! ¿Ha corrido mas sangre en palacio.....?

—No; no ha sido en el Campillo, sino en casa del mismo Abenuez, con quien el señor de Villena encontró á su hija, entretenida en ilícitos amores.

—Eso es imposible, señor, repuso la matrona. ¿Tan olvidada estaria la Reina de todo recato y honestidad, que llevase su deshonra hasta el punto de tener trato con un judío?

—Su mismo padre la acusa en un escrito, que ha remitido al Rey desde Morillas, y el astrólogo, antes de morir á manos del favorito, lo confesó así.

—Terrible suceso. ¿Y qué hará el Rey ahora?

—Anular su matrimonio y encerrar á doña Constanza en un convento. Tal es el consejo de Garci-Laso y del conde Osorio; mas no puedo asegurar con verdad los pensamientos de D. Alfonso, porque estos dos aduladores y enemigos vuestros han sido desterrados de la corte.

—Novedades son todas interesantísimas, dijo el Negro, y por Dios que Alfonso empieza á ser Rey.

—No es eso todo, siguió Guzman. La corte no está ya en Vitoria; pero antes de dejar esta ciudad, ha publicado el Rey el pregon para tu desafío con el Infante, que debe verificarse en Valladolid, á donde ha llevado consigo á los de la Banda. Ya los heraldos publican vuestros nombres por todas las ciudades de Castilla y D. Lope de Vendaña ha jurado que, si no te presentas el dia aplazado, combatirá por tí contra D. Juan.

—No lo permita Dios, esclamó el del Zadorra; no cederé yo la gloria de acabar con el Infante al mejor paladin del mundo. Partamos al instante.... aunque tengo para mí que llegaré bastante á tiempo, pues las heridas que recibió en el último encuentro no le tendrán muy bien parado.

—Aunque así no sea, es imposible ponernos en marcha antes de mañana, supuesto que debemos escoltar á estas damas.

—¿Qué decis, don....

—Deteneos, doña María, gritó Guzman, antes que aquella señora pronunciase su verdadero nombre. No sabemos quien puede oirnos, y hasta que pueda presentarme como me corresponde, debo ser siempre el sencillo y oscuro sepulturero de Santa María. Escuchadme ahora. El Rey ha dispuesto celebrar un torneo en Valladolid, el dia antes del duelo: asistiréis y D. Alfonso conocerá personalmente á la heredera de Almazan. La estrecha amistad, que me unia á vuestro valiente esposo, mis desgracias, mi hidalguía no desmentida jamás, me dan algun derecho para aconsejaros. El Rey es incapaz, y sería un ingrato en negar lo que mi hijo le pida y, ó yo conozco poco el mundo, ó este viaje debe producir ventajosos resultados para todos. Ceded pues á mi súplica. ¿Acaso no arriesgo yo mas que vos....? ¿Quién me asegura de que mi cabeza..... y sin embargo voy á la corte y me presentaré.... ¡Oh! yo aseguro que D. Alfonso me recibirá, no como á enemigo, sino como á padre del caballero Negro.

—Estoy convencida y sigo vuestro parecer, dijo la noble viuda. Partiremos mañana todos juntos, y desafiaremos cara á cara á nuestros contrarios.

—Ya no los hay. Creo haberos dicho que el de Osorio y el Merino mayor han salido desterrados. De su desgracia ha sido causa un enérjico mensage, que los habitantes de Valladolid han despachado al Rey, diciéndole que si no separaba de su lado á aquellos dos traidores, le cerrarian las puertas de dicha ciudad. Dábanle cuenta de sus esfuerzos, referian sus ocultos manejos, y ponian de manifiesto sus maldades en tal grado, que convencido Alfonso, los ha mandado desterrar. Añádese á esto, que el almojarife Jucef ha estraido todas las alhajas de la corona, inclusa la primorosa cadena que se guardaba en el real aposento, y ahora no se encuentra; de modo que el Rey furioso ha despachado gente, para buscar al judío, jurando que lo ha de quemar vivo, si llega á sus manos.

—¡Cuántos trastornos en tan corto espacio! dijo el aventurero; mas si ellos libran á Castilla de astutos y mañeros enemigos, los doy por bien empleados. Lo que mas trabajo me cuesta creer es la desenvoltura de la Reina.

—El de Mendibil quiso defenderla, y aun amenazó al que con feas palabras la injuriase; mas el Rey le tapó la boca con el escrito de D. Juan Manuel.

—¡Desgraciada! añadió doña María; la compadezco: si D. Alfonso la hubiera amado mas, ella no sería tan culpable; pero entregarse á un judío.... es una accion tan villana, que no la puedo pensar sin horrorizarme.

Entró á esta sazon Rodrigo en la sala con luces, y corriendo Julio á él le dijo:

—Alégrate Rodrigo. Mañana marchamos todos á la corte, y si de esta no me arman caballero, no lo seré en mi vida. ¿Que te parece? Ya no soy tan niño, y de hoy en adelante tendré mucho juicio, y no te haré rabiar.

—Allá lo veremos, respondió el escudero. Por lo demás, ya sé yo que estos caballeros no pueden venir al castillo para cosa mala, como el otro bribon, que le falta un ojo. Siempre oí decir que ningun tuerto puede hacer cosa derecha.

—Prepara los caballos necesarios, para que mañana á buena hora podamos desocupar el castillo, le dijo doña María. Artal puede acompañarte.

—Yo cumpliré ecsactamente vuestras órdenes, mi noble ama y señora, contestó Rodrigo; y no será culpa mia, si antes del amanecer, no están los animales aturdiendo el patio grande á relinchos y á patadas. Pero, si vale para vos de alguna cosa el celo de un humilde criado, que sirvió fielmente á vuestro esposo toda su vida, hasta la víspera de San Juan Bautista del año de 1317, en que murió cubierto de heridas, cuando aquello de Granada, os ruego que no dejeis vaya con nosotros ese maldecido capitan Fortuna, con su mas maldecida compañia de ladronos, ni menos los dejeis en la fortaleza, si ya no quereis que se lleven, antes de nuestra vuelta, hasta los plomos de las vidrieras.

—No es mal pensamiento el tuyo, le contestó doña María. Esos malandrines no pueden inspirarnos confianza alguna, despues de lo que ha pasado.

—No es eso, señora, no es eso, replicó el criado; ni se trata

de que yo tenga razon ó no, si no que es preciso echarlos de aquí á toda costa.

—Digo que sí, y que apruebo tu determinacion. Mañana tomarémos nosotros un camino y ellos otro.

—Si digo, señora, que quereis dar al traste con mi poca paciencia, decia Rodrigo, á quien el lector sabe bien era preciso contradecir siempre, para que callase. Todos parece que hoy se han conjurado para hacerme rabiar. Doña Blanca, que anda muy contenta, y yo se lo deseo con todo mi corazon, no responde mas que sí á cuanto yo hago. Artal mismo se ha empeñado en que siempre hablo como un angel, y ahora vos, doña María.... ¡Ah! Esto es insufrible.

Dándose entónces una gran palmada en la frente, salió de la habitacion.

—Es singular manía la de Rodrigo, dijo Guzman; cada dia tiene menos enmienda.

—Y yo aprecio demasiado la memoria de mi esposo, repuso la matrona, para hacer caso de una falta, que no está en manos del fiel escudero remediar. Pero es preciso que descanseis, señor, despues de la larga jornada que hoy habeis traido, y lo mismo haremos todos, para prepararnos á la de mañana.

—Dormid, señora, sin zozobra, pues yo me encargo de que todo esté dispuesto á la hora de la marcha, respondió el caballero Negro. Quizá tendré que sostener algun ataque del buen Rodrigo, en medio del arreglo que hagamos, pero eso me divertirá y á fé que no correrá la sangre.

Todos se levantaron entónces. Las dos damas pasaron á la habitacion de Blanca, precedidas de Matilde que las alumbraba. Julio dió la mano al guerrero, que en retorno imprimió un beso en sus rosadas mejillas, mirando á la heredera enternecido. El paje siguió á las señoras. Los caballeros se retiraron al aposento que les estaba destinado.

CAPITULO VII.

De como el capitan Fortuna tuvo que ir á buscarla á otra parte.

L despuntar la aurora del siguiente dia, ya estaba el patio grande de Almazan empachado de hombres y caballos. El capitan Fortuna se paseaba taciturno delante de sus soldados, formados en dos hileras, frotándose los ojos, no bien abiertos del pesado sueño. Artal, mirando al cielo y tropezando á cada paso contra los pilares, se ocupaba en componer una letrilla de despedida, y Jaime, el escudero del caballero Negro, silvaba una antigua balada, en tanto que aparejaba los corceles necesarios: pero el que mas importancia daba á todos sus movimientos, el que mas récio hablaba y contradecia á troche y moche, sin miramiento alguno, era nuestro amigo Rodrigo, cuyo mal humor habia subido de punto con la presencia del Capitan á quien aborrecia de muerte. Complacíase en mortificarle, pasando y repasando in-

mediato á la tropa con diferentes pretestos, levantando la cabeza con arrogancia y eligiéndole por blanco de su desprecio. Incomodábase no obstante cada vez mas, al notar el poco caso que Fortuna hacía de sus necedades; deseaba que se le presentase ocasion de trabar reyerta, y á falta de poder reñir con él, sufrian todo el peso de sus amenazas los criados subalternos. Sin ser muy valiente el escudero, cualquiera le tuviera por hombre capaz de acometer un lance, mayormenle si se le dejaba referir menudamente la batalla dada contra los moros en las cercanías de Granada, el año de 1320, cuya fecha siempre equivocaba; y aunque en el fondo era un verdadero castellano, un hombre honrado; sin penas ni placeres, levantaba el gallo como el que mas en el castillo; lo que no debe estrañarse, por la suposicion en que á si mismo se tenia, y la ilimitada confianza que de él hacian doña Blanca y su madre, pareciéndose á aquellos falderos, que ladran dentro de sus casas á cuantos tienen la mala suerte de desagradarles, validos de la proteccion, que sus amos les dispensan.

Los preparativos de una marcha se hacian, en el siglo que comprende esta relacion, con mas prontitud y facilidad que al presente, no importa el número de personas que la compusiesen, ni que estas fuesen damas ó caballeros. Como eran desconocidos en aquel tiempo el uso y el nombre de nuestros cómodos coches, y aun lo fueron cien años despues, no hay duda en que los españoles de entonces, y particularmente las españolas, debian hacer sus viajes con mucha incomodidad, porque tenian que sufrir la lluvia, el sol, el viento y el polvo inaguantable de los caminos, de cuyas plagas preserva al viajero moderno aquella invencion veneciana; y si á esto se agrega el mal trote de pesada mula, y el duro asiento de una malísima albarda, que descoyuntaba los huesos, es preciso confesar que cada jornada podia contarse como penitencia impuesta al cuerpo, para salvacion del alma. Pero como no hay mal, dice un filósofo que entiende á su modo de materia, del cual no pueda sacarse algun bien, resulta que el modo de viajar de nuestros antepasados, tardío, molesto ó insufrible, si se quiere, tenia sus ventajas, bajo ciertos puntos de vista. Por ejemplo, no habia despa-

chos de diligencias, y un pobre hombre, que perseguia á su deudor fugitivo, no tenia que ir á implorar, por su dinero, un billete de rotonda, para correr á cobrar lo que de derecho le pertenecia, ni encontraba en el tal despacho á un hombre gordo, posma, acatarrado, con espejuelos verdes, para disimular que no sabe leer, y que despues de hojear el registro, responde:

—No hay asiento hasta el jueves; todos están tomados.

No tenia que volver el jueves dicho acreedor al dicho despacho, á solicitar de dicha señoría el dicho billete, ni volaba despues, sudando como un ganapan, al patio de diligencias, recelando llegar á las doce y un minuto, es decir, tarde, pues el que no se embarca en el arca de Noé á la última campanada de las doce, se queda en tierra; esto es, no camina hasta otro dia, en que tiene que pasar los mismos disgustos, los mismos sudores y los mismos inconvenientes.

Mas como nuestro ánimo no se dirige á establecer ahora una disputa, sobre la conveniencia en los usos y costumbres de tan diversas épocas, sino á narrar los hechos que hemos tomado á nuestro cargo, por entretenimiento, seguirémos el hilo de este verdadero relato, dejando para hombres mas profundos, mas observadores, un empeño superior á nuestra limitada comprension.

—Soy un pollino, amigo mio, decia Artal á su amigo el escudero, verdaderamente un pollino; no puedo atinar con una sola palabra, que se ajuste bien á cierto verso, y hace mas de una hora, que estoy devanándome los sesos en valde.

—Ni yo comprendo, contestó Rodrigo, lo que doña María piensa hacer con esos perros traidores. Ahí tienes al Capitan paseándose como un arzobispo, y por Dios que me dá gana de enseñarle á ser mas humilde, y de llamarle infame en sus barbas.

—En cuanto á eso, hay mucho que decir. Primeramente os hago saber, que yo nunca me inquieto por cosas que no me interesan y así, me importa una higa que Fortuna sea ahorcado, ó admitido á la mesa del Rey, y si doña María le perdona su traicion, allá se las avenga.

—¿Es decir que por nada tienes el habernos amenazado con la

muerte, cuando nos sorprendió en la galería? ¿Te parece una bicoca apoderarse de mi cinturon, arrancarme las llaves de la puerta principal, y luego.... Ya no me acuerdo, hombre, ya no me acuerdo; pero ha sido una infamia, una accion digna del Capitan y de su cuadrilla, y nunca se la perdonaré.

—Si hablais con el capellan acerca de este último punto, os predicará una buena homilia, para convenceros de que el perdon de las injurias.....

—El capellan dirá y repetirá cuanto se le antoje, sin que yo mude de parecer. Déjalo estar y nos verémos. Por lo pronto, te aseguro que si ese capitan de foragidos nos acompaña en el viaje, ha de medirse bien los vigotes, porque hay cierta persona, y no la nombraré, que tal vez se los arranque de cuajo.

—No hay que tomarlo tan á pechos; el Capitan puede apercibirse y.....

—Eso quiero yo; que se aperciba y venga á darme los buenos dias. Me acuerdo de que el dia de la víspera de san Juan Bautista, dia menguado para mí, por la muerte de mi amo el Infante, cuando embestimos á Granada.....

—Maldito si esa cita tiene nada que ver con lo que estamos hablando. Aquí no se trata de la muerte de nadie, ni de la toma de fortaleza alguna.

—Pero hablamos de si yo puedo ó no dar una leccion á ese borracho de Fortuna. Dices que puede apercibirse de nuestras palabras, y yo digo que tambien nos apercibimos nosotros de las maniobras de los moros, la víspera de san Juan Bautista del año de mil trescientos diez y.....

—¡Rodrigo! gritó el caballero Negro desde el otro estremo del puente.

—Y eso no nos privó de ser descalabrados y acuchillados por el terrible Ozmin, aunque si mi esclarecido amo, el infante D. Pedro, no hubiese perecido cubierto de heridas.....

—¡Rodrigo! volvió á gritar el aventurero.

Separáronse los dos interlocutores, á quienes la voz del guerrero impidió armar reñida pelotera, segun tenian por costumbre.

Acudió el primero refunfuñando á la llamada del enlutado, y el poeta volvió á pasearse y á invocar á las musas, sin adelantar por eso una línea de la elegía que estaba componiendo en despedida, á causa de que como él mismo confesaba, huian de su imaginacion los consonantes. Pocos minutos despues bajaron al patio las damas, menos Matilde, que con el capellan y algunos criados de confianza debia quedar encargada del castillo. Esperábanlas Guzman y el caballero al pié de la escalera, y Jaime sujetaba por la brida los caballos ya prevenidos. Montaron todos: Rodrigo, que habia recibido sus instrucciones del paladin del Zadorra, y andaba loco de contento, abrió la puerta, desató el puente levadizo y señalando al poeta una mula;

—Vamos, le dijo, déjate ahora de esas coplas, en atencion á que de nada nos han de servir. Apresurémonos, y te prometo que dentro de poco has de ver confirmado el acierto de las razones, que antes te dije contra el Capitan. ¿Qué diablos te detiene? ¿Quieres tambien que te ayude á cabalgar?

—Quiero.... respondió el poeta; nada quiero, seor Rodrigo, sino que me dejeis en paz; y si de nada sirven mis coplas, tanto mejor para vos, mas eso no me quitará la gana de recitarlas á mis anchuras, antes de partir.

Notando entonces que toda la comitiva habia salido ya de la fortaleza, púsose á declamar con voz teatral:

Quedad con Dios esta vez
altas torres de Almazan;
á ganar honor y prez
vuelo en soberbio alazan,
y con tristeza
adios, repito bella fortaleza.
Guárdate del enemigo,
sea morisco ó cristiano;
reciba duro castigo
aquel que ponga la mano
en tus cadenas,
y halle la muerte desde tus almenas.

Si rendido aventurero
solicita la hermosura
que encierras, vea primero
la lealtad y bravura
de nosotros,
que sabemos lidiar á fuer de.....

—Este maldito consonante á *nosotros* es el que no puedo encontrar, dijo con entusiasmo; y á menos que no diga *potros*, lo cual nos hará poquísimo favor á todos, me veo atascado y sin poder salir del atolladero.

—Y permita Dios te ahogues en él, por villano y por nécio, le contestó Rodrigo. Ay de Judas, que las damas y los caballeros han pasado ya el puente y yo tengo que cumplir una importantísima órden, con respecto al capitan Fortuna, que el diablo maldiga, y no parece, sino que cuando mas atarugado, y desesperado, y condenado me encuentro, entonces te complaces en irritarme y acabarme de sacar de juicio.

—No quiera el ángel de mi guarda, que yo sea reconocido por mis amigos de poco mirado. Pero, hombre, una despedida tan tierna y tan.... vamos; es cosa de darse á todos los diablos.

—Y yo digo que nada tiene de tierna, sino que de cien leguas apesta á cocina, y á patio, y á esas cosas bajas y malsonantes.... Pero, por la lanzada del de Urgel, démonos prisa, y en el camino departiremos á nuestro talante, cuanto nos convenga.

—¿Y al fin he de separarme del castillo sin decir mi despedida? Ea; vamos, y sea lo que Dios quiera.

—Verás en lo que vienen á parar las brabatas del Capitan, cuando lleguemos al bosque, le dijo Rodrigo, mientras atravesaban la puerta principal. Mírale allí cerrando la marcha, y tomando sus disposiciones para el viaje. ¡Pobre demonio! Pronto se vá á llevar el viento las funciones, de que al parecer está encargado.

Llegaba la comitiva al bosque; mandó hacer alto el caballero Negro, dió un silvido, y *Bravo*, el perro que acompañaba á Blanca en su ausencia, corrió á colocarse á la entrada de la espesura.

—No será estraño, dijo el guerrero á la doncella, que encon-

tremos algun lobo en esta selva, y si es así, los dientes de mi fiel mastin nos servirán de algun provecho. ¿Mas en dónde está nuestro viejo Rodrigo?

—Aquí, aquí, gritó el escudero, que llegaba con Artal en aquel momento; deseando poner por obra vuestros últimos mandatos.

—Bien; llama al Capitan, y díle que vaya á encontrar otro castillo que vender, y otros señores á quienes engañar.

—¿Has oido, Artal? dijo Rodrigo; haz presente al señor Fortuna, que tengo órdenes precisas que comunicarle.

—¡Oh! yo os aseguro que lo traeré al vuelo, aunque sea por las orejas, repuso Artal.

—No es necesario tanto, seor poeta; él tiene muy buenos piés, para no detenerse mucho.

—Me conformo; le diré simplemente que le llamais.

—Apostamos á que esta es la última vez que haces burla de mí. ¿Tengo yo acaso precision de tu conformidad? No, señor; y sepan cuantos.....

—Y yo reniego de esa apuesta y de ese tonillo intempestivo, que su merced aparenta. ¿Quién le dijo al viejo escudero Rodrigo, que yo he de aguantar sus impertinentes bellaquerías?

—No te enfades, hombre, que no hay motivo para tal; y sino quieres llamar al Capitan, yo mismo iré á anunciarle que no nos moleste mas con su presencia. Ya sabes que juntos hemos sufrido su ley, cuando pudo dárnosla, y á su vez es preciso que me obedezca. ¡Oh! yo te prometo que si resiste, me han de oir los sordos.

Llegó en esto el mismo Fortuna á donde ambos amigos platicaban y preguntó con sencilléz:

—¿Qué significa esta detencion, señor Rodrigo? ¿A qué pararnos en este sitio, tan poco á propósito? ¡Cuánto mejor fuera aprovechar el fresco de la mañana....!

—Nadie os impide aprovecharle, ni caminar cuanto os diére gana, seor Fortuna, le interrumpió el escudero; y precisamente tenia que deciros cuatro palabras sobre un cierto asunto. En cuanto á la detencion, significa que no todos podemos seguir un mismo camino, y esto por muchas y muy poderosas razones. Por ejemplo,

nosotros con las damas y el caballero nos dirigimos á la corte del Rey de Castilla, y vuestra alta y acompañada persona, es preciso que desde aquí tome otra ruta, enteramente distinta; á fin de no volvernos á ver en la vida.

—¿Y cuáles son las muchas y muy poderosas razones que, segun dices, han dado motivo á esa determinacion? preguntó algo amostazado el Capitan.

—Primera, porque doña María lo ha dispuesto así. Segunda, porque doña Blanca se espanta cada vez que fijais en ella esos ojos vizcos, á manera de gato montés. Tercera, porque el caballero Negro quiere lo mismo que doña María. Cuarta, porque ese Guzman lo aprueba. Quinta, porque mi amigo Artal, que está presente, y el viejo Rodrigo, que os habla, desean cortar desde este mismo punto toda relacion con vuesa merced y su detestable cuadrilla. Sesta, porque.....

—Alto ahí, viejo marrullero de Satanás, le atajó Fortuna; y no piense que somos gente de poco mas ó menos. En prenda de lo dicho, estoy pronto á probarle, que la última de las cinco razones, que ha espuesto para la separacion, me hace tan poquísima fuerza, que alta y formalmente la declaro nula, así como desprecio á un mal tejedor de trobas, propias para dormir chiquillos, y á cierto criado llamado Rodrigo, mas pesado y fastidioso, que el zumbido de un enjambre de abejas.

—Y yo os protesto, Capitan, replicó el poeta, que aunque mi amigo Rodrigo ha dado mi parecer sin preguntármelo, y menos saberlo, soy en un todo de su misma opinion, gracias al cumplimiento que acabais de hacerme, asegurándoos, como de paso, que las fanfarronadas de un traidor hacen muy poca mella en pechos leales, como los nuestros.

—Veamos ahora, añadió el escudero, lo que el Capitan tiene que oponer á las demás razones mias.

—Nada absolutamente. Solo me toca retirarme, si son ciertas; y avanzando hácia donde estaba el caballero Negro con las señoras, el recibimiento que le hicieron y las breves, pero terminantes palabras con que doña Blanca le despidió de su servicio, no le dejaron

la menor duda de que Rodrigo no habia hecho sino dar cumplimiento á las órdenes que tenia. Volvióse cabizbajo hácia su tropa. Artal y su amigo, á pesar de los motivos de queja que contra él habian manifestado, tuvieron la generosidad de no insultarle, cuando pasó inmediato á ellos. Reunió á los soldados, les dirigió una corta arenga, concluida la cual se internó con ellos en los montes, aunque el poeta sostenia á Rodrigo, autor de esta noticia, que probablemente se habia engañado, pues al proseguir su marcha las damas, permanecia aun la compañía franca en el mismo sitio, donde habian hecho alto.

Daba la señal, Bravo como ya queda insinuado, se colocó á la cabeza, registrando con escrupuloso instinto los espesos ramages, que casi impedian el paso del *bosque umbroso*. Seguian luego las damas, cuyos lados guardaban Guzman y el caballero Negro, y algo mas atrás conducia Jaime en la delantera de su corcel al gracioso pajecillo de Blanca: por último, Rodrigo y Artal cerraban la marcha, contento el primero sobremanera por verse libre del Capitan, y cavilando el segundo sobre el consonante que pondria á la tercera estrofa de la despedida, que no acertaba á concluir.

CAPITULO VIII.

En el cual se prueba matemáticamente que Dios los cria y ellos se juntan, y que donde menos se piensa salta la liebre.

Dejemos continuar sosegadamente á la comitiva su camino, y permítanos el lector que llamemos su atencion hácia una pequeña cuesta, que pocas leguas antes de Valladolid, servia de punto de reunion á una partida de descontentos, de los muchos que infestaban las Castillas. Los planes que D. Juan Manuel, señor de Villena, habia formado y cuya ejecucion debia verificarse en Santolalla, solo sirvieron para ocasionar la ruina de los alucinados que, creyendo trabajar en pró del reino, pidiendo con las armas en la mano nuevas honras y cargos para el favorito, se comprometieron incautamente en una insurreccion, falta de órden, de recursos y de gefe; pues aunque el de Villena estaba á la cabeza, no se habia declarado públicamente su fuga de la corte, ocasionada

por la violenta muerte que dió al astrólogo Samuel, y dejó á los sublevados de Castilla entregados á sí mismos, y en una situacion verdaderamente crítica. Los robos, los asesinatos y las tropelías que empezaron á cometer en los caminos públicos habian llamado sériamente la atencion del Rey, que en su tránsito á Valladolid acababa de hacer colgar mas de setenta facinerosos; porque los malcontentos, faltos de disciplina, de freno y de union, se esparcieron como una plaga, y perseguidos por las partidas de alaveses hasta en sus mas escondidas guaridas, no tuvieron otro recurso que el de la desesperacion, abrazando el oficio de salteadores. A primera vista parecerá increible que, sufriendo tan activa persecucion por las tropas del Rey, existiese un bando atrevido, que celebrase sus conciliábulos en el sitio mas público y fácil á las pesquisas de sus enemigos, como la cuesta de que hemos hecho mencion: pero calculaban bien los individuos que le componian, pues desde aquel parage descubrian el camino hasta larga distancia, y todas las veredas, por las cuales podian ser atacados, siendo dueños de la retirada, en todo caso, y viviendo seguros de no ser sorprendidos jamás.

Doce hombres, cuya feroz catadura hacía graciosos contrastes con el risueño aspecto, que la naturaleza presentaba, ofreciendo pródigamente al ambiente las mas odoríferas plantas, de que están cubiertos los prados de Castilla, componian entonces la cuadrilla: hollaba esta un suelo alfombrado de matizadas florecillas que, á impulsos de la escasa brisa de la tarde, suavemente se mecian, y tal vez allá, en el silencio de la noche, interrumpida la calma de la elevada pradera con los últimos lamentos de las víctimas, sacrificadas por la ferocidad de los bandidos. El trage que usaban se diferenciaba mucho del que ahora acostumbran llevar los ladrones públicos, pero era análogo al del siglo en que vivian. Vestian uniformemente una especie de chaqueta sin mangas de piel de lobo, sujeta á la cintura por ancha correa de cuero, con grosera hevilla de metal; cubrian sus cabezas mohosos y deslucidos casquetes de hierro y empuñaban prolongadas lanzas, de las cuales se servian de cuando en cuando, para apoyarse y descansar, sin dejar de proseseguir caminando hasta el teatro de sus fechorías.

Un manantial de agua cristalina fertilizaba, convertida en multitud de arroyuelos, la deliciosa cuesta, y la pequeña hondonada, en que estos se unian, formando espaciosa concha trasparente y pura, era donde los foragidos se réunian á tratar los lances mas difíciles, las empresas mas árduas; y desde pensarlas á ponerlas por obra, solia haber muy poca distancia, entre aquella gente feroz y sanguinaria.

En el sitio que acabamos de designar se encontraba, la tarde del quinto dia despues de la salida de Almazan del caballero Negro y su comitiva, la docena de salteadores, ocupada con los restos de una parca merienda, compuesta de varios fiambres y algunos puñados de frutas secas. Sentados sobre la yerba, que el rocío empezaba á humedecer, platicaban amistosamente sobre los riesgos de su situacion, que consideraban apurada, desde que el ejemplar castigo de los setenta de su calaña, colgados por órden de Alfonso undécimo, habia llenado de terror el país. Aunque una mas que mediana bota pasaba de mano en mano, haciéndoles olvidar á ratos los tristes presentimientos que les asaltaban, no podian desechar enteramente de la imaginacion la funesta idea, de que tal vez, al dia siguiente, servirian sus cuerpos de pasto á las aves de rapiña.

—Esto no puede durar, camaradas, decia el que parecia gefe de la pandilla: no sé qué miedo se ha apoderado de mí hace dias, que ni en sueños estoy tranquilo. No me conozco, amigos; os lo digo con toda verdad, y una cosa, un peso que siento aquí, en el corazon, me dice que esto no puede durar.

—Dure ó no dure, es preciso tomar el tiempo conforme viene, respondió uno de los ladrones. Yo por mí, sé decir, que no siento ese espanto, que tanto persigue á *Mano de hierro*, y eso que he vivido con brujas y con hombres, que no eran hombres sino demonios.

—¡Ah pobrecillo! replicó *Mano de hierro:* como se conoce que solo hace dos dias que te hallas entre la gente de pelo en pecho.... En Alava, mi amigo, se puede ser valiente, porque nadie persigue á los bravos, y vosotros érais dueños de robar y matar con seguridad á cuantos topábais, sin mas trabajo que retiraros á descan-

Yo seré el verdugo, gritó Sorbe-cueros.

Pero en Castilla es otra cosa; el Rey se ha levantado del lecho de rosas, en que ha estado dormido mucho tiempo; ya no hay D. Juan Manuel, ni sabemos tampoco si vive, y en cuanto al Infante, ya has oido lo que nos ha dicho ese pobre diablo de escudero.

—A propósito del escudero, repuso otro ladron ¿qué haremos de él?

—Perdonarlo, en gracia de nuestros pecados, contestó el gefe.

—A otro perro con ese hueso, Capitan. Si me aseguráseis que mañana nos perdonarian á nosotros, por la intercesion de ese menguado, pudiera ser que yo me inclinase por primera vez al partido de la clemencia; pero tiene razon *Sorbe-cueros*; el tiempo se ha de tomar como viene, y si otro dia nos han de ahorcar á todos, es preciso que hoy ahorquemos nosotros á cuantos cojamos.

—¿Sabemos acaso el partido á que pertenece el tal escudero? dijo el que antes habia preguntado acerca de su destino.

—Eso no nos importa un bledo, refunfuñó *Sorbe-cueros*. Despues que se le despache á cenar con Cristo, tendrémos lugar de preguntar todas esas cosas.

—En todo caso, hágasele responder á un interrogatorio.

—¡Gran pensamiento! esclamó otro. Manos á la obra; nómbrense los jueces: yo propongo para presidente al Capitan.

—Admito, respondió éste. Veré si con semejante diversion, consigo olvidar los temores que me atormentan.

—Yo seré el verdugo, gritó *Sorbe-cueros*, como ocupacion que me es en estremo agradable; y para dar principio á la ceremonia, voy á conducir al reo....

—Poco á poco; arreglemos primero todo lo demás, le interrumpió el gefe. Ya que nos constituimos en tribunal, háuse de llenar las formalidades. Tú, *Limpia-bolsas* y el *Renegado* hareis de fiscales en la causa; *Garduña* estenderá la defensa del acusado; yo pronunciaré la sentencia y *Sorbe-cueros* la ejecutará. El resto de la partida serán escribanos, alguaciles y tropa. Ea; silencio y vamos á empezar. Acordaos de que soy el presidente y así, comparezca el reo á nuestra presencia.

Cuatro ó seis bandidos se levantaron. Dirigiéronse hácia el sitio

mas empinado de la cuesta, en que perennemente tenian apostado un vigilante, y donde yacía tendido boca abajo el prisionero, que iba á ser víctima de aquella farsa burlesca. Obligáronle á ponerse en pié con groseras amenazas, y maniatándole sin piedad, lo condujeron á empujones hasta el lugar de la sesion.

—Órden, exclamó el presidente, á falta de campanilla, viendo que sus compañeros prorumpian en desmedidas carcajadas; y pasado un corto espacio, necesario para restablecer el silencio, añadió:

—Adelántese el reo.

Sorbe-cueros se apoderó de él y lo presentó en medio del corro.

—Respóndeme ahora con claridad á cuanto yo te pregunte, le intimó *Mano de hierro*, y cuenta sobre todo con decir la verdad. ¿De dónde venias cuando te cojimos?

—Antes de contestar, dijo el preguntado, no será malo que yo os declare ciertas dudas y escrúpulos. Por ejemplo ¿qué me sucederá, si rehuso responder á vuestras demandas?

—Poca cosa.... te desollaremos vivo.

—¡San Bartolomé! ¿quién lo diria....? Pues á fé que no teneis traza de ser tan crueles.... Si fuera otra cosa.... pero desollado vivo....

—Y descuartizado.

—¡Descuartizado tambien! Por San Jorge, que os tomais bellísimos entretenimientos; yo no pensaba en tales bagatelas y....

—¿Quieres responder ó no á las preguntas que te hagamos?

—Sí, sí; pronto estoy, porque á la verdad.... en fin.... podeis preguntarme, aunque no sé como saldré del paso.

—¿De qué parage venias, cuando te hechamos el guante?

—De la raya de Aragon.

—¿Qué hacias allí?

—Estaba, como os dije ayer, al servicio del infante D. Juan.

—¿Y el infante D. Juan, qué hacía?

—Lo ignoro.

—No es mala piepa el tal Infante. ¿Te hallaste en Vitoria, cuando la sublevacion de Santo Domingo?

—Puede ser.

—No pregunto eso. ¿Quiero decir que si el dia, que quisieron matar al Rey los amigos de tu señor, estabas metido en el ajo?

—¿Cómo puede uno acordarse de los sitios, en que se ha hallado durante su vida?

—Dejémonos de pantomimas. ¿Estuviste ó no en el Campillo con los descontentos?

—Yo no soy capaz de negar, que tal vez haya podido hallarme en ese sitio....

—¡Otra vez! aquí no se admiten palabras, que tengan doble sentido. ¿Estuviste, ó no?

—Sí digo.... ¡Válgame el cielo....! Puede ser que mi mala estrella me condujese allí; pero os protesto que, si lo hice, lo cual ¿quién es capaz de asegurar? fué contra toda mi voluntad.

—¿Eres, segun eso, amigo ó partidario del Rey?

—En sumo grado.

—¿Y qué te parece del señor de Villena y los otros magnates de Castilla?

—Me huelen á cáñamo de treinta leguas, y ya les tengo pronosticado, acá en mis adentros, que han de acabar ahorcados.

—Atrevido me pareces. ¿Has pensado en tí mismo alguna vez? ¿Cuál imaginas que sea tu paradero?

—Ayer os hubiera respondido, que pensaba ser conde, ó adelantado; pero hoy no me contento con tan poco, y eso dependerá de las circunstancias.

—¿Y si ahora mismo te sentencio á ser colgado por el pescuezo?

—No puede ser.... he reparado que no hay árboles en estos contornos.

—Eres un hombre estraordinario, nada te intimida, pero si nos conocieses bien....

—Al contrario; porque os conozco bien, me hallo tranquilo. Estoy en mi elemento, y vivo seguro de que no sois tan malos como quereis parecerlo.

—No te falta agudeza y me agrada tu charla. ¿Dónde dejaste al infante D. Juan?

—Entre una partida de amigos vuestros, curándose algunos rasguños, que recibió en la raya de Aragon.

—Y tú....

—Yo me dirigia á la corte con el objeto de adquirir novedades.

—¿Cómo te llamas?

—Hace rato que yo esperaba esa pregunta, que me pone en el mayor aprieto; y maldito si acierto cómo responder á ella.

—¿Lo ignoras tambien?

—Precisamente. Nunca he podido saber mi nombre.

—Pues yo sé el modo de hacer que te venga á la memoria. *Sorbe-cueros* aplícale una receta, para que registre su fé de bautismo.

—Ni por esas, Capitan. No sé mi nombre, repito, y todos los azotes del mundo no me harán aprenderlo. A mas de que yo tengo la carne muy flaca, y todo lo chiquitillo que me veis, no impedirá que caiga al suelo, á la vista de la correa, porque os juro que soy una criatura sumamente medrosa y débil.

—Nada, nada; no hay compasion. Cincuenta azotes, si no declara por qué nombre le conocen sus amigos.

—Eso es hablar como un papa, y si desde un principio os hubiérais esplicado así, no era necesario emplear medios violentos. Si yo desconozco mi nombre de pila, no ha faltado quien me haya regalado otro, y como todos son buenos, ó malos, he adoptado desde luego el que me han puesto.

—¿Cuál es?

—Pero Calvillo.

—¡Oh! ¡Oh! esclamó *Sorbe-cueros;* el famoso espía del Rey de Aragon y de nuestros nobles.... Ya le conozco, amigos; es mas valiente que el Cid, mas tahur que D. Gayferos y mañero como Satanás.

—Yo agradezco esos cumplimientos....

—¡Qué cumplimientos, ni que....! vamos; disuélvase el tribunal, admítasele en la cofradía y sus.... ni mas palabra. Él olvidará los mogicones que ha llevado, y nosotros la camandulada de sus respuestas.

—Me place, respondió Calvillo, y éteme ya pronto á servir en la cuadrilla.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando levantándose

todos abrazaron al nuevo camarada, quitáronle las ligaduras, que sujetaban sus brazos, y echando mano á la bota, bebieron á su salud. Trataron entónces de solemnizar mas cumplidamente la recepcion, preparando al efecto una sabrosa cena; mas se les augó la fiesta antes de empezar, porque llegándose á ellos el que de centinela estaba en lo alto de la cuesta, avisó que una lucida cabalgata se divisaba á corta distancia.

—¿Es gente armada? preguntó el Capitan.

—No, sino de paz.

—Esa necesitamos. Arriba, muchachos; tengo esperanza de que hoy hemos de dar con algun encuentro de provecho.

—Son dos damas y tres ó cuatro escuderos, dijo el de la vigía. Un solo caballero las acompaña, armado de punta en blanco.

—Nuestros son, contestó el Capitan. Pocas palabras y á ellos. Ya están muy cerca, replicó *Sorbe-cueros*; pero mal año para mí, si el nuevo hermano Pero Calvillo y yo no los desbalijamos á todos, antes que de ello se aperciban.

Aunque los ladrones eran muchos, no habia tiempo para gastarlo en inútiles fanfarronadas. Los viageros habian reparado su mala traza y hostiles intenciones; sin embargo avanzaban siempre, y el caballero, puesto á la cabeza, se preparaba á disputar el paso.

De repente se vieron atacados por las lanzas de todos los bandidos, que no tardaron en conocer se las habian con invencible contrario. Una mirada de la dama mas jóven bastó al caballero para decidirse. Su rostro se cubrió de corajudo sudor; temblárone un instante los lábios, y poniendo la lanza en ristre, acometió sin vacilar á la cuadrilla, cuya mayor parte, espantada de aquel arrojo, huyó despavorida á guarecerse en la montaña. Solo Pero Calvillo y *Sorbe-cueros* esperaron con valor á su adversario; pero mientras el valiente paladin arrojó al primero de una lanzada espacioso trecho, el segundo sacó de su cinto de cuero un agudo puñal, é intentó clavarlo en la espalda del guerrero; delito que hubiera consumado, á no llamar la atencion de éste un grito de la dama. Revolvió su caballo con rapidéz, y el brioso animal, alzándose sobre las patas traseras, estampó sus férreas herraduras en el cráneo del malvado.

—¡Ay de mí! exclamó dolorosamente al caer; es el caballero Negro, á quien hospedé en Betoño....

—¡Miserable! dijo el amante de Blanca, despues de haberlo reconocido. Si hubieras cumplido tus promesas, no moririas hoy por mi brazo. Quise sacarte de esa vida criminal y burlaste mis órdenes; pero bien te dije que algun dia me encontrarias. Ya has recibido el pago de todos tus delitos.

Nada respondió el salteador, pues acababa de espirar, y Guzman, adelantándose hácia el espía, que mal herido se quejaba;

—Aquí tienes, dijo al caballero, otro pícaro mas malvado que cuantos nos han acometido. Es el famoso mensagero, que acompañó al Conde á la torre de Santa María....

—Por la Vírgen de los Siete lugares, señor campanero; tened piedad de mí, clamaba Calvillo; yo os prometo arrepentirme sínceramente de mis culpas pasadas.

—Ya te tengo conocido, infame ladron, y si vives lo bastante para llegar á Valladolid, te prometo que has de bailar en el aire, le contestó el sepulturero: y haciendo una seña á los criados, que volvian de perseguir á *Mano de hierro* y su cuadrilla, siguió caminando al lado de las señoras de Almazan. Rodrigo, ayudado de Jaime y Artal, colocó al espía atravesado en una mula, y así lo llevaron, hasta que á la vista de Valladolid, encontraron la partida de Cañete, que andaba á caza de malhechores. Entregáronlo al comandante de ella, y hé aquí como Pero Calvillo, despues de haber burlado mil veces la vigilancia de los temibles maceros del Rey, vino por último, y cuando ménos lo pensaba, á caer en sus manos.

CAPITULO IX.

La órden de Caballería.

os detractores del espíritu caballeresco, que animaba á la juventud española en los siglos doce, trece y catorce, no han pesado bien las causas que lo motivaron, cuando suponen fué producido por estravagantes caprichos, hijos de la barbárie, en que yacía sumida nuestra patria. Era preciso, para que esto tenga visos de fundamento, que no solo España, sino toda la Europa estuviese tocada de un ramo de locura, pues que el egercicio de la caballería, con el entusiasmo, heroicidad y demas relevantes prendas que lo distinguieron, era comun á moros y cristianos, á grandes potentados y á simples señores. Examinándolo imparcialmente, es necesario estar poco instruido en la historia, para no conocer que mas bien que demencia é ignorancia, era el resultado de los sentimientos mas nobles, puros y generosos.

El feudalismo, instigador y orígen, muchas veces, de la anarquía, léjos de oponer el menor dique al desenfreno de las pasiones, las atizaba, y el débil oprimido por los contínuos insultos y demasías de los nobles, no veia seguridad, sino acogiéndose al amparo de un protector. Los reyes mismos, cuyo limitado poder era burlado con escarnio, en medio de tantas revueltas, se hallaban imposibilitados de amparar á sus súbditos, contra las tropelías, á que de contínuo estaban espuestos, y anhelaban contener á los poderosos con un freno, que solo podian formar las virtudes y el valor de algunos ricos particulares, que miraban con horror los desgracias de los menesterosos, y cuyos esfuerzos unidos eran solamente capaces de ahuyentar la opresion y la violencia.

Esta relevante generosidad, propia solo de corazones magnánimos, dispuestos á sacrificarse en pró de sus semejantes, y á mirar el punto de honra como principal móvil de todas sus acciones, es la que produjo la institucion de la andante caballería. Llenar las obligaciones de su profesion, castigar la insolencia de los tiranos y opresores, proteger á las doncellas, reprimir las sediciones, volar á la defensa de los huérfanos, prestar mano fuerte al Rey contra los nobles descontentos, hacer la guerra á los moros y vengar todo linage de insultos, hechos á la religion y al estado; tales eran los primeros juramentos, con que se obligaba un caballero, cuando era investido con la órden de la Banda. La cortesanía, el honor, la justicia, formaban el carácter de los que pertenecian á esta institucion, como se vé en sus estatutos. ¿Y habrá todavía quien asegure que la barbárie de la edad media creó las órdenes de caballería? Sin duda los que así han escrito y escriben, confunden los hechos heróicos de nuestra historia con las fabulosas relaciones de Amadis de Gaula, Bernardo del Carpio, Beltenebros y Orlando el furioso; y será muy difícil convencerles de que á la necesidad y á las desgracias de intestinas guerras, hemos debido la gloria de que floreciesen en nuestro suelo, al mismo tiempo y antes que en los estraños, los ilustres paladines del Águila, el Cid Campeador, los Laras, los Henriquez de Mendoza, los Guillermos de Berquedan, los Ramiros de Linares, los Sanchos Saldañas, los Hernandos de Iscar y los Macías.

Pero sigamos el hilo de nuestro cuento, si es que lo tiene tan enredada madeja.

Era el tercer dia, despues de la llegada á Valladolid de las castellanas de Almazan, y la corte estaba llena de damas, prelados y caballeros. Varios de éstos, entre los que se notaban el Arzobispo de Toledo y algunas otras dignidades eclesiásticas, se entretenian conversando en una de las antesalas de palacio, mientras otras atravesaban las galerías, mas aprisa que cuando, solo por costumbre ó acatamiento, hacian compañia al Rey. Estaba éste á la sazon en su aposento con D. Lope de Vendaña, el señor de Salinas, don Ponce de Urbina, el de Mendibil y otros distinguidos caballeros de la Banda, todos armados de punta en blanco y todos, hasta el mismo Alfonso, ostentando la roja insignia de la órden. En otra habitacion hacian corte á la Reina las mas nobles y ataviadas damas castellanas y alavesas, entre las que se sobresalian por su belleza doña Blanca de Almazan, doña Leonor de Urnizar y la agraciada Inés de Velasco.

—Es lástima, decia el Arzobispo á los señores reunidos en la antesala, que tan bravo paladin se niegue obstinadamente á descubrir su nombre.

—Y creo que sin ese requisito, no puede ser armado caballero de la Banda, añadió el Dean de Valladolid.

—No estais muy impuestos en lo que atañe á los usos de la caballería, muy respetables señores, contestó D. Gonzalo de Mendoza. El de las armas negras puede muy bien callar su nombre, hasta que se le antoje descubrirlo, una vez probado que es caballero principal, y que por sus hechos merece ser inscrito en el número de los leales servidores del Rey.

—Y el torneo ¿cuándo ha de verificarse? preguntó el Arzobispo.

—Mañana.

—¿Y el desafío?

—Al otro dia, aunque mucho temo que el Infante no se atreva á comparecer.

—¡Oh! sí, sí; comparecerá sin duda, repuso el Dean. Un señorío como el de Vizcaya, los blasones ilustres que le distinguen, y el

favor estraordinario de la corte merecen bien probar la suerte de un encuentro.

—Cualquiera diria, señor Dean, replicó el primogénito de Salinas, que acababa de salir del aposento del Rey, que D. Juan os ha confiado sus intenciones. ¿No os ha hecho saber tambien, que en Almazan recibió, hace pocos dias, una buena leccion?

—No os comprendo....

—Queria deciros.... pero debeis saberlo mejor que yo y es inútil que os lo repita.

—Os protesto, caballero....

—Vamos, vamos, señor Dean, que no es oro todo lo que reluce. Confesad de buena fé que el Infante os aprecia y....

—Eso no vale la pena de disputarse aquí, le atajó el Arzobispo, que deseaba dar otro giro á la conversacion, conociendo que el que tomaba no era nada favorable al Dean. Hablemos de otra cosa; pero antes sacadme si podeis de mis dudas. Dijísteis poco ha, que un caballero no está obligado á declarar su nombre al Rey, al tiempo de conferirle una órden.

—Y lo sostengo, dijo D. Gonzalo; ni seria bien que lo declarase contra su voluntad. Escrito está en nuestras instituciones, las cuales dicen claramente «que todo caballero puede traer su visera calada, «sin que nadie sea osado á hacérsela levantar, á menos que no sea «con la punta de la lanza.»

—Ya; pero el caso es diferente, porque....

—El caso es igual, señor Arzobispo, porque un campeon suele tener muchos motivos para guardar su incógnito. Un voto secreto, una promesa y otras mil causas influyen en sus acciones, aun las mas sencillas. En el asunto que tratamos se puede por lo mismo, y sin faltar á la cortesía, guardar el nombre; basta con que algun caballero ó dama principal....

La presencia de D. Alfonso XI, que seguido de los caballeros salió á la antesala, cortó las conversaciones, que en voz baja se tenian. Todos callaron, colocándose á ambos lados, para dejarle paso. Ya hemos insinuado en otra parte de esta historia, que el Rey era un completo caballero, y así no nos debe admirar que saludase

cortesmente á los señores de su corte, dirigiendo la palabra á los mas inmediatos, en tono familiar y muchas veces chancero.

—Podeis prevenir á la Reina, dijo al de Urbina, que se traslade desde luego á la Capilla, á donde todos irémos á reunirnos en breve.

Don Ponce hizo una reverencia y se dirigió á la habitacion de doña Constanza.

—La Reina no nos mira de buen ojo, cuando colgamos al cuello nuestras bandas rojas, prosiguió D. Alfonso, volviéndose hácia el señor de Vendaña; pero fuerza será que en estos dias disimule su mal humor, puesto que ellas han de ser nuestras divisas en el torneo. Yo te aseguro, D. Lope, que su vanidad vá á verse bien contrariada; mas fáltale todavia sufrir otra prueba mas dura, que la de ser madrina del caballero Negro.

—Aun no lo ha sido, Señor.

—Pero lo será, Vendaña, lo será. Yo he exigido su palabra y ha de cumplirla, por mas que sea partidaria del bando del Infante.

—La Reina se dispone á salir con sus damas, Señor, dijo en voz alta el caballero de Urbina, volviendo á la antesala.

—Vámonos, vámonos, esclamó Alfonso impaciente; es preciso que por esta vez aparezcamos descorteses, en obsequio de nuestro aspirante. ¿Cuántas horas lleva de penitencia?

—Veinte y cuatro, respondió D. Lope, y en todo ese tiempo no ha probado alimento alguno ni aun agua.

—Tiempo es ya de que cese su abstinencia. Vos, señor Arzobispo, nos aguardaréis con la Reina en la capilla, y puede acompañaros el Dean.

—Despues de pronunciadas estas razones, salieron de palacio.

—El campo de Valladolid, llamado *Grande*, no era en el siglo décimo cuarto lo que ha sido despues; un paseo. No se habian construido en él unas fuentes de mal gusto y casi siempre secas que le afeaban, ni obstruia el paso una multitud de árboles, cuya mayor utilidad consistió despues en cortarlos, para alimentar con sus troncos el fuego de las cocinas. La yerba crecía abundantemente en donde ahora solo se pisa arena y cascajo, y nada impedia la prespectiva de un horizonte sereno, á escepcion de algunas mura-

llas, con que se veian resguardadas las huertas de hasta siete conventos de religiosos, aunque en nuestros dias háyamos contado doble número; era en fin una dilatada llanura, que correspondia en todas sus condiciones á la denominacion, que todavia conserva, de *Campo grande*.

En medio de él se hallaba hacía veinte y cuatro horas, como habia dicho D. Lope, el caballero de las armas negras, velando las lanzas y escudos de todos los caballeros de la órden de la Banda, amontonados sobre el césped. Estaba armado hasta los dientes, segun la espresion favorita de aquellos tiempos, y tenia calada la visera del casco. Paseábase á grandes pasos para no dormirse, pues el calor sofocante de los rayos del sol, y la vigilia de la noche precedente, unidos al ayuno indispensable, que requeria su admision, le ocasionaban una pesadéz fatigosa, que le costaba sumo trabajo sacudir.

La vela de armas era, para la recepcion de un caballero de tal importancia, que muchos merecieron ser declarados incapaces de recibir la pescozada, por la fatalidad de no poder vencer el sueño ó el hambre. Estaba prohibido al aspirante el sentarse, hablar, quitarse el casco, levantar la visera para respirar el aire, apoyarse en la lanza y aflojar las hevillas de la armadura. De hora en hora, y mas amenudo durante el silencio de la noche, se destacaban emisarios, para observar las acciones y movimientos del caballero en vela, y era desechado, como indigno, el que faltaba á alguna de las cláusulas referidas; pues alegaban que el que no era bastante dueño de sí mismo para privarse, por espacio de un dia entero, de todas las necesidades inherentes á la vida, daba poca muestra de ánimo esforzado para los combates y demás penalidades anexas á la única profesion honrosa de aquellos tiempos.

El caballero Negro salió acrisolado de esta prueba, y no tardó despues de concluida, en verse rodeado de todos los Señores de la corte, que fueron á encontrarle al *Campo grande*. Apoderáronse los caballeros de sus armas y broqueles respectivos, examináronlos con esmero, chocáronlos unos contra otros, para manifestar que ninguno faltaba, y dieron la vuelta sin hablar, tomando el camino de la capilla.

Iba el caballero del Zadorra á la cabeza del acompañamiento, entre el Rey y D. Lope de Vendaña, su constante admirador, agarrado al brazo del primero, que hacía los oficios de padrino, y con los ojos bajos, en testimonio de la humildad y reconocimiento, con que se proponia recibir la alta merced, á que habia aspirado. Todo el pueblo les acompañaba, victoreando al Rey de Castilla, y era espectáculo digno de verse el que ofrecian las encrucijadas que daban salida á la llanura, atestadas de cabezas humanas. Unos agitaban los pañuelos al aire; juraban otros con toda la fuerza de sus pulmones, que los de la Banda eran los mas valientes guerreros del mundo; estos corrian, empujaban aquellos sin compasion; rasgábanse los vestidos de los mas audaces, y ellos, á pesar de todo, se abrian paso á la fuerza, en tanto que el Rey y su comitiva se adelantaban pausadamente, ondeando al viento los ricos y vistosos penachos de mil colores, que adornaban sus cascos, y reflejando á lo léjos las brillantes armaduras, heridas por los rayos del sol.

Pero donde la riqueza eclipsaba la vista, era en la capilla real. Un sordo murmullo precedió á la llegada de los caballeros; mas cuando éstos hubieron ocupado sus sitios correspondientes, todo quedó en el mas profundo silencio. El Arzobispo, revestido con sus sagradas insignias, sembradas de pedrería y oro, esperaba al Rey en las primeras gradas del altar mayor, acompañado del Dean de Valladolid y de otros dignatarios de la Iglesia, y al pasar D. Alfonso á colocarse al lado de la Epístola, donde ya estaba la Reina de hinojos, sobre recamada alfombra de terciopelo azul celeste, le dió agua bendita.

El caballero aspirante se arrodilló á los pies del Arzobispo, y el valiente D. Lope le tomó la espada y la puso sobre el altar, junto al Evangelio.

Las principales Señoras de la corte brillaban tambien por sus magníficos trages y hermosura á la derecha de la capilla, y los caballeros, inmóviles á la izquierda, con las lanzas cruzadas sobre el entarimado y los cascos en las manos devoraban sus gracias y adornos.

Pocas veces habia presenciado Castilla tanto esplendor; pues

queriendo el Rey premiar de una manera digna de su grandeza los servicios y el valor del noble aventurero, habia recomendado á sus Señores la puntual asistencia al acto y el mas riguroso esmero en su compostura, é invitado á las damas, que componian el séquito de la Reina, para que hiciesen alarde, en la ceremonia, de sus irresistibles atractivos. Muchas hubo, cuyas tiernas y amorosas miradas dieron al traste con el desden de mas de un corazon de bronce, y campeones tambien, que rindieron su albedrío al mágico poder de seductora sonrisa, de trenzado cabello y de breve y delicado talle. A todas no obstante oscurecia la sensible y hermosa heredera de Almazan, cuyo corazon, que palpitaba de placer, se deshacia en impaciencia, anhelando que diese principio la ceremonia de la recepcion de su amante. Veía por fin á aquel generoso paladin, próximo á recibir un premio, que habia merecido con justos títulos, y los elogios que las otras damas le prodigaban sin cesar eran para Blanca otras tantas delicias, que inundaban su alma de contento.

—Sí, murmuraba interiormente; ahí está ese modelo de la caballería; valiente.... pundonoroso....fiel.... ¡Cuántas bellezas suspirarán de hoy mas por el socorro de su brazo! Todas le quisieran... todas; mas él.... solo adora á su Blanca.... ¡Ah!... solo á mí....

Y apretaba cariñosamente las manos de su madre entre las suyas, y costábale amarga pena disimular su indecible placer y turbacion.

Los estrepitosos sonidos de una música guerrera, compuesta de flautas y de añafiles, de trompas y de atambores, anunciaron que la ceremonia daba principio.

El Arzobispo dió la mano al aspirante que, se levantó y subió las tres gradas del altar. Arrodillóse de nuevo y el mismo prelado le administró el Sacramento de la comunion, que recibió con edificante recogimiento. Como para este acto era preciso que se descubriese, al verificarlo, cayeron las hebras de su cabello por la espalda, formando graciosos y negros rizos, y todos los asistentes quedaron agradablemente sorprendidos, al descubrir su bello y varonil semblante y el fuego de unos ojos, que espresaban al vivo los nobles pensamientos, que animaban á su corazon. Siguieron á esto

los Oficios divinos, durante los cuales se mantuvo el guerrero de rodillas, y luego que terminaron, se levantó y fué á arrojarse á los piés del Rey, como Gran Maestre de la Banda, y le rogó con las lágrimas en los ojos, que le hiciese merced de conferirle la referida órden.

Don Lope de Vendaña intercedió por él, segun era costumbre en tales casos, saliendo garante del pundonor é hidalguía del paladin, y el señor de Salinas exigió á este juramento de ser fiel á la Religion de sus mayores, de combatir en su defensa y la del Estado, hasta perder los bienes y la vida, de amparar á los menesterosos, que al poder de su brazo se acojiesen, de enderezar los agravios de acuitadas viudas, doncellas y huérfanos perseguidos, con las demás fórmulas, que en los estatutos de la antigua caballería se contienen.

Prestado el juramento, el Rey tomó de la mano al aspirante y le condujo al altar, donde el muy Reverendo Arzobispo le leyó una parte de los Santos Evangelios, sobre los cuales repitió por segunda vez sus propósitos de ser siempre leal y buen caballero, dócil á su Rey, sumiso y obediente á la hermosura y defensor de la Religion católica, apostólica, romana. Entonces el Dean de Valladolid, que hacía de primer auxiliante, cogió del altar la espada del caballero y la presentó al Prelado; quien la bendijo tres veces y se la ciñó á su dueño. La Reina se adelantó acto contínuo y con muestras de júbilo, calzó al del Zadorra una espuela de oro, quitándole antes la que, como paladin, llevaba puesta; mas ni una sola palabra salió de sus lábios, para contestar á las espresiones de gratitud y de respeto, que el amante de Blanca la dirigia; ni aun se dignó mirarle al rostro ni una sola vez, de modo que todos se convencieron de que la autoridad de D. Alfonso habia tenido mas parte, que su propia voluntad, en las funciones que ejercia.

Don Lope tenia en sus manos el yelmo del campeon; D. Gonzalo de Mendoza la rodela y el Maestre de Santiago, D. Vasco Rodriquez Cornado, la lanza y una de las manoplas, pues la otra, como saben nuestros lectores, se hallaba en poder de D. Juan *el Tuerto*, desde el dia en que se la arrojó su contrario, como prenda de desa-

fio. El Rey, cubierto con un riquísimo manto de púrpura, bordado de oro en realce, con esquisito primor, fué entregando una á una al guerrero todas sus armas, que le presentaban aquellos magnates, ayudandole á vestírselas á guisa de escudero ó page, despues de lo cual le dirigió las preguntas de costumbre:

—¿Cómo os llamais? ¿Qué títulos llevais entre los nobles?

El candidato podia, si tal era su deseo, escusarse de declarar sus timbres y apellido; mas se hacía entonces indispensable, segun los u sos de la caballería, que alguno de los asistentes respondiese por él y manifestase claramente que le conocia y que le consideraba digno de obtener la gracia que habia solicitado. El de las armas negras no podia ignorar esta circunstancia, sabida de todo caballero, y así no titubeó en responder;

—Un voto secreto me obliga á no revelar el nombre de mi familia; el término, de esta obligacion toca á su fin; mas si yo lo adelantase antes de tiempo me juzgaria indigno de pertenecer á la distinguida órden, que miro como el colmo de mi ventura.

—Hable entónces por vos la persona que esté instruida de vuestra nobleza, dijo el Rey.

Un silencio profundo reinó en la capilla por espacio de algunos minutos. Nadie se presentaba como fiador del guerrero, y no dejaron muchos de temer que la ceremonia se aguase, como suele decirse; pero cuando mas suspensos estaban todos, D. Lope de Vendaña, puesta la mano sobre el pecho pronunció estas razones:

—Por la Banda de la órden, juro que no conozco á este campeon; pero desafio á cualquiera que dude de su hidalguía y del valor de su brazo. Si este testimonio basta para llenar el requisito, que previenen nuestros Estatutos, pronto estoy á sostenerlo con mi sangre.

—No basta, y ojalá bastára, animoso D. Lope, contestó el Rey; pues en ese caso, ya me hubiera yo apresurado á darlo en su pró.

Una mirada del negro espresó á ambos toda su gratitud.

Saliendo al mismo tiempo de entre las damas la infanta doña María, la respetable madre de doña Blanca, se adelantó hasta el altar y dijo:

Yo, D. Alfonso de Castilla, os confiero la órden de la caballeria de la Banda.

—Declaro que soy depositaria de los secretos de ese noble paladin, que conozco su nombre y esclarecida alcurnia, y que merece obtener, por todos conceptos, la condecoracion de la órden de la Banda.

El testimonio de una dama tan principal, no podia ponerse en dúda. La música dejó oir los atronadores ecos, que habia suspendido por causa del último incidente, y el Rey, quitándose la Banda carmesí que tenia puesta, la echó á los hombros del guerrero. Desnudó en seguida la espada y dándole con ella tres fuertes espaldarazos de plano, le dijo:

—Yo, D. Alfonso XI, Rey de Castilla, os confiero la órden de caballería de la Banda, que por mí fué instituida en la iglesia de Santa María de Vitoria, en memoria de la union de los estados de esta ciudad, de Treviño, de Yurre, de Ali y de Subijana á la corona de Castilla. San Miguel y Santiago os ayuden, y el Padre eterno, el Hijo y el Espíritu Santo os concedan su gracia.

—*Amen*, contestó el caballero, y D. Alfonso le estrechó en sus brazos con efusion.

Todos los magnates le abrazaron en seguida, apresurándose á darle pruebas del placer que esperimentaban al tenerle por compañero; y si hemos de creer á las antiguas crónicas, pocos dias tuvo nuestro héroe tan felices en su brillante carrera, como aquel en que fué recibido caballero de la Banda.

Entre los asistentes á la capilla habia uno, cuyo trage no dejaba conjeturar á qué clase pertenecia, pues era demasiado modesto para cubrir á un noble, y no tan despreciable, que hiciese pasar por criado al que lo llevaba. Aunque se mantuvo medio escondido todo el tiempo que duró la ceremonia, no bien se hubo concluido esta, cuando sin cuidarse de los grandes y damas, de que la capilla estaba llena, ni aun del mismo Rey, se abalanzó al de las armas negras y le estrechó contra su pecho, derramando copiosas lágrimas.

—Retiraos, Señor, le dijo el último al oido, despues de corresponder con ternura á sus caricias: no ha llegado la hora.

—Adios, dijo Guzman, pues no era otro el atrevido. He visto tu triunfo y ya no temo bajar al sepulcro.

Y arrancándose de allí, desapareció entre el gentío.

Los instrumentos belicosos no habian cesado de tocar, desde el principio de la funcion, y hubieran seguido hasta que el Rey y su acompañamiento despejasen la capilla, si la robusta voz de D. Lope de Vendaña no les obligase á callar.

—Dia es este, poderoso Príncipe de Castilla, y vosotros nobles caballeros que me escuchais, esclamó con vehemencia, dia es este que yo he deseado con ansia, por manifestar al mundo entero el aprecio que hago del esforzado valor de este nuestro nuevo compañero. Yo le ofrezco pues, en prueba de este aprecio, mi amistad toda entera, y le invito á que trueque conmigo una prenda, jurándole fraternidad de armas, hasta la muerte de ambos.

—Fuera bien ingrato, oh generoso y valiente D. Lope, si no aceptase tus nobles ofertas. Hermano de armas me tendrás en vida y muerte, en paz y en guerra; y si un corazon puede dividirse en dos partes, prosiguió dirigiendo furtiva mirada hácia el lado que ocupaba la heredera de Almazan, tuya será una, sin que por eso padezca agravio la sin igual hermosura, á quien dedico mis rendimientos.

Y sacando el precioso anillo que, segun hemos visto en el segundo capítulo de esta historia, habia mostrado al Rey, como prueba de su nobleza, cuando el paso del puente del Zadorra, lo entregó á don Lope, quien en cambio ciñó al cuello de su nuevo hermano un guarnecido relicario de muchísimo precio. Diéronse el abrazo fraternal, y siguieron al Rey, que en medio de los grandes señores, salía de la capilla.

Llegados á las galerías, despidió D. Alfonso á su corte y quedando solo con los caballeros de la Banda.

—Mañana, les dijo, es necesario hacer ver á los guerreros reunidos en Valladolid, que somos tan capaces de sostener un torneo, como de adornar una fiesta. Podeis nombrar los mantenedores, y haced que desde hoy repitan los reyes de armas el desafio del caballero Negro con el infante D. Juan.

—No creo que este último asista al duelo, Señor, dijo el primogénito de Salinas, pues he oido decir que hace pocos dias tuvo un encuentro en la raya de Aragon, del que no quedó muy bien parado.

—Y añadiendo á ese inconveniente el temor, que no podrá menos de tener de presentarse en la corte.... observó el de Mendibil.

—En cuanto á eso no, vive Dios, replicó el Rey. Yo he declarado ya en mis edictos, que sea amigo ó enemigo, todo el que vista armas tendrá derecho de asistir á las justas, y además he aplazado al Infante para combatir con el caballero Negro, no para usar con él de vil traicion.

La llegada de la Reina y las damas hizo cesar esta conversacion apenas comenzada. Los guerreros se retiraron, despues de rendirlas el homenage debido, y el caballero Negro antes de separarse, pidió al Rey le concediese una audiencia, pues tenia que rogarle dos mercedes, estimulándole á ello el bien estar del reino y el honor de la corona de Castilla, sin lo que, á pesar de las bondades que debia á S. A. y de la prueba de particular estimacion, que acababa de concederle, no se hubiera atrevido á desplegar los lábios.

—Aunque sean cincuenta las mercedes que tengais que pedirme, no habeis menester audiencia para ellas, le contestó el Rey. Yo os la concedo desde el punto que habrais la boca, y aun antes de saberlas, las doy como otorgadas, pues he jurado no rehusaros nada.

El campeon cogió la mano que D. Alfonso le presentaba, la llevó á su corazon y á sus lábios, hizo acatamiento á la Reina, miró á la heredera, cuyo rostro se cubrió de carmin y se retiró.

Esperábale Guzman en las escaleras.

—Albricias, señor, le dijo el Negro. Nada podeis ya temer. El Rey me acaba de dar palabra formal de concederme cuanto le pida.

—¿Cuándo le hablarás? preguntó Guzman.

—Despues del torneo, cuando D. Juan quede muerto.

—¿Será tiempo?

—Sí; si no perezco, conmigo os sentareis en el banquete; que piensa dar S. A. despues de las justas.

—Dices bien. Es preciso esperar la suerte de tu desafío. Si vences, se sabrá mi nombre; pero si te es contraria, me espatriaré otra vez.... iré á ocultar mis pesares en el último rincon del universo.

Dicho esto, salieron á la calle, confundiéndose en breve entre la multitud.

CAPITULO X.

En que se cuenta de qué modo suelen hacer su fortuna los espías.

Poco tiempo tardó Pero Calvillo en curarse la herida, que la lanza del caballero Negro le habia hecho, cuando el encuentro de los ladrones; mas no por eso era menos penosa su situacion. Tendido en un hediondo calabozo de la cárcel real de Valladolid, pensaba el mal término en que habian venido á parar sus bellaquerías, y el mas malo que todavia le aguardaba. Volvia su memoria á lo pasado, y solo recordaba delitos y traiciones; enumeraba las buenas obras que habia ejecutado, y concluia prudentemente que eran de tal naturaleza, comparativamente hablando, que maldito si hacian inclinar la balanza una pulgada á su favor; sacando en consecuencia, que al fin de la cuenta, sería ahorcado, ó acabaria de otra manera mas innoble y menos natural. Sa-

biendo que todo el pueblo se hallaba reunido alrededor de palacio, atraido por la ceremonia de armarse caballero de la Banda el autor de su desgracia, intentó valerse de algun ingenioso medio, para sustraerse de la funesta suerte que temia; mas fueron vanos todos los que le sujirió su astucia, por carecer de los instrumentos necesarios para tan arriesgada operacion. Cansado de discurrir y de hacer bambolear la reja del encierro con violentas sacudidas, iba á recostarse sobre una mala estera, que le servia de lecho, despues de haber meditado religiosamente, que pues todos los hombres mueren, era indiferente que él lo hiciese diez años antes ó despues, en atencion á que la vida mas larga es un soplo, cuando un pensamiento de nueva especie que le ocurrió, dió con estos propósitos en tierra. Imaginó que su estenuado esqueleto y diminuta figura podian pasar sin mucha dificultad por los barrotes de la reja de su ventana, y aunque hubiera deseado hacer la prueba en el mismo instante, tuvo por mas prudente esperar á la noche, cuyas tinieblas favorecerian su evasion. No contaba empero con la huéspeda, ni de cien leguas le ocurrió que las tinieblas de aquella noche hallarian á su cadáver rodeado de grajos, despues de haber servido de diversion á la canalla de la ciudad.

Contento sobre manera con el ardid, que habia adoptado para escaparse, trató de dormir algunas horas, previendo que una vez logrado su intento, tendria que caminar sin descanso, hasta ponerse fuera del alcance de las partidas, que sin duda le persiguirian desde el amanecer del siguiente dia, y se tendió boca arriba sobre la estera.

Dice Daddy-Rat, por otro nombre Ratdiffe, el mayor bribon de Escocia, cuando este reino acababa de unirse á la Inglaterra, y quien, si hemos de creer á Walter-Scot, estuvo sentenciado á muerte cuatro veces, que el dia que precede á la notificacion de una sentencia, es imposible que el reo duerma; pero que la noche anterior á la ejecucion se puede conciliar un buen sueño: y alega en apoyo de su aserto, que el mayor de los males es la incertidumbre. Como Daddy-Rat hablaba por esperiencia, no nos atreveremos á contradecirle, con respecto á si Pero Calvillo podia ó no dormir, y como

á este espía-ladron no se le habia leido sentencia alguna, ni tenia prisa para que se la leyesen, es preciso convenir en que su caso no era del todo igual al del bandido escoces. Lo único que podemos asegurar es, que durmió (esto prueba que podia hacerlo) y durmió tan sosegadamente, que ni las voces de la jente que se retiraba de la funcion del palacio, ni los gritos de los muchachos, agolpados á la puerta de la cárcel, ni el aparato que se notaba en su mismo calabozo, tan diferente del que habia dejado, cuando cerró los ojos, tuvieron la virtud de interrumpir su descanso.

Estaba reservado tal poder á las ejecutivas razones, con que Cañete, capitan de los maceros y terror de los amotinados, se hacía entender de los que tenian la mala suerte de caer bajo su férula. Dos latigazos aplicados sobre la barriga de Calvillo le hicieron, el primero encogerse como una bola, y el segundo dar un salto, plantarse en medio del calabozo y últimamente abrir los ojos. Aquí fué su sorpresa. Creyóse transportado al pais de los encantamientos y esclamó medio dormido y medio despierto:

—Bien venidos, caballeros. ¿Por dónde habeis entrado?

El asombro y la pregunta del espía nada tenian de particular, y otro menos temeroso que él la hubiera hecho en igual caso. Mientras roncaba á sus anchuras, se habia concluido la ceremonia de la real capilla, y Cañete, que tenia sus instrucciones de D. Lope de Urnizar, justicia mayor de Castilla, no tardó en presentarse, acompañado de seis soldados de su partida, á la entrada de la cárcel. Llamó al alcaide, enseñóle una órden firmada, y en consecuencia se dirigieron ambos con la escolta al calabozo del sosegado Calvillo. Pocos momentos despues, entró el verdugo con un cordel enrollado al cuerpo, á manera de faja; de modo que cuando el reo se puso en pié, gracias á los buenos oficios del gefe de la pequeña tropa, imaginó (tal tropel de ideas confusas se agolpó á su mente) que aquellos hombres habian entrado á visitarle por arte de hechicería. No le duró mucho tiempo la ilusion, y si alguna duda le hubiese quedado, acerca de la realidad de su destino, allí estaba Cañete para desvanecerla al punto.

—Venimos á ahorcarte, le dijo, y no creo que esta sea hora de

dormir, ni menos de preguntarnos por donde hemos entrado.

—Pero si... yo... en verdad... contestó Pero Calvillo; hacedme la gracia de repetir lo que habeis dicho, pues es imposible que yo haya oido bien.

—Digo que vamos á ahorcarte ahora mismo, y tus oidos no te han engañado.

Rascóse la cabeza el espía; coordinó sus pensamientos, restregó los ojos y pensó que, en vista de las terminantes razones de Cañete, podia salir verdadera tan fatal noticia. Se estremeció á esta primera idea, cubrióselo el rostro de mortal palidez y registró con túrbias miradas, las paredes de su encierro. Su vista, se dirigió maquinalmente hácia la reja de la ventana, y esta circunstancia, tan pequeña en sí, contribuyó poderosamente á disminuir la penosa impresion de su espíritu; y recordando la ya fallida esperanza, que poco antes concibiéra de escaparse, quiso probar si le sería posible conseguir se suspendiese todo procedimiento hasta el siguiente dia.

—Ya veis, dijo hablando con el verdugo, pues sentia invencible repugnancia á mirar de frente al gefe de los maceros, que me hallo muy poco dispuesto en este instante á morir como cristiano. Yo no podia creer que el hilo de mi vida se cortase tan repentinamente, sin darme algun término para prepararme, porque esto es contrario á la caridad cristiana, y por otra parte.....

—Por otra parte, le interrumpió Cañete bruscamente, hace mucho tiempo que debias haber hecho tus disposiciones para este trance, pues era obligacion tuya adivinar, que tarde ó temprano tus crímenes te conducirian á la horca.

—Cuando yo podia ó debia adivinar todo eso, señor capitan, respondió el preso; me hallaba ocupado en cosas del todo diferentes, y os ruego, que no tomeis tan á mal el deseo que tengo de arrepentirme de mis culpas.

—Mira, bribon, no soy tan malvado como tú, observó el capitan; y así, pídime otra cosa cualquiera, pero en cuanto á dejarte vivir mas tiempo, no está en mi mano y tengo órden muy estrecha del ilustre D. Lope....

—Solo hasta mañana, por amor de Dios....

—Ni el espacio de un credo.

—Es cosa curiosa, dijo el ejecutor público, haciendo un jesto repugnante, que pudiera pasar por la sonrisa de Satanás. No he visto entre todos los que han manejado estas manos uno solo, que, haya tenido motivo de quejarse de mi habilidad, y no comprendo porque semejante pajarraco, ha de chillar tan alto, por una bagatela, que no dura tres minutos. Yo me envanezco de haber apretado nobles cervices, y mala cosecha tenga de pescuezos este año, sino es verdad que sé ajustar el corbatin, cual ninguno de mi oficio. ¡Qué diantre!.... Si dá gusto despachar conmigo negocios de esa especie. Ea pues; menos escrúpulos: no perdamos tiempo; confíate en mí, bien seguro de que en el último apuro me has de dar las gracias, si tu lengua no es torpe.

—Pero, señores, clamaba el espía, yo no estoy dispuesto todavia á ese paso. Es imposible..... no; yo no puedo morir; yo no quiero morir...

—En eso hay que hacer distincion, repuso el verdugo, que sin duda tenia algunas nociones de lógica, y te prometo que estando yo á tu lado, puedes dar el salto y perder la respiracion; ahora, en cuanto á no querer....

—En cuanto á no querer, gritó Cañete, yo tengo un buen remedio, que espero surtirá grandes efectos. Vamos; manos á la obra, añadió echándose fuera del calabozo y mirando á los suyos: agarradle, y si no quiere de grado, conducidle en volandas.

Los maceros no esperaron segunda intimacion: cojieron á Calvillo, que ni fuerzas ni tiempo tuvo para defenderse, amarráronle los brazos á la espalda, pusiéronle el casquete de acero sobre la cabeza y á empujones lo sacaron hasta la calle, donde les aguardaba el capitan.

—A tí lo entrego, Diego, dijo á uno de los satélites: cuidado con darme buena cuenta. Sobre todo, pocas palabras y al caso. Un cuarto de hora os doy de término. Podeis marchar:

En vano el acongojado reo procuró conmover el corazon de bronce de Cañete con nuevas súplicas; en vano invocaba en su favor á todos los santos y santas del cielo; su plazo iba á cumplirse

y los maceros le llevaron, ó mas bien le arrastraron por las calles hasta cosa de dos tiros de flecha de la ciudad, por el camino que conduce á Cuéllar.

A la derecha de un recodo, que forma este camino, habia una deliciosa arboleda, escojida por la gente baja del pueblo, para celebrar en ella sus libaciones. Una sartenada de torreznos y la correspondiente bota, henchida de clarete, era la señal de reunion, y nunca faltaban los dias de fiesta grupos desde cuatro á veinte personas, sentadas en círculo, haciendo honor á la merienda, atronando con canciones el prado, y rascando la guitarrilla morisca. Bailaban luego hasta muy entrada la noche, con las alegres compañeras, que la casualidad les deparaba, y volvian á la ciudad cantando y danzando, despues de haber hecho lo mismo toda la tarde. Sin embargo, esta costumbre cesó y la arboleda quedó desierta, desde el dia en que fué ahorcado allí Pero Calvillo.

Apoderándose el verdugo de su víctima, le echó los dogales al cuello, pasando primero las puntas por el hueco de dos fuertes ramas del árbol mas inmediato al camino. Viendo el espía que ningun poder humano podia ya salvarle, se resignó á su suerte, no por medio de la religiosa conformidad y sincero arrepentimiento que, atendido su género de vida, le eran indispensables para la salud del alma, sino por la desesperada apatía de un hombre, que deja el mundo como de burla, cual si nada debiese temer despues que cesase de alentar.

—Me parece que tienes mucha traza de abondonar la vida, á guisa de perro sarnoso, mas bien que como cristiano, le dijo Diego. Ahora que no puedes huir y te veo á pique de ser suspendido entre el cielo y la tierra, te daria con gusto unos cuantos minutos, para que te reconciliases con Dios.

—¡Ah! ¡Quién me lo dijéra hace cuatro dias! tartamudeó el espía, con dolorido acento: pero eso no puede ser, no; no puede ser, y demasiado sabia yo que el que una vez cae en manos de ese desapiado Cañete, no vuelve á levantarse mas. ¿Qué ventaja conseguiré con prolongar cortos momentos mi pobre existencia? ninguna..... servir de irrision á la canalla. Vamos, vamos; cuanto antes,

mejor. Yo no puedo aceptar condiciones, sino se me vuelve al calabozo hasta mañana. Sí; hasta mañana á lo menos.

—Ni lo creas, replicó el encargado de la escolta. Yo pudiera hacer esta gracia á algun amigo, que se hallase en tal estremo, pero nunca á un desalmado, que sin miramiento á clases ni personas, arroja puñados de arena á los ojos de los que hablan con él.

Fijó entonces Calvillo la vista en quien le hablaba y no pudo conocerle, á pesar de ser el mismo barberillo Diego, que en el Campillo de Vitoria le echó mano, declarándole espía del Rey de Aragon, pocos momentos antes de asistir al suplicio de D. Juan Ponce y D. Diego de Linares, que presenció tambien Calvillo en trage de dominicano.

Diego tenia en aquella época su tienda en uno de los sitios mas escusados de la ciudad, que hoy se conoce con el nombre de calle Nueva, á pesar de ser acaso la mas antigua, la peor empedrada y donde en mayor número se ven casas viejas, construidas sin proporcion y contra todas las reglas de la arquitectura moderna. Las utilidades semanales de su bacía, no eran suficientes, como él mismo confesaba á un su amigo, segundo sacristan de la iglesia de S. Idelfonso, para permitirle asistir el domingo por la mañana á la prueba de novillos, que se capeaban en el patio de la carnicería, donde los aficionados tenian derecho de ocupar su puesto encima del toril, por el estipendio de ocho cornados. Ademas, nuestro barbero se resentia muchísimo, del espíritu turbulento de su siglo; era amigo de noticias, se unia á los alborotadores, juraba contra las demasías de los grandes, hablaba á cuantos querian escucharle del rey D. Alfonso, ponia en las nubes á los caballeros de la Banda, y á todo esto descuidaba su tienda. Para cumplir con los pocos parroquianos, que el acaso le llevaba y no privarse de sus gustos favoritos, habia tomado un aprendiz, que por su lado se indemnizaba de la sujecion de la barbería, jugando á las bochas con otros compañeros en la acera del frente; y como el ojo del amo no engordaba al caballo, resultó lo que precisamente debia resultar. Diego se encontró un mes entero, sin haber probado sus navajas en mas barba que la suya; al siguiente despidió al aprendiz, por innece-

Ese fraile era yo, maldito macero, gritó el espía, rechinando los dientes.

sario; al tercero estaba la tienda cerrada y él alistado entre los maceros de la compañia de Cañete.

Segun hemos dicho, Pero Calvillo no le conoció, ni su imaginacion estaba para recordar ideas.

—Mírame bien, le dijo Diego; que todavía se pueden notar en mis ojos las señales de la tierra, con que tuviste á bien regalarnos en Vitoria.

—No me acuerdo, no me acuerdo, respondió aquel; mas aunque cierto sea, ese no es motivo, para que se me ahorque de esta manera.

—Ciertamente, y nadie quiere ahorcarte por tal cosa, sino por otras mas gordas: pero esa sola es bastante para que no nos fiemos de tí. Ahora verás lo que es servir á los nobles descontentos de Castilla. Vamos; hacedle bailar y buen provecho para los cuervos.

—¿Con que no hay remedio? esclamó Calvillo. ¿Es preciso que yo muera ahora mismo?

—No hay duda. Hasta aquí llegaste, amigo, como dijo cierto aventurero á un morisco; ó te diré con mas propiedad lo que oí á un fraile dominicano en la plaza de Vitoria, cuando degollaron al alcaide de Iscar. *Ave María gratia plœna:* la Vírjen María te conceda su gracia.

—Ese fraile era yo, maldito macero, gritó el espía rechinando los dientes; mias fueron las palabras que oiste y que ahora me repites como si saliesen de la boca del infierno. Pues bien, colgadme ¿qué tardais? Sí.... es tiempo de que yo muera, porque sino.... aun podria vengarme.... Mas no espereis que llore, como una criatura: no; no me vereis guiñar el ojo, ni pediros compasion; yo sé morir y supuesto ha llegado mi hora, cúmplase. Mi único deseo es que me aborrezcais, cual yo os aborrezco, desde el Rey hasta el último de vosotros, miserables forajidos.

—Sea así, como lo pides, contestó el ex-barbero, apartándose un trecho y haciendo seña al verdugo.

Empuñó éste la cuerda fatal y ayudado de dos maceros tiró con

fuerza. El espía dió su último grito; grito arrancado por el dolor, y quedó suspendido del árbol, entregado á sus convulsiones. Por una consecuencia del ódio, con que el pueblo bajo miraba á los nobles y á todos los instrumentos de sus maquinaciones, algunas piedras salieron de entre la multitud agolpada en el camino, y fueron á parar sobre Calvillo, cuando todavia alentaba. Debemos no obstante asegurar, en honor de Diego, que apenas notó el desacato, corrió á la canalla y la dispersó, amenazando á los mas atrevidos con las ramas de otros árboles si no respetaban las leyes del reino y los sentimientos de humanidad.

CAPITULO XI.

Las uñas de una loca, las barbas de un judío y la vuelta del Infante á Valladolid.

De vuelta á Valladolid, esperaban á nuestro rapista, no ya como gefe, sino como simple macero, nuevas ocupaciones. La calle de la cárcel estaba llena de gente chilladora, que progresivamente se aumentaba con los ociosos, que afluian del camino de Cuéllar, y fué preciso al alcaide, al verdugo y á los maceros valerse de toda su autoridad, para abrirse paso y saber la causa de semejante reunion. Diego temió un alboroto y preparó su partesana; los satélites imitaron su ejemplo, el verdugo se escabulló antes de que fuese notado y el carcelero se dirigió á abrir la puerta del encierro. Ya era tiempo de que llegase.

En medio de la pequeña plazuela, á que daba frente la cárcel, estaba Cañete con el resto de su partida, dándose á todos los dia-

blos, y no sabiendo cómo sustraer de la rábia del populacho al judío Jucef, nuestro antiguo tesorero, y á una muger, cuya estrafalaria catadura prevenia poco en su favor. El primero habia caido en poder de una partida de alaveses, el mismo dia en que se escapó del castillo de Almazan, despues del combate de D. Juan *el Tuerto* con el caballero Negro, y los alaveses le llevaron á Valladolid juntamente con la *mula en que cabalgaba*.

Nada pudo descubrirse acerca de los repletos talegos, con que el almojarife habia desertado del servicio del Rey, y que tantas esperanzas infundiéran al Infante, antes de su entrevista con doña Blanca, por la razon infinitamente sencilla de que Jucef los habia enterrado, temeroso de un mal encuentro, y no fué posible hacerle declarar en donde, aunque se le ofreció perdonarle la vida, lo cual, como él sospechaba juiciosamente, no habia intencion de cumplir.

La mujer, que á su entrada en la cárcel le acompañaba, no habia viajado con él, ni aun le conocia. Era una vieja de feísimo rostro y cubierta de guiñapos, á la que los alabarderos habian encontrado cerca de la ciudad, dando gritos y profiriendo amenazas contra el Rey. Toda la chusma de los barrios bajos se habia congregado al momento, y una lluvia de piedras, de tronchos de verduras y de pedazos de frutas verdes persiguió sin cesar á los dos presos, desde la puerta de Valladolid hasta las de la cárcel, donde Cañete se impacientaba por la tardanza del alcaide, quien, como ya sabemos, se hallaba en otra parte. Respiró al fin, viéndole llegar con Diego, que le dirigió un gesto espresivo, para darle á entender que sus órdenes quedaban cumplidas, y mandó que el judío fuese encerrado estrechamente, y la mujer colocada en uno de los calabozos del patio. Algunas dificultades costó el cumplimiento de esta segunda parte, pues apenas hubo entendido aquella harpia que se la iba á hacer pasar por la doble rejá, dió tales alharidos, hizo tantas muecas y contorsiones, que todos la juzgaron ó enteramente loca, ó poseida de algun familiar.

—¡A mí! gritaba puesta en jarras y pateando el suelo. ¡Arrojarme á mí en esa hedionda cueva! ¿No basta que esos desalmados de Vitoria me hayan hecho salir del nido....? ¡Pícaros...! Ellos me

la pagarán.... Sí; hervirá mi caldera, para que cuando se levanten, pongan el pié izquierdo en tierra, y así nada bueno podrá sucederles. Por esos infames he tenido que abandonar en Betoño el espíritu de mi hijo y á la.... ¡Oh! Por ella nada me importa... tampoco es la vez primera que la he sacrificado. ¡Cómo rabiará, cuando se encuentre sola en el pozo....! Buen provecho.... Yo hice mi gusto y nadie tiene que pedirme cuentas. Pero á todo esto ¿dónde estamos? ¿Por qué me han traido aquí, desde tan léjos....? Yo vivia contenta en el castillo.... ¡Ah! Ya lo sé, esos malditos caballeros de Vitoria han asaltado mi casa y no han dejado títere con cabeza..... nada. Hasta la loca Inés á huido y la sangre de mis amigos me salpicó.... ¡De mis amigos....! ¿Quién ha dicho eso....? Afuera..... Yo no tengo amigos.... Esa es palabra de condenacion... Eran unos bribones; pero yo tenia un buen cuchillo para hacerme respetar.... ¿Qué se ha hecho?

Y hablando así, empezó á buscar alguna cosa entre los pliegues de la saya.

—Empujad á esa loca, Diego, dijo Cañete; bastante nos ha molido con su algarabía.

Hízolo el macero como se le ordenaba, mas con tan poca ceremonia, que la vieja, para sostenerse, echó mano á la venerable barba de Jucef, quien siguiendo los pasos del carcelero, atravesaba entónces la puerta de la prision.

—Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, esclamó al verse sujeto de aquella manera; amparadme, libradme de las garras de esta furia.

Y al mismo tiempo empezó á repartir sobre su enemigo-hembra sendas puñadas á diestro y siniestro.

Por algunos instantes ofreció aquel cuadro la mas atractiva diversion. Diego tiraba de la vieja, que chillaba á mas no poder; la vieja de las barbas del judío, que á su vez ponia el grito en las nubes, abriendo la boca horriblemente. La gentuza celebraba con estrepitosos silvidos tan estraña lucha; los maceros ayudaban á Diego, forcejando contra los combatientes; juraba Cañete dividirlos con su hacha, sin que por eso soltase la presa la furiosa Raquel, á quien

ya debe haber conocido el lector; yacía pisoteado el gorro del judío; sus cabellos canos flotaban á merced del viento; su cara brotaba sangre.... pero en desquite habia hecho añicos la sucia pañoleta de la vieja, y de un puñetazo arrancó á su boca los tres únicos dientes que tenia. Aquí fué la rechifla de los tunos y de las verduleras de la ciudad.

—¡A la loca...! ¡A la loca! gritaban desesperadamente.

Y corriendo de una á otra parte, arrojaban sobre ella granizadas de basura y de chinas, sin que los alabarderos lograsen restablecer el órden, ni separar á Raquel de las barbas del almojarife, que acosado por los mas crueles dolores, se debatia como un energúmeno.

Desesperado Cañete de tanta resistencia, y mas aun del alboroto de la canalla, que por instantes crecía y era de temer que llegase hasta los oidos de D. Alfonso, quien no dejaria de atribuirlo á una conmocion popular, como cosa nada difícil entónces, creyó que ya era tiempo de terminar el negocio y que debia hacerlo por su cuenta. Mandó á Diego que dispersase la multitud al frente de la partida, lo cual no podia menos de serle muy agradable, atendidas sus inclinaciones belicosas, mientras él, ayudado por el alcaide, conseguia, en virtud de sendos porrazos, aplicados con el mango de su partesana en las espaldas de los valientes luchadores, embanastarlos en el encierro.

Dícese que Raquel dejó bien puesto el honor del pavellon, á pesar del vacío que se habia efectuado en su boca y de la desnudez de sus hombros, supuesto que aprestaba con ira el botin de su adversario entre los descarnados dedos; de modo que el alcaide, para conservar las quijadas de Jucef, se vió en la dura necesidad de acudir al único remedio, capaz de componer tan intrincado negocio. Pensarlo y hacerlo, fué obra de un minuto. El judío que clamaba, como si una legion de espíritus infernales hubiese tomado posesion de su cuerpo, chilló mucho mas, cuando vió que su Cancerbero se le acercaba, armado con un cuchillo de buenas dimensiones.

—Calla, perro infiel, le dijo el último. ¿No ves que esta hija de Satanás no se dá trazas de soltarte, hasta que te arranque el pellejo de cuajo?

Y sin mas cumplimientos descargó un revés, y el paciente se encontró libre de sufrir mas augustias.

—¡Por las doce tribus de Israel....! ¿Qué habeis hecho? esclamó Jucef dolorosamente, al contemplarse rapado, y mirando sus pobladas canas entre las uñas de Raquel.

—Yo le he vencido.... ¡Albricias! gritaba esta desatinada. ¿Pensabas triunfar, eh?

Y al mismo tiempo dió cuatro ó cinco saltos para celebrar su victoria.

—Vamos, reina mia, dijo el carcelero, con una entonacion, que estaban acostumbrados á respetar los mas empedernidos criminales. Aqui nadie manda mas que uno, y ese uno soy yo; con que así.... chito y al patio. ¡Oh! Por muy loca que seas, te ofrezco que muy pronto recobrarás la razon.... Todavia no has probado la virtud del agua ni el pan del Rey de Castilla. Son alimentos sabrosísimos; te lo juro por mi vida, pero si no bastan para curarte la enfermedad, poseo tambien una ancha tira de cuero de buey, cuya virtud es admirabte. ¿Me entiendes?

—Miren ahora los consejos que está relatando este miserable pelaire, contesló Raquel. ¿Qué necesidad tengo yo de esos regalos? Guárdalos para tus hijos, si los tienes, que yo y los mios sabemos encontrarlos mejores. Ya los probarás algun dia, porque son los mas sustanciosos que se condimentan en la cocina de los infiernos. ¿Te ries? Haces bien.... ¡Ah! Yo me reia en otro tiempo y ahora lloro.... No; es mentira.... No puedo derramar una lágrima, porque el Infante me secó los ojos. ¿Habeis visto al Infante? ¿No ha venido por aquí, con una muger á la grupa de su caballo....? Corren mucho, mas yo les daré alcance. ¿Y quiénes sois vosotros, para arrojarme del castillo? Betoño es mi casa ¿lo entendeis? ¿Cómo decis que mandais en ella....? Aquí no hay nadie; todos se han marchado.... pero venid.... venid.... Yo os llevaré al foso, donde duerme Inés con el espíritu de mi hijo.

—Al diablo con la bruja, replicó el alcaide, aplicando á Raquel un trémulo golpe con el puño entre oreja y oreja. Al patio dije y no quiero mas sermones.

La cojió por los brazos, dicho esto, y arrastrándola con fuerza pudo al cabo meterla en un calabozo, cuya puerta cerró, dejándola gruñir á su libertad. Condujo luego á Jucef al mismo encierro, de donde poco antes habia sido sacado el espía con tan poca ceremonia, y habiendo convidado á Cañete á desocupar un buen zaque de mosto, pasaron ambos á una sala del primer piso de la cárcel, despues de haber despedido á la partida, á escepcion de Diego, quien por haber llenado las funciones de gefe, quedó admitido para que terciase entre los dos miembros mas útiles, que la justicia del Rey sostenia, sin contar el verdugo.

Solo por conjeturas podemos saber el motivo de haberse hallado Raquel tan cerca de Valladolid, el dia en que la prendieron. Anudando el sentido de algunas palabras que, en medio del desvarío y desórden de sus ideas, habia ensartado en sus incoherentes discursos, sacamos en consecuencia que los caballeros de la Banda, en la escaramuza practicada contra el fuerte de Arlaban, asilo de los sublevados que seguian el partido de D. Juan de Haro, segun refirió el sepulturero de Santa María á su hijo y á las castellanas de Almazan, se corrieron tambien hácia la llanura de Betoño. Es probable que allí adquiriesen noticias de la cuadrilla de bandidos, que del antiguo alcázar del Infante D. Juan, muerto en Granada, habian hecho su madriguera. La fortaleza quedó enteramente arrasada; los facinerosos fueron cosidos á sactazos, menos uno, que se unió á otra cuadrilla, para morir poco despues á manos del caballero Negro; y Raquel, hallándose sin hogar y sin almenas que recorrer durante la noche, tuvo por conveniente ir á buscar en otra parte lo que le faltaba. Los campesinos no eran tan hospitalarios, que recibiesen con gusto en sus caseríos á una vieja demasiado quisquillosa, dispuesta siempre á incomodarse por la mas pequeña contradiccion, muy ligera en hablar mal del Rey y de los caballeros que habian igualado su castillo con la llanura, y cuyas trazas, si no eran de hechicera rematada, podian aspirar al privilegio de pertenecer á una bruja de segundo órden. Despreciada ó no admitida en las aldeas, se fué á la ciudad, para servir de delicioso entretenimiento á los muchachos, que no dejaron de Zambullirla en

el asqueroso Zapardiel. En Vitoria oiria decir seguramente que la corte se habia trasladado á Valladolid, y como su cabeza siempre estaba llena de caballeros, de fosos, de venganzas y de aventuras, no necesitó mas, para tomar el camino de Castilla y dirigirse á la capital.

Si estas razones no satisfacen al lector, puede suplirlas con otras que mas le convengan, pues en cuanto á nosotros, tenemos por bastante el saber que la loca de Betoño se hallaba inmediata á Valladolid, cuando fué presa por los maceros, importándonos muy poco averiguar los motivos que á su perdicion la guiaron.

Hay ciertos dias, en el espacio de tiempo que llamamos año, destinados á las sorpresas, y el mismo de la muerte de Pero Calvillo y de la prision del almojarife, parecia que no debia concluirse sin algun otro acontecimiento importante. Nuevos grupos de hombres y de mugeres corrian por todas las calles en direccion al camino de Castilla, y muchos de los que siempre figuraban en primer término, cuando habia alborotos, se detenian en medio de su carrera, para llenar los bolsillos de guijarros, lo cual no anunciaba proyectos muy pacíficos. Los gritos y las imprecaciones de la multitud penetraban por la gruesa puerta de la cárcel, remachada con clavos de cabeza redonda y llegando hasta el sitio, en donde Diego, Cañete y el carcelero remojaban la palabra, sirviéndonos de la espresion comun á su clase, suspendieron su agradable ocupacion.

—Toda la chusma de la poblacion está en campaña, Capitan, esclamó Diego levantándose y escuchando atentamente.

—Déjales ahullar, respondió el alcaide, ya que no tienen otro mejor entretenimiento. Hoy es dia de gloria para ellos, como si fuese de toros. Un espía ahorcado y una bruja colgada de las barbas de un judío, son motivos muy poderosos para alarmar á todos los zapateros y á las revendedoras del mercado.

—Pero eso ya pasó, con mil diablos, observó el primero, y semejantes alharidos, vienen fuera de sazon.

Cañete escuchó en silencio algunos minutos: volviéndose despues hácia sus amigos, dijo de pronto:

—Es un motin, ni mas ni menos; el pueblo está en conmocion y es preciso acudir á nuestras encrucijadas.

—Yo estoy en la mia, repuso el carcelero; mas ya que os vais, no será sin beber el trago de despedida.

Aceptado el embite y llenas tres anchas tazas de barro del espumoso néctar de La-Bastida, tomó una el que acababa de hablar y la acercó á sus lábios diciendo:

—A la buena cosecha de tunantes que debeis traerme antes de la noche, Capitan. Yo tendré cuidado de prepararlès magníficos lechos.

—Asi es menester, y buen provecho, contestó el gefe, imitando la accion del alcaide, que acababa de vaciar la taza en un dos por cuatro.

—Y puedan los árboles del camino de Simancas, añadió Diego despues de echarse al coleto el contenido de la suya, mostrar mañana cuarenta racimos semejantes al que hemos colgado hoy, para escarmiento de bribones.

Terminado el brindis, despidiéronse los dos maceros del alcaide, que tan generosamente sabía agasajar á sus camaradas, y á pasos precipitados se dirigieron hácia donde los gritos de la gentuza se hacian oir con mas claridad.

Á pesar de unos síntomas tan alarmantes, esta vez no fué necesaria la intervencion de los alabarderos, para apaciguar el tumulto. Dirigíase este contra un guerrero muy conocido de la plebe, que armado de todas armas entraba entonces en Valladolid. Era el infante D. Juan, que restablecido de sus heridas, acudia al llamamiento del Rey, como habia pensado acertadamente el Dean, mas deseoso de conservar sus títulos y su ascendiente en la corte, que de probar su valor contra un enemigo, cuya bravura conocia ya por esperiencia.

El pueblo bajo de Valladolid, como todos los pueblos bajos del mundo, no respetaba salvo-conducto, derecho de gentes, ni otros nombres semejantes, inventados con el único objeto de que un declarado rival pueda sentarse á nuestra mesa, reposar en nuestro lecho y hacernos la guerra impunemente con toda seguridad; y aunque no le eran desconocidas las intenciones del Rey, y aun escitaba su entusiasmo el desafío que debia verificarse entre el Negro

paladin y el *Tuerto*, no por eso estaba menos preparado para recibir á éste de una manera, que le probase el ódio mortal que se habia adquirido en Castilla, merced á sus traiciones. Las mugercillas y truhanes, las verduleras y jaquetones, juzgaron con alguna apariencia de razon que, si D. Alfonso XI habia publicado un bando, prohibiendo bajo penas rigurosas el uso de armas en las querellas particulares, la lengua era una espada no comprendida en aquella disposicion, y que por lo mismo podian ejercitarla á su libre talante. Es fácil resolver si la chusma escasearía los insultos, los dicterios y las amenazas contra el Infante, desde el momento en que le vió llegar, supuesto que todos estaban persuadidos de que no osaría presentarse en público.

La primera noticia de que se aproximaba á la ciudad corrió de boca en boca, como una exhalacion. El camino de Castilla se asemejó en pocos minutos á un espeso bosque de cabezas humanas y nunca, aunque esto sea mucho asegurar, nunca acompañó á un general romano, al hacer su entrada en la antigua metrópoli del orbe, música tan estrepitosa ni tan infernalmente horrible. Á pesar de aquellas ruidosas demostraciones, nadie se atrevió á poner en él las manos, cuando por medio de la multitud se dirigió al palacio real, contentándose la pillería con llenar el espacio de furiosas maldiciones y silbidos. Y aunque no falta quien asegure que algunas pedradas completaron la burla, no nos parece esto probable, pues ni consideramos tan loco al populacho, que olvidase los edictos del Rey, ni tan sufrido al Infante, que no se opusiese á un desacato de tal naturaleza.

Por lo demás, aquella tumultuosa reunion, en la que, no obstante lo espuesto, es muy fácil que hubiese personas que aspirasen á algo mas que á una simple rechifla, se deshizo por sí sola, poco despues de haber entrado D. Juan *el Tuerto* en el palacio real. El resto del dia se pasó con tranquilidad y por la noche descansó todo el mundo sosegadamente, pensando en el torneo que se preparaba.

CAPITULO XII.

Grandes preparativos para una fiesta en que debe correr sangre.

DESDE que empezó á brillar la primera luz del sol, se cubrió de espectadores el *Campo grande* de Valladolid, sitio destinado para el desafío y para el torneo.

Grandes preparativos se habian hecho, á fin de que el último correspondiese á la celebridad de los campeones que debian combatir, y á la grandeza del Príncipe, que se proponia honrarlo al frente de toda su corte. La naturaleza misma parecia como que brindaba con aquel terreno para el marcial espectáculo, que un inmenso concurso, compuesto de todas las clases de la nacion, aguardaba con impaciente anhelo.

Un vasto circo, dispuesto en el mencionado *Campo*, á distancia de media milla escasa de la ciudad, era el punto elegido para las justas. Hallábase rodeado de fuertes empalizadas, y se habia arran-

cado la yerba del suelo en toda la estension del círculo, para cubrirlo de arena con una igualdad y aplanamiento admirables. Dos entradas bastante espaciosas, para contener tres caballeros de frente, las cuales se cerraban con gruesas puertas de encina, eran los únicos puntos de comunicacion, entre el palenque y la parte esterior del campo: estaban guardadas escrupulosamente por dos heraldos ó reyes de armas, que tenian á sus órdenes cuatro doncelles, ocho trompetas y respetable piquete de tropas, con el objeto de mantener el sosiego é impedir que penetrase en el circo todo el que no fuese justador.

En desquite de estas prevenciones, no faltaban á los curiosos sitios mas seguros donde colocarse, para contemplar los variados lances, que debian recrear su vista. Alrededor del circo se habian construido anchos tablados, y sobre ellos muchas galerías con sus asientos correspondientes, cubiertos de blandos y cómodos almohadones en la parte mas elevada, hasta la cual llegaban los puntales, que servian de apoyo á los primeros. Dichas galerías de preferencia estaban reservadas para la principal nobleza de ambos sexos. Mas abajo se veian las que podríamos llamar lunetas ó butacas, destinadas para los empleados públicos de segundo órden, y para la clase media de la sociedad, entre la cual tambien figuraban orgullosos hidalgos, que careciendo de favor, y no contando con otros castillos ni tierras que sus arrugados pergaminos, preferian confundirse entre plebeyos, á sufrir las sonrisas y burletas de los magnates. Finalmente, para la gente vocinglera y de calle, cuyo número era inmenso, y de la cual formaban parte los de la bullanga del dia anterior, se habia dejado entre los tablados y las empalizadas de la liza un corto trecho ó barrera angosta, que apenas bastó para la muchedumbre; pero muchos encontraron, si no mullido asiento, al menos desahogada comodidad sobre las tejas de los conventos vecinos, cuya elevacion permitia registrar claramente todo cuanto pasaba en el circo, por encima de las mismas galerías.

Sobre una ancha esplanada de cesped, que se habia hecho á propósito, y á la que se subia, desde una de las puertas del circo, por una cuesta muy pendiente, se colocaron cuatro tiendas guerreras,

ó de campaña, con ricos adornos y banderolas de color carmesí, que era el predilecto de los cuatro mantenedores del torneo, que debian ocuparlas. Una de ellas sobresalia como unos veinte pasos hácia el palenque mas que las otras, y no parecia sino que estaba desafiando á los paladines, amontonados en el opuesto estremo del palenque. Los escudos de los campeones brillaban á la entrada de su respectiva tienda, y muchos notaron la circunstancia de que uno estaba empavonado de negro y tenia cubierta la divisa con enlutado crespon. Cuatro escuderos completaban aquel curioso espectáculo y aguardaban á sus dueños, inmóviles, silenciosos y vestidos de caprichosos matices, menos el de la primera tienda, que lucía riquísimo trage del propio color que las armas de su amo.

Detrás del circo y hácia la parte, en que los caballeros aventureros ó que llegaban á probar fortuna contra los mantenedores, ostentaban preciosos penachos é injeniosos motes, habia preparados en largas mesas abundantes refrescos y provisiones, de las cuales todos tenian derecho á disfrutar, despues de haberse separado una parte escogida para los campeones, mariscales, reyes de armas y demas funcionarios del torneo.

Olvidábasenos añadir que, en el centro del círculo de las galerías, se veia una, hácia el Norte del *Campo*, mas alta que las otras, ricamente alhajada, y cubierta de floreados damascos con borlones de oro, que formaban majestuoso dosel, sobre el cual brillaban las armas reales de Castilla, pendientes de la famosa *Banda* carmesí. Este era el lugar destinado para D. Alfonso XI, para su esposa la reina doña Constanza y para la real comitiva, cuyo lujo y magnificencia no tenian rivales, pudiendo asegurarse que pocas veces se habia visto una reunion de damas y de caballeros, de persevantes, de escuderos y de pajes de lanza, que ostentasen tanta grandeza y visualidad.

En frente del trono y á la parte del Sur habia otra galería, tambien mas elevada que las restantes y dispuesta, no con tanto primor como buen gusto: á sus lados azotaba el viento mil banderolas y gallardetes blancos y azules. Graciosas doncellitas, vistosamente engalanadas y ostentando en sus sienes olorosas guirnaldas

de clavelinas y jazmines, custodiaban el interior de esta galería, que debia ocupar *La reina de la hermosura y de los amores*, elegida por el caballero, que rompiese la primera lanza, derribando á su competidor. Los mas significativos emblemas, con que la imaginacion se complace en pintar al amor, se veian lucir á la testera y á los costados del trono de flores de la belleza: flechas, palomas, aljabas, corazones, con sus motes respectivos, formaban desde léjos un conjunto delicioso y elegante y eran blanco de las miradas de afamados paladines. ¡Cuántos suspiraban recordando los nombres de las damas de sus pensamientos! ¡Con qué ardor se proponian vencer, para adquirir el derecho de nombrar la reina del torneo!

Los mantenedores se habian elejido á votos entre los caballeros de la Banda, reunidos al efecto en el salon principal de palacio. Todos se apresuraron á solicitar el honor de sostener el choque contra cuantos se presentasen, y fué necesaria la autoridad del Rey, para calmar su noble fiereza.

—Echad suertes, les dijo, y los cuatro primeros nombres que salgan defenderán la excelencia y los fueros de la órden.

—Si es permitido al mas novel caballero de la insignia colorada dar su parecer ante esta ilustre asamblea, respondió el de las armas negras, diré que apruebo la medida de nuestro Gran Maestre, aunque con cierta restriccion. Todos sabeis que ayer recibieron mis hombros la condecoracion de la órden de la Banda, y nadie me negará que estoy en el deber de probar mi gratitud á mis nuevos hermanos y compañeros. Tambien me obliga la razon de manifestar con la fuerza de mi brazo, si soy ó no soy digno de llevar esta distinguida señal; por lo tanto pido ser uno de los mantenedores de las justas.

—Nada tengo que oponer en contra de esas razones, repuso el Gran Maestre, y espero que merezcan la aprobacion de los demás hermanos. ¿Qué decis caballeros?

Todos convinieron en la justicia de lo que pedia el del Zadorra, y así fué elegido unánimemente mantenedor. La suerte decidió los que debian acompañarle y salieron agraciados D. Lope de Vendaña,

Ramiro de Salinas, hijo del anciano D. Álvaro, y Gonzalo de Mendoza. Como no era la pujanza particular de cada guerrero lo que se proponian mostrar, sino la gloria y preeminencias de su órden sobre las demás, adoptaron que si un caballero de los cuatro mantenedores caia vencido, fuese al punto reemplazado por otro, hasta que la hermandad no tuviese defensores; á cuyo efecto, un segundo sorteo designó los que debian vengar la mala fortuna de los primeros combatientes.

Concluidos estos preliminares, el Rey intimó al caballero Negro que so pena de incurrir en su indignacion y en la de las leyes del torneo, le estaba prohibido, el primer dia, trabar pelea con el infante D. Juan; y notando que el campeon meneaba la cabeza, en señal de descontento, añadió:

—Moderad ese ardimiento hasta mañana, que es el dia aplazado á vuestro desafío. Hoy debemos triunfar todos, lidiando contra cuantos nos disputen la preferencia, pero sin mezclar en la demanda personales querellas, como dia destinado á honrar, con nuestro valor y cortesanía, la banda que nos ciñe el pecho.

Juraron todos sobre las cruces de las espadas hacerlo así, y se separaron en seguida, para prepararse á la fiesta.

Llenábanse entre tanto de espectadores las galerías, los tablados y el palenque, pugnando cada cual por apoderarse del sitio, que á su entender le pertenecia, ocasionándose no pocas disputas y aun mojicones, que eran devueltos sin ceremonia, y apostrofándose con terminantes insultos, que acababan por exaltar la bílis de aquellos, á quienes se dirigian: entónces se hacía precisa la intervencion de los reyes de armas, única autoridad del torneo, aunque subordinada á la superior de los mariscales, cuya sola presencia obligaba á los mas díscolos á entrar en su deber. Desempeñaban este último cargo Guillermo de Armentía y el caballero de Urbina, quienes, armados de punta en blanco, recorrian el circo, inspirando el mayor respeto en las barreras y prontos á arrojar de la plaza á los perturbadores del órden.

Infinitos nobles y caballeros, cuyas edades ó inclinaciones no eran á propósito para tomar parte activa en los lances, siempre te-

mibles, de una justa, ocupaban ya sus asientos, luciendo bordados trajes, en vistoso contraste de los elegantes y variados de las damas, que presurosas corrian á gozar un espectáculo sangriento, con el mismo afan que manifiestan al presente, por acudir á divertida corrida de toros.

Muchos nobles de segunda categoría se habian colocado en el espacio ó barrera interior, atestada ya de las clases bajas del pueblo, que apenas se podian revolver, y en donde los primeros, por modestia, procuraban guarecerse. No tardaban sin embargo en arrepentirse y perder la paciencia, pues aquel puesto era generalmente teatro de las disputas mas groseras y pertinaces, hasta que el mango de la alabarda de algun hombre de armas hacía entrar en razon á la canalla vocinglera.

Los cuatro mantenedores ocupaban sus tiendas, devoradas por las ansiosas miradas de los campeones, que se proponian combatir. Los heraldos habian despejado el circo; las señoras ajitaban al aire finísimos lienzos que ostentaban recamados de oro y plata los ilustres timbres de sus solares; los ecos de cincuenta trompetas guerreras se mezclaban con el murmullo, las amenazas y chillidos de la multitud: corrian los escuderos de una parte á otra, preparando las lanzas de sus amos y todo anunciaba que el torneo iba á dar principio. Veíanse, á pesar de esto, desocupadas las dos galerías preferentes y los ojos del concurso se dirigian á ellas contínuamente. No era de estrañar que la Reina del torneo faltase, pues no se habia elegido aun, pero el Rey, sin cuya presencia no podia empeñarse el torneo, no parecia. Preguntábanse los caballeros la causa y nadie la sabía; los mismos de la Banda se miraban sorprendidos, sin poder esplicar la tardanza de su Gran Maestre, y creció de todo punto el asombro, cuando en medio de lujosa comitiva de damas y grandes de Castilla se vió aparecer á la reina doña Constanza y á su lado la infanta doña María de Almazan, con la interesante Blanca, seguidas del Arzobispo, el presumido Dean de Valladolid y gran número de nobles, pajes y doncels. Un murmullo de admiracion se levantó de todas partes, al aspecto de los ricos aderezos y preseas del lujoso acompañamiento: olvidóse un instante la ausencia del

príncipe D. Alfonso, y la belleza de la ilustre heredera escitó el entusiasmo general, cuando sentándose á la izquierda de la Reina, pudo el concurso contemplar sin estorbo todas sus gracias. Los ojos de la que así llamaba la atencion permanecieron fijos en el circo; el rubor encendió su rostro y para desechar la impresion, con que los repetidos elogios y aplausos de los guerreros oprimian su corazon, dirigió la palabra al Dean. Sus miradas entonces se volvieron indeliberadamente hácia el lado que ocupaban las tiendas de los mantenedores, y reparando en la principal al escudero Jaime, que cual una estátua se mantenia á la entrada sosteniendo la negra rodela tan conocida, un hondo suspiro salió de su pecho, producido por la imágen de los peligros, que amenazaban á su fiel y querido campeon.

Las trompetas seguian atronando los oidos menos delicados con desapacibles sonidos; pero Guillermo de Armentía, que tenia instrucciones secretas y solo aguardaba la presencia de la Reina, los hizo cesar. Adelantóse despues al centro de la liza, seguido de su compañero el de Urbina, y llamando á un heraldo, le ordenó que publicase las condiciones del torneo. Desenrollando aquel un pergamino, leyó con alta y sonora voz lo siguiente:

«El muy alto y poderoso rey D. Alfonso de Castilla, manda á «todos los caballeros, aqui reunidos, combatientes y espectadores «castellanos, alaveses y estranjeros, se conformen, respeten y obe«dezcan los artículos de las justas, que por mi boca os dirije.»

«Primero. Los caballeros mantenedores aceptan el desafío de «todo aventurero.»

«Segundo. Cada campeon llamará desde la liza al mantenedor, «contra quien desee combatir.»

«Tercero. Si el combate ha de ser con armas corteses, ó embo«tadas, la llamada será á viva voz, sin otra señal; pero sí á todo «trance, seguirá al desafío la respectiva tocata de corneta.»

«Cuarto. El caballero que rompa la primera lanza, y haga me«dir la tierra á su contrario, tendrá la inapreciable recompensa de «nombrar la reina de la hermosura y de los amores.»

«Quinto. El premio consistirá en un yelmo con planchas de oro,

«ricamente trabajado, con soberbio plumaje, y una cadena del «mismo metal, distribuida al vencedor por la reina del torneo.»

«Sesto. Todo combate cesará desde el momento en que los ma- «riscales del torneo interpongan sus lanzas entre los guerreros, y «el que contraviniere, será por solo esto declarado vencido y arro- «jado del circo, como indigno y mal caballero.»

—Y ahora, continuó doblando el pergamino, honor y amor, va- lientes paladines; romped las lanzas y encabritad vuestros corce- les. Dad un dia de gloria á Castilla, y vea el mundo sentada en ese trono á la mas bella.

Y repitiendo con entusiasmo las palabras *honor*, *amor*, se reti- raron los mariscales á sus puestos.

Volvió á poblar el aire el sonido marcial de las trompetas y un grupo considerable de caballeros armados voló á la entrada del palenque: fueron allí reconocidos por Guillermo y el de Urbina y escritos sus nombres, para asegurarse de que ningun oscuro aven- turero se introducia á tomar parte en los encuentros, despues de lo cual y asegurados de que el circo estaba enteramente limpio, se abrieron las dos puertas de entrada, y la reina dió la señal arro- jando su pañuelo.

CAPITULO XIII.

El torneo de Valladolid.

PRESENTÓSE en la liza D. Diego de Toledo, montado sobre un soberbio potro andaluz de color castaño. Su cota azul con ribetes de plata estaba sembrada de resplandecientes estrellas, y su escudo ostentaba una media luna, saliendo entre dos nubes con este mote: *á cojerla aspiro*. La fama de las hazañas de este paladin en la guerra contra los moros de Andalucía, se habia estendido fuera de España y todos con razon le consideraban la mejor lanza de Castilla. Teníase con indolencia sobre la silla, desdeñándose de mostrar su habilidad hasta el momento crítico, y solo cuando le fué requerido el nombre de su contrario, respondió con un grito:

—El caballero de las armas negras.

Apareció éste á la salida de la primera tienda, apenas hubo oido el dictado, por el cual se le conocia. Mantúvose un instante inmó-

vil, mirando á su enemigo, y diciendo algunas palabras al escudero, embrazó la rodela y bajó á la entrada del palenque. Se notó entonces que un hermoso jóven seguia sus pasos, observaba todos sus movimientos y se apresuraba á ayudar al escudero en el servicio de su señor. Era Julio, el lindo paje de Blanca, que habia pedido á su buen amigo, segun le llamaba, lo llevase consigo á la tienda, para recibir prácticamente las primeras lecciones de la caballería, y empezar á formarse á la vista de los peligros.

Montar, recibir la lanza que Jaime le presentó y penetrar en el circo, fué obra de dos minutos para el caballero Negro.

Antes de lidiar, acercóse á él D. Diego y le dijo:

—Desde las cercanías de Guadix vengo con el solo objeto que me vas á proporcionar en breve, valiente desconocido. Sé que tu esfuerzo es grande y el eco de tus hechos ha susurrado en mi oido: esto basta; solo quiero vencerte, porque donde sobresale en armas un campeon, no se detenga mucho, si no desea encontrarme.

—Arrogante sois, señor contrario, le replicó el mantenedor; pero en este sitio, obras son menester y no palabras. Por lo demás, si la fatiga de vuestro largo viaje es tal, que no os permita pelear, soy cortés, y á fuer de caballero, os daré tiempo necesario para descansar.

—Ni un cuarto de hora, ni el mas leve momento, gritó el castellano; y pues me has advertido que obre y no hable, prepárate bien, porque juro á mis espuelas, hacerte medir el suelo al primer encuentro.

—Veamos, contestó el Negro. Y volviendo ambos los caballos, se separaron á toda brida, dejando intermedio todo el espacio del circo; hasta que llegados á los estremos opuestos de la barrera, dieron frente y se miraron con fiereza.

—*Honor, amor, intrépidos caballeros*, gritó Guillermo de Armentía desde la entrada: la hermosura os contempla y la fama os pregona.

Levantó dicho esto la lanza, sonó el clarin de señal, y añadió con toda la fuerza de sus pulmones:

—Podeis partir.

No es mas pronto el rayo, que la rapidéz con que los combatientes se precipitaron, llegando á encontrarse en medio de la carrera; un ruido sordo, semejante al estampido de seco trueno, resonó por todas partes; una nube de polvo ocultó á los dos guerreros con sus corceles, y mil gritos de sorpresa partieron á un tiempo de los tablados. La Reina se levantó, para ver mejor, y Blanca se cubrió la cara con las manos, arrojando un ¡ay! que ni ella misma supo esplicar, si era de alegría ó de dolor.

Luego que la atmósfera se despejó algun tanto del torbellino, que los cascos de los fogosos corceles habian levantado, estrepitosos aplausos en honor del vencedor sucedieron á los gritos. Yacía el caballero Negro derecho sobre su alazan, que temblaba estropeado por tan tremendo choque, aunque sin lanza, por habérsele roto contra la gorguera de su contrario, quien tendido en el suelo, á largo trecho, no daba señales de vida. El casco del amante de Blanca presentaba una enorme abolladura al lado derecho; los escudos de ambos se habian roto y los corceles podian apenas sostenerse; todo lo cual confirmaba que el encuentro habia sido de frente y por lo mismo terrible. Los escuderos de D. Diego le sacaron del circo, mas la violencia con que fué arrojado de la silla por la lanza del Negro, le hizo caer de cabeza y se desnucó. Varias manchas de sangre aparecian sobre la arena, y el terror de Andalucía, el bravo descendiente de los Toledos habia dejado de vivir.

En nuestros dias, una muerte tan inesperada en medio de alegre funcion, la turbaria, ó cuando no, mucha parte del pueblo y sobre todo el bello secso, mas susceptible de fuertes impresiones, y menos capaz de resistirlas, se apresuraria á alejarse de allí, como todos sabemos. Y sin embargo, si asisten nuestras bellas á una corrida de toros, es imposible que puedan esperar ver otra cosa que miembros rotos ó picadores despedazados, á poco que estos se descuidén, y cumplan las fieras con su deber.

Tampoco intentamos desentrañar las causas de esta perversa contradiccion, que nos arrastra á presenciar escenas indignas de nuestra curiosidad, y que tanto mas horror nos causan, cuanto mas nos divierten. Este punto nos llevaria á una disertacion moral,

larga y difusa. Solo deseamos que se penetre el lector de que nuestros mayores obraban distintamente, siendo la muerte de un guerrero, en los torneos, espectáculo demasiado frecuente, para causar notables alteraciones sobre el espíritu de quienes presenciaban otras mil á cada paso, y con menos motivo. Podemos pues asegurar, sin temor de ser desmentidos, que escepto los criados del caballero difunto y acaso alguna belleza, prendada de su gallardía, nadie pensó en desocupar su puesto por aquel accidente. Si alguno nos ecsije pruebas de que ésto pueda tener sombra de verdad, á la mano tenemos una, sin contar otras muchas, esparcidas en las historias de los siglos pasados.

Cuando Artur, jefe de los paladines de la *Tabla redonda*, reinaba en Inglaterra, se celebró el torneo, nunca olvidado, de Eamont, cerca de Penrith, y en el perecieron *Brunor* el atrevido, *Mador Elías* el blanco, *Lionel Terran* del bosque negro, con otros muchos, sin que la corte ni el pueblo se conmoviesen; mas es, sin que la Reina del torneo se mostrase compasiva. Podrán decirnos que estos son cuentos de viejas y tal vez tendrán razon; mas una respuesta nos queda todavia. Asi los hemos leido nosotros; no los hemos inventado en apoyo de una mentira.

Mil aclamaciones, mezclándose á los chilladores puntos de una música guerrera, manifestaron al caballero de la negra armadura el aprecio universal, que su valor acababa de adquirir. Las damas agitaban sus pañuelos; victoreábanle los ancianos, y la canalla palmoteaba armando el estrépito, con que siempre acostumbra á aplaudir ó desaprobar. Los mariscales se adelantaron y ayudáronle á desmontar, y Jaime sacó del palenque el caballo medio muerto.

—Seguid mis pasos, valiente desconocido, le dijo Guillermo de Armentía; descansaréis en vuestra tienda.

—¿Se ha concluido por ventura el torneo? preguntó el paladin; que me den otro caballo y nueva lanza.

—No puede ser ahora, le fué respondido. Segun las ordenanzas de la justa, sois vencedor del primer encuentro, y os toca nombrar la Reina de la belleza.

Brillaron de placer los ojos del Negro, al oir estas razones, y se

dirigieron hácia el sitio que ocupaba la heredera. Encontráronse primero con los de la Reina, cuyo descontento era visible, desde la mortal caida de D. Diego de Toledo, y que los bajó al momento, poniéndose á hablar al oido del arzobispo. Blanca sostuvo las espresivas miradas de su amante, y una sonrisa de contento asomó á sus lábios de rosa. Al mismo tiempo la voz sonora del heraldo proclamó al caballero enlutado héroe del primer lance, anunciando que la Reina del torneo iba á ser elejida por dicho vencedor.

—Y ahora, prosiguió enardecido; lucid vuestra hermosura, nobles y apuestas damas de Castilla; eclipsen vuestros atractivos los rayos de ese sol que nos alumbra, y envanézcase hasta las nubes la mas bella: digna será sin duda de presidir nuestra fiesta aquella que sepa rendir un corazon valiente y generoso.

Nuevos aplausos partieron de las galerías y un diluvio de piezas de plata cayó á los piés de los heraldos, mientras se retiraban diciendo.

—Liberalidad, liberalidad, nobles caballeros; amor y honor, esclarecidas doncellas.

Las señoras se acomodaron á su talante en los asientos, agitadas de alhagüeñas esperanzas. Muchas habia no obstante, cuyas gracias *fueron;* palabra triste para una muger, pero muy positiva; y á pesar de todo, aquellas beldades añejas desplegaban el arte seductor de antiguas conquistadoras, anhelando fijar la atencion del caballero Negro y acordándose tal vez de su pasado poderío. Otras (eran las menos) ocultaban con modestia sus nacientes gracias, aunque impelidas secretamente por aquel amor propio natural, que todos tenemos de brillar.... mas en vano, en vano se fatigaban las damas castellanas: la reina de las justas estaba nombrada de antemano y nada podia hacer variar la eleccion libre de un corazon enamorado.

El caballero del puente, junto con sus tres compañeros mantenedores y en medio de los mariscales del circo, dobló la rodilla delante de la reina, mientras las trompetas anunciaban su victoria. Doña Constanza le recibió con severo rostro, dando claras señales del descontento que la animaba, y siguió la conversacion que tenia

con el Arzobispo, dejando al primero permanecer á sus plantas. Indignado el de Armentía, alzó la voz y la dijo:

—Aquí tiene V. A. de hinojos al caballero, que los mariscales han declarado vencedor, aguardando la prenda dedicada á la mas hermosa; y es tiempo señora de concluir.

—¡Ah! Sí; tienes razon, Guillermo, contestó la soberbia esposa de Alfonsa XI, como distraida: no estaba en ello. Bien que.... doña María, entregádsela vos, y que cuanto antes se aparte de aquí.

—Reina de Castilla, replicó serenamente el campeon, poniéndose en pié: quizás recibiéra yo ese precioso don, de las manos de la noble Infanta, con mas alegría.... con la mayor alegria, quise decir; pero juro por la órden sagrada que ayer merecí, no separarme de este sitio, si V. A. misma no me la entrega. Por lo demás, si mi presencia es odiosa á V. A., no tengo empeño en prolongarla, ni deseo captar su favor con bajas adulaciones; mas la ley del torneo ha de cumplirse, y si V. A. la infrinje, dará pernicioso ejemplo á sus vasallos.

Muchas personas, que por su inmediacion á la galería de la Reina, pudieron percibir las palabras del Negro aventurero, se deshicieron en lenguas, sobre su moderacion y firmeza; otros quisieron saberlas, ya que no les fué posible oirlas; corrieron así de boca en boca, y lo que parecia deber perjudicarle con respecto á la pública opinion, solo sirvió para ensalzarle mas. La Reina conoció toda la fuerza de las razones del guerrero; observó que la atencion general estaba suspensa; que Blanca se habia turbado; que los mariscales y mantenedores publicaban su disgusto con atrevidas miradas; finalmente previó que el Rey la haria responsable, si por aquel incidente se alteraba la tranquilidad: este último pensamiento la decidió. Sacó de una preciosa caja, guarnecida de piedras, esmeraldas y rubíes, un magnífico brazalete y poniéndolo en la cimera del yelmo de aquel, á quien sin conocerle miraba con indecible aversion, volvió á sentarse llena de rábia, que inútilmente procuró disimular.

Entónces fué cuando la curiosidad general subió de punto. ¿Dónde está la afortunada, que debe recibir tan rico presente? ¿Cuál será

la preferida entre tantas bellezas? ¿Por qué tarda tanto ese buen caballero en recorrer el circo? Tales eran las preguntas, que los mas hacian, sin que ninguno pudiese satisfacer su curiosidad, tan pronto como deseaban.

—Entre tanto el caballero Negro se encaminó al medio de la liza, donde Jaime le esperaba, para darle nuevas armas y caballo. De un salto se puso sobre la silla, y colgando el brazalete en el hierro de la lanza, dió una vuelta alrededor del palenque. El mas profundo silencio sucedió á las anteriores aclamaciones, cuando lo vieron detenerse delante de la misma galería, que atendido el desaire de doña Constanza, no era probable tuviese para él mucha predileccion.

—¿Si nombrará á la Reina en desagravio de lo pasado? decia Cañete, quien apostado con los maceros en la barrera, se desesperaba contra el populacho.

—Mas bien creo que la agraciada sea doña Inés de Velasco, replicó el ex-barbero de la *calle nueva* de Vitoria. Mírala sino como frunce la boca, para parecer mas donosa.

—Calle el impenitente, gritó un tercero, que despues se supo era el carcelero de Valladolid. ¿No vé que la incomparable hija del de Urnizar ha embobado al guerrero? Reparad con qué dulzura se miran: que.... si ya se dispone á alargar la mano, para apoderarse de la prenda y ¡con cuánta gana la apretará!

En esto un murmullo sordo, semejante al bramido del mar, que por grados se fué aumentando, hasta convertirse en estrepitosas demostraciones de júbilo, anunció que la eleccion estaba hecha. Con efecto, el caballero de las armas negras, contra el dictámen del gefe macero y sus amigos, habia puesto el brazalete á los piés de la heredera de Almazan.

Al momento fué conducida en triunfo por los mariscales y caballeros, hasta el precioso trono del amor, en el cual se vió saludada Reina de la hermosura.

Casi al mismo tiempo se oyó la robusta voz del Negro vencedor, proclamando á Blanca de Almazan por la mas bella, y desafiando con lanza ó espada á todo aventurero, que desearе negarlo.

El circo se despejó de nuevo y cuatro caballeros se presentaron á la vez en la liza. Llevaba el primero armadura de acero cubierta con pintada piel de tígre, casco de bruñido metal y plumas rojas. Conocíase en él visible empeño de no ser conocido y la viscra tenia doble regilla, que impedia distinguir un solo rasgo de su fisonomia. Sin embargo, no bien levantó la lanza, corrió á su encuentro el del Zadorra y le dijo.

—No me llameis á combate, caballero; no me llameis, ó me arrojo del caballo y abandono el circo.

—Sosegaos, señor, le respondió el desconocido; he querido divertirme lidiando con mis amigos; no me descubrais.

Y sin otra razon, pidió por contrario suyo á Gonzalo de Mendoza.

El segundo guerrero nombró á Ramiro de Salinas. Era el infante D. Juan y llevaba sobre la cimera del yelmo la manopla, que el amante de Blanca le arrojára en el camino de Arriaga. Estos dos rivales no podian combatir, conforme á la espresa voluntad del Rey, que habia aplazado su desafío para el dia siguiente, y así debian buscar nuevos enemigos, en quienes probar su pujanza. Los otros dos tuvieron por antagonistas á D. Lope de Vendaña y al héroe del primer lance.

Pocos minutos bastaron á los mantenedores para reunirse, y cuando el clarin dió la señal convenida, se les vió partir á carrera tendida. El encuentro fué recíproco, las suertes bien rechazadas, variados los lances, y al principio sostenidos con iguales ventajas: pero habiéndose mezclado los ocho combatientes, el infante D. Juan dejó libre á su contrario el de Salinas, y con la mayor perfidia arremetió á uno de sus mismos compañeros. Era precisamente el desconocido, que entónces las hubo con dos enemigos; pero Gonzalo de Mendoza, conociendo su desventaja dejó de acosarle. Precipitáronse entónces el Negro y D. Ramiro á su socorro, acometiendo á D. Juan; mas era evidente que las leyes del circo se habian hollado. La confusion se aumentaba; el interés de los espectadores crecía, y en vano los mariscales del torneo se interpusieron entre los guerreros: sus voces se perdieron en los aires y ellos mismos

se vieron espuestos mas de una vez; por último la lanza del Infante atravesó al primogénito de Salinas por la juntura de la coraza, y el mismo D. Juan fué precipitado del caballo por la furia del aventurero Negro. Levantó la visera inmediatamente el desconocido, y un grito universal resonó en la plaza al reconocer al Rey.

—¡Traicion, infame! esclamó en alta voz D. Lope de Vendaña. ¿Estais herido señor?

—Preguntádselo al señor de Vizcaya, respondió el Rey: él me acometió traidoramente, estando yo empeñado con D. Gonzalo, y seguramente me derribára sin el socorro de ese guerrero, que me sigue como una sombra para librarme de todos los peligros.

—V. A. no es mas en el circo que un caballero, dijo Guillermo de Armentía: reclamo la observancia de los artículos del torneo, que se acaban de violar, y por lo tanto es preciso que todos se sujeten á mi decision. Despejad pues la liza, para socorrer, cual es debido, á estos caidos caballeros.

Obedeciéronle sin replicar y el Rey tambien se retiró. El caballero Negro como vencedor, por haber hecho medir el suelo á dos adversarios, permaneció en el circo. Don Juan *el Tuerto* se levantó, ayudado de sus escuderos y antes de partir le dijo:

—Mañana nos veremos.

—¡Mañana! pronunció su rival con voz espantosa. Hoy será: hoy perverso Infante, si la debilidad de tu brazo no corre parejas con la maldad de tu corazon.

—Sea hoy; luego me verás aparecer para castigar esa intempestiva soberbia, replicó el primero; y salió de la liza.

Ramiro de Salinas fué conducido á su tienda; brotábale la sangre á borbotones de una honda herida, y apenas podia hablar.

La zozobra empezó á ejercer su influencia en las galerías, viendo el mal semblante que tomaba una diversion, empezada ya con funestos anuncios; y muchos opinaron que aquel terrible circo se convertiria dentro de poco en sepulcro de los mejores paladines de Alfonso XI: sus presentimientos no eran acaso infundados, mas por fortuna no llegaron á realizarse.

CAPITULO XIV.

El duelo á todo trance y el baston del rey D. Alfonso XI.

Yacía el primogénito de Salinas tendido en un confidente de su tienda, sin esperanzas de vida. Los médicos mas hábiles de la ciudad habian sido llamados, y aunque la muerte violenta del sábio Samuel dejó vacío inmenso en los conocimientos del arte de curar, se encontró á un cierto judío muy afamado, de quien se contaban prodigios. Varios príncipes estrangeros, condes, barones y adelantados debian su salud á las drogas de este nuevo Esculapio, y se le citaba con elogio como el único capaz de cerrar toda clase de heridas.

Sin embargo, cuando reconoció la que causaba á D. Ramiro inaguantables dolores, fué fácil adivinar, en las arrugas de su frente, la poca ó ninguna confianza, que le inspiraban los arcanos de su

ciencia. Meneó la cabeza tristemente, se puso pálido, temblaron sus manos, y murmuró algunas frases entre dientes.

—Dame algun consuelo por caridad, le dijo un anciano caballero, que sostenia entre sus brazos la cabeza del herido. Asegúrame que no morirá.....

—El Dios de Abraham es misericordioso, pronunció el médico, y con todo.....

—Qué.... acaba, y si tus palabras han de servirme de puñal, no te detengas: clávalo en mis entrañas, y sácame de tan cruel incertidumbre.

—Yo podria deciros, respetable D. Álvaro.... mas sois padre. Retiraos, voy á ponerle un segundo vendage.

—No es menester, dijo lánguidamente el guerrero. Yo me siento morir, y lo que peor es, desesperadamente. Esta no es herida.... no. Todas las fúrias del abismo parece que se disputan mis carnes: tanto dolor es inaguantable.

Y burlando la vigilancia de ocho ó diez caballeros, que le asistian con muestras del mas acerbo sentimiento, se arrancó todas las vendas. Acudieron asombrados á detenerle, y quedaron atónitos al ver que la sangre no corria ya.

—Este es buen agüero, pensó D. Lope. Confio que nuestro valiente amigo vivirá para vengarse y....

—No es hora de pensar en eso, replicó el médico, ni de concebir ilusiones quiméricas.

—No obstante, ya ves que la sangre se ha detenido, observó el aflgido D. Álvaro, acojiéndose á la esperanza, que le infundiéra el de Vendaña, cual ase náufrago marinero la débil tabla, que las olas le arrojan.

—Sí; se ha cuajado, contestó el judío..... observad; los bordes de la herida están amarillentos.

—¡Desgraciado! gritó el anciano alavés; ¿qué indica ese color..?

—Es el de la muerte...

Un movimiento del herido le hizo detenerse.

—¡Ah!¡ Qué hierro fatal ha penetrado hasta mis entrañas! exclamó con rábia: no es la herida ¡oh! no: es mi sangre que hierve, como la lava de un volcan.

¡Desgraciado! gritó el anciano alavés; ¿qué indica
ese color....?

—Verdaderamente ha sido un horrible asesinato, repuso el médico.

—Pero crees acaso....

—Creo que la herida presenta síntomas espantosos, y aunque solo fuera un rasguño, hecho con la misma arma, desesperaria de su curacion.

—Entónces....

—Entónces nada hay que añadir.... Creo háber hecho y dicho bastante.

—Llamad, traedme al caballero Negro pidió el herido, incorporándose convulsivamente; dejadme solo con él.

Acudió prontamente á los deseos de su compañero el amante de la heredera, y cuando llegó á la tienda, la desocuparon todos, dejándole á solas con D. Ramiro.

—Os he requerido, le dijo éste, para que declareis ál Rey que muero envenenado.

—¡Envenenado! exclamó atónito el campeon.

—Sí: los agudos tormentos que sufro, y los pronósticos del médico, no me dejan dudar de esta fatal verdad... Creo acertar como ha sido.

—Yo tambien ¡Dios mio! yo tambien. El Infante combatia con el hierro de la lanza emponzoñado....

—Así ha debido suceder.... mas no era yo á quien él buscaba.

—No, vive Dios. Don Juan acometió al Rey á traicion, y se ha vengado del auxilio que le dísteis. ¡Maldad! ¡Infamia!

—Guárdese D. Alfonso de las tramas del Infante.

—Yo le libraré, y vengaré tu mal término, esforzado amigo.

Sintiendo entónces que la sensibilidad iba á triunfar de su firmeza, apretó el Negro entre las suyas la yerta mano del primogénito de Salinas, hizo un esfuerzo y se echó fuera de la tienda, cubriéndose los humedecidos ojos con la manopla.

—Don Lope, D. Gonzalo, dijo con voz balbuciente, al pasar inmediato á estos caballeros; apresuraos, acudid antes que.....

Todos se precipitaron á un tiempo; entraron, D. Alvaro se acercó

el primero y lanzó un ¡ay! lastimero, arrojándose sobre el confidente. Su hijo no respiraba ya.

Mientras al anciano caballero arrancaban de tan triste escena sus amigos, se preparaba otra en el palenque, sino tan dolorosa, mas interesante para los indiferentes, que aun ignoraban la muerte de D. Ramiro. El Infante y su enemigo habian conseguido del Rey que su desafío se verificase en el acto, y aunque D. Alfonso lo habia aplazado para el siguiente dia, cedió al tenaz empeño de los dos rivales.

Ningun guerrero se queria presentar al combate, escarmentados todos de los dos desgraciados lances ocurridos, por mas que los heraldos les animaban, refiriendo sus hazañas y encomiando la riqueza de los premios prometidos. Tal vez se hubieran arriesgado contra un contrario menos terrible que el de las armas negras; mas éste es invencible, decian, y la mano de Dios le protege.

Viendo los mariscales que nadie se presentaba en la liza, proclamaron que el caballero del puente habia merecido el premio, prez y honores del torneo.

Acto continuo fué conducido por Guillermo de Armentía y el de Urbina al frente de la galería de doña Blanca. Apeóse con lijereza y de dos saltos subió las gradas del tablado, encontrándose á los piés de la *hermosa reina de los amores*.

—Acabad, la dijo arrojando el casco, de hacerme el caballero mas venturoso del universo. El premio recibido de tan queridas manos, aumentará infinitos quilates á su valor.

—¿Sois pues, vencedor, mi noble paladin? le respondió amorosamente doña Blanca; ya empiezo á ser afortunada.

Y le echó al cuello la brillante cadena, colocando en seguida el pesado yelmo sobre su descubierta cabeza.

—Venga ahora ese miserable asesino, gritó el guerrero levantándose. Yo purgaré á Castilla de un mónstruo.

—¡Ah! volveis á la pelea, esclamó la heredera sobrecojida de mortal espanto. Sí; el desafío.... Pero yo no debo permanecer aquí, continuó despues de corta pausa. El torneo se ha concluido y he dejado de ser reina. Además, yo no podria soportar la vista.....

—Parte, parte, adorada mitad de mi existencia, la contestó el enamorado vencedor. Bastante sangre has visto derramarse hoy.... y sangre noble, sangre pura.... Dios sabe que yo no arremetí al de Toledo con intencion de matarle.... pero ese vil D. Juan....

Mas hubiera dicho, si la corneta de éste no le reconviniéra por su pereza. Arrancóse de allí y pronto estuvo á caballo. El obediente animal corrió á tomar trecho, no bien sintió sobre sus lomos el peso de la noble carga.

—Esta vez fué mas escrupuloso el exámen, que los mariscales hicieron de las armas y arreos de los dos enemigos, pues se trataba de un duelo á muerte, y no de una diversion, que sin embargo habia salido cara para algunos. Diéronles nuevas lanzas, partieron al sol, y les intimaron que perderia la vida el que pelease á traicion. El Arzobispo conjuró las armas desde su asiento, por si tenian consigo alguna hechicería; limpióse nuevamente el circo, y se prohibió al público distraer con gritos ni otras demostraciones á los guerreros. Don Alfonso apareció en su trono, miró severamente á la Reina, é hizo saber, por medio de los heraldos, que el combate debia suspenderse, desde el momento que uno de los campeones se confesase vencido.

Cual impetuoso torrente se precipita desde lo alto de escarpada roca, y cae, y arrebata cuanto pone obstáculo á su paso, así voló el caballero del Zadorra, con la lanza en ristre, al encuentro del Infante. Mal lo pasára éste, si no hubiera tenido la buena suerte de huir el cuerpo al choque; mas con todo no pudo evitar que la lanza contraria le asestase un fuerte bote sobre el hombro izquierdo. La suya se rompió en dos pedazos contra el escudo del Negro, y el caballo reculó doblando el cuarto trasero.

La segunda embestida nada ofreció de particular, porque no partieron á un mismo tiempo, y apenas se tocaron al pasar; mas la tercera fué tan impetuosa, que ambos rodaron por el suelo y las dos lanzas se quebraron. Huyeron los corceles, nuevas aclamaciones resonaron en las barreras, y hubo un momento de desórden, ocasionado por la ansiedad de los espectadores. Sin embargo, los combatientes se pusieron en pié, desnudaron los aceros y se acometie-

ron encarnizadamente. El terror embargó entonces todos los ánimos, al ver la furia y prontitud, con que se cruzaron innumerables cuchilladas, la menor de las cuales bastára para sepultar en eterno olvido á hombres menos determinados: el silencio mas profundo reinó en la plaza; las miradas se clavaron en el pequeño círculo, que servia de teatro á la refriega, y los corazones en general hicieron fervientes votos por la victoria del jóven campeon. Un revés de éste, dirigido con la mayor destreza, sembró la arena de piezas desprendidas de la armadura de D. Juan; no tardó en correr su sangre, mas él tambien tuvo la habilidad de herir á su competidor.

Destrozáronse los cascos; volaron esparcidos al aire los flotantes penachos; hiciéronse añicos las corazas, petos y espaldares, y la manopla que ostentaba la cimera del Infante fué arrojada á larga distancia. Sudaban de corage los dos rivales; lanzábanse aborrecibles miradas por entre las barras de las viseras, y si un instante descansaban, era para volver con mas ira al asalto. Corria entretanto con abundancia la sangre de tan animosos caballeros, mezclándose cada vez que se apretaban de cerca, y las muchas heridas hechas y recibidas, aunque ninguna peligrosa, excitaban su valor con nueva rábia.

La lucha empero se prolongaba mas de lo que ellos quisieran, y muchas veces intentaron acabarla, por medio de aquellos tajos decisivos, de los que es casi imposible librarse, si su recíproca maña no opusiese un muro de bronce, contra el cual iban á estrellarse todos los golpes y estocadas. Rompióse al fin la rodela del Negro aventurero; pero léjos de echar pié atrás por esta desgraciada ocurrencia, reunió sus fuerzas y arrojó el pedazo que le quedaba á la cabeza del Infante. El porrazo fué tan desesperado, que el último creyó haberle caido un monte encima: sus rodillas vacilaron, perdió el equilibrio, y conociendo su peligrosa posicion, quiso antes de medir la liza, aprovechar los momentos. Empuñó á dos manos la espada, y alzándola de repente, la descargó con tal violencia, que el Negro solo tuvo el tiempo necesario para verla bajar, cual si fuese pasajera exhalacion.

La serenidad le salvó entonces de una destruccion segura: im-

posibilitado de oponer la menor defensa, apretó los dientes y afirmándose bien contra el suelo aguantó el mandoble, que le obligó á doblarse y aun á tocar el suelo con una mano, para sostenerse: su yelmo cayó partido en dos pedazos; mas la espada no le penetró la carne, y este golpe, que agotó el desfallecido vigor del Infante don Juan, le fué el mas desventajoso de la pelea, porque el caballero Negro, repuesto del primer atolondramiento, le lanzó dos cuchilladas seguidas, que dieron con él en tierra.

—Levántate ahora, si puedes, le dijo poniéndole un pié sobre el pescuezo, como lo hiciste la noche que te vencí en Almazan. Ladron, mal caballero; hé aquí el fin de tus dias, si no te confiesas vencido.

Los mariscales volaron al sitio de la lucha, y pidieron al vencedor que perdonase á su enemigo.

—¿Puedo matarle? preguntó él, levantando la visera.

—Sí; en buena ley, le respondió el de Armentía.

—Don Juan ¿os confesais vencido? gritó introduciendo la punta de la espada por la gorguera del *Tuerto*.

Antes que éste contestase, levantó Alfonso XI su baston y lo arrojó con tal fuerza, que fué á caer á pocos pasos del Negro.

—Os mato, D. Juan; á pesar del Rey y del mundo entero, si no os entregais vencido, dijo el último.

—Vencido soy, vencido me confieso, pronunció el Infante débilmente.

—Ecsijo además que renunciels toda tentativa á los estados de Almazan y Alcocer, á los cuales ningun derecho os asiste.

—Todo lo otorgo, á todo renuncio, si me dejais la vida.

—¡Cobarde! ni á morir se atreve con honor, murmuró el enlutado, envainando su acero. Pero sea, y eso os salve; libre estais aunque sujeto á las condiciones de un caballero vencido.

Dichas estas palabras, se separó de su rival, y media hora despues se hallaban los dos curándose las heridas en los aposentos de palacio.

Tal fué el fin del torneo de Valladolid y del desafío de los dos principales personages de nuestra verídica relacion: mucho tiempo habia que no se celebrára otro de tan funestos resultados, y cuyos

encuentros hubiesen sido tan decisivos para los caballeros justadores. Dos de ellos, muertos en el sitio, atestiguaban por lo menos, que el combate fué reñido, y aunque la mala fé de un guerrero convirtió aquella fiesta, por algunos instantes, en verdadero campo de batalla, la cortesanía de otros rehusó aprovecharse de tan fácil ocasion, para añadir mas víctimas á las dos ya inmoladas. Sin embargo, casi todos los que habian justado salieron heridos del circo, y jamás se distinguieron otros guerreros en acometer, como los de la Banda. Por estas causas se encómia y pondera, hasta las nubes, esta famosa jornada, en los antiguos cronicones.

La corte se retiró de la plaza y lo mismo hicieron cuantos habian presenciado, ó tenido parte en las suertes del torneo. El Rey, desde el momento que arrojó su baston al circo, se levantó del trono y sin dignarse dirigir la palabra á doña Constanza, se encaminó á palacio, seguido de sus donceles, no dudando que el caballero Negro, respetaria su voluntad y concederia la vida á su enemigo.

CAPITULO XV.

La entrevista nocturna.

o tardaron en aquejar á D. Alfonso cuidados de otra especie. Cuando el Señor de Vizcaya y su rival vencedor fueron llevados á las habitaciones, que les hiciéra preparar en su mismo palacio, acababa él de recibir dos noticias, que le causaron la mayor pesadumbre, por cuanto le probaban que ecsistian, á pesar de sus enérgicas medidas, algunos castellanos revoltosos, enemigos del órden y propensos á aprovechar la ocasion de satisfacer sus pasiones, vengando antiguos agravios.

Hallándose Garci-Laso de la Vega, antes Merino mayor de Castilla y favorito del Rey, oyendo misa en el monasterio de San Juan de la villa de Soria, fué cosido á puñaladas por tres asesinos enmascarados, que sin respeto ni miramiento á la santidad del sitio,

le acometieron indefenso y á traicion. Huyeron con la velocidad del rayo, despues de asegurarse de que habia espirado aquel magnate, que si bien merecia ejemplar castigo, por los manejos en que interviniéra durante su privanza, solo al Monarca correspondia imponérselo, y jamás pudieron descubrirse los perpetradores de crímen tan atroz. La coincidencia de este atentado con el asesinato de don Alvar Nuñez Osorio, que pereció el mismo dia á manos de D. Juan Ramirez, cuya fidelidad se grangeára el afecto del Rey, el cual empezaba á admitirle en su gracia, ocasionó á éste el mayor sentimiento. Paseábase agitado por la estancia inmediata al aposento en que descansaba D. Juan *el Tuerto*, á tiempo que se le presentó don Alvaro de Salinas.

—¡Justicia, Rey de Castilla! Justicia vengo á pediros contra el asesino, fueron las primeras palabras del anciano.

—¡Otro delito mas...! replicó el Rey con ceño. ¿Qué ha sido?

—¡Qué ha sido! ¿No ha visto V. A. caer á mi hijo D. Ramiro, herido por la lanza del Infante?

—Sí; ha sucumbido, por defenderme, á una infame traicion, que no quedará sin castigo. Pero la herida no debe ser muy profunda...

—Jamás se cerrará para mi corazon, le interrumpió D. Alvaro deshecho en lloro. Mi hijo ya no ecsiste.

—Sosegaos señor de Salinas; vuestro enojo os hace decir un imposible. Yo le ví caer á mi lado, y el Infante tambien cayó: sin embargo, á pocos pasos está de nosotros, sin peligro de la vida.

—Pues bien; yo se la arrancaré; yo he jurado vengar tan inaudita maldad y lo cumpliré, aunque debiese perecer en un cadalso. Don Alfonso, mi boca no se ha abierto jamás para proferir una mentira, y cuando digo que D. Ramiro, única esperanza y orgullo de mi vejez, no respira ya, es por que he estrechado en mis brazos su cadáver. Sí; él ha muerto envenenado por la lanza del vil y perverso D. Juan cuando os defendia. ¡Desgraciado de vos si os hubiese tocado el hierro!

—Eso es tan inaudito, como bárbaro.

—Y no menos cierto. El *Tuerto* os buscaba en la liza, y hé ahí el motivo de desprenderse del empeño, que habia contraido, con

ese mal aventurado hijo mio. Aquella punta empapada en brevages ponzoñosos, que atravesó sus entrañas, os estaba destinada, y solo os librásteis de ella por el arrojo de los dos valientes que se precipitaron á vuestro socorro. Uno ha sellado con su aliento la lealtad que os tenia, y el otro ha recibido de él la confesion de cuanto os digo.

—¡Tres delitos horrorosos en un mismo dia! dijo el Rey entre dientes; dos asesinos descubiertos.... ellos pagarán con sus cabezas. Don Alvar, prosiguió enérgicamente, como parte tan interesada en este suceso, espero me ayudeis á descubrir la verdad. No que yo dude de vuestras palabras, ni lo permita Dios; mas es preciso aclarar los hechos, antes de precipitar el castigo. Hablad á D. Lope de Urnizar, y que dé órden de comparecer á mi presencia al médico que ha examinado la herida del infortunado D. Ramiro. Descansad en mi justicia y retened mis últimas palabras: si el Infante es culpable de tan horrendo crímen, el Infante morirá. No olvideis sobre todo que anhelo vengarme como caballero, y castigar como Rey ofendido.

Salió D. Alvar de palacio, á tiempo que llevaban preso á D. Juan Ramirez, asesino del conde Osorio: la vista de aquel reo, el recuerdo de las últimas palabras del Rey y la dolorosa pena que oprimia su corazon, le ocasionaron una fiebre violenta, que le tuvo postrado muchos dias. Cuando recobró su salud, se despidió de la corte para siempre, retirándose al castillo que poseia en la villa de su apellido, y allí vivió todavia bastante tiempo para celebrar la brillante victoria *del Salado*, con que D. Alfonso ilustró su reinado, algunos años despues de estos sucesos.

Las diez de la noche serian del mismo dia que presenció la muerte del primogénito de Salinas, y el caballero Negro descansaba en blando lecho sus fatigados miembros. Varias heridas, por las cuales derramára mucha sangre, peleando con el Infante, le causaban mas debilidad que dolor, y Jaime, el buen escudero, velaba por su amo en una pieza inmediata. De repente se abrió la puerta y entraron dos hombres.

—¿Duerme, Jaime? preguntó uno de ellos.

—No, señor, respondió el primero; podeis entrar.

El interlocutor se encaminó á la habitacion del herido caballero.

—¿Qué te parece de estas cosas, amigo Jaime? dijo el que con aquel habia llegado. No ha hecho mal negocio tu señor en el torneo. ¿Viste como cayó D. Diego de Toledo? A fé, á fé, que hace muchos años no he visto lanzada semejante. Solo el infante D. Pedro, mi esclarecido amo, que la víspera de San Juan Bautista murió á la vista de Granada, era capaz de asestar tan seguros botes.

—Hemos tenido en cambio una desgracia, señor Rodrigo, repuso Jaime. Esa maldita lanza de D. Juan se ha llevado de encuentro á un caballero de la Banda.

—Sí; al de Salinas. ¡Cómo ha de ser! Es una calamidad sin remedio y al mejor caballero le puede suceder otro tanto, en ocasion semejante: yo lo ví todo y Artal tambien, que no ha dejado de apestarme con sus rimas, durante la funcion. Pero lo que no esperaba, y en esta parte estoy dado á los diablos contra tu amo, es que perdonase al *Tuerto* la vida, cuando le derribó en el desafío. Venia tan bien una estocada entonces sobre el pícaro follon, como pedrada en ojo de boticario. Es verdad que se ha confesado vencido, y el Rey tambien arrojó su baston.

—¡Oh! cierto; y despues de todo esto, hubiera obrado mal en matarle.

—Pues yo sostengo lo contrario, gritó Rodrigo, al oir que el escudero se acercaba á su opinion. Debia acabar con él; si señor, y sepultarle el acero hasta el corazon, porque para un bribon como D. Juan, robador de doncellas y cabecilla de revoltosos, no se entienden las leyes de caballería.

—No digo que en parte vayais fuera de camino, y efectivamente está puesto en razon.....

—¡Qué razon, ni que niño muerto! Cuando yo acierto una cosa, es escusado que nadie me la diga, y maldito si hace al caso ahora acordarse de si tengo ó no razon. Digo que ha obrado malísimamente el caballero Negro.

—¡Pues hombre! si es eso mismo lo que yo pienso.....

—¡Otra vez, Jaime, ó demonio! déjame; déjame en paz, antes

que haga un desatino. ¿Qué necesidad hay de que tu pienses lo propio que me oyes decir? Vamos; este es enredo de nunca acabar.

—Lo que yo quiero, señor Rodrigo, es que no griteis tanto, por el motivo de que la hora no es á propósito para bullas: mi amo puede tal vez incomodarse y á mas á mas, no soy sordo.

—Y yo te afirmo.....

—Y vos nada me afirmaréis, pues no quiero oirlo. ¿Me habeis entendido ahora?

—Sí, sí; muy claramente, y me gusta el apego que manifiestas hácia tu amo. ¡Si hubieras conocido al mio...! Era la flor de los amos, y si no pereciera el dia antes de San Juan Bautista, en la reñida batalla del año de mil trescientos diez y.....

El cuarto número se le quedó entre los dientes, por la sorpresa que le causó la aparicion de dos damas tapadas, cuyos pasos no se habian sentido. Jaime, por un movimiento maquinal, llevó el dedo pulgar á la frente, con intencion de persignarse, pero Rodrigo, mas avisado, hizo una profunda reverencia.

—¿Y Guzman? preguntó á éste la de mas edad.

—Hasta aquí llegó conmigo y ahora hace compañía á quien sabeis, la respondió el escudero.

—Apresúrate, dijo entonces á Jaime una voz suavísima, y dí á tu señor que sus amigas desean verle. Vamos pues.... ¿Qué haceis ahí los dos, mirándonos cual si fuésemos fantasmas?

—A buena dicha tengo, noble señora, llevar á mi amo tan saludable mensage, contestó el criado; mas no negaré que al principio os tuve por cosa mala, de fuera de este mundo. Ahora que os veo bien, y que os conozco por mi señora doña Blanca de Almazan, y á vuestra compañera por la muy ilustre infanta doña María, cumpliré con el mayor gusto vuestro deseo, porque estoy segurísimo de que ha de causar á mi amo grandísimo contento.

Al esplicarse así, abrió con mucho cuidado la puerta, que separaba aquella habitacion de la del herido y entró en puntillas. Al punto salió Guzman é introdujo á las damas.

Hallábase el caballero de las armas negras tendido en un rico lecho, que la munificencia del Rey habia mandado prepararle, y á

pesar de sus heridas, habia conseguido dormir algunas horas, antes que Guzman fuese á interrumpir su sosiego. Al divisar á las damas, se incorporó, y acercándose ellas, le manifestaron su anhelo de verle cuanto antes restablecido.

—Ese vivo interés que os trae á verme es, oh noble doña María, dijo el Negro, el bálsamo mas saludable, de que yo tenia necesidad. Pronto me vereis en pié, pues apenas siento ya mis dolores.

Doña Blanca nada dijo, pero sus ojos hablaron elocuentemente al corazon de su amante, que devoraba con ardiente afan sus encantos.

—Sí, señora, añadió Guzman: confío en que pronto podrémos publicar libremente vuestra amistad y vuestros beneficios. Os confieso que, desde mi llegada á Valladolid, me cuesta increible trabajo sostener el papel indigno que represento, y á pesar de mi edad y de los trabajos padecidos, hubiera volado á castigar al vil infante D. Juan, cuando acometió traidoramente al Rey.

—Dícese que ha muerto D. Ramiro, pronunció con timidéz la heredera.

—He recogido sus últimas palabras, la respondió el guerrero, y siento ahora no haberle vengado á mi placer. Con todo, me anima la esperanza de conseguirlo algun dia, porque no podemos vivir los dos á un mismo tiempo.

—Lo que tambien ha llegado á mi noticia, observó Guzman, es que la maldad y la traicion, os han libertado para siempre, doña María, de vuestros encarnizados enemigos. Garci-Laso de la Vega y el conde Alvar Nuñez Osorio han caido bajo el puñal.

—Ya me pareció que la Reina hablaba de ese asunto con el Arzobispo, en la galería del torneo, respondió la Infanta.

—¡En la galería....! pensó Guzman.... Si el Rey nada ha sabido, hasta despues de haberse terminado las justas.....

—No sé; mas pienso haber oido á doña Constanza el nombre del Merino mayor. Por mas que sus intrigas me hayan perjudicado en el ánimo del Rey, me pesa que su fin no haya sido mas tranquilo. Debemos confesar que el dia se ha mostrado tan desastroso, como terrible.... Dos muertes en el torneo, y luego esos otros dos magnates apuñalcados ....

—Escenas tristes, que no solíais presenciar en vuestro castillo de la raya de Aragon, y que confio sean las últimas en Castilla. Ha llamado empero mi atencion lo que digísteis acerca de la Reina, y es muy posible que ella tenga alguna parte en el horrible término de esos caballeros.

—¡Qué decís, señor!

—No es mas que una sospecha mia, inspirada por vuestras mismas razones. Habeis dicho que doña Constanza hablaba con el Arzobispo, en la galería, acerca de la muerte violenta.....

—Si mis indicaciones pueden turbar el reposo de la Reina, ó hacerla decaer lo mas mínimo de la gracia del Rey, yo estoy pronta á desdecirme de ellas y á imaginarme que fué un sueño cuanto oí.

—Nada temais de mi indiscrecion. Yo sé guardar un secreto, que por otra parte en nada puede perjudicar á la hija del señor de Villena. Su causa está perdida sin eso, y D. Alfonso muy convencido de las traiciones de su esposa.

Iba á continuar; mas un ruido que provenia de la pieza inmediata, hizo que las dos damas fijasen sus miradas en la puerta. Ocasionábanlo las voces de los dos escuderos, mas furiosos que solian estarlo generalmente en sus disputas ordinarias, y se conocia que no hablaban solos, como cuando las señoras de Almazan se presentaron, porque varios gritos, semejantes á los de una loca, ó de una harpía, resonaban entre los improperios de Rodrigo y las maldiciones de Jaime.

—Sal de aquí, perra bruja, antes que llame á los maceros de Cañete, para que te arrojen por la ventana á los patios, decia el primero. ¿Quién diablos te trae á tales horas por estos sitios?

—¿Quién ha de ser? añadió el otro. Alguna legion de familiares, de los muchos que se hospedan en su cuerpo. Pero eso no la librará de que yo la amarre, como á una bestia sarnosa, hasta mañana, si cuanto antes no nos deja en paz. ¿Has oido, Raquel? ¿O te figuras que todavia estamos en Betoño? Ya ves que te conozco, y por lo tanto no permitiré nunca que tus diabólicos ahullidos incomoden á mi señor.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! con el mocito..... respondió aquella muger en-

demoniada, que ya hemos presentado por dos veces en escena. Tienes muy linda cara, y me enamoran tus corteses razones, porque has aprendido mi nombre. Sí; lo has aprendido bien; y se conoce que estuviste en mi castillo: pero.... ¡hace tanto tiempo....! ¿Cómo me has llamado....? ¡Ah! Ya me acuerdo.... *Raquel*.... ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

—Ea, menos bulla y afuera, dijo Rodrigo, empujándola hácia la puerta: mas valiera que no te hubieran soltado tan presto de la cárcel.

—¿De veras? replicó ella; pues sepa el muy goloso escudero y viejo pelmazo, que nadie me ha soltado, ni en eso pensaban; pero yo tengo medios de abrir todas las rejas del mundo. Y sobre todo, ¿por qué se me ha de privar de asistir á mi adorado Infante? Ahora no está Inés, para hacerme sombra.... pobre Inés.... mas primero son las heridas de mi querido. ¿No decías que habia caido del caballo? Es menester que yo le hable: sí; y si se muere, no le podré dar las gracias por el estado en que me deja. Vaya ¿has oido, querido mio? Enséñame el lecho mortuorio de ese pícaro *Tuerto*.

—¿Qué es esto? preguntó Guzman, saliendo del aposento. ¿Por qué haceis tanta bulla?

—Es la loca que encerraron ayer, y se ha escapado, respondió Jaime.

—Si señor; me he escapado ¿y qué....? miradme, miradme bien, si podeis, y por fuerza habreis de confesar que soy hermosa, ó á lo menos lo he sido. Por cierto que los señores castellanos entienden mucho de bellezas. ¿Pues no han puesto de reina del torneo á una feísima y oscura doncella de la raya de Aragon? Y eso porque posee dos ó tres miserables castillejos.... ¡Já! ¡Já! ¡Já! Semejante eleccion no la hiciera el Diablo.

—Si no usamos de suavidad, pensó Guzman, esta condenada nos vá á armar un alboroto en palacio. Haced de modo que, sin descontentarla, se aleje de aquí, aunque sea preciso darle algunos alfonsis.

—Voy á hacer la prueba, repuso Rodrigo, y agarrando el brazo de Raquel prosiguió: un caballero malamente herido se queja en ese

salon cercano, y no tiene quien le asista. Sin embargo, es guerrero principal, lleva el título de señor de Vizcaya y está próximo á espirar.

—Se guardará muy bien de hacerlo, gritó Raquel. No; es imposible; no puede morir; no morirá, hasta que yo hable con él, pues todas nuestras cuentas están sin ajustar. ¿Dónde dices que llora? Allí.... Pues adios, amigo; no se me escape, como ha hecho otras muchas veces.... ¡Ah! no me acordaba; mil gracias por la noticia. ¡Morirse el Infante sin estar yo presente....! no faltaba mas. Y entrando en el ancho corredor, dirigióse hácia el lado que Rodrigo le señalára y se perdió de vista en la oscuridad.

—Allá se las haya ahora con *el Tuerto*, dijo Jaime; por mi parte doy gracias á Dios de que se fuese, pues no me acomodan chanzas con alimañas de su especie, y nadie me sacará de la cabeza que es una rematada hechicera.

Sonrióse Guzman de la simplicidad del escudero y se volvió á donde estaban las damas. Era muy avanzada la noche cuando se separaron del caballero Negro, y bien entrado el dia, cuando éste despertó de un sueño profundo, producido por las dulces memorias y seguridad del amor que le profesaba la heredera, y por la esperanza del cambio que debia obrarse pronto en la suerte de una persona que le era sumamente querida.

Al atravesar la galería principal, por donde necesariamente debian dirigirse á sus aposentos, Guzman y las señoras sintieron algunos gritos: redoblaron el paso, mas no tardó en herir sus oidos un tristísimo gemido, cual si fuese arrancado por dolorosa agonía. Agarráronse ambas al brazo de Guzman, que las condujo con precaucion y silencio á sus habitaciones, bien que receloso él mismo de algun suceso estraordinario. En el siguiente capítulo verémos, si sus sospechas eran fundadas.

CAPITULO XVI.

En que Raquel pide cuentas á D. Juan de la vida pasada, y el Infante se las dá cumplidas.

Don Juan *el Tuerto* no dormia, cuando Raquel entró en su habitacion. Velaba, entregado á siniestros pensamientos de ódio y venganza, anhelando borrar la sensible afrenta, de que se habia cubierto en el desafío, y apenas reparó en la especie de fantasma que tenia delante. Vestida con el mismo traje que llevaba, cuando el amante de Blanca y su escudero la encontraron en la cocina del castillo de Betoño, iluminadas débilmente sus facciones por el resplandor de moribunda bugía, se apareció la vieja al Infante, antes que éste sintiese el ruido de sus pasos, cual mágico encantador de funesto agüero, que llega precisamente en el crítico momento de ser precisa su intervencion sobrenatural. Al reparar en ella el señor de Vizcaya, dió un grito de terror y se tapó el

Yo soy.... mírame bien.... ¿me conoces?

rostro con la ropa de la cama, permaneciendo de aquel modo largo tiempo con la esperanza de que la vision, pues no creia fuese realidad, se desvaneciera por sí misma: mas notando, al descubrirse, que la bruja, léjos de desaparecer, clavaba sobre él unos ojos saltones, semejantes á los de la culebra de cascabel, cuyas miradas fascinan, túvose por perdido, é imaginó si sería el diablo, que bajo el disfraz de su antigua amante, se presentaba á pedirle cuentas de la vida pasada. Un frio sudor se esparció por su cara, al fijarse en esta idea; sus dientes chocaron con estremecimiento y un espanto convulsivo se apoderó de todos sus miembros.

La hora era á propósito para dar entrada á cabilosas reflexiones, y como la estrafalaria figura de Raquel no contribuia poco á sostener la ilusion, en un cerebro débil y afectado, como el de D. Juan, no dudó ya éste de que el espíritu maligno, se hallaba á cuatro pasos de su lecho.

—Pues bien, murmuró poseido de una especie de valor insensato, independiente de su voluntad; aunque sea el mismo Lucifer en persona, no le temo. Que venga.... que venga; yo prometo enseñarle los dientes.

Y temblaba al mismo tiempo como una tercenaria.

—¡Don Juan....! dijo la vieja con trémula voz.

—¡Qué es eso....! ¡Quien anda por ahí! preguntó el Infante.

Y sacudió un manoplazo sobre la cama, cual si intentase espantar al duende.

—Yo soy, le respondieron. Mírame bien.... ¿Me conoces?

—No por cierto; ni deseos tengo de conocerte. Me dá muy mala espina el que tú sepas mi nombre.

—Hace muchos años que lo aprendí.... tú mismo me lo enseñaste.

—Mientes.... mientes; jamás tuve conversacion contigo y sin duda te has equivocado. Mira: en ese otro aposento está el caballero, á quien vienes buscando. Por mi parte, he dicho ya que no te conozco, y así déjame en paz.

—Sí: yo me iré.... yo me iré, cuando llegue la hora; mas primero es menester que me escuches. En cuanto á lo demás, no te

dé cuidado; ya sé que tú eres el mismo á quien busco; y sino, dime ¿te acuerdas de aquella tarde desastrosa.... de la última que pasamos juntos en Betoño? ¿Te acuerdas de Inés?

—Antes de responderte, me veo obligado á dirigirte yo mismo algunas preguntas. ¿Eres, por ventura, el que acá en este mundo llamamos Diablo, Belcebú ó Príncipe de las tinieblas? Y si lo eres ¿vienes tal vez á anunciarme mi última agonía?

—Ese que has nombrado es muy amigo nuestro, D. Juan; y de mí se valió para hacerte cometer el mayor delito, de todos los que, en el libro de cuentas de los infiernos, figuran contra tí.

—Pues entónces tuya es la culpa, aunque no sé de qué crímen vienes á acusarme.

—Yo no te acuso, no. Los dos somos iguales en perversidad; soy tu cómplice. ¿Me comprendes ahora? Soy tu ángel malo.

—¡*Ave María*....! Ya decia yo que no podias ser cosa buena: apestas á azufre, que trasciendes.

—¡Insensato! No es tiempo este de burlas. Óyeme. ¿Sabes cuantos años he pasado en incesante delirio? ¿Sabes que solo tu vista ha obrado en mí una revolucion espantosa?

Y cogiendo la bugía y acercándose mas al lecho, prosiguió:

—Mírame... mírame. Delante de tus ojos tienes á la compañera de los excesos de tu juventud; á la que puso en tus inmundos brazos una inocente doncella, despues de haber apurado en ellos todos los goces de un adúltero deleite; á la que, por contentarte, envenenó á su esposo.... Mírame.... soy la muger de Ruy-Pero, del antiguo alcaide de Betoño.

—¡Dios mio....! ¡Mari-Juana...!! gritó el Infante, arrojándose fuera del lecho. No puede ser..... ¡Bah....! Ella se abrasó en el incendio del castillo, y con su cadáver se sepultaron las pruebas de mis locuras.

—Así se creyó, pero ya ves que no hubo tal cosa. La misma Mari-Juana te lo asegura, aunque el mundo me haya dado desde entónces el nombre de Raquel, en lugar del que me pusieron en tus dominios de Vizcaya. Sí: aquí me tienes; todavía no he cesado de perseguirte.

—¡Ah! Demasiado lo veo. Tú me precipitaste en un abismo de maldades.... unas siguieron á otras.... Aquella belleza fatal me perdió tambien.

—No.... no; ella era inocente, y tus infames pasiones causaron todo el mal. Tú me amabas, D. Juan, y si te pesa el confesarlo, peor para tí. Tú me amabas, y cuando me casé, ya era vieja en la carrera del vicio.... bien lo sabes. Las puertas de la fortaleza se abrian á tu llegada... Un dia estabas á mis piés.... la ocasion era propicia.... el tálamo nupcial fué manchado con nuestras torpezas. Desde entónces no hubo freno que nos contuviera: nuestras citas se multiplicaron; la impudencia y el desenfreno no conocieron límites, y poco tardamos en formar el designio de deshacernos del único estorbo.

—Cesa, cesa de atormentarme con esas terribles memorias.

—¡Oh! Todavía no.... tengo mucho que decir. Por aquel tiempo sucedió la historia de Inés. Tú la codiciabas, cómo codicia el hambriento lobo á la tímida oveja, y quise vengarme de ambos. Demasiado lo conseguí. ¡Con qué placer escuchabas de mi boca el proyecto, que habia formado para entregártela! ¿No la obligué yo misma á que condescendiese? Pero la mina estaba cargada para aniquilaros; el fuego, que empezaba á consumir el castillo, era obra mia.

—¡Muger perversa! ¿Y tienes valor para confesármelo? ¿Pretendias pues quemarme vivo?

—¿Por qué te asombras? ¿Has probado alguna vez el esquisito dulzor de la venganza? ¿No estaba yo zelosa...? ¿No lo estoy aun...? Sí, D. Juan, y soy capaz de todo. Yo queria abrasarte, abrasar á tu querida y arrojarme tambien á las llamas; pero el diablo lo dispuso de otro modo. Tú escapaste del furor del incendio y llevaste arrastrando á Inés... ¿Adónde la condujiste...? ¿Qué hiciste de ella?

—¡Ah....! Por piedad.... no me recuerdes tan infausto dia.... Véte; déjame sosegar esta noche y mañana hablaremos.

—No; eso no.... Ahora mismo ha de ser, ó nunca. ¡Mañana! Por cierto que es ingeniosa la salida. ¿Sabes lo que será de tí mañana? Pero yo te conozco bien y no me fiaré. Dime.... dime en

qué vino á parar la encantadora Inés.... ¿La arrojaste acaso á uno de los fosos del castillo? Así lo oí decir.

—Y si te cuento lo que pasó ¿me dejarás en paz?

—Otro enemigo implacable te perseguirá, hasta la última hora.

—¿Aun hay mas, bruja condenada? ¿Has publicado á todo el mundo mis secretos? ¿Qué enemigo es ese?

—La conciencia. ¿Te parece poco temible? Pues bien; ella te dirá que eres un malvado, el mayor de los malvados. En vano procurarás negarte á sus punzantes acentos; en vano correrás en pos de los placeres y de la opulencia; en vano te afanarás para adquirir renombre de valiente, para que el espeso velo del olvido cubra tu pasada y bien merecida reputacion.... La conciencia te perseguirá sin descanso; en los banquetes, en los torneos, en el sueño, será fiel acusadora de tus iniquidades. ¿No te ha herido ya bastantes veces con sus afiladas flechas? ¿No has oido jamás una voz interior, que te gritaba: *asesino, traidor; disoluto....?*

—¿Y qué te importa de eso? Para esponer tus quejas, es inútil que te mezcles en asuntos agenos. Dí pues á lo que vienes, y márchate.

—¿A qué vengo? Buena pregunta. ¿No soy Mari-Juana? ¿No soy aquella amante tan querida? Nosotros solo abrigamos un pensamiento; el crímen. Juntos pues debemos vivir siempre, sin separarnos un instante. ¡Qué....! ¿Lo rehusas....? Tiempo hubo sin embargo, en que nada sabias negarme. ¡Ah! Ya sé de donde nacen tus escrúpulos.... crees que al presente no soy tan hermosa ¿eh....? pero no hagas caso.... la belleza dura muy poco; y sino ¿á dónde fué la de Inés?

—¡Otra vez, maldita serpiente con faldas! ¿Piensas que todos en el mundo son tan pícaros como tú? O has olvidado que me llamo D. Juan, y que soy infante y señor de Vizcaya.....

—¿Y por qué tiemblas delante de una muger? ¿Figúraste acaso que yo doblaré la rodilla al escuchar tus títulos? No; tú eres el reo aquí, y yo soy un testigo irrecusable de tus infamias. ¿Quieres oirlas....? Pues vete contando: primera; traidor al Rey.... esto lo sabe todo el mundo: segunda; parricida de intencion.....

—Mentira.... mentira.... ya te pesqué. Mi padre pereció de resultas de sus heridas, en la guerra de Granada.

—Poco á poco: de intencion he dicho, y no hay que alegrarse tanto. ¿No me confiaste el proyecto que abrigabas de asesinar al autor de tus dias, si volvia sano y salvo de aquella guerra, á fin de heredar unos bienes, que ya tardabas en disipar? ¿No propusiste llevarme á un castillo de Vizcaya y casarte conmigo, con tal que yo envenenase á Ruy-Pero? ¿No aprobé yo con frenética alegría tus intenciones? ¿No hice beber á mi marido un licor preparado, que le hizo arrojarse al pozo grande de la fortaleza y desaparecer para siempre? ¿Qué dices ahora?

—Digo que es verdad y que no puedo negarlo: tienes excelente memoria. Prosigue.

—Tercera iniquidad; el abandono en que me dejaste, despues de tu fuga con Inés.

—¿Querias que el fuego me consumiese?

—Eso es lo que jamás te perdonaré. ¿Por qué no me llevaste contigo? ¿Por qué preferiste á la hija de Ruy-Pero?

—Calla, miserable lechuza. ¿Soy acaso tan imbécil, que escoja espinas en vez de rosas? Mas ahora no tienes de qué quejarte: la pobre Inés no pudo resistir á sus lástimas y murió en el camino, al dia siguiente de nuestra salida del alcázar.

—Todo lo comprendo perfectamente. La mataste con alevosia, para ocultar el crímen que acababas de cometer.

—No hay tal, y en todo pensaba yo menos en su muerte. Dios sabe muy bien que mis planes eran llevarla á mis estados de Vizcaya y vivir allí con ella.

—Pues bien; me alegro de que te se aguase la dicha, con que soñabas. Los dos somos iguales y nada tenemos que echarnos en rostro. Si yo envenené á Ruy-Pero, tu asesinaste á Inés.

—Raquel, Mari-Juana, hechicera ó diablo, cualquiera cosa que seas, déjame en paz, si no quieres que me vuelva loco. ¿Cuántas veces he de decirte que yo no la maté? No; mil veces no.... Puedes creerlo. Ella no pudo resistir á las pesadumbres, á lo que llamaba su deshonor, y espiró maldiciendo á los autores de tanto desastre.

—La historia está maravillosamente compuesta, amigo mio, mas

ni por esas me engañas. Yo te conozco, D. Juan, y sé muy bien, que el empeño de atesorar riquezas y la relajacion son para tí razones bastante poderosas, para arrastrarte á cometer toda clase de crímenes.

—¡Infame....! ¡Hija del mismo Satanás....! ¿Cómo te atreves á hablarme así? ¿Ignoras que soy tu señor?

—¿Y á quién, sino á tí, debo yo todas las amarguras, que he sufrido durante doce años?

—¡A mí!

—¿Quién me arrojó al precipicio? ¿Quién me convirtió en esposa atroz, en madre cruel, en amiga perjura y en amante vengativa...? Créeme, D. Juan: recorre una vez siquiera todas tus maldades, tus robos, tus asesinatos y cesa de enojar mas al cielo.... Piensa en que los instantes de tu vida están contados.... aprovéchalos: no te descuides, ni esperes á un tardío arrepentimiento.... tal vez entónces será infructuoso. Llora, llora, infeliz, abundantes lágrimas de dolor sincero, para lavar tus abominables culpas, y pide perdon al rey D. Alfonso de las pérfidas tramas, con que has perturbado la pública tranquilidad y atentado á su vida.

—¿Qué fárrago es ese, vieja infernal?

—No es fárrago.... ¡Oh....! Mucho mas pudiera decirte.....

—¿De dónde sacaste esas nuevas, harpia condenada? ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante historia? Yo no he trastornado el reino, ó si lo hice, no fuí solo, como supones. ¿Por qué no metes en la cuenta á D. Juan Manuel, á los de Haro, al señor de Alburquerque y á la casa de Lara? Pues todos ellos han sido mil veces mas traidores que yo; todos han intrigado contra el Rey. Ya ves que mi armadura es demasiado fuerte y no puedes penetrar por sus escamas.

—Ten en cuenta que todavia no me retiro del campo.

—Ya he respondido á todo.

—Pronto lo veremos.

—Marcha en paz y ocúpate de tus propios asuntos, que yo harto tengo con los mios.

—Sí, es verdad, y más de una vez quisieras olvidarlos, pero

no podrás: una fuerza sobrenatural te los traerá á la memoria, y la hora llegará, no lo dudes, en que maldigas el dia de tu nacimiento.

—¿Has acabado ya, demonio en carne humana?

—No, aun tengo que hacerte una pregunta: una pregunta sola ¿has oido? pero advierte que de tu respuesta pende la única esperanza de salvacion, para tu alma y la mia.

—Habla pues, y si es cosa de la cual pueda satisfacerte, yo prometo hacerlo, con tal empero que despues me dejes en paz.

—Acepto la condicion, y jamás me volveré á presentar delante de tus ojos.

—Muy bien. ¿Qué tienes que preguntarme?

—Don Juan, ¿recuerdas aquella supuesta enfermedad, que hicimos creer á Ruy-Pero, cuando estaba en Vitoria, trece meses habia, sin pisar el castillo? Yo fuí madre, y este secreto quedó sepultado entre nosotros. Dime ahora ¿qué se hizo del fruto de nuestros ilícitos amores? ¿Cuál es su suerte en el dia?

—Lo ignoro. Tú sabes bien que por no causar sospechas en el alcázar, saqué al niño de noche, con intencion de hacerle criar en las inmediaciones de Betoño: efectivamente como te aseguré al siguiente dia, un pastor que vivia con su familia cerca de Arriaga, recibió de mis manos una buena cantidad de oro, bajo juramento de atender á la criatura, que con el tiempo iria yo mismo, ó persona autorizada por mí, á reclamar. Díjele tambien su nombre, mas ciertamente se me ha olvidado, pues pronuncié á la ventura el primero que me ocurrió.

—¡Ah, malvado Infante! Con qué abandono, has mirado tu propia sangre! Pero ¿cómo esperar de tí otra cosa? Nada de cuanto has dicho me satisface, no: es la misma historia que me referiste y que tampoco creí entónces. ¿Piensas que hoy seré mas dócil? No por cierto: mas veamos hasta el fin. ¿Vive, vive en la actualidad ese desgraciado hijo?

—¡Maldecida mil veces! ¿No te aseguré que el pastor, su muger y hasta la cabaña habian desaparecido á los pocos dias? ¿qué mas quieres? Yo tuve precision de hacer, por aquel tiempo, un largo

viage, para recorrer los estados que acababa de heredar por la muerte de mi padre, y en vano practiqué las mayores diligencias en los rincones mas apartados de Navarra, Alava y Vizcaya, con el objeto de averiguar el paradero del niño: nada pude descubrir.

—¿No? está bien.... es lo único que te faltaba para llenar la medida de tus execrables delitos. Muere, pues, asesino de tu propio hijo; muere á manos de Mari-Juana.

Un salto hácia atrás; que dió *el Tuerto* á este tiempo, le libró de la puñalada dirigida á su vientre por Raquel: el cuchillo, en fuerza de la violencia que llevaba, se desprendió de su mano, cogiólo D. Juan, y antes que ella pudiese oponer la menor defensa, se lo clavó muchas veces en el pecho. Cayó la desgraciada y solo profirió un quejido: el Infante contempló largo rato, con estúpida complacencia, las desencajadas facciones de aquella muger, por la cual habia sido iniciado en la carrera del crímen, por quien habia sacrificado su reputacion, y que aun despues de muerta le ponia en apuros, no sabiendo el partido que debia tomar con su cadáver.

La primera luz del dia empezaba á iluminar los altos chapiteles del régio alcázar, cuando una de las ventanas se abrió con el mayor silencio posible: pocos velaban á aquella hora; sin embargo uno de los alabarderos, que estaba de centinela, oyó ruido y afirmó despues que este provenia, al parecer, de la caida de un cuerpo pesado sobre las losas del patio principal; mas no se atrevió á acercarse, temeroso de alguna sorpresa. Dió parte al comandante, quien formó la guardia, empezó un reconocimiento escrupuloso, y al llegar al frente del aposento del infante D. Juan, tropezaron sus piés con un bulto: era el cadáver de Raquel, enteramente desnudo.

Cayó la desgraciada y solo profirió un quejido.

CAPITULO XVII.

De como D. Juan *el Tuerto* sabía echar tierra á sus negocios.

El Rey habia mandado hacer averiguaciones en toda Castilla, para descubrir el paradero de los asesinos de Garci-Laso; mas nada pudo sacarse en limpio: los malvados, dirigidos, al parecer, por un espíritu de venganza, tomaron con tanto acierto sus medidas, que fué imposible dar con ellos, lo que hizo presumir se habian espatriado despues de su delito.

Entónces fué cuando D. Alfonso *el Justiciero* dió una de las mas grandes pruebas de su inflexible carácter, mandando que D. Juan Ramirez, caballero á quien estimaba por su lealtad, fuese públicamente ajusticiado. No le valieron al desgraciado sus nobles prendas, su cuna, ni las poderosas recomendaciones, que se presentaron á su favor.

—«Ha cometido un crímen imperdonable, decia el Rey sus á amigos, y aunque cueste el mayor sentimiento á mi corazon ha de morir.»

Don Juan oyó la sentencia con ánimo sereno, y pagó sobre el patíbulo el asesinato del conde D. Alvar Nuñez Osorio.

No se hablaba en la corte de otra cosa, sino del famoso torneo, sintiendo muchos que el caballero Negro, de cuyo valor todos se hacian lenguas, hubiese perdonado la vida á un hombre tan inquieto y revoltoso como era el Infante: él mismo se arrepentia tambien, pues imaginaba que, mientras ambos viviesen, subsistiria el rencor que se tenian: mas este era un mal ya hecho, que se proponia remediar cuando otra vez pelease con aquel aborrecido enemigo, consolándole la idea de que habiéndole obligado á confesarse vencido, se encontraba en la precision de renunciar por solo esto á todas sus pretensiones tiránicas con respecto á doña Blanca, y ni aun podia salir de Valladolid, sin el beneplácito de su vencedor.

Las heridas de este último no le incomodaron mucho tiempo: necesitaba descanso y despues de la visita nocturna que le hicieron las castellanas de Almazan, reposó algunas horas, llena su fantasía de risueñas imágenes de gloria y amor, sin que al despertar cesase la ilusion, producida por estas dos pasiones, que enteramente dominaban su alma. Recostado en el lecho, ó bien paseándose pensativo por el aposento, entregábase con libertad á la dulce memoria de su adorada Blanca, y maldecia la inaccion en que se hallaba y el encierro forzoso, que le privaba de hablar al Rey, acerca de cuanto mas le interesaba en el mundo. No queria consentir que las posesiones de su amada sirviesen otra vez de pretesto á la codicia de los aduladores del trono, para engrandecerse, como estuvo á pique de suceder en tiempo de la privanza de Garci-Laso y el de Osorio; y á fin de evitar que los mal intencionados favoritos, ó los que, por un exceso mal entendido de fidelidad, hallaban motivos de crítica en los hechos mas inocentes, dirigiesen sus miradas hácia las referidas posesiones, deseaba hablar al Rey y pedirle una ratificacion completa á favor de doña Blanca, de la herencia legítima que su padre le dejára, anulando las anteriores disposiciones

de embargo, que los consejos de sus privados le habian hecho decretar.

Tranquilo su espíritu por las seguridades que el Monarca le diera de su afecto, despues de conferirle la órden de la Banda, feliz y satisfecho de la dicha de la heredera, cuyo afortunado cariño pagaba con todos los transportes del mas indecible amor, nada faltaba al caballero Negro sino presentarse al espléndido banquete, que D. Alfonso hacía preparar en el mas suntuoso salon de palacio, en el cual debian acumularse algunos sucesos inesperados, y que debia concluirse de un modo terrible y sangriento.

El infante D. Juan, con menos motivos de alegria, no podia gozar de tanta tranquilidad. Sus heridas, poco peligrosas, no le causaban inquietud; mas el nuevo crímen con que acababa de echar un velo á otros muchos de su vida pasada, las reconvenciones con que su víctima le abrumó y la muerte alevosa y reciente del primojénito de Salinas le tenian en una ansiedad mortal, que le privaba de todo reposo: otro motivo se añadia á los referidos, para que este depravado magnate no disfrutase un instante de felicidad.

Nadie ignoraba sus crímenes, y desde su Rey hasta el mas oscuro vasallo conocian harto bien el temple de su alma, para esperar se arrepintiese de los infinitos desafueros que habia cometido, no solo contra el estado, sino tambien en perjuicio de inocentes y desvalidos vasallos. Sabía con evidencia que Alfonso XI no le amaba, debiendo únicamente la escasa privanza, de que gozára hasta el primer encuentro del Negro paladin en el puente del Zadorra, al temor y sobresalto que infudia su poder y á las ambiciosas miras, que se le suponian. Temia por lo mismo que, una vez quitada la máscara, despues que doña Blanca rehusó sus proposiciones de matrimonio en el castillo de Almazan, nada le sería dado esperar de la corte de Valladolid, sino desprecios, ó tal vez persecuciones, no teniendo ya quien disculpase ó favoreciese, como antes, sus intrigas.

Don Juan Manuel, de cuya falsa amistad en vano esperó le ayudase á conseguir la posesion de los estados de su hermosa prima, yacía retirado en Portugal, desde que la furia, con que inmoló al

médico-astrólogo Samuel, lo estrañó para siempre de Castilla, manchando la reputacion de su hija la reina doña Constanza con un borron, que el empeño de los mejores historiadores no ha podido todavia destruir, el conde Osorio y Garci-Laso, que lograron del Rey las órdenes necesarias, para despojar á la heredera de las haciendas y castillos, que poseía desde la muerte del infante D. Pedro, acababan de perecer alevosamente; el famoso espía Pero Calvillo travieso en ardides y enviado suyo con mensages importantes para sus amigos, mientras él se reponia de las fatigas, que le ocasionára la inesperada aparicion de su contrario en el patio grande de Almazan, la noche del rapto de Blanca, habia caido tambien en manos de rebeldes convertidos en ladrones, pasando de éstos al poder del caballero Negro, del de éste al de Cañete, del de Cañete al del carcelero de Valladolid, y de la cárcel real á las ramas de un corpulento roble del camino de Cuellar: por colmo de apuros, lamentábase Jucef, ex-tesorero de la corona, tendido en hediondo calabozo de la misma cárcel, causando la desesperacion de su noble protector, que se daba á todos los diablos por saber el paradero de los talegos, que el judío le llevó consigo.

Muy tarde era del dia siguiente al del torneo, y D. Juan *el Tuerto* permanecia en su lecho desvelado. La vigilia de una noche marcada con el asesinato de Raquel ó Mari-Juana, las amargas verdades que ésta le habia dirigido, y que por primera vez llegaron á sus oidos, con el ascendiente de la reconvencion, y el temor, sobre todo, de que se descubriese su villana traicion contra el Rey, que tan funesto resultado tuvo para el desventurado D. Ramiro de Salinas, le privaban de todo sosiego, dando á su fisonomía un aire verdaderamente feroz. Ningun caballero le habia visitado; nadie se informaba del estado de sus heridas, y solo entraban en el aposento que ocupaba, su escudero y un rabino, encargado de los vendages.

Presentóse éste último y quedó sobrecojido, al notar los síntomas espantosos, que espresaban las facciones del herido.

—¿De qué proviene tal variacion? le dijo. ¿Qué nuevo trastorno habeis sufrido? Anoche dejé á vuestra grandeza mas sosegado.

—Ya lo estaré dentro de poco ó iré á juntarme con mis abuelos,

respondió *el Tuerto*. En cuanto á tu ciencia, no la necesito por ahora: mis heridas están cerradas ó no les falta mucho; solo deseo ver á mi criado; el decidirá si debo vivir ó morir. Sobre todo, un caballo bien aparejado en la puerta escusada de palacio.

—El caballo está pronto, segun al salir me dijo el escudero; mas debo advertir á vuestra grandeza, en cumplimiento de mi obligacion, que una carrera os sería al presente sumamente peligrosa. No se enoje vuestra grandeza antes de tiempo; pues solo lo digo, impulsado del vivo interés que.....

—Basta, retírate, porque estas son cosas que no te atañen. Por todos los diablos del infierno, no me faltaba otra cosa sino que ese menguado, que no acaba de venir, me juegue alguna pasada: sobre que estoy tentado de ir en persona.... Sí: estos negocios no se deben fiar á nadie.

Se incorporó al decir esto, y sin duda hubiera volado á consumar por sus propias manos otra obra de iniquidad, si antes de que tuviese tiempo paro salir de la habitacion, no volviese el escudero.

—Estais servido, señor, dijo éste entrando con desenfado: nada se sabrá.

—¿Diste con la casa?

—Algun trabajillo me costó, pero la encontré.

—¿Habia gente?

—Ni una alma; únicamente el mé.....

—¿Quién?

—El hombre que buscaba.

—¿Te han visto entrar?

—No era fácil; me introduje disfrazado con la saya de esa bruja, que anoche arrojásteis por la ventana.

—¿Qué necedades estás ensartando?

—Digo que entré, procurando parecerme á la vieja, que esta mañana se encontró muerta en el patio.

—Nada entiendo de esa historia: adelante.

—Oh! Es una cosa muy corrida hoy por Valladolid, dijo el rabino, mezclándose en la conversacion; y si ella puede distraer algo á vuestra grandeza, yo le contaré todo cuanto he oido, acerca de esa muger, que no era bruja, sino loca rematada.

—No tengo tiempo para ocuparme de semejantes embustes, contestó D. Juan. Sigue, muchacho, y dame cuenta del encargo. ¿Se resistió el hombre á mi regalo?

—¿Soy por ventura tan záfio? ¡Oh! No señor, no; ni me gustan las cosas á la fuerza.

—Acaba pues, que se apura mi paciencia.

—Desde luego conocí que no era fácil determinarle á recibir de grado lo que yo le llevaba, y así dije para mi sayo: paciencia, ello vendrá: en efecto, le hablé de un mensage, que nadie me habia dado para él, pero que yo compuse repentinamente; sobre la mesa habia un cordial, que nuestro hombre habia preparado contra ciertas dolencias de estómago, que segun me dijo padecia, y no me descuidé; saqué del bolsillo el papelito que me disteis, y aprovechando el momento, en que no me miraba, zas.... ya me entendeis.

—¿Bebió el cordial?

—Hasta el fondo de la redoma, y se ha curado para siempre de sus dolores de estómago.

—Es decir, observó el rabino inmutado, que ese hombre ha bebido el regalo de vuestra grandeza. Pero, válgame la sabiduría de Salomon; estoy privando que vuestra grandeza, se entregue al descanso que ha menester, pues ha debido pasar muy mala noche. ¿No es verdad? Adios pues, señor Infante; á la tarde volveré á visitar á vuestra grandeza.

El Infante, por única respuesta, hizo una mueca significativa al escudero, que le comprendió perfectamente: el rabino tambien la entendió, y dijo entre dientes al salir:

—Malvados! no me pillareis; ni seré tan menguado, que me ponga en vuestras manos.

Desde entónces no volvió á palacio, y aun se ocultó cuidadosamente; de modo que si D. Juan intentaba sepultar con él un secreto, que la locuacidad del criado y su impaciencia le hicieran á medias descubrir, no lo consiguió, gracias á que el rabino supo con tiempo evitar el golpe.

El mismo dia pasó D. Lope de Urnizar, justicia mayor de Castilla, á casa del afamado médico, que asistió al primogénito de Sa-

linas en sus últimos instantes, á fin de tomarle declaraciones, sobre la naturaleza de la herida, que arrebatára tan prematuramente á aquel campeon; mas esta parte de sus diligencias quedó frustrada, aumentando las sospechas, que todos tenian, de la mala fé y sanguinaria traicion del Infante.

El médico fué encontrado muerto sobre las esteras, que cubrian el suelo de su aposento: todos los músculos de la cara ofrecian horrorosa contraccion; sus vestidos en el mayor desórden, y rasgados, manifestaban las terribles convulsiones de una muerte violenta: encima de la mesa notaron una pequeña redoma de vidrio vacía; D. Lope la tomó y vió que contenia algunas gotas: inmediatamente dispuso le llevasen un perro; abriéronle la boca, y le introdujeron el cuello de la redoma; no bien el dócil animal hubo gustado aquel brevage, fué acometido de desesperadas convulsiones, que en menos de un cuarto de hora, pusieron fin á sus dias.

Era evidente que el médico de D. Ramiro habia perecido, como éste, envenenado.

CAPITULO XVIII.

El destierro de la Reina.

RANDES preparativos se habian hecho de órden de Alfonso XI en el palacio de Valladolid, para el régio banquete que pensaba dar á la grandeza, y al cual estaban convidados cuantos caballeros hormigueaban por la ciudad.

Iluminado el salon principal por brillantes antorchas y descomunales lámparas de maciza plata, deslumbra los ojos de los mismos palaciegos, que ordenan el festin: presentan las paredes, vestidas de colgaduras de seda con franjas de oro, los blasones de la corona de Castilla, cruzados de infinitas banderas, pendones, lanzas, espadas y castillos.

El artesonado, el techo y aun el pavimento brillan con los distintos colores, que el arte les ha comunicado. Sillones magníficos y

cómodos, cubiertos de floreados damascos, rinconeras de cristal y otros preciosísimos muebles con finos adornos, que representan al vivo la batalla de las Navas de Tolosa, y los heróicos hechos del Cid Campeador D. Rodrigo Diaz de Vivar, rodean el vasto salon, en cuyo centro se eleva magestuosamente prolongada mesa, que se dilata por la espaciosa galería y es capaz de contener doscientos caballeros. Oprímenla esquisitos manjares, sabrosos vinos, almibaradas frutas.... nada falta, de cuanto la mas delicada sensualidad puede apetecer.

De trecho en trecho se ven aparadores suntuosos, llenos de copas de oro y jarrones de cristal, salpicados de preciosas piedras, que despiden chispas de fuego, al resplandor de las antorchas. Un riquísimo dosel, en que sobresale entre todos el color *carmesí* de la órden de la Banda, ocupa la testera de la mesa. Todo el gusto y primor del siglo XIV se ha esmerado en decorar aquel distinguido sitio de un modo digno del Monarca que debe ocuparlo. A ambos lados de este trono se levantan otros dos sitiales, primorosamente engalanados, y es fácil conjeturar que el de la derecha está destinado para la Reina; mas ¿el otro....? era un misterio.

Recorren las galerías, ricamente ataviados, muchos oficiales de palacio, destinados al servicio del banquete. Una escojida música marcial está preparada en espacioso corredor, separado del gran salon por muchas ventanas de alto á bajo, cuyos vidrios de colores resplandecen con mil vasos iluminados.

Pages y donceles sin cuento se pasean, ostentando variados trages y timbres y aguardando la llegada de sus señores; levantan erguida la frente, examinan con jovial curiosidad los objetos mas distantes y todo cautiva su atencion: las alfombras, los espumantes licores, el innumerable conjunto de adornos, las brillantes luces, los primores esparcidos con profusion por todas partes, y que hacen de aquella morada una fantástica mansion de las hadas, arrebata la admiracion, sobrecoje el ánimo, encanta los sentidos.

Jamás Castilla ha visto reunidas tantas riquezas: nunca se regaló el poder con tal boato.

Algunos dias habian pasado despues de la muerte de Raquel, y

el infante D. Juan se hallaba enteramente restablecido: sin embargo, no habia visto al Rey desde el torneo, y ningun caballero se interesaba por su salud; al paso que D. Alfonso, el de Vendaña y otros esclarecidos aventureros, se informaron amistosamente acerca del caballero Negro, haciéndose lenguas de su valeroso ardimiento.

Al mismo tiempo que el Monarca de Castilla queria agasajar cortés y espléndidamente á los guerreros, que la fama del torneo habia reunido en Valladolid, estaba resuelto á dar una terrible prueba, de que el honor y la nobleza de las virtudes heróicas era la senda, que á todo trance intentaba seguir.

Para dar una idea de los caballerescos sentimientos de este gran Rey, mas bien que para colorear con disculpas uno de los actos mas despóticos y menos conocidos en la historia de su vida, no será ocioso manifestar que, desde la lectura del fatal pliego, enviado de Morillas por el señor de Villena, cuando se retiraba á Portugal, dándole parte del asesinato del médico Samuel, que acababa de cometer, por haberlo encontrado, decia «*solazándose con la reina doña Constanza*» se consideraba D. Alfonso deshonrado en cierto modo á sus propios ojos, y disimulando tamaña afrenta, se preparaba á sacudirla públicamente, desechando de su trono y lecho á la perjura esposa, que mancillando su reputacion y la magestad del sólio, se hiciera desde entonces indigna de ocuparlos.

Con todo, la desgraciada era inocente del crímen que su propio padre la imputaba: apariencias fuertes á la verdad habian inducido á éste, á castigar de muerte al único reo, y su despecho, por la conviccion en que estaba de la culpabilidad de doña Constanza, le dictó aquel funesto escrito, que amarguró el corazon de Alfonso y causó la desgracia de la Reina, la cual si bien tachada, y con razon, de traidora, por haber cedido á los pérfidos consejos de don Juan Manuel contra la tranquilidad de Castilla, conservó empero intacta la reputacion, que de un golpe le arrebató el mismo autor de su exaltacion y de su repentina caida.

Las intrigas de un astuto cortesano la encumbraron.... una calumnia la derribó de su mayor altura.

El despego y desabrimiento con que Alfonso la trataba, la poca

fina atencion que merecia á los grandes, y algunas palabras llegadas hasta sus oidos, entre las cuales se susurraba, convento, divorcio, fueron un rayo de luz para la Reina. Observó, pagó espías, siguió los pasos de los consejeros, y no tardó en saber que el merino Garci-Laso y el conde Álvar Nuñez Osorio la eran perjudiciales.

En efecto, estos dos magnates influian mucho en el ánimo del Rey, para que anulase su matrimonio y la encerrase en un claustro.

Sospechaba tambien la Reina del caballero Vendaña, pues á mas de ser su enemigo, no olvidaba la acalorada escena del palacio del *Campillo*, cuando la sublevacion de los amotinados en el convento de Santo Domingo de Vitoria: mas no duró mucho su error, enterándose de que aquel paladin la habia defendido enérgicamente delante del Rey, y de que solo enmudeció, al presentarle éste último un escrito.... era la impostora carta del señor de Villena.

No era doña Constanza una muger vulgar: su desmedido orgullo, que apareció entre la dulzura del carácter mas amable, despues que se vió coronada, no se doblegó á miramientos de ninguna clase. Habia amado al Rey, pero éste, aspirando solo á la gloria, como única pasion capaz de llenar el vacío de su alma, en los dias ardientes de la juventud, participaba poco de los amorosos transportes de su esposa. Ésta gimió al principio, doliéndose del escaso poder de sus atractivos; mas poco á poco se acostumbró á lo que llamaba *indiferencia:* despertóse su vanidad, mal encubierta con las gracias de la beldad, estalló por su parte un esquivo rompimiento, que supo atizar con maña el artificioso D. Juan Manuel, y y en breve no miró á D. Alfonso sino como á un Rey, y un rey tirano, que la habia escogido para blanco de sus desprecios.

Nos hemos permitido esta pequeña digresion, juzgando que si alguno de nuestros lectores busca en semejante obra algo mas que un pasatiempo, no sentirá encontrarla, mayormente cuando los sucesos siguientes la hacen bajo muchos aspectos necesaria.

Llenaban el salon del banquete los caballeros mas afamados de las dos Castillas. Apuestas damas se dejan ver á la entrada de los corredores, que conducen á las habitaciones de la Reina: rompe la

música una marcha guerrera, y adelantándose por la galería don Gonzalo de Mendoza, pronuncia con fuerte voz:

—Caballeros, el Rey.

Colócanse en dos filas todos los guerreros allí reunidos, ábrense de par en par las puertas de la régia sala, y rodeado de brillante corte, se presenta Alfonso XI en trage guerrero. Vivas aclamaciones le acompañan hasta el trono; mas nadie toma asiento despues que él, porque falta la Reina. No se hizo esperar.

Engalanada con el trage mas suntuoso, que las modas del siglo XIV inventaron, adelantábase doña Constanza, seguida de las principales damas castellanas. Riquísimas joyas y pedrería adornaban su cabeza, ceñíale el cuello primorosa cadena, de la cual pendia, sobre su pecho, la imágen del apóstol *Santiago* cercada de perlas, y un cinturon, sembrado de esmeraldas, ajustaba su delicado talle.

Entró en el salon con arrogancia, sin dignarse apenas corresponder á los saludos que los señores la dirigian, y en particular se armaron sus ojos de fiera severidad, al atravesar el grupo que formaban los caballeros de la Banda, cerca del trono del Rey.

Doña María de Almazan, Blanca su hija, Inés de Velasco, Leonor de Urnizar, Matilde de Mendoza, y otras muchas nobles señoras la seguian, recibiendo con amable sonrisa los galantes cumplidos de aquella juventud ilustre, y los elogios del mismo Alfonso. Julio tambien, el bello page de la heredera, seguia los pasos de su señora, y pagaba con dulces sonrisas las caricias de los caballeros.

Un observador notára desde luego, que el Príncipe se habia inmutado á la llegada de las damas, que dirigia sus miradas alternativamente á la Reina y á D. Juan *el Tuerto*, quien mezclado entre la real comitiva, era del número de los convidados, y que al espresar su admiracion y caballeresco rendimiento á la interesante Blanca de Almazan, lo hacía con mas empacho y cortedad que la que naturalmente usaba. Sin embargo, nada tenia de irresoluto su carácter; habia tomado una determinacion y estaba decidido á cumplirla, siendo acaso aquellas señales de frio encogimiento, una consecuencia de los diferentes pensamientos que le agitaban.

A una seña del Rey cesó la música, y un silencio profundo, in-

terrumpido tal cual vez por la llegada de nuevos personages, sucedió á la confusion del primer momento. Todos permanecian en pié, á escepcion de las señoras, que se habian acomodado á ambos lados de la mesa, mas inmediatos al dosel.

Esperaban los caballeros con impaciencia el instante de imitarlas, ya porque incitados con la vista y delicioso olor de los delicados manjares, ansiasen trasladarlos á sus estómagos, (la intemperancia es un vicio, de que nos han dejado bárbaras pruebas nuestros antiguos guerreros;) ya que los atractivos de las seductoras bellezas castellanas les incitasen á aprovecharse de una ocasion propicia al amor, apoderándose de los asientos cercanos, á fin de obsequiarlas y merecer de sus lindos ojuelos, suave y encantadora mirada. Algunos empero quedaron burlados en tan risueñas esperanzas, porque el gran mayordomo de palacio distibuyó los asientos, segun le plugo, y hubo mas de cuatro que, contando alegremente tener á su derecha objetos dignos de su adoracion, tragaron el disgusto de tener que agasajar á un deudo, á un desconocido, quien sabe si á un anciano respetable.

Creemos escusado asegurar que el caballero Negro era uno de los que mas cerca se hallaban de la testera principal de la mesa. Sus últimas hazañas en el torneo, y el afecto del Rey le hacían digno de tal honor, y con todo no estaba contento: y la razon de esto es muy obvia, y no obstante hallará bastantes incrédulos en la sociedad; por ejemplo, un ambicioso, un pleitista, cuyo único deseo es la ruina de su contrario; un sexagenario indiferente; sobre todos, un gastrónomo consumado imaginará que los enamorados pueden muy bien pasarse sin sus hermosuras, al menos el espacio puramente indispensable para engullir una espléndida comida; mas estos señores, dominados por gustos y afecciones totalmente diversas, ignoran ó han olvidado, que el amante amartelado no come, ni bebe, no vé, ni entiende, manteniéndose, cual económico camaleon, del aire balsámico de sus esperanzas y lisongeras ilusiones.

Esto mismo sucedia á nuestro campeon: se encontraba sobre brasas, por verse algo apartado de su adorada Blanca.

—Si este motivo era ó no suficiente para tal descontento, díganlo las hechiceras beldades de nuestros tiempos.

Una voz imperiosa resonó en el salon.

—Caballeros, paladines, nobles todos de Castilla, sentaos, dijo el Rey: doña Constanza de Villena, oidme.

La Reina se puso en pié y D. Alfonso prosiguió:

—Tiempo sobrado he reprimido la justa indignacion, que siempre me inspiraron los perturbadores del reposo público, y sin embargo los he perseguido en todas partes, considerándolos como la mas funesta plaga para mis estados. Muchos permanecen todavía ocultos; pero mi vigilancia los descubrirá y sus cabezas acabarán de afianzar en las Castillas una tranquilidad durable, y necesaria para reprimir las tentativas de los enemigos de la cristiandad, que acosan á mi esclarecido tio, el infante D. Felipe. Con todo, al ver que sus intrigas se han introducido hasta mi persona, íntimamente convencido, de que una persona ilustre, la mas ilustre despues que yo, encumbrada á la mas alta categoría del reino, y que por su deber y sexo se comprometiéra á ser fiel é inseparable imitadora de mis acciones, ha hollado sus juramentos, haciéndose indigna de mi aprecio.... demasiado sabeis, señora, que hablo de V. A.; por esta razon, que no deseo aclarar enteramente, á fin de evitar á V. A. el sonrojo y vergüenza de oir las circunstancias de su delito, he venido, despues de maduro exámen, en tomar la única determinacion que aconsejan el honor del reino y la compasion, que á pesar de tan imperdonable crímen, me inspiran V. A. y mi propio decoro. Declaro por tanto ante Castilla toda, en presencia de vosotros, nobles caballeros aquí reunidos, que mi matrimonio, contraido con doña Constanza, hija del señor de Villena, ahora refugiado en Portugal por rebelde, y á quien confieso deber un señalado servicio, es nulo y queda disuelto desde esta declaracion, autorizada con beneplácito de la Santa Iglesia, que ha hablado por su órgano, el muy ilustre arzobispo de Valladolid. Doña Constanza será remitida á D. Juan Manuel con buena escolta, para su servicio y seguridad de los caminos; mas entre tanto, señor gran mayordomo, conducid á esa señora al convento de las religiosas de Santa Cruz.

—No será sin oirme, exclamó la Reina, pálida de indignacion por tan imprevisto golpe, al paso que todas las damas y caballeros;

por respeto á la imponente escena que se preparaba, se levantaron.

—Es muy escusado, señora, respondió el Rey con cortesía, el deteneros mas sobre un acontecimiento, resuelto ya y sin apelacion. ¿Qué pudiérais alegar? Creo favoreceros y favorecerme, no hablando mas.

—Sí, gritó doña Constanza; mi desgracia estaba decidida hace mucho tiempo, lo sé; pero sin prueba ninguna, que pueda justificar un proceder tan inaudito y bárbaro. Mas yo lo desafío; yo nada temo, ni dejaré de ser reina de Castilla, mientras haya un solo caballero, que sepa defender la inocencia ultrajada.

—¡La inocencia! murmuró Alfonso colérico; sabed, hija orgullosa de un traidor, que vuestra soberbia ha alejado del lado del trono, que habeis ocupado hasta hoy, á todos los buenos y leales caballeros; y si alguno fuére osado..... Andad, señora, obedeced mis órdenes, puesto que no teneis otro remedio.

—¡Cómo no! ¿Y es esta la decantada nobleza é hidalguía castellana? ¿Este es el pundonor, de que tantos se precian? ¡Infames...! ¿Pero, de qué se me acusa? ¿Cuáles son las pruebas alegadas en mi daño? ¿Por qué prevalerse contra mí de la ausencia de mi padre, de mi único defensor?

—Vuestro padre mismo aprueba esta medida. Mirad....

Y la presentó el pliego que le remitió D. Juan Manuel.

—Nada espereis de su proteccion, prosiguió diciendo: os ha abandonado ya como indigna de sus cuidados, pues habeis deshonrado su sangre y.... la mia no, vive Dios, que nunca será tan villana como la vuestra. Habeis merecido la muerte, y que el irritado señor de Villena os atravesase el pecho con la daga, que puso fin á los dias del médico, compañero de vuestros placeres; no empero permita Dios que yo manche mis manos de sangre, en asunto que me atañe personalmente, pudiéndolo componer de otro modo. Iréis á vuestro padre; yo le cedo todos mis derechos, y nada mas quiero entender sobre tan escandalosa aventura.

—Pues bien, replicó doña Constanza con amarga sonrisa; ya que la buena fé se ha desterrado de la corte de Castilla, con mengua de su Rey, ya que el esposo que debiéra protegerme, contra

tan ridículas é infames calumnias, me desecha, valiéndose de un horrible pretesto, para romper los sagrados vínculos que su humor inconstante desprecia y mira como pasados, sepa este tirano Príncipe, que no caigo sin vengarme. No, D. Alfonso; celosa de mi reputacion y seguridad, he descubierto los inícuos planes de vuestros famosos consejeros, de aquellos que adulaban las pasiones de un dueño complaciente, hasta el estremo de avenirse á sacrificar á una esposa, una reina..... ¿Qué ha sido del Merino Mayor y del primer Conde de Castilla? Creo haber oido que el primero ha sido asesinado en Soria; en cuanto al otro, hable por mí D. Juan Ramirez desde el patíbulo.

—¡Qué osais pronunciar! ¿Vais á descubrirme un nuevo atentado?

—No: un acto de venganza.

—¿Quién? ¿Vos?

—Yo, yo misma. ¿De qué os asombrais? ¿No puedo vengarme de los infames, que han desgarrado mi corazon? ¿No será de hoy mas infamado mi nombre, merced á sus imposturas?

—Vuestro padre mismo....

—¡Maldicion á mi padre! Si aquí le tuviera, tal vez no fuera poderosa á contener mi justo furor. Sabedlo pues, arrogantes caballeros: esos viles calumniadores no han sido alevosamente asesinados por bandidos; yo armé el brazo de D. Juan Ramirez contra Alvar nuñez Osorio, y entregué á Garci-Laso en manos seguras y deseosas de vengarme. Ahora, rey de Castilla, estoy pronta á cumplir vuestro despótico destierro.

El terror que se apoderó de todos los circunstantes, al escuchar esta declaracion, ahogó el sentimiento y compasiva piedad, que la mala suerte de la Reina les ocasionára al principio. Muchos se habian propuesto suplicar al Rey la perdonase, y aun hubo algunos que avanzaron un paso, dispuestos á sufrir el primer arranque de su enojo, con tal de lograr el restablecimiento de doña Constanza en su gracia; pero se detuvieron poseidos de terror, al oir las últimas palabras de ésta, y la descarada altivéz, con que se publicaba la autora de los dos asesinatos, cuyos perpetradores costaba infinitas vigilias descubrir á D. Lope de Urnizar.

Sola pues, abandonada quedó la hija de D. Juan Manuel, en medio de una corte cuajada de guerreros llenos de honor, y para quienes la mirada de una beldad era precepto sagrado, que les impulsaba á los mayores peligros. Las damas se apartaron de ella con espanto, pues si bien admiraban la fortaleza y despejo, con que respondió al Rey, luego que la reconocieron culpable de un crímen repugnante á la misma naturaleza, y tan ageno de la dulzura que constituye el mas preciado carácter de su sexo, la miraron con manifiesta aversion, considerándose envilecidas, en el mero hecho de hacerla compañia por mas tiempo. Al notar estas muestras nada equívocas del desprecio é indignacion general que inspiraba, atravesó el salon, despues de lanzar al Rey una de aquellas miradas, que parecen decir, *nada es capaz de humillarme*, y seguida del gran mayordomo de palacio, se trasladó en el mismo instante al convento de Santa Cruz, sitio de reclusion, que solo ocupó cuatro dias, pues el quinto fué conducida con buena escolta hasta la raya de Portugal, y entregada á su padre, quien la encerró en un castillo perteneciente á D. Juan Alonso de Alburquerque.

CAPITULO XIX.

En el cual se observa el mal aspecto que presentaban los negocios del infante D. Juan.

oncluida tan estraña escena, que jamás tuvo semejante en ningun reinado de los antepasados de Alfonso, éste se sentó, cuyo ejemplo seguido por toda la corte, dió principio el banquete, cual si ninguna circunstancia lo hubiese retardado. El Rey, que no habia procedido en aquel delicado asunto por un rapto de ligereza, sino que despues de largas meditaciones solo ejecutára lo que creyó convenir á su ultrajada dignidad, fué el primero á hacer desaparecer en la mesa un respetuoso encogimiento, que se apoderaba de la mayor parte de los ánimos. Mostróse alegre y servicial con las damas, alentó á los caballeros, incitándoles á acometer las viandas sin reparo, atendió él mismo á que nadie pudiese resentirse de haber sido poco obsequiado; en una palabra, supo lle-

nar tan cumplidamente los deberes de amo espléndido y generoso, que la tristeza huyó á esconderse, por último, entre los mas ocultos pliegues de algunos corazones, adictos en muy corto número á la desventurada doña Constanza.

—Todavía les preparo otra sorpresa, dijo el Rey en voz baja á D. Lope de Vendaña: aguardo empero á que se desocupen algunos frascos, porque no me achaquen haberles traido aquí, para matarlos de sed.

No era fácil que esto sucediese, porque los vasos cruzaban ya en todas direcciones con rapidéz. Las costumbres antiguas, que en todo se resentian de una ignorante franqueza, mal encubierta por el portentoso velo de la civilizacion, que debia tardar aun muchos años en empezar á descorrerse, tenian mas particularmente en los festines y grandes reuniones un carácter marcado de grosería, entendiéndose esta palabra, no precisamente en cuanto al modo de pensar entónces, sino á los medios de que se servian para indicar las afecciones particulares de cada individuo.

Comer á destajo y beber con profusion, eran dos cosas indispensables para unos hombres, que pasaban mas de la mitad de su vida á caballo, desafiando enemigos y recorriendo aventuras, y se miraban tambien como dos prendas, que indicaban cortesanía y agradecimiento á la hospitalidad ó al agasajo: ellos no lo pensaban tal vez, pero lo hacian. Un caballero de nuestros dias, sentado al frente de almibarada marquesa, es preciso que se considere con mas miramientos y atenciones que llenar, que si asistiese á la mayor ceremonia; todo en él está sujeto á las reglas estrechas de la etiqueta. El modo de desdoblar la servilleta, partir el pan, hacer plato á las señoras y prevenir sus pequeños melindres, constituyen un curso de estudios importantísimo entre los elegantes; sobre todo, beber muy poco, aunque despues se desquiten á sus anchuras en el café, comer lo puramente preciso para indicar que se come, á pesar de que las cavidades del estómago se resientan de tan forzada abstinencia, al olor de prohibidos guisados; hablar mucho de noticias interesantes y de modas; poner en las nubes á una famosa *Soprano*, que no ha desplegado los lábios en el teatro, pero que

acaba de llegar de Italia y sin duda alguna hará furor; revolver cabeza abajo la política de un reino entero; hacer el amor, sirviéndonos de esta frase traspirináica, admitida en las concurrencias de alto tono; hé aquí el *non plus ultra* de la civilizacion moderna, el espejo de la juventud ilustrada, la brillante perspectiva de los admirables adelantos del siglo XIX.

Es evidente que los usos del XIV estaban en directa oposicion, y sin querer argüir ni menos declarar á cual de los dos damos la preferencia; pues nos consideramos parte interesada, nuestra única mira se dirige á hacer creer al lector que los antiguos guerreros castellanos han sido muy imperfectamente trazados en algunos libros, que corren impresos, en los cuales se les pinta generalmente semejantes á los ángeles, es decir, dotados de todas las virtudes é incapaces de abrigar el menor vicio. Sin embargo, por mas que algunos escritores se empeñen en lo contrario, eran hombres de carne y hueso como nosotros, y sujetos del propio modo á las flaquezas de la miseria humana. No hay duda; sus buenas obras aventajaban á las nuestras, puesto que los mas defendian la inocencia y la justicia; pero sus delitos, sus arrebatos de furor escedian á los de los mas iracundos criminales modernos, cuanto las tinieblas aventajan en oscuridad al resplandor del dia.

Repetir que aquellos paladines comian mucho, segun lo requerian las fatigas á que se entregaban de contínuo, es por demás, pues ya queda insinuado; y limitándonos al régio banquete de Valladolid, podemos asegurar que antes de concluirse, habia mas de una cabeza, que diera muchas veces la vuelta al mundo.

Otro esforzado grito del Rey, semejante al que anunció el destierro de doña Constanza, resonó en todos los ángulos del salon principal.

—Silencio, silencio, clamaron sesenta voces á un tiempo.

—Silencio, repetian de los mas apartados estremos de la mesa; el Rey quiere hablar.

—Oigamos, decian unos, cesad ya de chocar estos frascos que nada contienen, ó mas bien, mandad que se llenen de nuevo.

Don Alfonso se levantó, y el caballero de Vendaña, atravesando

la galería, logró con trabajo apagar el prolongado susurro, que de las otras mesas llegaba al salon, cual impertinente zumbido de numeroso enjambre de mosquitos.

—Ya habeis visto, grandes señores, ilustres damas, nobles caballeros aquí reunidos, dijo luego que se restableció el órden, la firmeza con que he sabido castigar los crímenes cometidos contra el estado y mi propia persona. El cielo ha coronado mis proyectos, y merced á la fidelidad de los guerreros que estoy mirando, muy pocos traidores abrigan al presente las ciudades de Castilla. La clemencia, la justicia de mi brazo han hecho entrar en su deber á los malcontentos, y sin embargo hay una llaga descubierta, que es necesario se cierre á toda costa. Infante D. Juan, Señor de Vizcaya, á vos me dirijo.

Levantóse *el Tuerto*, y cuantos pusieron en él los ojos, se horrorizaron al examinar la mortal palidéz de su rostro.

El Rey prosiguió:

—Pensad bien lo que vais á decirme, pues de este paso depende tal vez vuestra fortuna ó vuestra desgracia. La situacion dichosa del reino me permite al fin llevar la guerra contra mis enemigos de Andalucía, y estoy resuelto á aprovechar los momentos, para caer de improviso sobre los únicos, con quienes vivamente deseo romper lanzas. Así, D. Juan, respondedme sin rodeos. ¿Me seguiréis á batallar contra los moros?

—Señor, sí, respondió éste; contra los moros, y contra cualquier enemigo vuestro.

—Recuerdo, observó Alfonso, que esto mismo ó muy semejante cosa me prometísteis, cuando salí de aquí mismo para Vitoria.

—Y lo cumplí, señor y mi Rey, replicó D. Juan con serenidad. Os he seguido á aquella ciudad.

—Sí; para maquinar mas á vuestro salvo, contra mi vida; para amotinar una turba de miserables aldeanos; para huir despues de mi justo resentimiento. ¿Para esto me seguísteis, D. Juan?

—No olvide V. A., señor, que si me hallo en Valladolid es bajo el sagrado de la promesa solemne de V. A., de respetar en mí su propia sangre, y la calidad de enemigo, desafiado por un caballero de la corte.

—Esa promesa, que por cierto no hay necesidad de recordármela, ha sido cumplida mejor que todas las que vos habeis dado en el discurso de vuestra vida. Os hice venir, jurando no haceros daño alguno, para que cumpliéseis el desafío pactado con el caballero de las armas negras en el puente del Zadorra; de lo contrario, os declaraba rebelde, proscripto de mis reinos y sujeto, como el mas vil de mis vasallos sublevados, al castigo de las leyes. Vinísteis, y vos sabeis si os recibí con agrado: os mostrásteis arrepentido de lo pasado, y me hallé muy cerca de perdonaros, de restituiros mi real confianza. ¿Por qué no lo he hecho ya.....? Señor Infante, miradme ahora bien; os lo pido, os lo mando. ¿Habeis desmerecido, por vuestros hechos posteriores, la buena disposicion en que me encontraba respecto á vos? ¿Nada os dice vuestro corazon? Hablad.

—Bien sabido es, contestó el señor de Vizcaya sin vacilar, que desde el dia del torneo no he dejado un solo instante el aposento, que V. A. se dignó ofrecerme para residencia. Mis heridas me han ocupado lo suficiente, y no me han permitido pensar en cosa alguna, dado que mis intenciones fuesen otras. Ignoro, por tanto, el objeto de las preguntas de V. A.

—Está bien: mas en ese desdichado torneo, que me ha arrebatado dos intrépidos y leales caballeros..... no os culpo, valiente desconocido del puente, no os culpo y vive Dios que yo mismo arrancára la lengua al que negase, que matásteis á D. Diego de Toledo á fuer de ley y no á sabiendas de indigna traicion; pero repito, en ese torneo, señor Infante, ¿nada hicíste contra lo mandado? ¿Os habeis portado como caballero ó como asesino?

—Ahora veo lo que V. A. desea recordar; mas confío que despues de oirme, formará mejor opinion de mis hidalgos sentimientos. Es muy cierto que, equivocado por la armadura, entre la confusion de los primeros lances, sostenidos por los cuatro aventureros, que nos presentámos en la liza, contra los mantenedores, acometí con poca prevision á V. A., dejando libre á D. Ramiro de Salinas, mi verdadero contrario; y solo despues que me ví acosado por él y por el caballero Negro, quien sin duda olvidó entónces que le estaba

prohibido pelear conmigo hasta el dia siguiente, conocí mi error y renové la lid con el primero, derribándole en tierra. Creo tener motivos de queja con el de la negra armadura, pues me atacó violando las leyes del torneo.

—Y os hizo medir la tierra dos veces en un dia, y otro en Almazan, le replicó el señor de Vendaña.

—No es eso, D. Lope, no es eso, gritó el Rey; por Santiago, que nadie me interrumpa: dejadme solo con el Infante y despues podreis hablar cuanto os diere la gana. ¿Sabeis, D. Juan, que D. Ramiro ha muerto?

—Así lo he oido.... dicen que del porrazo que recibió al caer.

—No, sino de la herida hecha por vuestra lanza.

—Confieso que el golpe fué certero, murmuró *el Tuerto* con maligno descaro; pero el hierro no pudo penetrar mucho.... es increible. La menor de mis heridas, recibidas el mismo dia, fué mas profunda, y héme aquí bueno y sano. Sin duda hubo de abrirse la cabeza al arrojarle el caballo.

—No, D. Juan, esclamó Alfonso con ira: vos sabeis muy bien cómo y por qué ha perecido tan completo caballero: yo no lo ignoro, y si la muerte del médico que vendó su herida me priva de auténticas pruebas, ella misma es una y.... no faltan otras.... por ejemplo, la confesion del mismo primogénito de Salinas antes de espirar.... ¿Qué decís á esto, señor campeon de las armas negras?

—Es la verdad, señor, respondió éste. Yo escuché las últimas palabras de aquel buen caballero, y supe la causa de su terrible fin. Recordad empero que el infante D. Juan está sujeto á mis mandatos, por cuanto le he vencido, y mis palabras, pronunciadas para acriminar su conducta, deben parecer sospechosas. Además de lo dicho, la sagrada órden de caballería que profeso me prohibe abusar de las ventajas, que me proporciona su poco segura situacion, y sería yo el mas vil, el mas infame, el mas.....

—Detenéos.... no prosigais, le interrumpió el Rey; declarad únicamente que dais permiso á vuestro prisionero, para que me acompañe á Andalucía.

Y observando que el caballero Negro callaba, añadió:

—¡Cómo...! ¿Vacilais...? ¿Me rehusareis esta gracia....? ¿Quereis dejar al Infante en Castilla, para que se rebele de nuevo en nuestra ausencia?

—Señor, no; nada os rehuso, contestó el jóven paladin; mas permitid os advierta que me pedís una gracia, sin haberme otorgado dos, que me ofrecísteis hace bastantes dias. ¿Y cómo yo mismo pudiera disponer de las acciones del señor de Vizcaya, antes de saber si debo vivir en la corte con seguridad, ó si me veré precisado á buscar un asilo en reinos estrangeros?

—Por el cielo, que teneis razon, no en cuanto á ese receló manifestado tan fuera de oportunidad, pues yo quisiera ver quién os impedia guardar mi lado en todo tiempo, sino respecto á la concesion de las mercedes que me pedísteis. Desde ahora las otorgo, y así.... declaradlas. ¿Qué solicitais de mi eterno agradecimiento? Recuerdo ahora, aunque algo confusamente, que me digísteis os incitaba á vuestras demandas la tranquilidad del reino y el honor de mi corona.

—Sí, repuso el Negro. Juro por la órden esclarecida de la Banda, que solo esos motivos me estimulan.

Y adelantándose respetuosamente hácia el Rey, puso una rodilla en tierra y prosiguió en voz alta:

—Oid, poderoso Príncipe de Castilla, pues ha llegado el instante de descubrirme. Antes de todo exijo que no se crea Vuestra Alteza obligado, por sus repetidos ofrecimientos, á satisfacer mis demandas, si ellas son tales que causen el menor disgusto á Vuestra Alteza. Pido lo primero; un olvido eterno de todos los enojos, que mi familia y principalmente mi ilustre padre han ocasionado al trono de Castilla; un generoso perdon, señor; una acogida favorable á dos desterrados, á dos proscriptos; cuya esclarecida nobleza acabará de afianzar la pública tranquilidad, y que si han tomado alguna parte en los últimos trastornos del reino, ha sido en vuestro pró y defensa. Lo segundo; que mande revocar Vuestra Alteza, cumpliendo un acto de verdadera justicia, todas las órdenes, que, impulsado por perniciosos y traidores consejeros, hubiere espedido contra la legítima sucesion de doña Blanca de Almazan á los esta-

dos del malogrado infante D. Pedro, confirmando á su heredera en la legítima posesion de los señoríos de Almazan y Alcocer, y renunciando por vuestra parte á todo derecho sobre ellos. Estas son mis peticiones, Rey de Castilla, y aguardo la decision de Vuestra Alteza.

—Jóven estraordinario, contestó D. Alfonso; acabas de echarme en cara una injusticia, una falta grave que deseo reparar, y que soy disculpable en haberla cometido, por cuanto algunos ocultos enemigos de la noble infanta doña María, me hacian creer lo que despues he visto que era impracticable. Acercaos, señora; y vos, bella doña Blanca, no desdeñeis la pública demostracion de amistad durable, que os ofrece el Rey de Castilla. Yo dispuse reservadamente la ocupacion de vuestras villas y fortalezas, por contener las ambiciosas miras de ese señor de Vizcaya, quien abrigaba el proyecto de hacerse fuerte en ellas, por medio de una union, que yo no podia aprobar; y ahora bendigo al cielo, porque las revueltas intestinas impidiesen llevar á efecto mis mandatos: mas protesto, señoras, que aunque estuviesen vuestras posesiones guardadas por todo un ejército castellano, lo hiciéra retirar y os entregára las llaves. Tambien he sabido que D. Juan solicitó vuestra mano, hermosa heredera, poniendo á vuestros piés sus estados de Vizcaya, y por mis espuelas..., es preciso que la respuesta que le disteis se añada á los timbres de vuestras armas. Confirmo pues la posesion de doña Blanca de Almazan á la legítima herencia de mi desgraciado deudo, el infante D. Pedro, y os concedo que debajo de su escudo se lean estas palabras:

Mi corazon rehusa una alianza, que servirá de pretesto al Rey para declararme la guerra.

Tomó entónces por las manos á las dos damas, y conduciéndolas, con respetuosa cortesanía, hasta los primorosos sitiales colocados á ambos lados del trono, las hizo acatamiento, rindiendo público homenage *á la virtud y á la hermosura*, cuyo ejemplo imitó toda la córte, resonando por el salon repetidos aplausos, entre los que no dejaron de mezclarse algunas maldiciones, pronunciadas en tono bajo por D. Juan *el Tuerto*.

—Una de tus peticiones está concedida, dijo el Rey al caballero *Negro*, luego que el último de los asistentes hubo felicitado á las damas; pero juro por todas las joyas de mi corona, que no entiendo un ápice de la primera, que me has dirigido. Exiges el perdon de tu padre, á quien no conozco, y me hablas de quejas que tengo contra los tuyos, como si yo fuera nigromante para adivinar por una sola palabra, tan enmarañado negocio.

—Séame permitido, respondió el Negro, que mi padre tenga entrada ante V. A., y esas dudas quedarán desvanecidas al punto.

—Hágase, segun deseas; venga al instante, pues mi curiosidad corre parejas con el anhelo que me anima de mostrarte mi gratitud.

Salió del régio salon el dichoso amante de Blanca, despues de haber escuchado las últimas palabras del Rey, atravesó la galería grande, bajó de tres saltos los escalones, y á poco rato volvió á presentarse delante del trono, seguido de Guzman, á quien todos en Valladolid conocian por el campanero de San María de Vitoria.

Su presencia y el grosero trage que le cubria, y que resaltaba mas al contacto de las ricas galas y costosísimos adornos de los caballeros, excitaron en estos un murmullo de indignacion, y muchos que acababan de estrechar afectuosamente las manos del negro paladin, cuando salia del salon, volvieron los ojos hácia otra parte por no corresponder á sus atenciones.

—¡El hijo de un miserable sepulturero tiene la osadía de mezclarse con la primera nobleza del reino....! decian algunos en voz baja. Esto es deshonroso y tal atrevimiento merece castigo.

Guzman se adelantó despacio, pero sin correrse ni dar á entender que reconocia encontrarse en esfera superior á la suya; saludó á las señoras de Almazan, que le correspondieron atentamente, y descubriendo su blanca y respetable cabeza, hincó la rodilla en el recamado almohadon, que se veia á los piés del trono.

Agrupáronse alrededor todos los magnates que pudieron, á fin de presenciar mas inmediatos la curiosa escena, que en su opinion

se preparaba, y resueltos á secundar el enojo de Alfonso XI, á quien desde luego suponian irritadísimo y preparado á descargar sus iras contra los insolentes, que así faltaban al acatamiento debido á la majestad.

Pronto empero se desengañaron, viéndose en la dura precision de avergonzarse de sus sospechas injuriosas y reconociendo que el nuevo campeon de la Banda no habia entrado en tan esclarida órden para envilecerla.

CAPITULO XX.

En que se trata del empeño con que el Rey y el Infante se disputaban la misma presa.

UESTROS lectores deben acordarse de la desesperada situacion, en que hemos dejado al almojarife Jucef. El calabozo del espía Pero Calvillo, le servia de prision, desde que la buena maña del forzudo alcaide de la cárcel real de Valladolid, acertó á sustraerle de las feroces uñas de la loca Raquel, no sin haber dejado entre ellas los plateados vellones de su poblada barba.

El pobre judío revolvia en su turbada imaginacion todas las sentencias de los libros del antiguo testamento, con el único y laudable fin de encontrar algun alivio á sus dolores físicos y morales. Martirizábanle los primeros horriblemente el rostro; pero los segundos acongojaban su espíritu, por el recuerdo de las traiciones que habia cometido, y por la perspectiva del castigo terrible que le

aguardaba. Casi puede asegurarse que este pensamiento consiguió adormecer, á fuerza de fijarse en su mente, el vivo escozor que sentia en sus mejillas desolladas, porque habia estudiado perfectamente el carácter del rey D. Alfonso, y estaba persuadido de que éste no admitiria como escusas, para atenuar el rigor de su justa venganza, la brutal conducta del infante D. Juan.

—No; exclamaba lleno de terror; no me perdonará el Rey la pérdida de sus tesoros, ni me salvarán la vida todos los juramentos que haga, asegurando que los entregué á ese malvado señor de Vizcaya. El me ha metido en este mal paso.... sin su encuentro, cuando me llevó por fuerza al convento de Santo Domingo de Vitoria, no me veria encerrado y herido como me veo. ¡Ah! ¿No tuve que rescatar mi vida de sus inmundas garras, á costa de esos malditos tesoros....? Afortunadamente para ellos y para mí, llegó en buen hora al castillo de Almazan el de las armas negras.... aquella refriega espantosa del patio me salvó, para que cayése poco despues en poder de los infames maceros.... ¡Oh! Excelente idea tuve al depositar en parage seguro....

Aquí llegaba de su soliloquio, cuando abriéndose de par en par la puerta del encierro, se presentó á su vista el Justicia Mayor del Rey.

—¡Dios de las doce tribus! gritó Jucef al examinarle. ¿Venís á notificarme la sentencia de muerte?

—Serénate, infeliz, le dijo D. Lope de Urnizar; vengo á salvarte.

—¡A salvarme! repitió el judío fuera de sí.

Y fué tan grande la impresion de insensata alegría, que le causaron las palabras que acababa de oir, que se arrojó, sollozando como un niño, á los piés del Justicia Mayor; se los besó una y muchas veces y luego se rió á carcajadas, como si realmente hubiera perdido el juicio, diciendo con acento tembloroso:

—Bendito seais, caballero.... por la buena nueva.... que me traeis.... ¡Ah....! Os aseguro que he pasado el Mar Rojo.... Pero ahora triunfa Israel del impío Amalecita.... ¿No es verdad....? Vá á proclamarse mi inocencia, y ese bárbaro Filisteo, ese Infante,

que ofrece sacrificios á Belial y á todos los ídolos, se verá confundido, anonadado por el brazo justiciero de Jehová.... ¿No es esto lo que he oido de vuestros lábios....? ¿No habeis dicho que venís á salvarme.

—Sí; lo he dicho, replicó D. Lope; mas atiéndeme bien; tu salvacion depende de tus declaraciones.

—¡De mis declaraciones! murmuró el judío palideciendo. ¿Y qué ha de declarar un miserable como yo?

—La verdad.... y nada mas que la verdad. El Rey te perdona; pero con la espresa condicion de que me descubras el paradero de los tesoros que robaste.

—¡Misericordia....! ¡Piedad....! Todos son unos.... todos acusan al pobre judío de los crímenes, que otros han perpetrado.... ¡Robar yo los tesoros de la corona, cuando mi único afan era salvarlos de la rapiña del infante D. Juan y de la del conde Osorio!

—Razon de peso es la que espones, para que yo crea que conoces el sitio....

—¿Cómo suponeis semejante cosa, ilustre D. Lope? ¿Con que yo he de saber forzosamente el paraje, en que los tiene ocultos ese enemigo encarnizado del Rey y de mi tranquilidad?

—¿Pues no acabas de confesar....

—¿Que yo saqué los tesoros de las arcas reales, para ponerlos á buen recaudo? Nada mas cierto.... Temia las asechanzas del Infante....

—¿Y á dónde los condujiste....?

—¡Oh! Yo os lo contaré todo, para probaros mi inocencia.... El infante D. Juan....

—Dejemos al Infante á un lado, pues no juzgo ahora sus traiciones, sino las tuyas.

—¡Las mias....! ¡Las mias....! ¡Desventurado Jucef! Hé aquí á lo que has venido á parar.

—No perdamos tiempo; háblame de los tesoros.

—Pues si no iba á hablaros de otra cosa.... Sabed que el Infante....

—¡Otra vez con la misma cantinela....! En verdad te digo que hoy estás muy á mal con tu vida.

—Sin duda quereis chancearos, magnánimo D. Lope.... Sí; demasiado conoceis que mi vida no corre el menor peligro, porque siempre he sido fiel á D. Alfonso.

—Pruébalo ahora, manifestándo lisa y llanamente el escondite que guarda los tesoros robados. De lo contrario, tú mismo te condenas, ya que juras haberlos sacado de Vitoria, por servir mejor al Rey.

—Lo juro.... lo juro.... y lo juraré mientras viva.

—¿En dónde están pues? El Rey los reclama.

—¡Por las tablas de Moises! ¿No os he puesto delante de los ojos, como dos y dos son cuatro, que el Infante....

—No has hecho mas que nombrar al señor de Vizcaya. ¿Pero qué tiene que ver su nombre con los tesoros?

—Hé ahí vuestra obcecacion.... ¿Con que nada tiene que ver? ¿Y si D. Juan los robó?

—¿No los sacaste tú de las arcas?

—Sí; noble D. Lope, sí; yo los saqué, pero el maldito Infante que estaba en acecho, porque tiene pacto con Belcebú, me sorprendió con las mulas cargadas de oro y me condujo á un hediondo subterráneo del convento de Santo Domingo.... ¡Dios de Sion y de Judá! Todavía se estremecen mis carnes, con el recuerdo de la tortura que me aplicaron sus satélites....

—Supuesto que ya se habia apoderado del oro ¿para qué te martirizaba?

—Para.... para.... ¿ignorais, D. Lope, que la malignidad del Infante le aconseja ser cruel? Los dolores agenos son para su alma feroz un manantial de placeres.

—El infante D. Juan no se hallaba entónces en situacion de recrear su ánimo, atormentando á un judío. Algo se propuso.

—No hay duda, D. Lope, no hay duda, y admiro vuestra sagacidad y sábia penetracion. Se propuso castigar, martirizándome, la resistencia que opuse á su inícuo proyecto, de apoderarse de los tesoros del Rey.

—¿Por qué no se los entregaste, ya que no podías hacer otra cosa, avisando en seguida al Rey?

—¿Y cómo hacerlo en mi apurada situacion? Don Juan me obligó á que le siguiéra....

—Mientes, judío.....

—Creedme, esclarecido D. Lope.

—Mientes..... mientes.... Don Juan te trajo á Valladolid y aquí te dejó con su escudero, encaminándose él á la frontera de Aragon. ¿Por qué no huíste entónces?

—Era imposible.... el escudero....

—El escudero sería algun imbécil, como lo son todos los escuderos del mundo, y tú estás acostumbrado á engañar á otras gentes mas avisadas. Además ¿quién te impedia reclamar en Valladolid el favor de la justicia del Rey?

—Bien fáciles os parecen todas esas cosas; mas no contais para nada con la perturbacion de mi ánimo.... ¡Qué dias, qué horas, qué instantes tan crueles....!

—Vamos, Jucef.... demasiado sabes que comprendo perfectamente tu negocio. Despues de haber robado las preciosísimas alhajas del tesoro del Rey, no pudiste mirar con indiferencia que pasasen á manos del codicioso señor de Vizcaya; mas como su proteccion aseguraba tu fuga de Castilla, procuraste burlar su confianza en la primera ocasion favorable, siguiéndole entre tanto.....

—Pero os protesto por todos los patriarcas de Israel.....

—Calla. En esta ciudad redujiste las alhajas á oro....

—Así lo mandó el Infante, á quien Dios confunda....

—Y acompañado de su escudero, pasaste á Aragon. ¿Qué hicíste allí?

—Allí.... allí.... ese maldecido *Tuerto* me arrastró consigo hasta la fortaleza de Almazan. ¿A qué fin he de negarlo?

—Y en Almazan asiste por los cabellos la ocasion, que te deparó tu buena fortuna, para escaparte con las riquezas, que D. Juan destinaba á sus placeres é intrigas.

—¡Don Lope....! ¡Magnífico D. Lope....!

—Abandona esos aspavientos y exclamaciones intempestivas, que nada hacen al caso, y responde, cual si fueses á morir, á mi primera pregunta. ¿Qué has hecho del tesoro del Rey?

—Os juro mil veces que salí de Almazan sin un escudo y con peligro de mi vida.

—Jucef, nunca la has tenido en tanto aprieto como ahora. ¿Imaginas que puede librarte de la horca tu empeño de aparecer inocente? He dicho ya que tu perdon....

—¡Mi perdon....! ¡Mi perdon....! murmuraba sollozando el miserable hebreo, sin dejar de retorcerse las manos desesperadamente. Lo que intentan es arrancarme el secreto, apoderarse, como don Juan, de ese tesoro que tantas lágrimas y penalidades me cuesta, y disponer luego que me ahorquen, en nombre y por mandato de D. Alfonso. ¿Y he de entregarles yo mismo lo que constituye mi alma y mi felicidad? ¡Oh! Lo mismo ha de ser de un modo que de otro. Me despojarán primero y despues... despues me sacarán para la horca.... ¿Qué piedad puede inspirarles un pobre judío como yo, caido de la gracia del Rey.....? ¡Ah! Un rayo de luz ilumina mi entendimiento.... El Rey y sus magnates necesitan á todo trance ese tesoro, escondido por mí en las entrañas de la tierra.... Si me ahorcan ¿quién lo pondrá en su poder....? No me ahorcarán.... no me ahorcarán....

Don Lope de Urnizar observaba á Jucef, y aunque no oia sus razones, adivinaba sus pensamientos. Conoció por lo mismo que debia matar de un golpe la esperanza de aquel corazon, que no se dejaba ablandar por ofertas ni persuasiones, y pronunció con acento sentencioso y pausado estas terribles palabras:

—Jucef, estás ocupando el mismo calabozo, que ha sido testigo mudo y aterrorizador de la agonía del infame Pero Calvillo, satélite, como tú, del infante D. Juan. Mañana serás colgado como él, junto al camino de Cuéllar.

Si el Justicia Mayor creyó imponer al judío con su sentencia, se llevó un solemne chasco, porque el último habia llegado á persuadirse de que no llegaria el caso de que le quitasen la vida, hasta que descubriese el sitio en que tenia oculto el tesoro, que con decidido empeño se buscaba. Conservó pues toda su serenidad, á pesar de la amenazadora intimacion de D. Lope y repuso, aparentando condolerse de su inmensa desdicha:

—¿Con qué es cierto que intentais saciaros en la sangre de este desventurado hijo de Israel? ¿Con qué nada puede sacarme de tan duro aprieto?

—Al contrario.... decláralo todo.... le replicó el de Urnizar: acuérdate de la condicion....

—La condicion.... la condicion.... muy pronto se dice eso.....

—¿Dudarias, perro infiel, del cumplimiento de mi palabra?

—No.... no.... de nada dudo.... mas....

—Decídete pronto. ¿Estás dispuesto á confesar....

—Vuelvo á juraros, por los huesos de mis padres, que he dicho ya todo lo que tenia que decir.

—¿Es esa tu última resolucion?

—La última, D. Lope, la última; y ahora ahorcadme, si quereis, supuesto que con mi muerte imaginais encontrar esos soñados tesoros....

—¡Soñados, Jucef...! No; con tu muerte no los hallarémos, pero no ignoro que tú mismo los pondrás en nuestras manos. El señor de Vizcaya te atormentó en Vitoria; el Justicia Mayor de Castilla te atormentará en Valladolid.

Dicho esto, volvió D. Lope la espalda al judío y salió del calabozo.

—¡Qué he escuchado...! balbuceó Jucef medio muerto. ¡Me atormentará....! No contaba yo, imbécil, con que recurririan á tan bárbaro medio... ¡Impíos...! ¡Hombres sin caridad y sin entrañas...! ¡Y qué....! ¿He de esperar á que pongan por obra sus intentos ..? ¿Brillará el sol de mañana, para ser testigo de los gritos desgarradores, que yo exhale en la tortura...? ¡Miserable de mí....! La tortura me arrancará el secreto, sin librarme de la horca.... Pero ¿qué hacer....? ¿A dónde acudir en tan amargo trance?

—Al único amigo que te queda en el mundo, le respondió el infante D. Juan, que acababa de entrar en el encierro.

—¡Por las columnas del templo de Salomon! exclamó el almojarife, cubriéndose el rostro con las manos. ¿Qué voz es esa....?

—La mia, infame ladron, repuso *el Tuerto*; la de un caballero principal, que no quiere que mueras todavía.

—¡Ah, señor Infante....! estoy perdido.... perdido sin remedio.

—Ya me lo figuro, porque he visto salir de esta pocilga al Justicia Mayor, despues de haber sabido que Cañete se habia apoderado de tus asquerosos huesos.

—¿Y sereis capaz de abandonarme?

—Bien mereces que yo mismo disponga tu suplicio; mas no lo haré, porque me haces falta. Hace una hora que me encuentro en Valladolid, y segun veo no he podido llegar mas apropósito. Ea ¿deseas jugar una buena pasada á D. Lope de Urnizar?

—¡Me preguntais, si lo deseo....!

—Bien.... bien.... ya lo conozco y por lo mismo voy á proponerte un pacto.

—¡Un pacto. .! ¡Qué será ello...! Esa palabra me acongoja....!

—Lo cual revela que no has olvidado el concierto que hicimos en un santo monasterio.

—¿Cómo he de olvidarlo....? Aquel concierto me trajo á esta amargura.

—Yo lo cumplí, á fuer de noble y de leal. Te salvé de una muerte tan segura como atroz, pues iban á quemarte vivo ... Recuérdalo bien.... Pero tú.... ¿de qué modo correspondiste á mis favores?

—Llevándoos á Aragon el producto de las alhajas del Rey.

—Para fugarte con ellas desde Almazan.

—Os juzgué muerto....

—Quiero creerlo, Jucef, y aun imagino que obraste con gran cordura, al retirarte con el oro de aquella maldecida fortaleza, para que no se aprovechase de él ese caballero Négro, á quien Dios confunda. Vamos ahora á lo que tengo que proponerte.

—Hablad.... hablad, señor Infante, y si es cosa....

—Sencillísima, buen Jucef; que me devuelvas esos preciosos talegos, repletos de sonantes doblas, que me llevaste á Aragon y volviste á traer á Castilla....

—¡Válgame el Paraiso terrenal! ¿Se os ha metido acaso en el magin, que los tales talegos me hayan acompañado hasta mi calabozo?

—No, por todas las legiones infernales: si eso hubiera ocurrido, no te los reclamaria, porque D. Alfonso los tendria ya en su poder.

Pero yo te conozco y sé que los talegos están á buen recaudo. ¿En dónde....? Dilo al punto y mañana te verás libre.

—Mañana me darán tormento y los dolores me harán descubrir á D. Lope de Urnizar, lo que solo os revelaré, despues que me saqueis de aquí, con tal que sea esta misma noche.

—¡Demonio! Eso es muy arriesgado, porque puedes engañarme.

—Obrad á vuestro antojo; mas tened entendido, que mañana no será ya tiempo. O he de morir quebrantado por la tortura, ó he de declarar lo que el Rey y vos anhelais saber.

—¡Ah! Si supiera que eras capaz de perder la vida sin hablar....

—¿Qué adelantaríais?

—Discurres bien; mas.... supongo que te mantendrás firme sobre las enrojecidas barras, y que perderás el aliento, antes de.....

—No imagineis tal desatino, señor Infante, porque soy de carne y hueso como el que mas. Os juro que diré cuanto sea necesario, para obtener el perdon que me ofrece el rey D. Alfonso.

—Basta.... basta.... Esta noche saldrás de tu cueva; pero ¡ay de tí, si no cumples tu promesa!

—La cumpliré.

—Ya me conoces; haré de tu pellejo una criba.

—No harcis tal, porque mañana sereis poderoso.

—Mañana se celebrará el torneo; despues el desafío.... huye á Aragon y dentro de tres dias iré á encontrarte..

—Mas.... ¿quién vendrá á sacarme de aquí?

—El mismo que te ha metido.

El Infante desapareció y Jucef no pudo menos que entregarse á las mas lisongeras esperanzas, formando al mismo tiempo mil proyectos, para engañar al único protector que le deparaba la suerte. Instigado D. Juan *el Tuerto* por el demonio de la codicia, se mostró fiel al pacto, pues llegada la noche, el carcelero abrió con gran cautela la puerta del calabozo del judío, y dijo á éste que se ausentase al punto de la ciudad, si no queria perecer, porque el temible Cañete, prevenido por D. Lope de Urnizar, no dejaria de darle caza, si olfateaba su fuga de la cárcel.

No esperó el israelita á que le repitieran dos veces una órden

que le llenaba de júbilo. Quiso besar los piés del Alcaide, que le rechazó indignado, y agazapándose cuanto pudo, echó á andar hácia la calle, metiéndose á poco rato en el laberinto de la poblacion, hasta que dió con la morada de un rabino, grande amigo suyo.

Media hora despues salia de Valladolid, montado en senda mula y con las alforjas bien provistas de víveres.

—El tesoro está seguro, murmuraba entre dientes, y para ahorcarme, necesitan cogerme en Portugal.

CAPITULO XXI.

Retrocede la historia, para aclarar ciertos hechos indispensables, que el autor no ha hecho mas que apuntar.

¿Quién eres, buen anciano? preguntó el Rey á Guzman, despues de haberle examinado detenidamente.

La respuesta tardó mas tiempo en escucharse; amargas reflexiones, y acaso el temor de encontrarse á merced del mayor enemigo de su familia, hicieron guardar al padre de nuestro héroe, algunos instantes de silencio; un profundo suspiro precedió á sus palabras y todos quedaron admirados, cuando le oyeron decir con sosiego:

—Príncipe de Castilla, ¿tan mudado me han puesto las desgracias, que ya no os acordais de vuestro deudo? ¡O acaso estos vestidos, único velo que ha podido ocultar la grandeza de mi casa á mis enemigos, tienen para Alfonso XI menos virtud que el oro y la pedrería!

Levantóse el monarca á estas singulares razones.

—¿Tú mi deudo? esclamó con voz cortada. ¿Será cierto....? Pero ¿cuál de ellos? No; imposible: mas.... un pensamiento.... Pronuncia tu nombre, anciano, pronúncialo sin temor, cualquiera que sea; pero si bajo ese poco decoroso disfraz, se me ha presentado un impostor, un enemigo encubierto, tema mi indignacion, mi justa venganza.

—No prosigais, Señor, contestó Guzman; esos injuriosos pensamientos me recuerdan quien soy. Jamás, por mucho que mis pretensiones os hayan perjudicado, por incesantes que hayan sido mis empeños, de aspirar al puesto que me destinára el cielo, y la suerte no ha querido concederme, jamás escondí mis designios. Os he combatido, he peleado desesperadamente, viéndome espuesto muchas veces á perder la vida; mas siempre pecho á pecho, como leal contrario, y no á la capa de alevosias ni traiciones. La inconstante fortuna halagó mis esfuerzos, en tiempo de vuestro padre D. Fernando IV; pero aquel efímero reinado, proclamado en Sahagun por dos ejércitos, duró cual brillante resplandor de breve relámpago. Desde entonces proscripto de reino en reino, he agotado los sufrimientos y reveses con cristiana resignacion; pero mi patria me llamaba; envuelta en los horrores de la guerra civil, y sirviendo mi nombre de pretesto á algunos ambiciosos, para sembrar la discordia, entré en Castilla, y puse á vuestro servicio un guerrero fiel y pundonoroso, capáz de resguardaros y de desmentir cuantas calumnias se fraguasen en descrédito de mis intentos. Aquí le teneis, Señor, á mi lado: el caballero Negro es mi hijo. He podido aspirar al trono que ocupais, por asistirme á ello un derecho sagrado, trasmitido por el testamento del Rey mi abuelo; pero nunca he querido deber mi triunfo á viles manejos, ni sentar mi sólio sobre las públicas discordias. Miradme bien, Rey de Castilla, y conoced á fondo los hidalgos sentimientos de D. Alonso de La-Cerda, hijo del infante D. Fernando y nieto del sábio rey D. Alfonso X.

Unánimes esclamaciones de sorpresa resonaron en el salon, al oir aquel nombre temido y respetado; el Rey no pudo soportar con tranquilidad tan estraño descubrimiento.

—Lo imaginé, dijo entre dientes; y se dejó caer en su sitial.

Ya se ha aclarado el misterio, que desde el principio de estos sucesos encubriéra el nombre y familia del amante de Blanca. Era D. Luis, primogénito de La-Cerda, que en las últimas guerras de Flandes habia dado relevantes pruebas de su valor, contra los enemigos de Cárlos el Hermoso.

Volvamos la vista atrás por un instante, á fin de dar á conocer á nuestros lectores algunos acontecimientos históricos, indispensables para la debida inteligencia de los que vamos relatando.

Cuando D. Alfonso, llamado *el Sábio*, regresó á Toledo despues de la entrevista que tuvo en Bocayre con el Pontífice romano, para tratar del malhadado imperio de Alemania, reunió Córtes á fin de que estas arreglasen lo concerniente á la sucesion á la corona, que reclamaba impaciente el infante D. Sancho, hijo segundo del Rey. Las Córtes en efecto declararon que le correspondia, por haber fallecido su hermano mayor D. Fernando *de La-Cerda*, sobrenombre con que se le conoció, porque tenia una muy larga en medio de las espaldas.

Don Fernando habia pasado á mejor vida en Ciudad Real, dejando hijos y entre ellos á D. Alfonso de *La-Cerda*, que andando el tiempo causó no pocos embarazos á D. Fernando IV *el Emplazado* y á Alfonso XI. Inmediatamente tomó D. Sancho el mando de las fuerzas cristianas, hizo temblar al Monarca de Marruecos y obligó al de Granada á que abandonase el sitio de Jaen. Estas ventajas, y otras que alcanzó contra los moros, dieron al traste con su moderacion, y no satisfecho con haber usurpado á los hijos del Príncipe primogénito los derechos que tenian al trono, intentó sentarse en él, viviendo su padre y menospreciando todos los deberes y respetos de vasallo y de hijo. La fatalidad favoreció sus designios criminales, porque D. Alfonso *el Sábio* acababa de alterar la ley y el valor de la moneda, y esta novedad fué generalmente considerada como una infraccion manifiesta de la fé pública. El descontento cundió por todas las clases, secundando las ambiciosas miras de don Sancho, quien reuniendo á sus partidarios en Valladolid y pintándoles con feos colores la conducta de su padre, consiguió que le

confiriesen el ejercicio de la autoridad suprema, con el título de regente.

Don Alfonso X se hallaba entonces en Badajoz y no tardó en tener noticias de tan escandaloso atentado, y de las gravísimas consecuencias que habia producido, pues todas las ciudades de Castilla y de Leon se entendian ya directamente con el rebelde Príncipe, y los reyes de Aragon, Portugal y Francia acababan de reconocerle. Ciego de cólera y de indignacion el Rey-padre, pidió auxilios al de Marruecos y éste acudió al llamamiento con imponentes fuerzas. Uniéronse ambos á poco tiempo en los confines del reino de Granada y marcharon sobre Córdoba; pero no habiendo podido tomar esta ciudad, á pesar de increibles esfuerzos, Aben-Jucef se volvió á sus estados de África, y el rey de Castilla desheredó á su hijo, anulando la injusta declaracion de las cortes de Toledo, y haciendo publicar contra él maldiciones y anatemas, que obtuvieron la sancion y el apoyo de Roma.

Don Alfonso no pudo soportar el rudo golpe que habia asestado á su noble corazon el desnaturalizado Príncipe. Cayó enfermo de gravedad y en su testamento confirmó la esclusion de D. Sancho á la corona, instituyendo por heredero suyo á D. Alfonso de *La-Cerda*, hijo primogénito de D. Fernando, y en caso de morir éste sin sucesores, al rey de Francia. Mas no bien se hubo enterado el usurpador de unas disposiciones tan contrarias á sus intereses, cuando procuró templar la enemiga del monarca, con actos de sumision y de humildad, mostrándose, al parecer, sínceramente pesaroso y arrepentido de sus traiciones y desafueros. Enterado el padre, por el caballero D. Gomez Fernandez, del profundo dolor del Príncipe, y de que se hallaba postrado en Salamanca, lamentándose de que el cielo le castigaba con aquella dolencia, que le impedia arrojarse á los piés del Rey, para recibir su bendicion, olvidó la ingratitud y alevosía de que acababa de dar recientes pruebas, le devolvió su gracia y se retractó solemnemente de las maldiciones que le habia echado.

Don Sancho *el Bravo* reinó diez años y no tuvo un solo dia tranquilo. La ciudad de Badajoz alzó pendones por los infantes de *La-*

Cerda, pero sitiada por las fuerzas del nuevo monarca, no pudo sostenerse, y las tropas sublevadas se rindieron, bajo la espresa condicion de que se respetarian sus vidas. El Rey sin embargo dispuso que toda la guarnicion fuese pasada á cuchillo.

Por su muerte se sentó en el trono de Castilla su hijo D. Fernando, el IV de este nombre, y al punto estalló la secreta y formidable liga, tramada de antemano por los reyes de Aragon, Francia y Portugal, en favor de los derechos de D. Alfonso de *La-Cerda*, los cuales tambien sostenia con gran empeño el Monarca granadino, interesado en sembrar la discordia, para aprovecharse de ella. El infante D. Juan, hermano de Sancho *el Bravo* y la casa de Lara entraron en la conjuracion; el primero con la esperanza de obtener, en premio de sus traiciones y perfidia, los reinos de Galicia y de Leon, que codiciaba, y la segunda por resentimiento, en vista de la preferencia que el Rey otorgaba á los condes de Haro. Llegó á la corte con la velocidad del rayo la triste noticia de que D. Alfonso de *La-Cerda* habia sido proclamado rey de Castilla en Sahagun, por los ejércitos de Aragon y Portugal, lo cual fué bastante para que todos, hasta la Reina y el Regente, se dispusiesen á huir con precipitacion, imaginándose perdidos sin remedio. Don Alfonso efectivamente, acababa de sitiar la villa de Mayorga, pero esto mismo salvó á la corte y á D. Fernando *el Emplazado*, porque la falta de provisiones, puso en los mayores apuros al pretendiente.

Declaróse el hambre entre las tropas y á ella se siguió una horrorosa peste, que en pocos dias acabó con las fuerzas sublevadas, permitiendo á la Reina madre desplegar aquella inconcebible energía, con que aseguró á su hijo las riendas del Estado. Aprovechando activa y oportunamente la inaccion, á que la miseria y las enfermedades epidémicas habian reducido al ejército confederado, entró en negociaciones con sus principales caudillos y supo captarse la confianza de todos. Concedió á los grandes varias villas, tierras y castillos que pedian, con oculto propósito de volvérselos á quitar, cuando ya no fuesen temibles; tapó la boca á Dionisio de Portugal, pidiéndole en matrimonio la infanta doña Constanza para su hijo, y proponiendo el de la hermana de éste con el heredero de aquel

reino; finalmente, el fallecimiento de D. Enrique, que era la parte mas difícil de contentar, zanjó las demás dificultades.

Viendo el rey de Aragon que la Francia retiraba sus tropas, se mostró cansado de sostener solo el peso de la guerra, é invitado al mismo tiempo por la Reina madre á cortar de raíz todas las diferencias existentes, por medio de las armas de la política, recogió su ejército y lo licenció.

Don Alonso de *La-Cerda* se vió entonces abandonado cobardemente de sus poderosos amigos, y confiando aun en su buena fé, se sometió á la sentencia que pronunciasen, acerca de sus derechos los dos reyes de Portugal y Aragon. La decision le fué contraria; pues estos Príncipes, atendiendo mas á las dificultades de destronar á D. Fernando IV, que al indudable derecho de los *La-Cerdas*, adjudicaron al primero la corona en sentencia definitiva, señalando al segundo muchas ciudades y villas, para que viviese con el esplendor correspondiente á su elevada gerarquía.

Esta indemnizacion era en estremo ofensiva para D. Alonso y no podia vacilar; retiróse á Francia, desde donde reclamó, aunque en vano, contra la injusticia de aquella sentencia, hasta que resignado con su mala suerte y protegido por el magnífico Cárlos *el Hermoso*, contrajo matrimonio con una parienta de éste, de peregrina belleza, llamada Ismenia Madelfa, en la cual tuvo dos hijos, D. Luis ó el caballero Negro, y D. Juan, que con el tiempo fué conde de Ángulema, y condestable de Francia.

Su tranquilidad no duró muchos años, pues muerta su esposa, y noticioso de las traiciones, con que los grandes de Castilla embarazaban el gobierno de Alfonso XI, dejó de pensar en sí mismo, para ocuparse esclusivamente en la tranquilidad de su patria. Sus adictos le apremiaron para que hiciese revivir de nuevo sus pretensiones antiguas, ofreciéndole posesionarse en su nombre del condado de Treviño, como patrimonio principal de los *La-Cerdas*, por haber nacido en el el infante D. Fernando; pero léjos de aprovechar esta disposicion de los ánimos, la rechazó enérgicamente pasando á Castilla en persona, para ofrecer al Rey su homenage y reconciliacion.

Mientras aguardaba favorable coyuntura de descubrirse, obtuvo obsequiosa hospitalidad en el castillo de Almazan, pues habia sido grande amigo del infante D. Pedro, y allí supo los infames proyectos que fraguaron en la corte los consejeros de D. Alfonso contra doña Blanca. Su hijo, D. Luis de *La-Cerda*, que le acompañó á Castilla, supo inspirar á esta bellísima dama un tierno y constante amor, y no ocultándosele las siniestras miras de D. Juan *el Tuerto*, partió á desafiarle, jurando á su adorada vestir armas negras y no volverla á ver, sino vencedor de su rival.

Esta ocurrencia, que se hermanaba con los pensamientos de don Alonso, á quien parecia conveniente dar á conocer las relevantes prendas de su primogénito, le obligó á trasladarse á Vitoria, donde no fiándose de nadie, por estar la ciudad cuajada de traidores, escogió para su retiro la parte mas escondida del cementerio de Santa María, sirviéndole de único solaz la torre de la misma iglesia, en la cual le han conocido por primera vez nuestros lectores.

CAPITULO XXII.

De cómo el infante D. Juan encontró su merecido cuando menos lo esperaba.

El Rey tardó en volver de su sorpresa, mas tiempo que el que hemos necesitado para esponer en bosquejo los anteriores hechos, indispensables para el conocimiento exacto de esta narracion; pero sus primeras razones fueron las de un héroe verdaderamente magnánimo, que anhelaba el reposo de sus pueblos, para correr á las mas árduas empresas.

Bajó del trono y estrechando en sus brazos al anciano *desheredado*, lo alzó del suelo y le dijo:

—¡Príncipe desventurado! Erais digno de empuñar el cetro de Castilla. ¡Cuántas desgracias han pesado sobre vuestros años! ¡Siempre batallando; siempre en pugna contra el trono, por la posesion del mismo trono! Pero no nos acordemos de lo que fué y no vol-

verá. Vuestra alianza es demasiado grande, demasiado conveniente á la felicidad del reino, para que yo quiera rehusarla. No; ni lo permita Dios: mi amigo seréis, *La-Cerda;* mi mejor consejero y aliado, en las arriesgadas proezas que nos esperan, y juro que no os arrepintais de la confianza, con que os habeis puesto en mis manos, porque os daré tantas ciudades, tierras y castillos, que os encumbren como al que mas.

Volviéndose entónces hácia el caballero Negro, prosiguió:

—Mucho os debo, vencedor del torneo, por haberme preparado tan singular acontecimiento, sin contar los riesgos corridos en mi defensa. Yo premié á un desconocido, al campeon del Zadorra, con la órden de la *Banda*. ¿Qué merced pide al Rey de Castilla el primogénito de *La-Cerda?*

—La de combatir en primera fila contra los enemigos de la patria, respondió éste.

—Eso llegará, replicó Alfonso XI, cuando ataquemos á esos perros infieles de Andalucía; mas todavia estamos algo distantes, y por Santiago que ni tenemos lo que se llama un ejército; pero no importa; eso llegará, como digo, y entónces pelearemos todos. Ahora os pregunto, si no deseais pedirme otra recompensa.

Levantó los ojos el jóven guerrero y sus miradas se encontraron con las de Blanca. La grana no es tan encendida, como el color sofocante que cubrió las mejillas de la interesante doncella, y por un momento fué objeto de la atencion general. Su amante se turbó visiblemente y las rodillas le temblaron; sin embargo era indispensable contestar al Rey; pero el guerrero que no temia enristrar la lanza contra crecido escuadron de contrarios, se veia ahora en la imposibilidad de coordinar cuatro razones.

—A nada aspiro, Señor, pronunció al fin con voz cortada: únicamente. .. mas, incierto de vuestra real aprobacion.... y con todo.... quien sabe si ella.....

—Ella consentirá de buena gana en lo que nosotros hagamos, valiente D. Luis, le interrumpió el Rey, con semblante placentero. Ya entiendo á dónde quereis ir á parar; mas si os dejase referir el cuento á vuestro modo, vive Dios, que no acabaríais hasta el dia

del juicio. Cierto estoy de que la belleza de doña Blanca de Almazan, *Reina de la hermosura y de los amores*, ha penetrado vuestro corazon, y creo tambien que su mano sea la gracia mas apetecida, que yo os pueda otorgar.

—Mirad, señor y mi Rey, esclamó D. Juan *el Tuerto*, lleno de rábia al oir estas palabras, que el desafío entre ese caballero y mi persona no está concluido, puesto que ambos respiramos. No debe por tanto Vuestra Alteza disponer á su favor.....

—Callad, Infante, le atajó Alfonso XI sin desabrimiento; bien sé que vuestro rencor os durará tanto como la vida; empero bien puedo yo premiar á un leal servidor y darle despues tiempo para mataros en un duelo. En cuanto á vos, doña María, espero que otorgareis vuestro consentimiento al enlace de tan dichosa pareja, pues una negativa al presente me haria perder el valor de este paladin, que huiria de nuestra vista, buscando la muerte, á fuer de caballero enamorado sin esperanza.

—Yo lo otorgo con todo mi corazon, puesto que tal es la voluntad de Vuestra Alteza, respondió la noble Infanta. Vuestra es Blanca, señor caballero, continuó dirigiéndose á D. Luis: nadie merece el cariño y la posesion de una ilustre dama, como aquel que ha sabido defenderla contra las asechanzas y persecuciones de sus enemigos.

Aquí no pudo contenerse el señor de Vizcaya, y adelantándose hácia doña María, la dijo:

—No paseis adelante, ó juro que os arrepintais bien pronto de vuestra condescendencia. Mi sangre es tan esclarecida como la de los *La-Cerdas* y mis derechos á la mano de Blanca mucho mayores. Yo los disputo, doña María, contra mi rival, y antes perezca de mil muertes, que él se posesione de los fuertes castillos de Almazan y Alcocer.

—Y no obstante esos propósitos, don Juan, es cosa decidida y que debeis soportar con paciencia, repuso el Rey, mirándole de hito en hito. Callad, si podeis, pues aquí sois vos el último que debe interrumpirnos.

Diciendo esto, tomó la mano de doña Blanca y uniéndola con la

del caballero Negro, pidió una gran copa de oro, que llenó hasta el borde de espumoso vino, y ordenó un brindis general. Todos los asistentes se prepararon á corresponder, ó como en aquellos tiempos se decia á *hacer gracia;* el Infante, haciendo de tripas corazon, se dispuso tambien á apurar su copa y el estrépito del festin, interrumpido por la llegada del anciano D. Alonso *el desheredado*, volvió á reanimarse con mayor entusiasmo.

Bulle el néctar aromático, que producen los viñedos de la Bastilla y de El-Ciego, sobre los cincelados lábios de las anchas copas; refléjanse las perlas que las adornan en el color de la espuma purpúrea; chocan unas contra otras entre los estrémos de estrepitosa alegría y un himno guerrero anima los corazones de los convidados.... todos se levantan, todos se acercan á la testera de la mesa...., y ¡qué momento era aquel tan delicioso para Blanca y su amartelado campeon!

Hace una señal D. Lope de Vendaña: el himno ha cesado, los paladines guardan profundo silencio, y levantando en alto las colmadas copas, esperan con impaciencia el momento de apurarlas, en honor de la felicidad de los dos amantes.

—Ilustres guerreros, gloria y esperanza de Castilla, esclama el Monarca, oid mis palabras, y haced la razon á este brindis.

A la union de los La-Cerdas con el Rey; á la dicha de Blanca, heredera legítima de Almaban y Alcocer; á su pronto himeneo con el caballero de las armas negras.

—*Viva,* responden los caballeros, y en seguida desocupan las copas.

Don Juan *el Tuerto* permaneció con la suya en la mano sin llegarla á los lábios; el furor estaba pintado en su lívido semblante, giraba el ojo atroz á derecha é izquierda y sacudia sobre la mesa, de cuando en cuando, récios porrazos. Los que á su lado estaban se separaron, no queriendo aparecer culpables de sus arrebatos, y el Rey viéndose insultado con tanta descortesía, le reconvino ásperamente.

—Mal puedo olvidar, D. Juan, vuestros pasados desaciertos, le dijo con ceñudo rostro, cuando tan altanero y poco comedido os

mostrais. Hoy debia ser el dia afortunado, en que todos los descontentos se uniesen á mí, pues me hallo dispuesto á perdonar agravios recibidos: empero ya que un vasallo, muchas veces rebelde y sobrado ambicioso, para envolver de nuevo el reino en desastrosas calamidades, pretende poner coto á mi autoridad, vive Dios que no he de desperdiciar la ocasion de saber quien puede mas. Infante ¿quereis obedecerme?

—Quiero, señor contestó *el Tuerto* airadamente; pero revocad ese matrimonio, que usurpa mis derechos.

—Tus derechos son nulos desde que te vencí, observó el amante de la heredera. Si no los hubieras renunciado estarias muerto.

—Y el matrimonio se ha de verificar, porque yo lo quiero, añadió D. Alfonso XI. ¿Lo habeis entendido? Bebed ahora en esta copa, que yo mismo os presento y sean vuestras palabras la última chispa de deslealtad que se oiga en mis dominios. Someteos, y no irritéis á quien todavia puede perdonar.

—¡De tí perdon! gritó el Infante, arrojando la copa contra el suelo y desenvainando la espada; ni lo esperé, ni lo pretendí. Guerra, guerra eterna entre nosotros hasta la muerte. Jamás amé á la heredera de Almazan, ni creas que su desvío motive mi indignacion. No; es la pérdida de sus castillos lo que siento; porque desde allí podia darte la ley. Sí; la ley del mas fuerte, á tí, Alfonso de Castilla, pues te aborrezco, desde que me arrebataste el amor de doña Constanza, mi prometida esposa por su padre, el de Villena, cuando la pleitesia que hicimos en Cigales.

—Rinde el acero, traidor D. Juan, le intimó el Rey desnudando la daga, cuya accion imitaron todos los caballeros.

—Ríndete, asesino del primogénito de Salinas, repitió el de *La-Cerda*; eres mi prisionero; ríndete te digo.

—No lo espereis, respondió el Infante, desatinado de cólera. Celebrad si podeis, tranquilamente vuestro pasagero triunfo; embriagaos con esperanzas lisongeras, en tanto que yo vuelo á apoderarme de las fortalezas, prometidas en dote á ese aborrecido espantajo de la degenerada estirpe de *La-Cerda*. Pronto verémos, rey de Castilla, lo que antes dijiste: quién de los dos puede mas.

Mientras llega el momento de disputarlo, yo, D. Juan, infante de Castilla, Señor de Vizcaya, de Molina y de los Cameros, por muerte de mi deudo D. Juan de Haro, te desafío á espada y lanza, á pié ó á caballo, sin mas trégua, ni rendimiento, y levanto el pleito homenage, que mis mayores otorgaron á los tuyos, por los agravios é injurias no vengadas. En fé de lo dicho, sedme testigos, vosotros, aunque enemigos, caballeros castellanos, y que Dios Todo-poderoso, Padre, Hijo y Espíritu-Santo me ayude con su gracia en el logro de mi empresa.

—Muera el vil rebelde, pronunció el caballero de Vendaña, cuando D. Juan hubo concluido; esta es una afrenta, que no pueden tolerar hombres de pró.

—Sí; muera, clamaron cien guerreros á un tiempo: perezca de una vez y acaben con él cuantos amotinados infestan el aire puro de las dos Castillas.

—Muera pues, gritó el Rey con voz de trueno.

Atravesando al mismo tiempo el Infante el grupo de caballeros, colocados delante del trono, le dirigió una furibunda estocada. Veinte aceros centellearon de repente contra su pecho; hízose atrás *el Tuerto*, y se defendió con furiosa desesperacion; acosado empero de cerca por la multitud de contrarios, procuró ganar la puerta de la galería, siempre combatiendo, y quizás consiguiera escapar del inaudito peligro, en que imprudentemente se habia arrojado, si la espada del cababallero Negro no le alcanzára, cuando ya casi ponia un pié en la galería. Cayó con estrépito, resonando sus armas sobre el alfombrado pavimento, y salpicó con su sangre á los guerreros mas inmediatos, que le acabaron de matar á estocadas.

Tal fué el trágico fin de D. Juan *el Tuerto*, que aseguró para muchos años la tranquilidad de Castilla.

Pocos dias despues de este suceso, se celebró en la capilla de palacio el matrimonio de doña Blanca con D. Luis de *La-Cerda*, que autorizó el Rey en persona; y en la misma fué armado caballero, algun tiempo despues, el amable Julio, aunque primero tuvo que hacer su aprendizage de persevante y escudero con su nuevo señor, para lo cual le fué de suma utilidad la compañía del buen Jaime,

Tal fué el trágico fin de D. Juan el Tuerto.

quien por su parte se desquitaba de las incomodidades, que le ocasionaba el lindo aprendiz, refiriéndole la historia desgraciada de Inés, segun la habia oido contar al abad del monasterio de....

El viejo Rodrigo siguió desempeñando las funciones de criado de confianza del castillo de Almazan, siempre disputando con los que eran de su misma opinion, y particularmente con Artal el poeta, que compuso el epitalamio en las bodas de su Señora, *de la Vírgen de Almazan*, como la llamaba, y cuyos versos sentimos no hayan llegado á nuestras manos: con todo, sabemos que el buen Rodrigo hizo las paces con el capellan del alcázar, y que tanto él como la vieja Matilde, compañera de doña María y aya de Blanca, bajaron al sepulcro cargados de años y de honrosos servicios.

CAPITULO XXIII.

Una mala nueva para una buena esposa.

L siguiente dia de la muerte del infante D. Juan, declaró el Rey que habia ordenado aquel castigo, no contra un adversario suyo, sino contra un rebelde y perturbador de la tranquilidad del Estado. Acto contínuo dispuso la confiscacion de todos sus bienes, apoderóse de las plazas que obedecian su voz, y por último compró á su madre el señorío de Vizcaya, que desde entónces quedó incorporado á la corona de Castilla, aunque obligándose el Monarca, por sí y por sus sucesores, á guardar y á hacer guardar los fueros, privilegios y buenos usos de aquella tierra de valientes.

Hallándose algunos meses despues la corte en Toledo, llamó don Alfonso á su lado á su hermana doña Leonor, que residia en Va-

lladolid, con el objeto de que asistiese á las bodas que, por razon de estado, iba á celebrar con la infanta doña María, hija del Rey de Portugal. No bien cundió en la ciudad la noticia de que doña Leonor se aprestaba á ausentarse, cuando la muchedumbre se alborotó, suponiendo que el Rey la obligaba á desposarse con el conde de Trastamara. Don Alfonso envió á D. Luis de *La-Cerda* al frente de buen golpe de lanzas, para que apaciguase el alboroto; mas este guerrero tuvo que convenir en que los amotinados tenian razon, ya que no en cuanto á lo que alegaban, como causa principal de su descontento, al menos en los motivos de queja que tenian del Conde, á quien el Rey distinguia con su aprecio, tan solo por premiar en el hijo la desgracia ó el servicio de morir, que le habia prestado el padre. Mas no se mostró sordo á las representaciones que, apoyadas por el caballero *Negro*, le dirigieron sus vasallos contra el heredero de Alvar Nuñez Osorio; separóle del servicio de su persona, y resentido el magnate, se retiró á su castillo de Belver, despues de rebelarse abiertamente contra su señor natural. Apaciguóse acto contínuo Valladolid y D. Alfonso hizo paces con el Rey de Aragon, dándole la mano de su hermana en matrimonio.

La reina doña Constanza, hija de D. Juan Manuel, acababa de morir en Portugal, circunstancia que favoreció el proyecto que abrigaba el Rey de Castilla de estrechar su alianza con el Monarca de aquellos estados, casándose con su hija. No le fué por lo mismo necesario, para conseguirlo, el beneplácito del Papa y las bodas se efectuaron en Toledo con gran pompa y magnificencia.

Pero transcurridos los primeros dias de júbilo y de algazara, por las brillantes fiestas con que obsequiaron los toledanos á su nueva soberana, dieron las gentes en decir que habia dado hechizos á D. Alfonso una bellísima dama sevillana, que solo contaba diez y ocho primaveras y acababa de quedar viuda, por muerte del caballero D. Juan de Velasco. Lo cierto es que se prendó ciegamente de ella, y como su enlace con la Princesa de Portugal mas bien habia sido concertado por el interés que por el amor, encontró en sus relaciones con aquella hechicera Circe la felicidad, que en vano habia apetecido conseguir hasta entonces.

Cierto dia en que platicaban tiernamente el caballero *Negro* y su linda esposa, dijo el primero á ésta:

—¿Sabeis, Blanca mia, que el Rey me ha preguntado por vos y por vuestra respetable madre y señora nuestra?

—Estraño me parece su recuerdo, respondió la heredera.

—¿Por qué? la preguntó D. Luis. Ese recuerdo es un testimonio de la gran estima en que os tiene.

—Podeis manifestarle toda nuestra gratitud, repuso doña Blanca ruborizándose.

—¿Por qué no se la manifestais vos en persona? ¿Creeis que tengo zelos?

—¡Oh! No ciertamente, esposo mio; mi propio orgullo me impediria creerlo.

—Pues bien: ¿por qué ni vos, ni la infanta doña María guardais, como otras veces, el lado de la Reina?

—¿Sabeis, mi noble paladin, que hoy estais muy curioso? No imaginaba que hubiéseis observado esa pequeña parte de conducta.....

—Es que.... importa muy poco que yo la haya observado; pero me figuro que algo importa la curiosidad del Rey.

—¡Del Rey....! En efecto.... ha preguntado por mí.....

—Ha hecho mas, al mostrarse descontento.....

—¿Hablais de veras, D. Luis? ¿Le habremos ofendido sin imaginarlo?

—Sí.

—¡Dios mio! Nada me oculteis.... Yo no temo por mí.... pero mi anciana madre.....

—No se trata de temores.... bien lo sabeis, pues estoy á vuestro lado, sino de un leve disgusto, que habeis dado y estais dando á D. Alfonso. En vos consiste que cese.....

—Os afirmo que no comprendo vuestras razones.... Esplicadme al menos.....

—Oidme. El Rey, como ya os he dicho, vé que no acompañais á la Reina.....

—¿Nada mas?

—Y supone.....

—¡Ah! Sepámoslo.

—Que la Reina os ha ofendido.

—De ningun modo, antes al contrario, tenemos pruebas mil de su aprecio y sincera estimacion.

—¡Cuánto me complace el escucharos!

—Pero.... ¿no me engañais? ¿Estais seguro de que el Rey sospecha lo que decís?

—Así me lo ha dado claramente á entender.

—Sacadle en tal caso de su error, porque al hacerlo cumplireis con la obligacion de vasallo leal. Protestadle en nombre de la infanta doña María, mi madre, y en el mio, que nuestros agradecidos corazones saben amar á la Reina, su esclarecida esposa, como merece.

—¿Cuál es pues el motivo de vuestra ausencia del real alcázar?

—¡Qué quereis, D. Luis....!

—Eso indica que vais á descubrirme el misterio.....

—¿Debe serlo acaso para vos?

—¡Ah! ¿Con que existe? ¿Con que no os aleja de la corte la casualidad?

—No; y preciso es que esteis ciego, para no adivinar el motivo.

—Por Dios, bella esposa mia, no me confundais de esa manera. Ya sabeis que soy mas á propósito para habérmelas en campo raso con temible enemigo, que para descifrar enigmas.

—Mas perspicaz se muestra el Rey, que de seguro no ignora la causa de nuestro alejamiento, por mas que os haya dicho.....

—Sacadme pues de dudas, doña Blanca, si deseais que conserve mi juicio cabal.

—Vamos.... acabo de persuadirme de una verdad, que alhaga mucho á mi corazon.

—¿Cuál es....?

—¿Esa verdad....? Que sois el modelo de los esposos....

—Lo cual significa que buscais un rodeo, para no satisfacer mi pregunta.

—Ni aun eso acertais; busco un rodeo para contestaros.

—¿Elojiando mi fidelidad de marido?

—Sí; porque ella no os deja contemplar otras hermosuras.....

—¿No sois la única en el mundo para mí....?

—Por lo tanto debeis convenir, en que no todos piensan lo mismo respecto á sus mugeres. El rey D. Alfonso, por ejemplo....

—¡Ah....! ¡Tambien ha llegado á vuestra noticia....!

—De modo que ya no estrañareis....

—No, no, mi adorada Blanca; nada estraño, nada me asombra.... Queria ocultaros, á vos y á vuestra madre, esa debilidad del Rey....

—Esa pasion insensata, querreis decir. ¡Ah... ! ¡Cuánto compadezco á la reina doña María! ¡Qué crueles amarguras debe sufrir...! Porque ella ama al ingrato D. Alfonso, que paga su cariño, rindiendo adoraciones á una dama de su séquito. ¿Y quereis, D. Luis, que las castellanas de Almazan, que la viuda y la hija del infante D. Pedro presencien el triunfo de la concubina, sobre los derechos de la esposa?

—Y lo peor es, Blanca mia, que ese amor desatinado lo absorve todo; lo peor es que D. Alfonso á nada atiende, en nada piensa, desde que doña Leonor de Guzman le aprisiona con sus encantos.

—Muchos posee en efecto. ¿Será fábula que ha dado yerbas conjuradas al Rey?

—Yerbas serán, ó tal vez habrá preferido algun otro hechizo diabólico, si hemos de dar crédito á lo que se cuenta. Entre tanto el Monarca granadino rompe el vasallage que rindió al castellano, cuando éste se preparaba á destruir su poder, y se niega á pagarle el tributo convenido de doce mil piezas de oro, coligándose al mismo tiempo con los moros de África, para poner cerco á Gibraltar. Por otra parte, los de Lara y los de Haro se conciertan, olvidando sus antiguas é inveteradas enemistades, para sembrar la desolacion y el desórden en el reino; y cual sino existiese la famosa órden de *la Banda*, estamos aquí sus caballeros con los brazos cruzados, esperando la señal de acometer que nunca llega..

—¡Qué os atreveis á recordarme! ¡Todavía anhelais mas encuentros:...!

—¿No debo la felicidad de llamaros mia á mi buena lanza?

—Pero ahora, ¿qué os proponeis conquistar?

—Nada, Blanca de mi corazon; lo único que anhelo es la destruccion de los enemigos de mi Rey y de mi patria.

—¡Oh! Mucho me contrista el saber que se unen de nuevo para cometer otros desmanes; mas no puedo negar que la ceguedad y la apatía del Rey conspiran en favor mio. Mientras permanezca tranquilo, os tendré á mi lado.

—Verdad es, doña Blanca; mas.... ¿no pudiera el rey D. Alfonso convocar repentinamente sus huestes y caer con ellas sobre la morisma?

La casualidad ó el destino acababan de justificar los temores ó los deseos del primogénito de *La-Cerda*; pues no bien habia pronunciado sus últimas razones, cuando se presentó delante de sus ojos el intrépido D. Lope de Vendaña, armado de punta en blanco.

—¿Qué nuevas nos traeis? le preguntó doña Blanca.

—Malas para vos, la respondió el guerrero sonriéndose. Preparaos á sufrir los sinsabores de la ausencia.

—¡Cómo....! ¿Debe partir D. Luis de la corte? repuso la heredera palideciendo.

—¿Qué quereis hermosa doña Blanca? El Rey ha sacudido su letargo, y jura que ha de escarmentar á los moros.

—Vamos pues, exclamó D. Luis con entusiasmo. Antes que esposo y amante soy cristiano y español.

Y viendo que de los bellísimos ojos de su amada prenda se desprendian algunas lágrimas la dijo:

—No lloreis, señora y vida de mi alma, en mi presencia, porque vuestro llanto enervará mi valor y la fuerza de mi brazo en los combates que se preparan. Yo volveré triunfante á vuestros brazos, despues de hacerme mas y mas digno de vuestro amor. ¿Quisiérais por ventura, verme temblar, cuando todos mis ilustres compañeros de *la Banda* visten el arnés y ospolean á sus corceles?

—No.... no.... conservad vuestro renombre de valiente, balbuceó dolorosamente la hija del infante D. Pedro. Partid.... partid.... aunque yo muera de dolor... porque tal es vuestro deber..

Partid... mas no deis al olvido, que vuestra esposa amante os aguarda suspirando noche y dia.

Don Luis estrechó tiernamente á doña Blanca contra su pecho, y en seguida dijo á D. Lope:

—¿Cuándo debemos cabalgar?

—Al amanecer, le contestó el de Vendaña. Don Alfonso, que se hallaba como adormecido en los brazos de la Guzman, ha saltado como un tígre á la primera nueva del cerco que á Gibraltar han puesto los infieles. Brama de corage, semejante á un corzo herido, y hace seis minutos ha dado órden para que todos los caballeros de *la Banda* salgan al campo, antes que iluminen la tierra los primeros rayos del sol. Bendigamos á la Providencia, D. Luis: la nueva lid que emprendemos curará al Rey de esa pasion vergonzosa, que todos los buenos deploramos.

Y así fué: la campaña de Gibraltar, aunque infructuosa para las armas de Castilla, hizo al Rey entrar en cuentas consigo mismo, y la gratitud al celo y decidida voluntad, con que la reina doña María le habia proporcionado los auxilios de su generoso padre, en los mas críticos momentos, suplió por la inclinacion amorosa. La religion acabó por esforzar mas tarde la firme resolucion que formó, de renunciar á los alhagos de doña Leonor de Guzman, y de vivir en union dichosa y placentera con su legítima esposa. No pudo sin embargo desentenderse de que la hermosa viuda de D. Juan de Velasco le habia dado cuatro hijos, á saber; D. Sancho y D. Enrique, que fué el famoso conde de Trastamara y asesino de su hermano D. Pedro *el Cruel*, único vástago legítimo de D. Alfonso XI; don Tello, que favoreció siempre los planes de D. Enrique, para destronar á D. Pedro, y D. Fadrique, célebre y valeroso Gran Maestre de Santiago, amante correspondido de su cuñada doña Blanca de Borbon y víctima desgraciada de los celos de su hermano. A todos concedió pingües rentas, tierras y ciudades, y á doña Leonor la villa de Talavera, llamada *de la Reina* por el mismo D. Alfonso, quien se propuso dulcificar con esta denominacion obsequiosa el verdadero destierro de la que habia sido su concubina. (1)

(1) Don Alfonso dió en arras á doña María de Portugal la villa de Talavera, al efectuarse su matrimonio; mas despues agregó dicha poblacion á la corona, con consentimiento de la misma Reina, cediéndola luego á doña Leonor de Guzman. Algunos historiadores creen que se aplicó á Talavera la calificacion *de la Reina*, por la primera circunstancia, que acabamos de esponer: otros afirman que, por haber muerto allí degollada doña Leonor, en cumplimiento de la venganza de doña María y de su hijo D. Pedro *el Cruel*, obtuvo aquel título. En esto, como en otras muchas cosas de mayor importancia, es la historia de nuestra nacion un tejido de contradicciones.—*N. del A.*

CAPITULO XXIV.

Abrese la campaña y D. Alfonso hace levantar el sitio de Tarifa.

Segun habia anunciado D. Lope de Vendaña al caballero Negro y á doña Blanca de Almazan, convocó el rey D. Alfonso sus aguerridas huestes y se puso en campaña. Ya hemos visto las poderosas causas que tenia, para no permanecer ocioso por mas tiempo, y á ellas debemos añadir que el Monarca granadino habia recibido últimamente grandes refuerzos de tropas, enviadas por Albohacen, rey de Marruecos; de modo que el de Castilla, al ver engrosarse de pronto el ejército contrario, dispuso la reconcentracion de sus fuerzas, para resistir con empeño la pujanza de los moros, en la nueva lucha que se preparaba.

Entre tanto se habian apoderado ya los de África de la fuerte plaza de Algeciras, y no tardó en rendirse la de Gibraltar á sus

reiterados ataques, merced á la infame traicion del alcaide Vasco Perez de Neira, que habia tenido cuidado de hacer inevitable la entrega de tan fuerte ciudad, por el abandono, hambre, miseria y desnudéz, que reinaban en su recinto. Enfurecióse D. Alfonso al oir tan tristes nuevas, vistió su arnés de guerra, empuñó la lanza y se puso al frente de los caballeros castellanos, resuelto á vengar la afrenta, que acababa de recibir de los perros infieles. Bien hubiera hecho en seguir sus marciales impulsos, porque todavía era tiempo de remediar los males causados por la perfidia y deslealtad; pero sus consejeros le exageraron la necesidad de que purgase á Castilla de rebeldes y de descontentos, antes de emprender una espedicion lejana; y como él tambien queria saber á qué atenerse, en cuanto á la lealtad de los magnates de su reino, revolvió primero sus armas contra los díscolos, mal avenidos con la tranquilidad interior. Viéronse estos desamparados inmediatamente por sus principales caudillos, porque todos los Señores temian la indignacion de D. Alfonso, y habiéndoles reducido su impotencia á pasar por la humillacion de entregar los castillos y las plazas que poseian; aterrados al mismo tiempo con los terribles castigos que ordenaba el Rey contra cuantos caian en sus manos, no tuvieron mas remedio que implorar su perdon, bajo palabras y juramentos formales, de que renunciaban en lo sucesivo á todos sus proyectos de trastornos y revueltas. Don Alfonso, que no desconocia cuán falsa era su sumision, aparentó que creia en la sinceridad de aquellas protestas, y concedió á sus mas encarnizados enemigos un indulto general sin escepciones, y aun admitió á su servicio á muchos de los mas notables, con el objeto de vigilar desde mas cerca sus manejos.

Como el rey de Portugal, á pesar de las estrechas relaciones que le unian con su yerno, habia patrocinado á los principales magnates rebeldes, como D. Juan Manuel, que sin entrar en Castilla atizaba el fuego de la discordia, D. Juan de Haro, que habia firmado paces con la casa de Lara, y otros no menos temibles, D. Alfonso revolvió sus armas contra él, desentendiéndose de los ruegos y de las lágrimas de la reina doña María. El ejército castellano saqueó gran número de pueblos del territorio portugués, y el famoso almirante

D. Alonso Jofré Tenorio destrozó la escuadra enemiga en un sangriento combate, obligando al Monarca lusitano á solicitar un armisticio. El Sumo Pontífice y el rey de Francia interpusieron sus buenos oficios, para una reconciliacion tan necesaria á la cristiandad y á los intereses de la Península ibérica, y D. Alfonso, vencedor en aquella campaña, que no habia provocado, accedió de buen grado á un acomodamiento, que le dejaba en completa libertad de atender á la guerra de Granada; próxima á renovarse, por los preparativos que hacía el rey de Marruecos, para que se empeñase otra vez con mayor furia.

Con todo, nunca perdia de vista el heróico sucesor de D. Fernando IV que Gibraltar se hallaba en poder de los infieles. Marchó pues contra esta plaza, decidido á apoderarse de ella, y lo hubiera conseguido sin la menor duda, porque dirigió contra ella formidables asaltos, en los cuales pelearon siempre cuerpo á cuerpo y al descubierto los caballeros de *la Banda*, de modo que abierta y combatida por todas partes, apenas oponia resistencia al valor de los acometedores: mas introdújose por desgracia el hambre y la desercion entre estos, y D. Alfonso se vió en la precision de admitir las proposiciones de paz que le presentaron los africanos.

Cuatro años hubo de trégua, porque pocos ignoran que en aquellos tiempos, un tratado de paz se reducia á una suspension de hostilidades, que duraba mas ó menos, segun la voluntad ó el capricho de una de las altas partes contratantes. Al cabo de dicho término, se supo que Albohacen hacía grandísimos aprestos de bajeles y de tropas, que destinaba á la conquista de todo el territorio español. El rey de Castilla se coligó inmediatamente con su vecino el de Aragon, pues éste llegó á convencerse de los inmensos perjuicios, que no podria menos de irrogar á ambos estados la comunicacion directa entre los soberanos de Marruecos y de Granada. A fin de impedirla, reunieron sus escuadras, las apostaron y consiguieron que los moros, que desembarcaban á duras penas en Andalucía, se encontrasen en la necesidad de empeñar incesantes escaramuzas con las tropas cristianas de tierra, que siempre llevaban la mejor parte en todos los encuentros. Desesperado Abomelic,

hijo del rey Albohacen, y caudillo de la espedicion, del escaso fruto que sacaba contra un adversario tan vigilante y tan intrépido como D. Alfonso, se propuso echar el resto de una vez y escarmentar á los cristianos, por lo que, saliendo de Granada y avanzando hácia Jerez, amenazó á Alcalá de los Gazules, despues de intimar á sus habitantes, que habia jurado por Mahoma no dejar vivo á un solo hombre en toda la comarca. Antes de tomar esta plaza, trató de sorprender la de Lebrija, contra la cual envió dos mil caballos; pero el valiente D. Fernando Perez Portocarrero, alcaide de Tarifa, tuvo aviso de aquella irrupcion, y reuniendo las mesnadas del contorno, defendió denodadamente la poblacion, hizo huir á los infieles, salió con ímpetu á su alcance, les cortó la retirada y acometiéndoles de nuevo con increible saña, hizo en ellos espantosa carnicería, pues casi todos quedaron muertos en el campo.

Noticioso el Rey de Castilla de tan señalado triunfo, confirió al alcaide Portocarrero la órden de la Banda, y marchó en seguida á medir sus fuerzas con el general Abomelic, para impedir á todo trance su entrada en Alcalá de los Gazules. Alcanzóle, tras de largo y penoso caminar, en la llanura de Pagana, no léjos del pequeño rio Patute, y sorprendió su campamento á poco mas de media noche. La accion se empeñó contra mil ginetes sarracenos, que abrieron los ojos á los gritos de *Santiago, Santiago, cierra á España*, proferidos por los castellanos. Todos fueron pasados á cuchillo, y entrando sin detenerse los españoles en los reales, hicieron horrible matanza en el cuerpo principal de los combatientes africanos, talando y destrozando su campamento. Pocos fueron los que salvaron sus vidas, huyendo á refugiarse á la plaza de Algeciras y á los inmediatos bosques: Abomelic, sin defensores que le acudiesen, abandonado de sus mismas tropas en medio de la nocturna refriega, cubierto de heridas y sin caballo, solo tuvo tiempo para arrastrarse hasta unas malezas, á cuyo abrigo imaginó escapar de tan horrible destrozo, fingiéndose muerto; mas habiéndole visto un soldado español, se acercó á él y observando que respiraba, le atravesó el corazon con su lanza, aunque sin saber quien era.

Desesperado el Rey de Marruecos, juró vengar la muerte de su

hijo, y sospechando, no sin razon, nuevos ataques por parte de los cristianos, reforzó inmediatamente las plazas de Algeciras y Gibraltar. Sabedor poco despues de que nada tenia que temer de la escuadra del Rey de Castilla, por cuanto la de Aragon, despues de haber perdido á su Almirante en un encuentro, se habia retirado, haciendo rumbo hácia las costas de Sicilia, hizo entrar en Algeciras una armada de ciento cincuenta velas. El general Jofré Tenorio solo contaba con veinte y siete naves, y no pudo por lo mismo oponerse al paso del enemigo; mas nó queriendo dar á entender que le temia, á pesar de su incontestable superioridad, maniobró de modo que, sin perder sus posiciones, pudo asegurar la retirada, en caso de que fuese atacado y vencido. Con todo, la conducta de tan prudente como hábil marino fué tachada de cobardía por los caballeros castellanos, y aun el mismo D. Alfonso le significó su disgusto, porque habia dejado que avanzase la escuadra marroquí. Exasperado entónces el pundonoroso Almirante, se propuso probar á todos que no merecia la infame nota, con que pretendian mancillar su nombre, y levando anclas, se dirigió animosamente al puerto de Algeciras, atacó con impetuoso furor á la armada infiel, y no obstante la desproporcion de sus fuerzas, hizo en ella grande estrago. Los moros, por su parte, combatieron como leones, y acometida la nave capitana española por seis de las suyas, solo pudieron izar en ella el estandarte de Mahoma, despues que Jofré y sus valientes marinos cayeron sin vida sobre la cubierta. Los demás buques castellanos fueron echados á pique, quedando así la España á merced del Rey de Marruecos.

En efecto, desde la derrota fatal del Guadalete, nunca se habia visto la Península mas espuesta á ser totalmente conquistada, porque acababan de reunirse en su suelo mas de doscientos mil moros. Don Alfonso no perdió su serenidad en tan terrible aprieto, y resuelto á jugar el todo por el todo, quiso escuchar sin embargo el parecer de sus mas allegados amigos y fieles servidores.

Sobre un pequeño cerro, no léjos de Tarifa, ciudad sitiada á la sazon por Albohacen, se hallaba el Rey de Castilla, departiendo sobre los azares de aquella guerra, con D. Alonso *el desheredado,*

con el caballero *Negro* y con los principales adalides de la Banda, cuando fueron á noticiarle la heróica muerte de Jofré Tenorio y la completa destruccion de su escuadra.

—¡Ira de Dios! esclamó al oirlo, esto solo nos faltaba.... haber perdido tan cumplido Almirante.... Ea, señores ¿qué debemos hacer ahora? ¿Daremos vuelta á la corte, para aguardar allí á que los perros musulmanes nos degüellen? ¿Qué pensais, D. Lope, de tan repetidos descalabros?

—Pienso que debemos oponerles nuestros pechos y morir ó triunfar, respondió el de Vendaña con entereza.

—¡Bah! repuso D. Alfonso. Ya sé que una vez dada la señal, ninguno de los que aquí estamos, volverá caras al enemigo, y así no pregunto eso. Lo que yo quiero saber es por donde debemos empezar, si por retirarnos, para disponer nuevos medios de combate, ó por marchar contra Algeciras.

—Señor, nada de retroceder, observó D. Luis de La-Cerda; porque si eso hacemos, caerán los moros sobre nuestra hueste, como nubes de langostas, y no dejarán un cristiano con vida.

—Muchos son en verdad los que han invadido nuestro territorio, murmuró el Rey, pero creo que discurrís con acierto. Mañana levantaremos el campo y, ó pereceremos todos, ó Algeciras nos abrirá sus puertas.

—No hareis tal, rey D. Alfonso, le dijo D. Alonso de La-Cerda, adelantándose gravemente. Las puertas de Algeciras están aquí; si quereis penetrar por ellas, no os movais del frente de Tarifa.

—Gran consejero sois, le contestó el Rey, y vuestras advertencias no pueden menos de aprovecharnos, porque nadie os gana en sabiduría de cuantos aquí nos encontramos reunidos. Esplicadme empero vuestras últimas palabras, para que sepa á qué atenerme, en cuanto á que debemos permanecer en este sitio.

—Pronto me comprendereis, y sino decidme, ¿temeis que en este cerro se os atreva la morisma?

—No; que venga, que venga á probar fortuna contra nuestras lanzas.

—¿Y no se desalentarán los defensores de Tarifa, si ven que nos alejamos de ellos?

—Verdad es: se me figura que les infunde arrojo la seguridad de que nos tienen cerca.

—Al mismo tiempo que los infieles abrigan el recelo de que caigamos sobre sus trincheras; por eso se han reducido á sitiar la plaza sin combatirla.

—Fuerza es confesar que teneis razon; mas no alcanzo por qué motivo hemos de seguir así; España se llena de moros y es preciso arrojarlos al África.

—Los arrojarémos, antes que se ponga el sol, que debe aparecer mañana en el horizonte.

—¿Cómo lo sabeis?

—He enviado avisos, por ginetes corredores, á todos los capitanes de mesnada, que iban marchando sobre Algeciras, para que retrocedan: esta noche llegarán á nuestro campo, y al amanecer obligaremos á los moros á levantar el sitio de esa plaza, cuyos combatientes saldrán tambien á rechazarlos. Imposible será que el enemigo resista nuestro empuje; mas.... si á tanto se atreviese, le cederíamos poco á poco el terreno.....

—¡Qué decís, D. Alonso....! ¡Ceder el terreno á los infieles....!

—Sí; para derrotarlos mejor.

—Os juro que no sé como puede ser eso.

—La esplicacion es muy sencilla.

—¡Oh! No la tengo por tal; el ejército que se retira, está vencido.

—Cierto, ciertísimo, Rey de Castilla, cuando ese ejército no cuenta con otro en que apoyarse.

—¿Pues en qué nos apoyamos nosotros?

—En doce mil infantes y ocho mil caballos, que nos llegan de Castilla y Portugal.

—¡Sería posible....!

—Contad con ellos. Mis amigos y partidarios han ido reclutando esa gente en las tierras que me habeis concedido, porque desde el principio de esta guerra conocí que se trataba de la suerte del reino y de la de vuestra corona. Ahora solo falta que aquí todos cumplamos con nuestro deber.

—Todos cumpliremos como leales y como valientes, esclamó el

Rey, estrechando fuertemente contra su pecho al buen infante don Alonso de La-Cerda. En Valladolid os dije que seríais mi amigo; mas que mi amigo sois, porque hoy por segunda vez me dais un trono. Caballeros, añadió dirigiéndose á todos los que le rodeaban, D. Alonso de La-Cerda es en España tanto como el Rey de Castilla, y quiero que sea respetado y obedecido como yo.

Una aclamacion general de entusiasmo acojió las palabras del Rey.

Cerrada la noche, se reunieron en un solo peloton las fuerzas que se hallaban mas inmediatas al cerro, y puestos á su frente el Rey, D. Luis de La-Cerda, D. Lope de Vendaña y dos caballeros hermanos, que se apellidaban Laso de la Vega, bajaron al campamento de los moros. Estos no pudieron contrarrestar su empuje inesperado, y huyeron al principio á la desbandada, pero recobrados del susto, al conocer que eran poco temibles por su número las fuerzas que les acometian, se rehicieron en una altura inmediata, no léjos de la orilla del rio Salado, despues de ocupar su puente con tres mil caballos escogidos.

Tarifa quedó libre aquella noche; su animosa guarnicion se unió á las tropas reales, y D. Alfonso se preparó para la batalla del siguiente dia.

CAPITULO XXV.

El guerrero trovador.

LORABA entre tanto doña Blanca de Almazan males de ausencia, retirada en su vivienda de Valladolid, sin que bastasen á consolarla en su angustia los consuelos ni el cariño de su amorosa madre, la noble infanta doña María. Habian llegado á la corte vagas noticias de encuentros desgraciados para las armas cristianas, mas nada se sabía de positivo, acerca de los movimientos del Rey, para oponerse á la irrupcion de los sarracenos, á quienes todos esperaban ver llegar por momentos sobre las ciudades castellanas. Unos lo daban por muerto en una escaramuza trabada no léjos de Jaen, otros le creian cautivo en África, y eran por lo mismo de opinion que debia ser proclamado D. Enrique, conde de Trastamara, como hijo mayor de D. Alfonso, habido en doña Leonor de Guzman.

Estas hablillas, que esparcia el vulgo, comentándolas con creces á su sabor, aumentaban mas y mas los tormentos de la hermosa heredera, que ignoraba completamente la suerte de su esposo.

—Ha muerto.... ha muerto.... repetia desesperadamente, contestando á las prudentes reflexiones de su madre.

—No, Blanca, no, le dijo ésta, á pesar de no hallarse muy convencida de lo mismo que aseguraba. Es imposible que eso haya sucedido, porque de contado lo publicarian los ocultos enemigos del Rey.

—Demasiado lo publican, por mi desventura, repuso la jóven esposa. ¿No convienen todos en que el trono está vacante?

—Todos, menos la Reina, observó la ilustre matrona.

—Es verdad, madre mia, pero eso consiste en que una esposa es la última que pierde la esperanza. Mas no porque su corazon la rechace, es menos cierta la mala nueva.

—Bien, hija mia, bien; supongamos que el valiente D. Alfonso haya sucumbido, peleando contra los moros, ¿se sigue de ahí que hayan alcanzado la misma suerte cuantos le acompañaban?

—¿Cómo podeis dudarlo?

—¡Oh! Eso sería horrible.

—Por mas horrible que os parezca, debeis confesar, que el caballero que desamparase á su señor en tanto peligro, sería un vil, villano y mal nacido.

—Estoy convencida de que la nobleza castellana habrá defendido al Rey hasta el último trance, mas despues.....

—Despues de muerto el Rey, se habrá sacrificado para vengarle. No olvideis, madre mia, que entre esa nobleza figuran los Linares, los Castro, los Portocarrero y otros mil nombres hidalgos y esclarecidos por grandes hechos.

—Ya sé.... ya sé que no hay allí un solo traidor, y que al lado de esos nombres brillan tambien los de los pundonorosos alaveses D. Lope de Vendaña, D. Gonzalo de Mendoza, D. Iñigo de Mendibil y D. Luis de La-Cerda. (1)

(1) Don Alfonso de La-Cerda *el desheredado* nació, segun el padre Orleans, en Trevino, y si hemos de creer al padre Soriano, hombre erudito y muy versado en las cosas de España, en la villa de Oyon.—*N. del A.*

—¡Don Luis....! ¡Ah! ¿Por qué no me cubren lutos por su muerte?

—Loca estás, Blanca, loca de todo punto, cuando tales pensamientos abrigas.

—Os digo, señora y madre mia, que si no recibimos pronto noticias del campo del Rey, vais á acertar en vuestro pronóstico. Loca, loca me volverá de seguro esta cruel incertidumbre.

—Calla.... ¿no escuchas el sonido de un laud?

—¡Y qué! ¿Os parece que la música puede aliviar mis pesares?

—Oigamos al trovador. ¿Quién sabe lo que puede acontecer?

—Ya os comprendo: le habeis hecho venir, para que tranquilice mi ánimo esta noche, tañendo al pié de mis ventanas.

—Nada de eso, hija mia. Me conoces bien y sabes que nunca apelaré á esos medios, para desterrar de tu alma un dolor tan justo como sagrado. Ninguna noticia tengo de la llegada de ese menestrel; pero deseo que le escuchés, con el fin de no prolongar por mas tiempo esta penosa plática, que á los dos nos martiriza.

—Le escucharé por obedeceros.

—Vamos pues, y no pierdas la esperanza, ya que has dicho que una esposa debe conservar ese don del cielo, despues que todos renuncien á él.

Doña María y doña Blanca abandonaron los mullidos sillones que ocupaban, y acercándose á una de las celosías, que caian sobre el jardin, vieron, á favor de la opaca claridad de la luna, un jóven guerrero con un laud en las manos. Tañíalo con mas dulzura y espresion que maestría, y á tiro de ballesta se echaba de ver que, no el deseo de lucir su habilidad, sino el de llamar la atencion hácia su persona, le obligaba á interrumpir las cavilaciones y tristezas de la heredera de Almazan. Esta y doña María guardaron profundo silencio, con el fin de evitar que el músico se cerciorase de que estaban en acecho, para solazarse con sus melodías. Al fin, despues de mucho preludiar y de recorrer á derecha é izquierda un cuadro de bellísimas flores, que merecian la preferencia de doña Blanca, pero en las cuales no pensaba en aquel momento, se detuvo el trovador, y con acento melancólico y apasionado, cantó de esta manera:

Escucha mis tristes quejas,
señora del alma mia,
ten piedad de mi agonía,
oye benigna mi amor.
Que si me niega tu pecho
un suspiro de clemencia,
corta será la existencia
de tu infeliz amador.

—

En la lid tu dulce imágen
fué mi norte y mi consuelo,
mi placer, mi único anhelo
vencer ó espirar por tí.
Y cuando la dura lanza
me atravesó del contrario,
le grité: «paz, temerario,
«porque Blanca alienta en mí.»

—

—¡Él es! esclamó la heredera, oprimiendo el brazo de doña María; pero ésta mas prudente y menos arrebatada, puso dos dedos sobre la boca de su hija, para que guardase silencio, y murmuró débilmente:

—No reconozco su acento.

—¡Ah...! Ni yo tampoco, repuso doña Blanca; pero ha pronunciado mi nombre.

—Eso puede ser casualidad. Tal vez la dama de sus pensamientos tenga tu mismo nombre.

—¿Y por qué viene, si es así, á cantar debajo de mis ventanas?

Doña María nada contestó á esta observacion, porque el músico errante volvió á interrumpir con su voz triste y melodiosa la quietud de la noche, espresándose así:

Los trofeos que mi brazo
á tus plantas tributaba,

te dijeron que te amaba
cual jamás doncel amó.
Tierna entónces sonreias,
y mi constancia premiaste,
mas pronta esquiva olvidaste
lo que tu pecho juró.

—

Entre los brazos dichosos
de mi enemigo deliras,
el aliento que respiras
abrasa tu corazon.
Y fementida no esperas
que á tu oido el viento lleve
del alma un ¡ay! triste, leve,
¡ay! de desesperacion.

—

En mi tumba solitaria
fijarás los mústios ojos,
y al contemplar mis despojos
tal vez te ablande el dolor.
Adios gritarás entónces
con el pecho desgarrado;
mi perfidia ha sepultado
á mi infeliz amador.

Calló el que tan desgraciado parecia en amores, mas no se dió mucha prisa en apartarse del jardin; antes bien manifestaba, permaneciendo en él, como que se proponia lograr algun resultado con su improvisada serenata.

Doña María por su parte separó á la heredera de la ventana; en seguida hirió en el timbre, que la servia para llamar á sus criados y dijo placenteramente:

—Alegrémonos, porque, ó yo me engaño mucho, ó muy pronto recibirémos buenas noticias del campo del Rey.

—¿Pues qué intentais, madre mia? preguntó doña Blanca impaciente.

—¿No has conocido al trovador?

—¿Cómo he de conocerle, si jamás le he visto? Al principio creí.....

La llegada del escudero Rodrigo, que segun tenemos consignado, nunca abandonó á sus ilustres amas, cortó el diálogo á que habian dado principio.

—Al punto, Rodrigo, al punto, le dijo doña María; baja al jardin y haz presente á un caballero rondador, que allí encontrarás, que la viuda del infante don Pedro y su hija doña Blanca de Almazan, esposa de don Luis de *La-Cerda*, le ofrecen hospitalidad por esta noche.

—¿Es el mismo que ha cantado una famosa trova? preguntó el escudero.

—El mismo. Date prisa, replicó la matrona.

—Sí, sí, murmuró el viejo; antes que se vaya con la música á otra parte. Con eso nos divertirá un rato con su laud, pues lo tañe que es una delicia el oirle. Artal se empeña que los versos que ha cantado son de otra cosecha, y que todo lo de los suspiros y lo de los ayes es música celestial y puro finjimiento, porque diz que la tal trova es antigua, si las hay: pero á mí ¿qué me importa? Aunque sea mas antigua que el diluvio universal, ó que el rey que rabió, me agrada y cuento concluido. Yo haré ver á Artal y á todos los Artales del mundo, copleros de tres al cornado, que por fuerza es gran trovador el desconocido, supuesto que mis ilustres amas le admiten en su vivienda.

Terminado este ex-abrupto, que no deben estrañar nuestros lectores, supuesto que tienen bien conocido el carácter del escudero, dió éste media vuelta á la izquierda, y salió muy satisfecho de sí mismo, á cumplir la órden de doña María.

Pocos momentos despues, se presentó delante de las Señoras de Almazan un caballero jóven, de rubia cabellera y armado de casco y coraza. Llevaba un laud en las manos y de su cinto pendia una ancha daga. Apenas divisó á la noble viuda, corrió á ponerse de

hinojos á sus piés y saludó á la heredera con tanto cariño como respeto.

Doña Blanca dió un grito de sorpresa y de alegría, exclamando:

—¡Julio.....! Tú.... ¡Vos aquí!

—¡Oh! No me trateis con tanta ceremonia, porque haya dejado de ser niño. Siempre seré el paje dichoso de la hermosa *Vírgen de Almazan*, como os llamaba cierto poeta oscuro.

Y dirigiéndose de pronto á la Infanta, añadió:

—Es preciso que nadie en la corte sospeche mi llegada á Valladolid, porque el Rey ignora que me he ausentado de su campo.

—¿Pues qué ocurre? Dadnos noticias, repuso doña María levantándose.

—¿Y D. Luis de La-Cerda? le preguntó impetuosamente doña Blanca.

—Tranquilizaos, por Dios: ni un solo rasguño ha recibido vuestro valiente esposo en los diferentes encuentros que hemos arrostrado. Por servirle he venido á sosegar vuestro ánimo y á saber nuevas de la corte, para llevarlas al campamento: al amanecer me pondré en camino y....

—¿Qué prisa teneis?

—Se dispone una gran batalla entre moros y cristianos.

—¡Ah!

—Nada temais. Don Luis de La-Cerda no sucumbirá en el combate, sin que primero perezca yo defendiéndole. Mostraos pues digna de vuestro nombre y del suyo.

—¡Qué he de hacer! Me resigno... ¿Tengo por ventura otro remedio?

—Sepamos de una vez el estado de los negocios, observó doña María.

—Es tal, señora, respondió el page de la heredera, que otro Rey menos animoso, que el que gobierna á Castilla, desesperaria completamente de la suerte del reino.

—¿Ha sido por desgracia derrotado?

—Él no, ni tampoco los que le siguen.

—¿Pues de dónde viene su mala andanza?

—De que los moros infestan las Andalucías, sin que haya medio de evitar sus irrupciones.

—¿Tantos son?

—Como las arenas del desierto.

—¿Pretenden por ventura conquistar segunda vez á España?

—Ese es el designio de Albohacen, temible emperador de Marruecos. Orgulloso, porque tiene en su poder á Gibraltar y Algeciras, se propone acorralarnos con sus huestes. Ya ha destruido nuestra armada....

—¡Cielos! ¡Qué fatalidad para D. Alfonso!

—Todas las naves cristianas yacen en los abismos del mar y el invencible y noble almirante Jofré Tenorio....

—¿Está cautivo en África?

—Ha muerto como quien era, peleando bravamente sobre la cubierta de su bajel.

—Tristes nuevas nos traeis.

—Sí, noble doña María, muy tristes, y por lo mismo deben ser secretas, pues si se publicasen, no dejarian de cobrar alientos y esperanzas los enemigos del Rey.

—Esos enemigos se revuelven, porque suponen que D. Alfonso ya no existe.

—¡Doña María! Esa nueva vale mas que todas las mias: ya veo que será necesario....

—Antes que otra cosa, desengañar al pueblo.

—¿Tan adelantados están los traidores?

—La muerte del Rey, y su esclavitud entre los moros, son dos cosas que circulan de boca en boca, como moneda corriente. Por eso quieren proclamar al infante D. Enrique.

—¡A un bastardo....! ¿Y que hace la Reina?

—Llora amargamente sus penas.

—Vive Dios, que no es buena ocasion de llantos ni de gemidos la que acaba de elegir. ¿Don Lope de Urnizar?

—A duras penas puede contener á los magnates revoltosos.

No habia concluido aun doña María de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la puerta del salon, y se presentó un page anunciando:

—El Justicia Mayor de Castilla, de parte de la Reina.

Entró D. Lope, y las damas de Almazan, despues de haberse retirado Julio al oratorio de doña María, le recibieron con el agasajo debido á su hidalguía y al elevado puesto que ocupaba.

La conversacion que con él tuvieron, ó las órdenes que escucharon de su boca, no nos interesan en este instante. Ya veremos en otro capítulo sus resultados.

CAPITULO XXVI.

La batalla del Salado.

Volvamos ahora á las operaciones militares de D. Alfonso XI.

Resueltos se hallaban los moros á disputar palmo á palmo la victoria contra la hueste castellana. Envalentonados con sus triunfos anteriores, y especialmente con la destruccion de la armada real, contaban ya por segura una nueva victoria, que necesariamente debia abrirles las puertas de todo el territorio español. Pero D. Alonso de La-Cerda *el desheredado*, que era el mas hábil capitan de aquellos tiempos, habia conocido perfectamente, desde el principio de la campaña, los apuros en que don Alfonso iba á encontrarse; por lo que, sin consultar su voluntad, habia encargado á los nobles de Alava y de Vizcaya, partidarios fieles de sus antiguos y abandonados derechos, que reclutasen buen

golpe de peones y de caballos. Al mismo tiempo habia pedido auxilios al rey de Portugal, en nombre de la reina doña María y en el suyo, haciéndole entender las ventajas que debian seguirse para toda la cristiandad de la reunion de sus fuerzas contra el enemigo comun. Los descalabros de las huestes reales y la creciente osadía de los moros, no obstante la derrota y muerte del famoso Abomelic, le confirmaron mas y mas en su creencia, de que no debia aventurarse encuentro alguno decisivo, mientras no se incorporasen al ejército real las fuerzas que esperaba. Noticioso, cuando se hallaba acompañando al Rey en frente de Tarifa, de que las reservas de Portugal y las de las provincias Vascas debian llegar al dia siguiente, aconsejó el movimiento nocturno, que obligó á los moros á levantar el sitio de aquella plaza.

Al amanecer se avistaron los dos ejércitos rivales, que separaba el rio Salado. Don Alfonso, que cabalgaba en un fogoso potro cordobés, iba á dar la señal de embestir, cuando acercándosele su sábio consejero *el desheredado*, le dijo:

—Moderad, Señor, vuestro ardimiento por unos cuantos minutos, á fin de que el enemigo no entienda que maniobramos. Si me dejais hacer, muy pronto comenzará la refriega, con ventaja para nosotros.

—Haced pues como os plazca, infante D. Alonso, le respondió el Rey. En vos confio mas que en mí propio.

El padre del caballero Negro se apartó del Rey y corrió hácia donde estaban los hermanos Laso de la Vega con ochocientos ginetes; señalóles con la mano la derecha del rio á lo léjos, y solo pronunció estas palabras:

—Allí, caballeros está la salvacion de Castilla.

Comprendiéronle perfectamente aquellos dos animosos guerreros, y separándose del campo con sus lanzas, se dieron tan buena maña y carrera, que fueron á caer de improviso y con desusada furia sobre los tres mil caballos infieles, que custodiaban el puente. La confusion de aquella inesperada escaramuza fué horrible, pero duró pocos momentos. Los moros sorprendidos pelearon con el valor de la desesperacion, y al fin tuvieron que retroceder, porque los insig-

nes caudillos de aquella pequeña hueste cristiana se multiplicaban por todas partes, y habian hecho voto de morir, ó de franquear el paso del puente al ejército real. Mas de mil cuatrocientos sectarios de Mahoma perdieron la vida en la refriega y los demás huyeron á esparcir, con sus alharidos, la alarma en las filas de Albohacen. Éste se movió por último, ardiendo de corage y con propósito de anonadar al Rey de Castilla, antes que sus tropas consiguiesen pasar el rio; pero ya era tarde.

Don Alfonso, avisado por el anciano Infante de lo que pasaba, no se contuvo. Dió la señal de acometer y seguido de sus caballeros de la Banda se precipitó hácia el puente del Salado. Pocos minutos despues se encontraba en la opuesta orilla, repartiendo tajos y reveses, porque la batalla dió principio con tal encarnizamiento, que durante media hora pelearon revueltos y confundidos en espantoso desórden moros y cristianos. Don Luis de La-Cerda, cansado de asestar lanzadas á derecha é izquierda, conoció que el combate duraria, mientras hubiese enemigos en pié, mas no sabía cómo darle fin, cuando, por gran fortuna suya, fueron á decirle que las reservas de Alava y Portugal acometian en aquel instante á los escuadrones moros. Al punto voló á su encuentro, y dando órden á quinientos ginetes de Alava para que picasen espuela ganando la vuelta de unas colinas, se arrojó impetuosamente sobre el real de Albohacen, y aterró con su brusca acometida á la apiñada muchedumbre de moros, que lo custodiaba. Estos huyeron en completo desórden, matándose los unos á los otros y esparciendo el terror por todo el campamento. Al mismo tiempo intentó guarecerse en Tarifa un fuerte escuadron de infieles; pero quedó pasado á cuchillo por la valiente guarnicion cristiana. Por último atacó D. Alfonso en persona con los de la Banda el ala derecha de Albohacen y la desordenó haciendo en ella terrible estrago: quiso entónces el Rey de Marruecos guarecerse en sus reales, mas saliéndole al paso D. Luis de La-Cerda con sus alaveses, se vió cogido en sus propias redes. Entónces empezó á convertirse la batalla en carnicería, y no tardó en quedar el campo cubierto de cadáveres, porque los castellanos persiguieron á sus enemigos, hasta que ya no pudieron mas de fati-

ga. Las aguas del rio Salado se enrojecieron con la sangre derramada por los que en ellas buscaban su salvacion, y mordieron la tierra doscientos mil infieles; los demás, esclavos ó fugitivos, dejaron en poder de los vencedores un inmenso y riquísimo botin (1).

A tan importantísima victoria se siguió inmediatamente la rendicion de Alcalá la Real, así como la de Algeciras, en cuyo memorable sitio se oyó por primera vez en España el estampido de la artillería, novedad que consternó á los moros. Estos no obstante, pasado el susto, con los disparos que se estrellaban inútilmente contra los inexpugnables torreones que defendian, se sostuvieron con valor por espacio de seis meses, aunque acosados por el hambre y por los estragos de una enfermedad contagiosa. La primera de estas calamidades se hacía sentir igualmente entre los cristianos; pero resuelto D. Alfonso á no cejar en su empresa, hasta ver libre de infieles el territorio español, mandó que se enviase á Sevilla su vagilla de oro y plata, como tambien las de muchos señores que le seguian, con el objeto de convertirlas en moneda corriente, aumentando su valor, para socorrer las necesidades de sus tropas. El patriotismo de las ciudades inutilizó afortunadamente esta desastrosa medida, proporcionando al Rey grandes recursos, que unidos á los que recibió de los reyes de Francia y de Navarra, le pusieron en disposicion de apretar el cerco de aquella plaza indomable. Viéndose perdidos los moros, verificaron una salida, para destruir las obras de sitio del ejército real, pero fueron vencidos y horriblemente acuchillados: esto les obligó á entregar la ciudad, y queriendo D. Alfonso darles una prueba de lo mucho que sabía apreciar el valor y la constancia en los peligros, dejó en completa libertad á la guarnicion y á los habitantes de Algeciras. Poco despues, agradecidos á este rasgo de magnanimidad los reyes de Marruecos y de Granada le propusieron una trégua por diez años.

Camino de Jaen iba el Rey de Castilla con su brillante corte de

(1) Dióse esta sangrienta y famosa batalla en el año de 1340 y no en el de 1336, como pretenden algunos historiadores. Tampoco es cierto que en ella muriese Albohacen. El Rey de Marruecos escapó de la refriega, despues de haber perdido grandes tesoros y pudo meterse á uña de caballo en Algeciras, desde donde pasó á sus estados de África.—*N. del autor.*

esforzados guerreros, cuando á una revuelta del repecho, desde el cual se divisaban todos los primores de un suelo, regado tantas veces con sangre castellana, se le presentó un jóven campeon armado de punta en blanco, que le hizo acatamiento.

—¿Quién sois? le preguntó D. Alfonso, examinándole atentamente, y encantado de su marcial apostura y gallardía.

—Un desgraciado, señor y mi Rey; un mal caballero.... respondió el paladin.

—¡Un mal caballero! repitió el Rey con irritado acento. ¡Ah! Comprendo el sentido de vuestras palabras.... perteneceis al bando de los traidores, que.....

—Eso jamás, D. Alfonso de Castilla, y á vuestro lado cabalgan nobles guerreros, que pueden dar fé de mi hidalguía y lealtad.

—Conozco al buen Julio de Quiñones, observó D. Luis de La-Cerda, adelantando su corcel, y respondo de su fidelidad al Rey, como de la mia.

—Pues ¿de qué se acusa? preguntó el Monarca, suavizando todo lo posible el sonido de su voz.

—Acúsome, Señor, de haberme ausentado del campamento, cuando tantos ilustres campeones se preparaban á pelear contra la morisma, cuando habia peligro en permanecer noche y dia con la lanza en ristre. Acúsome de no haber combatido en la gran batalla del Salado, ni en los repetidos y porfiados encuentros delante de Algeciras.

—Tal vez os hizo el amor olvidar vuestros deberes.....

—Ninguna belleza suspira por mí, Señor; si así fuera sabria sacrificar mi ventura al pundonor de mi nombre.

—Luego.... ¿por qué os ausentásteis?

—Cumplí con una obligacion sagrada.... mi destino me llevó á Valladolid.

—¡A Valladolid! ¿Y volveis de allá?

—De allá vuelvo, rey D. Alfonso.

—¿Qué noticias nos traeis....? ¿Qué hace la Reina....? ¿Qué se dice de mí en la corte?

—Cuando llegué á ella reinaban en la ciudad el desaliento y la

incertidumbre; sabíase la destruccion de nuestras galeras y la muerte del almirante Jofré Tenorio, por lo que muy poco tuvieron que hacer los traidores, para que cundiese la nueva de que Vuestra Alteza habia perecido en un encuentro desgraciado, ó se hallaba cautivo en poder de los infieles. Acosada la Reina por todas partes, hizo frente á la tempestad, pero el tumulto creció: los enemigos de Vuestra Alteza desconocieron la autoridad del Justicia Mayor y aun le obligaron á refugiarse en sagrado, para salvar su vida. Acto contínuo, sacaron en triunfo y pasearon por la ciudad al conde de Trastamara y lo presentaron á la Reina, para que le reconociese y jurase como Rey de Castilla. El Conde sin embargo se negó á aceptar este título, alegando que no le constaba la muerte de Vuestra Alteza; los magnates alborotados insistieron en su demanda, y ya la Reina estaba á punto de ceder bajo solemnes protestas, cuando aparecí yo espada en mano en el salon real, como enviado del rey D. Alfonso XI de Castilla. Esto desbarató los planes inícuos de los que pretendian arrebatar el trono á Vuestra Alteza.

—¿Y los traidores?

—Huyeron, no bien declaré que Vuestra Alteza seguia capitaneando el ejército.

—¿Y la Reina?

—Recobró su autoridad.

—¿Y D. Lope de Urnizar?

—Proclamó rebeldes á los magnates y los hizo perseguir en sus castillos.

—¿Y el pueblo?

—Me eligió por su gefe, para defender los derechos de Vuestra Alteza.

El Rey alargó su mano á Julio de Quiñones, que la besó con respeto; volviéndose despues hácia los de su comitiva, pronunció estas palabras:

—Hé aquí un cobarde, que ha tenido miedo de habérselas con los infieles, y ha huido hasta Valladolid para levantar mi corona del suelo. ¿Qué os parece, nobles señores? Necesario será que le nombremos Adelantado de Castilla, ya que tan oportunamente acierta

á adelantarse, hasta el punto de fingir que yo le envio, cuando todos me juzgan muerto. No hubiera hecho yo mas con salir de la tumba y presentarme en la corte, cuando los magnates se empeñaban en disponer de mi trono. Y ahora, valientes caballeros, ya que hemos triunfado por todas partes de la morisma, demos la vuelta hácia Valladolid, para que mi pueblo fiel vea que aun existo, y que este jóven guerrero le ha dicho la verdad.

Don Alfonso picó á su potro cordobés y todos los paladines de la Banda le siguieron á la carrera.

CAPITULO XXVII.

El motin de Valladolid y los dos hermanos.

El antiguo page de la heredera de Almazan no habia exagerado, en su relacion al Rey, los acontecimientos de Valladolid. Esto es lo que habia pasado.

Noticiosa la reina doña María de que D. Alfonso habia muerto y de que la misma suerte habia cabido á todos los caballeros de la Banda, llamó al Justicia Mayor de Castilla, para consultar con él lo que deberia hacerse en tan apurado trance. Don Lope de Urnizar se negó obstinadamente á creer aquella nueva fatal, y juró que á todo evento debia sostenerse la autoridad del Rey.

—Además, Señora, añadió como inspirado por el cielo, un recurso nos queda para averiguar si son ciertos esos rumores, que los descontentos publican.

—¿Cuál es? le preguntó la Reina con ansiedad.

—Si los de la Banda han sucumbido, observó D. Lope, doña Blanca de Almazan debe saberlo. Dadme vuestra vénia para que la hable en vuestro nombre, y así conoceremos lo que se debe temer ó esperar.

Doña María acojió el pensamiento del Justicia Mayor, como el náufrago se ase á la tabla que la tempestad le arroja. D. Lope, segun hemos visto, pasó á la morada de la viuda del infante D. Pedro y fué introducido á la presencia de las dos damas, un instante despues que Julio desaparecia por la puerta, que comunicaba al oratorio de la ilustre matrona.

Delicadísima por demás era la comision, que á sí mismo se habia impuesto el de Urnizar; mas se arriesgó á desempeñarla para salir de la incertidumbre, en que las maquinaciones de los descontentos por un lado, y por otro las lágrimas de la Reina le ponian. Turbado iba á la verdad á conocer la suerte que le esperaba, pues demasiado se habia convencido de que, si la noticia de la muerte del Rey era cierta, no debia esperar merced de los partidarios del infante D. Enrique; pero se tranquilizó desde luego al observar que doña Blanca y su madre le acojian placenteras. Esta circunstancia y la de no ver en sus trages ninguna señal de luto, le infundió aliento para preguntar á la heredera, despues de ofrecer sus respetos á la Infanta:

—¿No es cierto que estrañais mi venida á una hora tan intempestiva?

—¡Oh! Nó, seguramente, le contestó doña Blanca. Don Lope de Urnizar no puede menos de ser bien recibido en todas partes, tanto por su hidalguía, como por ser el encargado de administrar la justicia del Rey.

—Pero decidme por Dios, Señora, repuso el magnate, ya que del Rey habeis hablado, si es cierto que le tenemos.

—¿Estais por ventura soñando, señor de Urnizar? ¿Por qué me demandais eso?

—Porque la opinion pública está hoy muy dividida en Valladolid, respecto á si nos hallamos en el caso de elegir ó no nuevo monarca. Dícese....

—No ignoramos lo que se dice, mas creedme; hablillas son todas de los malcontentos ó de los desesperados, que están reñidos con sus cabezas.

—Luego.... habeis recibido noticias del campamento del Rey.

—Señor D. Lope, dijo á la sazon doña María, al llegar á mi casa y la vuestra, habeis hecho que os anuncien como enviado de la Reina, mi Señora. ¿Venís en efecto de su parte?

—¿Por qué he de ocultarlo?

—¿Y habeis dirigido á mi hija doña Blanca vuestras preguntas en su nombre?

—Sí, doña María, sí. ¿No estais al cabo de lo que acontece?

—Solo sé que el conde Osorio, digno hijo de su padre en traiciones, y á quien el Rey quitó no ha mucho el condado de Trastamara, para dárselo al infante D. Enrique, cansado de la vida ociosa que llevaba en el castillo de Belver, ha aparecido en la corte, y que en union de otros magnates hace creer al pueblo....

—¿La muerte de D. Alfonso? Si no fuera mas que eso, muy pronto cortaríamos los vuelos á sus intrigas.

—¿Pues hay mas?

—Mañana mismo intenta, ayudado por sus parciales, desterrar á la Reina y obligarla primero á reconocer y jurar á D. Enrique por Rey de Castilla.

—¡A un bastardo!

—No lo dudeis; tienen en su auxilio al pueblo y será proclamado el hijo de doña Leonor de Guzman.

—¿Lo dais por seguro?

—Por seguro lo doy, doña María.

—Pues bien, tranquilizad á la Reina.... afirmad que el Rey vive y.... no puedo deciros mas por esta noche; pero mañana....

—Mañana.... declarad todo vuestro pensamiento.

—Imposible, D. Lope.... el secreto no es mio...

—Tened en cuenta, sin embargo, que los rebeldes piensan dar el golpe mañana.

—Muy fuertes se juzgan.

—¡Oh! ¿Quién puede estorbárselo? No hay en la corte un solo

caballero, que no sea traidor: los leales están allí.... donde está el Rey.... yo solo....

—En mala situacion os veo, señor Justicia Mayor; pero mantenéos firme, que no os pesará. Ahora recuerdo.... ¿No habeis asegurado que esos nobles rebeldes se proponen coronar á un infante bastardo?

—Ese es su plan.

—¡Y qué! ¿Ignoran que existe otro legítimo? ¿No tiene ya don Alfonso un sucesor, cuyos derechos sostendrá Castilla á todo trance?

—El conde Osorio y sus amigos cuentan mas, para disponer de las ciudades á su antojo, con el carácter de D. Enrique, que con el de D. Pedro.

—Parece increible.... es mas jóven el infante legítimo que el bastardo, y les seria fácil llevarle por donde quisieran.

—Os equivocais de medio á medio, Señora. Don Pedro, á pesar de su corta edad, revela que se hará temer, si empuña el cetro. Ya le han oido decir, que algun dia domeñará la soberbia de los grandes. Por eso estos prefieren á su hermano.

—¿Y qué harán de D. Pedro?

—Saldrá desterrado con la Reina.

—Confiemos en Dios, D. Lope, y nada de eso acontecerá.

—Infundís en mi ánimo esperanzas, doña María; pero nos quedan tan pocas horas....

—¿Creeis en mi fidelidad, señor Justicia Mayor?

—¡Qué estais diciendo! Con esa pregunta me ofendeis y os ofendeis á vos misma.

—Pues si creeis en ella.... confiemos todos en Dios.

Don Lope se retiró, persuadido de que las señoras de Almazan esperaban, tal vez aquella noche ó al dia siguiente, algun auxilio, que pusiese á los conspiradores en aprieto, y así lo declaró á la Reina, refiriéndole la plática que acababa de tener. La acongojada esposa de Alfonso XI suspiró tristemente, abrazó al infante don Pedro, niño entonces, pero que no tardaria mucho en ser terrible ejecutor de sus venganzas, y repitió al entrar en sus aposentos las últimas palabras de doña María:

—Confiemos todos en Dios.

Ya conocemos las tendencias y el objeto de la conspiracion de los grandes de Valladolid. Segun habia dicho D. Lope de Urnizar, que se hallaba bien informado de todas las maquinaciones, puestas en juego para destronar al Rey, á las ocho de la mañana del dia 16 de julio del año 1343, estalló en el *Campo Grande* y en todas las calles y plazuelas de la ciudad un furioso motin. Los diez y seis arcabuceros, única fuerza con que podia contar el Justicia Mayor, para reprimirlo, fueron perseguidos por la plebe, que mató á cuatro, viéndose precisados los demás á huir de la poblacion y á buscar seguro para sus vidas en el castillo de Simancas.

El mismo D. Lope corrió infinitos lances, ya peleando solo y cuerpo á cuerpo con algunos magnates, ya intentando persuadir al pueblo de que le engañaban los traidores. Acosado al fin por todas partes, y oyendo que gritaban, *muera el Justicia Mayor*, procuró penetrar en el palacio Real, para morir al menos defendiendo á la Reina; pero la multitud le cerraba el paso, y ya iba, ciego de cólera, á precipitarse sobre ella, cuando un brazo vigoroso le sujetó fuertemente, y casi arrastrándole, le obligó á entrar en una iglesia inmediata. A esta casualidad debió su salvacion; mas nunca supo el nombre de quien tan bruscamente le habia librado de la muerte.

Los amotinados invadieron la mansion de los reyes de Castilla en confuso tropel, y llamando con horribles alharidos á la reina doña María. Presentóse ésta denodadamente en el salon del trono, cuyas gradas subió sin inmutarse, llevando de la mano á su hijo el infante D. Pedro. El conde Osorio y sus parciales, despues de haber llevado por toda la ciudad, como en triunfo, al nuevo monarca, que querian imponer á Castilla, lo condujeron á la régia estancia, ocupada á la sazon por la plebe. Esta tuvo que ceder el puesto á los verdaderos conspiradores, y aun muchos de los que mas habian alborotado en el motin, fueron rechazados por los Señores hasta las escaleras, lo cual produjo una reaccion visible en los ánimos de aquellos hombres, incapaces de disimular su descontento. Se observó entónces que algunos se aprovechaban hábilmente de semejantes disposiciones, para atraer al pueblo á la razon, espar-

ciendo entre los corrillos de los patios y galerías ciertas nuevas, que desalentaban á los mas intrépidos gritadores, y aun les hacían declararse enemigos de todo lo ejecutado hasta entónces. Ya no era un secreto que el Rey vivia, y que los caballeros de la Banda habian escarmentado en mil encuentros á los moros; añadíase que muy pronto debia darse una terrible batalla contra el Rey de Marruecos, y que el de Portugal habia enviado á D. Alfonso un ejército formidable. Entre los que tales especies propalaban, preparando con maña el terreno para una contrarevolucion, que nadie sin embargo, imaginaba tan próxima; distinguíase nuestro antiguo conocido, el poeta Artal, que iba y venia con increible actividad de una parte á otra, y hablaba misteriosamente á otros, al parecer, emisarios para el mismo negocio, y sujetos á sus órdenes. Por último, la llegada de un jóven y gallardo guerrero, armado de todas armas, sorprendió á la muchedumbre, y todos empezaron á preguntarle á qué partido pertenecia.

—Al del rey D. Alfonso XI de Castilla, exclamó él con arrogancia; de su parte vengo, para que sepa su noble y heróica ciudad de Valladolid, que los magnates, que están arriba, son traidores, desleales y embusteros.

Gritos espantosos salieron de todas partes, no bien escuchó el pueblo estas razones.

—¡Viva el Rey....! Nos han engañado.... nos han vendido.....

Tales eran las voces que se oian; desde aquel momento triunfaba la causa de D. Alfonso.

Julio de Quiñones se abrió paso y subió, seguido de Artal, del viejo Rodrigo y de otros escuderos y criados de las castellanas de Almazan, á las galerías altas del palacio.

Al mismo tiempo que se verificaba entre los cabecillas del pueblo bajo de Valladolid aquel cambio casi repentino de opinion, defendia heróicamente la Reina sus derechos y los de su intrépido esposo. Requerida por los magnates, para que reconociese á D. Enrique por su Señor y Rey, acababa de responder con dignidad:

—Matadme primero; aquí teneis mi cabeza.

—Señora, le dijo con altanería el conde Osorio, ved lo que haceis,

porque el pueblo está irritado, y pudiérais hacerle pensar en cosas que no imagina.

—Conde Osorio, repuso el infante D. Pedro sonriéndose y clavando en el magnate una mirada de hiena, procura que tambien me maten á mí tus asesinos, pues si me dejas con vida, te empeño mi palabra de que has de perecer degollado.

Ocho años de edad contaba entónces D. Pedro, á quien la historia conoce con el dictado de *Cruel*.

A pesar de la resistencia que oponia el taimado infante D. Enrique á una usurpacion tan escandalosa, el conde Osorio le condujo hasta las gradas del trono y preguntó á la Reina:

—¿Jurais á D. Enrique II por rey de Castilla?

—No, contestó doña María.

—Pues bien; hoy mismo saldreis desterrada con vuestro hijo al alcázar de Toledo.

—Aquella tambien es una mansion real, murmuró la Reina.

—Desde el punto en que llegueis á ella, será una cárcel. Nada espereis de la nobleza ni del pueblo, una vez muerto vuestro esposo.

—¿Quién es el traidor, el vil y el infame que sostiene que el Rey de Castilla ha muerto? gritó Julio de Quiñones, precipitándose en el salon.

Su aparicion consternó á los conjurados. Osorio fué el primero que, aprovechándose del tumulto, en que todos se vieron envueltos á consecuencia de tan estraordinaria novedad, se escurrió con presteza de la estancia, abandonando á D. Enrique. Los demás siguieron su ejemplo, fugándose precipitadamente del palacio, y pocos minutos despues de la ciudad.

Julio de Quiñones hizo acatamiento á la Reina y ésta le dió á besar su mano, diciéndole:

—Nunca olvidaré, buen caballero, que el Rey os debe el trono y que tal vez nos habeis salvado al infante D. Pedro y á mí las vidas. Os pido, para que completeis vuestra obra, que lleveis á D. Alfonso la nueva de estos sucesos.

El jóven campeon cumplió bien y fielmente, como ya hemos visto, la órden de la Reina.

Al retirarse del salon el infante D. Pedro encontró á D. Enrique, que se disponia á bajar.

—Somos hermanos.... le dijo éste con afabilidad.

—No, le contestó aquel; sois un bastardo, y yo, desde hoy, vuestro mas irreconciliable enemigo.

CAPITULO XXVIII.

El Rey y el padre.

Don Alfonso entró en Valladolid, despues de su memorable campaña, en medio de las demostraciones del mas puro regocijo. Todos los traidores habian huido de la ciudad, y D. Lope de Vendaña les perseguia sin descanso, con la firme determinacion de ahorcar á cuantos pudiese haber á las manos, ya que solo con su completo esterminio debian entrar en sosiego las poblaciones castellanas.

El infante D. Enrique, aquel que algun dia se habia de rebelar contra su Rey, y señor; el que estaba destinado por el cielo para encender en España la primera hoguera de las discordias civiles, con el auxilio de un ejército de ladrones estrangeros; el mismo que,

sacando traidoramente á su hermano D. Pedro del castillo de Montiel, clavó una daga en su pecho, sentándose en el trono por medio de tan horrible fratricidio; se presentó, hipócritamente compungido, delante de su padre, protestando su inocencia. Don Alfonso le miró con severidad y le preguntó:

—¿En qué sitio os hallábais, cuando el conde Osorio fué á buscaros, para que os presentáseis al pueblo?

—En mi morada, Señor, con mis hermanos D. Tello y D. Fadrique, respondió el Infante con humildad.

—¿No era vuestro deber guardar el lado de la reina doña María?

—La Reina no nos quiere bien.

—Mentís, D. Enrique; mas aunque así fuera, al verla en peligro, todo noble castellano olvida sus propios intereses, por acudir á la defensa del trono amenazado.

—No pude hacerlo, Señor. El de Osorio me lo estorbó, llevándome por fuerza entre los suyos.

—¿Cuál era su intento?

—Proclamarme por Rey de Castilla.

—¿Y consentisteis en tan infame traicion?

—Al contrario: vuestro Justicia Mayor y la Reina saben perfectamente que me negué á lo que de mí se exigia, diciendo que no me constaba vuestra muerte, y que no queria deber la corona á una sublevacion.

—Eso os valga, D. Enrique, porque vive Dios que os mandára cortar la cabeza, si supiera que habíais estado de acuerdo con los conspiradores. Decidme ahora que fué lo que hicieron vuestros hermanos.

—Don Tello se fugó á Simancas.

—Prudentemente se condujo, si no llevaba el pensamiento de apoderarse de esa fortaleza en favor de los amotinados.

—Nada de eso, Señor. Corrió á prevenir á su alcaide de lo que acontecia en la ciudad, para que no rindiese el castillo á los del conde Osorio.

—Si eso es verdad, obró mucho mejor que vos y he de premiarle por ello. D. Tello es pundonoroso y valiente.

—Tuvo el tiempo y la libertad necesaria para dirigirse fuera de la poblacion, porque los conspiradores no se acordaron de él. No olvideis que yo soy el mayor de vuestros hijos.

—Y el mas descontento de todos.

—Sean cuales fueren mis faltas, no he tenido la menor parte en los últimos alborotos. Mi nombre ha servido de bandera á los sublevados y.....

—Vuestro nombre y vuestra persona.

—¿Qué hiciérais, Señor, en mi lugar?

—En vuestro lugar.... tal vez el conde Osorio me hubiera sacado á la vista del pueblo, pero no vivo, sino cadáver.

—Es verdad, Señor..... debí morir, antes que doblegarme á sus tiránicas órdenes; mas no á todos los hombres ha concedido la Providencia divina esa heroicidad, que os hace invencible.... Tuve miedo á los puñales asestados contra mi pecho.....

—¡Miedo, un hijo de Alfonso de Castilla!

—Os lo confieso, Señor; no osé desafiar, en aquel trance, á la muerte segura que me amenazaba.....

—¡Cuánto mas valdríais hoy, D. Enrique, si hubiéseis perecido, ostentando vuestra fidelidad.....

—Perdonadme, Señor.... Yo os juro que, si en mi conducta ha habido alguna mancha, desaparecerá para siempre.

—Dios lo quiera y así se lo pediré con todo mi corazon. Nada me habeis referido de vuestro hermano D. Fadrique.

—A ese intimó el conde Osorio que me siguiese por la ciudad, y me acompañase á presencia de la reina doña María; para dar mas solemnidad al acto del reconocimiento y de la jura.....

—¿Y él?

—Se negó obstinadamente diciendo, que si D. Alfonso el rey, su padre, no existia, le mostrasen las disposiciones que habia dejado al morir, para obedecerlas; pues por lo demás, aunque no ignoraba el ódio con que la Reina mira á los hijos de doña Leonor de Guzman, nunca haria causa comun con los descontentos, contra su soberana legítima.

—Don Fadrique es de mi sangre y de mi temple. ¿Qué hubo despues?

—El conde Osorio desnudó la daga para obligarle á salir conmigo, mas D. Fadrique se cruzó de brazos y esto contuvo á los revoltosos, quienes le encerraron, arrastrándome en seguida hasta la calle.

—Dos buenos ejemplos que imitar habeis tenido en vuestros hermanos, infante D. Enrique, pero no los habeis seguido, por desgracia vuestra. Como padre os perdono; como Rey empero, es mi obligacion castigaros, sino como lo mereceis, al menos de modo que haga ver á nobles y pecheros, que el soberano de Castilla ha jurado hacerse respetar de todos.

Despues de pronunciar con severo acento estas razones, que llenaron de consternacion al Infante, tocó en el timbre. Al punto se presentó un page, á quién dijo el Rey:

—Venga sin tardanza el Justicia Mayor.

—Señor ¿qué es lo que vais á hacer de mí? exclamó D. Enrique, luego que el page desapareció de la estancia real.

—No soy el conde Osorio, para amenazaros con la muerte, le contestó D. Alfonso. Mas ¿cómo quereis que deje impune vuestra debilidad y cobardía, y castigue despues las traiciones de los demás? Justicia para todos, D. Enrique; hé aquí el mas sagrado, aunque, á menudo, el mas penoso deber de los reyes.

—Sepa yo al menos....

—Lo sabréis muy pronto y... en vos consiste que en breve tambien volvais á mi gracia.

—¡Qué, Señor...! ¿Ni aun á besar me daréis vuestra mano?

—La mano.... Imposible hoy, D. Enrique.... antes que padre vuestro, fuí rey de Castilla... pero os abrazaré antes que os separeis de mí, porque sois mi hijo.

Los ojos del Rey se humedecieron á su pesar; pero no tardó en sobreponerse á aquel irresistible impulso de ternura, y eso que don Enrique era entre tódos los infantes, incluso el mismo D. Pedro, aquel á quien mas queria.

—¿Con qué vais á desterrarme, sin oirme? exclamó el primogénito de doña Leonor de Guzman.

—Os he oido bastante, conde de Trastamara, le replicó el Rey,

dominando con toda la fuerza de su voluntad la emocion que sentia.

—¡Y me juzgais traidor....!

—Os juzgo débil y ambicioso; por eso os castigo; para que os arrepintais de vuestros pasados errores.

—Arrepentido estoy, Señor; ya os he rogado que me perdoneis.

—Necesito pruebas de eso mismo que asegurais; entre tanto, es preciso que se cumpla lo que, como Rey, ordeno en justicia.

Al decir esto D. Alfonso, se presentó D. Lope de Urnizar en la real estancia.

—Me han avisado de parte de V. A., dijo adelantándose y saludando.

—Así es, D. Lope; necesito de vuestro ministerio, repuso el Rey.

—Señor, replicó el Justicia; ya sabe V. A. que en todo tiempo puede y debe contar conmigo.

—Y hoy mas que nunca, señor de Urnizar, pues voy á confiaros una comision, que importa mucho para mi tranquilidad.

—Está bien, Señor.

—Por las esplicaciones que me ha dado el infante D. Enrique, he llegado á entender que mi fiel pueblo de Valladolid ha de tenerle ojeriza, por cuanto, aunque contra su voluntad espresamente manifiesta, ha servido su nombre á los traidores, de pendon y de pretesto, para atentar contra la seguridad del reino y la vida de la Reina. El propósito del Infante es retirarse de la corte por algun tiempo, y como para conseguirlo tiene que emprender un viage, teme encontrar por esos caminos algunos descontentos, de los comprometidos en las últimas asonadas, que tal vez le obliguen de nuevo á representar un papel, que no le corresponde. Por eso desea, y yo os requiero, que le hagais acompañar por buen golpe de gente escogida de á caballo, hasta la villa de Talavera de la Reina.

—¡Tan léjos de la corte! murmuró D. Enrique.

—¿De qué os quejais? le interrumpió el Rey. Imagino que, no pudiendo permanecer en Valladolid, sin esponeros á los desmanes de la multitud, á ninguna otra parte apeteceis dirigiros tanto, como al punto en que reside vuestra madre doña Leonor de Guzman.

—¿Cuánto tiempo estaré allí, Señor? preguntó el Infante con altanería, conociendo que no debia esperar misericordia.

—Habia pensado que permaneciéseis dos años en Talavera; mas ahora se me figura que son pocos. Añadirémos otros dos mas.

Don Enrique se mordió los lábios y repuso con un acento, que revelaba toda la ira de su corazon:

—Si os parece mejor, no volveré hasta de aquí á seis años.

—Sea, contestó el Rey arrugando el entrecejo. Si dentro de seis años, no sois un hijo obediente y un vasallo leal, juro en presencia del Justicia Mayor de Castilla, que mandaré que os corten la cabeza. Y ahora, infante D. Enrique, dadme un abrazo y.... partid, partid sin demora.

El padre estrechó afectuosamente contra su pecho al rencoroso conde de Trastamara. El Rey le señaló la puerta de salida.

¿Vió cumplida por ventura D. Alfonso XI alguna de las dos partes de su voto? Al novelista no le corresponde averiguarlo; la historia responde, haciéndonos ver que el Rey murió antes de sufrir el disgusto de contemplar á D. Enrique convertido en un rebelde y en un asesino.

CAPITULO XXIX.

La madre y el hijo.

L mismo tiempo que el sensible corazon de D. Alfonso quedaba traspasado de dolor, por el destierro que acababa de imponer á su mas amado hijo, tenia lugar en el camarin de la reina doña María otra escena no menos importante, para que los aficionados á investigaciones históricas lleguen á comprender las verdaderas causas de las horribles calamidades, que afligieron á España durante el reinado de D. Pedro.

No se crea que hoy nos proponemos desentrañarlas; mas como tuvieron su orígen en la época de los acontecimientos que relatamos, falta notable sería dejar en blanco hechos, que andando el tiempo, dieron amargos frutos de sangrientas guerras y de catástrofes horribles.

—Sois un bastardo.... y yo.... vuestro mas irreconciliable enemigo, habia dicho D. Pedro al conde de Trastamara, cuando éste le llamó su hermano.

El transcurso de los años justificó que aquellas palabras eran una profecía y que, con otras, debian cumplirse al pié de la letra.

Hallábase la Reina sola y muellemente recostada, repasando en su memoria todas las vicisitudes que la habian asaltado, desde el instante de su union con el monarca de Castilla, cuando se vió interrumpida en sus cavilaciones por la presencia de D. Pedro. Éste entró bruscamente en la estancia, cerró la puerta y se dejó caer como anonadado en un sitial: Doña María se incorporó como asustada, y observando que el Infante no hablaba, imaginó que ocurria alguna estraña novedad, nada favorable á sus propios intereses. Guardó sin embargo silencio, pues no queria preguntar lo mismo que sospechaba; pero se adelantó poco á poco hácia su hijo, para leer en su semblante lo que debia esperar.

Don Pedro se levantó entónces, besó tiernamente la mano á su madre y esclamó desesperadamente:

—Señora.... Señora.... estamos perdidos.

—¿Pues qué ocurre? le preguntó la Reina temblando.

—¿Me preguntais qué ocurre? repuso el Infante. Os repito que estamos perdidos sin remedio.

—Pero esplicaos, por Dios. ¿Cómo quereis que adivine lo que os conduce aquí?

—Me conduce el deber de daros un consejo saludable.

—¿Cuál es?

—Que os retireis á Portugal, madre y Señora mia. ¡Oh! No iréis sola, no; porque juro acompañaros.

—Mas.... ¿qué motivos teneis para desear que abandonemos la corte?

—Nuestra seguridad lo exige.

—¡Nuestra seguridad! Loco estais sin duda, hijo mio, ó pretendeis asustarme.

—Conservo mi juicio cabal y os respeto demasiado para chancearme con vuestra quietud. Pero á mí no me seducen las aparien-

cias, Señora, y conozco que vos y yo nos encontramos al borde de un abismo.

—Declaradme de una vez vuestros temores.

—¡Ah! Son muy fundados. Escuchadme. ¿No es cierto que la sublevacion de los nobles quedó vencida? ¿No es cierto que la vuelta del Rey, mi Señor y mi padre, asegura nuestra victoria contra los traidores descontentos? Contestadme.

—Sí; verdad es cuanto anunciais.

—Señaladme ahora los castigos que el Rey ha mandado ejecutar.

—¿Cómo quereis que lo haga, si los magnates sublevados han huido?

—No todos, Señora.

—Todos, todos, al decir de D. Lope de Urnizar.

—Don Lope de Urnizar tiene ojos y no vé. Mas le valiera haberse opuesto á la rebelion del conde Osorio hasta perder la vida, que refugiarse en una iglesia, para conservarla. Si algun dia empuño el cetro y él vive, le tendré en cuenta este servicio.

—Es un fiel servidor, D. Pedro; mas.... imagino que no tratamos de él ahora.

—En efecto, tratamos de otros; tratamos de esos infames conspiradores.

—Y asegurábais que algunos quedan en la poblacion.

—Ha quedado el principal de ellos, para burlarse impunemente de nosotros.

—¡Impunemente....! ¡Oh! No; os lo fio por mi nombre y por mi dignidad de Reina. ¿Quién es?

—Adivinadlo.

—¡Yo! Imposible.

—De ningun modo; le conoceis, como yo.... le estais viendo, como yo.... ¿Os sucede por ventura lo mismo que al Justicia Mayor?

—Por mas que doy tormento á la imaginacion, ningun rebelde se me presenta....

—¿Ni tampoco el infante D. Enrique, conde de Trastamara?

Doña María dió un grito al escuchar este nombre, porque el horrible sosiego con que fué pronunciado la reveló un ódio mortal.

—Es vuestro hermano, murmuró al fin con angustia, procurando desvanecer las malas ideas de su hijo.

—Señora.... replicó éste ¿cómo decís que es mi hermano? ¿Sois vos por ventura su madre? Porque mia ... ya sé que lo sois.

Este sarcasmo iba derecho al corazon de la Reina y en él se clavó, martirizándolo dolorosamente. Repuso no obstante suspirando:

—Respetemos la voluntad del Rey y los decretos de la Providencia.

—¡Oh! Si el Rey se propone conservar en Valladolid y á su lado ese aspid ponzoñoso, fuerza será dejarle el puesto, antes que nos pique.

—Hablais como un insensato, D. Pedro. ¿Qué es lo que temeis de D. Enrique?

—Lo pasado contesta á lo futuro. Si se han atrevido á suponer que el Rey habia muerto, para coronar á ese bastardo ¿qué harán, cuando aquel exhale efectivamente su último suspiro?

—¡Ah! Recelais que el conde de Trastamara os usurpe la corona.....

—No lo recelo.... lo doy por seguro, si el Rey no castiga su reciente traicion.

—Es que.... no la ha cometido.... han echado mano de él.....

—Eso dice, y aun protestó contra las determinaciones del conde Osorio; pero á mí no me ha engañado, y estoy seguro de que le pesa amargamente que el Rey no haya sucumbido en Andalucía.

—Mas ¿si el Rey le cree inocente ¿qué podemos hacer nosotros.

—Acusarle de felonía; yo llevaré la voz, yo sabré confundirle y aun acabarle.

—¡Don Pedro....! ¡Que pronunciais....!

—No os inquieteis así, Señora y madre mia: un presentimiento me dice que D. Enrique ha de morir á mis manos, ó yo he de morir á las suyas. (1)

(1) El dia 23 de marzo de 1369, mató el conde de Trastamara traidoramente á su hermano el rey D. Pedro, y no el año de 1368, como apuntan algunos historiadores.—*N. del A.*

—Aleje el cielo de nosotros, hijo mio, semejante calamidad.

—En fin, no ignorais que la última rebelion se ha verificado, para favorecer sus ambiciosas miras; que todos los culpables, temiendo la justicia del Rey, se han refugiado en los castillos y tierras que les pertenecen; que D. Enrique anda libre y suelto, como si nada hubiera sucedido, y que el Rey en todo piensa, menos en reprimir sus demasías. ¿Hemos de permanecer nosotros con los brazos cruzados? Si el Rey no ha muerto en las recientes correrías contra los moros ¿no puede acontecer que Dios le llame á juicio mañana? Y entónces, Señora.... entónces.... rodarán tal vez nuestras cabezas en el cadalso, si no conseguimos antes ponerlas á buen recaudo de las manos del verdugo.

—¡Oh! Nada de eso sucederá.

—¡Pues qué! ¿Imaginais que la Guzman, esa envilecida madre de los bastardos, os perdone el destierro y las amarguras, que ahora padece en su villa de Talavera?

—No lo imagino; pero os repito, D. Pedro, que no sucederá.

—¿Y creeis que ese aborrecido D. Enrique no se acuerde de que le he apellidado bastardo y traidor?

—Se acordará sin duda; mas no importa.

—¡Cómo! ¿Por tan generosa y magnánima teneis á doña Leonor, que no procure vuestra muerte, para asegurar el dominio de los suyos en Castilla?

—No por cierto; juraria que en su destierro de Talavera solo sueña con planes de venganza.

—¿Y no os figurais que el de Trastamara encontrará medios para deshacerse de mí, con el objeto de afianzar en sus sienes la corona?

—Lo que me figuro, D. Pedro, es que delirais.

—¡Qué deliro....! ¡Qué deliro, porque os anuncio la suerte que nos espera!

—Delirais.... delirais.... yo os lo afirmo.... yo.

—Pues bien, Señora; adormézcaos esa ciega confianza.... cuando muera el Rey....

—Cuando muera el Rey, si Dios dispone de sus dias antes que

de los mios, doña Leonor de Guzman, esa muger que tantos dolores, que tantos martirios me ha hecho sufrir, perecerá en un patíbulo. ¿Me lo prometeis, hijo mio?

—¡Oh! ¿Cómo he de prometeros un imposible?

—¡Imposible! D. Pedro, vos sereis entonces el Rey de Castilla.

—¡Bah, Señora! No jugueis así con mi destino. Don Enrique de Trastamara es el hijo predilecto de D. Alfonso.....

—Sí; pero vos sois el único heredero legítimo de su corona. La nobleza os aclamará.....

—Desconfio de ella.

—Los reyes de Portugal y de Francia nos enviarán ausilios, en caso necesario.

—No quiero deber el trono á lanzas estrangeras. Prefiero trabajar, para que los pueblos castellanos se subleven á mi favor.

—¿Qué es sublevarse? No habrá uno solo que deje de alzar pendones por vos. Voy á descubriros un secreto, que os hace Rey de España.

—¡Ah! Eso es mucho mejor, que apelar á la guerra para conseguirlo.

—Vuestro padre el Rey, cuando iba á partir á Andalucía, otorgó su testamento.

—¿Y en el?

—Os nombra su sucesor.

—¡Cielos! Ya he triunfado, porque sabré hacer que todos respeten mis derechos.

—En caso de que vos falteis.....

—Acabad.

—Será rey el conde de Trastamara.

—¡Infeliz! Que se guarde de mi rencor.

—¡Y yo!

—¡Vos, madre y Señora mia!

—¿Nada haréis por mí?

—Os vengaré.

—Eso os pido.

—Vivid descansada. El mismo dia en que ciña mis sienes con

la corona de Castilla, mandaré que sea degollada doña Leonor de Guzman.

La Reina abrazó tiernísimamente á su hijo, porque acababa de decretar, por instigacion suya, el suplicio de la concubina de Alfonso XI, que en efecto llegó á tener lugar á fines de 1350.

Don Pedro exclamó despues, apretando los puños con rabiosa ira:

—Primero, doña Leonor, causa principal de todos nuestros disgustos; despues D. Enrique, conde de Trastamara, mi competidor.... Y luego D. Tello, que tanto se lamenta de las desgracias de su madre.... El último será D. Fadrique, el menos malo de esa infame familia de traidores. Así acabará la raza de los bastardos.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando llamaron réciamente á la puerta de la cámara. Serenóse D. Pedro de pronto, como si no hubiera concebido en aquel instante el plan de persecucion y de esterminio de sus contrarios, y doña María le dijo, recostándose con languidéz, para disimular sus emociones:

—Abrid, hijo mio, y entre quien sea.

El Infante descorrió el cerrojo de la puerta y empujó una de sus hojas. En seguida se volvió hácia la Reina y murmuró respetuosamente:

—Señora... el Rey, mi Señor.

Don Alfonso se adelantó, estrechó una de las manos de D. Pedro entre las suyas, le miró con paternal interés, y acto continuo se acercó á su esposa doña María.

CAPITULO XXX.

Situacion enmarañada de los negocios públicos en Castilla.

Los grandes hechos de armas, con que habia sabido ilustrar su nombre el nieto de D. Sancho *el Bravo* y de doña María Alfonsa de Molina, tenian asombrado al mundo. Sus amigos los reyes de Portugal, de Francia y de Navarra admiraban sus nobles esfuerzos, haciéndose lenguas de las señaladas victorias, que acababa de ganar contra los moros, salvando á España y á sus propios estados de una invasion formidable. Sus enemigos no osaban al mismo tiempo dar un paso, que pudiera disgustarle, porque conocian perfectamente que el castigo y la venganza no se harian esperar mucho tiempo, despues de la provocacion. Todos, por otra parte, convenian en que era un monarca *justiciero*, fiel guardador de sus palabras y de sus juramentos, protector incansa-

ble de los desvalidos y generoso y magnánimo en sus acciones. La fama de sus proezas y la que los caballeros de la Banda, custodios inseparables de su persona, habian adquirido en la última campaña de Andalucía, habia resonado tanto, que á centenares acudian caballeros de todas las naciones á la corte de Valladolid, para alistarse voluntariamente en las banderas de la cristiandad, seguros y persuadidos, como estaban, de que el Rey *batallador*, sobrenombre que le habia dado el Rey moro de Granada, no descansaria largo espacio de las fatigas de la guerra, sin volver á empuñar la lanza, supuesto que los infieles poseian aun y guardaban, con decidido empeño, la fuerte plaza de Gibraltar, llave del Mediterráneo y puerta segura, para introducir en nuestras ciudades fronterizas sus huestes africanas.

Y en efecto, no se equivocaban los que de este modo traducian los pensamientos de D. Alfonso. El blanco de sus aspiraciones, el objeto mas apetecido de su corazon, la gloria que con mayor ahinco anhelaba, estaba allí, en aquellos muros inexpugnables, cuya conquista le habia sido imposible evitar, merced á las continuas revueltas y traiciones de los magnates de su reino, que siempre le habian robado un tiempo precioso, obligándole á desatender las ventajas de unas espediciones sábiamente concebidas, por dedicarse á la pacificacion de sus propios dominios. Queria pues emprender de nuevo el peligroso asedio de Gibraltar, y las mismas dificultades de la empresa avivaban sus deseos; pero atábale las manos y refrenaba los ímpetus de su voluntad la trégua, que por diez años habia concedido á los reyes de Granada y de Marruecos, despues de la célebre batalla del Salado y rendicion de Algeciras. Don Alfonso, que por nada en el mundo era capaz de romper la fé empeñada, se enfurecia consigo mismo, semejante al leon aherrojado, por lo mucho que tardaban Albohacen y su aliado en proporcionarle un pretesto, para caer sobre la morisma con todas sus fuerzas. No ignoraba que los pactos con los moros no eran para estos mas que una superchería, á fin de ganar tiempo y evitar mayores derrotas, que las que habian padecido. Faltaban á ellos cuando les convenia, y daban principio de nuevo á la ruptura de las hostilidades,

sin intimaciones prévias, invadiendo un territorio, ó entrando por sorpresa en una ciudad desprovista de auxilios. Pero el Rey de Castilla se habia propuesto dejarles toda la infamia del rompimiento de la trégua, á pesar de lo mucho que sentia perder la favorable coyuntura, que para la conquista de Gibraltar se le presentaba, con la reunion de esclarecidos guerreros y con las reiteradas promesas de grandes socorros, que le hacían casi todos los monarcas de la cristiandad. Por eso se le veia continuamente caviloso é inquieto, maldecir de la ociosidad que le tenia sujeto en la corte. Por eso pasaron para él como desapercibidas las magníficas fiestas, que en su obsequio disponia la ciudad en celebracion de las grandes victorias ganadas contra los infieles. Su pensamiento estaba fijo en otra parte y aguardaba con impaciencia el instante de sacudir el letargo que le abrumaba á todas horas del dia y de la noche.

Un rayo de esperanza pareció como que brillaba en medio de la densa oscuridad, en que se veian envueltos los negocios públicos. Un hermano del difunto Abomelia acababa de sublevarse en Marruecos contra su padre, asolando el territorio y poniendo en horrible combustion las provincias de tan dilatadísimo imperio. Albohacen, que se hallaba en Gibraltar, no bien recibió la nueva de aquel escandaloso atentado, tuvo que partir para reprimirlo, y como no sabia con qué fuerzas contaba en sus dominios, sacó gran parte de la guarnicion de la plaza cristiana, á fin de apoyarse en ella; mas receloso tambien de que los castellanos, al verla desprovista de defensores, la embistiesen y ganasen, avisó al Rey de Granada, invitándole á que con una buena hueste, saliese á hacer correrías por el pais, acercándose con disimulo hácia el estrecho, con el único propósito de oponerse á las tentativas del enemigo contra Gibraltar. Podia sin embargo Albohacen ausentarse al África sin cuidado, porque D. Alfonso habia declarado que, aunque aquella fortaleza tan codiciada, solo contase con su alcaide para su custodia, no la hostilizaria en manera alguna, mientras subsistiese el plazo de la trégua convenida, para no merecer la nota de infame y mal caballero.

Pero el Rey de Granada, que no pensaba del mismo modo, se avino á cumplir los deseos de su aliado, á cuyo fin dispuso un ejér-

cito respetable, que estuviese pronto á la primera señal. Mas noticioso á los pocos dias de que el de Castilla se preparaba á todo evento para acometerle, y de que las guarniciones de Tarifa, Algeciras y otras plazas del litoral acababan de recibir considerables refuerzos y órdenes terminantes de detener al enemigo, si llegaba á presentarse, no se atrevió á despertar al leon dormido, que aun en sueños velaba; antes le envió á Valladolid magníficos presentes, que consistian en una docena de potros árabes, riquísimas telas de brocado y de tisú de oro, alfanges damasquinos y grandes cajas con frascos de esencias y de perfumes. Don Alfonso hubiera perferido que su competidor, sin pensar en la trégua, la hubiese roto de una vez; mas no tubo pretesto plausible para rehusar unos regalos, que se le ofrecian como en prenda de paz y buen concierto.

Recibió pues á los embajadores granadinos ostentosamente y les obsequió como monarca espléndido, disponiendo para su agasajo suntuosas fiestas, y entre ellas la famosa de cañas y sortija, tan generalizada entre los adoradores del Profeta. Los banquetes se sucedieron á los saraos, los fuegos de artificio á las corridas de toros, los juegos de cucaña á las carreras de caballos: la corte de Castilla presentó durante dos semanas un aspecto maravilloso, y todo parecia presagiar los beneficios de una paz y sosiego inalterables. Poco duraron estas ilusiones ,porque muy pronto se supo que el rey Albohacen, despues de haber triunfado completamente de los rebeldes en Marruecos, obligándoles á capitular y á las horribles consecuencias de su derrota, acababa de tomar puerto en Gibraltar, con mas de cien galeras de alto bordo y mas pujante que nunca. Con razon presagiaron todos, que los nuevos aprestos del belicoso vencedor de su propio hijo, revelaban claros designios de quebrantar la trégua; por lo que D. Alfonso intimó á los embajadores del Rey de Granada que se retirasen de su corte, sino le daban seguridades de que su amo y Señor no se coligaria con el de Marruecos, en caso de que éste faltase á la buena fé de los tratados. Ausentáronse los mensageros granadinos, con el fin, que luego se calificó de pretesto, de pedir instrucciones, para contestar á la demanda del soberano de Castilla, y no volvieron á aparecer en Valladolid, lo cual dió á

entender, de una manera indudable, que la guerra iba á estallar de un momento á otro con mayor encarnizamiento, que en la anterior campaña de Algeciras.

Acrecentáronse los temores y las hablillas con la resolucion que tomó D. Alfonso de trasladar su corte á una ciudad inmediata al teatro de los acontecimientos que debian tener lugar. Con este objeto eligió á Sevilla; mas antes procuró no dejar á sus espaldas rastro alguno, que pudiese darle cuidados, ni acarrear á ninguna ciudad castellana conflictos y disturbios, como el que habia turbado la tranquilidad de Valladolid.

Varios nobles, de los que mas habian contribuido á la última sublevacion, se hallaban presos en la cárcel real, punto que les habia señalado el Justicia Mayor de Castilla, mientras el Rey no disponia de su suerte. Don Alfonso, benigno de corazon, perdonó á los arrepentidos, pero mandó degollar á los que hacian alarde de sus traiciones, por no perder el nombre de *Vengador y de Justiciero*. Los arcabuceros de Castilla; acaudillados por el esforzado caballero de Mendibil, sitiaron de órden del Rey al conde Osorio en su fuerte castilllo de Belver, y despues de mil combates sangrientos contra los rebeldes que lo defendian, lo asaltaron con furor, pasándolos á todos á cuchillo. El conde, instigador y principal cabecilla de las últimas turbulencias, fué conducido á Valladolid y degollado por mano del verdugo, en el *Campo Grande*, con estraordinario júbilo, contento y algazara de aquella misma plebe, que le habia seguido, cuando intentó proclamar por Rey de Castilla al conde de Trastamara. Este no pudo presenciar el triste fin de su imprudente favorecedor, porque á la sazon caminaba hácia su destierro de Talavera. escoltado por los hombres de armas, que D. Lope de Urnizar habia dispuesto para su custodia y seguridad, con arreglo á las instrucciones de D. Alfonso.

CAPITULO XXXI.

El Monarca y el heredero del trono.

Ya hemos visto, que entre la reina doña María y su hijo el infante D. Pedro se habia decidido irrevocablemente la suerte de doña Leonor de Guzman y de los bastardos, y que cuando la primera acababa de recostarse con abandono en su sitial, se presentó el Rey en su cámara.

Don Alfonso habia tenido que violentar los mas tiernos sentimientos de su corazon, para imponer la pena del destierro á D. Enrique, á quien amaba con indecible cariño. La mayor prueba que podemos ofrecer de la jusiicia, que caracterizaba todos sus actos, es el castigo, con que afligió al jóven conde de Trastamara, cuya partida le traspasó el corazon. Necesitaba por lo mismo algun consuelo para su dolor, y fué á buscarlo á las habitaciones de la Reina su esposa, blanco

hacía poco tiempo de las persecuciones de los magnates y heróica sostenedora de los fueros reales, en la lucha entablada por los conspiradores.

La presencia de su hijo, el infante D. Pedro, de su inmediato y legítimo sucesor, era sin duda un beneficio del cielo, supuesto que debia contribuir á calmar sus pesares. Así al menos lo creia él, porque dotado de una alma grande y generosa, imaginaba que todos se le parecian, mientras no adquiria pruebas evidentes de lo contrario. No tardó sin embargo en convencerse, con amarga pena, de que el corazon de D. Pedro, á quien hasta entonces habia tenido pocas ocasiones de examinar despacio, por las muchas ocupaciones de su gobierno, no estaba modelado por el suyo.

La Reina se levantó al punto para saludarle; mas D. Alfonso la obligó á que se sentase de nuevo, y echando mano á otro sitial, se colocó sin ceremonia á su lado. El Infante permaneció en pié con los ojos clavados en doña María, como si intentase fijar en su memoria la plática que con ella acababa de tener, ó acaso para que no se dejase sorprender por alguna proposicion del Rey, favorable á los bastardos. Don Pedro habia vivido mucho en poco tiempo, y anunciaba desde sus juveniles años el indomable carácter y la impetuosidad de ánimo, que desplegó desde el momento, en que fué saludado por Rey de Castilla.

El Rey fué el primero que rompió el silencio, preguntando á doña María cortesmente:

—¿Cómo es, Señora, que no habeis salido hoy á solazaros, como de costumbre, por las orillas del Pisuerga?

—Iba á hacerlo, Señor, contestó la Reina sonriéndose, porque no ignoraba que os encontraria escoltado por vuestros caballeros de la Banda; mas.... vino el Infante nuestro hijo y me entretuve con él, hablando de los negocios públicos.

—La verdad, Señor, no es esa, repuso D. Pedro, haciendo alarde de su malicia.

—¿Pues cuál es? replicó D. Alfonso con afabilidad.

—Que la Reina, mi Señora y muy querida madre, temia encontrar rebeldes junto al rio.

El Rey no pudo menos de arrugar el entrecejo y respondió:

—Ya no hay rebeldes en Valladolid; todos han huido, por no caer bajo la mano de D. Lope de Urnizar.

—Señor, observó atrevidamente el Infante, ya he probado á la Reina mi Señora, que el Justicia Mayor de Castilla es ciego.

—¿Por qué lo decís?

—Porque os asegura que no existen traidores en la ciudad, siendo así que no se vé otra cosa por todas partes.

—El pueblo nunca es traidor, hijo mio; tenedlo así presente, por si algun dia empuñais el cetro. Se le alucina fácilmente, es verdad; todos los que pretenden servirse de él para lograr sus reprobados fines, le aseguran que solo se afanan por su ventura. El pueblo les sigue muchas veces, porque le engañan sus promesas y porque aspira á ser feliz; mas nunca conspira á ciencia cierta, ni trama sublevaciones contra sus reyes. Ahí lo estais viendo: ese pueblo, que ayer favorecia, al parecer, las traiciones del conde Osorio contra mi autoridad, me victorea hoy entusiasmado. Lo que siempre necesita es que se le desengañe. En cuanto á la nobleza, ya es otra cosa.

—De ella quise hablar precisamente, Señor, cuando aseguré que D. Lope de Urnizar no vé gota.

—Es que.... no creo que ningun magnate se atreva á permanecer en la corte, de cuantos se han rebelado contra mi persona y contra la Reina.

—Miradlo bien; Señor.... tal vez se halle tan cerca de vos, que por lo mismo no haya llamado vuestra atencion.

Don Alfonso permaneció largo rato caviloso y triste, porque habia comprendido el pensamiento de D. Pedro. Dirigióle al fin una mirada severa y le dijo ásperamente:

—Llámanme *el Vengador*, porque nunca he dejado impune crímen alguno, que haya llegado á mi noticia; mas.... si acertase, por desgracia, á merecer el renombre de *Vengativo*.... ¿veis estas manos....? pues con ellas me arrancára el corazon.

—Señor.... no imaginaba disgustaros, murmuró el Infante.

—Nada habeis dicho que ofenderme pueda, le contestó el Rey,

ni yo tampoco os lo sufriria; pero siento por vos mismo las palabras que habeis pronunciado.

—No os irriteis, Señor, repuso la Reina, y perdonad al Infante, que ha hablado sin premeditacion y sin juicio.

—El Infante, Señora, ha hablado lo que siente, y lo que siente le deshonra. Ahora debo añadir, no para su satisfaccion, sino para la vuestra, y para que todos conozcan hasta donde alcanza mi justicia, que á mi lado no se cobija ningun traidor ni sospechoso de tal, porque D. Enrique de Trastamara, á quien el conde Osorio y sus parciales querian alzar por rey de Castilla, acaba de salir desterrado de la corte á la villa de Talavera. Don Pedro ¿sabeis de algun otro, á quien debamos imponer el mismo ó mayor castigo?

—¡Cómo, Señor! esclamó el hijo de doña María. ¿Mi muy querido hermano, el infante D. Enrique, ha podido incurrir en desgracia? ¿Pues no sabemos todos que la rebelion le obligó á aceptar un papel, que no le correspondia? ¿Y no me será lícito interceder en su favor?

El Rey examinó detenidamente el rostro y las miradas de D. Pedro y se puso pálido, porque habia reconocido el ódio profundo que abrigaba su corazon contra los bastardos.

—¡Qué manantial de desgracias y de sangre voy á legar á Castilla! pensó el atribulado Monarca.

Levantóse de allí á poco, limpió el sudor de su frente y mirando á su hijo cara á cara, le dijo:

—Don Pedro, algun dia reinareis en España; mas tened por seguro que reinareis, porque yo no me atrevo á deshacer lo que ha hecho la Providencia divina.

—Sois mi padre y mi rey, Señor, le contestó el Infante con brio, y teneis derecho á exigir que todos vuestros súbditos respeten y acaten vuestra voluntad. Si algun dia empuño el cetro, como acabais de anunciarme, os juro que mi voz será obedecida, ó que poblaré de cabezas los caminos reales.

—Está bien, observó D. Alfonso dulcificando su acento. Eso quiere decir que si yo os desheredo, si os privo de vuestros derechos á la corona, ninguna tentativa opondreis á mis mandatos.

—Ninguna, Señor; os lo ofrezco, por la salvacion de mi alma.

—¿Y si nombro por mi sucesor á D. Enrique, conde de Trastamara?

—Tampoco. No me moveré, porque podeis disponer del trono, como os plazca.

—Pero D. Enrique es.... un bastardo.

—Desde el momento en que yo no sea rey ¿qué me importa la raza del hombre, que llegue á sentarse en el trono?

—¿Y le servirás fielmente?

—Eso no, porque pudiera suceder que no respondiese de mi mismo.

—¿Qué haríais pues?

—Huiria de España, por huir de la tentacion, y buscaria en reinos estraños otra corona ó la muerte.

—Pero maldeciriais mi nombre.....

—¿Por qué, Señor? ¿No he reconocido que sois dueño absoluto para disponer de vuestra sucesion? Además, soy hijo vuestro, y si me falta aquí un trono, mil otros hay en el mundo, que pueden conquistarse con una lanza. Yo sé, pues mi corazon me lo dice, que he de ceñir mis sienes con una corona; dad, Señor, la de Castilla, á quien quisiéreis, ya que mia no ha de ser; que yo sin disputarla, aguardaré tranquilo á que el cielo me conceda lo que sin duda me ha destinado.

—La mia tendreis, D. Pedro, esclamó D. Alfonso enternecido, porque mereceis reinar. Esos altos pensamientos os abonan, y si antes declaré que sereis mi sucesor, porque no me es posible oponerme á los decretos del cielo, ahora digo que aunque pudiera contrarestarlos, no lo haria. Moderad empero vuestros ímpetus juveniles, reservando la fogosidad y el encono contra los enemigos de vuestros pueblos; ya que poseeis las dotes necesarias para empuñar dignamente un cetro, no las oscurezcais con el hálito ponzoñoso del aborrecimiento y de la envidia. Pronto me ausentaré de nuevo y.... ¿quién sabe, si me será dado volver? Gravad, hijo mio, en vuestra memoria mis consejos.....

—¿Qué estais diciendo, Señor? repuso doña María abandonando su sitial. ¿Vais á emprender nuevas guerras?

—¿Quereis por ventura que la vejez me alcance ó den conmigo en tierra los achaques de la gota, dejando en poder de los infieles la plaza de Gibraltar?

—¡Gibraltar....! ¡Gibraltar....! gritó D. Pedro estrechando fuertemente la mano del Rey. Llevadme con vos, para que aprenda á pelear.

—No.... no.... respondióle D. Alfonso; si muere el Monarca es preciso que quede su sucesor.

Y salió de la cámara de la Reina.

CAPITULO XXXII.

Las dos consultas.

Muy pronto estalló la guerra con mas encarnizamiento que nunca, porque el orgulloso Albohacen intentó de nuevo invadir el territorio andaluz, dándose la mano con el Rey de Granada: encontró sin embargo bien prevenidos á los cristianos, que supieron escarmentarle en diferentes encuentros, sirviendo estos de preludio á los terribles desastres que esperimentaron los españoles poco tiempo despues, y que cubrieron de luto á la nacion entera.

Don Alfonso activó los preparativos de su marcha y toda la corte se trasladó á Sevilla, desde cuyo punto se dirigió el ejército, acaudillado por D. Luis de La-Cerda y D. Lope de Vendaña, á poner cerco á Gibraltar. Brillante y aguerrida era la hueste que manda-

ban los dos valientes caballeros de la Banda, cuyo ardor subió de punto, cuando supieron que el Rey en persona, luego que hubiese dado término á los negocios, que le obligaban á permanecer en la corte, iria á disponer las operaciones del sitio y á intimar á los infieles la rendicion. Los reyes de Portugal, de Francia y de Aragon habian enviado sus mejores tropas para la empresa, y las cuadrillas de toda la Península ibérica acudian en tropel á Andalucía, temiendo llegar tarde á los formidables asaltos, que se preparaban contra Gibraltar. Muchos nobles estrangeros se alistaron tambien voluntariamente entre las filas españolas, llevados del laudable deseo de contribuir á la toma de aquella plaza importantísima y á la libertad de los cautivos, que en ella yacían aherrojados. El éxito no parecia dudoso; pero los enemigos de la morisma contaban con sus propios corazones, sin parar mientes en los grandes aprestos de Albohacen y en lo muy pertrechada que tenia la fortaleza. Esto no obstante, daban por segura su rendicion, no bien se presentasen á su vista, y así lo anunciaban llenos de bravura y de entusiasmo.

Pocos dias antes de la partida de Alfonso al campo cristiano, tuvo aviso de que moraba en Sevilla un famoso médico, que predecia el porvenir. Ya hemos visto que el Rey *Justiciero* pagaba su correspondiente tributo á las supersticiosas creencias de su siglo, y tampoco ignoramos que la medicina y la astrología judiciaria se daban la mano en aquellos tiempos de ignorancia, cultivándose con esmero por los judíos y los moros, únicos depositarios de los secretos de tan escondidas ciencias. El asesinato de Samuel, hijo de Abenuez y sábio médico de la corte, perpetrado por el señor de Villena, no habia podido curar á D. Alfonso de una credulidad, que era comun á todos los monarcas, príncipes y magnates de su época; por lo que, hallándose á punto de esponer su vida, y sobre todo, los mas grandes intereses de su reino, á ignoradas vicisitudes y contratiempos, quiso conocer su oróscopo, antes de ausentarse de Sevilla. En Vitoria hizo que el caballero de Vendaña le acompañase al laboratorio de Samuel; mas como en su nueva corte no tenia á su lado el que mas que otro alguno habia sabido

captarse su confianza, se aventuró á ir solo en busca del famoso rabino Eleazar, de cuya ciencia y portentosas predicciones, confirmadas por los hechos, se hacían lenguas los magnates y las damas de la ciudad.

No cansarémos al lector, volviendo á sacar á plaza la descripcion de un laboratorio astrológico-judiciario de la edad média, bastando para nuestro propósito recordarle el de Samuel, á fin de que forme una idea de la nueva estancia, cuya entrada le brindamos. En ella encontró D. Alfonso á Eleazar cómodamente arrellanado, y estendiendo el brazo hácia la mesa, atestada de instrumentos matemáticos y de libros en estraños idiomas, arrojó con desenfado una bolsa repleta de oro. Dejóse caer acto continuo en un aterciopelado sillon y dijo al médico:

—Me han ponderado tu sabiduría y vengo á juzgar de ella.

—Señor, le contestó el rabino inclinándose profundamente, la verdadera sabiduría está en lo alto; nosotros, míseros mortales, solo podemos leer en las maravillas de la naturaleza una pequeñísima parte de sus secretos.

—Buenas razones has pronunciado, médico Eleazar, y si tus vaticinios correspoden á ellas, justa será la fama de que gozas, repuso el Rey con agrado.

—Ignoro, Señor lo que V. A. pretende de mí....

—¡Cómo....! ¡Lo ignoras....! ¿Pues por qué te llaman adivino?

—¡Ah....! Ahora lo comprendo. V. A. quiere que yo conozca, sin que se me espliquen, las causas de algun grave mal que le aqueja....

—Eso es, por el infierno, murmuró D. Alfonso mordiéndose los lábios. Ya veo que tengo que habérmelas con un imbécil.

El rabino fingió no haber escuchado estas palabras, pero trazó sobre un pergamino ciertos signos misteriosos, abrió un libro, consultó dos ó tres sentencias, y mirando de hito en hito al Rey, le habló así:

—Vuestra Alteza imagina en este instante que no está enfermo y que el médico Eleazar es un estúpido.

—Algo hay de eso, replicóle el Rey sonriéndose.

—Con todo, añadió Eleazar, el médico pretende probar al Rey que se equivoca.

—¡Demonio....! ¿Serás capaz de....

—¿De sostener que V. A. padece? Nada mas fácil.

—Mira, Eleazar, que te espones. Si no me lo pruebas ahora mismo, te mandaré ahorcar.

—Mi vida es de V. A., Señor.

—Ya lo sé. Prosigue.

—¿Qué es padecer, poderoso Rey de Castilla....? ¿Tener dolorida la cabeza....? ¿Sentir una afeccion de pecho....? ¿Hallaros postrado en cama, acometido por devoradora calentura....? Ciertamente que si no hay otros dolores para el infeliz mortal, que los que maltratan esta pobre cubierta que llamamos cuerpo, libre está de todos V. A. Pero los sufrimientos del alma....

—¿Del alma, Eleazar? La mia está tranquila y satisfecha.

—Vamos á examinarla. ¿Nunca ha pensado el Rey de Castilla en los azares de esa guerra asoladora, que vá á emprender?

—Sí.... sí; pero al cabo triunfaré de mis enemigos.

—Esa es la esperanza que sostiene al Rey en su enfermedad; de lo contrario, moriria.

—Es cierto.

—¿Nunca ha pensado el Rey de Castilla en que puede perder la vida delante de los muros de Gibraltar?

—Confiésote que algunas veces me asalta esa idea.

—Luego el alma no está tranquila; luego no está satisfecha.

—Me aquejan cuidados, es verdad; mas no siento morir por mí....

—No, ya lo sé, Señor; mas vuestro reino.....

—Tendrá quien lo gobierne.

Eleazar cogió de la mesa un cristal azogado y señaló en su centro una raya con un punzon. Pronunció en seguida con trémulo acento algunas frases de conjuro, y mostrando el cristal á D. Alfonso, le preguntó respetuosamente:

—¿Qué es lo que vé Vuestra Alteza, Señor?

—Veo.... veo.... murmuró el Rey palideciendo.... Sí.... es una línea rogiza ...

—Es una línea de sangre, Señor, repuso el rabino.

—Bien.... bien.... sea lo que te plazca. Al fin esas desgracias, si las hay, no ocurrirán en mi tiempo.

—Pero Vuestra Alteza las siente hoy, como si en efecto las presenciase. ¡Oh! Seguro estoy de ello, porque Vuestra Alteza ama á sus fieles servidores y á las ciudades aguerridas, que defienden los derechos del trono.

—Eso sí, pardiez; mas.... eso nada tiene que ver con mi enfermedad.

—Vuestra Alteza padece del espíritu.... Ya lo he dicho, Señor.... Esa línea de sangre, que resalta en el cristal, anuncia á los estados de Castilla un rey tirano.

—Has leido, buen Eleazar, lo que pasa en mi corazon, pero no es bastante. Necesito profundizar el arcano del porvenir; necesito saber dos cosas: la primera es, qué suerte reserva el cielo á mi espedicion contra la plaza de Gibraltar.....

—¿Y la otra, Señor?

—La otra.... la otra.... consiste en que me reveles lo que acontecerá á mi sucesor y á este reino, en medio de las catástrofes sangrientas, que me has anunciado.

Eleazar revolvió sus pergaminos, trazó nuevas líneas, consultó signos y formó cálculos, pronunciando palabras estrañas, en medio de imprecaciones terribles. Agitóse en su sillon convulsivamente, erizáronse sus cabellos, y por espacio de algunos segundos aparecieron sus feroces ojos inyectados de sangre, como los de una pantera. El Rey le contemplaba asombrado, y aun hizo dos ó tres veces ademan de levantarse para apaciguar al rabino; pero éste se calmó de pronto, irguió la frente con orgullosa altivéz y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus lábios. Volviéndose despues hácia D. Alfonso, esclamó con imponente acento:

—Aquí está.

—¿Qué es lo que has encontrado? le preguntó el Rey impaciente.

—El destino de vuestro sucesor, contestó el médico, señalando los signos que habia trazado.

—¿Y el mio?

—La ciencia nunca engaña, Señor; es la verdadera riqueza, que el cielo puede otorgar á los mortales; con ella se alcanza todo, y espero yo, miserable adepto, conocer en breve lo que Vuestra Alteza desea averiguar.

—Revélame pues lo que has hallado en tus viejos pergaminos.

—Observe Vuestra Alteza estas dos líneas paralelas; la distancia que las separa vá disminuyendo poco á poco.... ya han dejado de ser paralelas, porque han venido á encontrarse, atraidas por una influencia misteriosa.

—¿Y qué significa eso?

—Estas dos líneas son dos hermanos, Señor.

—¡Dos hermanos! ¿Estás loco, Eleazar?

—Dos hermanos, que no se verán en mucho tiempo, pero que al fin llegarán á encontrarse en su carrera.

—¿Y despues?

—¿No repara Vuestra Alteza, que las dos líneas confundidas no forman ya mas que una? Esto quiere decir que una de ellas, la mas fuerte ó la mas afortunada, ha absorvido á la otra.

—Entiendo; uno de los dos hermanos vencerá al otro.

—No tal, no tal, D. Alfonso, porque en ese caso la línea absorvida ó eclipsada volveria á aparecer mas adelante.

—Esplícame pues el arcano.

—¿No lo ha comprendido Vuestra Alteza? La línea no aparece por ninguna parte.... de las dos solo queda la vencedora.....

—¡Cielos....! ¡Una muerte....!

—El hado lo dispone así.

—¡Un Cain en los de mi sangre!

—El cálculo es exactísimo, y todo el poder de la tierra no podrá impedir que se cumpla lo que está decretado por el cielo.

—Díme, díme, Eleazar, si todo eso será efecto del acaso, ó si....

—La ambicion y la venganza armarán el brazo del fratricida.

—La ambicion.... está bien; pero la venganza....

—Es manjar muy sabroso para los corazones ulcerados.

—¿Y cuál de mis hijos tendrá que vengar agravios de mi sucesor?

—Vuestra Alteza no recuerda ya la línea de sangre.....

—Es verdad.... mas nada me has dicho sobre lo que dá á entender.

—¿Cómo no, rey D. Alfonso? El monarca de Castilla herirá á sus hermanos en lo mas vivo de sus entrañas.....

—Calla, infeliz.... ¿Por ventura doña Leonor de Guzman.....

—La madre del infante D. Enrique morirá degollada. Aquí teneis, en el cristal, é inmediata á la línea rojiza, una sombra que revela todo el misterio.

—Prosigue.... prosigue.....

—Los hijos de doña Leonor se levantarán contra su hermano. Hé ahí tres líneas, que se cruzan contra una sola.....

—Tres líneas.... no hay duda.... Don Enrique, D. Fadrique y D. Tello. Adelante, Eleazar; ya sabes que quiero enterarme de todo.

—Las tres líneas se confunden muchas veces, hasta que por fin quedan dos de ellas borradas completamente.

—¡Ah! ¿Con que perecerán tambien en la contienda dos hijos mios?

—En la contienda no, porque nada indica que haya guerra por este lado: morirán probablemente como su madre.

—¿Y cuál de los tres escapará con vida?

—El mas culpable contra su Rey, el mismo que hundirá un puñal en su pecho y usurpará su corona.

Don Alfonso oprimió fuertemente sus sienes con las manos, limpióse el frio sudor, que por el rostro le corria y murmuró en voz baja:

—Si todo eso debe acontecer por disposicion de la Providencia, en vano me afanaria yo para evitarlo. Basta de tan desagradable negocio, Eleazar, y echa de nuevo tu horóscopo sobre la fortuna que me espera.

—¿Ha decidido Vuestra Alteza ausentarse de la corte? le preguntó el médico.

—Mañana mismo partiré á reunirme con mis caballeros. Díme si la plaza de Gibraltar será el premio de mis sacrificios.

—Veo en ese mismo cristal de la línea de sangre un sol resplan-

deciente, en medio de negras nubes; ese astro iluminará vuestra gloria, Señor, y esa gloria será la mayor de cuantas habeis adquirido en los combates. Con todo, Rey de Castilla.... renunciadla.... no os alejeis de Sevilla.... no marcheis al campamento.....

—¿Por qué motivo?

—Porque el viaje puede seros fatal.

—No iré solo, si temes que los infieles me hayan tendido alguna emboscada.

—La ruta se os presenta sin obstáculos....,

—Luego el peligro está allí.... enfrente de Gibraltar.....

—Precisamente.

—¿Me quitarán los moros la vida?

—No: triunfareis de su obstinada porfía en todos los encuentros.

—Nada mas necesito, buen Eleazar. Toma ahora esto, como segunda prueba de estimacion, y no olvides que si se cumplen tus últimas predicciones, te colmaré de mercedes.

Hablando así, se levantó el Rey, puso en la mesa del médico una riquísima sortija, que le habia regalado doña Leonor de Guzman, y salió del laboratorio.

Cinco segundos despues resonó en los oidos de Eleazar, que examinaba la joya, á fuer de inteligente, una estrepitosa carcajada, y levantándose una parte del tapiz, que cubria de alto á bajo las paredes de la estancia, apareció en medio de ella el infante D. Pedro. Asustado el rabino con tan imprevista visita, permaneció inmóvil y mudo en su sillon y ni aun tuvo la serenidad necesaria para ocultar los dos magníficos presentes, que acababa de hacerle el Rey. El heredero de la corona le sacó bien pronto de la especie de letargo en que se hallaba sumido, yendo hácia él y diciéndole familiarmente:

—Parece, Eleazar, que no has aprovechado mal el dia. Una sortija de gran precio y una bolsa llena de oro merecen por cierto que la ciencia haga milagros.

—¡Ah! ¿Con que sabeis.... se aventuró á contestar el médico.

—Yo tambien soy adivino, le interrumpió el Infante, y conozco

el año, el mes, el dia, y aun la hora, en que un hombre debe morir. Tú, por ejemplo.....

—¡Qué es lo que decís, Señor!

—No te atemoricen mis palabras y escúchame. Desde allí escondido, he presenciado la consulta del Rey, pues cuando él entraba por la puerta pública en tu laboratorio, venia yo por la secreta á hablarte de mis asuntos; oí su voz y tuve por cosa prudente quedarme detrás del tapiz. Óyeme ahora. De todo lo que has dicho al Rey, solo hay de cierto, como vaticinio, que, no bien mis manos empuñen el cetro de Castilla, perecerán doña Leonor y sus bastardos.

—Dos de ellos nada mas, infante D. Pedro, porque la ciencia no miente.

—La tuya, Eleazar, es un abismo de embustes y supercherías, y para probarlo te aseguro que el primer bastardo que ha de morir es D. Enrique, el mismo que tu reservas para que me asesine.

—El cielo es quien le reserva, y él le guardará.

—Bien; dejemos á un lado tan enojoso asunto, y procura predecirme, por medio de tus enredos cabalísticos, la suerte que me aguarda en cierta aventura amorosa, que traigo entre manos, ó mejor dicho, aquí.... dentro de mi imaginacion.

—Niño sois todavia, infante D. Pedro, y por lo tanto no os negaréis á escuchar los saludables consejos de un hombre de esperiencia.

—¡Oh! No por cierto. Demasiado sé, doctísimo Eleazar, que los de tu raza entendeis esa materia á las mil maravillas, y que las mugeres que elegís para vuestro solaz, son las mas bellas del mundo.

—Otro es mi objeto al hablaros; quiero presentar á vuestra vista los peligros de una pasion insensata.....

—¡Insensata dices...! Has de tener entendido que la dama, cuyo amor pretendo solicitar, es una de las mas encopetadas del reino.

—Tanto peor.

—¿Cómo así?

—Porque os pondreis en peligro de dar á esa dama vuestra mano, y cosa es esta que no puede hacer á su gusto y placer el heredero de un trono.

—¡Já....! ¡Já....! ¡Já....! ¡Já....!

—¿Os reís, Señor....?

—¿Te sorprende por ventura? Me rio de tu ignorancia.

—¡Ah....! ¿Con que me desafiais?

—Justamente. Quiero que adivines el motivo de mi risa, que es un insulto para tu ciencia.

—Y ahora veremos si la ciencia triunfa de vuestra incredulidad.

Diciendo así el rabino, tornó á sus líneas y á sus cálculos, consultó pergaminos é invocó en su ayuda á las potestades invisibles, que le favorecian con sus inspiraciones. Al cabo de media hora de conjuros y despues de haber emborronado un pergamino entero de figuras y de signos cabalísticos, se enderezó magestuosamente en su sillon y estendiendo su brazo derecho hácia la mesa, esclamó señalando con el dedo índice uno de los infinitos trabajos, que habia hecho:

—*Eureka.*

—¿Qué diablos significa esa palabra bárbara? le preguntó el Infante.

—Os dá á entender, contestóle el médico pausadamente, que he hallado el punto de la dificultad.

—¿Cuál de ellos?

—Los dos, si quereis, pero en uno solo.

—Háblame de modo que pueda comprenderte.

—Digo pues, que he adivinado el nombre de la dama de vuestros pensamientos, y por consiguiente el verdadero motivo de vuestras carcajadas.

—¡Demonio! Si es así, estoy pronto á confesar que eres el mayor brujo, que se ha visto en estos reinos.

—Nunca os burleis de la ciencia, Señor, porque ella descubre....

—¡Eh! Déjame en paz y guarda para otros tus advertencias inútiles: lo que yo quiero es que pronuncies el nombre de la hermosura, que me cautiva.

—Infante D. Pedro ¿os bastará que os asegure, que es una muger casada?

—Algo has dicho, bribon; mas no me satisface del todo. Su nombre.... su nombre.....

—¿Se os figura que puedo ignorarlo?

—Me has arrojado el guante, Eleazar, y hasta ahora.....

—Hasta ahora, jóven, llevo la mejor parte en la pelea.

—No importa, supuesto que no me doy por vencido, y que deseo luchar hasta el último trance. Si no declaras el nombre de mi bella, juro alborotar la ciudad, asegurando á todos que eres un embaucador ignorante.

—Basta. Amais á doña Blanca de Almazan, á la noble esposa del caballero D. Luis de La-Cerda.

Don Pedro empezó á temblar como un azogado, y dando diente con diente fué á refugiarse junto á la puerta de salida.

—¿Por qué huís de mí? le preguntó el médico sonriéndose.

—Porque.... porque.... ó eres el príncipe de las tinieblas, ó le tienes metido en el cuerpo.

Y reponiéndose luego poco á poco del susto, añadió:

—Vamos, Eleazar; seamos amigos. Ya sabes que soy muy pobre, porque el Rey mi padre me tiene por niño y no me dá bolsillos atestados de oro, para pagar los misterios de las ciencias. En cambio me espera tarde ó temprano un trono, y cuando lo ocupe, sabré premiar con largueza á mis fieles servidores. ¿Quieres ser uno de ellos, ó mejor dicho, el principal de todos?

—Disponed de mi vida, Señor.

—No exijo tanto: solo quiero que busques un recurso infalible, para que yo sea amado de doña Blanca.

—¿Conoce ella vuestra aficion?

—¡Bah! ¿Cuándo quieres que se la haya manifestado?

—Es cierto; muy pocos dias hace que D. Luis de La-Cerda se ausentó de la corte, con los demás caballeros de la Banda.

—No es eso, sino que no he tenido coyuntura favorable para acercarme y decirla.....

—Si hiciera mas tiempo.....

—¿Qué murmuras?

—Decia para mis adentros, que la ausencia amortigua la pasion; pero es locura pretender que en tan corto espacio olvide una dama principal lo que debe á un esposo querido.

—Ya; pero cuando el nuevo adorador es un Infante.....

—Infantes son los La-Cerdas.

—Cuando es el heredero del trono.....

—Los La-Cerdas tuvieron antes que vos ese derecho.

—Cuando el Infante y el heredero del trono se llama D. Pedro de Castilla.....

—Muchos títulos son esos, Señor.

—Pues bien; hazlos valer esta misma noche y tienes hecha tu fortuna. Si te opones á mis intentos, juro por el cielo que ni el rey D. Alfonso te libertará de mi saña.

—¿Quereis triunfar de esa belleza?

—A todo trance.

—Conozco el medio.

—¡Ah! Serás mas rico que el Rey de Marruecos. Habla.... habla.....

—Poco tengo que decir. Haced de modo que os encontreis esta noche en el jardin de doña Blanca.

—¿A qué hora?

—A las doce. Si transcurren diez minutos, sin que yo me haya presentado á vuestra vista, subid y penetrad osadamente hasta el salon de la dama. Allí.... todo estará preparado para recibiros.

Don Pedro, ébrio de júbilo y de amorosas esperanzas, estrechó á Eleazar y se retiró precipitadamente, para prepararse á la entrevista que el último acababa de anunciarle.

—¡Loco, ó malvado! dijo el rabino entre dientes. Verémos si la escena que le preparo es para él una leccion saludable.

CAPITULO XXXIII.

En el cual se demuestra que una muger casada puede conceder cita á un amante sin dejar de ser virtuosa.

La escena á que aludía Eleazar era una consecuencia inmediata de algunas nuevas, que habia recibido, y de un acontecimiento funesto, que no podia ocultársele, por lo mismo que habia examinado sus causas.

Dos dias despues de la partida de don Luis de La-Cerda para el campamento de los cristianos, situado delante de Gibraltar, se sintió peligrosamente enferma la Infanta doña María; mas no queriendo angustiar el corazon de su amada Blanca, disimuló cuanto pudo sus padecimientos, negándose á que se le suministrasen los necesarios auxilios, de que podia disponer para alivio de su dolencia el entonces atrasado arte de curar. Pero la calentura hizo en muy poco tiempo grandes estragos y la

ilustre matrona se vió precisada á convenir en su mal y á entregarse á los tiernísimos cuidados de su hija. Esta llamó sin tardanza á los mas afamados doctores de la ciudad, y entre ellos al sábio médico astrólogo Eleazar; pero se habia perdido mucho tiempo y nada pudo adelantar la ciencia contra el fallo del cielo. La virtuosa madre de Blanca luchó con la muerte cinco dias, pero agotadas sus fuerzas por la fiebre, cayó al sesto en una postracion precursora de la agonía. Esta fué de corta duracion y la triste heredera de Almazan no tardó en estrechar entre sus brazos un cadáver.

Precisamente murió la Infanta el mismo dia, en que el Rey y su hijo D. Pedro fueron, uno despues del otro, á consultarse con el rabino Eleazar, y éste, que no ignoraba aquella desgracia, luégo que adivinó la pasion del heredero de la corona de Castilla, resolvió aprovecharse de una circunstancia tan propicia, para curar al Príncipe de sus locuras amorosas y para sustraer á la esposa de don Luis de La-Cerda de sus asechanzas.

Lloraba la inconsolable doña Blanca al pié del féretro de aquella, que mas que madre habia sido siempre para ella una tiernísima amiga, cuando á eso de las once de la noche se presentó á su vista con faz compungida el célebre astrólogo de la corte. Los lutos de la heredera y de sus criados, el melancólico aspecto de la estancia colgada de negro, que servia por última vez de retrete á la infanta doña María y las sombras fantásticas, que en el techo proyectaba la tétrica luz de cuatro hachones amarillos, exigian imperiosamente una vision, una figura que, semejante á la de Eleazar, completase el cuadro. Adelantóse el rabino pausadamente, cruzó las manos sobre el pecho, á estilo musulman, para saludar con respetuoso acatamiento á doña Blanca, y se detuvo en frente del féretro, clavando sus miradas en el descompuesto rostro de la que no existia. Despues, como si hiciese un esfuerzo sobrehumano para hablar, pronunció estas palabras:

—El cielo así lo ha querido.

—Así lo ha querido.... repitió la heredera con amargura.

—¡Y qué! repuso el médico afablemente. ¿Creeis, noble señora, que el cielo no es justo?

—¿Imaginas, tú, contestóle aquella desconsolada hija, que es esta buena ocasion para que me dirijas tal pregunta?

—Sí, porque si dudáseis de la justicia del cielo, aquí estoy yo para probaros, que tal vez ha decretado contra vuestro corazon esa desventura, para impedir que esperimenteis otras mucho mayores.

—¡Oh....! Yo no dudo.... yo no puedo dudar, porque eso sería rebelarme contra Dios; pero ahí está.... Eleazar; ahí está la madre amorosa, que lloraba y reía conmigo...; la madre, que preferia mi felicidad á la suya...; la madre, que siempre estuvo pronta á dar su vida por mí.... ¡Y yo....!

—Todo lo sé, doña Blanca, todo lo sé; pero sírvaos de consuelo y de alivio en vuestro legítimo dolor, la seguridad de que vuestra ilustre madre, aun despues de muerta, vela por vos.

—¡La seguridad, has dicho....!

—La seguridad.

—Cierto, Eleazar.... la pena me vuelve insensata. Mi cariñosa madre está en el cielo y pide á Dios, que me ampare y me defienda.

—Eso en cuanto á su espíritu. Fué benéfica y virtuosa en la tierra y habrá encontrado el premio merecido: mas yo no os hablo ahora de su proteccion invisible.

—¿Pues de qué me hablas, buen Eleazar?

—Nadie mas que vos debe oir lo que tengo que deciros.

Doña Blanca hizo una seña á las doncellas silenciosas, que la acompañaban en su soledad, y todas se retiraron.

—¿Me amenaza algun peligro? preguntó en seguida al médico.

—El mayor de todos, señora; el peligro de vuestro deshonor, la respondió Eleazar.

—¡Y sola aquí....! ¡Dios mio:...! ¡Sin mi esposo....! ¡Sin mi madre....! ¡Ah....! ¡Sin mi madre y protectora....!

—Ya os he afirmado que todavía lo es. ¿Veis ese inanimado cuerpo....? Su presencia servirá para salvaros.

—Sí; á su sagrado me acogeré.... ella es mi madre todavía y no me separarán de sus brazos todos los enemigos, que se conjuren en mi daño.

—No lo haréis, señora; no lo haréis, sino que reposada y tran-

quila en ese sitial, aguardaréis que se presente el único mortal, que hoy atenta contra vuestro reposo.

—¡Aquí!

—¿En qué sitio mejor para confundirle?

—Pero esplícame ya ese misterio.

—Pocas palabras bastarán, y haced de modo, nobilísima doña Blanca, que las mias no os ofendan. Un caballero.... poco he dicho.... un jóven, cuya voluntad de hierro es incontrastable, cuya imperiosa y feroz mirada anuncia lo que llegará á ser algun dia, se ha prendado de vuestros atractivos.

—¿Sabe quien soy?

—Lo sabe. ¿Quién no conoce en la corte del rey D. Alfonso á doña Blanca de Almazan?

—Y tú.... ¿cómo has averiguado su aficion?

—Ha ido á consultarme....

—¡Ah! ¿Con que se ha valido de tí?

—Cierto.

—Osadía ha sido la suya. Pronuncia su nombre y al punto me quejaré al Rey.

—El Rey marchará de Sevilla mañana.

—¿Qué importa? Antes que parta le enteraré de mi agravio.

—De ese modo cometeréis una imprudencia, señora: el Rey lamentará el suceso, mas su indignacion no remediará el mal.

—Me confundes con tus razones.... ¡Ah....! Supongo que ese caballero.... ese jóven insensato, de quien hablaste, se ausentará de Sevilla con D. Alfonso....

—Ojalá fuese así; pero os aseguro que permanecerá en la corte durante la guerra.

—Mal guerrero es aquel que prefiere el descanso á los combates, cuando no hay paladin que deje de correr al cerco de Gibraltar.

—No lo achaqueis á cobardía; aunque apenas es un hombre, aunque no ha hecho sus primeras armas, hubiera volado al ejército, para combatir contra el moro. Solo el deber le retiene aquí.

—¡El deber....! Un jóven.... has hablado de su voluntad indomable.... de su feroz mirada.... ¿Me engañas, Eleazar?

—¡Engañaros yo, doña Blanca! ¿Qué ventajas sacaria de ello?

—Es que.... se me figura que he adivinado.... no hay duda... el caballero que me agravia es el infante D. Pedro.

—Ya veis, por lo tanto, que el peligro es grande.

—¡Bah! La reina doña María me amparará contra los devaneos de su hijo.

—La reina doña María le ama.... la reina doña María cierra los ojos á los desmanes de D. Pedro, porque mira en él á su futuro vengador.

—¡Ah...! ¿Qué he de hacer...? ¡Dios mio...! Huir de Sevilla...

—¿Cuándo, Señora....? Cuando apenas acaba de cerrar los ojos vuestra ilustre madre.... ¿Qué se dirá en la corte?

—Pues bien; avisaré á mi esposo.... Artal partirá al campamento de los castellanos.

—Y entre tanto os tendrá en su poder el Infante.

—En efecto.... me has asegurado que en esta estancia debo recibirle.... ¿Se presentará mañana?

—¡Oh! No; esta noche...

—¡Qué oigo!

—A las doce en punto.... no; á las doce y diez minutos.

—Imposible.... imposible, Eleazar.... no le juzgo tan loco ni temerario, que....

—¿Es locura, es temeridad, acudir al punto en que nos esperan?

—¡Una cita....!

—Me he encargado de obtenerla para D. Pedro.

—Jamás.... ¡Malvado! Huye de mi presencia, si no quieres que llame á Rodrigo, para que te arroje á la calle.

—Sosegaos, Señora: la entrevista se realizará aquí mismo, porque así es necesario por vuestro bien, porque es el único recurso á que podemos apelar. ¡Malvado me apellidais, cuando por salvaros me espongo á perecer á manos del Infante....!

—No perecerás, supuesto que te empeñas en cumplir su odiosa comision....

—¡Y qué! ¿Os olvidais del testigo, que debe asistir á vuestro coloquio?

—¡Tú sin duda!

—Vedle ahí.... es vuestra madre, que desde el féretro os guarda.... es vuestra madre, cuya presencia aterrorizará á D. Pedro. Que venga pues, doña Blanca, y su arrepentimiento os probará, que el médico Eleazar ha velado por vos.

La heredera comprendió entónces la verdadera intencion del rabino y le alargó la mano, que él besó con profunda humildad. Acto contínuo, le dijo:

—Perdona mis sospechas.... he sido injusta contigo.

—¿Qué valgo yo, miserable mortal, cuando se trata de evitar un crímen? esclamó el médico con entusiasmo. Preparémonos para la lucha, porque el enemigo es formidable. Haced, Señora, que vuelvan á vuestro lado esas enlutadas doncellas y nada temais. Vuestra madre os ampara y el cielo está de vuestra parte, ya que ha permitido que yo sea el único depositario del secreto del hijo del Rey; yo tambien estaré al acecho de lo que ocurra, porque no abandonaré esta noche vuestra triste morada.

—¡Cómo! ¿No permanecerás junto á mí, para defenderme?

—Imposible. Debo, por el contrario, hacer al Infante la señal convenida, para que corra desalado á vuestros piés. ¿No es verdad que estais pronta á recibirle?

—Pero.... ¿cómo puedes suponer que yo consienta....

—Señora.... Señora.... decid que sí.

—¿Y qué va á pensar de mí ese orgulloso magnate?

—Pensará, cuando os vea en medio de este fúnebre aparato, que no le temeis.

—¡Ah! No.... no le temo; que se presente á mi vista, si llega su audácia hasta el punto de insultar á los muertos.

—Quedad con Dios, doña Blanca, y no olvideis una advertencia que voy á haceros antes de dejaros.

—¿Cuál es?

—Si el Infante abriga un corazon de tígre.... si á pesar de vuestro dolor, pretende llevar adelante sus intentos.... sino respeta las lágrimas que derramais al pié del féretro de vuestra ilustre madre.... pronunciad en alta voz estas palabras: *favor á doña Blanca de Almazan.*

—¿Qué acontecerá entónces?

—Entónces veréis, que la afilada punta de un puñal morisco se introduce tres veces seguidas en el corazon de D. Pedro.

—¡Dios de misericordia....! ¡Un asesinato....!

—Veinte, si es preciso, por conservaros el honor.

—¡Y tú....!

—Yo.... seré ahorcado.... tostado tal vez en una hoguera; pero habré cumplido con mi deber.

—Mas..... ¿de dónde nace ese interés por mí, que te obliga á despreciar la existencia?

—Mi padre, Señora, el sábio Benjamin de Alcalá de los Gazules, de quien sin duda habeis oido hablar, siempre guardó el lado del vuestro, siguiéndole á todas partes y curándole en sus dolencias. Mi madre, la virtuosa Judit, era bellísima y acompañaba constantemente á su esposo, en todas las correrías del esclarecido infante don Pedro. Dos dias antes de la memorable y funesta batalla que dieron los cristianos contra los moros, en frente de los muros de Granada, un escudero de vuestro padre encontró sola á Judit en su tienda, y quiso obligarla á que condescendiese á sus torpes deseos, amenazándola con su estoque. Judit, sobrecogida de espanto, no supo qué hacer en los primeros instantes, y aprovechándose el malvado de su estupor, se lanzó hácia ella furioso y entónces se trabó entre ambos una lucha desesperada, en la cual hubiera sucumbido la infeliz, á no haberse presentado de improviso en la tienda el infante D. Pedro, vuestro padre. ¿Sabeis lo que ocurrió aquel mismo dia?

—Acaba.

—Vuestro padre hizo ahorcar de un arbol al escudero, y colmó de mercedes á Judit por su heróica resistencia. El infante D. Pedro, el infante D. Juan y Benjamin el sábio perecieron dos dias despues en el terrible encuentro con los granadinos.... mi pobre madre no pudo sobrellevar con resignacion su desgracia y sucumbió en Sevilla; pero antes de morir, me refirió la proteccion que habia recibido de vuestro padre y me dijo.—Hijo mio Eleazar, nuestro amo y señor, el denodado infante D. Pedro, ha dejado en el mundo á su

muy amada esposa la infanta doña María y á su hija doña Blanca. Jura que, si algun dia las ves en peligro, sacrificarás tu vida por salvarlas. Yo lo juré; pero hasta hoy no se me ha presentado coyuntura para cumplir mi voto.

Esto dicho volvió á besar el rabino la mano de la heredera y sin esperar su contestacion, salió de la estancia. Pocos momentos despues se oyeron pasos en la antesala y doña Blanca llamó precipitadamente á sus doncellas, con arreglo á la prevencion de Eleazar.

Eran las doce y cuarto de la noche.

CAPITULO XXXIV.

El féretro de la infanta doña María

os manuscritos que hasta aquí hemos consultado, para hilvanar los acontecimientos de esta enmarañada historia, interrumpen la relacion que quedó pendiente en el último capítulo y nos llevan al campamento de los castellanos, cuyo ardiente anhelo se inflamaba con la esperanza que tenian de posesionarse de Gibraltar. La llave del estrecho, al cual dá su nombre, estaba sin embargo mejor defendida en 1344 que en 1701, cuando el advenimiento de Felipe V al trono de España y su rompimiento con el Emperador de Alemania, sirvieron de pretesto á la Inglaterra para arrebatarnos tan importante

plaza; (1) y con todo, fácil era conjeturar que los esfuerzos de los infieles por conservarla serian inútiles, si la suerte, por uno de esos caprichos que la convierten de próspera en adversa, no daba al traste con el decidido empeño y con los grandes preparativos de los españoles.

El Rey no habia llegado al campamento, pero sabíase en el, que habia salido de Sevilla y que recorria la comarca, con el objeto de limpiar la tierra de moros, para no dejar enemigos á retaguardia de su hueste. Reunidos D. Luis de La-Cerda y D. Lope de Vendaña en la tienda del primero, discurrian amistosamente acerca de los medios mas eficaces, que debian ponerse en juego, á fin de lograr la entrega ó toma de la plaza, cuando les anunciaron que acababa de llegar de la corte un escudero, con mensage para el de las armas negras. Don Lope se levantó al punto, diciendo:

—Os dejo, D. Luis, para que saboreis á vuestro gusto y satisfaccion las buenas nuevas, que sin duda os envia vuestra esposa.

Y salió de la tienda, al mismo tiempo que en ella entraba nuestro antiguo conocido Artal. Don Luis se estremeció al verle, y le preguntó con ansiedad:

(1) «Ocupó el trono de España Felipe V, y con él empezó la dinastía de Borbon, «Trasladóse inmediatamente á Madrid y fué reconocido por casi todos los príncipes «de Europa; pero no por el Emperador de Alemania, que se creia con derechos á la «corona de España, y así empezó luego las hostilidades en la Lombardía, promoviendo «sérias conmociones en Nápoles. Acudió á este punto Felipe V, interin Luis XIV le «defendia en el Milanesado; pero entre tanto se unieron al Emperador la Inglaterra, «la Holanda y el Portugal. Las escuadras inglesas invadieron las costas de Andalucía «y en seguida las de Galicia; y si bien el Rey se cubrió de gloria en la Italia, pacifi- «cando primero á Nápoles y venciendo luego á los austriacos en las batallas de Santa «Victoria y Luzara en la Lombardía, tuvo que pasar á España. Entre tanto el archidu- «que Cárlos, hermano del Emperador, fué reconocido en Viena Rey de España y una «escuadra inglesa le condujo á Portugal. Marchó allá Felipe V y conquistó algunas «plazas, batiendo á los portugueses. Las escuadras aliadas recorrieron la costa: *se apoderaron de Gibraltar, que estaba casi abandonado*..... etc. (*)

Elem. de Historia universal por D. Francisco Verdejo Paez.

(*) Este documento y otros antiguos, que tenemos á la vista, y que por su mucha estension no copiamos, prueban patentemente que Felipe V, por sobrenombre el *Animoso*, fué muy poco previsor, supuesto que, hallándose en guerra contra el Portugal, Holanda é Inglaterra, descuidó un punto tan importante como Gibraltar.—*N. del A.*

—¿Quién ha muerto en Sevilla....? ¿Por quién vistes luto?

—Tranquilizaos, Señor; mi señora doña Blanca, que nunca ha dejado de ser para mí *la Vírgen de Almazan*, por mas que á ello se oponga el impertinente Rodrigo, me envia para participaros su ausencia de la corte.

—¡Su ausencia! ¿Pues á dónde ha ido?

—A Valladolid.

—Atónito me dejas, Artal. ¿Qué motivos ha podido tener la infanta doña María, para tomar en estas circunstancias semejante determinacion?

—Doña María no la ha tomado, Señor.

—¡Cómo....! ¡Doña Blanca se ha separado de su madre!

—Al contrario: su madre se ha separado de ella y de todos nosotros para siempre. Por eso me veis de luto.

—¡Ah...! ¡Qué desgracia....! ¡Y sin encontrarme allí, para consolar á mi triste esposa...! Mas.... no entiendo.... no acabo de comprender la causa que ha obligado á doña Blanca á trasladarse á Valladolid.

—Nadie la sabe. El mismo dia de la partida del Rey, dispuso su marcha y me envió á vos, para que os noticiase esta novedad.

—Pero sola.... sola.... sin su madre.... espuesta á los desafueros de los malcontentos que puede hallar en su viaje.

—¡Oh! En cuanto á eso nada temais, porque la acompaña un hombre que infunde respeto á todos los demás.

—¿Quién es?

—El astrólogo Eleazar.

—He oido hablar mucho de su ciencia, mas nunca le he visto.

—Yo puedo aseguraros que es un padre para mi señora doña Blanca. Tampoco os ocultaré que, segun rumores, la ha libertado de un gran peligro.

—Si eso ha hecho, mi vida será corta recompensa para probarle mi gratitud. ¿Qué peligro fué? Pronto.... pronto.

—No puedo decíroslo, porque lo ignoro.

—¿Y.... lo sabe el Rey?

—¿Cómo quereis que yo os lo diga?

—Está bien, retírate y descansa.

En tanto que el poeta Artal obedece y D. Luis de La-Cerda se entrega á mil conjeturas, respecto á la salida de doña Blanca de la corte en direccion á Valladolid, pondremos en conocimiento de nuestros lectores lo que ocurrió en la estancia de la heredera, desde el instante en que el médico Eleazar salió de ella, para colocarse en acecho.

Impaciente el infante D. Pedro en el jardin, solo esperó el tiempo exactamente prefijado por el rabino, y viendo que éste no se le presentaba, dirigióse con osadía hácia la escalera interior del edificio, subió á los aposentos, atravesó el salon principal, y solo se detuvo en el umbral de la estancia, á la sazon lúgubremente iluminada, de doña María. Parecióle de mal agüero, para una cita amorosa, el encontrarse con la puerta abierta de par en par; mas no se imaginó en manera alguna que doña Blanca intentase burlar sus esperanzas; estas, por el contrario subieron de punto en su corazon, desde el instante en que llegó á sus oidos el eco argentino de una voz melancólica y dulce, que pronunció estas palabras:

—Entrad, señor Infante, entrad.

Precipitóse D. Pedro, ébrio de gozo... ¡Cuál fué su admiracion, al verse rodeado por todos los signos esteriores de la muerte....! Apenas podia creer lo que miraba, ó mas bien, miraba atónito y asustado lo que no veia, porque ofuscados sus ojos por el silencio y terrible aparato de una escena tan imprevista, no acertaban á distinguir los objetos.

Poco á poco fué volviendo en sí, para pensar que la equívoca situacion en que se hallaba exigia esplicaciones. Adelantóse de pronto hácia la heredera y señalando al féretro, la preguntó:

—¿Qué significa esa mogiganga, señora? Un ataud es adorno impropio para el retrete, en que se espera á un amante. ¡Qué! ¿Tambien vestís tocas negras y os hacen coro de plañideras vuestras criadas?

—Teneos, Señor, y no insulteis de esa manera mi justísima amargura, le respondió doña Blanca.

—¡Vuestra amargura! replicó el Infante, soltando la carcajada. Vive Dios, que la treta es ingeniosa, si las hay. Mas yo no desisto de mi propósito, bellísima, señora, y supuesto que á este sitio me habeis citado, por medio del sábio Eleazar, á quien sin duda haré quemar vivo por brujo, aprovecharé los dulces instantes que debo pasar á vuestro lado, diciéndoos que os adoro, que sois la única hembra de Castilla que me trastorna el juicio, y que....

—Don Pedro, sois un insensato, le interrumpió la heredera con dignidad. Ese ataud encierra los restos mortales de mi madre y Señora, la noble infanta doña María.

—¡Qué escucho....! Vuestra madre....

—Ya no existe, Señor. ¿Creeis que su desolada hija deba dar entrada en su corazon á imágenes placenteras? El llanto y la desolacion reinan en esta morada.

—¡Y el infame Eleazar, que me habia asegurado...! Bien, doña Blanca, la dejaréis; abandonarémos ahora mismo esta mansion tristísima.

—¡Qué osais proponerme!

—Que me sigais, que os consoleis de tanta pena. ¡Oh! No faltan palacios en Sevilla, para una dama como vos.

—Soy la esposa de D. Luis de La-Cerda.

—Nada mas cierto. Pero.... ¿Se os figura que así me dejo engañar? ¿Se ha de decir en la corte, que habeis inventado una farsa, con ayuda del médico Eleazar, para burlaros de mí?

—¿En dónde está la farsa, infante D. Pedro? Eleazar ha venido de vuestra parte para pedirme una entrevista, y yo le he dicho: me encontrará llorando al pié del féretro de mi madre.

—¿No ha añadido que os amo?

—Ha respetado mi dolor.

—¡Vuestro dolor....! ¡Ah! He de beber su sangre, porque ha escarnecido mi nécia credulicad.

—Venid, D. Pedro; ya que imaginais que os engaño, creed al menos lo que vean vuestros ojos.

Y hablando así la noble dama, levantóse pausadamente de su

asiento, dirigióse hácia el Infante y cogiéndole de la mano, le condujo hasta el lecho de muerte, en que descansaba su madre. Levantó entónces el ligero velo de gasa, que cubria las yertas facciones de la infanta doña María, y dijo á D. Pedro, mirándole de hito en hito.

—Hé ahí mi superchería, Señor.

—¡Ella es! gritó el Infante fuera de sí. ¡Muerta....! ¡Muerta....! ¿Desde cuando?

—Desde anoche, respondió doña Blanca, volviendo á ocupar su sitial.

—¡Ah! Luego es cierto que el infame Eleazar me ha engañado... Sí; esta mañana sabía este suceso.... morirá á mis manos. Y vos, señora.... llorad en paz vuestro infortunio, que otros dias vendrán apacibles y serenos, en que las palabras de un amante suenen agradable y dulcemente á vuestros castos oidos.

Retiróse D. Pedro con precipitacion, no bien hubo proferido esta amenaza amorosa y doña Blanca se entregó de nuevo á sus tristes cavilaciones, dando gracias á la divina Providencia, porque acababa de conjurar para ella el peligro de su perdicion.

Pero el peligro no habia pasado y Eleazar lo conocia muy bien; por lo que, á la siguiente mañana, se presentó á la heredera, para hacerle comprender la necesidad en que se hallaba de abandonar la corte, durante la ausencia de su esposo y la del Rey. Convencida doña Blanca de lo mucho que importaba á su decoro no dilatar la ejecucion de este pensamiento, evitando así nuevas importunidades ó persecuciones del osado Príncipe, que en ella habia puesto los ojos, apresuró los preparativos para el entierro de su madre, y apenas hubo cumplido con los deberes de hija y de cristiana, que le imponia su cariño, cuando salió sigilosamente de Sevilla, acompañada del rabino Eleazar, despues de haber despachado, como ya hemos visto, á D. Luis de La-Cerda, un mensaje, para prevenirle que se dirigia á Valladolid.

CAPITULO XXXV.

Malas nuevas que anuncian otras peores.

UESTROS lectores tienen noticia de los grandes aprestos militares que habia hecho D. Alfonso XI, para dar gloriosa cima á la gran empresa proyectada. No solo las cuadrillas libres, (1) sino todos los caballeros del reino fueron requeridos para que acudiesen á tomar parte en la terrible lucha que se preparaba, y cuando el Rey, despues de haber recorrido toda la comarca, para tener á raya á algunos partidarios contumaces de la parcialidad últimamente vencida, se presentó en su campamento

(1) Llamábanse *cuadrillas libres* las que sostenian las provincias de Alava, Guipuzcoa y Vizcaya, antes de que se incorporasen á Castilla. Era una institucion semejante á la que, andando el tiempo, se conoció con el nombre de *migueletes*. Las *cuadrillas* nunca abandonaban su pais, á menos que el Rey las invitase á ello por motivos poderosos, y todos sus individuos llevaban en el brazo izquierdo un escudo con dos espadas cruzadas, y alrededor este mote: *En aumento de la justicia contra malhechores*.
P. Soriano. *Antig. de Alava*, pág. 87.

delante de Gibraltar, encontró desde los mas poderosos Señores hasta los que poseian humildes feudos, al frente de sus vasallos y secuaces, que anhelaban pelear á las órdenes de su valiente soberano (1).

Al punto dió sus disposiciones para que la plaza fuese embestida, y habiéndole hecho presente D. Lope de Vendaña, que convenia aplazar el combate hasta pasados ocho dias, le contestó animoso:

—No consentiré que los infieles ignoren por espacio de una hora mi llegada al campamento cristiano.

Comenzó pues la refriega y los españoles hicieron prodigios de valor. El intrépido escuadron de la Banda peleó cuerpo á cuerpo contra los moros, matando á muchos y haciendo huir á los demás que se le opusieron, hasta los mismos muros de Gibraltar. Costó no obstante cara á tan señalados campeones la ventaja que acababan de obtener; muchos mordieron la tierra, porque los infieles pelearon con desusada furia, y D. Luis de La-Cerda, despues de haber roto tres lanzas con tres de los principales caudillos sarracenos, cayó atravesado por un dardo, que le arrojaron desde una almena. Al punto se precipitó D. Lope para salvarle, y acometiendo á los moros, que habian acudido con grande algazara á cortar la cabeza al insigne guerrero, dió tiempo á los suyos para que le llevasen á su tienda. La batalla duró todo el dia y los cristianos acorralaron á sus enemigos en su formidable guarida; pero las escalas no estaban

(1) «Los feudos fueron al principio concedidos por un tiempo determinado; des-«pues se hicieron vitalicios y por último hereditarios. El Rey era el primer Señor ó «soberano universal: sin embargo, cuando poseia algunas tierras en el dominio de «otro feudo, quedaba, como vasallo de este, obligado á prestarle homenage, lo que ha-«cía enviando un representante que lo hiciese en su nombre. Seguian luego los vasa-«llos mayores, cuyos feudos emanaban directamente del Rey y distinguidos con el nom-«bre de *duques:* de estos dependian los *condes y marqueses:* de estos eran vasallos los «barones: á estos estaban sometidos los caballeros y estos ejercian su autoridad sobre «los escuderos. Todos estaban obligados al servicio militar, acudiendo al llamamiento «del soberano cada señor feudal, no solo con el número de hombres correspondiente «á su dominio, sino además con los de los señores feudales sus subordinados, todos «con sus caballos y armaduras, pues hasta mucho despues no se introdujo el uso de «la infantería. Los siervos estaban esclusivamente destinados á la agricultura y servi-«cios domésticos, y se consideraban como parte del dominio del Señor, adheridos á «sus tierras, con las que se enagenaban, igualmente que todos los objetos de su perte-«nencia. Sus hijos nacian siervos del amo de sus padres, y no podian heredar sino lo «que el Señor les dejaba. Estaban sujetos á multitud de trabas, tan opresoras como «degradantes: no podia un siervo casarse, sin presentar su futura al amo, quien, si «queria, usaba de ella, y si prescindia de este derecho, era haciendo pagar al novio una «cuota proporcionada al mérito de la doncella.»

V. P. Hist. Univ. *Nota* al núm. 163, pág. 271.

preparadas para el asalto, porque nadie creyó que este pudiese tener lugar tan pronto, y esto hizo que el Rey ordenase la retirada de sus huestes al campo atrincherado, que cubria sus operaciones.

Tomando desde entonces consejo de la prudencia mas que del ardimiento, se limitó D. Alfonso á escarmentar al enemigo en sus frecuentes salidas, á cortarle todas las comunicaciones por mar y tierra, y á impedir que fuese auxiliado por las fuerzas de África y de Granada; en una palabra, sitió la plaza en regla, contra lo que le aconsejaban los ímpetus de su valor, tan solo por no sacrificar, en las frecuentes y terribles luchas que habria que sostener, para apoderarse de Gibraltar á viva fuerza, á tantos ilustres caballeros como le habian seguido voluntariamente, ofreciéndole sus vidas en testimonio de adhesion y de afecto. Esperaba además que aquella inexpugnable fortaleza, falta de bastimentos, entregada á sus propios recursos, que no tardarian en agotarse, y espuesta á intestinas escisiones entre los mismos que la defendian, implorase su proteccion, abriéndole las puertas é invitándole á enarbolar en sus torreones el estandarte de Cristo; cálculos alhagüeños, que probaban la magnanimidad del corazon de D. Alfonso y que en breve iban á ser para él y para los suyos muy fatales.

Don Luis de La-Cerda estuvo á punto de morir de la profunda herida, que le habia abierto en el costado derecho el dardo musulman; pero su temperamento, los incesantes cuidados del Rey y de sus amigos y sobre todo el vivísimo anhelo de vivir para su adorada Blanca, le salvaron, y al cabo de un mes, convaleciente y en estado de poder cabalgar, quiso volver de nuevo á tomar parte en las escaramuzas contra los moros. Don Alfonso no se lo permitió, antes bien llamándole á su tienda, le dijo:

—¿No os alegraria el solazaros por las fértiles campiñas, que os vieron nacer?

—Mucho cariño tengo á mi pais, Señor, le contestó el caballero; la llanada alavesa se me ofrece mil veces en sueños, con sus pintados caseríos y sus espesos bosques; pero mientras Gibraltar subsista en poder de moros, no hay que pensar en que yo me aparte de estos sitios; todo guerrero.....

—Pues os apartareis, por Dios vivo, porque yo lo mando, le interrumpió el Rey.

—Señor.....

—Mañana mismo debeis partir.

—Si he podido incurrir en la indignacion de Vuestra Alteza.....

—Escuchadme bien. Vuestro padre está muy achacoso y toca al término de sus dias, que quiere acabar en el condado de Treviño, sin que todas mis instancias para retenerle en la corte hayan alcanzado que mude de propósito. Se retira pues á sus tierras, con el noble designio de hacer que las hermandades de Alava ratifiquen el convenio que me juraron, de incorporarse á la corona de Castilla: la única condicion que me impone, en pago de tan importante servicio, es que le acompañeis á Vitoria, á fin de que podais descansar algunos meses á su lado de las fatigas de la guerra. Don Luis ¿os negareis á dar escolta á vuestro padre?

—¡Ah! Estoy pronto á obedeceros, Señor. Yo tambien haré que los alaveses sepan lo mucho que pueden esperar de Vuestra Alteza.

—El reconocimiento en Cortes de todas sus leyes, buenos usos y costumbres.

—Y ellos sabrán sacrificarse por Vuestra Alteza y por todos los reyes, vuestros sucesores.

—Id con Dios, D. Luis de La-Cerda, y cuando llegue á vuestra noticia que estoy de vuelta en Valladolid, despues de haberme apoderado de Gibraltar, no dejeis de presentar en la corte á vuestra noble esposa doña Blanca.

Don Luis besó la mano á D. Alfonso, que le dió un estrechísimo abrazo, y al siguiente dia se puso en marcha con su padre hácia Castilla. Reuniéronse en Valladolid con doña Blanca y con el rabino Eleazar, y prosiguieron los cuatro su marcha hasta Vitoria, no sin que algunas nuevas poco alegres del ejército cristiano, que sitiaba á Gibraltar, angustiasen sus corazones.

Decíase en efecto, que se habia declarado en el campamento una terrible enfermedad epidémica; que sucumbian guerreros españoles á centenares y que los moros, aprovechándose de la consternacion que reinaba en las huestes del Rey, las inquietaban dia y noche,

seguros de acabar con ellas. Augurando tristemente de los sucesos futuros, por las funestas relaciones que corrian de boca en boca por todos los pueblos del tránsito, llegaron nuestros viajeros á Vitoria.

El infante D. Pedro entre tanto se preparaba en Sevilla, entre desórdenes y locuras, para un reinado, que debia costar á Castilla lágrimas de sangre. La reina doña María, á fuer de estrangera, no se cuidaba de los trastornos, que las arrebatadas pasiones de su hijo iban á encender en el reino. Queria vengarse, y vengarse ruidosamente de doña Leonor de Guzman y de los bastardos, por lo que posponia á este deseo de esposa y de madre ofendida, todas las consideraciones de Reina de un gran pueblo.

La precipitada marcha de Eleazar con doña Blanca llenó de furor al heredero de D. Alfonso. Al punto resolvió seguirle, sacrificarle á su rábia y obligar á la esposa de D. Luis á volverse con él, para que nadie dudase de que era su dama; pero doña María se lo impidió, mandándole que no se separase de su lado. Exasperóse con esto el Infante y entónces pudo comprender la Reina lo que podia esperar de los perniciosos principios, que ella misma habia sembrado en aquel tierno corazon.

—Señora, la dijo fuera de sí, ya que os oponeis á que yo tenga una manceba ilustre, despedid á vuestro oscuro amante.

—¡Me insultais, hijo mio....! esclamó doña María.

—Os digo, Señora, que soy tan bueno como vos y que.... lo que solo es falta en el hombre, es deshonra en la muger.

—Infante D. Pedro, respetad á vuestra madre, ya que no respetais á la Reina.

—Bien, Señora, bien; sellaré mis lábios, mas tened presente que tambien yo reinaré algun dia.

—¡Y qué!

—¡Oh! Entónces.... ya lo sabeis; os he prometido la cabeza de la que fué querida del Rey, vuestro esposo; os he jurado que sus hijos tendrán la misma suerte.... Otra cosa voy á ofreceros.

—¿Cuál, D. Pedro....? ¿Cuál?

—Cuando yo sea Rey, haré matar á un lindo page, que se llama.....

—Callad.... callad....

—¿Le conoceis, Señora? Su nombre es Gonzalo y levanta mucho sus pensamientos.... ya le cortarémos las alas.

Doña María no pudo sufrir mas y salió de la estancia, en que acababa de tener lugar tan estraordinario coloquio, con el corazon traspasado de dolor.

Don Pedro permaneció impasible, la vió retirarse sin conmoverse y al reparar en su amigo D. Martin Gil de Alburquerque, que llegó al mismo tiempo, soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Qué vívora os ha picado, Infante? le preguntó el jóven.

—Interrogad á la Reina, si podeis, le respondió D. Pedro.

—Decidme al menos de qué os reis con tanto estruendo.

—¡Bah! Del apuro en que acabo de poner á la Reina.

—Es vuestra madre....

—¿Tambien vos me venís con sentencias? Mi madre me ha impedido volar en pos de una hermosa fugitiva ...

—Ya; doña Blanca de Almazan.

—¿Teníais conocimiento de su viage?

—¿Por quién me teneis, infante D. Pedro? ¿Me juzgais capaz de haceros traicion? Lo que hay es que, á la hora presente, no se habla en Sevilla de otra cosa.

—Es decir que se refiere en público el chasco, que me ha dado Eleazar el rabino.... ¡Y no poder apoderarme de doña Blanca, para hacer callar á todos los charlatanes! Porque habeis de saber que la Reina ha dado órdenes al Justicia Mayor para que me vigilen, para que no me permitan salir de Sevilla. ¡Oh! Me vengaré... sí... sí... me vengaré: la Reina llorará en breve sobre el frio cuerpo de su adorado pagecillo Gonzalo, haré ahorcar al rabino y á D. Luis de La-Cerda.... Ya lo vereis, D. Martin; la hermosa Blanca de Almazan será reina de Castilla, hasta que me canse de su belleza.

—No penseis ahora en esas cosas, que os agitan demasiado, pues teneis otras mas sérias á que atender.

—¡Mas sérias! No os comprendo; no hay asunto mas sério ni mas importante para mí, que el cumplimiento de mis antojos.

—¿Y cómo habeis de cumplirlos, si otro os arrebata la corona?

—¡Ah! ¿Se ha rebelado el bastardo D. Enrique?

—No; pero se rebelará, apenas espire vuestro padre, el Rey mi Señor.

—El Rey no morirá tan pronto, porque es de robusta constitucion; el ejercicio de la guerra es un preservativo de su salud, que Dios conserve muchos años. Desde que sé que he de empuñar el cetro algun dia, no tengo prisa de reinar; mas cuando ese dia llegue, daré buena cuenta de los bastardos.

—¿Sabeis las nuevas que han llegado del campamento del Rey?

—No. ¿Son buenas ó malas?

—Malas.

—Pronto, D. Martin, pronto por Dios. El Rey mi padre....

—Tranquilizaos.... vive, pero temo....

—¿Qué temeis....? Acabad.

—Que sucumba al mortífero contagio, que diezma nuestras huestes.

—¡Ah...! ¡La peste...! ¡La peste en el ejército...!

—Peste horrible, mil veces mas cruel que todos los alfanges sarracenos. Los guerreros cristianos caen á millares, y no es eso lo peor.

—¿Puede haber mas todavía?

—Sí; el Rey se niega obstinadamente á levantar el sitio. Sus mas esforzados capitanes le suplican y conjuran, para que al menos se retire del campo, confiando á sus desvelos y lealtad la direccion de las operaciones: todo es inútil. Don Alfonso ha dicho que se tiene por el primer campeon de sus estados y que no dará un paso atrás, añadiendo que no volverá á Sevilla, sin apoderarse primero de Gibraltar.

—¿Qué me anuncias, D. Martin? ¿Susúrrase esa desgracia en la corte?

—El Justicia Mayor procura disimular los temores que todos manifiestan; pero á nadie puede convencer.

—Don Martin ¿quereis seguirme?

—¿Qué intentais?

—Salvar al Rey. Volemos al campamento de Gibraltar.

—Don Pedro, daos á prision, dijo la Reina, presentándose en la estancia, seguida del Justicia Mayor de Castilla.

CAPITULO XXXVI.

En el cual se vé muy claramente que el hombre pone y Dios dispone.

ESTA órden, que al pronto sobrecogió al Infante, no era resultado de anteriores pensamientos. Doña María acababa de oir las últimas razones de su hijo, y conociendo á fondo hasta qué punto podia conducirle la impetuosidad de su carácter, temió que pusiese por obra el propósito que habia anunciado al primogénito de Alburquerque. La Reina era muger, que nunca perdia de vista los intereses del trono, y como no ignoraba que en el campamento cristiano, que sitiaba á Gibraltar, se habia declarado una terrible epidemia, quiso impedir la marcha de D. Pedro á dicho punto, por miedo de que se contagiase y sucumbiese, ya que todas las noticias pintaban el riesgo del Rey como inminente, y su empeño de permanecer allí como temerario.

El Justicia Mayor comprendió al punto las intenciones de doña María y saludando al Infante, le dijo:

—Tranquilizaos, Señor; la resolucion que acaba de tomar la Reina vuestra madre y mi Señora, es para vuestro bien.

—Tranquilo estoy, le replicó D. Pedro sonriéndose; dia vendrá en que, por los buenos consejos que dais á la Reina, os mande ahorcar.

—¡Qué decís, hijo mio! exclamó doña María. Yo sola he dispuesto de vuestra suerte.

—¿Y en qué oscuro calabozo pensais tenerme aherrojado?

—Aquí mismo, D. Pedro, aquí; lo que pretendo es que no salgais de Sevilla.

—Mirad que, aunque me ausente, no alcanzaré á doña Blanca de Almazan.

—Ya lo sé; así no es eso lo que me inquieta.

—¿Pues qué os altera el ánimo?

—Tan ciego estais, hijo mio, para no conocerlo? La peste hace estragos en el campamento del Rey.

—Por lo mismo, quiero salvar al Rey del peligro que le amenaza.

—¿Y si pereceis los dos?

—Pueriles temores. Si está decretado por el cielo que ciña la corona ¿cómo queréis que la peste corte el hilo de mis dias?

—Dadme vuestra licencia para que yo parta, dijo á esta sazon D. Martin de Alburquerque: llevaré al Rey vuestros mensages, y le diré que interesa á la tranquilidad pública su pronto regreso.

—Menester es engañarle, observó el Justicia Mayor, pues de lo contrario nada conseguirémos. Ya que os ofreceis á tan señalado servicio, haced de modo que el Rey comprenda, que Castilla está amenazada por los malcontentos y que....

—Eso es poco.... muy poco... gritó D. Pedro exasperado: conozco al Rey D. Alfonso mi padre y no cederá en su empeño de tomar á Gibraltar, dejando para despues la tarea de pacificar á los que se subleven. Habeis de noticiarle, D. Martin, que doña Leonor de Guzman ha huido de Talavera; que el bastardo D. Enrique hace

leva de gente, para proclamarse en Valladolid y que nos apresta-mos á marchar sobre Castilla, aunque sin fuerzas, para sofocar la rebelion, esperando que nos enviará las suyas sin tardanza....

—¿Y qué pensará el Rey cuando sepa que nada de eso ha acontecido?

—Cuando lo sepa, ya estará léjos de Gibraltar, y nos dará las gracias, por haberle salvado.

—Adios pues; suceda lo que quiera, voy á ponerme en camino para el campamento.

—Adelantaos á D. Alfonso, si le veis en ánimo de volver á Sevilla, á fin de que no lo ignoremos.

Partió D. Martin, y al punto preguntó D. Pedro á la Reina:

—¿Persistís, Señora, en tenerme preso?

—No; si me dais palabra de permanecer en la ciudad, le respondió doña María.

—¿Qué he de buscar ya fuera de ella? Ese fiel mensagero hará todo lo que yo me proponia hacer.

—Libre sois, Infante.

Diciendo así la Reina, se retiró de la estancia de su hijo. Éste al ver que el Justicia Mayor la seguia, le tocó en el hombro y murmuró á su oido estas palabras:

—Estoy seguro de que algun dia os mandaré ahorcar.

—Bueno, pensó para sus adentros el magnate, haciendo á don Pedro una profunda reverencia; en cuanto empuñes el cetro, huiré de la corte, refugiándome en mis tierras de Alava.

Llegada la noche llamó D. Pedro á su escudero favorito llamado Mendez, y le mandó que con el mayor secreto ensillase dos de los mejores caballos del Rey. Sin detenerse, se calzó las espuelas, ciñóse la espada y salió del palacio á la calle: en ella montó y ordenando á Mendez que le siguiese, se escurrieron ambos de la ciudad, sin ser vistos ni sentidos por los espías y vigilantes del Justicia Mayor, hasta que viéndose en el campo, espolearon á sus corceles, y corrieron á rienda suelta detras de D. Martin Gil.

—¿Crees que podrémos darlo alcance? preguntó el Infante al escudero.

—Desesperada ha de ser nuestra diligencia si lo conseguimos, Señor, le contestó Mendez; nos lleva muchas horas.

—Yo tengo la culpa de todo, porque hablé demasiado réció con D. Martin, cuando le propuse pasar al campamento del Rey: mi madre nos escuchó y se llevó el diablo mis planes. ¡Oh! Cuando yo empuñe el cetro, he de levantar en Sevilla un alcázar magnífico, y en el nadie oirá lo que yo diga, sino cuando yo quiera. Corramos, Mendez, corramos ... Si Dios detuviese de algun modo la marcha de D. Martin.... Se me figura que te quedas atrás.... ¿No me sigues?

—Si por cierto, Señor; pero llegamos á un sitio, en que hay muchas zanjas y es preciso adelantar con cuidado.

—¡Bah! Las saltarémos: ya sabes que nada es cápaz de detenerme.

A pesar de tan terminante declaracion, el caballo de D. Pedro se paró de pronto, sin que los espolazos ni los juramentos del ginete pudiesen hacerlo adelantar un solo paso. Mendez observó que tambien su corcel se detenia rehilando las orejas, y esto le dió mala espina.

—Señor, dijo al Infante, estamos en el sitio de las zanjas y algo olfatean estos animales, cuando se niegan á pasar adelante.

—Pues no he de rodear, vive Dios, por todas las zanjas del mundo.

—Dejadme hacer, añadió Mendez, echando pié á tierra y entregando las riendas de su caballo á D. Pedro.

—¿Qué intentas? le preguntó éste.

—Esplorar el campo, respondió el escudero, adelantándose hácia las zanjas.

El Infante permaneció solo durante buen espacio, maldiciendo de su suerte que le obligaba á perder un tiempo precioso, y aunque quiso repetidas veces poner su corcel al paso, no lo pudo conseguir. Apeóse por último y sentándose en un repecho, esperó á Mendez con una impaciencia de condenado. El ruido de unos pasos le dió al fin á entender que el escudero llegaba, y le preguntó antes de verle:

—¿Qué has descubierto?

—Que podemos atravesar el camino hácia la izquierda, evitando las zanjas.

—Gracias al cielo: mas vale así que dar el alma al diablo. Marchemos.

—Poco á poco, Señor; nuestros corceles necesitan algun reposo y voy á sujetarlos al tronco de unos árboles, que acabo de encontrar.

—¿Quiéres que te atraviese con mi daga, infame? ¿Qué hablas de reposo, ni de.....

—Escuchadme y vereis que tengo razon.

—Habla pues, porque te juro que, si no la tienes, no volverás á Sevilla.

—A Sevilla precisamente es á donde ambos tenemos que volver.

—Mendez ó demonio ¿has perdido la sesera?

—No, Señor, pero hé aquí confirmado el mayor deseo, que habeis tenido desde nuestra salida de la ciudad.

—Esplícate de una vez.... ya me conoces.....

—¿No dijisteis poco há: Si Dios detuviese de algun modo la marcha de D. Martin.....

—¿Y qué?

—Que la ha detenido.

—¡Cielos....! ¿De qué manera?

—Precipitándole en una zanja con su cabalgadura.

—¡Qué dices....! ¡Ha muerto!

—La cabalgadura sí, pero él respira.

—¿Y me lo refieres con esa calma? Corramos á su socorro..... Ven.... guíame, porque he de salvarle.

—He querido manifestaros la causa de la repentina detencion de nuestros corceles; ahora permitidme que los asegure á un árbol.

Hecho esto, se adelantaron D. Pedro y Mendez, y bajando, no sin algunas precauciones indispensables, al fondo de una profunda zanja, que señaló el último, divisaron dos bultos inmóviles, á saber, un caballo y un caballero: éste daba señales de vida, aunque yacía sin sentido; aquel habia espirado. Poco tardó el Infante en

reconocer á su amigo y confidente, y no vaciló un solo instante en cumplir, como debia, con los deberes de la gratitud, á pesar de las dificultades que se le ofrecian. Mendez, que era mozo fornido, cargó, ayudado de D. Pedro, con el primogénito de Alburquerque, y venciendo todos los obstáculos que presentaba aquel terreno resbaladizo, logró subir al camino llano. El Infante fué á buscar los caballos, y en uno de ellos atravesaron al jóven entre los dos, del mejor modo que pudieron, sujetándole con las riendas del corcel, que quedaba en la zanja para pasto de aves carnívoras. Encargóse de la custodia del herido el buen Mendez, y ya se disponian á emprender su marcha retrógrada hácia Sevilla, cuando le ocurrió á D. Pedro una idea.

—Se me figura, dijo, que D. Martin Gil no ha derramado sangre; tal vez no está mas que aturdido del golpe; si tuviéramos agua fresca.....

—La cabeza esté entera y se sostiene bien sobre los hombros, observó el escudero; en los brazos tampoco hay novedad; pero imagino que esta pierna derecha.....

Y hablando así, apretó al jóven magnate, por la parte del muslo, la pierna que indicaba. Un doloroso quejido heló la sangre en las venas de D. Pedro, pero serenándose al punto, dijo con satisfaccion:

—Del mal el menos: supuesto que se queja, hay esperanzas de que viva. Sepámos qué has hecho con él.

—Le he oprimido fuertemente el muslo derecho.

—¡Ah! Pues en ese caso no hay duda; tiene la pierna rota. Si ese pícaro Eleazar no se hubiese fugado con la hermosa doña Blanca, nos le curaria en un dos por tres. En fin, volvamos á la ciudad y sea lo que Dios quiera, pues no ha de decirse de mí, que abandoné á un amigo en tan apurado trance.

Pusiéronse en marcha hácia la ciudad y llegaron á ella, cuando los primeros albores de la mañana empezaban á iluminar los edificios. El frio de la noche habia avivado los dolores de D. Martin, devolviéndole el conocimiento, para hacerle prorumpir en imprecaciones contra su mala suerte. No tardó sin embargo en conocer á

sus conductores, y esto le sirvió de gran consuelo, estimulándole á pagar, en cierto modo, el servicio que acababa de prestarle D. Pedro, con la relacion de lo que le habia acontecido.

—Vuestra caida es de muy mal agüero, amigo mio, le dijo el Infante.

—Figuraos que ni yo mismo sé como sucedió, repuso el de Alburquerque. Solo puedo asegurar que corria á rienda suelta....

—Como ese ginete, le interrumpió D. Pedro, señalando á un caballero que les adelantó al galope y entró mucho antes que ellos por las puertas de Sevilla.

—Así es, prosiguió D. Martin. Corria como he dicho, en demanda del Rey mi Señor, cuando de pronto faltaron los pies á mi alazan y se precipitó en un abismo: cerráronse mis ojos, perdí el conocimiento y.... ya conoceis toda la historia de tan desgraciado trance.

El Infante y Mendez se apresuraron á llegar cuanto antes al palacio de Alburquerque. Allí entregaron á su familia el depósito que llevaban, y dejando D. Pedro el cuidado de los corceles á su escudero, se dirigió á la morada de la Reina, dando á los diablos la caida de D. Martin que habia interrumpido su viage.

CAPITULO XXXVII.

Nuevo Rey en Castilla, un barbero en campaña
y una comitiva fúnebre.

El ginete, que habia entrado antes que el infante D. Pedro en la ciudad, era portador de tristísimas nuevas. Todos los temores acababan de realizarse: D. Alfonso de Castilla, atacado de la peste en su campamento delante de Gibraltar, habia muerto el dia 27 de marzo de 1350, con inmenso dolor de todos los valientes, que á voz en grito publicaban su ardimiento sin segundo y su constancia en los trabajos. Al punto dió órden don Lope de Vendaña á los caudillos del ejército, para que lo replegasen, y él en persona llevó á Sevilla la noticia de tan infausto suceso, á fin de que la Reina tomase aquellas disposiciones enérgicas, que aseguraron la corona en las sienes del legítimo sucesor. D. Lope era el ginete que D. Pedro habia visto, y que no juzgó oportuno moderar su carrera hasta el palacio de doña María. Introducido á su presencia, la saludó con respeto y dijo pausadamente, como para dar á entender que queria ser adivinado:

—Señora, soy el caballero D. Lope de Vendaña.

—¿Qué necesidad teneis de declarármelo? respondióle la Reina. ¿No os conozco por ventura? Pronto.... pronto.... ¿Cómo habeis dejado al Rey?

—Ya que no ignorais quien soy, debeis tener presente que nunca abandoné el lado de D. Alfonso XI de Castilla; y pues me veis solo aquí....

—¡Qué...! Hablad.... hablad, D. Lope....

—Señal segura es esa, Señora, de que D. Alfonso no ha menester mi compañia.

—Pero esplicaos, por el cielo.

—En el cielo debe estar su alma á estas horas.

—¡Ha muerto! ¡Dios de misericordia!

—Tan cierto, Señora, como yo soy D. Lope de Vendaña. Le he visto espirar y con su muerte se malogra la atrevida empresa, que él solo podia llevar á cabo.

La Reina vaciló y no cayó al suelo sin sentido, porque el caballero de Vendaña la sostuvo en sus brazos y la acomodó en un sitial. Acudieron al punto en su auxilio las doncellas asustadas, imaginando al pronto que D. Lope habia cometido algun desman contra doña María, pero el reposado continente del guerrero desvaneció aquellas injustas sospechas. Vuelta en su acuerdo la Reina, derramó sentidas lágrimas á la memoria de un esposo, á quien amaba seguramente con ternura; pero recordó tambien que era madre y dijo á D. Lope:

—Seguidme; cumplamos con nuestra lealtad, saludando al nuevo Rey de Castilla.

El de Vendaña acompañó á la viuda de Alfonso *el Justiciero* á los aposentos del Infante. Éste acababa de llegar de su escursion nocturna, despues de haberse separado de D. Martin, y creyéndose descubierto, esclamó:

—¡Ah! ¿Con qué lo sabeis todo, madre y Señora mia, y venís á castigarme?

—¡A castigaros! repuso doña María. Sean cuales fueren las faltas que hubiéreis cometido esta noche, no tengo ya ese derecho. El Rey vuestro padre no existe.

—¡Ah! gritó D. Pedro. ¿Cómo lo sabeis?

—Aquí está D. Lope de Vendaña, que le ha visto espirar.

—Los de la Banda, replicó iracundo el jóven Príncipe, aconsejaron al rey D. Alfonso la espedicion contra Gibraltar para perderle.

—Los de la Banda siempre fueron leales, contestó D. Lope con entereza.

—Silencio, señor de Vendaña: desde hoy soy vuestro Rey, y.... mirad si está muy segura vuestra cabeza. ¡Ah! No quiero que se me olvide: ya que se habla de cabezas, la primera que necesito ver mañana en la plaza es la del Justicia Mayor.

Don Lope se retiró de la estancia horrorizado y resuelto á no servir á un monarca, cuyas malas inclinaciones conocia. Aquella misma mañana, antes de entregarse al descanso, enteró al Justicia Mayor del peligro que le amenazaba, y no queriendo ninguno de ellos hacer traicion á la causa legítima, favoreciendo los planes que podian fraguar los bastardos, determinaron huir de la corte y retirarse á Vitoria, á fin de vivir seguros. No tardaron en poner por obra su propósito, y antes que D. Pedro fuese proclamado Rey, partieron secretamente de Sevilla.

El nuevo Monarca hizo de D. Martin Gil de Alburquerque su principal favorito, y no bien se restableció el último de las consecuencias de su caida, le obligó á que le acompañase en los escandalosos devaneos, que no menos que sus crueldades, oscurecieron tristemente su reinado. Nuestros lectores conocen la historia. ¿A qué fin profundizarla en la novela? Doña María alcanzó el objeto de sus ansias, sacrificando á doña Leonor de Guzman, que por mandato de su hijo fué degollada en Talavera, y en cambio dió á España un rey tirano y caprichoso, cuyos instintos sanguinarios promovieron una guerra civil, tan larga como desastrosa. La nobleza se dividió en dos parcialidades; D. Enrique el bastardo, sediento de venganza, salió al campo, y D. Pedro castigó en el inocente D. Fadrique, Gran Maestre de Santiago, la culpa de ser hermano suyo, ordenando que sus mismos maceros le matasen á su vista. La imperial Toledo, conquista unas veces de la parcialidad de los bastardos, y otras de las fuerzas del Rey, fué víctima siempre de la crueldad

del último, y la reina doña Blanca, la esposa legítima, pereció tambien sacrificada por el bárbaro esposo, que no contento con embriagarse escandalosamente en los brazos de la hermosa María de Padila, cubria de vergüenza la pura sangre de las casas de los Castros y de los Coroneles. Corramos un velo sobre tan horribles escenas, que tuvieron no menos tristísimo remate, con el cumplimiento de la prediccion del rabino Eleazar en los campos de Montiel. El cielo se cansó del mónstruo coronado y la traicion puso fin á la vida del que, solo en medio de traiciones y alevosías, habia sabido sostener en sus manos un cetro convertido en puñal. El hermano mató al hermano, y el hijo primogénito de doña Leonor de Guzman dió la paz á Castilla.

El rabino Eleazar vivió muchos años y convenció á muchos de que la ciencia no le habia engañado, cuando predijo la suerte del Rey de Castilla.

Pero no se habian cumplido todavia los decretos de la Providencia divina, tocante al fatal destino de D. Pedro *el Cruel*. Corria el año 1352, segundo de su reinado, y se hallaba en Torrijos entregado al placer de verse reproducido en un hijo, que acababa de dar á luz su manceba doña María de Padilla, cuando precisamente cruzaban dos caballeros la dilatada llanura de Arriaga, camino de Vitoria, armados de punta en blanco, sobre arrogantes corceles. Platicaban acerca de los últimos acontecimientos de Castilla, y conocíase á tiro de ballesta que acababan de llegar de Francia, pues se hacian lenguas de la virtud y hermosura de la princesa doña Blanca, hija segunda del duque de Borbon y prometida esposa de don Pedro de Castilla.

El de mas edad iba cubierto de brillante coraza de acero, casco del mismo metal guarnecido de plumas blancas y rojas, y colgábale del brazo enorme rodela, cuyo emblema lo componian dos espadas cruzadas. El otro ostentaba mayor riqueza en el trage: perfiles de oro ribeteaban su milanesa cota, cabalgaba con soltura y atendia con placer á las razones de su compañero.

Llegados al puente de piedra, por donde necesariamente tenian que atravesar, se detuvieron al ver un grupo de hombres armados, que hácia ellos se dirigia desde la poblacion.

—Vive Dios, Mendoza, que tenemos aventura, dijo el mas viejo. ¿No observais allá aquel tumulto, que viene hácia nosotros?

—Este puente es encantado, respondió el primero. No bien se pone el pié encima, cuando puede estar seguro un caballero de tropezar con buenos lances.

—¿Lo decís acaso por el encuentro, que aquí mismo tuvimos con D. Luis de La-Cerda? De mal agüero fué aquel dia para el infante D. Juan.

—Y eso que *el Tuerto* era temible.

—Desde su muerte empezó á respirar Castilla, pero la del rey D. Alfonso atrajo para todos mayores calamidades. ¿Qué se hicieron los valientes paladines de la Banda? Dispersos, casi ocultos, sospechosos al nuevo Rey, han visto pagados sus servicios con ingratitudes y persecuciones. Don Luis vive oscuro en Vitoria, don Leon de Velasco se ha acojido al reino de Aragon.... ¿Y nosotros, Mendoza? ¿Encontraremos seguro asilo en mis tierras de Villareal?

—En todo caso, habremos cumplido como buenos, negándonos á apoyar la rebelion contra el Monarca de Castilla.

—Eso sí; siempre fieles á la causa legítima, por mas que condenemos las crueldades del Rey.

—Pero hemos jurado no defender sus escesos.

—¿Creeis que lo olvido? No tomaremos parte en esa contienda fratricida.

—Las gentes de la ciudad se acercan. ¿Qué será ello? Prevengamos nuestras armas.

—Nada tenemos que temer; antes imagino que esos hombres pertenecen á alguna partida de maceros. Piquemos el paso, para salir de dudas.

—Que me place, repuso el caballero de Mendoza.

Y haciendo sentir la espuela á los corceles, alcanzaron en breve al grupo. Entónces observaron que, efectivamente, como unos veinte maceros conducian preso á un anciano mas muerto que vivo, de blanca pero corta barba, y sin mas vestido que una desgarrada túnica de color morado. Llevaba los brazos amarrados y la confor-

midad de la desesperacion se veia pintada en las inumerables arrugas de su rostro.

—Muchachos, preguntó el guerrero de las espadas cruzadas. ¿Adónde llevais esa hedionda pieza?

—Al matadero, ilustre D. Lope, contestó respetuosamente uno, que parecia el caudillo de aquella tropa. ¿No le conoceis?

—No recuerdo haberle visto en mi vida, dijo el de Vendaña.

—Le hemos asegurado bien, prosiguió el macero, porque es el judío mas bribon de cuantos alimenta su maldita raza. Por la corte se entretenia en saquear las arcas reales, y vos andábais allí, cuando el pícaro hacía de las suyas. ¡Oh! Ha corrido mucha tierra y fué grande amigo de D. Juan *el Tuerto*; huyó con él á Aragon, volvió á Castilla y estuvo en poder de la justicia. ¿Sabeis que, por arte del diablo, logró fugarse de la cárcel pública de Valladolid, á pesar de los grillos que le sujetaban, y que desde entónces me ha hecho sudar gotas de sangre, antes de volverle á echar los cinco y la garra?

—Ahora lo comprendo todo, dijo D. Lope, y por las señas que me das, ese miserable fué almojarife del difunto rey D. Alfonso.

—No os engañais por cierto, repuso el gefe de la partida; pero á estas horas le pesa tanto haber volado, como siento yo pertenecer á este cuerpo infernal de buscar traidores.... Si no tenemos un instante de descanso.... Mirad: hace mucho tiempo que, desesperado de la inaccion en que me puso la falta de parroquianos.... porque yo, señores, me llamo Diego, y fuí barbero antes que soldado.... pegué un puntapié al oficio y dije á mis navajas: adios, amigas, cómaos la roña, que yo voy á buscar mejor fortuna. Desde aquella época, es decir, ignoro cuantos años ha, solo soy bueno para correr por aquí, acechar por acullá, prender á uno, ahorcar á otro, sin que tales proezas me hayan valido el menor adelanto en mi carrera.—¿Qué diablos quieres, judío? Apuesto mi partesana á que has creido poder escaparte de mis manos, por la proteccion de estos nobles. No, queridísimo Jucef; esto vá de veras, y por otra parte, si tal imaginas, agravias á los que el rey D. Alfonso mi Señor tuvo siempre por sus mejores amigos. Vamos.... adelante, que el

viage es corto.... ahí cerca.... á la orila del Zadorra... ya me entiendes.

Los caballeros se separaron del lugar de aquella repugnante escena y entraron por la puerta de Arriaga, á tiempo que del palacio del *Campillo* salia un fúnebre acompañamiento, que bajando por la ancha cuesta hácia la calle de la *Cuchillería*, llenaba todas las del tránsito y volvia á subir por la espalda de la iglesia de *Santa María*. Multitud de caballeros con las lanzas bajas y enlutados los escudos rodeaban el cuerpo de un venerable anciano, cubierto de reales vestiduras y conducido en magníficas andas por ocho sacerdotes. Toda la nobleza de la ciudad seguia al duelo, y este lo presidia un caballero, que llamaba la atencion por su angustiosa pena y por las copiosas lágrimas que se desprendian de sus ojos.

Don Lope de Vendaña, y el de Mendoza se mezclaron entre la comitiva, despues de echar pié á tierra, y al llegar al cementerio de *Santa María*, no pudo contenerse por mas tiempo su curiosidad. Acercáronse los dos al acongojado caballero y el de Mendoza le dijo:

—¿Por qué causa tanto dolor señor de Almazan?

—Disipad mis dudas, amigo D. Luis, hermano de armas, añadió D. Lope. ¿Qué os incita á llorar con tal abatimiento la muerte de ese anciano?

—Era mi padre, respondió sollozando el esposo de Blanca; ahí teneis á D. Alfonso de La-Cerda *el Desheredado*, al campanero de esta torre y al sepulturero de la huesa, donde van á reposar sus miembros por toda una eternidad.

CAPITULO XXXVIII.

Con el cual dá fin la historia por medio de un matrimonio como si fuese novela.

El amor de la lumbre de espaciosa chimenea, en la cual chisporroteaban enormes troncos de encina, platicaban dulcemente, durante la larga velada de una crudísima noche de diciembre de 1370, una dama y un caballero. Entreteníanse con los sucesos de la época y con la memoria de otros, que habian dejado en sus almas indelebles recuerdos.

—Paréceme que ya es hora de recojernos, D. Luis, dijo al fin la dama, tan luego como su esposo hubo terminado la relacion de una famosa batalla.

—Ya veo, señora mia, que nuestras antiguas proezas, á orillas del *Salado*, son para vos un narcótico seguro, respondió el guerrero.

—¡Oh! No lo penseis por Dios, repuso la primera. ¿Cómo queréis que escuche con indiferencia unos sucesos, á los cuales debo tantas penas y tanta felicidad? Pero la noche está muy adelantada y.....

—Teneis razon: retirémonos á descansar, pues hemos velado bastante.

Levantáronse ambos esposos; mas apenas dió cuatro pasos el caballero en direccion á la puerta de la estancia, cuando resonaron fuertes golpes en la principal del castillo, (pues castillo era y muy

fuerte el lugar en que al presente nos acompañan nuestros lectores) y al mismo tiempo se presentó un hombre delante de D. Luis.

—¿Qué ocurre, amigo mio? le preguntó éste.

—¿Quién es capaz de adivinarlo? contestó el que acababa de llegar. Desde que soy mayordomo vuestro, y sobre todo, desde que me favorecen las Musas con sus inspiraciones, solo he conocido dos mortales, que se atreviesen á turbar el sosiego de la fortaleza de Almazan durante la noche. ¿Me habeis entendido?

—No, buen Artal; ni será fácil que te entienda, si no te esplicas mas claro.

—¿Os acordais de la llegada del infante D. Juan *el Tuerto* al castillo, que entonces era de la noble infanta doña María?

—¡Ah! Sí.

—¿Y habeis olvidado la de un paladin, á quien todos llamaban el caballero *Negro*?

Sonrióse D. Luis de La-Cerda y Artal añadió:

—Pues ahí teneis esplicado lo que os decia.

En esto redoblaron los golpes á la puerta esterior, y el mayordomo se retiró, para saber quien era el que llamaba con tanta furia á aquellas horas.

A poco rato oyeron D. Luis y su esposa que se corrian las cadenas del puente levadizo, y que los ferrados cascos de un corcel herian las losas del patio principal.

—Sentémonos, doña Blanca, dijo el caballero á su esposa, hasta que Artal venga á informarnos de lo que sucede.

Pero Artal se precipitó en la estancia, haciendo la señal de la cruz y esclamando:

—Valedme, valedme, porque me sigue.

—¿Quién? le gritó D. Luis, mientras doña Blanca, muerta de terror, se asia al brazo de su esposo.

—¿Quién ha de ser? respondió el atribulado mayordomo: el diablo.

—¡Eh! Ya sabes que ese nombre no me infunde pavor, dijo el guerrero: salgamos á recibirle como corresponde.

Y echando mano á una larga tizona, que estaba colgada en el

muro inmediato á la chimenea, se disponia á habérselas con el que de aquella manera asustaba á sus criados, cuando le detuvo Artal, diciéndole:

—Mirad lo que haceis, porque no creais que os miento: es el mismo diablo en cuerpo y alma.

—Sepamos en qué le has conocido.

—En que viene cubierto con ancho ropage de color de fuego; en que su acerado yelmo remata en una sierpe enroscada; en que apenas se ha visto en el patio, cuando señalando hácia todas partes, como si de mucho tiempo atrás conociese todos los rincones de la fortaleza, ha dicho con imponente acento: allí estaba sin sentido doña Blanca de Almazan; mas allá el capitan Fortuna con sus satélites; luego Jucef.... Yo no soy capaz de repetir todas sus palabras; pero ha bosquejado á las mil maravillas el cuadro de vuestro combate con D. Juan *el Tuerto*. Despues de todo, y mirándome fijamente con sus ojos infernales, que despiden chispas entre las barras de su visera, me ha dirigido estas razones:

—Artal, haz presente á tu Señor que necesito hospitalidad por esta noche; mañana temprano partiré, si antes no se abre á mis piés el abismo.

—Corre, corre, Artal; dí á ese viajero que bien venido sea, repuso D. Luis: sin duda es algun noble perseguido.

—Os repito, Señor.....

—Basta; guíale aquí y pronto nos convenceremos de la verdad.

—Ahí le teneis, murmuró Artal, señalando la puerta de la estancia y escurriéndose hácia la chimenea.

En el mismo instante apareció en la estancia un guerrero, que llevaba, como habia dicho Artal, una gran capa encarnada sobre los hombros, cubriéndose con ella de alto á abajo. Era de alta estatura y de marcial continente, y pendia de su cinturon larga tizona. Saludó á la Señora del castillo con muestras de afectuosísimo respeto, y dirigiéndose á D. Luis, le dijo:

—Perdonad el mal rato que os doy, y no estrañeis, oh valiente caballero *Negro*, que así me presente de improviso y sin vuestra licencia, y sobre todo sin la de vuestra ilustre esposa, mi señora

doña Blanca, en este aposento de la fortaleza de Almazan. Son familiares para mí estos sitios y creo que tendreis placer en verme.

Diciendo así el paladin levantó la visera de su yelmo y doña Blanca y D. Luis esclamaron con estrañeza y alegría:

—¡Julio de Quiñones!

—El mismo, respondió éste, besando la mano á la heredera y estrechando entre las suyas la de su antiguo protector.

—Sentaos y referidnos la causa de vuestra venida á nuestras tierras, en tanto que se os dispone donde descanseis, le dijo D. Luis.

—La causa es triste, amigo mio, respondió el caballero: estoy proscrito por D. Enrique de Trastamara, que es Rey de Castilla.

—¡Cielos! ¿Pues qué ha sucedido?

—¡Han sucedido tantas cosas, desde que os retirásteis á vivir en paz!

—Narradlas.

—Ya sabeis que seguí las armas en el ejército del rey D. Pedro, despues de la muerte de D. Alfonso *el Vengador*. Le serví con lealtad, como á mi legítimo monarca, y con él estuve hasta el último instante, en el malhadado castillo de Montiel.

—¡Montiel...! ¡Montiel...! le interrumpió doña Blanca.... Hace dias que se presentó un trobador en el patio principal de esta fortaleza, y en sus cantos repetia ese nombre.

—Celebraria tal vez el triunfo de D. Enrique.

—Proseguid.

—¿Qué he de deciros, que no contriste vuestros ánimos? Perdimos una gran batalla, porque D. Enrique tuvo por auxiliares á las compañías francas del capitan Claquin.

—¿Y luego? preguntó D. Luis con interés.

—Luego.... los cobardes huyeron, ó abandonaron al monarca de Castilla, pasándose al campo de su competidor.

—Castigo fué del cielo, á quien tanto habia ofendido.

—No os lo negaré; mas yo no atendí á sus pecados, que sin duda han sido grandes, sino á mi fidelidad.

—¿Qué hicísteis?

—Fuí de los pocos que se encerraron en Montiel, para defender sus derechos hasta el último trance.

—Mas.... ¿cómo salísteis de tan terrible aprieto?

—La traicion se encargó de abrirnos el camino. El confiado Men Rodriguez de Sanabria, valiente y leal como el primero, pero muy poco diestro en el arte de armar celadas, ganó con oro al caudillo francés, para que el Rey D. Pedro pudiese huir de la sitiada fortaleza. Claquin se avino á todo y dispuso las cosas de manera que D. Pedro saliese de Montiel y pasase á su tienda, en la cual se presentó de improviso D. Enrique. En vano aconsejé al monarca que no se fiase, ofreciéndole morir defendiéndole, si permanecia en el castillo: su suerte estaba decretada. Los dos hermanos trabaron horrible lucha y D. Enrique hubiera sucumbido, sin la traidora intervencion de Claquin, que ayudó á su señor. El hierro fatricida penetró en el corazon de D. Pedro y su hermano fué proclamado Rey. Todos le reconocieron como tal, menos yo, que favorecido por las tinieblas de la noche y por la confusion y gritería del campamento sitiador, abandoné á Montiel y su llanura, para meterme en las asperezas de los montes. Poco tiempo despues pasé á este país de Aragon, y hace ya trece meses que sirvo á su Rey, este otro D. Pedro IV.

—¿Qué temeis pues del monarca castellano?

—Cuando supo mi fuga, puso mi cabeza á precio.

—¡Y qué! D. Pedro IV no os entregará á su enojo; está en guerra con él.

—Acaban de firmarse los paces entre Castilla y Aragon. Don Enrique pide mi persona....

—La obtendrá, vive Dios, esclamó D. Luis de La-Cerda levantándose, cuyo movimiento imitaron doña Blanca y el de Quiñones.

—¿Qué pensais hacer? le preguntó éste.

—¿Teneis confianza en mí?

—¡Si la tengo....! Mandad y os obedeceré.

—Solo exijo que me acompañeis á Castilla.

—Hasta el fin del mundo iré con vos.

Al siguiente dia se pusieron en marcha los dos paladines. Abandonémosles á su fortuna, buena ó mala, y enteremos al lector de un diálogo, que veinte y siete dias despues de la llegada de Julio

Quiñones al castillo, tenia lugar entre doña Blanca y una hermosísima doncella de diez y ocho abriles, de rasgados ojos y brevísima cintura, ataviada en trage pintoresco de pastora, que con ella recorria el antiguo *bosque umbroso*, inmortalizado por el célebre poeta Artal.

—¿Con qué estais segura, madre mia y señora, de que no era el diablo? preguntó la jóven á la rica heredera de Almazan, con una candidez impropia de sus años

—Segurísima estoy, María, contestó sonriéndose doña Blanca. era un apuesto y bravo paladin, que fué en otro tiempo mi page; ha adquirido envidiable reputacion en la guerra y es grande amigo nuestro.

María, que habia recibido en el bautismo este dulce nombre en memoria de su ilustre abuela, se ruborizó al escuchar las palabras de su madre, y murmuró con turbado acento:

—¡Ah! Pues si no era el diablo, bien puedo quererle.

—¿Qué pretendes espresar con esas razones, hija mia? repuso alarmada la primera....

—Quiero espresar que.... que.... si no sé como manifestarlo...

—Háblame con franqueza. ¿Desde cuándo tienes secretos, que lo sean para mí?

—Pues bien, madre mia. Yo estaba tomando el fresco en la almena principal, cuando ese que asegurais que no es el diablo llegó al castillo....

—¡Tomando el fresco en noche tan tempestuosa!

—¡Jesus....! En fin, quiero confesaros la verdad. Cuando oí que llamaban en la puerta del puente, salí de mi aposento y me coloqué de modo, junto al alfeizar de una de las ventanas que dan al patio grande, que sin ser vista, pudiese ver al que llegaba. El miedo del buen Artal me obligó á ser mas curiosa que lo que al principio me habia propuesto, y seguí en puntillas al caballero de la capa encarnada, hasta el salon de la chimenea. Detúveme en el umbral y entorné la puerta, para que no me descubrieseis, y desde allí escuché toda la plática, que tuvisteis vos y mi padre y señor con el caballero Julio de Quiñones.

—Grande imprudencia fué la tuya, María.

—¡Oh! Si supiérais.... no pude hacer otra cosa, porque su continente.... su acento.... su fidelidad al Rey asesinado.... sus desgracias.... vamos, creedme, madre mia; yo no acertaba á separarme de aquella puerta, y luego que me retiré y me metí en el lecho, no logré cerrar los ojos en el resto de la noche.

—Lo mismo que yo en otro tiempo, pensó doña Blanca abrazando á su hija.

Desde aquel instante ocurrió á la heredera la noble inspiracion de casar á María con Julio de Quiñones: éste era noble por su familia, y aunque sin bienes de fortuna, circunstancia de poquísimo peso en el ánimo de aquella madre feliz, muy capaz de hacer venturosa á la mas esclarecida dama de los dos reinos. No quiso con todo alhagar la naciente pasion de su hija; pero se felicitó interiormente de que ésta hubiese puesto los ojos en un hombre avezado á los peligros y azares de la guerra, y cuyas nobles prendas eran segura garantía de un porvenir risueño, para la muger que acertase á apreciarlas.

La-Cerda y Quiñones volvieron al mes de la corte de Castilla. Don Enrique II, que ocupaba el sólio, recibió al primero con todo el cariño y distincion, que merecia uno de los mas constantes y fieles defensores de su padre D. Alfonso, y cuando supo de sus lábios los altos merecimientos y probada lealtad del segundo, le admitió á su gracia, revocando la proscripcion que pesaba sobre su cabeza y colmándola de mercedes. Cuando llegó á Almazan con D. Luis, era Señor de tres castillos.

Doña Blanca dió parte á su esposo del descubrimiento que habia hecho en el corazon de María, y entonces D. Luis, ébrio de gozo, no tuvo reparo en vender un secreto de su amigo, cuya revelacion le habia sido hecha durante el viaje. Quiñones no ignoraba que los señores de Almazan tenian una hija, y anhelaba obtener su mano.

Así las cosas, no se hicieron esperar mucho tiempo las esplicaciones y tres meses despues, unió el himeneo á la heredera de Los-Lacerdas con uno de los mas ilustres vástagos de la antiquísima casa de Quiñones.

Las antiguas crónicas y viejos pergaminos, que nos han suministrado irrecusables testimonios de los acontecimientos anteriores, certifican, contra lo que estamos presenciando todos los dias, que doña Blanca de Almazan y el hijo de D. Alfonso *el Desheredado* disfrutaron siempre inalterable paz y completa dicha. Rebajando de esta asercion lo preciso para hacerla creible, nos parece mas del caso concluir diciendo, que fueron tan felices cuanto cabe en la humana fragilidad, y que antes de bajar al sepulcro tuvieron la dicha de servir de padrinos al rabino Eleazar, que recibió el bautismo en Zaragoza, despues de convertirse á la religion cristiana.

Artal compuso el epitalamio para las bodas de María, así como lo habia compuesto para las de su madre, y murió de edad avanzada en Almazan, acordándose del viejo Rodrigo, por cuya alma rezaba todos los dias, del antiguo capellan de la fortaleza y de la buena Matilde, no sin dejar ordenado en su testamento, que se le enterrase en el *bosque umbroso*.

FIN DE LA NOVELA

INDICE

de los capítulos que contiene esta novela.

INTRODUCCION.

Pág.

El autor se prepara á entrar en materia. v

LIBRO PRIMERO.

Cap. I. Muévese la corte. 11

II. El brío del rey D. Alfonso, la manopla del enlutado y los apuros del infante D. Juan. . . 22

III. En el cual no hacen mas que presentarse en escena tres nuevos personages. 37

IV. En el cual se vé que D. Lope de Vendaña era hombre de malísimas pulgas. 46

V. El caballero y el espía. 56

VI. De cómo el caballero Negro sabía presentarse cuando hacia falta, para repartir tajos y reveses. 68

VII. De cómo el almojarife Jucef contaminó á un religioso, sin pensar en ello. 75

VIII. Don Juan *el Tuerto* vé visiones y los religiosos de Santo Domingo meditan, despues de haber conspirado. 88

IX. En que se manifiesta la desinteresada proteccion, que el infante D. Juan dispensaba á los desvalidos. 98

X. Interrumpe nuestra historia nuevamente la aparicion de otros personages. 108

XI. Pruébase de una manera irrecusable que D. Juan *el Tuerto* habia nacido para asustar á todo el mundo. 119

XII. De cómo el conde Álvar Nuñez llegó á saber muchas cosas que le interesaban y llegaron á escocerle. 130

Pág.

Cap. XIII. En el que se trata de la justicia que sabía hacer D. Alfonso el onceno de Castilla. 138
XIV. De la feliz inspiracion que tuvo Pero Calvillo, para sacar de apuros á D. Juan *el Tuerto*. . 149
XV. De cómo el sábio Samuel practicaba el arte cabalístico y se hacia con bolsillos repletos de oro. 158
XVI. La Reina se desmaya, el hijo de Abenuez lleva su merecido y el señor de Villena dá el salto mortal. 169

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. Diálogo al aire libre y supersticiones del siglo XIV. 176
II. Del plan que habia formado D. Juan *el Tuerto*, para conquistar la mano de doña Blanca. . 187
III. El castillo de Betoño. 196
IV. En el que se patentiza como se conjuraba á los espíritus en el siglo XIV. 206
V. El combate y el incendio. 219
VI. La llegada de un importuno interrumpe el coloquio de dos enamorados. 227
VII. De cómo el capitan Fortuna tuvo que ir á buscarla á otra parte. 237
VIII. En el cual se prueba matemáticamente que Dios los cria y ellos se juntan, y que donde menos se piensa salta la liebre. 246
IX. La órden de Caballería. 255
X. En que se dá cuenta de qué modo suelen hacer su fortuna los espías. 268
XI. Las uñas de una loca, las barbas de un judío y la vuelta del Infante á Valladolid. . . 277
XII. Grandes preparativos para una fiesta en que debe correr sangre. 286
XIII. El torneo de Valladolid. 294
XIV. El duelo á todo trance y el baston del rey D. Alfonso XI. 303
XV. La entrevista nocturna. 311

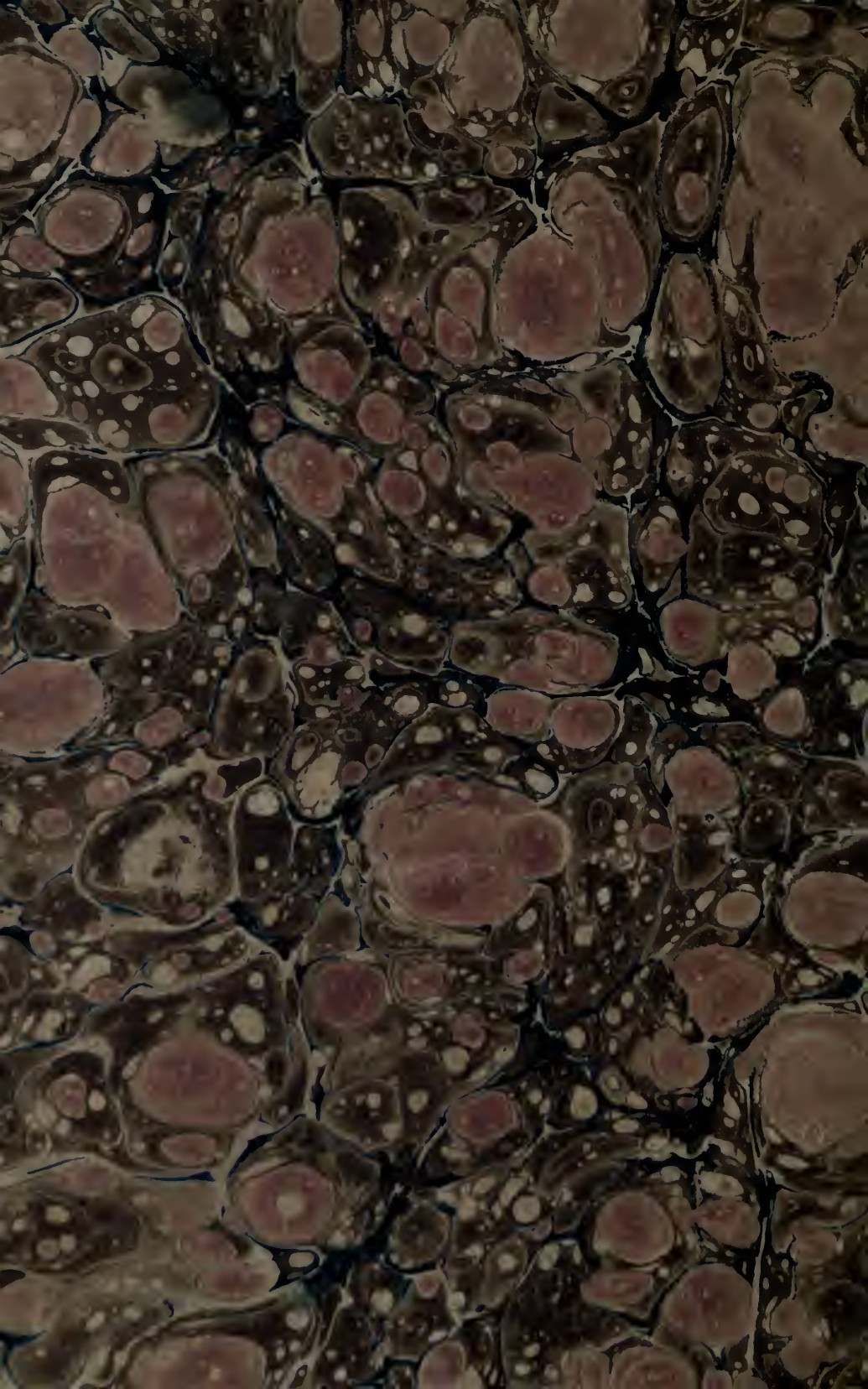
Pág.

Cap. XVI. En que Raquel pide cuentas á D. Juan de la vida pasada, y el Infante se las dá cumplidas. . 320
XVII. De cómo D Juan *el Tuerto* sabía echar tierra á sus negocios. 329
XVIII. El destierro de la Reina. 336
XIX. En el cual se observa el mal aspecto que presentaban los negocios del infante D. Juan. . 346
XX. En que se trata del empeño con que el Rey y el Infante se disputaban la misma presa. . . 356
XXI. Retrocede la historia, para aclarar ciertos hechos indispensables, que el autor no ha hecho mas que apuntar. 366
XXII. De cómo el infante D. Juan encontró su merecido, cuando menos lo esperaba. 373
XXIII. Una mala nueva para una buena esposa. . . 380
XXIV. Ábrese la campaña y D. Alfonso hace levantar el sitio de Tarifa. 387
XXV. El guerrero trovador. 395
XXVI. La batalla del Salado. 404
XXVII. El motin de Valladolid y los dos hermanos. . 411
XXVIII. El Rey y el padre. 418
XXIX. La madre y el hijo. 424
XXX. Situacion enmarañada de los negocios públicos de Castilla. 431
XXXI. El Monarca y el heredero del trono. . . . 436
XXXII. Las dos consultas. 442
XXXIII. En el cual se demuestra que una muger casada puede conceder cita á un amante sin dejar de ser virtuosa. 454
XXXIV. El féretro de la infanta doña María. 462
XXXV. Malas nuevas que anuncian otras peores. . . 468
XXXVI. En el cual se vé muy claramente que el hombre pone y Dios dispone. 475
XXXVII. Nuevo rey en Castilla, un barbero en campaña y una comitiva fúnebre. 482
XXXVIII. Con el cual dá fin la historia por medio de un matrimonio como si fuese novela. . . . 489

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Pág.
Don Juan, alzad mi manopla etc.	33
Hóla, dijo al vèr relucir la hoja etc.	59
Ya lo oyes, Jucef; ó entregas etc.	84
Os traigo algun alimento etc.	93
Doña María dió un grito, el page huyó despavorido etc.	129
Le introdujo la daga etc.	175
Espantado con aquel castigo de Dios etc.	201
Ríndete y confiésate vencido etc.	224
Sus corazones se acercaron.... sus almas se confundieron.	230
Yo seré el verdugo etc.	249
Yo, D. Alfonso de Castilla, os confiero la órden de la caballería de la Banda.	265
Ese fraile era yo etc.	275
¡Desgraciado! gritó el anciano etc.	304
Yo soy; mírame bien etc.	321
Cayó la desgraciada etc.	328
Tal fué el trágico fin de D. Juan *el Tuerto* etc.	378



309978

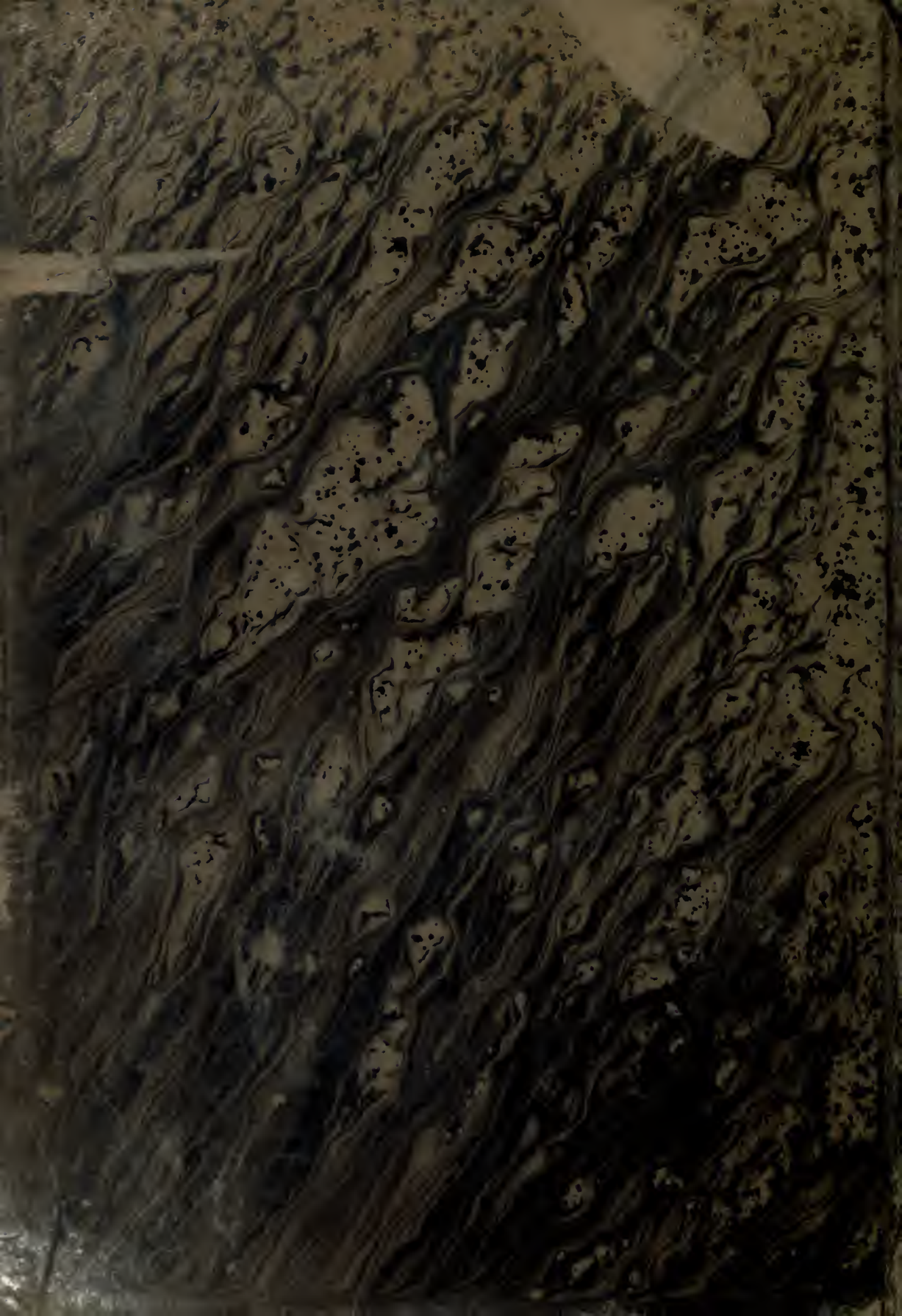
Author Andueza, José María de

LS
A 5777c

Title Los caballeros de la banda.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED